AL MÁS FUERTE

EL LEGADO DE ALEJANDRO MAGNO

I



ROBERT FABBRI

Pàmies

ROBERT FABBRI

AL MÁS FUERTE

El legado de Alejandro Magno
I

Traducción de Pedro Santamaría

Pàmies

Título original: *To the Strongest (Alexander's Legacy 1)*

Primera edición: enero de 2026

Copyright © Robert Fabbri, 2020

© de esta edición: 2026, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 979-13-87787-25-7
BIC: FV

Ilustración y diseño de la portada: CalderónSTUDIO®
Ilustración basada en *La batalla entre Alejandro y Poros,* de Nicolaes Berchem

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

A mi agente, Ian Drury, con quien comparto pasión por este período de la Historia.


SELEUCO
el elefante
ROXANA
la gata salvaje
FILO
el vagabundo
ANTIGONO
el tuerto
OLIMPIA
la madre
ANTIPATRO
el regente
ILIRIA
TRACIA
MACEDONIA
LIDIA
FRIGIA
CAPADOCIA
ARMENIA
CARIA
CILICIA
MESOPOTAMIA
ASIRIA
SIRIA
MEDIA
PARTIA
BACTRIA
SOGDIANA
ARIA
SUSIANA
PERSIA
BABILONIA
CIRENAICA
EGIPTO
ARABIA
INDIA
el IMPERIO de ALEJANDRO MAGNO
323 a.C
PTOLOMEO
el bastardo
CRATERO
el general
PERDICAS
el casi elegido
EUMENES
el artista
AIDEA
la guerrera

Lista de personajes

Adea: Hija de Cinane y de Amintas, primo de Alejandro.

Alcetas: Hermano de Pérdicas.

Alejandro el Grande: El causante de todos los problemas.

Alejandro I: Hijo póstumo de Alejandro con Roxana.

Amastris: Esposa persa de Crátero y prima de Estatira.

Antígono: Sátrapa de Frigia designado por Alejandro.

Ariarates: Sátrapa rebelde de Capadocia.

Aristonoo: El mayor de los compañeros de Alejandro.

Arrideo: Medio hermano de Alejandro.

Arrideo: Oficial macedonio encargado de la construcción del catafalco de Alejandro.

Artacama: Esposa persa de Ptolomeo y prima de Barsine.

Asandro: Sátrapa de Alejandro en Caria.

Atalanta: Hermana de Pérdicas, casada con Atalo.

Atalo: Oficial macedonio, cuñado de Pérdicas.

Barsine: Amante persa de Alejandro y madre de su bastardo, Heracles.

Berenice: Sobrina de Antípatro y prima de Eurídice.

Casandro: Hijo de Antípatro y medio hermano de Yolas.

Cinane: Hija de Filipo II y medio hermana de Alejandro.

Cleómenes: Sátrapa de Egipto designado por Alejandro.

Cleopatra: Hija de Filipo y Olimpia y hermana de Alejandro.

Clito: Almirante macedonio con complejo de Poseidón.

Crátero: El mejor general vivo de Macedonia.

Deidamia: Hija de Eácides, rey de Épiro.

Demades: Ateniense promacedonio.

Demetrio: Hijo de Antígono.

Demóstenes: Ateniense, eterno enemigo de Macedonia.

Eácides: El joven rey de Épiro.

Estatira: Hija de Darío III y esposa de Alejandro.

Estratónice: Esposa de Antígono y madre de Demetrio.

Eudemo: Sátrapa de la India designado por Alejandro.

Eumenes: Secretario, primero de Filipo y más tarde de Alejandro. Griego de Cardia.

Eurídice: Una de las hijas de Antípatro.

Fila: Hija de Antípatro, recién enviudada.

Filo: Mercenario griego al servicio de Macedonia.

Filotas: Amigo de Antígono.

Foción: General veterano ateniense y amigo de Antípatro.

Hárpalo: Tesorero corrupto de Alejandro.

Hecateo: Tirano de Cardia.

Hefestión (muerto): General macedonio y amante de Alejandro.

Heracles: Hijo bastardo de Alejandro con Barsine.

Hiperia: Esposa de Antípatro.

Hipérides: Demagogo ateniense y antiguo aliado de Demóstenes.

Leonato: Uno de los siete compañeros de Alejandro.

Leóstenes: General mercenario griego al servicio de Atenas.

Letodoro: Mercenario griego, segundo al mando de Filo.

Lisímaco: Uno de los siete compañeros de Alejandro.

Magas: Pariente de Antípatro y segundo al mando.

Meleagro: Veterano oficial macedonio de infantería.

Menandro: Sátrapa de Lidia designado por Alejandro.

Menón: General tesalio de caballería.

Nearco: Cretense, almirante en jefe de Alejandro.

Neoptólemo: Macedonio de la casa real molosa.

Nicanor: Hijo de Antípatro y hermano de Casandro.

Nicea: Una de las hijas de Antípatro.

Olimpia: Una de las esposas de Filipo, madre de Alejandro y Cleopatra.

Oxiartes: Noble bactriano, padre de Roxana y sátrapa de la India.

Parisátide: Una de las esposas persas de Alejandro y prima de Estatira.

Peitón: Uno de los siete compañeros de Alejandro.

Pérdicas: Uno de los siete compañeros de Alejandro.

Peucestas: Uno de los siete compañeros de Alejandro.

Poliperconte: Segundo al mando de Crátero.

Ptolomeo: Uno de los siete compañeros de Alejandro, y puede que bastardo de Filipo.

Roxana: Princesa bactriana, esposa de Alejandro y madre de Alejandro.

Seleuco: Comandante de los hipaspistas.

Yolas: Hijo de Antípatro y medio hermano de Casandro.

PRÓLOGO

BABILONIA, VERANO 323 A. C.

—Al más fuerte.

El gran anillo de Macedonia temblaba ante la visión cada vez más borrosa de Alejandro. Su mano temblaba por el esfuerzo que suponía levantarla y hablar al mismo tiempo. Blasonado con el símbolo del sol de dieciséis puntas, el anillo representaba el poder de vida y muerte sobre el imperio más vasto jamás conquistado en el mundo conocido, un imperio del que debía desprenderse demasiado pronto porque él, Alejandro, el tercero de su nombre como rey de Macedonia, ahora sabía que era inevitable: se estaba muriendo.

La rabia se apoderó de él. Rabia hacia los caprichosos dioses que tanto le habían dado y que, sin embargo, se estaban cobrando un alto precio. Morir con sus ambiciones a medio saciar era una injusticia que agriaba sus éxitos y que exacerbaba el amargo sabor a muerte que le subía por la garganta, ya que solo Oriente había caído en sus manos, y aún quedaba Occidente por ser testigo de su gloria. Y, sin embargo, ¿acaso no se le había advertido? ¿Acaso no le había advertido el dios Amón contra su *hibris* cuando consultó el oráculo de la deidad en el oasis de Siwa, en un lugar remoto del desierto egipcio, hacía casi diez años? ¿Era este el castigo por ignorar las palabras del dios e intentar llegar más lejos de lo que cualquier mortal osara jamás? Si hubiese tenido fuerzas, Alejandro habría llorado por sí mismo y por la gloria que se le escapaba entre los dedos.

Sin un heredero natural claro, ¿quién habría de sucederle? ¿A quién le daría la oportunidad de alcanzar las cimas que él había conquistado? El amor de su vida, Hefestión, la única persona a la que había tratado como a un igual, tanto en el campo de batalla como en el lecho que compartía, le había sido arrebatado menos de un año antes. Solo Hefestión, el bello y orgulloso Hefestión, habría sido digno de expandir lo que él, Alejandro, había creado. Pero Hefestión ya no existía.

Alejandro alargó el anillo hacia el hombre que tenía a la derecha de la cama, al más cercano, al más veterano de los siete hombres que se encontraban

alrededor, todos ansiosos por saber cuál era su voluntad en sus últimos momentos. Todos permanecieron inmóviles, atentos, bajo el techo abovedado de la estancia, decorado con teselas de color azul intenso, carmín y oro, en el gran palacio de Nabucodonosor, en el corazón de Babilonia. Allí, entre las sombras de un puñado de tenues lámparas de aceite. Era poca la luz que penetraba por las altas ventanas en ese atardecer de cielos nublados. Todos esperaban a conocer su destino.

Pérdicas, comandante de la Caballería de los Compañeros, hasta entonces leal a la dinastía argéada de Macedonia, aunque ambicioso a título personal y falto de escrúpulos, cogió el símbolo de autoridad última del dedo índice del rey y formuló la pregunta por segunda vez, con la voz tensa:

—¿A quién le entregas el anillo, Alejandro? —Observó a sus pares, antes de volver a bajar la cabeza, mirar al rey y añadir—: ¿Es a mí?

Alejandro no hizo esfuerzo alguno por responder mientras miraba a su alrededor, al semicírculo de hombres que tenía más próximos. Todos ellos formidables comandantes militares, capaces de actuar por cuenta propia. Todos ellos con un humano afán de poder: Leonato, alto y vanidoso, que se había dejado crecer la melena rubia, en imitación a la del rey, para parecerse a él, pero cuya devoción era tal que había usado su propio cuerpo para proteger a Alejandro cuando cayó herido en la lejana India. Peucestas, a su lado, ya tenía detalles de influencia nativa en su indumentaria, y era el único de ellos que había aprendido persa. Lisímaco, el más temerario de todos ellos, quien hacía alarde de una bravura que solía suponer un peligro hasta para sus propios camaradas. Peitón, adusto pero decidido; un hombre que jamás ponía en duda la ejecución de una orden, incluso de las más crueles, cuando otros se achicaban. Y luego estaban los más viejos: Aristonoo, que había sido guardaespaldas del padre de Alejandro, Filipo, el segundo de su nombre; el único superviviente del viejo régimen, cuyo consejo siempre estaba impregnado de la sabiduría de quien lleva toda la vida guerreando. Y, por último, Ptolomeo. ¿Qué decir de Ptolomeo, cuyos rasgos insinuaban que era su hermano bastardo? Ptolomeo era a la vez delicado y comprensivo y, sin embargo, despiadadamente hábil en política cuando alguien superaba ciertos límites. Quizá fuera el menos competente en el ámbito militar, pero sin duda era el mejor dotado para un enfrentamiento político de fondo.

Alejandro miró a los siete hombres que tenía ante su lecho mientras Pérdicas repetía la pregunta por tercera vez. Esos hombres le habían seguido, habían

compartido peligros y triunfos a lo largo de sus diez años de viaje y conquistas. Estaban en silencio, en la penumbra, esperando oír la respuesta. Más allá de los doce rostros que conocía tan bien, su débil mirada se posó en Casandro, de pie junto a su joven medio hermano, Yolas. Alejandro creyó detectar el triunfo en sus ojos; sus dolencias habían comenzado el día después de que Casandro llegara desde Macedonia en calidad de mensajero de su padre, Antípatro. ¿Acaso Antípatro, el hombre que había gobernado en Macedonia como regente durante los diez últimos años, había enviado a su hijo mayor con el arma femenina del veneno para asesinarle en lugar de obedecer la orden de que se personase en Babilonia? Yolas era, después de todo, su copero, y bien podría haber administrado la dosis con facilidad. Alejandro, en su interior, maldijo a Casandro. Siempre había odiado a ese mojigato pelirrojo con la cara picada de viruela, y ese odio había sido recíproco, en igual medida, y alimentado, si cabe, por la humillación de haberle dejado en Macedonia todos esos años. Volvió a pensar en Antípatro, a mil millas de distancia, en Pella, la capital de Macedonia, y en sus conflictos continuos con la madre de Alejandro, Olimpia, siempre maquinadora y amenazante desde su nativa Molosia, en el reino de Épiro. ¿Cómo se solucionaría aquello cuando él no estuviera para compensar los desmanes del uno y de la otra? ¿Quién acabaría matando a quién?

Entonces, medio oculta por la sombra de una columna, al fondo de la mortuoria estancia, Alejandro vio a una mujer, una mujer embarazada: su esposa bactriana, Roxana, a tres meses de dar a luz. ¿Qué suerte correría su hijo mestizo? No eran muchos los que compartían su sueño de unir a las gentes de Oriente y Occidente; serían pocos los macedonios puros que unieran su suerte a la de un mestizo nacido de una gata salvaje oriental.

Alejandro cerró los ojos y previó con claridad los conflictos que habrían de marcar su muerte, tanto en Macedonia como en Babilonia y en las ciudades griegas sometidas. También entre aquellos de sus sátrapas que habían logrado hacerse con feudos propios en el inmenso imperio que había creado; hombres como Antígono el Tuerto, sátrapa de Frigia, y Menandro, sátrapa de Lidia, los últimos generales de Filipo.

Luego estaba Hárpalo, su tesorero, a quien ya había perdonado una vez por su falta de honestidad y quien, para no enfrentarse por segunda vez a la cólera de Alejandro, se había fugado con ochocientos talentos de oro y plata, suficiente como para levantar un formidable ejército o para vivir en el lujo el

resto de su vida. ¿Cuál de las dos opciones elegiría?

¿Y qué haría Crátero? Crátero, el adorado por el ejército, segundo al mando solo por debajo del mismísimo Alejandro y ahora en algún lugar entre Babilonia y Macedonia, a la cabeza de los diez mil veteranos que volvían a casa. ¿Entendería que él debía ser nombrado sucesor de Alejandro? Pero Alejandro, con la debilidad carcomiéndole el interior, ya había tomado una decisión, y cuando Pérdicas volvió a formular la pregunta, él negó con la cabeza. ¿Por qué debía regalar lo que había ganado? ¿Por qué debía darle a alguien la oportunidad de igualar o sobrepasar sus logros? ¿Por qué no iba a ser él, solo él y para siempre, el único conocido como «el Grande»? No, no lo haría. No sería él quien eligiera al más fuerte. No iba a ayudarlos.

Que lo solucionaran ellos.

Abrió los ojos por última vez y miró al techo. Su respiración cada vez era más tenue.

Los siete hombres que había en torno a la cama se inclinaron, confiando en escuchar su nombre.

Alejandro esbozó una última sonrisa.

—Preveo grandes combates en mis juegos funerarios.

Suspiró. Luego, los ojos que habían visto más maravillas que ningunos otros antes en este mundo se cerraron.

Y dejaron de ver.



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

El anillo pesaba en la mano de Pérdicas cuando cerró los dedos, no por el oro del que estaba hecho, sino por el poder del que estaba impregnado. Miró al rostro inmóvil de Alejandro, tan bello en la muerte como lo había sido en vida, y sintió que su mundo se tambaleaba. Tuvo que recuperar el equilibro apoyando su otra mano en el cabezal de la cama, decorado con vivas y antiguas tallas de animales.

Respiró profundamente y luego miró a sus pares, a los otros seis hombres que habían jurado seguir hasta la muerte a un rey que ya no lo era. En el semblante de cada uno de ellos se evidenciaba la solemnidad del momento: había lágrimas en las caras de Leonato y Peucestas, cuyos torsos ascendían y descendían con llantos irregulares; Ptolomeo estaba rígido con los ojos cerrados como si meditara; Lisímaco apretaba y relajaba los músculos de la mandíbula y tenía blancos los nudillos de unas manos convertidas en puños; Aristonoo, a quien le costaba respirar y que, dejando a un lado la compostura, se acuclilló y apoyó una mano en el suelo. Peitón miraba fijamente a Alejandro, con los ojos abiertos al máximo, como privado de toda emoción.

Pérdicas abrió la mano y contempló el anillo. Era su momento, siempre y cuando se atreviese a decir que le pertenecía; al fin y al cabo, Alejandro le había elegido a él para que lo recibiera. *Y ha elegido bien, porque, de todos los presentes en esta habitación, soy el que más lo merece; yo soy su verdadero heredero.* Lo alzó entre el índice y el pulgar para examinarlo: tan pequeño, tan poderoso… *¿Puedo reclamarlo? ¿Me dejarían los demás hacerlo?*

La respuesta no se hizo esperar, y fue tan poco bienvenida como poco

sorprendente.

En el segundo grupo, más allá de la cama, su hermano pequeño, Alcetas, estaba entre Eumenes, el astuto secretario griego, y Meleagro, el canoso veterano; le miró a los ojos y negó con la cabeza: había leído los pensamientos de Pérdicas. De hecho, todos los presentes lo habían hecho, y todas las miradas se posaron en él.

—Me lo ha dado a mí —afirmó Pérdicas con la voz impregnada de la autoridad que desprendía el símbolo que sostenía—. Me ha elegido a mí.

Aristonoo se puso en pie y habló con voz cansada.

—Pero no te ha nombrado, Pérdicas, aunque me habría gustado que lo hubiera hecho.

—Sea como sea, soy yo el que tiene el anillo.

Ptolomeo esbozó una media sonrisa, atónito, y se encogió de hombros.

—Es una lástima, pero solo te ha elegido a medias. Y un rey elegido a medias solo es rey a medias. ¿Dónde está la otra mitad?

—Haya elegido a alguien o no —bramó una voz cascada de dar órdenes en el campo de batalla—, es la asamblea del ejército la que debe decidir quién es el rey de Macedonia, siempre ha sido así. —Meleagro avanzó con la mano en la empuñadura de la espada. Su barba, poblada y gris, dominaba su rostro curtido—. Son los macedonios libres los que deciden quién ocupa el trono de Macedonia; y es el derecho de todo macedonio libre ver el cuerpo del rey muerto.

Dos ojos negros miraban a Pérdicas y le retaban a que desafiara la antigua costumbre. Eran ojos llenos de resentimiento, y lo sabía bien. Meleagro le doblaba en edad y, aún así, seguía siendo comandante de infantería. Alejandro le había pasado por alto en los ascensos. Sin embargo, esto no era debido a su ineptitud, sino a sus dotes como líder de falange. Hacía falta mucha habilidad para comandar una falange macedónica de dieciséis escudos de fondo por dieciséis de ancho. Y aún más para comandar a dos de estas unidades, de doscientos cincuenta y seis hombres, como si fueran una, y Meleagro era el mejor —*con la posible excepción de Antígono el tuerto,* concedió Pérdicas—. Asegurar el paso correcto cuando la unidad maniobraba en diversos tipos de terreno para que cada hombre, con su larga sarisa de dieciséis pies de largo, fuera capaz de mantener la formación no era algo que se aprendiera en una temporada de campaña. La fuerza de la falange residía en poder ofrecer cinco puntas de lanza por cada hombre de la línea frontal. Todos los ejércitos se

habían estrellado contra ellas desde su introducción por el padre de Alejandro, aunque solo porque hombres como Meleagro sabían cómo mantenerlas en orden de modo que las cinco primeras líneas pudieran hacer valer sus armas mientras que las líneas traseras protegían a la formación de los proyectiles que llovían sobre ellos. Meleagro cuidaba del bienestar de sus hombres y le amaban por ello, y eran muchos. Meleagro era alguien a quien tener en cuenta.

Pérdicas sabía que había sido derrotado, al menos por el momento. Para conseguir lo que quería, necesitaba al ejército, tanto a la infantería como a la caballería, y Meleagro hablaba por la infantería. *Dioses, cómo odio a la infantería, y cómo odio a este cabrón por interponerse en mi camino… por ahora.* Sonrió.

—Sí, por supuesto, tienes razón, Meleagro, aquí estamos, debatiendo entre nosotros sobre lo que hacer, y nos olvidamos de nuestro deber para con los hombres. Deberíamos reunir al ejército y darles la noticia. El cuerpo de Alejandro debería ser llevado a la sala del trono para que los hombres puedan pasar ante él y presentarle sus respetos. ¿Estamos al menos de acuerdo en eso? —Miró alrededor de la estancia y no vio ningún gesto disconforme—. Bien. Meleagro, convoca a la infantería. Yo haré lo propio con la caballería. También enviaré mensajeros a todas las satrapías con la noticia. Y recordemos siempre que somos como hermanos para Alejandro. —Hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran, asintió y luego se dirigió hacia la puerta. Necesitaba tiempo solo para reflexionar acerca de su posición.

No pudo ser. Mientras una docena de conversaciones estallaban en torno al cuerpo de Alejandro, haciendo eco en la cavernosa estancia, Pérdicas sintió que alguien se le acercaba para caminar a su lado.

—Necesitas mi ayuda —dijo Eumenes, sin alzar la cabeza para mirarle, mientras cruzaban el umbral que llevaba al pasillo principal del palacio.

Pérdicas miró al pequeño griego, al que sacaba una cabeza, y se preguntó qué había llevado a Alejandro a darle el mando militar que Pérdicas había dejado vacante cuando reemplazó a Hefestión. Le había provocado no poca inquietud que Alejandro recompensara los años de servicio de Eumenes —primero como secretario de Filipo, antes de declarar su lealtad a Alejandro cuando aquel fue asesinado— convirtiéndole en el primer comandante no macedonio de la Caballería de los Compañeros.

—¿Y qué vas a poder hacer tú?

—Me enseñaron a ser educado con aquellos que me ofrecen su ayuda; en Cardia lo llamamos modales. Bien es cierto que nos diferenciamos mucho de

los macedonios: para empezar, a las ovejas solo nos las comemos.

—Y a nosotros siempre nos ha gustado matar griegos.

—No tanto como nos gusta a los griegos matarnos entre nosotros. Sea como sea, necesitas mi ayuda.

En un principio Pérdicas no respondió mientras, a grandes zancadas, recorrían el pasillo, alto y ancho, rancio de años; las pinturas geométricas se desvanecían y despegaban en la atmósfera húmeda que afligía a Babilonia.

—Muy bien, has conseguido que me pique la curiosidad.

—Una noble condición, la curiosidad. Solo a través de la curiosidad podemos alcanzar la certeza, ya que nos incita a explorar un asunto desde todos sus ángulos.

—Sí, sí, muy sabio tu comentario, seguro, pero…

—¿… pero tú no eres más que un rudo soldado al que la sabiduría no le sirve de nada?

—¿Sabes, Eumenes? Una de las razones por las que la gente te tiene tanto asco es porque…

—¿… tengo la costumbre de acabar sus frases?

—¡Sí!

—Y yo que creía que solo era porque soy un asqueroso griego… Bueno, supongo que uno va aprendiendo a medida que se va haciendo viejo. Salvo, por supuesto, si eres Peitón. —Un brillo malicioso iluminó sus ojos cuando miró a Pérdicas—. O Arrideo.

Pérdicas sacudió la mano con desprecio.

—Arrideo no ha aprendido en sus treinta años de vida más que a no babear por las dos comisuras de los labios al mismo tiempo. Es probable que ni siquiera sepa quién es su padre.

—Puede que no sepa que es hijo de Filipo, pero los demás sí lo sabemos. Y el ejército también.

Pérdicas se detuvo y se volvió hacia el griego.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—¿Lo ves? Te he dicho que necesitas mi ayuda. Tú mismo lo has dicho: es hijo de Filipo, y eso lo convierte en medio hermano de Alejandro y, por tanto, en su legítimo heredero.

—Pero es tonto.

—¿Y? Los otros dos herederos directos son Heracles, el bastardo de cuatro años de Barsine, y lo que sea que incuba en la tripa esa zorra oriental de

Roxana. Dime, Pérdicas: ¿a cuál de ellos apoyaría el ejército si se le diera a elegir?

Pérdicas gruñó y dio media vuelta.

—Nadie elegiría a un bobo.

—Si crees eso, entonces te estás descartando a ti mismo.

—Vete a la mierda, renacuajo, y déjame en paz. Ve a hacer algo de utilidad y convoca a la caballería.

Mientras se alejaba, Pérdicas creyó oír murmurar al griego:

—Vas a necesitar mi ayuda, y la tendrás, te guste o no.



ANTÍGONO, EL TUERTO

Dioses, cómo odio a la caballería.

Antígono, gobernador macedonio de Frigia, farfulló una serie de impiedades para sí mientras observaba a la caballería pesada, sin escudo y armada con largas lanzas, intentando formar en terreno escarpado en su flanco izquierdo, bastante más alejados de la falange de lo que había ordenado. El error dejaba demasiado hueco que cubrir por sus peltastas, una vez que hubiesen acabado de desplazar a los escaramuzadores de la maleza que protegía el flanco opuesto del enemigo. También empujaba a su caballería ligera, tracios armados con jabalinas, demasiado lejos como para que respondieran con presteza a cualquier mensaje que les enviara. Sin embargo, confiaba en acabar la labor del día con el poderoso empuje de su falange, compuesta por doce mil ochocientos hombres.

Durante toda su vida adulta, Antígono había sido comandante de infantería, había liderado a sus hombres desde la primera línea, sin diferenciarse de ellos, empuñando la sarisa mientras les gritaba órdenes a los portaestandartes que había seis filas más atrás. A sus cincuenta y nueve años aún disfrutaba del poder de la máquina de guerra que su viejo amigo, el rey Filipo, había creado. Y, como tal, conocía el valor que tenía la caballería a la hora de proteger los siempre engorrosos flancos de la falange contra la caballería enemiga. Era por eso, precisamente, por lo que los aborrecía, porque siempre estaban alardeando de que la infantería sería barrida si no fuera por ellos. Desgraciadamente, era la verdad.

—¡Ve allí —le gritó Antígono a un joven mensajero montado— y dile al

idiota de mi hijo que cuando hablo de cincuenta pasos no quiero decir ciento cincuenta! Puede que solo tenga un ojo, pero no es del todo inútil. Y dile que se dé prisa: no queda más que una hora de luz.

Se rascó la barba gris, crecida y larga, y luego le dio un mordisco a la cebolla que sería su cena. A pesar de su juventud, su hijo Demetrio parecía prometedor. Antígono no podía negarlo, por mucho que prefiriera el arma de caballería, dado que se ajustaba más a su actitud extravagante. Tan solo le habría gustado que hubiera hecho más caso a las órdenes y que hubiera pensado un poco en las repercusiones que podía tener hacer lo que le venía en gana. Lo que necesitaba el muchacho era una lección de disciplina, según pensaba Antígono. La culpa la tenía su esposa, Estratónice, pues le tenía en tan alta estima que, para ella, su hijo nunca hacía nada mal. Precisamente para arrancarle de sus faldas se había traído a Demetrio con quince años a su primera campaña, y le había dado el mando de la Caballería de los Compañeros.

Mientras masticaba, Antígono examinó el resto del despliegue desde su puesto de mando, en lo alto de una loma detrás del centro de su ejército. Tragó y se ayudó a pasar la cebolla con un buen sorbo de vino fuerte. Emitió un sonoro eructo, le entregó el odre de cuero a un esclavo y dio una profunda bocanada de aire cálido. Le gustaba ese país, con sus escarpadas colinas y ríos bravos, roca y maleza. Una tierra dura, que le recordaba a la suya propia en las tierras altas de Macedonia, que tallaba al hombre en vez de moldearlo con manos delicadas. Sin embargo, por buena que fuera esa tierra para fortalecer el carácter de un hombre, resultaba incómoda a la hora de llevar a cabo operaciones militares. Y, con estas dos consideraciones en la cabeza, estudió al ejército del sátrapa de Capadocia al que se enfrentaba, cuyas formaciones tenían un río de cien pasos de ancho a la espalda con las orillas unidas por un puente de piedra de tres arcos. Recorrió con la mirada las líneas de tropas tribales; hombres ataviados con ropas de vivos colores, más vistosas, si cabe, a la luz del ocaso, formados en torno a un par de miles de infantes del ejército persa. Estos últimos, delante del puente, armaban sus arcos parapetados tras paveses de mimbre. Vestían pantalones bordados y túnicas largas de color naranja intenso y azul y llevaban tiaras de un amarillo oscuro. Constituían la guarnición original de la satrapía, y habían ayudado a Ariarates, designado por Darío, a resistir la conquista macedónica durante diez años, dado que Alejandro, después de un breve avance hasta Gordio, pasó de largo dejando

atrás Anatolia central para llevar a su ejército hacia el sur por la ruta de la costa.

Pero ahora Antígono había arrinconado a aquel señor de la guerra del interior que llevaba tiempo desbaratando sus líneas de suministro y que había dejado un rastro de hombres pudriéndose en estacas a lo largo y ancho del territorio. O, al menos, había arrinconado a su ejército, ya que no tenía ninguna duda de que, fuera cual fuera el resultado del choque, Ariarates escaparía. Era una lástima después del esfuerzo que habían supuesto las marchas forzadas desde Ancira a lo largo del Camino Real; la colosal calzada que unía las grandes ciudades del Imperio persa con el Mediterráneo. La velocidad de su avance había sorprendido al ejército de Ariarates cuando se disponía a cruzar el estrecho puente del río Halis para volver a Capadocia después de su última incursión de saqueo. Atrapado en un cuello de botella, Ariarates no había tenido más opción que dar media vuelta y luchar mientras intentaba poner a resguardo tantas tropas como podía en aquella precaria posición. Solo la puesta del sol podría salvarle.

Mientras observaba, Antígono pudo ver grupos de rebeldes cruzando el puente, y no tenía duda de que Ariarates habría sido uno de los primeros en pasar a la otra orilla. *Pero hoy le cortaré las alas, sobreviva o no.* Miró a su espalda, hacia el ocaso. *Siempre y cuando lo haga ahora y lo haga rápido.* Un vistazo a su izquierda le confirmó que Demetrio al fin se había ubicado en la posición correcta. Satisfecho ahora de que todo estaba en su sitio, Antígono se metió el resto de la cebolla en la boca, descendió a grandes zancadas del montículo y, después de frotarse las manos y soltar una carcajada anticipando una buena pelea, se abrió paso por la falange hasta su posición en primera línea.

—Gracias, Filotas —dijo cuando un hombre de su misma edad le entregó su sarisa—. Toca ahogar tantas ratas como nos sea posible —añadió con una maliciosa sonrisa.

Cogió el escudo redondo que le colgaba del hombro y metió la mano izquierda por la correa para poder asir la pica con ambas manos y así gozar de la protección que le confería la defensa, aunque no pudiera moverla como habría hecho un hoplita con su gran hoplón. Sin siquiera mirar atrás, le gritó al hombre que, con un cuerno, daba las órdenes:

—¡Falange! ¡Adelante! ¡Paso de combate!

Se oyeron tres notas largas, y estas fueron repetidas a lo largo de la media milla de frente que ocupaba la formación. Cuando sonó el último cuerno, a lo

lejos, el primero emitió una larga nota aguda. Casi como si fueran uno, los hombres de la primera línea avanzaron, y a estos les siguió la siguiente, y así línea a línea, paso a paso, dando lugar a un efecto onda, como el de las olas que alcanzan la costa. El ejército de Antígono se aproximaba al enemigo.

Con el mismo orgullo que siempre sentía, marchando al frente de la falange, Antígono daba firmes pasos al frente, con la larga pica en vertical para poder protegerse el cuerpo con el escudo en la medida de lo posible, mientras se acercaba al enemigo. *Dioses, jamás podría cansarme de esto.*

Llevaba luchando en la falange desde su misma creación, primero en las guerras de Filipo contra la ciudad-estado de Bizancio y contra las tribus tracias para afianzar las fronteras orientales y septentrionales de Macedonia. Allí, los guerreros tribales se habían ensartado a sí mismos en las puntas de hierro que se proyectaban desde la formación, de modo que eran pocos los que conseguían acercarse lo suficiente para combatir cuerpo a cuerpo. No obstante, había sido en Grecia donde la nueva formación, más profunda, había sido puesta a prueba de verdad. Filipo extendió su poder gradualmente hacia el sur hasta que las ciudades griegas se arrodillaron ante Macedonia, y los tiempos en que los macedonios eran vilipendiados por ser poco más que provincianos apenas civilizados y de cuestionable descendencia helena quedaron en el olvido. Ahora solo se atrevían a decirlo en privado.

La pesada falange macedónica había arrollado a las formaciones de hoplitas, y la caballería macedónica, armada con lanzas, había barrido a sus oponentes ligeros del campo de batalla. Antígono había disfrutado de cada momento, y era aún más feliz cuando se encontraba en el corazón de la batalla.

No obstante, Alejandro había prescindido de él en cuanto cruzaron a Asia y derrotaron al ejército que Darío enviara contra él en Gaugamela. No fue cuestión de deshonor; sencillamente, Alejandro eligió a Antígono para que fuera su sátrapa en Frigia, precisamente por su amor a la guerra. El joven rey había confiado en él para concluir el asedio a la capital de la satrapía, Celenas, y para que, más tarde, completara la conquista del interior de Anatolia mientras él marchaba al sur, y luego al este, a hacerse con un imperio.

Ariarates era el último sátrapa persa que aún resistía en Anatolia, y Antígono agradecía a los dioses su presencia, ya que, sin él, su labor se habría visto reducida a recaudar tributos y a conceder audiencias. De hecho, a veces se preguntaba si había permitido que Ariarates aguantara tanto con el objeto de tener siempre la excusa de partir en campaña.

Según las últimas noticias, Alejandro había vuelto de Oriente y acababa de llegar a Babilonia, con lo que Antígono decidió que tenía que hacer un esfuerzo real por librar aquel rincón del Imperio del último sátrapa rebelde. No quería presentarse ante el joven rey por primera vez en casi diez años sin haber concluido la tarea que le había encomendado.

Acompañado por el tronar de doce millares de pisadas, castigando el suelo pedregoso al unísono, la falange seguía adelante y el corazón de Antígono se sentía pletórico. A su izquierda podía distinguir a los peltastas, cuyo nombre provenía de sus peltas, escudos con forma de media luna hechos de mimbre y recubiertos de cuero, que ahuyentaban a los arqueros que amenazaban su flanco desde la maleza en la que habían buscado cobijo. Empezaba a derramarse la sangre. Eso sí que era vida.

Después de una última descarga de jabalinas, dirigida a las espaldas de los escaramuzadores en retirada, los peltastas se reagruparon y se retiraron a su posición entre la falange. La caballería que avanzaba, tal y como se les había ordenado, al paso de la falange. *Dioses, cómo me gusta esto.* La barba de Antígono se movió cuando esbozó una sonrisa. Su ojo bueno brillaba de emoción mientras que la cicatriz arrugada que le cubría la cuenca izquierda, y que le confería un aspecto feroz, lloraba lágrimas de sangre. *Cien pasos más… Dioses, esto va a estar muy bien.*

Observando desde sus paveses, la infantería persa apuntó sus arcos hacia lo alto. Una nube de dos millares de flechas salió despedida hacia el cielo, y la sonrisa de Antígono se hizo aún más amplia.

—¡Tranquilos, muchachos!

Y cayeron los proyectiles, chocaron contra el bosque bamboleante de picas rectas. Privadas entonces de fuerza, el daño causado fue mínimo. Aquí y allá se oyeron gritos, seguidos de una serie de juramentos mientras los camaradas de los hombres abatidos intentaban evitar tropiezos con las sarisas caídas. Se abrirían algunos huecos, Antígono lo sabía, pero no tardarían en ser ocupados cuando los oficiales que marchaban a la zaga dieran las órdenes oportunas. No necesitaba mirar a su alrededor para asegurarse de que eso, precisamente, era lo que estaba pasando.

De nuevo, otro chaparrón de puntas de hierro cayó del cielo y, una vez más, fue absorbido por el dosel de lanzas que bailaba sobre las cabezas de los miembros de la falange. Los proyectiles caían al suelo como ramas rotas por la tormenta. *Solo cincuenta pasos.*

—¡Picas!

Se oyó otra señal que fue repetida a lo largo de la línea, solo que esta vez la orden no necesitaba ser llevaba a cabo al mismo tiempo por todas las tropas. Desde el centro, y extendiéndose hacia la izquierda y la derecha, las picas descendieron como una ola, las cinco primeras líneas en horizontal y las traseras, en ángulo sobre las cabezas de los hombres que tenían delante para seguir protegiéndolos del continuado chaparrón de flechas.

Inclinado hacia delante, Antígono contaba sus pasos, firmes y regulares. Cuanto más cerca tenía al enemigo, más se impacientaba. Ahora que los persas podían apuntar recto, las flechas empezaron a chocar contra los escudos de la línea frontal. Las defensas vibraban con los impactos, ya que no las sostenían puños cerrados, sino tiras de cuero colgadas del brazo. Ahora las bajas empezaban a acumularse. Rostros y muslos sin protección se convertían en objetivos, los gritos de dolor se hicieron más generalizados cuando, al igual que sonaban los hachazos húmedos de un carnicero, los proyectiles con punta de hierro perforaban la carne y se detenían en seco al tocar hueso. Al siseo de una flecha le seguía el de otra, y Antígono no dejaba de sonreír. No había sido alcanzado desde que una flecha se llevó su ojo en Queronea, donde Filipo derrotó a las tropas combinadas de Atenas y Tebas. Desde entonces, había sido bendecido por Ares, dios de la guerra, y nunca sentía miedo al adentrarse en un vendaval de flechas. Ahora podía ver los ojos de los persas que apuntaban. El instinto le hizo agachar la cabeza y una flecha rebotó contra su casco metálico haciendo que los oídos le pitaran. Levantó la cabeza y se rio del enemigo, porque iba a morir.

Los persas metieron sus arcos en las fundas que les colgaban del costado y cogieron los paveses para utilizarlos como escudos convencionales; recogieron sus largas lanzas del suelo y formaron hombro con hombro. Sus ojos negros observaban la falange que se cernía sobre ellos, erizada con puntas de hierro dispuestas a segar vidas. La risa de Antígono se transformó en rugido mientras daba los últimos pasos. Los músculos de los brazos le dolían de mantener la pica en horizontal. Sus hombres rugieron con él, el temor natural quedó reemplazado por la dicha del combate.

Y entonces se encontró ahí. Ya podía matar. Con un poder que le inundaba de felicidad, Antígono proyectó la pica hacia delante, hacia el persa con la barba tintada de alheña que tenía delante. Cada hombre de primera fila tendría ahora que juzgar el momento de su mortífera estocada por sí mismo. El persa

se apartó de la punta de la pica y agarró el asta, intentando arrancársela a Antígono de las manos, pero el macedonio siguió avanzando junto con el resto de sus hombres, abriéndose paso hacia delante de modo que, dos pasos después, la segunda línea de sarisas amenazaba ya al enemigo a la altura de las tripas.

Y seguían empujando, paso a paso, blandiendo sus armas, aún fuera del alcance de las del enemigo, que ahora pugnaba ya con la tercera fila de puntas, una multitud de picas que se abalanzaba sobre ellos.

Un par de persas, más osados que el resto, cargaron hacia la falange con las lanzas sobre los hombros, sorteando astas de madera, directos a Antígono. El tuerto había perdido ya de vista la punta de su pica, aunque siguiera propinando empellones ciegos al tiempo que los persas se aproximaban a una distancia a la que podían utilizar sus armas. Antígono ni se inmutó, porque conocía a los hombres que tenía detrás. Por el rabillo del ojo vio una pica de la cuarta fila que subía y lanzaba una estocada. Con un grito, uno de los persas se inclinó sobre la herida recibida en la ingle. Intentaba sacarse la punta a puñetazos mientras otro integrante de la falange, a espaldas de Antígono, con una estocada seca, se ocupaba del segundo hombre. Y seguían avanzando. La presión aumentaba a cada paso; el peso mismo de la falange era lo que hacía que fuera tan difícil detenerla, y, a lo largo de toda la línea, el enemigo luchaba con desesperación a medida que su frente se combaba.

Fueron las tropas tribales capadocias, a ambos lados de los persas, hombres duros del interior montañoso, las que dieron media vuelta primero, incapaces de enfrentarse a la maquinaria de guerra macedónica armados con jabalinas y espadas. Emprendieron la huida a la carrera, por miles, hacia el río. Sabían que la falange, privada de velocidad, no podría perseguir a su presa.

Orgulloso, Antígono miró a su izquierda y vio exactamente lo que quería ver: a su hijo, con la capa blanca de borde púrpura ondeando al viento, liderando la carga desde la primera posición en la formación de cuña preferida por la Caballería de los Compañeros. Serían ellos los que lograsen lo que la falange no podía. Y fue con velocidad y furia que barrieron a las quebradas formaciones capadocias; la cuña aumentaba la presión cuanto más se adentraba en las filas enemigas, desplazando hombres a un lado y pisoteando a muchos más bajo los cascos de los caballos al tiempo que las lanzas buscaban las espaldas de los que huían y dispensaban heridas deshonrosas. Fue entonces cuando la caballería del flanco izquierdo chocó contra el enemigo encajonando

al ejército ya derrotado. Los persas ahora sabían que no serían capaces de seguir retirándose por el puente hacia la salvación, y ellos también les dieron la espalda y comenzaron la huida.

Antígono levantó un puño al aire y el cuerno sonó una vez más. La falange había hecho su trabajo, y se detendría a descansar mientras contemplaban cómo la engreída caballería llevaba a cabo la labor más fácil de todas: asesinar a los vulnerables.

La caballería pesada lo barría todo a su paso desde los flancos. Más allá, la caballería ligera patrullaba en círculos abatiendo a los pocos afortunados que habían logrado escapar. Antígono había ordenado, antes del combate, que no hicieran prisioneros salvo por el mismo Ariarates, ya que tenía una estaca particularmente ancha lista para ensartar al rebelde. Tan solo logró ponerse a salvo la caballería enemiga después de obligar a nadar a sus monturas hasta la otra orilla.

Con la falange bloqueando cualquier intento de dirigirse al oeste, aquellos que no lograban alcanzar el puente, convertido ahora en una riada de hombres desesperados, no tenían más opciones que las de elegir entre la muerte alanceados por la caballería o ahogados en el río. Así que el Halis se convirtió en un remolino de hombres que se ahogaban, todos ellos intentando sobrevivir a costa de los demás, mientras la corriente los arrastraba y se los tragaba. Algunos, aquellos que tenían a los dioses de su parte, lograban aferrarse a los grandes pilares de piedra que se hundían en el lecho, aunque muchos acababan arrastrados por otros que se agarraban a sus tobillos al pasar. Unos pocos lograron trepar hasta el puente, aunque ninguno logró unirse a la masa humana que cruzaba, pues eran empujados de vuelta al río por hombres que comprendían que una persona más sobre la estructura suponía menores probabilidades de supervivencia.

Antígono rio al ver a Demetrio y a sus compañeros abatir a los infantes persas en desbandada mientras intentaban abrirse paso hacia el puente. Sus cascos de estilo beocio, pintados de blanco con una diadema dorada alrededor, brillaban cálidos a la luz del ocaso. Sentados a lomos de sus monturas, los jinetes se mantenían sobre ellas apretando los muslos, con los pies colgando. Controlaban a las bestias con la habilidad nacida de una vida a caballo. Sus botas de cuero les cubrían hasta la pantorrilla. Una coraza musculada de bronce o de cuero cocido con pteruges de tiras de cuero en la parte inferior les protegía el torso y la ingle. Las túnicas y capas, de diversos tonos de rojo, azul,

pardo o marrón, ofrecían un espectáculo digno de ver, y Antígono tenía que reconocerlo. Y, mientras avanzaban masacrando a todo aquel que intentaba unirse a la masa del puente, eran pocos los que se volvían para enfrentarse a ellos, ya que la mayoría habían abandonado sus armas en la desbandada.

Antígono dio una palmada a Filotas en el hombro cuando a Demetrio se le rompió la lanza y le dio la vuelta para usar el regatón.

—El chaval se lo está pasando en grande; parece que está desarrollando el gusto por la sangre de los orientales. Y ya iba siendo hora. Alejandro tenía más o menos la misma edad cuando lideró tropas en batalla por primera vez.

Filotas sonrió cuando el hombre que protegía el flanco de Demetrio cercenó la mano de un persa que intentaba descabalgarle.

—Cauno no le quita el ojo de encima, así que no le pasará nada. Solo tendrás que dejarle claro que no siempre es tan fácil.

—Ya tendrá tiempo de aprender eso.

La unidad de Demetrio, una *ile* de ciento veintiocho jinetes, había alcanzado el puente. Los seis hombres que iban en cabeza se abrían paso a medida que la congestión causada por los derrotados se disolvía y la retirada se volvía más fluida. Y seguían matando, y el enemigo seguía huyendo ante ellos. No se detuvieron, y la sonrisa de Antígono se fue desvaneciendo a medida que los veía alejarse. *El muy idiota.* Se volvió hacia el hombre que hacía sonar el cuerno.

—¡Toca a repliegue!

El cuerno emitió varias notas ascendentes que fueron imitadas a lo largo de la formación. Sin embargo, Demetrio seguía azuzando a sus hombres hacia delante, hasta que no quedó nadie que matar en el puente, e irrumpió en la orilla este, con los últimos rayos del sol, masacrando a todo aquel que podía encontrar.

—Si no le mata un capadocio —murmuró Antígono—, lo haré yo cuando vuelva.

—No lo harás. Le darás un tirón de orejas y luego un abrazo por ser un idiota, pero un idiota valiente.

—¡Y una mierda! Son ese tipo de estupideces las que hacen que la gente muera sin necesidad. O aprende un poco de disciplina o se tendrá que resignar a una vida corta.

—Sé por experiencia que no siempre son los necios los que sufren el resultado de sus acciones.

El rostro de Antígono se turbó.

—Si mi hijo vuelve a hacer algo parecido, Filotas, espero, por Ares, que tengas razón y que no acabe muerto.



ROXANA, LA GATA SALVAJE

El bebé dio una patada en su vientre. Roxana se llevó ambas manos a la tripa. Estaba sentada, con el velo sobre la cara, junto a la ventana abierta de sus dependencias, en el segundo piso del palacio de Babilonia. A sus pies, en el inmenso patio central del complejo, ahora iluminado por antorchas mientras el sol se hundía bajo un cielo encapotado, el ejército macedonio celebraba otra reunión.

Aquella era una más de las peculiaridades que jamás había logrado entender del modo en que funcionaban las mentes de los macedonios: ¿por qué se les permitía a los ciudadanos tener voz? Cuestionar los deseos de su padre, Oxiartes, en su Bactria natal podía costar el empalamiento. Sin embargo, Alejandro, un hombre que, debía admitirlo, había sido inmensamente más poderoso de lo que su padre jamás hubiera soñado ser, prestaba oídos a las opiniones de la soldadesca común. De hecho, había sido la amenaza de un motín lo que le había obligado a dar media vuelta en la India. Roxana negó con la cabeza al pensar en lo caótico de un sistema gobernado por el consenso, y juró que el niño que llevaba en sus entrañas no habría de soportar ese inconveniente cuando alcanzara el trono.

Ese pensamiento la hizo volver a pensar en su principal preocupación desde que Alejandro enfermara y que ahora se había convertido en un asunto candente desde su muerte, apenas hacía dos horas: cómo asegurarse de que su hijo gobernara, pues sabía que su propia vida dependía de ello.

Una vez más el niño dio una poderosa patada, y Roxana maldijo a su finado esposo por abandonarla justo cuando más le necesitaba. Justo en el momento

en el que iba a alzarse con el triunfo dándole un heredero antes de que lo hicieran sus otras dos esposas; las zorras persas con las que Alejandro se había casado en las multitudinarias bodas de Susa, cuando había obligado a todos sus oficiales a desposarse con mujeres persas. Y precisamente ahora que ella estaba a punto de convertirse en la persona más importante en la vida de Alejandro una vez muerto su mayor rival: Hefestión.

Se volvió y chasqueó los dedos para llamar la atención de las tres jóvenes esclavas que aguardaban arrodilladas y con la cabeza inclinada, tal y como le gustaba a Roxana que hicieran, en el otro extremo de la estancia. Una de las muchachas se puso en pie y se aproximó, con la cabeza aún inclinada, pisando sobre las alfombras de diversos tonos y motivos, tan apreciadas en Oriente. Se detuvo lo bastante cerca de su señora para que esta no tuviera que alzar la voz, ya que hacerlo exigía energía, y Roxana consideraba que una reina no debía realizar esfuerzos innecesarios, sino que tenía que reservar las fuerzas para el rey.

Roxana ignoró a la muchacha y volvió a centrar su atención en los acontecimientos que tenían lugar en el patio. Se oían los cuernos mientras los quince mil ciudadanos macedonios presentes en Babilonia formaban por unidad y en silencio mientras siete hombres se subían a una tarima en el centro de la explanada.

—¿Cuál de ellos? —murmuró Roxana para sí, en voz baja, mientras estudiaba a los compañeros de Alejandro—. ¿Quién será?

Los conocía a todos. A algunos mejor que a otros, ya que había rivalizado con ellos desde su matrimonio, tres años antes, cuando contaba quince veranos, para mantener su posición en un entorno tan masculino como lo era el ejército de Alejandro.

Fue Pérdicas, ataviado con la panoplia al completo —yelmo, coraza, pteruges, grebas y capa de un rojo intenso—, el que dio un paso al frente para dirigirse a la asamblea. Roxana ya suponía que sería él, dado que le había visto coger el anillo de Alejandro. No obstante, maldijo su suerte: Leonato habría resultado ser más maleable, precisamente por su vanidad. A Peucestas, el amante de los placeres y los lujos, no le habría costado atraerle a su cama. Incluso a Aristonoo, a quien podría haber apelado como hombre de honor leal a la estirpe dinástica argéada de Macedonia. ¿Pero Pérdicas? ¿Cómo haría para someterle a sus deseos?

—Soldados de Macedonia —declamó Pérdicas para que su potente voz

alcanzara hasta al último de los soldados que formaban a la sombra. El bronce de su yelmo centelleaba a la luz de las antorchas mientras una leve brisa jugueteaba con la cimera roja de crin de caballo—. Creo que todos conocéis ya la trágica noticia que nos aqueja, pues las malas noticias son más veloces que las buenas. Alejandro, el tercero de su nombre, el León de Macedonia, ha muerto. Y nosotros, sus soldados, habremos de llorarle al modo macedonio. La campaña de Arabia, por lo tanto, queda pospuesta para los juegos funerarios, que tendrán lugar en los próximos días y en los que se darán magníficos premios. Pero primero haremos lo que debemos: presentaremos, todos y cada uno de nosotros, nuestros respetos a nuestro rey. Su cuerpo se ha llevado a la sala del trono. Pasaremos ante él por unidades. La caballería será la primera. Una vez que todos hayamos sido testigos de su muerte, y solo entonces, nos reuniremos en asamblea dentro de dos días para elegir a un nuevo rey.

Mientras Pérdicas seguía hablando a las tropas, Roxana se dirigió a la esclava que estaba tras ella.

—Ve a por Orestes; tengo que escribir una carta.

El secretario llegó a los pocos instantes de que la muchacha abandonara las dependencias, como si hubiera estado esperando a ser llamado. Roxana pensó que quizá hasta fuera así. Se mostraba muy solícito desde que la reina ordenara que le cortaran el dedo meñique de la mano izquierda por haberla hecho esperar demasiado después de ser llamado. Alejandro le había afeado la conducta a Roxana por infligir ese castigo a un griego libre, y le había dicho que debía compensarle por el daño que le había ocasionado. Ella se había reído de él y le había contestado que a una reina no se la hacía esperar y que, además, ya lo había hecho, y no había compensación posible que fuera a hacer crecer el dedo de nuevo. Alejandro, como el idiota que era, había compensado al hombre con dinero.

—A Pérdicas —dijo sin siquiera volverse para comprobar si el secretario estaba preparado—. De la reina Roxana de Macedonia. Saludos. —Oyó que el estilete empezaba a rascar cuando ya pensaba en la siguiente frase. En ningún momento apartó la mirada de su presa, que aún se estaba dirigiendo a las tropas—. Requiero tu presencia para hablar sobre la regencia y otros asuntos importantes.

—¿Es todo, majestad? —preguntó Orestes cuando su estilete se detuvo.

—¡Por supuesto que eso es todo! ¡Si hubiera más, lo habría dicho! Ahora ve a

escribir una copia en limpio y luego tráemela para que pueda entregarla una de mis esclavas.

Roxana sonrió para sí cuando oyó que Orestes recogía sus cosas a toda prisa y salía de la habitación. *Griegos…, cómo los odio; en particular a los que saben escribir. ¿Quién conoce los secretos y los hechizos que esconden?*

En el patio Pérdicas había acabado de hablar y Ptolomeo le relevaba en la tarima para expresar su dolor. Roxana se preguntaba si habían decidido el orden de intervención por sorteo, pero lo que estaba presenciando era el orden que habían acordado entre ellos.

Cuando su carta fue entregada, hablaba Peucestas, el último en hacerlo después de Lisímaco, Leonato y Aristonoo. Peitón, hombre de pocas palabras, y estas preferiblemente de pocas sílabas, no se había dirigido a la asamblea. Cuando esta se disolvió y comenzó la gran procesión, Roxana pidió una jarra de vino dulce y les ordenó a las esclavas que la peinaran y maquillaran mientras esperaba a su invitado. Podrían haberle hecho el peinado tres veces desde que lo ordenara hasta que su mayordomo anunció a Pérdicas.

—Me has hecho esperar —dijo Roxana en voz baja cuando el corpulento macedonio entró en la estancia. La mujer se retiró el velo y le miró con sus ojos almendrados al tiempo que le dedicaba un ligero aleteo de pestañas.

—Tienes suerte de que haya tenido tiempo de venir; he despachado mensajeros, y hay mucho que organizar —repuso Pérdicas mientras se sentaba sin pedir permiso y sin hacer comentario alguno sobre el rostro desnudo de la mujer—. ¿Acaso vas a ordenar que me corten un dedo como advertencia? La próxima vez te sugiero que vengas tú a buscarme.

Los ojos de Roxana brillaron de ira; sacudió la mano para que las esclavas abandonaran la estancia.

—Soy tu reina: puedo convocarte cuando me venga en gana.

Pérdicas se la quedó mirando fijamente, contemplándola con sus ojos de color gris mar. Ella se sintió incómoda, pero le sostuvo la mirada. Bien afeitado, como la mayoría de aquellos hombres cercanos a Alejandro, su rostro era delgado, de mandíbula marcada y nariz esbelta. Tenía el cabello negro y lo llevaba corto. Las facciones del macedonio eran agradables, había que admitirlo. Era el tipo de hombre con el que no le hubiera importado mantener un contacto directo si las necesidades así lo dictaban. Le miró las manos; no llevaba puesto el anillo.

—Tú no eres mi reina, Roxana —dijo Pérdicas pasado un instante—, y no lo

has sido nunca. Tanto para mí como para el resto del ejército no eres más que una bárbara salvaje a quien Alejandro trajo del este como trofeo. Harías bien en recordarlo en los próximos días.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Yo…

—Ahora no eres más que un recipiente, Roxana —le interrumpió Pérdicas al tiempo que le señalaba el vientre—. Un recipiente útil, eso sí, pero un recipiente en todo caso. Lo que llevas en tus entrañas tiene valor, tú no. La pregunta es: ¿qué valor tiene? No mucho si resulta ser una niña.

Roxana se llevó una mano al vientre y apretó la mandíbula.

—Es un niño —siseó entre dientes—. Lo sé.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Una mujer lo sabe; está bajo en el vientre y da fuertes patadas.

Pérdicas sacudió la mano con desprecio.

—Puedes creer lo que te venga en gana. Ya lo sabremos de un modo u otro dentro de tres meses. Hasta entonces te recomiendo que seas discreta, para no recordar a los hombres continuamente que el heredero de Alejandro es un mestizo.

—Me aman.

Pérdicas suspiró y negó con la cabeza; la rudeza se desvaneció de su voz.

—Durante el último año de su vida, Alejandro empezó a entrenar a orientales al modo macedónico, hasta convertirlos en miembros de falanges. Cuando envió a Crátero a casa con diez mil veteranos, no los reemplazó con macedonios, sino con esos nuevos pseudomacedonios. Y eso a los hombres no les gusta. Si tu criatura resulta ser niño, habrá problemas a la hora de que le acepten todos los macedonios.

—Y es precisamente por eso por lo que te he convocado.

Pérdicas esbozó un gesto exasperado.

—Roxana, no voy a entrar en tu juego. Tengo el anillo de Alejandro: a mí no me convoca nadie. He venido porque prefiero hablar contigo aquí, donde hay cierta privacidad. Veamos, ¿qué querías decirme?

La mujer, consciente de que intentar hacer valer su legítima posición no haría más que enfurecer a Pérdicas, decidió dejar a un lado su postulada superioridad.

—Me necesitas, Pérdicas. —A Roxana le sorprendió el repentino estallido burlón del macedonio—. ¿Te ríes de mí? ¿Por qué?

—Eres la segunda persona que me dice eso hoy.

—¿Quién ha sido la primera?

—No necesitas saberlo.

Sí necesito saberlo, y mucho. Necesito saber quién compite por tus atenciones.

—Estoy segura de que esa persona no podrá resultarte tan útil como yo.

—Dudo que él lo sea.

Bien, al menos no es una mujer.

—Tienes el anillo en tu poder, y es evidente que tus seis compañeros han delegado en ti, ya que has sido el primero en dirigirte a las tropas esta tarde. Seamos prácticos: te gustaría gobernar en lugar de Alejandro, pero los demás no lo aceptan. Si lo hicieran ahora mismo, llevarías puesto el anillo, pero no lo veo. Yo puedo ofrecerte la regencia de mi hijo hasta que llegue a la edad adulta a los catorce años.

—Podría hacerme con la regencia yo solo. No necesito recibirla de tus manos.

Roxana sonrió; sabía que era su gesto más seductor, aunque rara vez lo dispensaba, consciente de que la escasez aumentaba su valor.

—Para ser un regente efectivo, tienes que gobernar en un imperio sin divisiones, y tus súbditos han de aceptarte como regente. Si yo te aceptara, eso podría ocurrir. Pero imagina que le hiciera esta misma propuesta a Leonato, por ejemplo. ¿Puede haber dos regentes? Yo creo que no. ¿Y piensas que Leonato dejaría escapar la oportunidad de hacerse con el poder teniéndose, como se tiene, en tan alta estima? ¿Y a quién crees que apoyaría Ptolomeo si tuviera que elegir entre Leonato y tú?

—No harías tal cosa.

La sonrisa de Roxana se desdibujo y su mirada se endureció.

—Sí lo haría. Más aún: sabes que sería capaz.

Pérdicas valoró la situación.

Creo que le tengo.

—¿Qué quieres? —dijo Pérdicas al fin.

Ya es mío. Lo único que necesito es enseñarle modales.

—Estabilidad para mi hijo. Solo puede haber un legítimo heredero.

—¿Quieres a Heracles muerto?

—¿Heracles? No. Ese bastardo no me supone ninguna amenaza. Alejandro nunca reconoció a Barsine, con lo que no tiene precedencia sobre mi hijo. Son las dos zorras de Susa.

—¿Estatira y Parisátide? Ellas no pueden amenazar tu posición.

—Están embarazadas. Las dos.

—Imposible. Alejandro no ha estado con ellas desde que el cortejo fúnebre de Hefestión pasó por Susa hace nueve meses.

—Me da igual. Las quiero muertas, y quiero que tú las ejecutes.

—¿Matar mujeres? No pienso hacer eso. Menos aún cuando dichas mujeres son las esposas de Alejandro.

—En ese caso, envía a alguien a que lo haga; de lo contrario, me entrevistaré con Leonato.

—¿De verdad crees que Leonato se prestaría a asesinar mujeres sabiendo lo que piensa de sí mismo? —Ahora le tocaba sonreír a Pérdicas—. O, para el caso, cualquiera de los compañeros.

Roxana maldijo a Pérdicas para sí. Debía intentarlo de otro modo.

—¿No deberían acudir las esposas de Alejandro a Babilonia para llorarle? Estoy convencida de que Estatira y Parisátide recibirían con agrado la invitación de llorar junto a su cuerpo.

Pérdicas esbozó una maliciosa sonrisa cuando entendió lo que pretendía Roxana.

—Seré responsable de su seguridad cuando lleguen aquí.

—Pero no cuando estén de camino; ¿cómo ibas a hacerte responsable del viaje?

Una vez más Pérdicas fijó la mirada en ella, y, por la expresión de sus ojos, Roxana supo que triunfaría.

Pérdicas se puso en pie.

—Muy bien, Roxana; haré llamar a Estatira y a Parisátide para que acudan a Babilonia, y tú me reconocerás como regente. Si lo consideras oportuno, informaré a los altos mandos de tu decisión cuando nos demos cita pasado mañana ante la asamblea del ejército.

—Sí, doy mi permiso —dijo Roxana con elegancia mientras le concedía otra de sus escasas sonrisas.

Le vio dar media vuelta y abandonar la habitación sin dejar de sonreír. *Muy bien, Estatira y Parisátide: pronto sabréis lo que les sucede a mis rivales. Lo mismo que a Hefestión.*



PTOLOMEO, EL BASTARDO

Hábil. Muy hábil, pensó Ptolomeo mientras observaba la distribución de la sala del trono en la que se reunían sus pares dos días después de la muerte de Alejandro. Odiaba tener que admitirlo, pero, por mucho que le despreciase, Pérdicas había sido hábil. Bien era cierto que Ptolomeo jamás había creído que la enemistad supusiera un obstáculo a la admiración.

Por el fondo de la gran sala pasaban aún ante el rey las últimas unidades de infantería del ejército de Babilonia. Alejandro estaba vestido con sus mejores galas: capa y túnica púrpura, coraza dorada con incrustaciones de piedras preciosas y grabados de dioses y caballos, así como el sol de dieciséis puntas de Macedonia. También llevaba botas de piel de becerro, y su yelmo ceremonial descansaba entre el codo doblado de su brazo derecho y su torso. Aunque no fue que convocara la reunión a la vista de las últimas tropas que presentaban sus respetos lo que impresionó a Ptolomeo, fue lo que Pérdicas había hecho al otro extremo de la sala: el trono de piedra tallada de Nabucodonosor estaba envuelto en las ropas de Alejandro, con su coraza favorita de cuero endurecido, la que solía llevar en batalla, decorada con sendos caballos piafando, uno en cada pectoral, junto con su espada ceremonial. Aunque el golpe maestro, en opinión de Ptolomeo, había sido dejar su diadema sobre el asiento junto con el gran anillo de Macedonia.

Ha organizado la reunión como si estuviera teniendo lugar en presencia del mismo Alejandro, pensó Ptolomeo mientras miraba a los altos oficiales reunidos: los otros seis compañeros y Alcetas, Meleagro, Eumenes y el alto y corpulento Seleuco, convertido ahora en taxiarca, comandante de los hipaspistas, una de

las dos unidades de infantería de élite del ejército. Seleuco se había ganado un nombre tres años antes, al mando de una nueva unidad formada por elefantes. *¿Cuántos de ellos apoyarán a Pérdicas?,* pensaba Ptolomeo mientras estudiaba cada uno de los rostros. *Eumenes seguro, porque, al ser griego, necesita un valedor macedonio si quiere algún tipo de recompensa.* Centró su atención en el hombre maduro que accedía en ese momento a la sala, con la cara curtida por los elementos y los ojos como rendijas, producto de una vida entrecerrándolos para protegerlos del sol. *Nearco, interesante; tiene el mismo problema de Eumenes, solo que nuestro magnífico almirante cretense se convertirá en todo un activo para aquel a quien se decida a apoyar; es una lástima no tener nada con qué tentarle.*

No fue ninguna sorpresa para Ptolomeo que Casandro fuera el último en llegar. *A este sí que hay que observarle de cerca; nunca entenderé cómo Antípatro fue capaz de engendrar a un zorro tan arrogante y vomitivo. Aunque tengo entendido que la última camada de hijas del viejo ha madurado bien. ¿Casandro como cuñado? Ah…, podría ser.* Y tanto que podía ser, ya que ese pensamiento azuzó la mente de Ptolomeo. Ningún camino que llevara a una vida de riquezas, contemplación y poder como la que ansiaba después de años de duras campañas debía quedar inexplorado. Y así era como Ptolomeo estaba dispuesto a recompensarse a sí mismo, ya que nadie más iba a hacerlo por él. Siendo, según se decía, hijo bastardo del rey Filipo, siempre se le había tratado con sutil desprecio. Tan solo Alejandro le había demostrado respeto al convertirle en uno de sus hombres cercanos, para sorpresa, mal disimulada, de aquellos de mejor cuna. Después de una vida bajo el estigma de la bastardía, su futura felicidad era algo que dependía exclusivamente de él, y estaba dispuesto a aferrarse a ella con fuerza en los meses siguientes.

Con la llegada del último, Pérdicas pidió orden para dar comienzo a la reunión. Todos vestían como si estuvieran dispuestos a entrar en batalla para subrayar la urgencia de la situación. *Será mejor que esté alerta, ya que cualquier cosa que se decida contará con la bendición de Alejandro, y no me gustaría que alguien se alzara con mi trofeo.*

—Hermanos —empezó a decir Pérdicas con todos de pie a la sombra del fantasma que los observaba desde el trono—, os he convocado para establecer una propuesta común que podamos proponer a la asamblea del ejército.

Una propuesta que esperas que te invista de poderes absolutos ya sea como regente o como rey, pensó Ptolomeo. Mientras, asentía con toda solemnidad como si los propósitos de Pérdicas fueran altruistas y por el bien común y no, como

sospechaba, para su propio beneficio. *Vi tus ojos cuando Alejandro te entregó el anillo.*

—Como todos sabemos, la primera esposa de Alejandro, Roxana, está próxima a dar a luz. Si la criatura es un niño, entonces contaremos con un legítimo heredero. Propongo que esperemos a ver el resultado del nacimiento.

Lo que le interesaba a Ptolomeo era lo que no estaba diciendo Pérdicas; ¿quién gobernaría hasta entonces? *Obvio.*

—¿Para qué esperar cuando ya hay un heredero vivo? —La voz surgió del extremo de la concurrencia. Nearco, el almirante cretense, dio un paso al frente—. Heracles tiene cuatro años; la regencia, por tanto, sería de diez años y no de catorce.

—¡Griego! —rugió Peitón—. ¡Los macedonios primero!

—Estás hablando fuera de turno, amigo —dijo Eumenes agitando el dedo hacia Nearco—. Debemos esperar a que hablen antes los macedonios, ya que nuestra sangre no es sino licuada sangre griega, no el líquido espeso y fuerte que corre por las venas de Peitón. Pero paciencia: estoy convencido de que tendrás la oportunidad de defender los intereses de tu medio cuñado, por mucho que sea un bastardo.

Muy bien, Eumenes, pensó Ptolomeo cuando Nearco se vio obligado a dar un paso atrás mientras los macedonios eclipsaban a voces sus protestas. *Un asunto menos.* Como muestra de aprecio, Alejandro le había dado a Nearco la mano de la hija mayor de Barsine, que en aquel momento solo contaba doce años, durante las bodas de Susa, lo que le convertía en cuñado de Heracles. No cabía duda de que fantaseaba con la posibilidad de convertirse en el regente del niño a pesar de su sangre cretense.

—Un bastardo no puede ser rey —dijo Pérdicas, lo que zanjó la cuestión y provocó el fin de los abucheos.

—Pero un hermano sí puede serlo —dijo Meleagro, cuyas palabras manaban a través de su barba—. Escuchaos: habláis de mestizos ocupando el trono de Macedonia. De los hijos de los conquistados. ¡Roxana! —dijo, y escupió al suelo—. Dará a luz a un pusilánime cachorro oriental, sin importar la cantidad de buen semen macedonio que Alejandro lograra bombear en ella. En cuanto a Barsine, el hecho de que sea mitad griega no compensa el resto de sangre oriental que corre por sus venas. Los griegos se han arrodillado ante nosotros, ¿o no? —Miró con dureza al puñado de griegos presentes en la reunión, retándolos a que pusieran en duda sus palabras. Ninguno lo hizo—. Vamos a

dejar de hablar de sangre mestiza, porque, al igual que con los reclutas orientales que se están uniendo a nuestras filas, a los hombres no les gusta. ¿Y por qué habría de gustarles cuando todos sabemos que hay un hombre en edad, de pura sangre macedonia y de la dinastía argéada que bien podría ser coronado aquí, en Babilonia?

Es el momento.

—Arrideo es un tarado —dijo Ptolomeo.

—Prefiero a un tarado macedonio —rugió Meleagro— antes que a un mestizo extranjero.

—En particular uno con algo de sangre griega —dijo Eumenes con gesto de pura inocencia.

—¡Exacto!

—Pero un tarado no puede gobernar sin un regente —señaló Ptolomeo—. Ni siquiera un bobalicón macedonio.

Eumenes miró a Peitón, que estaba a su lado.

—Sin embargo, los bobos macedonios son los mejores bobos del mundo. O eso creo. ¿Estoy en lo cierto, Peitón?

El aludido frunció el ceño y valoró la pregunta, aunque decidió no expresar su opinión acerca de las habilidades de los tarados macedonios.

—Entonces ¿quién ha de ser el regente del tonto? —preguntó Ptolomeo—. De hecho, ¿quién sería el regente del mestizo, llegado el caso? Porque Alejandro no nombró a ninguno de nosotros. —Ptolomeo giró la cabeza lentamente hacia Pérdicas con un semblante de profundo pesar—. ¿A que no?

Pérdicas entrecerró los ojos.

—¿Acaso te estás proponiendo como rey solo porque puede que seas el medio hermano bastardo de Alejandro?

—Querido Pérdicas, puede que sea muchas cosas, pero no soy necio. Me gustan los lujos y conozco mis límites, militarmente hablando. La pregunta es: ¿todos los que estamos aquí conocemos nuestros límites? Yo no puedo ser rey por dos razones: la primera, que solo podría proponerme como bastardo, y, tal y como se ha dicho, un bastardo no puede ocupar el trono de Macedonia. —*Bien es cierto que ese no es el único trono del mundo*—. Y en segundo lugar, si hemos de llevar a cabo los planes de Alejandro y dirigirnos al oeste, yo no sería la persona indicada para liderar al ejército. ¿Serías tú la persona adecuada, Pérdicas? —Ptolomeo señaló a Leonato—. ¿O tú, Leonato? ¿O quizá tú, Aristonoo, o Lisímaco, o Peucestas? —El hecho de que Peitón carecía de las

cualidades necesarias no necesitaba ser puesto en cuestión—. Solo hay una persona capaz de aglutinar el ejército tras él, y está a trescientas leguas de distancia: Crátero. Alejandro mismo casi le nombró a él, ya que le ha mandado a casa para reemplazar a Antípatro como regente de Macedonia.

—¡Mi padre no ha sido reemplazado! —estalló Casandro—. Tan solo era algo temporal mientras venía a Oriente para dar consejo a Alejandro. En todo caso, el que debería gobernar es mi padre, ya sea como rey o como regente.

Ahora le tocó escupir a Lisímaco.

—¿Crees que la asamblea del ejército iba a decantarse por un hombre que lleva diez años en casa y que no ha compartido ni una sola de las penalidades de la tropa?

Casandro se volvió hacia él con ira contenida.

—Un rey puede ser coronado por la asamblea del ejército o en Macedonia mediante asamblea popular.

Lisímaco volvió a escupir.

—¿El pueblo? ¡Me meo en el pueblo! Y también se mearía el ejército si alguien intentara imponerles un rey, más aún si ese rey tiene un heredero tan feo como tú, Casandro. Porque eso es lo que quieres, ¿no? Tú y ese viejo que tienes por padre, que ha estado escondido en Occidente mientras hombres mejores se ganaban la gloria y morían por ella. ¿De verdad crees que podrías llenar el hueco de Alejandro?

Pérdicas agarró a Casandro cuando este se disponía a abalanzarse sobre Lisímaco.

—¡Basta!

Aristonoo ayudó a Pérdicas a retenerle.

—Ptolomeo tiene razón: Crátero fue nombrado regente por Alejandro y también es un hábil general, mejor que cualquiera de nosotros.

—Pero está a leguas de distancia.

Ptolomeo extendió los brazos.

—En ese caso, ¿cómo puede gobernar cuando lo que necesitamos es un liderazgo inmediato si queremos mantener unido al ejército y evitar que el Imperio se despedace?

—En ese caso, si lo que queremos es un liderazgo inmediato —dijo Aristonoo al tiempo que soltaba a un más calmado Casandro—, Pérdicas es la solución. Puede que no sea un argéada, pero tiene sangre real, mientras que Crátero no.

—Y fue él a quien Alejandro dio el anillo —dijo Peucestas.

Así que esa es vuestra postura.

—Pero ¿a quién se lo habría dado Alejandro si Crátero hubiera estado aquí? —Ptolomeo levantó la mano a toda prisa—. No respondáis: es irrelevante. El hecho es que Crátero no está aquí y que ninguno de nosotros tiene derecho a reclamar para sí el lugar de Alejandro. Y si tú, Pérdicas, reclamaras la corona, ¿qué piensas que harían Crátero y sus diez mil veteranos? Máxime una vez que hicieras lo que tendrías que hacer para asegurarte la corona y evitar la guerra civil en un futuro no muy lejano: matar a Roxana y al hijo de Alejandro.

Pérdicas negó con la cabeza.

—Precisamente por eso jamás aceptaría la corona.

Pero qué mentiroso eres, cabrón.

—Así que has pensado en ello, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. ¿Quién de entre nosotros no lo pensó mientras éramos testigos de la muerte de Alejandro? Vamos, sed honestos. Todos lo pensamos.

Seguro que Peitón no.

—¿Y qué sugieres, Ptolomeo?

Fue el hasta ahora silencioso Leonato quien formuló la pregunta. Ptolomeo tomó nota y pensó en él como potencial aliado.

—Un consejo formado por cuatro hombres, votado por el ejército, que se den cita aquí, ante el trono y en presencia del fantasma de Alejandro.

Pérdicas, incrédulo, miró a Ptolomeo.

—¿Un ejército gobernado por un comité? ¿Cómo vamos a conquistar Occidente así?

—Basta con no ir a Occidente.

—¿Qué? Pero Alejandro…

—Está muerto —intervino Eumenes—. Ptolomeo tiene razón: basta con no ir a Occidente. Si hacemos eso, perderemos todo lo que hemos conseguido hasta ahora.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Pérdicas mirando a Ptolomeo.

—Consolidar lo que tenemos. Cada uno de nosotros tomará una satrapía y gobernará en nombre de Macedonia. Mientras tanto, las políticas interna y externa serán decididas por ese comité de cuatro.

—Eso no funcionaría jamás.

—¿Por qué no?

Porque no permitirás que funcione. Pero ahora me necesitas para sacarte del embrollo en el que te he metido, y solo te va a costar Egipto.



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

—¿Por qué no? —preguntó Ptolomeo en respuesta a la afirmación de Pérdicas.

Ese bastardo de un bastardo, pensó Pérdicas, *acaba de proponer una forma de prescindir de un rey y, por lo tanto, de un regente. ¿Qué es lo que quiere?*

—Porque ¿cómo iba a ser capaz un comité de cuatro de estar de acuerdo en nada? Incluso suponiendo que decidiéramos quiénes han de ser esos cuatro.

—Como he dicho, los elegiría el ejército votando —repuso Ptolomeo.

—No puedes dejar que el ejército vote a cualquiera; tendríamos que ofrecerles candidatos para que eligieran.

—Macedonia debe tener un rey, no un comité.

Fue Peitón el que habló, y con una aportación tan escueta dejó claro el asunto para Pérdicas y, de hecho, para casi todos los presentes, ya que la mayoría de los ojos se posaron sobre Peitón y asintieron para mostrar su acuerdo.

Pérdicas se percató de un breve intercambio de miradas entre Ptolomeo y Leonato, y supo que debía actuar con celeridad.

—Peitón tiene toda la razón: debemos tener un rey, y ese rey debe ser de la dinastía argéada. Por lo tanto, quiero proponer lo siguiente: esperar a que Roxana dé a luz y, si es niño, decidir entre él y Arrideo. Sea como sea, será necesario nombrar a un regente, de por vida en el caso de Arrideo y por catorce años en el caso del niño.

—¿Y quién ha de ser ese regente? —preguntó Ptolomeo.

—Pérdicas —dijo Aristonoo.

—Pérdicas —convino Peucestas.

—Estoy de acuerdo —dijo Lisímaco.

—Yo también —dijo Ptolomeo, sorprendiendo a Pérdicas—. Junto con Leonato en Asia, mientras Antípatro lo sigue siendo en Europa con la ayuda de Crátero cuando llegue allí.

Pérdicas miró a Ptolomeo, cuyo rostro permaneció impasible.

Apuesto a que detrás de esa máscara te estás partiendo de risa, cabrón. Pero supongo que la idea tiene de positivo que Crátero volvería a Europa, dejándome a mí con las manos libres para encargarme de Leonato. También tendría que deshacerme de Casandro, que volverá con su padre si no le doy algo aquí para tenerle vigilado. Sí, podría funcionar.

—Sea. ¿Hay alguien que no esté de acuerdo?

Dado que el compromiso parecía razonable, nadie vio en él problema alguno, dado que ninguno de los presentes se sentía amenazado directamente. Ni siquiera Meleagro dio muestras de desacuerdo, según observó Pérdicas con alivio.

—En ese caso, propongo que hagamos un juramento, aquí, ante Alejandro, comprometiéndonos a adoptar esta solución. —Miró hacia el otro extremo de la sala, donde las tropas seguían presentando sus respetos a Alejandro—. Más aún: sugiero que hagamos partícipe de lo hablado a la caballería en primer lugar, dado que ya han cumplido su deber para con Alejandro.

—¿Y por qué no hacerlo ante todo el ejército? —preguntó Aristonoo.

—Si contamos con el apoyo de la caballería, es probable que la infantería se muestre más receptiva a la hora de aceptar el compromiso.

—¿Cuándo hizo algo la infantería porque lo hacía la caballería? —preguntó Eumenes.

Meleagro gruñó tras su barba.

Mientras Pérdicas les tomaba juramento a todos, le pedía a Ares que el veterano comandante de la infantería gozara de la influencia suficiente entre sus hombres como para animarlos a apoyar la decisión sin que hubiera grandes disensiones.

—¿Y qué haremos si la infantería no acepta el plan? —le preguntó Eumenes a Pérdicas una vez hecho el juramento y mientras salían al patio. La caballería había formado y estaba siendo informada de la decisión por los oficiales.

—Lo harán.

—Quieres decir que esperas que lo hagan. No te olvides de que la caballería y la infantería estuvieron a punto de declararse una guerra abierta en la India

cuando los segundos querían volver y los primeros abogaban por seguir adelante con Alejandro. No se tienen mucho aprecio. —Eumenes miró a los tres millares de jinetes que, a pie, comentaban la propuesta dispersos en sus unidades—. ¿Y cuál es el arma más numerosa?

—Pero la una no puede sobrevivir sin la otra. Y menos aquí, tan lejos de casa.

—Eso lo sé, y tú también lo sabes —comentó Eumenes mientras la caballería empezaba a gritar su aprobación—, y lo más probable es que ellos también. Pero, dime, ¿crees que saben hasta qué punto? —Señaló con el dedo sobre el hombro hacia la cola de infantes que entraban en la sala del trono a presentar sus respetos a Alejandro.

Pérdicas volvió la mirada y sintió inquietud.

—¿Dónde están? Aún quedaban unos cuantos cientos cuando tomamos la decisión.

Eumenes dio media vuelta y observó el lugar en el que había estado la cola.

—Esto no pinta bien. —Le dedicó a Pérdicas una burlona sonrisa—. Me temo que puedes haber creado una situación en la que o bien habrá de coronarse su rey o habrá dos reyes. No es muy satisfactorio, diría yo. ¿Lo ves? De verdad necesitas mi ayuda. Eres un soldado, no un político, y con Alejandro muerto nadie es un poco de ambas cosas. —Eumenes se encogió de hombros y le mostró las palmas de las manos—. Si quieres sobrevivir, claro está. Porque si esa reunión nos ha enseñado algo es que no quedarán muchos de los que han estado presentes cuando todo esto acabe.

—Nunca se llegará a eso. Hemos compartido mucho. Somos compañeros de armas.

Pérdicas oyó un leve tono lastimero en su propia voz, y eso le hizo temer que el pequeño griego tuviera razón. Más aún cuando se oyó un rugido que superaba el parloteo de los jinetes y que provenía del campamento de la infantería, al otro lado de los muros de palacio. *Han rechazado la propuesta antes incluso de haber tenido la ocasión de planteársela; van a exigir que coronemos a un tarado.*

Pérdicas sintió un nudo en la tripa cuando vio a un oficial de la infantería entrando al patio por las puertas y recorriendo la vasta extensión de camino a Meleagro.

—¿Y bien? —preguntó Pérdicas después de que el oficial hubiera hablado con el viejo veterano—. ¿Han rechazado la propuesta?

Los ojos de Meleagro adoptaron un gesto severo, y el veterano esbozó una

triste sonrisa.

—Han hecho algo más que eso. Aquí, Euclides me dice que han encontrado a Arrideo, que le han coronado rey y que le están llamando Filipo, el tercero de su nombre.

—¡No pueden hacer eso!

Meleagro se encogió de hombros.

—Pues lo han hecho.

El pánico se apoderó del rostro de Pérdicas.

—Tienes que detenerlos.

—¿Por qué? Es lo que quieren.

—No es lo que hemos decidido ni lo que hemos jurado a la sombra de Alejandro. ¿Acaso vas a romper tu juramento?

Meleagro valoró la cuestión antes de contestar.

—Muy bien, iré a hablar con ellos.

—Dales tiempo para que se calmen y organiza una asamblea del ejército mañana por la mañana.

—Eso no ha sido muy inteligente —dijo Eumenes cuando Meleagro y Euclides se alejaban.

Pérdicas miró al griego, sorprendido.

—¿Por qué no? Hay que detenerlos, y él es el único hombre al que la infantería estará dispuesta a escuchar.

—Estoy de acuerdo: es el único al que la infantería prestará oídos. La cuestión es: ¿qué les dirá?

—Ha jurado mantener el acuerdo.

—Si tuvieras la opción entre mantener un juramento hecho a un hombre muerto y convertirte en regente de un baboso con el apoyo del ejército, ¿qué elegirías?

—Elegiría el honor. —Pero, una vez más, el tono de Pérdicas fue dubitativo.

—Tienes razón al no estar seguro, Pérdicas, porque el honor será lo primero que perdamos todos cuando se trate de obtener nuestra parte de los despojos. Y, créeme, eso es en lo que acabará convirtiéndose esto. Pero si lo que quieres es ganar, necesitarás mi ayuda. Eso y no seguir cometiendo errores como el que acabas de cometer, esto es, facilitar que una infantería en rebeldía se dé cita con su comandante.

Al maldito griego no le falta razón, aceptó Pérdicas mientras veía desaparecer a Meleagro por la puerta. *O no le faltaría razón si se estuviera refiriendo a uno de los*

suyos, pero Meleagro no es griego: es un macedonio con honor. Pondrá orden. Dioses, cómo odio a la infantería.



ANTÍGONO, EL TUERTO

—¡Tus infantes estaban ahí sin hacer nada, padre! —gritó Demetrio con la voz quebrada—. Llevé a la caballería al otro lado del puente para matar a tantos de esos cabrones como me fuera posible. Matamos a montones mientras huían.

Antígono se agarró al borde de su mesa de campaña para evitar darle un bofetón a su cachorro, aún cubierto de sangre después de dos días de masacre desenfrenada. Los ojos negros del muchacho le miraban desafiantes. Tenía los músculos de las mandíbulas tensos bajo la piel sin barba.

—¿Y si hubieras sido sorprendido en una emboscada? ¿Eh? ¿Pensaste en eso antes de recorrer Capadocia durante dos días para matar a un puñado de fugitivos que ya estaban más que derrotados?

Demetrio descartó aquella posibilidad con un gesto de la mano y se dejó caer en un taburete de tres patas. Desde el exterior de la tienda de campaña llegaban el barullo y los olores de un ejército victorioso desayunando: tintineo de ollas y olor a madera quemada mezclados con risas rudas y aroma a tortas de pan recién hechas.

—Estaban desorganizados, padre; eso no podía pasar.

—Pero ¿cómo ibas a estar seguro, Demetrio? Tienes quince años, y estás aquí para aprender. Cuando lideras a hombres hacia una situación peligrosa tienes que pisar sobre seguro o morirán. Nunca se avanza por un lugar que no ha sido explorado, y eso es exactamente lo que has hecho.

—Si hubiese traído a Ariarates, no estaríamos teniendo esta conversación.

—¡Por mis pelotas que sí! La única diferencia habría sido un sátrapa rebelde con una pica en el culo decorando la entrada a mi tienda. Así que escúchame,

jovencito: puede que sea tu padre, pero también soy general, y, como tal, mi primera preocupación ha de ser por mis hombres, incluso si se trata de la caballería. Lo que te he visto hacer ha sido un acto de engreída idiotez que no tiene lugar en mi ejército. Ni en cualquiera, dicho sea de paso. Como general no puedo permitir que mis hombres se vean abocados a tomar riesgos innecesarios. Por lo tanto, Demetrio, tienes dos opciones: puedes prometerme que nunca volverás a adentrarte en un territorio que no haya sido reconocido previamente y que siempre seguirás mis órdenes al pie de la letra o puedes volver a casa con tu madre y aprender a tejer.

La expresión de Demetrio era de auténtica indignación.

—¡No prescindirías de mí! Soy tu hijo: debería tener un mando. Es lo natural.

—¡No! ¡No es lo natural! Si creo que eres un peligro para ti y para mis hombres, lo natural es que te releve del mando. Si no lo hiciera, mis hombres perderían confianza en ti, y una buena mañana te encontrarían muerto y con el cuello rebanado, y yo me vería forzado a ejecutar a buenos muchachos por amotinarse. Y ahora vete, descansa y piensa en ello, porque no pienso decir nada más al respecto hasta que me des una respuesta.

Demetrio se puso en pie. No había rastro de cansancio ni en sus ojos ni en sus movimientos.

—Puedo responderte ahora, padre. Jamás llevaré a mis hombres a territorio inexplorado.

—Muy bien. ¿Y qué más?

—Y obedeceré tus órdenes al pie de la letra.

—Muy bien. Ven aquí —dijo Antígono al tiempo que se ponía en pie. Se dirigió a su hijo y le envolvió con sus brazos musculosos—. Me has hecho sentir orgulloso durante la batalla, hijo. Has matado bien y lo has disfrutado.

—Gracias, padre. Sí, ha sido una sensación estupenda.

—Sí. Pero asegúrate de no disfrutarlo demasiado para que no se te nuble el juicio, tal y como te ocurrió. Ahora vete a dormir. Vamos a quedarnos aquí hoy, a descansar y a recuperarnos, mientras los exploradores reconocen el terreno antes de adentrarnos en Capadocia.

Demetrio logró esbozar una leve sonrisa y se pasó la mano por la negra melena.

—Así lo haré —dijo, y dio media vuelta para marcharse.

—Y haz que un esclavo le quite la sangre a tu panoplia mientras descansas.

Me gusta que mis oficiales tengan buen aspecto: no eres ningún bárbaro capadocio.

—¿Crees que se tomará en serio la lección? —preguntó Filotas, que entraba en la tienda cuando Demetrio se iba.

—Ruego a Ares por que así sea. —Antígono se sirvió vino; cogió la jarra de agua, pero, después de pensarlo mejor, se bebió el caldo sin mezclar—. El problema es que Alejandro y su generación han hecho creer a los jóvenes de buena familia que liderar hombres en batalla es una habilidad concedida por los dioses a todo aristócrata macedonio. Y, claro, se creen que no tienen nada que aprender de gente como tú y como yo. Y, seamos sinceros, nosotros tenemos la experiencia y las nuevas generaciones tienen la suerte. Yo podría derrotar a cualquiera de esos cachorros en el campo, con la excepción de al propio Alejandro. —Ladeó la cabeza—. Y puede que a Crátero, aunque él es más de nuestra edad.

—Bueno, por suerte no habrá que hacer la prueba.

—Gracias a los dioses, eso es cierto. —Antígono se volvió a sentar ante su mesa de campaña e invitó a Filotas a sentarse ante él—. Mi desayuno debería llegar en cualquier momento. Quédate y acompáñame.

Filotas cogió el taburete de tres patas en el que había estado sentado Demetrio y sonrió.

—El rancho de la tropa, supongo.

—Lo que les vale a mis hombres me tiene que valer a mí. —Antígono sirvió vino para ambos—. Aunque debo admitir que lo hago más agradable sustituyendo la mierda que beben ellos con vino decente de mis viñas. —Alzó su cáliz y se bebió el contenido de un trago—. El Cíclope Resinado: es uno de los nombres más cariñosos con el que les he oído llamarme a mis hombres.

Filotas se acabó el vino, dio un golpe en la mesa con el cáliz y eructó satisfecho.

—Los hay peores que ese. Y tengo que decirte, viejo amigo, que he oído la mayoría de ellos durante las marchas forzadas de estos últimos días.

Antígono soltó una carcajada.

—Me pueden llamar lo que quieran siempre y cuando me sigan a la velocidad que necesito. Quedé satisfecho con ellos el otro día. Si hubiéramos llegado una hora más tarde, Ariarates habría cruzado y habría podido defender el puente contra nosotros. Puede que no le haya capturado, pero al menos podré decirle a Alejandro que he destruido su ejército y que ya es poco más

que un forajido. Mañana, dado que al fin Demetrio ha regresado, penetraremos en Capadocia y acabaremos el trabajo. Ahora que Alejandro ha vuelto, con suerte me permitirá entrar en Armenia, y allí podremos disfrutar durante un par de campañas. ¿Qué me dices a eso? ¿Eh?

Filotas se sirvió más vino.

—Yo diría que antes de ir deberíamos investigar un poco a ver si las mujeres merecen la pena. Estoy harto de las zorras toscas de las que se sirven por aquí para reproducirse.

—Como sabes, viejo amigo, jamás voy a ningún sitio si no ha sido reconocido antes.

Filotas estuvo a punto de atragantarse con el vino. Un hilillo del caldo le manó de la nariz.

—Eso ha dolido —dijo de buen humor mientras dejaba su cáliz y se secaba la cara—. Y yo que creía que los exploradores que han cruzado el río hacia Capadocia eran para asegurarte de que Ariarates no tiene ninguna sorpresa preparada, y resulta que lo único que querías era comprobar la calidad de su harén.

—Para mis hombres, naturalmente, no para mí.

—Naturalmente.

—Estratónice no me lo permitiría.

Sus risas fueron interrumpidas por la llegada de un par de esclavos que cargaban con una olla humeante repleta de un guiso de cebada con hierbas y trozos de cartílago que pretendían hacerse pasar por carne, así como una torta redonda de pan. Antígono hizo un gesto para que lo dejaran allí y se fueran.

—Ahora en serio —dijo Antígono una vez que ambos tuvieron un cuenco de comida ante ellos—. ¿De verdad crees que Alejandro mirará a Occidente ahora que ha vuelto?

Filotas valoró la pregunta mientras masticaba un trozo de pan mojado con caldo.

—Es muy ambicioso, y tengo entendido que Crátero ha recibido instrucciones de tomar el camino de la costa para volver a casa y de ordenar a las ciudades portuarias que empiecen a hacer acopio de barcos.

—Sí, eso he oído yo también.

—Pero ¿para qué ir a Occidente antes de haber acabado aquí?

Antígono hundió más pan en el caldo.

—¿Y por qué hace Alejandro las cosas? Por su gloria y por nada más. No

piensa que Armenia sea digna de él; por eso confío en que me la deje a mí. Yo lo que creo es que está reuniendo una flota para que le lleve a las ciudades griegas del sur de Italia y de Sicilia. Puede que incluso esté pensando en Cartago.

—¿Cartago? Pero eso está a leguas de distancia… ¿Cómo haría para mantener las líneas de suministro?

—Del mismo modo que lo hizo cuando estaba en Oriente…

—¡Padre!

Antígono alzó la mirada y vio que Demetrio entraba en la tienda.

—¿Qué pasa? ¿Has decidido cambiar de opinión y volver con tu madre para aprender a tejer?

Demetrio estaba conmocionado.

—Alejandro ha muerto, padre. Hace tres días. Hay un mensajero fuera que ha venido por relevos desde Babilonia.

Antígono intercambió una mirada de absoluto desconcierto con Filotas.

—¿Muerto? No puede ser. Será mejor que hagas entrar a ese hombre, Demetrio.

—De fiebres —dijo el mensajero en respuesta a la primera pregunta de Antígono. Venía cubierto por el polvo del camino y se había bebido de un trago el vino aguado que se le había ofrecido.

—¿Y a quién ha nombrado como sucesor?

—Según los rumores lo único que dijo fue: «Al más fuerte». Cuando Pérdicas nos envió a los mensajeros a recorrer el Imperio, parecía que sus compañeros estaban discutiendo sobre lo que había querido decir.

Una sonrisa dubitativa agrietó el rostro cuarteado de Antígono.

—Sí, seguro que sí. ¿Y dices que te envió Pérdicas?

—Sí; parecía ser él el que se había hecho con el control. Alejandro le dio su anillo y dijo: «Al más fuerte».

—Pero no nombró a nadie.

Con solo tres palabras el muy cabrón acaba de desencadenar una guerra civil que puede durar años. Apuesto a que lo ha hecho a propósito para que nadie pueda eclipsarle. Será mejor ir preparándose.

—¿Es eso todo lo que sabes?

—Sí, señor. Eso y que de verdad está muerto. Vi el cuerpo con mis propios ojos. Pérdicas nos permitió a todos presentar nuestros respetos.

—Un noble gesto —dijo Antígono al tiempo que se ponía en pie—. Al

menos está actuando como debe actuar un macedonio. —Abrió un arcón que tenía en el suelo, junto a la mesa, sacó una pequeña bolsa y se la lanzó al mensajero—. Te daré cartas para llevar de vuelta. Quédate con mis tropas hasta que te haga llamar.

—Gracias, señor. Así lo haré —repuso el hombre, que ya daba media vuelta mientras sopesaba la bolsa en la mano, satisfecho con la recompensa.

—¿Qué significa esto, padre? —preguntó Demetrio.

—Significa, muchacho, que vamos a tener que decidir de qué lado estamos. O bien apoyamos a quienquiera que se alce con el poder en Babilonia, que bien podría ser Pérdicas, Ptolomeo o Leonato, o incluso dos de ellos, y que se repartan el Imperio, o podemos apoyar a quien sea que gobierne en Macedonia, que en este momento es Antípatro. Aunque, si las órdenes de Alejandro se cumplen, debería ser Crátero. Sea como sea, ambos considerarán que, como regentes nombrados por Alejandro, deberían ser ellos los que ostenten el poder. No olvides que sigue habiendo un poderoso ejército en Macedonia. Y tampoco podemos olvidarnos de las oscuras maquinaciones de esa bruja de Olimpia: ella se encargará de esparcir dolor y odio antes de que todo esto empiece, porque querrá que sea su sangre la que ocupe el trono. —Miró a Filotas—. Quizá lo que he dicho antes sí que pueda ser puesto a prueba después de todo.

—Nunca llegará a eso. Se fingirá un poco y luego se llegará a un acuerdo sobre quién se lleva qué. No pondremos el Imperio en peligro luchando los unos contra los otros.

Antígono gruñó.

—Confiemos en que estés en lo cierto. ¿Qué harías tú en mi lugar para asegurar mi posición?

—¿Yo? Bueno, para empezar, no entraría en Capadocia mañana. Me dirigiría a Celenas y empezaría a concentrar tropas con la idea de apoyar al que más te convenga.

—Sabio consejo, amigo mío. Será mejor no perder el tiempo persiguiendo rebeldes por las montañas cuando hay otros lugares en los que buscar beneficio.

—Deja que sea yo quien penetre en Capadocia, padre —dijo Demetrio con entusiasmo, pero una sola mirada del ojo de Antígono bastó para que no discutiera.

—Volveremos hacia el oeste y esperaremos a ver lo que pasa durante el

primer mes. —Le dedicó una perspicaz mirada a su hijo—. Quién sabe, Demetrio: dada nuestra posición, en medio de todo, podríamos salir bastante bien parados de todo esto. Me temo que va a haber mucha gente queriéndonos de amigos.



EUMENES, EL ASTUTO

¿Y cómo puede ser que a mí no me sorprenda y a ti sí, Pérdicas, a pesar de que te lo advirtiera ayer?

Eumenes estaba disfrutando de la expresión en el rostro de Pérdicas mientras Meleagro desfilaba junto a un baboso renqueante, vestido con túnica y capa púrpuras y con una diadema real ceñida en la cabeza. *¿Por qué les costará tanto a los macedonios creer cualquier cosa que consideran inaceptable hasta que la ven con sus propios ojos?*

—¿Qué te dije?

Pérdicas le miró desde lo alto de la tarima dispuesta en el centro del patio. Había verdadera conmoción en sus ojos, lo cual estaba bastante mejor, según pensó Eumenes, que la expresión de arrogante superioridad que solía reservar para sus interlocutores griegos.

—Pero hizo un juramento. Su honor le obliga a persuadir a la infantería de que olvide la locura de coronar a un idiota, no a alentarlos.

—Lo que tendría que haber hecho resulta irrelevante. Lo cierto es que está ahí fuera, ante todo el ejército, con Arrideo, y que le llama rey. Filipo, el tercero de su nombre. Tienes que reaccionar ante la situación que ves, no ante la que te gustaría que fuera.

El sol había ascendido sobre la inmensa extensión que era el patio del complejo palaciego donde el ejército se había reunido una hora después del amanecer. Tanto la infantería como la caballería formaban juntas; la infantería, por *speira,* en bloques de doscientos cincuenta y seis hombres, ocupaba casi la mitad de la superficie. La caballería, en cambio, estaba alineada a lo largo del

perímetro. Pérdicas había ordenado que acudieran montados: no estaba dispuesto a correr riesgos.

No fue hasta que los sacrificios concluyeron que Pérdicas, encabezando a los otros seis compañeros en la tarima, se dispuso a dirigirse a la asamblea. Entonces, Meleagro y Euclides se abrieron paso entre las compactas columnas de sus hombres y vitorearon a Arrideo, ataviado como Alejandro, al grito de «rey Filipo». El rey expresó su deleite babeando, y no pudo ocultar su entusiasmo cuando Meleagro le caló la diadema en la cabeza, meándose encima al tiempo que agitaba en el aire un pequeño elefante de madera.

Eumenes sintió admiración por la osadía de Meleagro, aunque no aprobara la acción. Al menos apoyaba a la estirpe del rey Filipo, el segundo de su nombre, el hombre que le había sacado del anonimato, el hombre que había gozado de la indeleble lealtad de Eumenes.

Mientras contemplaba el rostro indeciso de Pérdicas, Eumenes valoró la posibilidad de dirigirse a Meleagro y ofrecerle a él los servicios que Pérdicas parecía tan poco dispuesto a aceptar. Quizá pudiera hacerse algo con el rey idiota para unir al ejército y mantener en su legítimo lugar a la casa real argéada. Pero ¿la facción de Meleagro le respetaría y protegería si emergía victoriosa? *Ser griego en un mundo macedonio no es tarea fácil,* se recordó Eumenes, *y permanecer con vida siendo griego mientras ese mundo se derrumba sería aún más difícil.*

Miró por encima del hombro a Roxana, sentada y con su velo, dos pisos más arriba, ante la ventana abierta de sus dependencias, observando el desenlace con la mano en el vientre. Bien era cierto que ser una gata salvaje oriental intentando proteger su vida y la de su cachorro, ahora que se había coronado un nuevo rey, sería aún más complicado. *Aunque nadie se atrevería aún a cargar con la responsabilidad de asesinar al hijo de Alejandro, yo menos aún, dado que le debo todo a su familia. Y ahí está la clave: son la sangre de Alejandro y de Filipo juntas las que deben acceder a la sucesión, no solo la de Filipo en la forma de un baboso. Y esa sangre está en las entrañas de Roxana.* Frunció el ceño cuando le asaltó otro pensamiento. *También corre por las venas de Cleopatra, la hermana de Alejandro. Puede que existan más opciones que las que se me habían ocurrido en un principio.* Teniendo esto último en cuenta, Eumenes decidió quedarse donde estaba, por intolerable que fuera el gesto de titubeo de Pérdicas. *Si hubiese nacido macedonio, podría manejarlos a mi antojo. Tan decisivos en el campo de batalla y, sin embargo, tan inútiles para la política.* Miró entonces a Ptolomeo. Saltaba a la vista que estaba disfrutando con la situación. *Excepto puede que tú. Tú sí que estás saboreando el momento, y creo que sé por qué.*

Mientras Meleagro llamaba a sus hombres al orden, Eumenes no pudo soportarlo más.

—La sala del trono, Pérdicas —dijo alzando la mirada—. Eso es lo que tienes que hacer. Quienquiera que tenga el cuerpo de Alejandro tendrá su autoridad.

Lo cierto del comentario espoleó a Pérdicas a tomar la iniciativa.

—Leonato y Peucestas, quedaos aquí con la caballería y estad preparados para actuar si veis que las cosas se ponen violentas. Debemos evitar derramar sangre macedonia a toda costa. De lo contrario no habrá vuelta atrás. Lisímaco y Peitón, vosotros id al campamento de los mercenarios. Quiero asegurarme de que podemos contar con ellos, en particular los griegos y los tracios. Ptolomeo y Aristonoo, traed a doscientos hombres y venid conmigo a la sala del trono.

Pérdicas dio media vuelta y se dirigió hacia la sala a toda prisa.

—¡Macedonios! —aulló Meleagro. Su voz hizo eco en los muros embaldosados del palacio mientras Pérdicas descendía por las escaleras de la tarima—. Hoy hemos elegido un nuevo rey, un rey macedonio de pura sangre argéada. Hoy hemos elegido a Filipo, el tercero de su nombre, para que nos lidere.

Mentira, pensó Eumenes, *habéis elegido a Meleagro para que os gobierne en calidad de regente de un bobo, o al menos eso es lo que espera.*

—Ya no vamos a tolerar que la sangre oriental se mezcle con la nuestra —continuó Meleagro, metido en su papel, mientras Eumenes observaba cómo Ptolomeo y Aristonoo les ordenaban a los doscientos hombres que tenían más próximos que desmontaran y los acompañaran a la sala del trono—. Ya no veremos en las falanges de Macedonia a hombres infiltrados que jamás contemplaron sus valles y montañas, que jamás bebieron el agua de sus ríos, que nunca comieron sus corderos ni trituraron su trigo…

—Jamás creí que Meleagro tuviera dotes poéticas —dijo Eumenes cuando alcanzó a Ptolomeo mientras el oficial de infantería seguía con su proclama—. Un bebedor empedernido con más prejuicios y resentimiento que palabras en su vocabulario; pero el hecho de que consiga juntar todas esas sílabas de forma casi lírica es todo un descubrimiento.

Ptolomeo no le miró.

—Pues es una lástima para él que haya descubierto ese talento en los últimos días de su vida.

—No puedo estar más de acuerdo. Sí que consideré por un instante ofrecer mi apoyo a Meleagro, pero la sangre del idiota no cuenta con la de Alejandro, y eso va a suponer su caída. Eso y que el rey es un bobo, por supuesto.

—Por supuesto. Pero dime: ¿por qué te preocupa tanto la estirpe de Macedonia siendo griego?

—Sí, soy griego: bien visto, Ptolomeo. Pero no dejo de ser un griego un tanto peculiar, ya que les debo todo a dos macedonios. Sin el mecenazgo de Filipo y de Alejandro, probablemente habría muerto a manos de los asesinos de Hecateo, el tirano de mi Cardia natal.

—No le gustaba tu carácter escurridizo, ni…

—¿… mi tendencia a acabar las frases de los demás? Sí, supongo que eso no ayudó, pero lo que más le inquietaba era que mi padre intentara derrocarle. Fue ejecutado junto al resto de mi familia, y yo hui a Macedonia.

—Recuerdo cuando llegaste. Nos hizo mucha gracia tanto tu incapacidad para blandir una lanza de caza como tu erudición.

—Mi erudición era lo que me diferenciaba de todos aquellos que sabían blandir una lanza de caza, y por eso Filipo me hizo su secretario. Por eso y para enfurecer a Hecateo. Y debido a esa deferencia siempre le seré leal a la única familia que tengo, procurando, claro está, beneficiarme mientras tanto todo lo posible.

—Así que tus motivos no son del todo desinteresados.

—¿Lo son los de alguien?

—Creo que puede obtenerse alguna ventaja en toda esta confusión, y veo que tú también lo crees: tienes aspecto de estar disfrutando con la situación.

A Eumenes le costaba seguir el ritmo de las grandes zancadas de Ptolomeo mientras recorrían el patio.

—No tanto como tú.

—En eso puede que tengas razón. Contemplar la estupidez es un pasatiempo fascinante, más aún cuando se trata de una partida a la que pretendes unirte.

—¿Una partida que tienes intención de ganar?

Ptolomeo miró a Eumenes por primera vez en toda la conversación cuando entraban en el pasillo que llevaba a la entrada lateral de la sala del trono.

—Solo un idiota intentaría ganar la partida tal y como están las reglas. Meleagro no tardará en darse cuenta. Y también Pérdicas en un futuro no muy lejano si continúa por esta senda.

—¿Y qué senda es esa?

—La del poder absoluto, su egoísmo no le permite ver más allá. Pero si algo hemos aprendido a lo largo de los diez últimos años es que solo Alejandro podía permitirse ese lujo. E incluso él tuvo que plegarse a los deseos de la infantería cuando quisieron volver.

Me temo que los dos estamos en el mismo bando…, al menos por el momento.

—No podría estar más de acuerdo; ese es precisamente mi análisis de la situación.

—Entonces, ¿por qué apoyas a Pérdicas?

—Porque tiene el anillo.

—Pero…

—No fue nombrado, lo sé. Sin embargo, la sola posesión del anillo le confiere la autoridad para tomar la decisión que ambos sabemos que debe ser tomada.

—¿Ambos?

—Sí, lo sugeriste tú, ¿te acuerdas? Has conseguido que Pérdicas acepte que haya cuatro regentes, algo que yo apoyo por completo, dado que significa que la dinastía argéada será preservada. Lo que todavía no ha aceptado es que todos gobernemos una satrapía, y creo que sé cuál es la que quieres tú.

—¿Lo sabes? ¿Acaso me estás ofreciendo tu ayuda para conseguirla?

—Digámoslo así: a mí nunca me la concederían porque es un territorio demasiado goloso para un simple griego. Si tengo suerte y, a pesar de mi sangre inferior, obtengo algo de todo esto, que lo dudo, supongo que será una satrapía inhóspita, infestada de tribus salvajes en algún lugar del este. Pero al menos será mía, aunque no sea tan rica ni tan fácil de defender como lo es Egipto.

Ptolomeo sonrió y se detuvo ante la puerta de la sala del trono mientras los hombres entraban.

—Eres un griego muy astuto. ¿Cómo lo has sabido?

—Te gustan los lujos y las mujeres, te encantaría ser asquerosamente rico sin necesidad de trabajártelo demasiado. Todo eso y, de vez en cuando, una buena batalla si alguien intenta perturbar tu paz. Apuesto a que eso te bastaría para vivir felizmente el resto de tus días.

Ptolomeo inclinó la cabeza ligeramente.

—Me has leído la mente, Eumenes, hombre corriente de gustos corrientes. Cuando vi Egipto y acompañé a Alejandro hasta el Oráculo de Amón en Siwa,

supe que encajaría a la perfección como lugar de reposo para cuando alcanzara una edad avanzada. Y ahora que esa edad está cercana, no quiero sobresaltos que eviten que disfrute de esos años al máximo.

—Un sentimiento que comparto por completo.

—¿Qué quieres a cambio de tu apoyo en este asunto?

Eumenes miró a Ptolomeo.

—Nada que no puedas permitirte. Tan solo tu apoyo para que no me quede fuera del reparto de satrapías por ser griego.

—¿Es eso todo?

—Bastará por ahora.

—¿Por ahora?

—Estarás de acuerdo en que ganas tú bastante más que yo si alcanzamos un compromiso, así que puede que te consideres en deuda conmigo.

—Eres un griego hábil y astuto, ¿eh?

—¿Lo soy? Vaya, gracias, Ptolomeo. No es que tú seas del todo directo y claro.

Ptolomeo no pudo evitar sonreír.

—Tenemos un acuerdo, pero con una salvedad…

—Que solo por el hecho de aceptar estar en deuda conmigo no significa que pueda pedir lo que me venga en gana.

—Lo que más me molesta de ti es…

—¿… que siempre acabo las frases de la gente? Sí, lo sé, me lo dicen mucho. Es una debilidad que tengo. Supongo que se debe a mi intelecto superior. — Eumenes dio media vuelta y, dejando a Ptolomeo sonriendo y negando con la cabeza, cruzó las puertas que llevaban a la sala del trono.

Ahora, y por una vez, me aprovecharé de mi falta de sangre macedónica, se dijo Eumenes mientras se acercaba al féretro en el que aún descansaba Alejandro. A pesar de que hubieran pasado tres días desde su muerte, no había ni hedor a descomposición ni signos externos de deterioro en el cuerpo. Tenía el mismo aspecto que en el día de su deceso. Para alivio de Eumenes, la diadema aún decoraba su cabeza. *Así que la que han usado para coronar a Filipo es falsa; eso hará que las cosas sean mucho más fáciles. Pero ¿cómo hacerse con ella? Eso va a llevar algo de trabajo.*

Mientras Pérdicas iba ordenando a los grupos de recién llegados que bloquearan todas las puertas, Eumenes merodeó ante el cuerpo, aunque en ningún momento tuvo la sensación de no estar siendo observado como para

intentar hacerse con la diadema. Casi fue todo un alivio que Meleagro gritara desde el exterior de la sala:

—¡Abrid en nombre del rey Filipo!

—¡No hay ningún rey Filipo! —respondió Pérdicas.

—Ha sido aclamado por la asamblea del ejército y tú estabas presente. Te he visto. ¡Así que abre!

Pérdicas no dio respuesta alguna, y, después de repetir la orden un par de veces, Meleagro llegó al límite de su paciencia. Las puertas empezaron a resonar, sometidas a poderosos impactos.

Fue cuestión de un instante. Mientras los hombres corrían a añadir su propio peso a las puertas, con el pulgar y el corazón Eumenes retiró la diadema de la cabeza de Alejandro y la dejó caer dentro de su túnica. Sintió que se detenía a la altura del cinturón.

Los impactos en las puertas ganaron en intensidad. Un hacha abrió una grieta, luego otra, seguida de otras dos. Hubo un estallido de astillas que roció los rostros de los defensores que tenían los hombros contra las puertas. Pero la carne de un hombro no es obstáculo para un hacha, y a medida que se iban abriendo más y más brechas, empezaron a caer los primeros heridos. El resto se apartó porque ya no tenía sentido.

Esto será interesante, pensó Eumenes mientras daba pasos de espaldas. Meleagro abrió las puertas a patadas y la infantería irrumpió en la sala con las jabalinas en alto.

Pérdicas y Aristonoo permanecieron inmóviles, pero no había ni rastro de Ptolomeo. Eumenes siguió retrocediendo poco a poco mientras Meleagro se aproximaba a Pérdicas con una sonrisa de triunfo en la cara.

—El rey Filipo ha venido a reclamar el cuerpo de su hermano para darle sepultura, Pérdicas. No tienes ningún derecho a negárselo.

—Soy uno de los regentes, Meleagro. Todos nos pusimos de acuerdo y prestamos juramento ante Alejandro. Arrideo no es rey, porque no ha sido proclamado por toda la asamblea del ejército, solo por la infantería.

—La infantería supera en número a la caballería, así que sus deseos deben prevalecer. —Meleagro dio unos pasos hacia el cuerpo—. Aparta o muere.

¿La sangre de Pérdicas la primera en ser derramada? Lo dudo. Eumenes siguió adelante con su lenta retirada a medida que la tensión iba en aumento.

Pérdicas se encaró con Meleagro unos segundos y luego dio un paso atrás.

—Muy bien, tienes el control de la sala del trono y del cuerpo. —Dio media

vuelta y les hizo un gesto con la mano a Aristonoo y a sus hombres—. Venid.

Puede que esa sea la mejor decisión que haya tomado Pérdicas hasta el momento, pensó Eumenes mientras alcanzaba la puerta que llevaba al largo pasillo. El griego se giró y recorrió el lugar a toda prisa. Llegó al patio y se encontró a Ptolomeo esperándole. No había ni rastro de la caballería.

—Leonato se los ha llevado cuando le he dicho que Pérdicas no podría defender la sala del trono —dijo Ptolomeo para explicar su ausencia—. Va a sacarlos de la ciudad.

—Una sensata precaución.

—Y creo que yo me voy a unir a él hasta que las cosas se calmen. Quizá vaya en busca de Seleuco y me lo lleve al campamento de elefantes que hay en los jardines, más allá de la Puerta de Istar. Ya que era su viejo comandante, su apoyo vendrá bien si llegamos a enfrentarnos. Aún cuenta con su lealtad.

—Bueno, no creo que eso vaya a ser necesario ahora que las cosas van tan bien y estamos un peldaño más cerca de conseguir lo que queremos.

—Ahora puede que no sea necesario, pero siempre que Meleagro siga con vida, la posibilidad estará ahí.

—Entonces aceleremos su caída haciendo uso de la caballería para evitar que entren suministros en la ciudad. Es mucho más fácil negociar con los hambrientos.

Ptolomeo agitó un dedo ante Eumenes cuando Pérdicas y Aristonoo salían del pasillo con sus hombres.

—Eres un maldito griego…

—… astuto y maquinador. Lo sé. ¿Cómo, si no, habría sido capaz de convertirme, primero, en el secretario de Filipo y, luego, en el de Alejandro? ¿Siendo un encanto? ¿O solo tuvo que ver con mi erudición?

—¿Vas a venir? —preguntó Ptolomeo al tiempo que daba media vuelta para unirse a Pérdicas.

—No lo creo. Cuando los macedonios se ponen a discutir, la única persona capaz de hablar con ambos bandos es un griego astuto y maquinador.



CRÁTERO, EL GENERAL

El humo ascendía, espeso y negro, de cada una de las cuatro docenas de chozas de madera que moteaban la ensenada. Una fila de mujeres y niños, encadenados, sollozaban y rogaban clemencia. No la habría. Crátero había sido firme: los hombres debían ser ejecutados y los demás serían llevados a los mercados de esclavos de Delos. Ese era el único modo de tratar con los piratas.

Crátero bajó de un salto del birreme, recién varado en la arena de la playa, para comprobar el trabajo de sus hombres. Habían sido concienzudos: el montículo de piratas recién ejecutados ganaba altura, entremezclado con madera, listo para arder, mientras los esclavos eran clasificados en espera de ser despachados a una vida de miseria que, en opinión de Crátero, se tenían merecida. Sin embargo, no era el destino de los habitantes de esa cala lo que le interesaba a Crátero, sino las herramientas de su oficio: tres *lembi,* pequeñas naves veloces con una sola fila de bancadas y quince remos por borda. Las embarcaciones estaban varadas en el centro de la playa y no habían sido dañadas durante el ataque, tal y como Crátero había ordenado. Se retiró la *kausia,* el gorro de lana y cuero típico de los campesinos que siempre llevaba en lugar del yelmo, y se secó el sudor de la frente mientras contemplaba la captura. Estaban en perfectas condiciones, eran ideales para labores de piratería y, en particular, para asaltar mercantes. También servirían para incrementar la flota que estaba reuniendo; aunque fueran demasiado pequeñas para el transporte de tropas, eran perfectas como naves de suministro. Y si Alejandro de verdad llevaba a cabo lo que tenía en mente, entonces harían falta

barcos de suministro.

La visión de Alejandro era temeraria: conquistar Occidente y unir la casi totalidad del mundo conocido bajo su poder. Bien era cierto que no resultaba más temeraria que su sueño original de robar un imperio y, sin embargo, eso era lo que había hecho. Y de no haber sido por el motín, habría robado dos, pues Crátero no tenía duda alguna de que la India habría caído ante él y de que habrían podido contemplar juntos las costas del último extremo del mar exterior que llevaba al fin del mundo. Pero no pudo ser, y la infantería había obligado a Alejandro a poner coto a sus sueños, algo por lo que jamás los perdonaría.

Por eso Crátero volvía a casa con las unidades que más se habían opuesto a seguir. Una vez allí debía relevar a Antípatro como gobernador de Macedonia, un puesto que ni había buscado ni quería. Sin embargo, tampoco había prisa por llegar, así que estaba haciendo buen uso del viaje. Hasta la fecha había logrado reunir casi cuatro centenares de embarcaciones de diversos tamaños y los estaba congregando en Tarso, la capital de Cilicia, no muy lejos de la desembocadura del río Cidno.

La piratería se había convertido en un problema a lo largo de la costa de Cilicia después de la conquista de Alejandro, dado que, al derrocar al sátrapa persa y sustituirle por un macedonio, Alejandro, sin quererlo, había provocado las condiciones necesarias para que floreciera la piratería. Sin nadie que le aconsejara al respecto, y dado que el nuevo sátrapa no conocía los pormenores de su provincia, Alejandro se había llevado a la flota cilicia consigo para que le siguiese por mar en su camino hacia el este. Así, libres de las patrullas navales, los piratas prosperaron al abrigo de las calas protegidas por escarpados acantilados y dispersas por toda la costa.

Ahora Crátero estaba poniendo fin a todo eso, al tiempo que reunía una flota que sería necesaria para la siguiente aventura. Solo pensar en ello le hizo sonreír. A sus cuarenta y siete años sabía que aún le quedaba tiempo. Tras haberle sido negada la posibilidad de ver el extremo este del mar exterior, contemplar el infinito mar que se extendía más allá de las columnas de Hércules sería igual de embriagador. Eso, siempre y cuando Alejandro le permitiera unirse a la campaña y no le dejara pudrirse en la pocilga de la política griega y macedonia. Tembló al pensarlo, y luego apartó la idea de la mente para centrarse en sus capturas y en los esclavos.

—Una buena tarde de trabajo, Antígenes —le dijo Crátero al comandante

que había designado para llevar a cabo la incursión—. Tres naves, un montón de piratas muertos y una buena ristra de esclavos para rellenar las arcas.

—He reservado a un puñado de chicas, las más guapas, y a algunos muchachos para que los hombres se diviertan un poco cuando acaben con la pira de los muertos.

—Bien hecho; se merecen una alegría después de haberse hecho con esas tres preciosidades. Quizá me alivie yo también con una de ellas cuando ellos terminen. Nunca viene mal que los hombres te vean compartiendo sus aficiones. Diles que se pueden quedar con cualquier cosa que encuentren entre las ruinas. —Miró hacia el mar y entrecerró los ojos para ver que dos birremes más libraban el promontorio oriental de la cala y asintió satisfecho por su puntualidad—. Ahí está Clito con los remeros de reemplazo. —Se caló la *kausia* y sonrió al pensar en otro trabajo bien hecho.

Y así había sido desde su llegada a Cilicia tres meses antes, momento en el que había decidido resolver dos problemas a la vez, acabando con la amenaza pirata mientras daba forma a una flota. Navegando desde Tarso con tres birremes, Crátero desembarcó a Antígenes y a una unidad de Escudos de Plata a cierta distancia del objetivo para luego bloquear la huida de los piratas por mar cuando la infantería irrumpiera en el asentamiento. Entonces Clito llegó con otros dos birremes, uno con remeros de reemplazo para las naves capturadas y otro para perseguir a cualquier embarcación pirata que pudiera escapar de la trampa. Crátero debía admitir que el sistema era muy eficaz, y tenía el beneficio añadido de mantener ocupados a los Escudos de Plata. Estos últimos eran veteranos de las guerras de Filipo, y recibían ese nombre en virtud de los escudos recubiertos de plata en los que lucía grabado el sol de dieciséis puntas de Macedonia. Todos ellos rondaban los cincuenta o sesenta años; habían pasado sus vidas en campaña y ahora recibirían tierras en Macedonia, ya que habían sido ellos los más exaltados a la hora de exigir que Alejandro diera media vuelta. Decían que querían volver a casa, pero, cuando Alejandro les hizo emprender el viaje nada más llegar a Babilonia, como castigo por haberle obligado a detener sus conquistas, se lo pensaron mejor y rogaron quedarse. Aun así, Alejandro se mostró inflexible, y ahora, a medio camino, se preguntaban de qué les serviría una granja en Macedonia cuando ya eran tan viejos.

Crátero sentía lástima por ellos. Él también había sido soldado toda su vida, y no podía imaginarse siendo otra cosa. Por su parte, aunque hubiesen servido

entre diez y quince años más que él, le amaban porque le veían como uno de los generales de Filipo y, por lo tanto, un hombre como ellos: imbuido en las tradiciones de Macedonia antes de que Alejandro lo diluyese todo abrazando lo oriental. Fue cuando ese abrazo resultó en el reclutamiento de extranjeros, y, peor aún, de extranjeros orientales, para las filas macedónicas del ejército, que él, Crátero, decidió no permanecer callado. Las palabras que le dijo a Alejandro le condenaron al exilio como encargado de llevar a los veteranos a casa.

Aunque en ese momento fueran menos de tres mil, aún constituían una temible fuerza militar, ya fuera luchando en la falange con la pica o en formación dispersa con lanza larga y espada, que era como luchaban en aquellas incursiones. Habían pasado la vida en el negocio de la muerte y sabían administrarla como nadie. En resumen, de los diez mil hombres que Crátero llevaba a casa, aquellos eran los más temibles, y los necesitaba de su parte, dado que no sabía a lo que se enfrentaría cuando llegase a Macedonia para reemplazar a Antípatro. Esa era una de las razones por las que estaba alargando el viaje en Cilicia mientras hacía acopio de naves: preveía un conflicto con Antípatro, uno que quizá solo pudiera ser resuelto por la fuerza de las armas. La otra razón era personal.

El humo empezó a ascender en espiral de la pira, y los gritos de los cautivos seleccionados para solaz de la tropa se tornaron más fuertes. Los hombres formaban círculos y se jaleaban entre ellos mientras hacían turnos. Crátero se acercó a uno de los corros. Un jefe de sección de barba cana, sudoroso, montaba a un joven de unos doce o trece años que aullaba, mientras dos de sus compañeros le tenían inmovilizado. A su alrededor los hombres marcaban el ritmo con palmadas. Crátero se unió al jolgorio y apartó a un par de hombres con la mano para acceder al círculo.

—¡Jodes con más entusiasmo del que luchas, Demeas! —gritó sobre el barullo.

Demeas, que tenía una mano en cada una de las ancas del muchacho, gruñó mientras embestía, incapaz de hacer acopio de aire suficiente como para responder. Demeas aceleró la cadencia y gruñó cuando alcanzó el clímax. Sus compañeros le jalearon y luego, después de retirarse del muchacho, se puso en pie y le dedicó una sonrisa a Crátero mientras otro ocupaba su lugar y las palmas empezaban de nuevo.

—Solía ser capaz de joder y de hacer chistes al mismo tiempo, señor. Ahora mismo tengo que elegir entre una cosa y la otra.

—Bueno, al menos sigues siendo capaz de hacer ambas. Divertíos; tú y tus hombres habéis hecho un buen trabajo hoy.

—Gracias, general. Gracias por darnos esta oportunidad; todos lo apreciamos, como bien sabes.

Crátero alzó una mano para indicar que no había razón alguna por la que darle las gracias. Luego dio media vuelta para echarles un vistazo a las nuevas tripulaciones de los *lembi,* que ya estaban embarcando en sus nuevas naves. Más allá se estaba cargando a los esclavos en los dos birremes de Clito, que ahora descansaban varados junto a los suyos.

—¡Que tus chicos se queden en el barco! —le gritó al trierarca que, desde la proa, supervisaba el proceso de carga de los esclavos—. No quiero que haya trifulcas con los muchachos de Antígenes sobre a quién le toca con los esclavos.

Clito, desnudo y con algas sobre la cabeza y los hombros, agitó su tridente. Le gustaba hacer de Poseidón cuando se echaba a la mar, una excentricidad que muchos consideraban blasfemia pero que nunca había hecho ningún daño.

—No te preocupes, general: mis chicos se arreglan entre ellos. —Y sonrió antes de añadir—: Por cierto, había otro par de naves siguiéndonos, a media hora de distancia, ambas de los nuestros. No sé si vienen hacia aquí o si están recorriendo la costa.

Pero fue hacia la cala hacia donde se dirigió el segundo, poco después de que el primero, un trirreme pintado de negro, pasara de largo a toda velocidad, con los remos chorreando agua, como si navegase hacia una batalla.

A medida que se aproximaba el segundo, Crátero vio al viejo Poliperconte, su segundo al mando en su misión de regreso a Macedonia, de pie en la proa.

Aferrado a la regala del barco mientras la nave ganaba la playa, Poliperconte, con una agilidad impropia de su avanzada edad, saltó a la playa.

—General —dijo mientras caminaba por la arena con la presteza de un joven—, poco después de que salieras de Tarso esta mañana llegó un mensajero imperial.

El corazón de Crátero dio un vuelco; quizá Alejandro hubiera cambiado de opinión y quisiera ahorrarle el posible conflicto con Antípatro.

—¿Y bien?

Poliperconte se frotó la calva y le miró con los ojos enrojecidos.

—Me temo que no hay otro modo de dar la noticia, general. Alejandro murió hace cuatro días en Babilonia.

—¿Muerto?

—Muerto.

Fue como si estuviera en un barco en medio de una galerna, con la cubierta bamboleándose bajo sus pies. Miró a Poliperconte intentando detectar el rastro de un chiste sin gracia en su rostro cuarteado y arrugado. No vio tal cosa. El hombre decía la verdad.

Alejandro estaba muerto y el mundo acababa de cambiar para siempre.

Crátero se acuclilló en la arena. Puso la mano izquierda en el suelo para no perder el equilibrio. La cabeza le daba vueltas.

—¿Dónde nos deja eso? —preguntó Poliperconte al tiempo que otro corro de hombres jaleaba la consumación de otra violación.

Crátero permaneció en silencio unos instantes intentando obviar todo sonido. *¿Por eso me he entretenido aquí? ¿Acaso los dioses han encontrado en Fila el modo de hacerme reacio a avanzar porque sabían que no tardaría en verme obligado a dar media vuelta?*

La imagen de su nueva amante tendida y desnuda en la cama en el palacio de Tarso sirvió para distraerle un instante mientras recordaba las curvas de sus pechos, su piel pálida y suave al tacto de sus manos callosas, tanto amor en sus ojos azules cuando le acariciaba el cabello del color del ocaso, muy parecido al tono de su medio hermano Casandro. A Crátero le desconcertaba el hecho de que dos personas tan diferentes hubieran sido engendradas por el mismo hombre. Y entonces la cara de Fila se convirtió en la de su esposa persa, Amastris, con la que le habían obligado a casarse en las bodas de Susa. Cada vez resultaba más fácil olvidarla, Fila se estaba encargando de ello. Sacudió la cabeza para que sus pensamientos volvieran al presente y miró a Poliperconte.

—¿Qué sabemos sobre la situación en Babilonia?

—Solo que Alejandro le dio el anillo a Pérdicas pero que no nombró heredero. Tan solo dijo: «Al más fuerte». Pero ha sido Pérdicas el que ha despachado a los mensajeros.

—¿Pérdicas? Ese no es Alejandro. Ni siquiera Hefestión. Está donde está por su valentía en el campo de batalla, no por su habilidad política o diplomática. ¿Por qué Pérdicas? Seguro que Ptolomeo habría sido mejor elección. Incluso Aristonoo.

Poliperconte se rascó la nuca.

—Estoy de acuerdo, pero ¿acaso alguna vez hizo Alejandro algo sin tener una razón para ello?

—¿Salvo incendiar el palacio de Persépolis cuando estaba borracho? No. Incluso cuando mató a Clito el Negro en un arranque de furia había un propósito.

—Pues ahí tienes la respuesta.

Tiene razón: Alejandro ha hecho esto con un propósito, y va a ser que quiere que suframos por ello. ¿Es ese el agradecimiento que nos merecemos después de todos estos años? Crátero dibujó tres puntos en la arena y trazó una línea entre el del centro y el más lejano.

—Si avanzo, el riesgo de un conflicto con Antípatro será aún mayor por la muerte de Alejandro. ¿Por qué habría de querer desprenderse ahora del poder? —*¿Y qué diría si supiera que estoy encamado con su hija?* Luego unió el punto central con el más cercano—. Pero, si vuelvo, se considerará una declaración de guerra contra quienquiera que se alce con el poder en Babilonia.

—Así es como lo veo yo, general.

Crátero sonrió: era evidente. Borró su dibujo.

—Lo que significa que no tenemos otra opción que esperar aquí hasta saber quién supone una amenaza menor, si Pérdicas o Antípatro.

Aunque quizá Fila pueda echarme una mano.



ANTÍPATRO, EL REGENTE

—¿Hace ocho días? ¿Estás seguro?

—Por supuesto que lo estoy, padre —dijo Yolas—. Vi el cuerpo con mis propios ojos.

Antípatro se dejó caer en la silla y posó los codos en la mesa. Se masajeó las sienes con los dedos y miró a su hijo a los ojos.

—¿Cómo murió?

—Fiebres. Padre…

El leve titubeo en la voz de su hijo hizo que Antípatro se preguntara si era verdad. *¿De verdad haría Casandro algo así para protegerme? No, pero lo habría hecho para protegerse a sí mismo. ¿Qué sería él si yo ya no fuera regente?* Miró a Nicanor, su segundo hijo, ahora un veinteañero, hermano de Casandro y medio hermano de Yolas. Su rostro, mucho más agradable, abierto y pleno que el de su hermano mayor, mostraba auténtica conmoción. *Para él esto es toda una sorpresa.*

—¿Qué tipo de fiebres? —preguntó Nicanor con voz temblorosa.

—Lo llaman «la fiebre de los pantanos» o «el mal de Babilonia». Afecta a los pulmones. Alejandro había recibido en la India un impacto de flecha que le perforó el pulmón, y habría muerto si Pérdicas no le hubiera sacado de allí.

Me está dando más información de la que he pedido, está demasiado nervioso. Yolas era el copero de Alejandro, después de todo. ¿Quién mejor para envenenarle? ¿Y quién tiene más motivos que mi hijo mayor? ¿Es esa la razón por la que Casandro insistió en viajar a Babilonia con mi carta, en la que le pedía a Alejandro que especificara lo que quería decir con su orden, cuando habría bastado un mensajero ordinario?

Antípatro se puso en pie y se dirigió a la ventana abierta. El sol se ponía

sobre Pella, la antigua capital de Macedonia, dispuesta en cuadrícula en torno al ágora central en una llanura costera. Intentaba asimilar la enormidad de lo que había ocurrido mientras miraba la ciudad desde lo alto de su estudio en el palacio real, encaramado a una pequeña colina al norte de la ciudad cuadrada. El sol aún no tocaba las montañas que se alzaban al oeste, y bañaba las calles que corrían de este a oeste dejando en la sombra aquellas que iban de norte a sur. Una ciudad cuadriculada que jamás se cansaba de ver.

Barruntó qué hacer mientras contemplaba el puerto que se extendía al sur y en el que había atracado el trirreme negro de Yolas. El mar se encontraba a cinco leguas de distancia y estaba conectado con la ciudad por una ensenada navegable. *Algo que Alejandro nunca volverá a ver, aunque, después de las maravillas que ha visto, apuesto a que Pella se le antojaría en extremo tediosa. Pero para mí esto lo es todo, mi vida entera, y si mis hijos me han deshonrado, entonces… Entonces… ¿qué?*

Respiró el aire del atardecer, impregnado del aroma que desprendían las cocinas y del olor a resina de pino, antes de volverse y ponerse frente a el tercero de los cinco hijos que había tenido hasta la fecha.

—Dime, Yolas: ¿qué pasó después de que Alejandro muriera de las fiebres?

—Salí de inmediato una vez que llegaron a un acuerdo —dijo Yolas al concluir su relato—. Casandro quería que lo supieras cuanto antes y por alguien en quien pudieras confiar: has sido nombrado uno de los cuatro regentes. Apenas he dormido durante el viaje; usé el servicio de correo imperial y luego me embarqué en la nave más veloz que pude encontrar. De esto hace tres días, en Tarso.

—¿En Tarso? ¿Viste a tu hermana Fila mientras estuviste allí?

—¿A Fila? No sabía que estuviera en Tarso.

—Sí, lleva allí desde que murió su marido mientras completaba la conquista de Pisidia.

—Si su marido está muerto, ¿por qué no vuelve a casa?

—No lo sé. Se muestra evasiva con sus razones en el par de cartas que ha escrito.

—Sea como sea, no habría tenido tiempo de verla, padre, tenía que embarcar. Casandro me dio un salvoconducto en tu nombre, y, por suerte, conseguí una nave veloz. Bien es cierto que ahora mismo hay donde elegir, ya que Crátero está reuniendo una flota.

Aquella noticia no pareció sentarle bien a Antípatro.

—¿Para quién?

—Para Alejandro… —El rostro de Yolas delató su progresiva comprensión —. Ah, entiendo.

—¿Lo entiendes? Así es como están las cosas: hay cuatro miembros de un consejo; dos en Babilonia, ambos buenos soldados, aunque uno de ellos, Leonato, es tan engreído y vanidoso que el hecho de no sonreírle apreciativamente por su bello aspecto basta para enemistarse con él de forma permanente; el segundo, Pérdicas, no está hecho para el conflicto que ha iniciado Alejandro, aunque él de eso no se va a dar cuenta y puede que continúe adelante y completamente ajeno hasta que sienta una hoja entre las costillas. Luego está Crátero, que tiene bajo su mando a las mejores tropas del ejército y que se encuentra en algún lugar de Cilicia. Y ahora no solo cuenta con las mejores tropas, sino que además tiene las naves para transportarlas. Y luego estoy yo, aquí, en Macedonia, con Crátero al este y con un mandato de Alejandro de cederle mi puesto. Algo que, de hacerlo, supondría mi muerte. Al sur están las inquietas ciudades griegas, que, con el liderazgo de Atenas, se rebelarán en el momento que sepan lo ocurrido y tengan tiempo de reunir un ejército, lo que podría ocurrir a principios del año próximo. Y luego, al oeste, tengo a la zorra de la reina, Olimpia, agazapada en Épiro, que hará lo posible por desestabilizarme en cuanto tenga noticias de la muerte de su hijo ahora que no va a haber nadie que la controle. —Antípatro dio un golpe en la mesa con el puño—. ¿Qué le pasa a esa mujer, que solo ansía el poder?

—¿Acaso no lo ansía cualquiera, padre? —preguntó Yolas con la voz firme, algo que sorprendió a Antípatro—. Míranos. Es al poder a lo que nos aferramos como familia. Tal y como dices, morirías si le cedes tu poder a Crátero.

Antípatro parpadeó y miró a su hijo con respeto renovado. Había crecido en los dos años que llevaba fuera sirviendo como copero de Alejandro. Era evidente que había estado escuchando y aprendiendo.

—Tienes razón, Yolas, pero Olimpia es diferente en un aspecto muy particular: mi intención es mantener el reino a salvo e intacto hasta que un heredero legítimo se haga con él. Ella, por el contrario, echaría a perder todo lo que han construido Filipo y Alejandro, porque para ella «poder» significa vengarse de sus enemigos y hacerse con lo que le venga en gana. —*Un poco como la visión que tu medio hermano tiene del poder, por desgracia.*

El gesto de Yolas indicaba que le estaba costando entender a su padre a la hora de analizar las motivaciones de Olimpia.

¿Tú también, Yolas? Pero si eres hijo de Hiperia y no fuiste criado por mi primera esposa como tus dos hermanos mayores… Zeus, por qué me bendices con unos hijos tan obtusos y, sin embargo, me has dado tres hijas que comprenden que el deber es para con la familia antes de pensar en uno mismo.

Antípatro miró a Yolas con pesar.

—Vamos, dejadme los dos. Necesito pensar. Yolas, ve a buscar a tu madre; estará deseando verte después de tanto tiempo. Y ten mesura: vuelve a estar embarazada.

—¿Otra vez, padre? ¡Pero si tienes setenta y seis años!

Nicanor sonrió ante la pudorosa indignación de su medio hermano.

Antípatro se encogió de hombros.

—Y ella treinta y ocho, ¿qué importa? Yo sigo siendo un hombre, y ella es una mujer muy atractiva. En general un embarazo es el producto de mezclar dos ingredientes en una misma cama. Ahora ve y dile que no tardaré en acudir a sus dependencias. Necesito hablar con ella. Y no te olvides de saludar a tus hermanas Eurídice y Nicea. Aún están aquí.

Sí, tus hermanas, Eurídice y Nicea, y la ausente Fila. Mis bellas hijas. Voy a tener que utilizaros bien si quiero cimentar las alianzas suficientes como para mantenernos a todos a salvo antes de que vaya al encuentro del barquero. El suspiro fue largo y profundo. *¿Estoy demasiado viejo para esto? Si es así, entonces lo que necesito, sin duda, es el consejo de alguien joven. ¡Qué agradecido he de estar a los dioses por Hiperia!*

—Tenemos que enfrentarnos a las amenazas según se vayan presentando, esposo —dijo Hiperia cuando Antípatro la hizo partícipe de su análisis de la situación.

Estaban sentados a la sombra de su balcón, mirando hacia el norte, a las faldas de las colinas pobladas de pinos. El cabello de Hiperia, negro como el plumaje de un cuervo, estaba ensortijado, y una única perla le colgaba de una bella cadena que llevaba al cuello.

—Y el primer problema va a ser Grecia. Demóstenes, el demagogo más antimacedonio de Atenas, sigue exiliado en Calauria, y allí debe quedarse. Deberías escribirle a Aristóteles y pedirle, en virtud de la amistad que fraguasteis mientras estuvo aquí como tutor de Alejandro, que se asegure de que Demóstenes e Hipérides no limen sus diferencias. Si lo hicieran, lo más probable es que convencieran a la asamblea de exiliar al líder de la facción

promacedónica. La guerra entonces sería inevitable, dado el resentimiento que ha provocado en Atenas el Decreto de los Exiliados.

Antípatro gruñó.

—Por los dioses del cielo y del infierno, ¡el Decreto de los Exiliados! ¿Por qué obligó Alejandro a las ciudades griegas a recibir de nuevo a los exiliados?

—Sus razones ahora no importan: está hecho. Desde que el decreto fue leído en los últimos Juegos Olímpicos, todo griego conoce el decreto. Atenas aborrece la idea de ceder su colonia en Samos a sus habitantes originales, a los que expulsaron cuando se anexionaron la isla ilegítimamente. Si no neutralizas a Hipérides y a Demóstenes, utilizarán el Decreto de los Exiliados como base para una revuelta.

Antípatro valoró el consejo de su esposa mientras se resistía a la tentación de continuar la conversación después de una visita al lecho. La miró a los ojos e intentó ignorar el mohín de sus labios. Le dio un sorbo al vino, cerró los ojos y giró el rostro hacia la fresca brisa que soplaba de las colinas para que esta le ayudara a luchar contra su deseo.

—Tienes razón, Hiperia: es esencial que Demóstenes e Hipérides no vuelvan a hacer causa común para expulsar a Demades. Si eso ocurriera, ni siquiera el pragmatismo de Foción bastaría para detener a los más fanáticos de entre los atenienses. Le escribiré a él también para que conozca mis temores. Siendo el comandante ateniense de más edad y el más experimentado, tendrá que darse cuenta de que enfrentarse a Macedonia es una locura. No tiene más que señalar a las ruinas de Tebas para recordarle a la asamblea que una cuarta parte de los esclavos que hay en Pella, y en otras ciudades de Macedonia, fueron en su día ciudadanos de esa urbe orgullosa e imprudente. —Antípatro le dio otro sorbo al vino y le sonrió a su esposa—. Sí, entre ellos, Aristóteles y Foción deberían ser capaces de mantener sumisa a la asamblea. Y allá donde no lidera Atenas, el resto de las ciudades no pueden seguirla.

—Eso es, aunque no podemos darlo por supuesto. Deberíamos movilizar a las tropas en cuanto llegue la cosecha y enviar dinero a Tesalia y Beocia para asegurarnos su lealtad. Si fuera necesario marchar al sur, será esencial pasar por Beocia y asegurarse de que no dejas una Tesalia hostil a tu espalda.

—Eso por no mencionar que necesito su caballería. Me veré obligado a dejar a gran parte de mis macedonios aquí, dado que no puedo fiarme de que la bruja de Molosia no intente persuadir a su primo de que aproveche mi ausencia. A Eácides le encantaría expandir Épiro hacia el este. —Una vez más

dio un largo y profundo suspiro—. ¿Por qué estamos rodeados de enemigos?

Hiperia alargó la mano y acarició la rodilla de su marido.

—Todo el mundo está rodeado de enemigos, sin que importe lo grande o pequeño que sea el reino. La clave está en luchar contra ellos de uno en uno o, preferiblemente, hacer que luchen entre ellos para que te hagan el trabajo. Eso y, en ocasiones, convertirlos en amigos, que es lo que sugiero que hagas con uno de tus problemas.

Antípatro cogió la mano de su esposa y se la puso en el muslo; luego tiró de la silla en la que estaba sentada para facilitarle lo que tenía en mente.

—¿Crátero?

—Sí —dijo Hiperia manteniendo la mano alejada de donde sabía que la quería su esposo—. ¿No te has percatado de una interesante coincidencia?

—¿En qué sentido?

—Tarso. —La mujer movió la mano una pulgada más arriba.

—¿Tarso? Fila está allí. ¿Qué pasa?

—¿Y quién más?

Antípatro se encogió de hombros y miró a la mano que avanzaba lentamente. Sintió que la sangre fluía hacia su objetivo.

—Crátero.

—Bien hecho, querido esposo. ¿Y qué tienen en común esos dos?

Pero a Antípatro le estaba costando mantener la concentración.

Hiperia le dedicó una mirada de burlona exasperación, como si estuviera hablando con un muchacho brillante pero un tanto obtuso.

—Crátero lleva allí mucho más tiempo del necesario. Podría haber dejado a cualquier oficial organizando la flota, pero ha decidido quedarse.

—Puede que esté pensando en navegar con su ejército hacia Macedonia.

—Ahora sí que estás siendo estúpido. —La mano avanzó muslo arriba—. ¿Acaso estás pensando en otra cosa? Me he dado cuenta contigo, y me dicen que les ocurre a todos los hombres, de que eres capaz de ser muy analítico y de tener una poderosa erección pero no de hacer ambas cosas al mismo tiempo. Por lo visto, no se trata de una coincidencia. Así que te lo voy a explicar antes de poner fin a tu sufrimiento: Crátero podría haber salido en primavera, pero no lo hizo. Fila enviudó en primavera y fue a Tarso, puede que para embarcar y volver con nosotros, pero al final se quedó allí. Ahora, procura pensar con la cabeza por un momento.

Fue necesario hacer un gran esfuerzo. Antípatro logró apartar la mente de lo

que prometían esos labios carnosos.

—Ah, entiendo. ¿No creerás que…? ¿Lo crees?

—Dado que Crátero es el macedonio más importante de la ciudad, Fila se habrá dirigido a él en busca de protección. Al fin y al cabo, le conoce. Es cierto que no era más que una niña cuando él partió hacia Oriente, pero eso es lo de menos.

—Y ella…

—Le está haciendo a Crátero lo que yo estoy a punto de hacerte a ti.

—¡Ese cabrón…! —Antípatro sintió que su ardor moría.

—¿De verdad? Pues yo diría que está a tu merced. Vuelve a Macedonia con Amastris, la esposa persa que le impusieron en las bodas de Susa. ¿No crees que preferiría volver a casa con una esposa macedonia?

Antípatro recuperó el ardor.

—¿Crátero como yerno y no como rival? Interesante.

—Fila no solo se casaría con el mejor general de Macedonia, sin contarte a ti, por supuesto, querido, sino que también estaría entregándote una flota.

—Y si entramos en guerra con Atenas, podremos bloquear el Helesponto y el suministro de trigo de sus colonias en torno al Ponto Euxino.

—Y acabar con su flota si se resiste.

—Tendría el doble de tropas a mi disposición, y muchas de ellas serían las mejores de Alejandro, las cuales, hasta ahora, creía que podrían ser mis enemigos. ¡Magnífico! Le escribiré al general y le haré la oferta.

Hiperia hizo un gesto negativo con el dedo.

—Eres un hombre impetuoso. No le escribas aún. Esperemos primero a ver qué hace, a ver si se mueve. No le des lo que quiere hasta que sepamos qué es exactamente lo que queremos de él.

Antípatro enmarcó la cara de su esposa con las manos.

—Hiperia, eres un genio.

Ella le miró, coqueta.

—Vaya, gracias, amable señor. ¿Me he ganado una recompensa?

Con una sonrisa, Hiperia se apartó un poco y se arrodilló.

Antípatro cerró los ojos y dio las gracias a los dioses por las esposas y las hijas, en ese orden.



EUMENES, EL ASTUTO

—No tienes otra opción —dijo Eumenes por tercera vez.

Meleagro dio un golpe en la mesa con la palma de la mano y el vino volvió a derramarse.

—No voy a permitir que un griego me acorrale con palabras —gruñó por tercera vez.

Y, por tercera vez, Eumenes respiró profundamente e intentó mantener la calma. *¿Qué le pasa a este necio que es incapaz de darse cuenta de la realidad de la situación? ¿Acaso se cree que todo es una conspiración tejida por griegos?* Valoró la observación un instante. *Bueno, supongo que puede que tenga algo de razón después de todo.*

—Fue Pérdicas el que ordenó que se sitiara la ciudad cuando evitó la muerte a manos de los asesinos que enviaste. Y puedo decirte, Meleagro, que si no se hubiese enfrentado a ellos y si no los hubiera avergonzado para que desistiesen, tu situación sería aún peor.

—¿Cómo iba a ser peor con Pérdicas muerto?

—¿Crees que todos los soldados de infantería aplaudirían su muerte? ¿El gran Pérdicas, asesinado por macedonios y por orden tuya? ¿Crees que lo aprobaría siquiera la mitad de la tropa a pesar de la animosidad que reina entre la infantería y la caballería? ¿Crees que los macedonios quieren empezar a luchar entre ellos después de todas sus conquistas?

Meleagro se quedó en silencio y frunció el ceño.

Eumenes miró a Euclides, que estaba sentado junto a Meleagro y que, en silencio, le suplicaba ayuda. Todo lo que recibió a cambio fue una mirada

confusa. *Zeus, qué difícil es tratar con militares macedonios…*

—¿Una cuarta parte quizá? No, les horrorizaría ese asesinato, y a estas alturas estarías muerto. ¡Piensa! Si ni siquiera los hombres que se presentaron voluntarios para matarle pudieron hacerlo por vergüenza y lealtad, ¿cómo crees que se sentiría la tropa menos convencida?

Meleagro cerró los puños y volvió a abrirlos.

—¿Me estás amenazando, griego?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No soy yo. Yo no soy más que un intermediario. Es Pérdicas el que está haciendo esto. ¿Te acuerdas de él? El hombre al que expulsaste de la ciudad y al que intentaste asesinar después de que abandonara la sala del trono y te dejara el cuerpo de Alejandro. Él es el responsable. Es su caballería la que patrulla las puertas en ambas márgenes del río junto con las naves de Nearco. Eso es lo que hace que no que llegue comida a la ciudad. —Eumenes se golpeó el pecho con la palma de la mano —. No soy yo. Mírame. Estoy aquí, no tengo nada que ver con esto. Lo único que intento hacer es tratar de ayudar a que ambos bandos alcancen un compromiso antes de que haya derramamiento de sangre.

Mientras Meleagro valoraba sus palabras, Euclides pareció darse cuenta, al fin, de la realidad de la situación.

—Algunos de los muchachos empiezan a quejarse de la creciente escasez de comida, señor —le informó a Meleagro.

—¿Alguien en particular?

Los que reciben dinero de Pérdicas para que lo hagan.

—Ahora mismo no son más que rumores en las esquinas y cosas así.

—¿Qué dicen?

—Bueno, te culpan de haber provocado esta situación y se preguntan si eres competente para liderarlos.

Parece que Pérdicas se ha gastado bien el dinero.

Meleagro se rascó la barba como si estuviera intentando quitarse un tejón del mentón.

—Averigua quiénes son, Euclides. No puedo permitir que se cuestione mi autoridad.

—¿Y qué hacemos con ellos, señor? Si los castigas, crecerá el resentimiento, y con la caballería asediando la ciudad, las cosas solo podrán empeorar. No podemos sacar a las falanges y enfrentarnos a la caballería en el llano sin contar con caballería que proteja los flancos.

Eumenes sofocó una sonrisa. *Y esa es exactamente la cuestión, al fin os dais cuenta. Bien hecho. Después del esfuerzo deberíais descansar.*

—Si aceptas esta propuesta, Meleagro, podrás deshacerte de los hombres descontentos que hay en tus filas una vez que hayáis llegado a un acuerdo y una vez que el apoyo del que gozan se haya desvanecido.

—Puede que sea griego, pero tiene razón, señor —dijo Euclides con firmeza.

Meleagro volvió a mesarse la barba y luego, a regañadientes, le dedicó un asentimiento a su colega. Después se dirigió a Eumenes, que estaba sentado al otro lado.

—Así que la caballería está dispuesta a aceptar a Filipo como rey siempre y cuando la infantería acepte al hijo de la gata salvaje oriental, Roxana, también como rey, y que haya dos reyes. Siempre y cuando sea un niño, claro. ¿Es eso?

Al fin avanzamos.

—Eso es.

—¿Y yo seré regente de Filipo y segundo al mando del ejército?

—Sí.

Creo que esa es la parte del trato que de verdad le gusta después de años de ser tan solo comandante de falange.

—Y Pérdicas sigue siendo comandante en jefe y será regente del mestizo si resulta ser un niño.

—Regente del hijo de Alejandro, el heredero argéada, sí.

—¿Y Antípatro y Crátero siguen de regentes en Europa?

—Sí.

—¿Y qué hay de Leonato? Ahora se le está dejando de lado. Estoy seguro de que no le gustará perder su posición en mi beneficio como miembro del consejo de cuatro.

—Hay que hacer sacrificios.

Y este en particular animará a Pérdicas a aceptar el trato, porque aparta a Leonato, que fue lo bastante necio como para airear su apoyo a Ptolomeo.

—¿Y Pérdicas está de acuerdo con esto?

Un paso adelante y luego otro atrás. ¿Cómo consigue la falange avanzar con tal fluidez en el campo de batalla?

—Aún no lo sé. Como te he dicho, llevo tres días yendo y viniendo entre los dos campamentos intentando buscar un modo de que el uno reconozca al rey del otro y que reniegue del suyo propio. Ahora le queda claro a todo el mundo

—*incluso a ti, estoy seguro*— que eso no va a ocurrir. Así que la mejor idea que se me ha ocurrido es que tengamos dos reyes a modo de compromiso. —*A cual más incapaz, pero tampoco es cuestión de entrar en detalles*—. Así que, Meleagro, en nombre de la infantería, ¿estás de acuerdo en que le haga llegar estos términos a Pérdicas?

—¿Crees que él estará de acuerdo?

¡Ah! Así que te gustaría que aceptara, ¿eh? Excelente. Me temo que estás muerto.

—Lo único que puedo hacer es preguntar.

—¿Y por qué iba a aceptar? —le preguntó Pérdicas a Eumenes cuando este se presentó en su tienda de campaña poco después.

Los laterales de la tienda se habían levantado para permitir que entrara la brisa ahora que el sol se aproximaba al horizonte.

—Puede que Leonato quedara privado de su posición, pero yo lo que obtengo es a un idiota como segundo al mando y a un rey baboso. Un rey, además, sobre el que no tengo apenas control, dado que Meleagro sería regente. Y, al final, si Roxana tiene un niño y se convierte también en rey, sería solo medio rey y yo, medio regente. —Apretó los dientes y dio una patada en el suelo—. Dioses, cómo le gustaría eso a Ptolomeo después de acusarme de ser un «casi elegido».

A Ptolomeo no le faltaba razón: es un hombre astuto.

Eumenes adoptó su gesto más comprensivo, bien ensayado a lo largo de los años, después de haber capeado los supuestos agravios sufridos por aquellos hombres orgullosos.

—Eso es lo que parecería en la superficie. Pero piensa lo siguiente, Pérdicas: ¿qué pasaría si la infantería aceptase esos términos? Términos que ya parecen haber aceptado, porque me han enviado a que te los haga saber. Imagina que acabas siendo tú el regente del baboso y del mocoso a la vez, si fuera niño, y si otra persona fuera tu segundo al mando.

—¿Y cómo ocurriría eso?

Disfrutando del brillo de ambición que desprendía el rostro de Pérdicas, Eumenes señaló la jarra de vino. Había sido un día largo.

Pérdicas sirvió dos cuecos, le ofreció uno al griego e hizo un gesto para que ambos se sentaran.

—Lo lamento; ha sido una falta de modales no asegurarme de que estabas

cómodo antes de empezar a charlar.

Eumenes estaba acostumbrado a esa falta de cortesía, y, de hecho, le gustaba, porque significaba que le subestimaban.

—No te preocupes, mi querido Pérdicas. Son tiempos difíciles para todos. —Se acomodó, le dio un trago al vino, *aceptable,* y se recostó en la silla de mimbre —. Dime, Pérdicas: ¿qué es lo primero que hace un general macedonio cuando se resuelve una disputa de cierta magnitud en el ejército?

Pérdicas no necesitó pensarlo.

—Purificar al ejército. Y no puede pasar nada más hasta que la ceremonia de Purificación ha tenido lugar.

—Exacto. Ahora, y suponiendo que aceptases estos términos, ¿con qué mensaje me enviarías de vuelta?

—Le diría a Meleagro que estoy de acuerdo y que deberíamos oficiar la Purificación mañana, dos horas después del amanecer.

—¿Y eso lo pondría en duda?

—Claro que no: será lo que espera.

Eumenes jugó con el cuenco que tenía entre las manos.

Ahora veremos qué tal se te da la traición, Pérdicas.

—Parece ser que los hombres a los que has estado pagando para sembrar el descontento entre la infantería están teniendo bastante éxito.

Pérdicas le dio un sorbo al vino y saboreó la añada mientras valoraba el comentario.

—Me alegro de no haber malgastado el dinero.

—Meleagro quiere expulsarlos de sus filas.

—Supongo.

—Podría sugerirle que la Purificación sería un momento ideal para hacerlo.

Pérdicas frunció el ceño y se echó hacia delante en su silla.

—¿Crees que voy a ser tan necio como para ayudar a Meleagro a deshacerse de mis agentes?

Eumenes alzó una mano conciliadora.

—Mi querido Pérdicas, en ningún momento he insinuado tal cosa. Solo digo que podría sugerirle que la Purificación sería un momento adecuado para hacerlo. Sin embargo, no le diré ni que nosotros la llevaremos a cabo ni que no.

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde tendría lugar la ceremonia de Purificación?

—El patio del palacio es grande, pero no lo bastante como para lo que tenemos que hacer, así que supongo que el mejor lugar para hacerlo sería aquí, en el llano.

—¿Y qué diría Meleagro al respecto?

Pérdicas se encogió de hombros.

—Pues aceptaría; después de todo, tenemos que purificar al ejército.

—Más aún si piensa que la ceremonia le servirá para deshacerse de aquellos que han hablado en su contra y que le ayudarás a hacerlo como parte del trato.

Pérdicas entrecerró los ojos.

Creo que ya empieza a verlo.

—Entonces, mañana cortaréis un perro por la mitad y llevaréis una parte a un extremo del campo y otra al otro y luego el ejército marchará entre ambas mitades mientras se dicen oraciones y esas cosas. Todo muy ceremonial. Pero, al final, ¿dónde dejará eso a la infantería?

A Pérdicas pareció despistarle la pregunta.

—En el llano, por supuesto.

—¿Y la caballería?

El ceño del macedonio se arrugó aún más.

—También en el llano.

—¿Y los elefantes?

La idea empezaba a calar en Pérdicas.

—En el llano, con la caballería.

—¿Y qué pasa cuando la infantería es sorprendida en campo abierto y no tiene apoyo?

Pérdicas sonrió lentamente.

—¡Ah, Eumenes! Eres un…

—¿… griego astuto?

Aunque quizá no fuera «astuto» lo que describiera cómo se sentía Eumenes a la mañana siguiente, montado junto a Ptolomeo en la primera fila de jinetes. Observó a Pérdicas, que, con la asistencia nominal del rey Filipo, sacrificó a un enorme perro de caza ante el ejército. Fue un momento tenso. Tanto la infantería como la caballería estaban alineadas en el llano, en la orilla oriental del Éufrates, más allá de la muralla exterior de la ciudad que protegía los jardines que rodeaban la mitad este de Babilonia, cubriéndola de verdor.

Concluido el sacrificio, el perro fue cortado en dos, y, entonces, al compás de los zumbones rezos de los sacerdotes a Zeus y a Ares, cada una de las mitades fue arrastrada, dejando un camino de sangre, a dos puntos opuestos del llano, norte y sur, separados por una distancia de mil pasos.

Al oír los cuernos y acompañada del golpeteo de espadas contra escudos, la falange, sin sus picas pero en formación de batalla, de dieciséis hombres de fondo, avanzó con la atronadora y acompasada cadencia de doce mil pies en marcha.

Caminaban hacia el este, con los broncíneos cascos emitiendo destellos, con Meleagro y Euclides en cabeza mientras los sacerdotes continuaban con sus oraciones para purificar a la infantería a ojos de los dioses.

Eumenes se volvió a su vecino.

—Se me ha olvidado preguntártelo esta mañana, Ptolomeo. ¿Cómo están los elefantes hoy?

Ptolomeo siguió mirando al frente, protegiéndose los ojos con la mano del sol matinal.

—Entiendo que han desayunado y que se unirán a nosotros en cualquier momento.

—Qué gratificante.

—Sí, eso mismo he pensado yo.

Eumenes miró hacia donde Pérdicas estaba ahora, sentado en su caballo a la cabeza de la formación de caballería, con el rey Filipo a su lado. Una vez más, este último vestía como Alejandro y blandía su elefante. Su nerviosismo iba en aumento.

Espero que el muy idiota recuerde lo que tiene que hacer, y espero que Pérdicas tenga las agallas de hacer esto como debe. Si es así, todos podremos ponernos de una vez a hacernos asquerosamente ricos mientras hacemos lo posible por mantener el legado de Alejandro como dicta la lógica.

La última fila de la falange pasó entre la división, pero la formación siguió avanzando, trescientos, cuatrocientos, quinientos pasos adelante, hasta que hubo suficiente espacio para que la caballería pasara entre las dos mitades del perro sacrificado. Meleagro ordenó el alto, y, a base de pisotones en el suelo, la formación giró ciento ochenta grados para quedar de frente a sus compañeros. Meleagro y Euclides se abrieron camino hasta primera línea.

Pérdicas alzó su puño derecho y lo abrió y cerró tres veces. Los gritos de los oficiales recorrieron la línea, de quinientos hombres de frente por seis de

fondo. Se oyó el tintineo de tres mil arreos y el golpeteo de doce mil pezuñas. La caballería avanzó al trote.

Eumenes apretó los muslos a los flancos de su caballo y bamboleó el cuerpo al ritmo que marcaba el animal, sosteniendo las riendas con la mano izquierda mientras apoyaba la derecha en la cadera. Los sacerdotes continuaban con su verborrea, convocando a los dioses para que purgaran a la caballería del mismo modo que habían hecho con la infantería.

Pasaron entre las dos mitades. Los caballos resoplaban y relinchaban, los arreos tintineaban y los cascos levantaban nubes de polvo. Una vez que la última fila hubo superado la línea sagrada, Pérdicas alzó el puño una vez más, y, de nuevo, se oyeron los gritos de los oficiales entre la tropa, solo que esta vez la orden fue diferente y provocó un cambio en la formación. Con la velocidad nacida de las maniobras en infinidad de campos de batalla, la caballería formó en cuñas, dieciocho en total, a lo largo de toda la línea y sin romper el paso. Otro puñetazo al aire, otra orden dada a voz en cuello, y los jinetes emprendieron el trote. Un lamento común se alzó de la falange cuando se percataron del aprieto en el que estaban.

A cincuenta pasos de que chocaran ambas armas del ejército, Pérdicas ordenó el alto de los suyos.

Eumenes percibió una fugaz sonrisa de burla en el rostro de Meleagro.

No te durará mucho.

Meleagro se volvió y exigió orden a gritos ahora que la inquietud crecía entre las filas de la infantería.

—No parecen muy contentos, hay que decirlo —observó Eumenes cuando percibió preocupación en la mayor parte de las caras de los hombres.

—No se puede decir lo mismo de Meleagro —dijo Ptolomeo mientras se giraba sobre su silla—. ¡Ah! Ahí están nuestros invitados. Siempre me alegra ver a los elefantes…, cuando están de nuestro lado, claro.

—Claro —convino Eumenes al tiempo que alargaba el cuello para observar la entrada en el llano de la docena de elefantes que quedaban en el ejército de Babilonia.

Los troncos de los animales se bamboleaban, sus orejas aleteaban, grandes fundas de bronce decoraban sus colmillos y los *mahouts,* vestidos con túnicas de vivos colores y turbantes, azuzaban a sus monturas hacia delante con las leves sacudidas de sus varas.

En el centro, y montado en un *houdah,* se adivinaba la silueta de Seleuco,

quien había estado al mando del contingente de paquidermos antes de ser nombrado comandante de los hipaspistas como recompensa por su excelente servicio. Ahora avanzaba con sus antiguos hombres para apoyar a Pérdicas.

—Debo admitirlo: dado que soy la mitad de alto que Seleuco, me cuesta no sentirme intimidado por él.

Otro lamento recorrió la falange, y estalló una miríada de conversaciones entre susurros.

Al ver a los elefantes, Pérdicas espoleó a su caballo y, en compañía del rey Filipo, se acercó a veinte pasos de la falange. La infantería enmudeció.

—¡Macedonios! —aulló mientras levantaba el dedo índice con el anillo de Alejandro. El penacho que decoraba su casco, de crin blanca de caballo, se mecía con la brisa—. Hace mucho tiempo que existe mala sangre entre la infantería y la caballería. Hoy esa sangre queda purificada. Sin embargo, y al igual que con la Purificación, que ha purificado al ejército al completo, la mala sangre entre nosotros también merece un sacrificio. Os habréis percatado de vuestra posición, amigos míos. A una palabra la caballería estará en vuestros flancos, y luego entre vuestras líneas. Pero eso es algo que ninguno de nosotros queremos. No podemos permitir que macedonios luchen contra macedonios. ¡Jamás se debe llegar a eso! —Pérdicas hizo una pausa para permitir que sus palabras calaran en las tropas—. Debemos dejar todos estos malos sentimientos en el pasado para asegurarnos de que tal afrenta a la autoridad real —agitó la mano del anillo— y a la autoridad de Alejandro no vuelve a darse. ¡Aquí está vuestro rey! —Le hizo un gesto a Filipo, que estaba encorvado sobre su caballo.

Esto va a ser interesante.

Sorprendido por el hecho de tener que hacer algo, Filipo se irguió de pronto en la silla de montar y miró alarmado a un lado y a otro.

Pérdicas le susurró algo al oído.

Filipo asintió como comprendiendo cuando recordó las órdenes que había cursado. Se aclaró la garganta en un mar de babas y echó la cabeza hacia atrás. Las palabras salieron de su boca a borbotones:

—Ordeno que entreguéis a los trescientos partidarios más acérrimos de Meleagro para que sean castigados.

La voz, sorprendentemente firme y alta, alcanzó a todos los integrantes de la falange, que observaron con la boca abierta al hombre que habían elegido para gobernarlos.

El alivio que sintió Pérdicas al ver que el rey no se olvidaba de lo que tenía que decir, quedó reflejado en su maliciosa sonrisa. Señaló entonces a los elefantes, que ahora estaban a unos seiscientos pasos de distancia:

—No os queda mucho tiempo para decidir.

Muy bien hecho, Pérdicas. Eso debería aclararles las ideas.

Y así fue. Empezaron a darse trifulcas entre las compactas líneas. Algunas violentas y sangrientas, otras poco más que intentos de resistencia a ser empujados al frente. Mientras tanto, Meleagro y Euclides, ya conscientes de que habían sido traicionados, se ocultaron en lo más profundo de la formación.

Pérdicas hizo una señal y una docena de jinetes desmontaron armados con rollos de cuerda. Cuando los elefantes llegaron hasta las líneas de la caballería, reforzándola, la infantería entregaba su sacrificio: trescientos hombres, algunos resistiéndose hasta el final, otros aceptando su destino, fueron llevados al frente por sus compañeros.

—Atadles las manos detrás de la espalda, y también los tobillos —ordenó Pérdicas mientras se distribuían las cuerdas—. Y dejadlos en el suelo ante vosotros.

—Creo que nuestro Pérdicas está hoy a la altura de las circunstancias —comentó Eumenes con el semblante satisfecho; su inquietud empezaba a desvanecerse—. Esto va a ser mucho más fácil de lo que creía.

—Es muy satisfactorio —convino Ptolomeo—. Una lección saludable, una de las primeras reglas del mando. Parece que nuestro Pérdicas va aprendiendo.

Y el hecho de no pedir que entreguen a Meleagro es astuto; puede que se hubiesen resistido a ello. Aunque tiempo habrá para ocuparse de él.

—¡Meleagro! —gritó Pérdicas—. Sé que estás escondido como un valiente en algún lugar. No te preocupes, te encontraré. Por ahora me basta con que ordenes que tus hombres se retiren cien pasos. No quiero que nadie muera por accidente.

Hubo silencio durante una docena de latidos, y entonces sonó un cuerno y la falange caminó de espaldas, de un modo muy poco militar, aumentando la distancia entre ellos y los prisioneros inmovilizados.

No fue hasta que los elefantes estuvieron en posición, en fila india, encarados hacia el hueco que había entre ambas formaciones, que se hizo evidente lo que estaba a punto de ocurrir. Pugnando con sus ataduras al darse cuenta de lo que les esperaba, los hombres condenados gritaron pidiendo

clemencia, orando a sus dioses, suplicando a sus camaradas o simplemente sollozando angustiados pensando que aquellos diez años hubieran de acabar así.

Pero nada podía disuadir a Pérdicas de llevar a cabo su propósito, y ese propósito era claro: restablecer su autoridad. Ninguno de los testigos podía negar que era un modo terrible de imponerla cuando, al fin, le hizo una señal a Seleuco. Al son de sus barritos, los elefantes avanzaron. Lentamente al principio, pero ganando velocidad gradualmente hasta que la tierra tembló a su paso.

A pleno paso de carga la primera pezuña aplastó la cabeza más cercana como si se tratara de un melón, haciendo que sesos y sangre se esparcieran por un amplio radio tras una repentina explosión. Incluso los más bravos de entre los trescientos chillaban aterrorizados. Hombres que se habían enfrentado a tantos peligros, que habían arriesgado sus vidas por Alejandro en numerosas ocasiones, se orinaban y defecaban encima al ver a esas bestias como torres abalanzándose sobre ellos, agitando las cabezas, con los cuerpos bamboleantes y las pezuñas tronando. El estallido de las tripas del segundo cautivo y el aplastamiento de las piernas del tercero provocaron intentos aún más frenéticos entre los cautivos por librarse de sus ataduras. Algunos lograron ponerse de rodillas, unos pocos incluso consiguieron ponerse en pie e intentar huir a pequeños saltos de la amenaza de un modo grotesco, lo que provocó risas entre los jinetes.

Los elefantes siguieron adelante, cada uno causando aún más destrozo que el anterior a los ya pisoteados, pulverizándolos, moliendo carne y hueso hasta convertirlo todo en una masa informe de vísceras. Los hombres arrodillados fueron derribados por los primeros paquidermos solo para ser aplastados por los siguientes. Cada vida arrancada provocaba en los enloquecidos animales, entrenados para hacer lo que estaban haciendo en el campo de batalla, un mayor frenesí que los llevaba a bajar los colmillos y lanzar los cuerpos destrozados al aire, esparciendo sangre y vísceras sobre sus pieles arrugadas. Un avezado veterano que daba pequeños saltos desesperados logró rebasar la línea de la carga, y fue coreado por sus compañeros mientras los jinetes se reían de él. Movía las piernas hacia delante y hacia atrás, con las manos atadas a la espalda, cuando un elefante giró para darle alcance. El colmillo le atravesó las muñecas y luego la parte baja de la columna. Las piernas del desgraciado dejaron de moverse, no así su cuerpo, sostenido por el marfil enfundado en

bronce, que, de pronto, le atravesó el torso para emerger por el esternón con gran profusión de sangre. Con el terror en los ojos, el veterano bajó la mirada y pudo contemplar durante un instante la protuberancia cubierta de sangre antes de ser lanzado al aire. Sus piernas, inútiles, se agitaron inertes. El cuerpo cayó convertido en un amasijo de miembros sobre el suelo inmisericorde. El elefante dio media vuelta para hundir a su víctima en el suelo a pisotones, destrozando lo que hacía poco era un soldado macedonio y convirtiéndolo en una sopa de hueso, sangre e intestinos. Mientras tanto el resto de paquidermos seguía cargando sobre la fila de prisioneros que se desgañitaban. La mitad de ellos ya no era más que una masa gelatinosa.

—No creo que después de esto vayan a tener el estómago para defender a Meleagro —dijo Eumenes al tiempo que otro veterano chillaba al ser lanzado por los aires antes de caer y quedar empalado en un colmillo de color carmesí —. Tienen a su rey, por bobo que sea; aunque parece que todos se han olvidado convenientemente de que es mitad tesalio, y tan mestizo como lo que pueda parir Roxana. —Se volvió para dedicarle a Ptolomeo una agradable sonrisa—. Mestizos en el trono de Macedonia… ¿Qué será lo siguiente? ¿Bastardos?

Ptolomeo le devolvió una sonrisa igual de cordial.

—O quizá un griego astuto.

—Eso ya es ir demasiado lejos, mi querido Ptolomeo. Aunque estaría encantado de hacerme con una satrapía. Es de suponer que Pérdicas está llegando a la conclusión de que sería absurdo seguir adelante con los planes de Alejandro de invadir Occidente, máxime teniendo en cuenta la fractura que hay en el ejército.

—Y, por tanto, dejándomelo a mí.

Eumenes miró a Ptolomeo sorprendido.

—No hablas en serio, ¿no?

—No del todo. Aunque cuando me haga con Egipto sería un necio si no conquistara la Cirenaica. Y luego… Bueno, luego ya veremos.

—Estoy seguro de ello.

¿Ptolomeo en Egipto y con la vista puesta en Occidente y no en Oriente? Eso sí que sería un desarrollo útil. Puede que cumpla mi palabra después de todo y no obstaculice sus propósitos.

Fue cuando murió el último hombre, con el pecho hundido bajo una pezuña ensangrentada, que Seleuco hizo una señal a los *mahouts* para que detuvieran a

los animales y tomaran posiciones al oeste de la caballería. Cuando los barritos se calmaron, el ejército se quedó pasmado, en silencio, contemplando los trescientos charcos pastosos dejados por los trescientos hombres, mientras asimilaban el horror de lo que acababan de presenciar.

Pérdicas dejó que se recreasen en el castigo durante unos desbocados latidos antes de espolear su montura hacia ellos, con Filipo a su lado, para dirigirse al ejército al completo.

Ahora que ha conseguido que le presten atención, podemos pasar al asunto que hay que tratar.



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

Pérdicas bajó la mirada y observó con asco la pasta que poco antes había sido un soldado de Alejandro extendida por el suelo. *Estoy convencido de que hablé con él en algún momento a lo largo de estos diez años; incluso puede que intercambiara algún chiste o un odre de vino con él.* Miró a lo largo de la línea moteada de sangre que se extendía ante la falange. *Con todos y cada uno de ellos; de hecho, no me sorprendería. Pero es culpa suya, y han pagado el precio por interponerse en mi camino.* No fue sin cierto remordimiento que sopesó sus acciones ahora que las ejecuciones se habían llevado a cabo, pero no debía arrepentirse de lo que acababa de hacer. *No me han dejado otra salida; soy yo quien tiene el anillo, y mi autoridad no debería ser puesta en duda.*

Alzó la mirada hacia la sólida formación de la falange cuyas filas habían sido purgadas. En los ojos de los hombres vio una mezcla de miedo y respeto, como si comprendieran la necesidad de sus actos. *Ahora les daré lo que quieren y luego podré concentrar mis energías por completo en mantener el Imperio unido. Maldito sea ese Ptolomeo por tener razón. Debemos consolidar las fronteras, y eso no puede hacerse siguiendo los últimos planes de Alejandro. Y maldito sea el pequeño griego por lograr que sea imposible negarme a tener a este rey baboso al lado.*

Miró de reojo a Filipo, que cabalgaba a su lado. Y, como siempre, le recordó a su padre y tocayo, tal era la semejanza entre ellos: mandíbula fuerte, frente de cejas protuberantes, ojos negros y labios finos. A primera vista, nadie hubiera sospechado que tuviera alguna tara, salvo por su insistencia en llevar su elefante de juguete a todas partes, por su melena caótica y por esa casi perenne sonrisa que hacía que babeara por las comisuras de los labios, así como la

tendencia a mearse cuando estaba entusiasmado por algo. En el resto de cosas parecía perfectamente normal; tenía un físico poderoso y podía —o eso le habían dicho a Pérdicas— follar como un conejo, ya que estaba dotado de un pene prodigioso. Bien era cierto que era propenso a llevar las cosas demasiado lejos, y que más de una de sus «compañeras» —todas ellas esclavas, por supuesto— había sufrido mucho sus «atenciones». Una de las chicas incluso había muerto desangrada.

El problema lo tenía dentro; y aunque pudiera razonar, solo lo hacía con la agudeza de un niño de ocho años. Pérdicas, por tanto, tendría que tratar con el rey como si fuera eso, un niño de ocho años.

—¿Estás listo para llamar al orden a los hombres, Filipo? Recuerda que eres rey y que puedes hablar con todos a la vez.

Filipo le miró, con entusiasmo en los ojos y una feliz sonrisa en el rostro.

—¿Puedo? ¿Puedo, por favor?

—Claro que puedes. Diles que quieres que escuchen con atención lo que yo tengo que decir.

—Sí, sí. Eso es lo que haré. ¿Puedo decirles alguna otra cosa también?

—No, solo lo que yo te he dicho que digas.

—¿Y qué hay de ese hombre tan simpático, Meleagro, el que me hizo rey? ¿Les digo que escuchen también lo que él tiene que decirles?

Pérdicas alargó la mano, la posó en el brazo de Filipo y le dio un apretón para que se tranquilizase.

—¿No lo recuerdas? Meleagro es un hombre muy malo y nadie debería escuchar nada de lo que diga nunca más. Vamos a enviarle a su cita con el barquero.

Al hacer mención del barquero, Filipo se puso nervioso y miró alrededor con movimientos bruscos como si el propio Caronte estuviera acechándole.

—No me gusta el barquero.

—Sí, bueno, ahora haz lo que acabo de decirte y no te preocupes por el barquero —dijo Pérdicas haciendo lo posible por sofocar su impaciencia y que no se le notara en la voz.

—Sí, sí. Claro, Pérdicas. —La inane sonrisa volvió a manifestarse y un reguero de babas fluyó en la comisura de los labios de Filipo. Respiró profundamente—. ¡Macedonios! —El grito fue agudo, pero, dado que provenía de un cuerpo fornido, resultó efectivo. El silencio se fue apoderando del campo—. ¡Macedonios! —dijo Filipo una vez más mientras se metía en su

papel—. ¡Quiero que escuchéis lo que Pérdicas tiene que decir!

Antes de que Filipo pudiera hablar más de lo necesario, Pérdicas espoleó a su caballo hacia delante.

—¡Hombres del ejército de Babilonia! —gritó mientras hacía que su montura girara para poder dirigirse tanto a la infantería como a la caballería—. Mediante la sangre derramada hoy, nos hemos purificado. ¡Volvemos a ser uno! —Hizo una pausa y recibió un vítor como recompensa, lo que le dio ánimos para seguir adelante con lo que estaba a punto de decir—. En los ocho días desde la muerte de Alejandro, hemos estado enfrentados los unos a los otros, pero ahora estamos unidos bajo el rey Filipo y bajo el aún no nato rey Alejandro. —Estas palabras fueron recibidas con más vítores. *Dioses, si al final resultara ser una niña, las cosas serían mucho más fáciles*—. Cuando Alejandro murió, aún tenía grandes planes, como todos sabéis. Íbamos a emprender una campaña en Arabia para anexionar la península a nuestro imperio. Aquella no era una conquista cualquiera, sino que revestía un claro propósito estratégico: suponía que no dejaríamos pueblos hostiles a nuestras espaldas cuando Alejandro nos llevara a Occidente. —Esta vez la pausa recibió el silencio por respuesta, y, a juzgar por los gestos de los rostros más cercanos, había confusión entre la tropa—. Sí, a Occidente. Y su intención era hacerlo con su nuevo ejército de asiáticos y con nosotros, sus leales macedonios.

No hace daño azuzarlos con el supuesto favoritismo de Alejandro por los conquistados, pensaba Pérdicas mientras surgían murmullos tanto entre la infantería como entre la caballería. *Al menos están unidos en su odio hacia los extranjeros.*

—Estaba reuniendo una flota para llevarnos a las ciudades griegas de la lejana Italia y de Sicilia, y a África para atacar Cartago, un lugar del que pocos entre vosotros habréis oído hablar. Luego nos iba a conducir al mar infinito, otro viaje de diez años, puede que más, porque ¿quién sabe si nos hubiera tentado la leyenda de Hiperbórea, las tierras que se extienden más allá del viento del norte? —La idea de ir a un lugar tan desolado provocó un revuelo entre la tropa, y Pérdicas sonrió para sí: ahora podía conseguir que hicieran lo que él quisiera, podía convencerlos de hacer aquello que él no podía llevar a cabo de forma unilateral sin miedo a las acusaciones de cobardía que sin duda llegarían, podía extirpar del ejército la visión de Alejandro—. ¿Es así como os gustaría pasar los años que vienen, hombres de Macedonia? ¿Deberíamos cumplir los planes de Alejandro y emprender un nuevo viaje de conquista? ¿Deberíamos marchar a insuflar el terror en los corazones de los hiperbóreos?

Una estruendosa negativa tronó entre los presentes, tan atronadora que cogió a Pérdicas por sorpresa y que hizo que su caballo se revolviese.

—¿Qué habéis dicho, macedonios? ¿Habéis dicho que vayamos?

Una vez más la respuesta fue negativa y, una vez más, unánime.

Pérdicas alzó los brazos pidiendo silencio y el estruendo se transformó en un siseo de murmullos ahogados.

—¿Le estáis pidiendo a vuestro rey que cancele los planes de Alejandro, hombres de Macedonia?

Y llegaron las súplicas, suplicas para no dirigirse a Occidente, para quedarse en Babilonia o volver a casa, cualquier cosa menos ir a Occidente.

—Muy bien. —Pérdicas se volvió a Filipo, que parecía estar disfrutando de verdad a juzgar por el tamaño de la sonrisa en su cara—. Diles que convocas la asamblea del ejército y que han de votar al respecto.

—Ay, ¿puedo? Será divertido. La asamblea del ejército. Es la asamblea la que me hizo rey, ¿verdad? Me gusta la asamblea del ejército.

—Bien, me alegro mucho. Adelante, convócala.

La confusión provocó que Filipo frunciera el ceño mientras intentaba repetir la palabra.

—¿«Convolar»? ¿«Combonar»?

—Llama a la asamblea del ejército, que se reúna la asamblea… Lo que sea. Tú levanta los brazos, y cuando haya silencio, di que llamas a la asamblea a votar sobre los últimos planes de Alejandro.

Aquello pareció satisfacer a Filipo, dado que hizo lo que se le pedía con cierta fluidez, para feliz sorpresa de Pérdicas. *Quizá pueda entrenarle para que diga cosas por mí; puede que después de todo me sirva de algo.*

—¡¿Qué dice la infantería?! —gritó Pérdicas una vez que se formuló la pregunta.

—¡Cancelar!

—¿Y qué dice la caballería?

La respuesta fue la misma; el ejército acababa de descartar la visión de Alejandro, y Pérdicas era libre de hacer lo que le viniera en gana. *Ahora me puedo dedicar a preservar el legado de Alejandro; a la mierda Ptolomeo. Sin embargo, tenía razón: consolidamos lo que tenemos y cada uno se hace cargo de una satrapía; gobernamos en nombre de Filipo conmigo como regente aquí en Babilonia y con posiciones honoríficas para Antípatro y Crátero con el objeto de evitar suspicacias. En cuanto a Ptolomeo, supongo que tendré que darle lo que quiere, pero ya encontraré el modo de fastidiarle. Lo pensaré esta*

noche. Y Eumenes, ese griego odioso, si cree que va a conseguir algo que merezca la pena, está muy equivocado. Sé perfectamente lo que le voy a dar.

—Capadocia.

—¿Capadocia?

—Sí, Capadocia. —A Pérdicas le costó mantener el gesto serio cuando vio la indignación en el rostro del griego a la mañana siguiente, cuando los oficiales superiores se reunieron en la sala vacía del trono.

Al fondo de la estancia los embalsamadores acababan de empezar su labor con el cuerpo asombrosamente incorrupto de Alejandro.

—Pero si ni siquiera ha sido pacificada… Ariarates, el sátrapa persa, aún ocupa su puesto —protestó Eumenes.

—Y tú eres el hombre indicado para acabar con él.

—¿Cómo se supone que debo hacer eso sin un ejército?

—Le escribiré a Antígono y le ordenaré que te eche una mano, dado que ha fracasado en su deber para con Alejandro al no haber sometido aún la región. —*Y ahora viene el momento que de verdad voy a disfrutar.* Pérdicas se volvió hacia Leonato—. ¿Frigia helespóntica?

Leonato mantuvo la cabeza erguida y miró desde lo alto a Pérdicas mientras se retiraba un mechón de pelo rebelde de delante del ojo derecho que había escapado de su peinado alejandrino.

—¿Qué hay de ella?

—Es tuya, lo que significa que tú y Lisímaco, al otro lado del Helesponto, en Tracia, ejerceréis el control sobre las rutas marítimas que van y vienen del Ponto Euxino. Muy lucrativo, te lo digo yo. —*¿Es un incentivo lo bastante goloso para él?* Por la mirada en los ojos de Leonato, Pérdicas pudo percibir que la propuesta era tentadora, aunque sabía que su orgullo aún estaba herido ahora que había sido relegado de la regencia.

—¿Cómo se te han ocurrido estos nombramientos, Pérdicas? —preguntó Leonato después de unos instantes de silencio. Los murmullos de la docena de hombres congregados en torno a la mesa indicaban que todos querían una respuesta a esa pregunta.

Pérdicas maldijo a Leonato en su interior por obligarle a justificarse, pero se percató de que no tenía más opción que hablar.

—No hay razón para sustituir a Antípatro en Macedonia, a Menandro en

Lidia, a Asandro en Caria o a Antígono en Frigia, así que se quedan donde están. Crátero compartirá Europa con Antípatro, como segundo al mano. Lisímaco pidió Tracia, dado que prefiere una provincia insubordinada que domar y proteger nuestra frontera norte contra los getas. Peucestas ha aprendido persa y ahora usa pantalones, con lo que es la elección perfecta para Persia. Eudemo puede quedarse con la India, y es mejor que las satrapías orientales queden en manos de los nativos que Darío había nombrado, ya que conocen a los suyos. Nearco se queda con Siria, y tomará el mando de la flota que Crátero está reuniendo y que tendrá Tiro como base.

—¿Y de verdad crees que Crátero renunciará a ella? —preguntó Eumenes negando con la cabeza, incrédulo.

—Por supuesto que lo hará. Le escribiré y le ordenaré que lo haga.

—Ah, estupendo. Muy tranquilizador.

Pérdicas miró al griego con desprecio un momento antes de continuar.

—Yo me quedaré aquí, en Babilonia, para supervisar Asia, con Arcón como sátrapa nominal. Atalo, que se casará con mi hermana Atalanta este mes, estará al mano de la flota fluvial y Seleuco será mi segundo al mando en el ejército ahora que pesa sobre Meleagro una sentencia de muerte y que será ejecutado en cuanto demos con él. Casandro sustituirá a Seleuco como comandante de los hipaspistas. Alcetas gobernará en Asiria. —Su hermano esbozó una mueca de satisfacción—. Así que como no quieras Media, la cual tenía pensado entregar a Peitón, o algún lugar más al este… Podría ordenarle al padre de Roxana, Oxiartes, que renunciara a su satrapía y ver cómo se lo toma. Pero la Frigia helespóntica me parece una elección tan conveniente como lucrativa. Aunque también puedes hacer como Aristonoo y decidir no optar a ninguna.

—¿Y qué hay de Egipto?



PTOLOMEO, EL BASTARDO

Eso mismo, ¿qué hay de Egipto? A lo largo de toda la reunión Ptolomeo había confiado oír su nombre vinculado a esa satrapía, y, a esas alturas, estaba bastante convencido de que recibiría su recompensa del mismo modo que el resto había recibido la suya. Lo que más le había molestado de Pérdicas había sido su actitud, y, a juzgar por los murmullos de los presentes, a muchos de ellos también. Después de haberse hecho con el control del rey Filipo, sentado, con su sonrisa inane, junto a Pérdicas, hasta el punto de que el tarado hacía todo lo que su dueño requería de él, Pérdicas había maniobrado hasta alzarse a una posición de poder absoluto. *Poder absoluto al menos en Asia, ya que Europa es un asunto aparte; como pretendo que sea África.*

—Egipto ya tiene un sátrapa. Cleómenes, nombrado por Alejandro —dijo Pérdicas.

—Pero es un griego de Naucratis —protestó Leonato.

Sí, y, ya puestos, uno muy retorcido y, probablemente, más avaricioso que yo.

—Que ha resultado ser un eficiente administrador. Pase lo que pase, se quedará en Egipto.

Eso no era lo que esperaba escuchar.

Pero Pérdicas aún no había acabado.

—Y esa es la razón por la que permanecerá como segundo al mando en la satrapía, para aconsejar a Ptolomeo cuando se haga con el cargo allí.

¡Ah! Eso sí es lo que esperaba escuchar. Pero si Pérdicas se cree que voy a mantener a Cleómenes allí para que sea su espía, se va a llevar una decepción.

—Muy bien, Pérdicas —dijo Leonato después de una somera mirada a

Ptolomeo—. Lo tomo.

—Bien —dijo Pérdicas con un tono que daba a entender que estaba disfrutando mucho—. Confiaba en que lo hicieras. Estoy convencido de que entre Antígono y tú podríais echarle una mano a Eumenes para pacificar su satrapía, que también incluirá Paflagonia.

—Pero eso siempre ha sido parte de la Frigia helespóntica.

—Ya no.

Leonato miró a Eumenes, pero no dijo nada; su expresión era lo bastante elocuente. Como elocuente fue cuando volvió a mirar a Pérdicas.

Ptolomeo no hizo ni una mueca. *Pérdicas, Pérdicas, eres todo un idiota. Si crees que un narcisista arrogante va a mover un dedo para echarle una mano a nuestro amigo griego, me temo que estás sufriendo alucinaciones. En cuanto a Antígono, es difícil saber a quién odia más, si a los griegos o a los griegos astutos. Sea como sea, bueno… O puede que seas consciente de ello y que este sea un torpe intento de no darle nada a Eumenes aunque parezca que le das mucho.*

—Estás muy callado, Ptolomeo —dijo Pérdicas para romper el contacto visual con Leonato.

—¿Esperas que te dé las gracias, Pérdicas? —preguntó Ptolomeo en tono de sorpresa—. Es más, ¿esperas que alguno de los presentes te dé las gracias por haberles dado únicamente lo que se han ganado a lo largo de una década? —Miró a Leonato con seriedad, y luego a Eumenes—. Egipto no es más de lo que merezco, y algunos de los presentes ni siquiera han obtenido lo que merecen. No, Pérdicas, puede que tengas el anillo de Alejandro y puede que tengas el control sobre el rey, pero sabes que no eres nada sin el resto de nosotros. Este es el único modo que tenemos de mantener el Imperio unido, y, por tanto, al hacernos cargo de las satrapías, tan solo cumplimos nuestro deber con Macedonia y con la memoria de Alejandro, del mismo modo que tú al hacer la distribución. Yo no espero que se me den las gracias por cumplir con mi deber, y tú tampoco deberías.

—Pero te he dado Egipto. Es lo que querías, ¿no?

—Sí, así es. Y tú te quedas en Babilonia a supervisar Asia, que es, imagino, lo que tú querías, signifique eso lo que signifique. Todo el mundo ha obtenido lo que quiere, incluso Aristonoo, que no ha pedido nada. Todo el mundo menos Leonato y Eumenes. Aunque supongo que lo asumirán, del mismo modo que tú tendrás que asumir las consecuencias.

Pérdicas le miró confundido.

¿De verdad eres incapaz de ver lo que has hecho? Acabas de empujar a Leonato a los brazos de Antípatro y, seguramente, también a Antígono, porque se negará a cumplir la orden de ayudar a Eumenes. Y si quieres tener amigos en ese extremo del Imperio, te verás obligado a ayudar tú al griego para que se haga con su satrapía. Aunque, si no puedes verlo, yo no te lo voy a decir. Echaría a perder la diversión de ver tu reacción cuando al final te des cuenta.

—No importa, Pérdicas —dijo Ptolomeo con una cálida sonrisa—, puede que solo esté siendo pesimista en mi valoración de tus aptitudes diplomáticas. —Miró a su alrededor, a los oficiales congregados del ejército de Alejandro, hombres con los que había compartido mucho, rostros que conocía muy bien y que, sin embargo, ahora parecían estar alejándose, convirtiéndose en extraños a medida que el vínculo que les unía se iba disolviendo—. Muy bien, caballeros, me despido de vosotros. Supongo que nunca volveremos a estar todos en una misma habitación, así que me gustaría decir una cosa en memoria de todo lo que hemos compartido, un tiempo que sé que, pase lo que pase en el futuro, siempre recordaremos con cariño…

La conmoción al otro extremo de la sala fue repentino y violento y provocó el fin del discurso de Ptolomeo haciendo que todos se volvieran hacia donde yacía el cuerpo de Alejandro. Los embalsamadores dejaron de vaciar el cadáver de órganos internos.

—¡Había pedido santuario! —gritó una voz desde el interior de una aglomeración de hombres—. ¡Santuario, maldito sacrílego!

Vaya, vaya, nuestro viejo amigo Meleagro tiene un modo muy anticuado de hacer las cosas. ¿Santuario? ¿En serio? ¿En qué modo creía que eso le iba a servir cuando lo único que queremos todos en esta sala es verle muerto?

—¿Dónde le encontrasteis, Neoptólemo? —le preguntó Pérdicas al oficial al mando mientras Meleagro, que sangraba por la nariz y la boca y con la túnica raída, era obligado a ponerse de rodillas ante el trono vacío—. ¿Era un santuario?

—Me dijiste que le prendiese allá donde se encontrara —repuso Neoptólemo con su denso acento moloso. Los tres hombres que iban con él hacían lo posible por mantener inmovilizado a su cautivo.

—A los molosos jamás les ha preocupado mucho la decencia —observó Eumenes, para regocijo interno de Ptolomeo.

—Vete a la mierda, maldito griego enano y desagradecido —espetó Neoptólemo, con veneno en la voz y odio en los ojos.

Se quieren aún menos desde que Alejandro ascendió a Eumenes dándole mando en la caballería como superior de nuestro amigo moloso; puede que eso me sea útil algún día.

—Había pedido santuario en el templo de Baal —insistió Meleagro sin dejar de revolverse—. Han matado a Euclides en las escaleras del altar.

Neoptólemo se encogió de hombros.

—Ni es uno de mis dioses ni lo es tuyo. ¿Por qué esperas que te proteja?

Eso es. ¿Por qué, viejo necio? ¿Y por qué, después de todos estos años de valeroso servicio, tomaste el camino cobarde de pedir santuario? Si en algún momento hubiera sentido cierta simpatía por ti, la habría perdido ya.

Pérdicas miró a Meleagro desde la altura. Ptolomeo supo que estaba pensando lo mismo que él. *Debe de ser la primera vez que estamos de acuerdo.*

—El rey ha firmado tu sentencia de muerte por traición, Meleagro —dijo Pérdicas—, ¿tienes algo que decir antes de que se ejecute la sentencia?

—¡Yo te hice rey! —espetó Meleagro.

Y ahora te condena a muerte.

La sonrisa de Filipo se hizo más amplia cuando miró a Pérdicas buscando guía, y apretó el elefante contra el pecho.

—Sí que me hizo rey, ¿no es así?

—No, majestad. El ejército te hizo rey. Este hombre lo que quería era aprovecharse de ti para hacer uso de tu poder.

¿Y tú no? Ay, Pérdicas, tu diáfana hipocresía es admirable.

—Llevadle fuera —ordenó Pérdicas—, y hacedlo de forma digna.

Con un par de fuertes tirones, Meleagro se liberó y se puso en pie. Giró y le propinó un puñetazo a Neoptólemo en la cara, que giró hacia un lado al tiempo que dejaba escapar un chorro de sangre de la nariz rota. Con una velocidad que sorprendió a todos en un hombre de tan avanzada edad, Meleagro le dio un golpe en el cuello a uno de sus captores y derribó al otro abalanzándose sobre él con el hombro por delante en un intento por huir de la sala del trono.

—¡Cógele! —le gritó Neoptólemo al hombre que no había sufrido el embate del cautivo, mientras intentaba cortar la hemorragia de sus fosas nasales—. ¡Matadle!

El soldado salió detrás del fugitivo mientras desenvainaba la espada y daba zancadas con el vigor de la juventud.

Al mirar por encima del hombro, Meleagro comprobó que iba a ser alcanzado y apretó el paso, directo a la zancadilla de uno de los

embalsamadores. Cayó con la barbilla por delante, y resbaló sobre el mármol pulido. El soldado le alcanzó en un instante y puso la rodilla en la espalda del cautivo mientras con la mano izquierda le levantaba la barbilla herida. Sin detenerse a comprobar sus órdenes, la punta de su hoja se hundió en la espalda de Meleagro. Con toda la fuerza de sus músculos empujó el arma para que entrara en el cuerpo del condenado, que se puso rígido y luego sufrió espasmos al tiempo que el hierro le arrancaba la vida.

Ya ha muerto el primero de nosotros; resulta irónico que haya sido a los pies del cadáver de Alejandro, pensó Ptolomeo con un pesaroso movimiento de cabeza. Miró a los otros oficiales. Todos ellos sentían una evidente satisfacción por la muerte del hombre que había estado a punto de causar un cisma en el ejército. *Me pregunto a cuántos de ellos volveré a ver, porque estoy seguro de que Meleagro no será el último.* Con una última e incrédula mirada, el sonriente rey dio media vuelta para irse.

—Adiós, caballeros. Han sido unos años magníficos que ya no volverán. Espero ver pronto a algunos de vosotros. —*Ya sea en un diván, cenando o al otro lado del campo de batalla, dependiendo de si me ayudáis o me estorbáis a la hora de hacerme rey de Egipto.*



OLIMPIA, LA MADRE

Agudo y desgarrador fue el grito que hizo eco en los pasillos y estancias del palacio de Pasarón, la capital de Épiro. El chillido continuó mientras una mujer próxima a los treinta años y de impactante belleza corría con las faldas levantadas y con indigna presteza hacia el origen de los gritos. Después de apartar a una joven esclava, abrió la gran puerta de roble con estrépito y entró a grandes zancadas en la estancia de techos altos, decorada con muchas imágenes de mujeres, y algunas de hombres, copulando con serpientes de todos los tamaños.

En el centro había una mujer tendida en el suelo, hecha un ovillo, de unos cincuenta años, emitiendo un lamento que hubiera helado los fríos corazones de las arpías. Su cuerpo postrado temblaba con cada aullido de dolor.

—¡Madre! ¡Madre! ¿Qué ocurre? —gritó la joven mujer mientras le sacudía el hombro—. ¡Madre! ¡Madre! ¿Qué ocurre?

Con los ojos enrojecidos Olimpia levantó la cabeza y miró a su hija blandiendo un rollo de papiro arrugado en el puño.

—¡Hace diez días, Cleopatra! ¡Diez!

—¿Diez días de qué?

—¡Muerto! ¡Muerto! Asesinado por ese sapo de Antípatro, no tengo ninguna duda. O por ese malnacido hijo suyo. ¡Muerto!

—¿Quién ha muerto, madre?

Olimpia miró a su hija como si fuera la mayor necia de Épiro.

—Alejandro. Él. Mi hijo, tu hermano. Alejandro. ¿Qué será de mí ahora? —Hizo añicos el papiro y le lanzó los trozos a su hija a la cara, aulló y empezó a

tirarse del pelo, a arrancárselo a mechones, de modo que las raíces blancas y sin teñir quedaron expuestas.

Después de dar un grito para pedir ayuda a la docena de esclavos que ahora pululaban ante la puerta, Cleopatra cogió las muñecas de su madre para detenerla mientras puñados de cabellos salían volando de entre sus dedos.

—¡Sujétale las piernas! —le gritó a una joven con la cabeza rapada intentando hacerse escuchar por encima de los chillidos de Olimpia—. ¡Traed vino! —ordenó, aunque sin dirigirse a nadie en particular. Al menos cuatro muchachas salieron corriendo en busca del caldo—. ¡Cogedla de un brazo cada uno! —les ladró a dos esclavos adultos—. Intentad inmovilizarla. —Cleopatra esperó hasta que los dos hombres tuvieron a su madre aferrada con firmeza, antes de sujetar con las manos las mejillas de Olimpia, embadurnadas de maquillaje y lágrimas negras de kohl, para intentar detener sus violentas sacudidas de cabeza.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Contrólate! ¡Madre!

Olimpia, ajena a los gritos de su hija, que tenía la cara a un palmo de la suya, gritaba, lloraba y sacudía los miembros mientras los esclavos intentaban inmovilizarla.

Fue la sorpresa de la primera bofetada y la velocidad de la segunda la que logró devolver cierta cordura a la reina afligida. Sus ojos recuperaron el sentido, y observó consternada a su hija.

—¡Me has pegado!

—Sí, madre, dos veces.

—¿Me has pegado?

—Sí, madre, lo he hecho. Y lo volveré a hacer si vuelves a perder así la dignidad de nuevo.

Olimpia giró la cabeza a derecha e izquierda, observando a los esclavos que le sujetaban los brazos con una malicia que los obligó a soltarla de inmediato y dar unos pasos atrás. La joven que había pugnado con sus tobillos los soltó y, con la mirada gacha, retrocedió hacia la puerta.

—¡Haré que os azoten a todos hasta ver el blanco de vuestros huesos! —siseó Olimpia con voz serpentina.

—No, madre, no lo harás —dijo Cleopatra mientras, con un gesto de la mano, indicaba a los tres esclavos que abandonaran la estancia al tiempo que una muchacha entraba por la puerta con una jarra de vino y dos cálices—. Les he ordenado que te inmovilicen por tu bien. Ahora bebe.

Cleopatra sirvió vino en uno de los cálices, se lo entregó a su madre y ordenó al resto de esclavos que se fueran.

En cuanto se cerró la puerta, Olimpia se incorporó y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Tenía el cabello enmarañado y el maquillaje corrido. Dio un largo sorbo, tragó e intentó calmarse con una profunda bocanada de aire que luego expulsó lentamente.

—¿Qué va a ser de mí?

—¡Madre!

La firmeza en el tono de Cleopatra sobresaltó a Olimpia, que derramó parte del vino en sus ropas.

—No eres solo tú, madre. También soy yo. Ahora no es momento para histerias. Debemos pensar en la situación de forma lógica.

Olimpia cerró los ojos y respiró profundamente. *Tiene razón; agradezco a Dioniso haber dado a luz a una hija no del todo esclava de sus emociones.*

—Muy bien, Cleopatra. Me controlaré y ya lloraré por mi hijo más tarde.

Cleopatra le dio un reconfortante trago al vino y luego rellenó ambos cálices.

—Ahora, con toda la calma de la que seas capaz, dime de quién era la carta y qué dice exactamente.

Olimpia pensó unos instantes mientras daba sorbos.

—Era de Pérdicas, y todo lo que decía era que Alejandro había muerto de fiebres en Babilonia, que no ha nombrado sucesor y que su esposa Roxana está embarazada. Pérdicas tiene intención de hacer construir un catafalco para transportar el cuerpo momificado de vuelta a Macedonia para que sea enterrado en el mausoleo real.

—¿Pérdicas está organizando esto?

—Sí.

—Eso significa que debe de haberse hecho con la autoridad de Alejandro a pesar de que no haya nombrado heredero.

—Sí, supongo que eso es lo que ha hecho. Es interesante. Tendría que haber sido Crátero, dado que es el general más veterano.

Cleopatra negó con la cabeza.

—Está de camino a casa. Según nuestros espías, se encuentra en Cilicia disfrutando de Fila, la mayor de las hijas de Antípatro e Hiperia.

Al oír el nombre del regente de Macedonia, Olimpia siseó.

—Espero que la parta en dos.

Cleopatra hizo caso omiso del veneno de su madre.

—Así que ya tenemos un conflicto, dado que Crátero considerará que debería haber sido él, y no Pérdicas, el que recogiera el testigo de Alejandro. Por tanto, las preguntas son: ¿hacia dónde irá? ¿A Oriente o a Occidente? ¿Cuándo lo hará? ¿En qué dirección nos conviene a nosotras que vaya?

Olimpia valoró las palabras de su hija, se bebió el resto del vino y asintió al tiempo que alargaba el cáliz para que se lo rellenara.

—Tienes razón, Cleopatra. Crátero es la clave. Si decide volver a Babilonia, entonces no reemplazará al sapo de Antípatro como regente y yo seguiré sin poder ejercer influencia en el gobierno de Macedonia. Así que tenemos que asegurarnos de que sigue avanzando hacia Occidente y de que derroca al sapo, por la fuerza si es necesario.

Cleopatra vertió el resto del vino en los cálices.

—Estoy de acuerdo. Pero si fueras Crátero, ¿cómo tomarías tu decisión? Hay que tener en cuenta que solo dispone de algo más de diez mil hombres bajo su mando y que tanto Antípatro como Pérdicas cuentan con muchos más.

Olimpia meditó la cuestión un instante y luego sonrió. *Le he enseñado bien, y además tiene la sutileza que a mí a veces me falta por impetuosa.*

—Esperaría a ver quién me ofrece amistad antes, si Pérdicas o Antípatro. —Hizo una pausa y siseó como si la misma presencia de ese nombre en su lengua fuese una abominación—. Mis tropas podrían inclinar la balanza hacia el uno o el otro.

—Eso es. Así que queremos que sea Antípatro el que le ofrezca a Crátero una alianza, no Pérdicas. De hecho, Pérdicas tiene que ser visto por Crátero como una amenaza que ha de ser neutralizada.

—Pero se supone que Crátero tiene que reemplazar a Antípatro.

—Cuando Alejandro estaba vivo, sí. Pero ahora está muerto. —Cleopatra se encogió de hombros y levantó las manos—. Puede pasar cualquier cosa.

—Eso obligará a Antípatro —volvió a sisear cuando el nombre salió de sus labios— a tender una mano amistosa al hombre que, por derecho, debería reemplazarlo.

—Guerra, madre, guerra. Por la mañana necesitaremos solicitar una audiencia con el rey, por mucho que estés dolida con él por ignorarte desde que alcanzó la mayoría de edad el año pasado poniendo fin a tu regencia. Olvídate de ello. Debemos convencerle de que haga alguna promesa a las ciudades griegas, a Atenas en particular. Nada que sea demasiado obvio: ofertas de amistad, apoyo mutuo en los tiempos difíciles que se aproximan,

veladas menciones a lo injusto del Decreto de los Exiliados, esas cosas. Lo suficiente como para avivar sus ansias de libertad.

—¿Cómo voy a persuadir a Eácides de que haga algo por mí? Se niega a hablar conmigo desde que me expulsó del consejo cuando quise ocupar mi silla en la mesa.

—¿Acaso te sorprende después de que le asaltaras como una víbora e intentases arrancarle los ojos? A mí no. Pero ahora tienes algo que le interesa.

—¿El qué?

—La esposa de Alejandro está embarazada de tu nieto. La hija de Eácides, Deidamia, tiene dos años. ¿Qué ocurriría si el bebé resulta ser niño?

—¿Y si no lo es?

—¿Querría Eácides arriesgarse a perder la ocasión de que su hija dé a luz a los herederos de Alejandro? Creo que puedes hacer que se pliegue a tus deseos. Y, más aún, no tienes por qué mantener tu promesa de aprobar el compromiso.

Olimpia estudió a su hija, orgullosa de su mente maquinadora. *Me olvido de que fue reina de este país hasta que murió su marido y mi sobrino accedió al trono de Épiro. Eácides está en deuda conmigo por su ingratitud, por expulsarme del consejo y por no permitir que ejerza influencia alguna después de haberle servido como regente durante seis años. Sí, me debe al menos esto. Y podría funcionar. Si Antípatro es amenazado desde el sur por las ciudades griegas y nosotros le amenazamos desde el oeste, entonces ¿a quién puede pedirle ayuda si no es a Crátero y a sus diez mil hombres que aguardan al otro lado del mar?*

—Sí, lo veo. Y si conseguimos que Crátero llegue a Macedonia, podemos enfrentarle a Antípatro, y eso nos ayudará a buscar un camino para influir en Pérdicas. Entonces volveré a estar en el epicentro del poder por primera vez desde que Eácides cumplió la mayoría de edad.

Cleopatra cogió la mano de su madre.

—No te preocupes por Pérdicas. Nos encargaremos de él cuando llegue el momento. Lo primero que tienes que hacer es ver a mi primo, el rey.

—No me fio de ti —dijo Eácides con los ojos entrecerrados mientras miraba a su tía desde el trono.

Olimpia estaba de pie, altiva, con el puño en la cadera. Cuatro guardias armados se interponían entre ellos.

—Roxana está embarazada —insistió Olimpia. Su voz hizo eco en las paredes de piedra de la sala de audiencias columnada.

—De eso no tengo ninguna duda, querida tía. Yo también he recibido una carta de Pérdicas.

—¿Tú?

—Por supuesto. Soy el rey de Épiro, y se me trata con el debido respeto. No, no confío en que vayas a cumplir tu palabra de casar al niño con Deidamia.

—Deidamia es mi sobrina-nieta. ¿Quién mejor que ella, desde mi punto de vista, para casarse con mi nieto?

—Que todavía no ha nacido.

—Que nacerá pronto.

—¿Y si resulta que el niño acaba siendo niña? ¿Prometerías casarlo con el hijo que aún no he tenido? ¿O, para ser más exactos, con el hijo que ni siquiera aún he concebido?

Olimpia frunció el ceño. *¿Qué sacaría de eso? Un hijo suyo no tendría legitimidad para acceder al trono de Macedonia aunque se casara con la hija de Alejandro. Las familias nobles jamás lo aceptarían.*

Cleopatra emergió de las sombras de una columna a media altura de la estancia.

—Es su precio, madre —dijo, como si fuera capaz de leer la mente de Olimpia—. No gana nada haciéndolo, pero evita con ello que cases a tu nieta con otra persona para mayor beneficio tuyo.

Tiene razón; la despreciable criatura exige un precio demasiado alto por un par de cartas.

—¿Quién te ha dejado entrar aquí? —le espetó Eácides a Cleopatra con su rostro infantil y petulante.

—Debes recordar, primo, que mi marido estuvo sentado en ese trono antes de que muriera en las guerras de Italia. Voy y vengo cuando me place.

—Tendría que haber ordenado que te ejecutaran.

—Y mi hermano te habría devuelto el favor, por eso no lo hiciste.

—Pero ahora está muerto. ¿Qué me impide cumplir mi deseo?

—El miedo, primo. El miedo. El miedo a matar a cualquiera emparentado con el hombre que tanto te superó en todo. Sabes que acabarías acosado y cazado, y que, por mucho que te ocultaras tras tu pequeño trono, no podrías salvarte. Así que ya basta de amenazas vacías. ¿Vas a hacer lo que mi madre te pide ofreciendo tan generosas condiciones o vamos a tener que obligarte?

—¿Obligarme? ¿Cómo?

—Si te lo dijera, entonces la amenaza desaparecería.

Olimpia miró a su sobrino fijamente y con dureza. No le gustaban ni sus labios rechonchos y blandos ni su mandíbula redondeada. El marido de su hija, el rey Alejandro de Épiro, había sido un hombre de verdad. Todo lo contrario de aquel niño afeminado. *Cleopatra debería haber sucedido a su marido, no este hombre orgulloso y débil. Pero así son las leyes sucesorias y así es el lugar de una mujer en el mundo, pues solo le dio hijas a su marido. Solo podemos gobernar a través de nuestros hombres.*

Eácides rio. Fue una risa forzada y vacía.

—Por supuesto que voy a hacer lo que me pedís. De hecho, ni siquiera teníais por qué pedírmelo, porque eso era exactamente lo que tenía pensado hacer en cuanto supe de la muerte de Alejandro. Me beneficia que las ciudades griegas se alcen contra la opresión macedónica. Épiro siempre se ha beneficiado de una Macedonia debilitada y ocupada en otros asuntos.

Olimpia arrugó la nariz, asqueada.

—Una sagaz observación, querido sobrino. Sugiero que empieces con Hipérides en Atenas y con Demóstenes, que ahora se encuentra exiliado en Calauria.

—Son los primeros de la lista, queridísima tía.

—Ese odioso mierdecilla… —siseó Olimpia cuando Cleopatra y ella abandonaron la sala de audiencias—. Fingiendo que ya había pensado en todo con tal de guardar las apariencias.

Cleopatra agitó la mano para quitarle importancia.

—Me da igual cómo lo haya disfrazado: lo esencial es que va a hacer lo que tú le has pedido.

—Sin necesidad de que le obligues a ello.

—Exacto.

Olimpia sintió curiosidad.

—Dime, ¿qué tenías pensado para forzarle a aceptar?

Cleopatra se volvió hacia su madre y sonrió.

—Esa es la cuestión. Nada. Era una amenaza vacía, pero Eácides tiene el miedo suficiente como para creerme capaz de cualquier cosa.

Olimpia se llevó la mano a la boca para ahogar una carcajada. *Si hubieras nacido hombre, Cleopatra, no estaríamos en la situación en la que nos encontramos; tendríamos al mejor heredero de Alejandro.* La mujer frunció el ceño lentamente

mientras su mente maquinadora se ponía en marcha. *Espera, quizá haya un modo, un modo de volver al centro del poder sin necesidad de esperar a que nazca el cachorro de esa zorra oriental, si es niño.* Una vez más, Olimpia estudió el escenario que se materializaba en su mente. *Sí, podría funcionar, y también supondría el fin de Antípatro. Requerirá establecer muy bien los tiempos, pero debo ocultárselo a Cleopatra, porque no le va a gustar. No le va a gustar nada.*



FILO, EL VAGABUNDO

Con la segunda descarga, los arqueros montados calcularon mejor la distancia. Las flechas repiquetearon en los hoplones redondos, convertidos a toda prisa en un muro y un techo protector tras el que se parapetó la unidad de doscientos cuarenta mercenarios griegos.

—¡Aguantad, muchachos! ¡Aguantad! —El gritó quedó ahogado por la masa compacta de cuerpos.

La primera línea estaba arrodillada; la segunda, la tercera y la cuarta, acuclilladas tras aquella. Todos respiraban entrecortadas bocanadas de aire caliente y seco, mezclado con sudor y ajo.

Otra serie de fuertes impactos golpearon los escudos. Se oyó un grito solitario que se desvaneció entre gorjeos.

—¡Mantened prieta la formación y cerrad ese hueco!

—¡Ya estamos prietos!

—¡Eso guárdatelo para los folladores de caballos, Demeas!

—¡Nunca tenemos ocasión de darles caza, siempre echan a correr los muy hijos de puta, Filo!

Filo ni siquiera se molestó en responder a Demeas, que estaba acuclillado delante de él, en primera línea de la formación defensiva. Sabía que no podía contradecir la valoración de aquel hecho. Sin embargo, sí que tendría que disciplinarlo por replicarle en cuanto volvieran a Alejandría Oxiana, la ciudad de ladrillos de barro junto al río Oxo que habían tenido la mala fortuna de guarnecer durante cinco años, desde que Alejandro los condenara a pasar el resto de sus vidas en un lugar lejano y salvaje. *Maldigo a ese cachorro arrogante por*

habernos abandonado aquí. Afianzó los pies cuando tres flechas de la siguiente descarga golpearon su escudo, y entonces se arriesgó a mirar por una estrecha apertura. A cincuenta pasos de distancia, yendo y viniendo a lomos de pequeños y robustos ponis de montaña, los salvajes bactrianos dejaron volar otra irregular tanda de flechas dirigidas tanto a los hoplitas como a la caravana que protegían a su espalda. Detrás de sus camellos bactrianos de dos jorobas cargados de mercancías se ocultaban la veintena de mercaderes y sus hombres que habían escoltado a lo largo del Camino Real Persa desde que se adentraran en Bactria desde la satrapía de Sogdiana. *No es que las fronteras no supongan nada en estas salvajes fronteras del Imperio,* pensó Filo mientras cerraba el hueco ahora que una sombra negra crecía de pronto hasta convertirse en un proyectil que iba directo a él. Su escudo se ladeó cuando la flecha chocó contra el borde, en el lugar en que su ojo había estado un instante antes. *Tal es la arbitrariedad de la vida y la muerte.*

—Se cansarán pronto de esto, muchachos. ¡Siempre se cansan! —gritó Filo para reforzar la moral de los hombres y la suya propia.

Pero era cierto: los guerreros de las tribus solían cansarse de disparar flechas contra las escoltas de las caravanas y se retiraban hacia las áridas y vastas tierras privadas de árboles de las que provenían. Así eran las cosas: nunca se atrevían a cargar contra formaciones compactas de hoplitas con sus largas lanzas, aunque los sorprendieran en campo abierto. Tampoco tenían ni la paciencia ni la munición para agotarlos poco a poco, de modo que llevarían a cabo una o dos cargas falsas, se reagruparían y lanzarían flechas del derecho y del revés mientras algunos de ellos intentaban saquear lo que podían de los pocos camellos abatidos durante el ataque inicial, siempre y cuando estuvieran lo bastante lejos, algo que hoy no era el caso.

Tres camellos, uno de ellos aún gimiendo y revolviéndose de dolor, yacían tendidos a tan solo veinte pasos de los hoplitas con su carga esparcida a su alrededor. *Esos cabrones nos dejarán en paz pronto para poder llevarse esa mercancía,* pensó Filo con alivio.

Y así era la vida en la frontera oriental del llamado «Imperio de Alejandro». A Filo siempre le costaba reprimir una sonrisa cuando la idea de «imperio» se le pasaba por la mente, ya que para él un imperio era una entidad unida, y lo que tenían a su alrededor sencillamente no lo era. Allí no había un gobierno central ni sentido de identidad, tan solo barbarie y despotismo. Él y sus hombres eran el único vínculo con lo que un griego hubiera considerado

civilizado, y, a pesar de su profesión, Filo se consideraba civilizado hasta el punto del refinamiento.

Educado al más alto nivel en su nativa Samos, tanto él como su familia habían sufrido durante la anexión de la isla por Atenas, cuarenta años atrás, y se habían exiliado. Sin un hogar, y en vez de buscar la caridad de otros, a los dieciséis años Filo dejó a su familia vagabunda para vender lo único que le quedaba de valor: la fuerza de sus brazos. Después de vender las últimas posesiones con las que habían logrado huir, su familia y él lograron reunir lo suficiente para hacer frente a la compra de una panoplia de hoplita: casco, armadura de lino prensado, hoplón, espada y grebas y, así, había partido a servir en el ejército de Darío, el tercero de su nombre, el Gran Rey de Persia. Había disfrutado de una vida agradable y una paga regular durante treinta años, treinta años en los que había logrado, con sus ingresos, asentar a su familia en una bella casa en Éfeso, frente a las costas de su isla natal robada. Treinta años durante los cuales había ascendido hasta el rango de quiliarca de hoplitas al servicio del Imperio persa, donde se había acostumbrado a las mejores cosas que la vida podía dar al amparo del Gran Rey. Pero entonces, aquel cachorro arrogante había puesto su mundo boca abajo por segunda vez, barriendo al ejército persa en el río Gránico y, una vez más, en Issos, donde Filo había sido hecho prisionero.

—¡Preparaos para moveros, muchachos! —gritó Filo cuando sintió que el chaparrón de proyectiles se hacía menos intenso. Se arriesgó de nuevo a mirar un instante a través de un hueco entre escudos. Sí, los guerreros tribales empezaban a retroceder ahora que sus carcajes estaban vacíos—. ¿Cuántas bajas, Lisandro?

—¡Un muerto, señor! —gritó su rechoncho segundo al mando en aquella misión desde la parte trasera de la formación—. Y cuatro heridos, uno de ellos de gravedad.

—Aseguraos de que vuelven con nosotros cuando nos vayamos. No permitiremos que capturen a nadie, ni vivo ni muerto. Estos malditos folladores de caballos empalan a cualquiera.

Para un mercenario capturado la elección entre la muerte o pasar a formar parte del ejército victorioso en los mismos términos era fácil. Así que Filo acabó sirviendo a Alejandro, el hombre que acabaría por desplazar los límites de la gloria hasta donde nadie los había llevado antes. Sin embargo, esos límites eran solo para él y para sus macedonios, no para los miles de hombres de

sangre diversa que marchaban con ellos y que hacían el trabajo duro, sucio e ingrato que se suponía demasiado servil para los invencibles soldados de Macedonia. Así, a lo largo de la campaña, las labores de vigilancia, las incursiones punitivas sin piedad, las escoltas de los convoyes y otras tareas deshonrosas y poco envidiables habían sido las misiones confiadas a Filo y a sus hombres. Cuando al fin Alejandro dio caza a Darío, en las llanuras persas de Gaugamela, los hoplitas mercenarios griegos fueron desplegados en la reserva, demostrando el desprecio que les dispensaba el León de Macedonia. Fue aquella muestra de desprecio la que quedó incrustada en la mente de los hombres hasta el punto de que, llegados a Bactria y Sogdiana, decidieron que habían tenido suficiente y que querían volver a casa, al mar.

Pero Alejandro tenía otros reinos que conquistar, y, al cruzar el majestuoso río Indo, se negó a licenciar a los desencantados mercenarios y decidió distribuirlos entre las ciudades que había fundado para los colonos griegos que infestaban Oriente con el sueño de llevar hasta esas tierras bárbaras la civilización griega. Y sí, las obras de Eurípides habían sido representadas a orillas del Oxo; y sí, se leía a Homero en Alejandría Oxiana; y el dracma era la moneda de curso legal en el bazar de Zariaspa; y las ideas de Platón, de Sócrates y de Aristóteles se debatían en simposios en Alejandría Margiana y en Nautaca; pero un mono que recita principios filosóficos sigue siendo un mono, y Filo no sentía más que desprecio por los aires de grandeza de los colonos.

Saber quién era Aristófanes no significaba que pudieras apreciar sus versos, por muy griega que fuera tu sangre, ya que estos, en general, eran de extracción humilde y poco culta: aquellos que en Occidente habían llevado una vida de privaciones, los humildes que habían emprendido un viaje peligroso siguiendo la estela del invencible ejército. Y los humildes son los peores señores. Filo lo había comprobado en más de una ocasión. Los colonos que se encontraban en la cumbre chocaban con las tribus indígenas en cuestión de derechos, estatus y tierras. Así que cayó sobre él, sobre sus hombres y sobre muchos como ellos, dispersos a lo largo y ancho de las satrapías orientales, la tarea de mantener la paz y preservar la ley. Los mismos sátrapas no lo harían a no ser que hubiera un beneficio o algún otro tipo de ganancia para ellos, ya que los sátrapas no eran sino los señores de la guerra que habían gobernado el entorno antes de que llegara Alejandro y que, cuando este siguió avanzando hacia Oriente, volvieron a hacer las cosas como siempre las habían hecho.

Aquellos guerreros tribales que ahora acosaban a la unidad de Filo eran

hombres que deberían haber estado luchando a su lado, pues eran bactrianos leales a Oxiartes, el sátrapa local, y suegro del mismísimo Alejandro.

—¡Línea delantera, mantened los escudos arriba! —ordenó Filo cuando el último de los jinetes se retiró fuera de alcance—. ¡Y a la izquierda!

Sus hombres, los doscientos cuarenta, ejecutaron la maniobra con tolerable eficacia teniendo en cuenta las circunstancias, con la primera línea poniéndose en pie y presentando los escudos al enemigo, mientras las cuatro líneas traseras formaban en columna entre los bactrianos y la caravana.

Filo se abrió camino entre la formación para ponerse en cabeza.

—¡Adelante! ¡A paso ligero!

La columna empezó a moverse, un tanto caóticamente al principio, aunque no tardaron en acompasar el paso a medida que iban ganando velocidad. A su izquierda los mercaderes azuzaban a sus animales para que, con sus desgarbados andares, mantuvieran el ritmo de su escolta.

—¡Detenedlos! —gritó Lisandro desde el centro de la formación.

—¡¿Qué ocurre?! —gritó Filo al tiempo que se volvía para mirar hacia el final de la columna.

Dos de los mercaderes se dirigían a los tres camellos que habían sido abatidos durante el primer ataque.

Idiotas.

—Déjalos, Lisandro —ordenó Filo antes de desgajarse de la formación y recorrer la caravana.

Al alcanzar a los animales, los dos comerciantes se dedicaron a recoger sacos y a echárselos al hombro sin dejar de mirar a la columna, ahora a más de cien pasos de distancia, que se alejaba de ellos a una velocidad constante.

Filo se detuvo y dejó que la caravana pasara a ambos lados de él mientras observaba a los dos hombres. Negó con la cabeza cuando vio a un grupo de jinetes espolear a sus monturas para llevarlas al galope. Al ver el peligro que se cernía sobre ellos, los hombres recogieron otro par de objetos y emprendieron la huida.

Filo decidió dar media vuelta. No quería presenciar lo que, inevitablemente, estaba a punto de ocurrir cuando los jinetes se aproximaron a los mercaderes cuya avaricia acababa de costarles la vida.

—Pagan caro unos bienes que no valen más que plata —le dijo uno de los mercaderes a Filo mientras este volvía a su puesto en cabeza de la columna.

—Es cosa suya.

El mercader, de tez oscura, nariz aguileña y ojos hundidos, marrones y brillantes que observaban desde debajo de un turbante blanco, inclinó la cabeza y se llevó una mano al pecho.

—Puede ser. O puede que no tuvieran elección si era todo lo que poseían y perderlo hubiera significado la ruina. En esta vida no siempre podemos tomar las elecciones que nos gustarían. Bueno, señor: mi nombre es Babrak de Cabura, y entre los pakthas tenemos un dicho que, traducido de nuestra lengua pastún, significa lo siguiente: «Hay un muchacho al otro lado del río con un culo como un melocotón, pero, por desgracia, no sé nadar».

Filo miró a Babrak y se preguntó adónde quería llegar.

—Buen señor, no siempre podemos obtener lo que deseamos, menos aún cuando tenemos alguna deficiencia. La culpa de que yo no pueda alcanzar el objeto de mi deseo no es del río, sino del hecho de que yo jamás aprendiera a nadar. Esos dos hombres habrían elegido la vida si hubieran podido permitirse perder esa mercancía. Pero no podían, así que la decisión la tomaron ellos: por la falta de dinero. No todos tenemos la suerte de sentir inclinación hacia los melocotones.

Resignado con respecto al modo que eran las cosas en Oriente, Filo divisó las murallas de Alejandría Oxiana. Los gritos de los hombres capturados se oyeron a lo largo de la tierra yerma cuando las afiladas puntas de las estacas empezaron, lentamente, a rasgarles las entrañas.

—Filo, hay un mensajero de Babilonia —dijo Letodoro, el comandante de la guarnición, cuando la columna entró por las puertas de la ciudad y entró en el ágora, exhausta por el esfuerzo.

—Dile que espere hasta que me haya bañado —dijo Filo con absoluto desinterés en la voz.

—Creo que te interesa oír lo que tiene que decirte cuanto antes, Filo, por muy mal que huelas.

Filo miró a Letodoro, veinte años más joven que él, y pudo ver la urgencia de su rostro. Con un suspiro dio media vuelta para seguirle hacia el cuartel general de la guarnición.

—¿Hace más de una luna? —Filo formuló la pregunta lentamente, mientras intentaba digerir la crucial noticia que había hecho que se dejara caer en la silla y cogiera la jarra de vino.

—Sí, señor. Fiebre de los pantanos, o eso dicen —repuso el mensajero, sucio del camino, y sin quitarle la vista de encima al vino—. Vi el cuerpo antes de que Pérdicas me enviara.

—Así que no hay duda alguna de que está muerto. —Filo apenas podía controlar la emoción que crecía en él—. ¿No es un error?

—No, señor. Alejandro está muerto, y a estas alturas casi todo el Imperio lo sabe.

—Loados sean los dioses.

El mensajero parecía confundido.

—¿Qué has dicho, señor?

Filo miró al hombre a los ojos.

—He dicho que loados sean los dioses. Y lo he dicho porque el monstruo está muerto y porque puede que, a mis cincuenta y seis años, sea capaz de empezar una buena vida.

—Pero fue glorioso; nos llevó de victoria en victoria.

Filo empujó la jarra de vino hacia el mensajero.

—¿De verdad? Puede que eso haya sido así para ti, pero, en lo que a mí respecta, no hizo sino traernos a mis hombres y a mí hasta aquí, a esta prisión sin barrotes en una tierra yerma lejos del mar. Ahora que no está, somos libres. —Filo se giró hacia Letodoro esbozando una incontrolable sonrisa—. Creo que deberíamos convocar una asamblea.

Letodoro le devolvió la sonrisa.

—Sí, creo que sí.

Filo miró hacia abajo desde la tarima levantada ante el cuartel general de la guarnición, en el extremo del patio de armas. Eran quinientos los griegos que conformaban la guarnición de Alejandría Oxiana, y estaban sofocados por el calor que los atormentaba mes tras mes. Su asombro al recibir la noticia fue evidente.

—De modo que debemos decidir si nuestro deber es para con este páramo, y defenderlo porque así se nos ordenó como castigo, o si nos debemos a nosotros mismos marchar hacia el oeste hasta el mar. —Hizo una pausa para dejar que las dos opciones calaran en las mentes de los hombres. Decenas de conversaciones estallaron, animadas por la emoción que la mayoría había expresado al saber de la muerte del hombre que los había condenado a ese

lugar.

Filo permitió que hablaran unos instantes antes de hacer un gesto pidiendo silencio.

—No debemos olvidar, hermanos, que hemos recibido noticias falsas de la muerte de Alejandro en otras ocasiones; por ejemplo, hace casi tres años, cuando supimos que había sido alcanzado en el pecho por una flecha. Todos sabemos lo que les ocurrió a las guarniciones que fueron capturadas cuando intentaban volver al mar: fueron ejecutados casi todos. Sin embargo, algunos lograron escapar y llegaron a casa, lo que significa que puede hacerse. La diferencia es que ahora sabemos seguro que el tirano está muerto. —Señaló al mensajero que estaba a su espalda, en la tarima, con Letodoro—. Este hombre vio su cuerpo en la sala del trono de Babilonia antes de que Pérdicas nos lo enviara con la noticia. No cabe duda de que Alejandro ya no existe. —Estas últimas palabras arrancaron otro vítor de la asamblea—. Y lo que debemos tener en cuenta es lo siguiente: ¿supondrá su muerte que nos sea más fácil desertar de nuestros puestos u ocurrirá que el tosco macedonio que se haga con las riendas del poder se mostrará tan despiadado con los griegos como lo era el monstruo? Pero, aunque así fuera, hermanos, la pregunta sigue siendo sencilla: ¿queréis morir aquí o preferís morir intentando llegar a casa y ver el mar de nuevo? Yo sé lo que elijo. ¿Lo sabéis vosotros?

El rugido no dejaba lugar a dudas. Filo sonrió al ver cientos de rostros barbudos llenos de esperanza, una esperanza que se había ausentado todos los años que llevaban varados en los áridos confines del Imperio. Algunos de esos hombres eran como él: no tenían hogar, ya fuera por la anexión de sus tierras en el caso de Samos, ya fuera por la destrucción de su ciudad, como había ocurrido con Tebas. Otros eran los hijos más jóvenes de algunas familias, obligados a la vida militar y a depender de un sueldo a falta de derechos hereditarios. El resto eran aventureros o forajidos. Pero todos tenían algo en común: el amor al mar. El mar que muchos no habían visto desde hacía siete años, desde que Alejandro abandonara Egipto y se dirigiera al corazón del Imperio persa en persecución de Darío.

—¡El mar! ¡El mar! ¡Mar! ¡Mar! —El cántico sepultó los vítores, y no tardó en rebotar en los muros marrones de ladrillos de barro.

La imagen de una extensión azul de aguas ondulantes y titilantes, bajo un sol cálido y ante una brisa salada, o de una playa de arena acariciada por las olas, o, simplemente, la idea de meterse hasta los tobillos en las aguas frías y ver pasar

un barco a vela, confirió aún más volumen al grito hasta que todos cantaron con una sola voz mientras agitaban los puños al unísono.

Filo alzó las palmas de las manos y pidió un silencio que tardó en llegar, tal era la emoción que sentían los hombres.

—Desde que se leyó el Decreto de los Exiliados en los Juegos Olímpicos el año pasado, muchos de nosotros ya tenemos una casa a la que regresar. Yo, por ejemplo, soy libre de volver a la casa de mis ancestros, en Samos. Y aquellos de entre vosotros que también sois exiliados podríais hacer lo mismo. —Filo se tomó un momento para adoptar un gesto más sombrío, de preocupación—. Pero nuestras casas están lejos y somos pocos, hermanos. Sería difícil conseguirlo, máxime siendo solo el puñado de hombres que somos y estando a más de mil leguas de nuestro objetivo. Seríamos presa fácil de la primera guarnición macedonia con que nos topásemos, y no mostrarían piedad alguna. —Aquellas palabras arrancaron parte del entusiasmo de los rostros de su audiencia—. Por tanto, convendría buscar la fuerza del número. ¿Acaso creéis que somos los únicos que anhelan ver el mar? Hay docenas de guarniciones, y todas son de nuestro tamaño o aún mayores. Propongo enviar mensajeros a cada una de ellas y proponer que emprendamos el viaje juntos en primavera. Seremos miles. Seremos un ejército. Haremos que la odisea de los diez mil de Jenofonte parezca un asunto trivial. Escribiremos una historia que habrá de ser contada en los siglos por venir. Seguidme, hermanos; seguidme y saldremos del desierto y llegaremos al mar.

Fue casi un éxtasis lo que recibió como respuesta al decir esto último. Filo extendió los brazos y se dejó invadir por los vítores. *Quieran los dioses que los macedonios nos dejen marchar; después de haberme enfrentado a sus falanges en el Gránico y en Issos, no deseo volverlo a hacer.*



ROXANA, LA GATA SALVAJE

Su hijo crecía fuerte, lo notaba en sus patadas. Más fuerte aún de lo que hubiera osado imaginar. Roxana se llevó las manos al vientre abultado. Tenía la piel tirante. Esperó a que el bebé se calmase. No faltaba mucho, era cuestión de días: dos tercios de luna, a lo sumo. *Sería capaz de llorar por lo injusto que es todo esto, por dar a luz poco más de dos meses después de la muerte de Alejandro.* Levantó un dedo por encima del hombro hacia las esclavas que aguardaban de rodillas, y oyó el suave caminar de una de ellas hacia el diván en el que estaba sentada y desde donde miraba por la ventana hacia el este, hacia el Camino Real que llevaba a Susa.

Hizo una mueca de dolor al sentir otra patada, más fuerte que la anterior, que dio lugar a un bulto en la prieta piel. Cuando el bebé se calmó, Roxana le hizo un gesto a la joven para que se aproximara a donde pudiera verla. Sin apartar la mirada del suelo, la esclava se arrodilló ante ella. Roxana la observó un instante. *Supongo que podría decirse que es bella; podría excitar a un hombre.* Volvió a mirarse la tripa hinchada, el ombligo que sobresalía de forma grotesca. Sintió asco. *¿Quién va a desearme tal y como estoy ahora? ¿Volverá a desearme alguien? En cambio, esta afortunada zorra recibirá las atenciones que quiera.* El bofetón en el rostro de la joven fue tan sonoro como repentino, y cayó de lado al suelo. Roxana sonrió con satisfacción cuando la muchacha empezó a sollozar y se llevó la mano a la mejilla. La esclava se arrodilló de nuevo con esfuerzo.

¿Por qué he hecho eso?, pensó Roxana, intrigada. *Bueno, ¿acaso necesita razones una reina?* Volvió a golpear a la joven, y esta comenzó a llorar.

—¡Silencio!

La chiquilla se irguió con terror en los ojos y tragó saliva mientras intentaba hacerse con el control de sus emociones. El miedo que desprendía complació a Roxana casi tanto como la hinchazón que empezaba a materializarse en su párpado. *Esta noche no serás tan guapa, pequeña zorra.* Se sintió mejor al instante y le dio un trago al sorbete, helado y cremoso, en un cáliz de cristal con grabados. Disfrutó de la cosquilleante sensación que le produjo el brebaje en la lengua. Frunció el ceño, y recordó por qué había llamado a la esclava.

—Llama al mayordomo de este sitio.

Después de inclinar la cabeza, la muchacha caminó de espaldas y se alejó del diván. Roxana siguió mirando por la ventana hacia el Camino Real, vacío. *¿Dónde estáis? Deberíais haber llegado hace días. Hace más de mes y medio que Pérdicas os convocó.*

El retraso de las viudas persas de Alejandro se había convertido en toda una preocupación para Roxana. Llevaba media luna alojada en los reales albergues de caza, a dos días de Babilonia. Los reales albergues de caza siempre se había usado como lugar de reposo en el camino hacia o desde Susa. Si salía de cuentas antes de que Estatira y Parisátide llegaran, Roxana sabía que no podría llevar a cabo lo que había planeado, y eso sería un desastre, ya que, si las viudas alcanzaban Babilonia, entonces Pérdicas se vería obligado a protegerlas sin importar lo mucho que pudiera amenazarle Roxana. Una vez más se llevó las manos al vientre cuando una serie de patadas la obligó a respirar profundamente. *Tranquilo, hijo mío. Cálmate y espera tu oportunidad. Debo matarlas para que estés a salvo antes de venir a la vida.*

Una tos queda proveniente de la puerta, tras ella, la informó de que el mayordomo de los albergues de caza había llegado. No se giró, y no le invitó a pasar.

—¿Y bien?

El mayordomo no respondió al instante.

El muy idiota debe de saber de lo que hablo.

—Ruego disculpas a su majestad —dijo el mayordomo con su voz suave de eunuco debilitada por el miedo.

—No, mayordomo, no te disculpo. Te he hecho una pregunta. Responde.

El eunuco tragó saliva.

—Si me preguntas acerca del progreso de la caravana real, majestad, me complace anunciar que las reinas llegarán aquí antes del anochecer. Un mensajero ha traído un mensaje hace una hora para ordenar que dispusiéramos

las dependencias reales.

—En las dependencias reales estoy yo.

—Con todo el respeto, majestad, estás en una de las dependencias reales. Hay cuatro más además de la estancia personal del Gran Rey.

—Inspeccionaré esas otras habitaciones, y te arrepentirás si percibo que me has alojado en una estancia menor.

—Que Ahura Mazda me confunda si he hecho algo parecido, majestad. Aquí solo lo mejor es suficiente para la madre de la descendencia de Alejandro, majestad.

—¡Del hijo! —puntualizó Roxana.

—Por supuesto, majestad, del hijo de Alejandro.

Detesto su actitud servil. Pero podría serme de utilidad, así que no le castigaré… por ahora.

—Muy bien. Infórmame cuando lleguen mis regias hermanas. Mientras tanto, que todos los esclavos sin castrar sean excusados, y prohíbe la entrada a la guardia de mis hermanas. Disfrutaremos más de nuestra estancia si no tenemos que llevar velo. Envía un mensaje informándolas de estos preparativos. Estoy convencida de que se mostrarán de acuerdo. Me daré cita con ellas personalmente cuando lleguen. —Con un perezoso movimiento de la mano, le indicó al mayordomo que podía comenzar con los preparativos.

—Cómo nos alegra que nos hayas hecho el honor de salir de Babilonia para recibirnos, hermana —dijo Estatira.

Tenía el rostro pálido, nariz fina y puntiaguda, ojos grandes y negros y labios carnosos. Su gesto era inocente y su voz sincera. Tenía largas piernas bajo la seda ceñida. Bajó del carruaje de viaje, diseñado más con vistas a la comodidad que a la funcionalidad, en el patio central del complejo. Un grupo de esclavos eunucos revolotearon a su alrededor con parasoles de vivos colores que la protegieran del sol, aún intenso a pesar de que ya empezaba a descender hacia Occidente. Más allá de la Puerta Este, la guardia de la reina, compuesta por nobles persas, levantaba un campamento.

—Más aún en tan avanzado estado de gestación —añadió Parisátide, que también parecía tan encantada de ver a Roxana como su prima, a quien se parecía bastante tanto en porte como en facciones.

Bellas, altas, delgadas y de piel pálida, ambas muy al gusto persa. Pero no son más que

consentidas flores de corte.

Roxana esbozó una amplia y dulce sonrisa. No se levantó de la silla de mimbre, dispuesta bajo un toldo junto al pozo del centro del patio.

—Queridas, era lo menos que podía hacer para compartir con vosotras la tristeza de la viudedad. Quería que nos conociéramos antes de llorar juntas a Alejandro, tal y como deberíamos hacer. Los lamentos por un hombre tan grande como él no deberían morir nunca. A nosotras nos toca encabezar ese dolor. Ahora que estamos juntas, podremos hacerle justicia a esta pena.

Con la negativa de Roxana de ponerse en pie para recibir a sus invitadas, se establecieron la líneas de batalla.

Un cierto rastro de frialdad brilló en los ojos de Estatira. No se acercó a Roxana.

—Estaré encantada de que llores a mi lado, hermana. Cuando Pérdicas nos escribió para invitarnos a Babilonia, sentimos gratitud al comprender que nuestra posición es reconocida.

Así que no se va a inclinar para besarme y desea que yo esté a su lado y ella al mío. Es lo que me temía: se cree superior a mí. ¡Qué razón tuve al planear todo esto…!

Roxana señaló al mayordomo, que sudaba con profusión por estar sometido al brillo del sol de la tarde.

—Queridas, ese hombre ha dispuesto vuestras habitaciones, y le he ordenado que os prepare un baño para que os desprendáis del polvo del camino. Confío en que no os incomode la ausencia de vuestra guardia en el complejo: he pensado que estaríamos más relajadas sin necesidad de llevar velo. Todos los esclavos masculinos que quedan están castrados, y yo solo he viajado en compañía de una guardia de eunucos y médicos, así como con mis esclavas y algunas matronas.

—Qué bien pensado, hermana. —La sonrisa de Estatira ahora era perenne —. Eres muy amable al pensar tanto en nuestro bienestar. Nos vendrá bien un baño después de los rigores del camino.

—Por favor, queridas, tomaos vuestro tiempo. He pedido que nos sirvan la cena con la puesta del sol, aunque siempre podemos retrasarla si así lo deseáis.

—Qué considerado, hermana. Hoy hemos comido poco durante el trayecto, ya que el estómago se nos vuelve delicado cuando viajamos.

Pobres flores palaciegas. No tenéis ni idea de lo que es tener el estómago delicado. Pero pronto lo sabréis.

—Estoy deseando que comamos juntas.

—Y este era el plato favorito de nuestra abuela —afirmó Estatira mientras el mayordomo supervisaba el trabajo de dos de las esclavas de Roxana, cargadas con una gran bandeja de plata repleta de codornices asadas y maceradas con una especia roja.

Las esclavas dejaron la bandeja en la mesa baja y las tres mujeres compartieron el manjar.

—El zumaque potencia la sutileza de la carne, siempre y cuando no se haya pasado la cocción o se haya abusado de la especia.

Por eso os lo he servido esta noche.

—Lamenté mucho la muerte de Sisigambis —mintió Roxana mientras se servía una codorniz asada que colocó en el plato antes de hundir sus dedos grasientos en un cuenco con agua para limpiárselos. Con un gesto de las manos les indicó al mayordomo y a las dos esclavas que podían retirarse—. Todo el Imperio llora por ella.

Estatira inclinó la cabeza ligeramente.

—Eres muy amable, hermana. Fue una tragedia, pero fue elección de nuestra regia abuela. La noticia de la muerte de Alejandro fue demasiado para ella. —Cogió una codorniz de la bandeja y le arrancó un muslo. La carne, perfectamente cocinada, se desprendió sin esfuerzo—. Después de la muerte de mi padre, Darío, Sisigambis consideraba a Alejandro un hijo adoptivo. Pudo soportar la muerte de un hijo, pero perder a dos resultó ser demasiado para ella. —Negó con la cabeza, apesadumbrada, y mordisqueó la carne del hueso, masticando de forma tan refinada que su mandíbula apenas se movía.

—Se encerró en sus dependencias —dijo Parisátide retomando la historia mientras también cogía una codorniz—, y se negó a comer y a beber. Murió a los cuatro días: tal era su deseo de dejar este mundo y de renacer en la luz del otro.

—Admiro su fuerza de voluntad —dijo Roxana para después arrancar un ala, quitarle la piel y la carne y dejar tanto la una como la otra a un lado del plato.

—Fue una mujer extraordinaria —confirmó Parisátide antes de morder una suculenta pechuga con la que se llenó la boca.

Dejad de hablar tanto y comed. Roxana hizo lo posible por no parecer impaciente mientras, una vez más, se lavaba y secaba los dedos.

—Alejandro siempre me habló de ella con respeto, y la llamaba «madre». Creo que Olimpia, su verdadera madre, llegó a saberlo. Dudo que llegue alguna condolencia a Susa desde Épiro.

Parisátide tragó lo que tenía en la boca.

—Hemos oído cosas sobre los celos de Olimpia. ¿Cómo lidiarás con ella?

Roxana observó cómo las dos reinas se servían más comida, y fingió valorar su respuesta. Despellejó una segunda ala y, una vez más, se tomó su tiempo quitándole la piel y apartando la carne a un lado del plato.

—Olimpia necesita a mi hijo más de lo que él la necesita a ella. Confío en que acabe siendo ella la que venga a mí suplicando. —Una vez más se lavó los dedos.

—Eres muy afortunada de estar embarazada, hermana —dijo Estatira mientras se lamía restos de zumaque del dedo corazón antes de desgajar otra pechuga bien especiada del ave—. Habríamos deseado que nuestro señor hubiera bendecido nuestra cama en más ocasiones que en nuestra noche de bodas, pero tenía preocupaciones más perentorias.

Se metió la carne en la boca y masticó.

Siendo una de ellas chuparle la polla a Hefestión. Lo sé porque le sorprendí haciéndolo, y no mostró vergüenza alguna.

—Fue igual de tacaño con sus favores en mi lecho, queridas. En alguna ocasión pasé hasta seis meses sin verle.

Estatira volvió a tragar e inclinó la cabeza para mostrarse agradecida por el hecho de que Roxana compartiera tan íntima información.

—Todas… —Se detuvo sin concluir la frase y miró al plato aún lleno de Roxana—. ¿No comes, hermana? —Alarmada, se volvió a su prima—. ¡Escúpelo!

Parisátide miró a Estatira sin comprender, con la boca llena de codorniz a medio masticar.

—¡Escúpelo, está envenenada! La zorra bactriana ha cogido la primera para que nos confiemos y luego no ha hecho más que jugar con la carne.

Parisátide escupió lo que tenía en la boca sobre una servilleta.

Podéis escupir hasta hartaros, dulces reinas. Ya es demasiado tarde.

—Os recomiendo que os tumbéis y os relajéis —dijo Roxana con fingida preocupación—. No me gustaría que os pusierais nerviosas, porque eso solo empeorará las cosas. El veneno que he utilizado tan solo os atontará. No sentiréis dolor alguno de camino al otro lado, y, una vez que haga efecto, será muy rápido.

Estatira se metió un dedo hasta la garganta y dio una arcada. Nada. Lo hizo de nuevo, esta vez introduciéndose la mano todo lo posible. A dos arcadas más

le siguió una explosión de vómito que inundó la mesa. Parisátide gritó y le lanzó su codorniz a Roxana.

—Nada podrá salvaros, queridas. El veneno está mezclado con el zumaque para que no podáis notarlo, y habéis ingerido mucho. Ni los vómitos ni la histeria van a servir de nada.

Las dos a una, Estatira y Parisátide, saltaron sobre la mesa y se abalanzaron sobre Roxana derribando la comida y resbalando sobre el vómito, con las uñas listas y enseñando los dientes mientras aullaban de rabia y pena, dispuestas a acabar con su embarazo. Roxana dio un salto atrás y evitó el ataque conjunto en el momento en que el mayordomo y las dos esclavas que atendían la cena entraron a la carrera en la estancia. Sin embargo, las dos reinas envenenadas no lograron ir más allá del diván desierto de Roxana antes de empezar a trastabillar y a sentir que los miembros y las extremidades no les respondían.

—Os dije que mantuvierais la calma —les recordó Roxana—. Podría haber elegido un veneno más doloroso, pero he decidido mostrar clemencia.

—¿Clemencia? —preguntó Estatira con la voz convertida en un balbuceo a medida que sus labios perdían fuerza—. ¿Asesinarnos es una muestra de clemencia?

Roxana sonrió. Era su mejor sonrisa, la que guardaba para raras ocasiones como aquella.

—Mis antepasados os habrían empalado, del mismo modo que habrían hecho los vuestros conmigo. Entenderéis que no puedo permitir que sigáis con vida. Quienquiera que se casara con vosotras podría reclamar el trono, con lo que se convertiría en una amenaza directa para mi hijo. —Al mencionar a su nonato se tensó. Un dolor punzante le recorrió el abdomen.

Se inclinó y chilló, y sus dos esclavas se apresuraron a atenderla mientras el mayordomo miraba a su alrededor, conmocionado al ver a las dos reinas gimiendo, moribundas, entre los restos de la cena.

El dolor aumentó y su cuerpo se contrajo con violencia. Roxana tomó varias bocanadas profundas de aire y se quitó de encima las manos de las esclavas que pretendían asistirla.

—Dejadme, estoy bien. —Señaló a Estatira y Parisátide; las dos habían empezado a expulsar espuma por la boca—. Mayordomo, no tardarán en morir. Echa sus cuerpos al pozo: no quiero que nadie más sepa de este asunto, así que hazlo personalmente.

El mayordomo realizó un veloz cálculo mental y, al percatarse de que no

sobreviviría si se convertía en cómplice de la trama de Roxana, huyó de la estancia. *No creas que por correr vas a salvarte, mentecato. Hacerlo solo te garantiza una muerte más dolorosa.* Se volvió hacia las esclavas.

—Tendréis que hacerlo vosotras. Id a buscar a las demás.

Mientras Roxana observaba cómo sus esclavas tiraban de los cuerpos de Estatira y Parisátide hacia el pozo sobre las baldosas del patio, iluminado por una media luna en ascenso, se llevó las manos al vientre de nuevo. Se apoyó en la pared y siguió respirando profundamente. Aún no había salido de cuentas, pero la tensión y el esfuerzo habían agravado su estado. *Debo mantenerme fuerte y llegar hasta el final para darle a mi hijo la mayor de las oportunidades.* Se irguió al oír el chapoteo del segundo cuerpo al caer al agua. El sonido le levantó el ánimo, y sintió que su cuerpo se relajaba. Estaría bien. Aún tenía tiempo, el tiempo suficiente como para llegar a su carruaje y llamar a las matronas y a los médicos eunucos que la habían acompañado. Partiría por la Puerta Oeste y volvería a Babilonia para dar a luz. *Pronto, hijo mío. Tu hora llegará pronto. No tardará en amanecer la era del nuevo Alejandro. Pero ¿y si estoy equivocada*?

Fue entonces cuando un movimiento entre las sombras llamó su atención.



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

—¿Crees que lo habrás acabado para finales del año que viene? —preguntó Pérdicas mientras Seleuco y él admiraban la estructura del gran catafalco que habría de llevar los restos momificados de Alejandro a su lugar último de descanso en las tumbas reales de Macedonia.

Medía cuatro pasos de ancho por seis de largo. La estructura estaba montada, mediante un sistema de suspensión, sobre dos ejes, ambos dotados de ruedas, con reborde de hierro y radios recubiertos de oro, y tenía la altura de un hombre. Cada una de las ruedas estaba decorada en su eje con la cabeza de un león que llevaba una lanza entre los dientes.

—Con suficientes artesanos trabajando en las cuatro estatuas de Niké que serán dispuestas en cada una de las esquinas, los orfebres dando forma a la corona de olivo en oro que coronará la cúpula y los artesanos que trabajan en las columnas de oro que sostienen el techo… ¿Debo seguir?

—Sí, Arrideo, continúa. Necesito saberlo.

Pérdicas volvió a mirar el diseño, dibujado con meticulosa precisión y visto desde varios ángulos, que Seleuco estaba examinando.

Arrideo, tocayo del rey idiota antes de que este adoptase el nombre de Filipo, se encogió de hombros y siguió listando sus necesidades con los dedos.

—Me hacen falta escultores para los frisos de la pared y luego más para los dos leones de oro que harán guardia en la entrada. Los pintores para dibujar las gestas de Alejandro están aún por decidir. Necesito que los herreros fundan las cuatro grandes campanas que colgarán de cada esquina. Más orfebres para los centenares de placas de oro que cubrirán el techo y las mallas de oro para

los huecos entre las columnas. Necesitaré también hombres que entrenen a las sesenta y cuatro mulas que tendrán que tirar de todo el entramado. Cada una de ellas llevará una corona de oro con las campanas de oro que colgarán de ellas, así como arreos de oro con piedras preciosas. De estas necesitaremos el doble, dado que habrá un grupo de tiro de reserva. Si tengo todo eso, entonces sí, Pérdicas. Y siempre y cuando pueda disponer de todo el oro y las piedras preciosas que hacen falta, acabaré el año que viene…, más o menos. —Arrideo sonrió al comprobar que se le habían acabado los dedos con que contar—. ¡Ah! Y tenemos que hablar sobre dónde asentar el sarcófago y la decoración interior del catafalco.

Pérdicas se secó el sudor de la frente, provocado tanto por el pegajoso final del verano babilonio como por el enorme gasto, que parecía descontrolarse más y más con cada visita a la sala del trono en la que estaban construyendo el catafalco, junto al cuerpo momificado de Alejandro.

—Ya te he dicho que puedes pedir todo lo que te haga falta.

—Está muy bien decir eso, Pérdicas, pero otra cosa es tenerlo. —Hizo un gesto que abarcaba la vasta sala con el trono en el extremo. Aquí y allá había hombres con la espalda encorvada sobre una mesa de trabajo—. ¿Qué ves? —Esperó unos instantes a que Pérdicas mirara alrededor. Este intentaba, aunque no lograba, entender lo que se suponía que tenía que ver—. Apenas nada. Si quieres que el cortejo fúnebre salga para Macedonia a finales del año que viene, entonces esta sala debería estar repleta de artesanos y de materiales con los que trabajar. Y todo eso debería estar aquí en los próximos días. Es más, aunque así fuera, te diría que lo más probable es que no se acabe hasta la primavera del año siguiente.

Pérdicas miró alrededor de la estancia y luego otra vez al diseño. *¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? ¿Cómo lograba Alejandro organizarlo todo?*

—Delega, Pérdicas —dijo Seleuco como si le estuviera leyendo la mente—. Nadie puede hacerlo todo, ni siquiera Alejandro. Delega. Arrideo necesita artesanos, y estos no van a aparecer por arte de magia. Envía a gente a buscarlos y que los traigan aquí, a la fuerza si es necesario. Y hazlo ahora, no esperes. Nunca esperes a no ser que haya una buena razón para ello.

—¿Y qué hay de los gastos? Desde que Hárpalo huyó a Atenas con ochocientos talentos en lugar de enfrentarse a la ira de Alejandro por su deshonestidad, estamos escasos de oro y plata.

Seleuco miró a su comandante con asombro. Sus intensos ojos negros le

perforaron desde ambos lados de una nariz fina pero prominente que dividía un rostro anguloso que bien podría haber sido el modelo para el busto de un héroe antiguo, del mismo modo que su cuerpo podía serlo para una estatua de Heracles.

—Este es el imperio más extenso que el mundo ha visto jamás ¿y te quejas de la escasez de oro y plata? Hárpalo se llevó una pequeña fracción de esa riqueza, así que no le uses como excusa. Solo tienes que decírmelo y saldré hoy mismo para traer el oro, la plata y las piedras preciosas suficientes como para hacer el trabajo dos veces.

Pérdicas, como siempre, quedó impresionado por la intensidad de aquel hombre: toda su energía y toda la fuerza de su imponente figura siempre estaban al servicio de todo lo que emprendía. Había sido aquella cualidad, que Alejandro había descubierto, lo que había llevado a convertirle en el comandante de la primera unidad de elefantes.

—¿De dónde lo sacarías?

—Pues de aquí, por supuesto. Hay infinidad de templos en la ciudad que albergan una riqueza acumulada durante siglos. Todo ello le pertenece a Alejandro, así que lo cogeré para su catafalco. —Señaló a la base del vehículo que, poco a poco, iba tomando forma—. Esto tiene que ser lo más magnífico que se haya construido nunca, Pérdicas. Es para Alejandro. Quienquiera que lo construya y que lleve a Alejandro a casa a ser enterrado será depositario de su legado. Los reyes de Macedonia siempre han obtenido su legitimidad enterrando a sus predecesores, aunque los asesinaran. Si eso es lo que quieres para Filipo y para el hijo de Roxana, si es que es niño, y pronto lo sabremos, entonces no lo vas a conseguir dando vueltas y pensando en cómo vas a hacerlo. Acción, Pérdicas, acción. Lo mismo ocurre en el campo de batalla, solo que aquí hay más tiempo para pensar las cosas. Entonces, ¿quieres que vaya o no?

—Claro que sí. Empieza.

—¿Y los artesanos? —preguntó Arrideo.

—Sí. Seleuco —dijo Pérdicas cuando este daba media vuelta—. Los artesanos. Tráelos mientras estás con el otro asunto.

Seleuco miró por encima de su hombro y negó con la cabeza.

—Delegar, Pérdicas, tiene que ver con elegir al hombre correcto para cada tarea. Yo no sé nada de artesanos.

A medida que el sonido de los pasos de Seleuco se desvanecía, Pérdicas

volvió a dirigirse a Arrideo.

—Tú sabes el tipo de hombres que necesitas, así que ve a buscarlos. Quiero esta sala llena de gente dentro de dos días.

—Esa es otra cosa de la que quería hablarte. No creo que debamos construirlo aquí. Para empezar…

—No quiero oír más, Arrideo —espetó Pérdicas para cortarle—. Lo lógico es que el catafalco sea construido aquí, en presencia de Alejandro. Y ahora, ponte a ello y hazlo.

Sintiéndose más satisfecho consigo mismo que en cualquier momento desde que acabara con Meleagro, Pérdicas salió de la sala tras Seleuco, complacido después de haber logrado hacer valer su autoridad de un modo que encajaba a la perfección con ser el heredero de Alejandro. Desde que sus antiguos compañeros partieran hacia sus satrapías, Pérdicas había sentido cierta pérdida de autoridad. No era tanto cuestión de que se estuvieran ignorando sus órdenes: el problema radicaba en que había poca gente de importancia a la que dar esas órdenes. Sí, le había escrito a Antígono para ordenarle que ayudara a Eumenes con el sometimiento de Capadocia y le había escrito a Ptolomeo prohibiéndole que extendiera su satrapía hacia el oeste, hacia la Cirenaica. Además de eso le había escrito a Crátero ordenándole que enviara a Tiro la flota que había reunido para que él, Pérdicas, pudiera tenerla bajo su control. Hasta ahora no había recibido respuesta a ninguna de sus misivas. Se miró el anillo que llevaba en el dedo corazón mientras caminaba por el pasillo. *No toleraré que me ignoren. Puede que ahora sean sátrapas por derecho propio, pero eso no era más que una necesidad para mantener la paz. Soy yo quien ostenta el mando supremo.*

Con este último pensamiento rebotando en su cabeza, salió al patio de palacio con decisión. Delegaría, tal y como había sugerido Seleuco. Sería un buen gobernante en esos tiempos de paz, de modo que, pronto, todos acabarían viéndole como el verdadero heredero de Alejandro. *Y entonces me desharé del rey idiota y tendré tiempo suficiente para pensar en cómo despacho al cachorro oriental, si es que es niño. Debe de estar a punto de nacer. Quieran los dioses que sea niña para poder ahogar a esa zorra sin que a nadie le importe demasiado.*

Con tan placenteros pensamientos pasó ante los hipaspistas, ahora bajo el mando de Casandro, que entrenaban con sus armas. Practicaban tajos y paradas, movimientos de escudo y pasos que le devolvieron a su juventud como paje de Filipo en los días en que Macedonia era poco más que una potencia en Europa. Qué lejos habían llegado, tanto él como Macedonia.

Ahora Pérdicas era el gobernante *de facto* del mayor imperio que el mundo había visto. De hecho, podía decirse que él era el hombre más poderoso del mundo.

Con esa sensación de importancia abrió la puerta de su despacho, en sus dependencias privadas. Encontró a su secretario esperándole, de pie, junto a la ventana que daba al patio interior, con un rollo de papiro en las manos.

—Es de Antígono —dijo el hombre antes de entregárselo.

—Gracias, Foco.

Me escribe pidiendo consejo, pensó Pérdicas cuando se sentó a la mesa y rompió el sello. Su sensación de bienestar no dejaba de aumentar. *Seguramente quiera mi opinión con respecto al mejor modo de someter Capadocia con Eumenes.*

Desenrolló el documento. En un instante su sonrisa se desdibujó, y contempló con asombro las únicas tres palabras que había escritas en él. Cerró los ojos y miró de nuevo para ver si se había equivocado al leer. No había duda: ante sus ojos estaba la respuesta a su orden de ayudar a Eumenes a someter Capadocia. Solo tres palabras: «Por los cojones».

—¡Por los cojones! ¿Por los… cojones?

—¿Perdón, señor? —dijo Foco, visiblemente confundido.

Pérdicas arrugó el papiro en el puño y lo agitó ante la cara del secretario.

—¿Dónde está el mensajero que ha traído esto?

—Eh… Esto… No lo sé, señor. Se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que se ha marchado, señor. Se ha ido. Esto… eh… entregó la carta y acto seguido se dirigió a los establos, cambió de caballo y se fue.

—¿No dijo que se quedaría para esperar la respuesta? Todos los mensajeros lo hacen. —Pérdicas miró al mensaje arrugado. Sus ojos se abrieron al máximo por la ira.

—Lo hacen, a no ser que el remitente le avise de que el contenido del mensaje puede ofender y que es mejor que se encuentre lejos cuando se lea.

Pérdicas dio un puñetazo en la mesa cuando la rabia inundó el espacio dejado por su orgullo perforado y por su sensación de poder y bienestar.

—¿Hace cuánto llegó esto?

—Hace una hora más o menos, señor.

—¡Ve a buscar a mi hermano! ¡Ahora!

Arrojó la carta tras el secretario en retirada y volvió a golpear la mesa rezumando rabia. Luego hundió la cabeza entre las manos. *¿«Por los cojones»?*

¿Antígono se atreve a contravenir mi orden directa de someter Capadocia, algo que Alejandro le ordenó hacer diez años atrás, algo que en lo que ha fracasado, con un «Por los cojones»? Se mesó los cabellos cuando se percató del verdadero significado de esas tres palabras. *Esto es la guerra. Y, si no, más me valdría suicidarme ahora mismo. Con solo tres palabras el viejo cabrón ha despedazado el Imperio de Alejandro y todo lo que he hecho por mantenerlo unido.* Podría haber gritado ante tanta estupidez, pero, en su lugar, acercó la silla a la mesa, se sirvió un cuenco de vino y se lo bebió de un trago. *Veré al viejo cabrón sentado en una bien merecida pica por esto, y entonces podrá decir eso de «Por los cojones».* Cuando otro cuenco de vino desaparecía gaznate abajo, la puerta de su estudio se abrió y entró Alcetas.

—No te sientes, hermano. Date la vuelta, organiza una unidad de caballería y da caza al mensajero de Antígono. Te saca una hora de ventaja. En los establos te darán una descripción de él.

—¿Quieres que te lo traiga?

—Entero no. Solo su cabeza.

—Muy bien, hermano. No preguntaré por qué.

Pérdicas le hizo un gesto con la mano sin responder y, una vez más, aferró el vino. Con el cuenco lleno una vez más, se aproximó a la ventana y respiró profundamente. Vio cómo los hipaspistas entrenaban mientras Alcetas recorría con encomiable urgencia las baldosas del patio en dirección a los establos. El ruido de sus pasos quedó ahogado por los gruñidos de esfuerzo de los soldados. Pérdicas sintió que los latidos de su corazón se aquietaban y que se calmaba. *No me fallará. De entre todos ellos Alcetas es el único en el que puedo confiar. A excepción, probablemente, de Aristonoo, que parece no querer nada de mí. En cuanto a Eumenes, Seleuco y Casandro…, su ambición está por delante del Imperio, y no debo olvidarme de ello en los meses y años próximos.*

El grito perforó el aire, recorrió el campo de entrenamiento de los hipaspistas y puso un fin repentino a los ejercicios. Una vez más volvió a oírse en el interior de los muros del palacio cuando todos los que habían oído el primero intentaban averiguar su origen. Pero para Pérdicas este era evidente. Tiró al suelo el cuenco de vino sin acabar, que se hizo añicos, y salió del despacho a grandes zancadas. Su corazón volvió a agitarse.

—¡Casandro! —gritó cuando salió al patio—. Escoge a una docena de hombres y ven conmigo. —Sin esperar respuesta, Pérdicas se encaminó hacia las dependencias de la mujer que podía facilitar o complicar aún más las cosas: Roxana.

—La reina está indispuesta —anunció con voz suave un eunuco en respuesta a los insistentes golpes de Pérdicas en la puerta.

Entonces Pérdicas le propinó una poderosa patada a la puerta al tiempo que Casandro llegaba con doce hipaspistas completamente armados y sudorosos de los entrenamientos.

—¡Ya sé que está indispuesta, medio hombre! Está dando a luz. Si te vuelves a referir a ella como «la reina», te cortaré el resto de extremidades que te queden. Y ahora abre la puerta, o haré que la echen abajo y ordenaré la ejecución de todos vosotros antes de que esa zorra haya dado a luz.

—Sí, yo también me he dado cuenta de que la educación es una absoluta pérdida de tiempo —observó Casandro mientras la puerta se abría con evidente reticencia, y siguió a Pérdicas al interior.

Pérdicas derribó al orondo eunuco de una patada cuando este intentó cerrarle el paso hacia las dependencias principales. Los gritos seguían oyéndose a intervalos regulares desde una estancia a la izquierda. Las esclavas y los eunucos se retiraron a las esquinas al ver hombres armados entrando en sus dominios.

—¿Es ahí donde está, medio hombre? —exigió saber Pérdicas mientras señalaba a una puerta doble.

El eunuco, con los ojos abiertos al máximo de miedo y con el sudor rezumando por la calva, asintió, descompuesto.

Después de propinarle otra patada al medio hombre postrado, Pérdicas se dirigió hacia el origen de los gritos y abrió las puertas.

Había un torbellino de matronas que se unieron a los gritos de parto de Roxana ante la irrupción de hombres en un asunto tan femenino. Más aún, hombres armados.

Roxana giró la cabeza hacia los intrusos, con el cabello lacio pegado a la frente mientras jadeaba por el esfuerzo.

—¿Qué estáis haciendo?

—¿Dónde está? —Pérdicas no esperó respuesta y empezó con el registro inmediato de las habitaciones mientras Roxana volvía a sucumbir a la agonía de las contracciones—. Que tus hombres busquen por todo el palacio, Casandro.

—¿El qué?

Pero a Pérdicas no le hizo falta especificar lo que buscaba cuando apartó una cortina y quedó al descubierto una mujer amantando a un niño.

—Esto. —Cogió al bebé y se volvió a Roxana—. Maldita zorra traicionera.

Roxana volvió a gritar, esta vez al ver que Pérdicas le mostraba un niño recién nacido y desnudo.

—¿Tu seguro contra un resultado indeseado? —preguntó Pérdicas sacudiendo al niño, que ahora berreaba, ante la cara de Roxana—. ¿Acaso harías cualquier cosa para mantener el poder? ¿Incluso sentar en el trono a un bastardo de baja cuna?

Roxana volvió a gritar, y esta vez fue una mezcla de dolor intenso y de rabia incontrolable. Intentó arañarle los ojos a Pérdicas, pero su cuerpo se estremecía con las contracciones, y solo consiguió abrir un surco en la piel del recién nacido. Pérdicas apartó al bebé del alcance de Roxana mientras esta apretaba los dientes y sacudía la cabeza de dolor y frustración. Las matronas seguían yendo y viniendo por la habitación.

Pérdicas miró a la vida que se retorcía en sus manos y se dirigió a la ventana que estaba abierta.

—¡No! —gritó una mujer en medio del caos.

Pérdicas miró a las baldosas del patio, dos pisos más abajo, y se volvió hacia el grito. Al otro lado de la cama en la que Roxana se revolvía, estaba la madre del niño, de pie, con las manos extendidas y los ojos suplicantes. Pérdicas se volvió a Casandro, y este se encogió de hombros. Luego volvió a mirar por la ventana abierta. *¿Cómo habría castigado Alejandro tal engaño?* Volvió a mirar a la vida inocente y su ira empezó a decaer. *Ha sido Roxana la que ha obligado a la madre a entregarle a su hijo, no la mujer. Así es como hubiera razonado Alejandro. Roxana los habría matado a ambos si el niño al final no le era necesario.* Seguro de esto último, Pérdicas hizo un gesto para que la mujer se acercara al tiempo que un nuevo y aún más intenso chillido emergió del lecho. La mujer recorrió la habitación a toda prisa y cogió al niño. Lo acunó con sus brazos como si se estuviera jurando no volver a hacer nada parecido en su vida.

—Que uno de tus hombres la saque de aquí —le ordenó Pérdicas a Casandro—, y que la lleven a mis habitaciones. Ya decidiré luego qué hacer con ella. Pero mantenedla a salvo de esta gata salvaje. —Pérdicas miró a Roxana, que ahora respiraba profunda y acompasadamente entre contracciones. Los ojos de la mujer brillaban con un odio indisimulado. Pérdicas se dirigió a los pies de la cama, donde tendría una buena perspectiva de sus piernas abiertas—. Yo me quedo aquí, Roxana, y más te vale, por tu propio bien y por el de tu criatura, que no tengas necesidad de trucos, porque

no verás la luz de otro día si es una perra. —Se volvió hacia una de las matronas—. Tráeme una silla.

Pérdicas se sentó y contempló el proceso de dilatación. *Dioses, espero que sea niña para poder deshacerme de esta asesina de Oriente. Le entregué a Estatira y a Parisátide y así es como me lo paga.*

—¿Qué hay de mis hombres? —preguntó Casandro a su espalda.

—¿Mmm?

Pérdicas sacudió la cabeza, tanto para deshacerse de sus pensamientos vengativos como para disipar las imágenes del nacimiento que estaba teniendo lugar a menos de cuatro pasos de donde se encontraba.

—Diles que se vayan. Pero tú espera aquí conmigo en calidad de segundo testigo, uno en el que confiará tu padre.

Con un leve asentimiento, Casandro obedeció antes de volver a su lugar junto a Pérdicas y a tiempo para ver la coronilla de una cabeza emerger de entre las piernas sangrientas.

Acompañado de un gruñido de proporciones animales, el cuerpo de Roxana se estremeció y retorció mientras las mujeres que la rodeaban la animaban e iban alrededor de ella con toallas mojadas y templadas. Pérdicas observó la creciente protuberancia que iba tomando la forma de la cabeza de un bebé e hizo un gesto de asco. *Pero voy a ser fiel a mi deber para con Alejandro, por asqueroso que sea.*

Miró a Casandro; su rostro, siempre pálido, ahora parecía un sudario funerario. Hubo otra oleada de gruñidos de esfuerzo acompañados de un grito de ánimo que concluyó con un aullido tan fuerte e intenso que más pareció una llamada a los dioses. Con un esfuerzo ciclópeo de músculos que Pérdicas no sabía que existieran, el cuerpo de Roxana expulsó los hombros de la criatura de su interior y luego, con un temblor, el resto del amasijo viscoso y resbaladizo.

Pérdicas se puso en pie de un salto y apartó a las matronas, que se arremolinaban en torno al sangriento espectáculo. Una de ellas se apresuró a encargarse del cordón umbilical.

—Enséñame el sexo —exigió Pérdicas.

Cortaron el cordón y el bebé fue alzado boca abajo de los tobillos. Un par de fuertes palmadas en el culo hicieron que Alejandro, el cuarto de su nombre, resollara para coger aire y, acto seguido, iniciara el llanto estridente del recién nacido.

—¡Un niño! —chillaron las mujeres—. ¡Un niño!

Y, con el corazón hecho añicos, Pérdicas pudo comprobar que así era. Miró a Roxana, que sonreía, triunfal.

—Eres una zorra con suerte.

Y, dicho esto, salió de la habitación con Casandro a la zaga.

—Esto acaba de complicarnos la vida —dijo Pérdicas mientras Casandro y él abandonaban las dependencias.

El eunuco de la puerta se aseguró de mantenerse alejado de los pies de Pérdicas.

—Ahora sí que tenemos dos reyes que no son más que elementos decorativos. Dos reyes y dos regentes. Me temo que no es una buena receta para la estabilidad.

—Pues cásate con una de mis medio hermanas —sugirió Casandro, sorprendiendo a Pérdicas.

—¿Qué?

—Escríbele a mi padre y solicita la mano de una de mis hermanas. Eso te convertiría en su yerno y a mí, en tu cuñado. Los dos regentes estarían unidos por el vínculo del matrimonio y eso constituiría un paso hacia la estabilidad que necesitas. Que necesitamos.

Pérdicas miró al hombre desgarbado que caminaba junto a él. Le valoró de nuevo.

—Sí, Casandro, tienes razón. Esa sería una maniobra política beneficiosa para todo el Imperio. —*Además de aislar a Antígono: conmigo al sur y Antípatro al norte, podríamos aplastarle entre los dos.*

Frunció el ceño mientras consideraba el plan. *Siempre y cuando Ptolomeo, al sur, no constituya una amenaza para mí.*

—Ven; escribiremos juntos la misiva y haremos hincapié en los beneficios mutuos que supondría el enlace.

No dejó de darle vueltas al asunto hasta que llegaron a sus habitaciones y se encontraron con la mujer y el bebé esperándole en custodia del hipaspista y el mayordomo de sus aposentos.

—¿De dónde eres? —preguntó Pérdicas.

La mujer negó con la cabeza para indicar que no hablaba griego. Pérdicas asintió y el mayordomo tradujo y esperó la respuesta.

—Es una esclava de los reales albergues de caza, en el camino a Susa —informó el mayordomo—. Roxana la obligó a venir a Babilonia cuando estuvo

allí.

—Pregúntale si sabe lo que pasó en los albergues.

El mayordomo obedeció. La mujer miró a Pérdicas asustada, luego otra vez al mayordomo y negó con la cabeza.

—Hazle saber que sé que me está mintiendo y recuérdale que siempre puedo revertir mi decisión de salvar a su hijo.

Las palabras produjeron el efecto deseado: un torrente de balbuceos, a oídos de Pérdicas, acompañado del furioso aleteo del brazo que tenía libre.

—Roxana envenenó a las dos reinas y ordenó tirar los cuerpos a un pozo —explicó el mayordomo—. Luego hizo que empalaran al mayordomo de los albergues cuando se fue. Las esclavas que se deshicieron de los cuerpos también fueron ejecutadas en cuanto volvió a Babilonia para que no hubiera testigos.

Pérdicas fingió sorpresa al oír relatar los asesinatos de las reinas; había supuesto que ese habría sido el desenlace cuando Roxana dejó Babilonia todo un mes y Estatira y Parisátide no llegaron de Susa. *Así que ese es el modo en que lo hizo.*

—Pregúntale cómo lo sabe si se supone que no debían quedar testigos.

—Porque lo vio todo, pero entonces Roxana la obligó a ver cómo degollaban a las esclavas —dijo el mayordomo con las lágrimas de la mujer de fondo—. Luego Roxana le dijo que ella y su criatura, que aún no había nacido, compartirían el mismo destino si se negaba a hacer lo que se le pedía.

Así que la habría matado ocurriese lo que ocurriese, aunque se hubiese quedado con el niño, para silenciar a la última testigo. Esta mujer me podría ser de gran utilidad.

—¿Cómo es que presenció el crimen?

El mayordomo escuchó la respuesta.

—Trabajaba en las cocinas y había salido al pozo a por agua. Cuando salieron con los cuerpos, se intentó ocultar entre las sombras, pero fue sorprendida. Roxana estaba a punto de ordenar que también ella fuera lanzada al pozo hasta que se dio cuenta de que estaba embarazada. Fue entonces cuando parece que se le ocurrió la idea que le hizo cambiar de opinión.

Pérdicas comprendió su proceso mental.

—Se dio cuenta de que podría dar a luz en cualquier momento y de que, si era niño, podría serle útil, pero si era niña les rebanaría el cuello. Hay que admirar lo despiadada que es esa gata oriental. —Pérdicas se dirigió a Casandro—. Lo has oído todo, así que puedes ser testigo del asesinato de las

dos mujeres persas de Alejandro, que, además, estaban embarazadas.

Casandro asintió.

—¿Estaban embarazadas?

—Eso no importa siempre y cuando nosotros sostengamos que sí.

Casandro sonrió.

—No es mala arma para amenazar el cuello de la gata oriental.

Pérdicas habló entonces con el mayordomo:

—Que alguien se encargue de cuidar de esta mujer y de su hijo aquí, en un lugar seguro. Y haz llamar a Foco, mi secretario: tengo que escribir una carta.

—Sí, señor. Mientras tanto, Aristonoo está esperando con alguien en tu despacho.

—Este es Isidoro, uno de los agentes de Cleómenes en Egipto —dijo Aristonoo sin preámbulos cuando Pérdicas entró en su despacho—. Ha venido desde Menfis en menos de una luna para hacerte llegar el informe de Cleómenes sobre lo que está haciendo Ptolomeo, y creí que debías escucharlo de inmediato.

Pérdicas miró al hombre, bajo y de piel morena. La piel de su cara angulosa era como el cuero, y saltaba a la vista que le habían rapado la cabeza antes de emprender el viaje.

—Adelante, habla.

—Si tal es tu deseo, señor… —dijo el agente al tiempo que hacía una reverencia de lo más servil y vergonzante.

—Lo es. Habla. Hoy no he tenido un buen día.

—Mi señor Cleómenes me envió en cuanto comprobó la verdad por sí mismo, hace un mes. Ptolomeo ha reunido una flota y un ejército en la recién fundada ciudad de Alejandría y, cuando me fui, estaba a punto de hacerse a la mar, hacia Occidente, para anexionarse Cirenaica, que ha sido ocupada por un mercenario espartano llamado Tribrón.

Pérdicas se quedó pasmado mirando a Isidoro. Por segunda vez en el día, la conmoción de saber que sus órdenes no eran obedecidas le golpeó como un proyectil de honda.

—Pero le dije que no lo hiciera —balbució, y lamentó al instante haber perdido la dignidad en presencia de alguien de tan baja condición—. ¿Quién es ese Tribrón?

¿Merecería la pena que le enviara apoyo?

—Solía estar a sueldo de Hárpalo cuando huyó con el dinero que le robó a Alejandro, señor. La mitad de las riquezas se quedaron en Atenas, y Hárpalo se llevó el resto con él cuando huyó a Creta. Tribrón le asesinó allí y usó el dinero para reclutar un ejército de mercenarios con la idea de tomar Cirene y el resto de la Cirenaica. Fue traicionado por sus aliados cretenses y expulsado de la ciudad, pero al final derrotó a sus enemigos y rechazó a los cartagineses y a los libios que vinieron a socorrerles. Ahora domina toda la zona.

—¿Y el dinero robado de Hárpalo?

—Lo tiene Tribrón.

Así que por eso le ataca Ptolomeo. No contento con lo que había en el tesoro de Menfis, quiere más. Eso solo puede significar una cosa. Será mejor que actúe con rapidez.

—¿Qué más te ha pedido Cleómenes que me digas?

—Solo que espera ser capaz de enviar pronto el dinero que has solicitado. Ptolomeo le ha puesto al cargo del tesoro, y, dado que ha sido sátrapa, conoce muy bien las finanzas de Egipto.

Porque ideó todos los modos posibles de extorsionar a los lugareños cuando ostentaba el mando supremo en Egipto. Me pregunto qué habrá llevado a Ptolomeo a darle otra vez esa responsabilidad.

—Sí, seguro que sí. Descansa aquí un par de días, y te enviaré de vuelta con una carta para él. Y ahora vete.

Con un gesto de la mano, Pérdicas despachó al agente, se dejó caer en su silla y miró, con ojos cansados, a Aristonoo y a Casandro.

—¿Por qué se ignoran todas mis órdenes? —Alzó una mano, con la palma extendida, para que no respondieran a lo que era una pregunta retórica. Conocía perfectamente la respuesta—. Es porque no me temen y porque no tengo aliados cercanos. Por lo tanto, caballeros, es hora de abordar esa cuestión. —Una llamada a la puerta le interrumpió—. ¡Adelante!

Alcetas entró seguido de Foco. El secretario llevaba su caja de escritura.

—Todo hecho, hermano —dijo Alcetas al tiempo que levantaba un saco empapado que goteaba.

Pérdicas sonrió.

—Excelente. Gracias, Alcetas. Eso es precisamente lo que necesito para ganar un poco de respeto. Ven, Foco, siéntate a tu mesa; tenemos que escribirles a Antípatro, a Cleómenes y a Ptolomeo. Pero primero a Antígono una carta que acompañe el pequeño regalo de Alcetas. Solo dos palabras: «Tus

cojones».



PTOLOMEO, EL BASTARDO

No hay nada más gratificante que un enemigo moribundo, en particular cuando se trata de un enemigo extremadamente cruel que muere con gran agonía. Ptolomeo contempló con la satisfacción de un trabajo bien hecho el cuerpo retorcido de Tribrón colgado de una cruz en el ágora de Cirene, junto con los de aquellos ciudadanos que le habían apoyado. *Aunque supongo que el haber perdido las orejas y la nariz, que en las cuencas de sus ojos estén sus testículos y que en el lugar de su lengua tenga la polla hace que no le resulte tan penoso ir al encuentro del barquero. Supongo también que le habría gustado que la ruta hubiera sido algo más directa. Qué le vamos a hacer: no se puede tener todo.*

Asistido por su general Ofelas, Ptolomeo estaba sentado en un trono, bajo un toldo, al otro extremo del ágora, recibiendo a una delegación de habitantes de Cirene que se arrodillaban ante él.

Ptolomeo los escuchó con poco interés mientras le daban las gracias por haber intervenido y ratificaban su lealtad hacia él. Tal había sido el precio establecido antes de que enviara a su ejército, al mando de Ofelas, a liberar la ciudad de lo que no era más que una recua de mercenarios sin empleo en busca de botín fácil. Ahora el botín estaba en sus manos y la mayor parte de los mercenarios, a su servicio, salvo aquellos a los que se había visto obligado a clavar para animar al resto. Se había planteado la posibilidad de empalarlos, pero era un tanto aprensivo y le gustaba tenerse por un hombre compasivo y de gran corazón; por eso se había decantado por la crucifixión. Su mayor logro, sin embargo, había sido recuperar la mitad de la fortuna robada por Hárpalo, casi cuatrocientos talentos de oro y plata. Así que en cuanto

averiguase la ubicación del tesoro egipcio en los próximos días —Cleómenes parecía considerar que era de su propiedad—, tendría los medios para reclutar y mantener un ejército y una flota lo bastante grandes como para asegurarse de que le dejaban tranquilo en su sólida posición de Egipto. *En total, unos cuantos meses de trabajo duro.*

Los monótonos discursos concluyeron, y a Ptolomeo aún le llevó un rato darse cuenta de que le tocaba a él ser amable.

—Gracias por vuestras palabras de amor y lealtad —dijo dirigiéndose al cabecilla de la legación en su tono de voz más solemne, reservado ahora para tratar cuestiones como aquella—. Ahora que os habéis sometido a mi protección, recibiréis una guarnición que os defenderá de los libios y cartagineses del oeste, y, a cambio, pagaréis una décima parte de vuestro comercio de silfio, tanto de la planta en sí como de los animales que se alimentan con ella, tributo que será enviado a Menfis. —Ptolomeo levantó el tratado que había redactado durante el corto viaje de dos jornadas desde Alejandría para recibir la rendición formal de la ciudad—. Hay dos copias, una para vosotros y otra que me llevaré de vuelta a la nueva ciudad de Alejandría y que será depositada en el templo de Apis. Que reine la amistad para siempre entre nosotros.

Estas últimas palabras fueron recibidas con mucho entusiasmo por la legación y por los habitantes que allí se hallaban, aquellos que habían tenido la suerte de declararse en favor del bando ganador durante el reciente enfrentamiento. Ptolomeo observó a la legación mientras, por turnos, firmaban los documentos antes de añadir su firma y darle validez con su sello.

Y esta que se la meta Pérdicas por el culo. Imagino que el odioso soploncillo de Cleómenes, ese Isidoro, le estará llorando ahora mismo. Cómo me gustaría verle la cara al muy necio. Seguro que se ha sentado a escribir una carta muy seria. Tengo ganas de leerla.

—Dejaré aquí a Ofelas para que actúe en mi nombre. Escucharéis su voz como si fuera la mía. No obstante, sois libres de gestionar vuestra ciudad como deseéis. —Dejando tan obvia tautología sin explicar, Ptolomeo se puso en pie y adoptó una postura regia alargando una mano hacia ellos y llevándose la otra al pecho—. Y así me despido, ya que debo volver a Egipto: allí me aguardan asuntos perentorios.

Los «asuntos perentorios» no eran otros que su amante, Thais. Incluso después

de diez años juntos y de tres hijos, Ptolomeo seguía obsesionado con su belleza y su sentido del humor y, siempre que se bamboleaba sobre ella, al ritmo pausado en que ahora hacían el amor, le maravillaba el modo en que aún le hechizaba. Odiaba pasar demasiado tiempo lejos de ella. Thais solía gemir de placer a medida que su cadencia aumentaba. Su piel pálida ganaba color y su lengua, portadora de delicias, jugaba con el labio superior. Su cabello, entre rojo y dorado, describía un abanico sobre la almohada y le enmarcaba la cara haciendo suyos los rayos del sol de la tarde cuando este penetraba por las ventanas abiertas del Palacio Real, aún por acabar, que se alzaba en el extremo este del gran puerto de Alejandría.

Juntos cabalgaron hacia un tembloroso clímax de espaldas arqueadas y gestos contorsionados antes de caer el uno en brazos de la otra, jadeantes. Con la cabeza ladeada, Ptolomeo admiró el perfil de Thais, la forma delicada de sus labios, la leve curva de su nariz, todos los pequeños detalles que tan bien conocía. Le acarició la mejilla y se inclinó hacia ella para besarla.

—Voy a tener que buscar una esposa.

Thais no abrió los ojos.

—Lo sé. ¿Qué piensas hacer con la que tienes ahora?

—¿Artacama? Seguiré con ella, por supuesto. ¿Qué quieres decir con «lo sé»?

—Quiero decir que lo sé. Claro que vas a tener que buscar una esposa. Es lo lógico, ¿no?

—¿Lo es?

—Por supuesto que sí. —Thais se giró y se sostuvo la cabeza con la mano para mirarle desde arriba—. Has desobedecido la orden directa de Pérdicas de no intervenir en Cirenaica, y, mientras estabas fuera, Cleómenes cayó en la trampa que le habías preparado.

—¿También sabes eso?

—El muy idiota robó tal cantidad de dinero de la caravana que le dijiste que se dirigía a Babilonia con una cuarta parte de la riqueza de Egipto como oferta de paz a Pérdicas que le ha sido imposible no llamar la atención cuando lo llevó a su residencia.

Ptolomeo sonrió al imaginar al extremadamente gordo administrador con cajas y cajas de monedas.

—Sabía que sería incapaz de resistirse. Me dicen que sus hombres asaltaron la caravana en cuanto dejó de verse desde la ciudad.

—Fue rápido. El hombre al que dejé vigilando su casa dijo que había

aparecido con una carreta cargada la primera noche que partiste hacia Cirene. De todos modos, ahora tienes todo lo que necesitas para ejecutar al representante de Pérdicas en Egipto, con lo que, a falta de declararla, estaréis en guerra. Así que claro que vas a pedirle a Antípatro la mano de alguna de sus maravillosas hijas, porque quieres que esté de tu parte.

Ptolomeo negó con la cabeza, asombrado por la lógica de su amante.

—¿Y no te importa?

—Por supuesto que no me importa. ¿Acaso me oíste decir algo cuando Alejandro te obligó a casarte con Artacama en las bodas de Susa? Soy una de las cortesanas mejor pagadas del mundo griego; claro que no me importa que uno de mis clientes se case con otra mujer.

—Pero ahora solo tienes un cliente.

—Pero no deja de ser un cliente, aunque le haya dado tres hijos. Después de todo, me das más lujos de los que jamás pude disfrutar en Atenas. No, hazte con una vaca de la paz macedonia, querido, tómala y llénale el vientre. Cualquier cosa que sirva para que nuestra posición aquí sea más segura me parece bien.

Ptolomeo volvió a besarla y salió de la cama. Se acercó desnudo a la ventana, respiró el aire salado y contempló la ciudad en obras que era Alejandría.

—Cuando pienso que hace ocho años esto no era más que un conglomerado de cabañas de pescadores… —No dijo más: no había palabras para describir la dimensión de las obras que se habían llevado a cabo en ese tiempo; tal era su magnitud, su magnificencia. Una mole conectaba la isla rocosa y yerma de Faros a tierra firme hasta dar lugar a un puerto abrigado. Un trabajo digno de titanes. Ahora la ciudad se materializaba basada en la moderna idea de la cuadrícula. Ya eran decenas de miles los que habían acudido a la metrópoli a medio construir, ansiosos por formar parte de lo que, sin duda, acabaría por convertirse en la ciudad más magnífica del mundo, y él, Ptolomeo, era su gobernante.

—Deberías hacerte faraón —dijo Thais como si pudiera leerle la mente.

—¡Ja! Así le daría a Pérdicas bien por el culo.

—Puede que incluso le guste. A mí me gusta.

—Bueno, aún tendrá que esperar para disfrutar de ese placer. Primero tengo uno aún mejor para él: monedas.

Thais se incorporó en la cama y se envolvió las rodillas con los brazos, intrigada.

—¿Monedas?

Ptolomeo cogió una moneda de una pequeña caja que había sobre un cofre junto a la ventana y se la lanzó a Thais.

—¿Qué opinas?

Pasados unos momentos, los ojos de la mujer se abrieron al máximo.

—Nadie había hecho esto antes. Es una genialidad.

—Sí. Hasta ahora las monedas siempre han tenido dioses en ellas, nunca a un hombre mortal. Poniendo el rostro de Alejandro en mis monedas, legitimo mi posición. Va a ser un poderoso acto de propaganda cuando empiecen a circular por el mundo. Estoy convencido de que mis rivales se enfadarán mucho. Y luego se enfadarán aún más cuando decida poner mi propia efigie.

—Tiene suerte ese Pérdicas de que le vayas a dar por el culo dos veces.

—Aunque te garantizo que no gemirá de placer como lo haces tú. Especialmente cuando le dé la mejor de todas las sorpresas que tengo preparadas.

Una llamada a la puerta evitó que Ptolomeo pudiera explicar la inminente molestia que pretendía causarle a Pérdicas.

—Adelante.

La puerta se abrió y un joven esclavo asomó la cabeza.

—¿Qué ocurre, Sexto?

—Señor, Licortas me pide que te diga que Cleómenes espera abajo.

—Dile que ahora mismo voy.

El esclavo hizo una reverencia y se retiró cerrando la puerta tras él.

—Apenas puedo entender al chico por culpa de su espeso acento, pero es uno de los mejores esclavos que he tenido nunca.

—¿De dónde es?

—De un pueblo en un sitio llamado Latium, creo. Está en Italia, al norte de la parte griega civilizada. No creo que Alejandro se hubiera molestado con ello si hubiera vivido para ir a Occidente.

Ptolomeo cogió el taparrabos, se lo ajustó y se puso el quitón por la cabeza. Luego se calzó un par de zapatillas de cuero y cogió su cinturón. Se inclinó sobre la cama para darle a Thais un prolongado beso.

—Espero que disfrutes de la próxima hora tanto como yo.

Thais rio y le dedicó una provocadora sonrisa.

—Seguro que puedo pensar en algo que hacer, aunque, a decir verdad, casi prefiero acompañarte a ver cómo despachas a Cleómenes.

Cleómenes negó con la cabeza, indignado. Le temblaban los pliegues de carne en la papada, la barriga y los brazos.

—Yo no ataqué esa caravana, y tampoco ordené que se hiciera.

Ptolomeo fingió valorar sus palabras como si estuviera diciendo la verdad y luego, de forma abrupta, cambió de parecer.

—No, Cleómenes, eso no es cierto. ¿Verdad que no?

—Es cierto, lo juraría por todos los dioses.

—No creo que los dioses te tengan en mucha estima después de que revocases los ancestrales privilegios de los sacerdotes en Egipto y los obligaras a volver a comprarlos por una cantidad enorme.

—Alejandro necesitaba el dinero.

—No, no lo necesitaba. Tampoco necesitaba el dinero que obligaste a pagar a los sacerdotes cuando los amenazaste con matar a todos los cocodrilos del Nilo solo porque se comieron al muchacho al que más te gustaba dar por el culo. No, Cleómenes. Sé honesto contigo mismo; te hará sentir mejor. Eres una masa de grasa avariciosa y llevas demasiado tiempo en este mundo. Vamos, dilo. La verdad te hará sentir bien.

—¡Yo no asalté la caravana!

—Dile cómo sabemos que lo hizo, Licortas.

Resplandeciente con su túnica amplia, larga y refinada, el orondo chambelán de Ptolomeo, con la cabeza rapada y una expresión inescrutable en su rostro de labios regordetes, se levantó de su silla y les hizo un gesto a dos esclavos para que se acercaran a él. Entre los dos cargaban con un cofre de dinero. Lo pusieron a los pies de Cleómenes.

—Encontramos esto en el sótano de tu nueva casa después de arrestarte hace un rato.

—¿Habéis registrado mi casa? ¿Con qué derecho?

—Por el mío propio, Cleómenes —canturreó Ptolomeo—. Porque lo que yo digo es ley en esta bella tierra. Soy afortunado, ¿verdad? Ahora ábrelo.

Cleómenes gruñó, pero abrió la caja a regañadientes, y luego hizo un gesto de desprecio con la mano al contenido.

—Dracmas. ¿Y qué? Tengo millones, y estos son algunos de ellos. Esto no prueba en modo alguno que soy el responsable del asalto a la caravana.

—Y de matar a todos aquellos que iban en ella, no te olvides. —Ptolomeo se acarició la barbilla, exagerando un gesto pensativo—. ¿Sabes, Cleómenes? Creo que puede que tengas razón: los dracmas en sí no prueban que robaste la

caravana. Eso es incontestable. Échale un vistazo a uno de esos dracmas, por favor.

Cleómenes se encogió de hombros, alargó la mano hacia el cofre y sacó una moneda.

—¿Qué puedes decirme de esa moneda, Cleómenes?

—Está recién acuñada. ¿Y qué? Tengo cajas de monedas recién acuñadas que han sido ganadas legítimamente.

—Sí, lo sé. Hemos encontrado un verdadero tesoro en tu sótano. Ocho mil talentos de oro, plata y monedas. Puede que una pequeña parte la hayas obtenido de forma legítima. Sin embargo, esas no. Nadie ha obtenido ninguna como esa porque las únicas que existían estaban en la caravana. Mira la efigie, Cleómenes.

El gordo obedeció, y su mandíbula pareció desprenderse.

—¡Alejandro! Jamás había visto… —Se llevó la mano a la boca.

—Nunca has visto a un mortal en una moneda. ¿Es eso lo que ibas a decir? No, no lo has visto, tienes toda la razón, Cleómenes. Nadie ha visto jamás a un mortal en una moneda porque nunca se ha hecho. Y tú acabas de robar la primera remesa jamás acuñada.

Unos ojos porcinos e inyectados en sangre parpadearon cuando Cleómenes miró alrededor de la estancia buscando ayuda o un modo de huir.

—Pero Alejandro me escribió diciendo que si le construía un excelso monumento a la memoria de Hefestión me perdonaría las faltas del pasado, del presente y del futuro. Tú lo has visto, Ptolomeo, va a ser un monumento precioso.

Esto es mucho más divertido de lo que me imaginaba.

—Sé que lo es, pero yo no soy Alejandro. Y él está muerto, ¿lo sabías? A mí tampoco es que Hefestión me cayera muy bien: estaba celoso de mí por ser el hermano bastardo de Alejandro, según dicen, y me hacía de menos siempre que tenía ocasión. Así que me temo que te he cazado, Cleómenes. Le escribiré a tu amigo Pérdicas y le diré que, por desgracia, robaste todo el dinero que le enviaba como ofrenda de paz y que lo escondiste. Que solo logré recuperar este cofre y que, incluso sometido a tortura, no quisiste desvelar dónde estaba el resto antes de morir. «Por lo que este cofre es todo lo que puedes esperar de Egipto, mi querido Pérdicas».

Cleómenes estaba rojo.

—¿Me vais a torturar?

—No, solo era un chiste. Paris, empaladlo.

—¡No, por favor! —gritó Cleómenes.

—Claro que no, también estaba bromeando. Cortadle la cabeza.

Con los gritos del hombre aterrado de fondo, Ptolomeo cogió a Thais del brazo y, juntos, salieron de la sala. *Dioses, cómo lo he disfrutado. Aunque a veces creo que soy demasiado clemente. Me hubiera encantado verle retorcerse en una estaca.*



Antípatro, el regente

Antípatro sentía la tensión; le pesaban los ojos por la falta de sueño y le dolían las articulaciones dada la constante actividad. Se frotó la cabeza, le dolía, y miró por la ventana al ejército macedonio, erizado de picas enhiestas, concentrándose al norte del palacio con las montañas al fondo castigadas por el sol. Bloques y bloques de hombres con corazas de bronce resplandeciente, cuero endurecido o lino prensado marchaban y formaban bajo un sol cada vez más intenso. Unidad tras unidad, el ejército tomaba forma bajo la atenta mirada de Nicanor, el segundo hijo de Antípatro, y de Magas, el marido de su sobrina Antígona.

Antípatro negó con la cabeza, apesadumbrado, y luego volvió a examinar la carta una vez más, intentando descubrir algún significado oculto en las palabras, como precaución por si era interceptada. No pudo encontrar nada. Con las órdenes ladradas por los oficiales, ubicuas en el aire cálido que olía a tomillo silvestre y a resina, caminó hasta su despacho y dejó la carta sobre la mesa. Le dio un mordisco a la dura salchicha de carne de burro e hinojo que constituía su almuerzo. Luego, una vez sentado, cogió una segunda misiva y la desenrolló. Leyó mientras masticaba otro trozo de salchicha.

—Pareces cansado, esposo —dijo Hiperia tras apartar la cortina que cubría la puerta del estudio. El agradable aroma floral que la acompañaba encendió un profundo deseo en las entrañas de Antípatro. Sintió que su concentración se desvanecía—. ¿De quién se trata ahora? No hacen más que llegar cartas, cartas y más cartas desde que hace dos meses muriera Alejandro. ¿Por qué te incordian así?

—Porque todo el mundo piensa que puedo darle algo. Y sí, hace más de dos meses que murió. Dos meses y veinticinco días, para ser exactos. —Señaló la carta que leía en ese momento—. Esta es la única en la que no se me pide nada. Es de Aristóteles. Me da información y no exige nada a cambio, como debe hacer un buen amigo.

Hiperia se sentó en la esquina de la mesa y miró a su marido desde la altura.

—¿Qué dice?

Haciendo lo posible por ignorar el tentador aroma, Antípatro volvió a mirar el papiro, nítidamente escrito.

—Hipérides está azuzando a las masas con fervor patriótico, juega con la visión que tienen de nosotros como bestias norteñas sin civilizar. Y Aristóteles opina que Demóstenes y él no tardarán en reconciliarse y que aquel no tardará en ser llamado del exilio. De hecho, el Decreto de los Exiliados lo facilita. Dice que en cuanto eso ocurra la guerra será inevitable. Por lo visto, Atenas ha contratado los servicios de un general mercenario, Leóstenes, y ha empezado a negociar el reclutamiento de un ejército de mercenarios, algo que no les será difícil dada la cantidad de ellos que están volviendo de Asia.

—Pero ¿con qué oro?

—Ah, esa es la cuestión. Cuando Hárpalo, debido a sus excesos financieros, huyó al saber que Alejandro volvía, fue a Atenas con su mal ganada fortuna, y cuando se vio obligado a huir de nuevo, dejó al menos la mitad allí. Aristóteles me dice que la acaban de encontrar y que suma más de trescientos ochenta talentos en plata y oro.

Hiperia silbó, y le puso una mano en el hombro para reconfortarle.

—Es suficiente para levantar un ejército considerable.

—Considerable y, qué duda cabe, cada vez más grande. —*Y eso no es lo único que está creciendo en este momento.* Sacudió la cabeza para intentar recuperar su concentración—. Puede que ya hayan reunido un ejército lo bastante grande en el tiempo en que ha tardado en llegar esta carta. Las cosas se mueven rápido. Aristóteles ha sido acusado de actuar en favor de Macedonia desde tiempos de Filipo, y, dado que no es ciudadano ateniense, le está costando defenderse contra ellos. Un autodenominado patriota llamado Himereo hizo trizas la estela del Acrópolis en la que estaba recogida la gratitud de la ciudad a Aristóteles por su labor docente en el Liceo. Lo mismo ha ocurrido con la que había en Delfos que levantó en honor de su suegro. —Señaló a la misiva—. Dice aquí: «No es que me importe mucho, pero no es que no me importe. Es

peligroso para un inmigrante quedarse en Atenas». Y ahora, para probarlo, sus enemigos le han acusado de impiedad, la misma acusación que pesó sobre Sócrates hace ochenta años, así que ha huido de la ciudad diciendo que no permitirá que los atenienses atenten dos veces contra la filosofía. El hecho de que mi viejo amigo me cuente todo esto me permite afirmar que la guerra es inevitable y que será Atenas la primera ciudad de la que tendré que encargarme. —Señaló la primera misiva, descartada junto a su almuerzo—. Esta es de Diamades, nuestro títere a sueldo en la asamblea. Pide dinero y un salvoconducto para venir a Macedonia. A la primera señal de peligro ese narcisista perfumado huye tan rápido como sus sebosas piernas pueden llevarle.

—Olvídate de Diamades. ¿Qué hay de Foción? Seguro que él aún mantiene la calma.

Una vez más Antípatro señaló la carta de Diamades.

—Eso es lo peor de todo: a Foción le han nombrado comandante de la nueva guardia de la ciudad, lo que significa que nos atacarán si consideran que tienen que dejar una guarnición en la polis. —Antípatro negó con la cabeza una vez más; su agotamiento mental ahora superaba el deseo físico que sentía por su esposa. Señaló a la ventana abierta más allá de la cual continuaba la concentración de tropas macedónicas—. No me dejan otra opción que la movilización, incluso antes de que haya concluido la cosecha, algo que no será bien recibido por el pueblo, pero que es necesario. Debo actuar con rapidez y salir mañana mismo si puedo. Si Atenas está planeando marchar hacia el norte, debo ser yo quien dé el primer golpe dirigiéndome al sur. Tengo que llegar al paso de las Termópilas antes de que puedan organizar su defensa contra mí. Si puedo unirme a nuestros aliados beocios y saquear un par de ciudades antes de que concluya la temporada de campaña, el resto de polis deberían recuperar la cordura.

Hiperia se levantó de la mesa y se sentó en el regazo de su esposo. Le colocó una mano en la nuca y le besó la frente.

—¿Puedes estar seguro del apoyo de los tesalios?

Antípatro acarició la espalda de su esposa.

—Les he concedido una exención de impuestos este año y el siguiente: eso debería bastar para que sigan con nosotros. Acabo de enviarle una carta a Menón, su general de caballería, indicándole el lugar de la frontera en el que hemos de encontrarnos de camino al sur. Con sus hombres puedo permitirme

dejar una guarnición aquí de cierta entidad, aunque todavía me preocupa la seguridad del reino en mi ausencia, tanto por Épiro al oeste como por Crátero al este. Creo que ha llegado el momento de escribirle y de ofrecerle de manera oficial lo que ya ha tomado por su mano.

Hiperia sonrió y le enmarcó la cara con ambas manos. Le besó la nariz y la boca.

—Eso es lo que venía a decirte, esposo. Acabo de recibir una carta de Fila: Leonato y Lisímaco han pasado por Tarso de camino a sus satrapías del norte. Ha hablado con ellos, de hecho cenaron juntos con Crátero, aunque no menciona cómo es que ella fue invitada.

Antípatro logró desviar la atención de los pechos que tenía tan cerca de la cara.

—Las primeras noticias reales de Babilonia. ¿Qué dijeron?

—Todos los sucesores de Alejandro, que así se hacen llamar ahora, dado que gobiernan el Imperio en su nombre, están dispersos y en sus respectivas satrapías, salvo Pérdicas, que permanece en Babilonia junto con Aristonoo. Tú sigues siendo regente en Europa y Crátero ha recibido el grandioso pero vacuo título de comandante en jefe del ejército, o alguna tontería por el estilo.

El rostro de Antípatro se iluminó.

—¿Así que ya no puede reclamar mi puesto?

—Exacto.

—Lo que significa que no tengo por qué apuntalar su lealtad entregándole a Fila.

—No, no tienes que hacerlo. De hecho, ahora que no tiene una razón personal para venir aquí, será mejor que se quede donde está.

—¿Y sus tropas?

—Los que quieran volverán a casa. El resto, imagino, buscarán empleo en los diversos ejércitos que sin duda empezarán a florecer en un futuro no muy lejano.

Antípatro restregó la nariz contra el pecho de Hiperia.

—Puede que sí.

—Sé que sí.

Antípatro estaba demasiado ocupado para responder.

—He dicho que sé que sí.

Antípatro dejó de deleitarse.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Verás, el asunto principal que se debatió durante esa cena fue el desafío de Antígono a Pérdicas.

Habiéndose desvanecido su deseo por los pechos de su esposa, Antípatro le dedicó a ella toda su atención.

—Se ha negado a cumplir la orden de Pérdicas de ayudar a Eumenes a pacificar Capadocia. Por lo visto, le envió una respuesta a la orden escrita con tan solo tres palabas: «Por los cojones». Consideró la orden humillante y una exigencia de absoluta sumisión a Pérdicas. Leonato, que también estaba encargado de ayudar a Eumenes, aún tiene que decidir si lo hace o no. Crátero y Lisímaco no han recibido orden de asistirle, y se mantienen al margen de todo el asunto, dado que a ninguno de ellos les cae bien ese griego astuto. Así que Eumenes no puede contar con nadie salvo con Pérdicas, y este se verá en la obligación de apoyarle si no quiere parecer impotente ante el resto del Imperio.

Antípatro pudo ver hacia dónde se dirigían las cavilaciones de su esposa.

—Y suponiendo que acaba por someter Capadocia y por asentar allí a Eumenes, tendrá que castigar a Antígono de algún modo. De lo contrario, más le valdría retirarse, porque nadie le tomaría ya en serio —completó.

—Exacto.

—Así que ahora la guerra es inevitable entre los autoproclamados sucesores. Todos deben de ser conscientes de ello, y tendrán las mentes centradas en el asunto. ¿Cómo han llegado a esto? Y tan pronto. —El rostro de Antípatro se iluminó—. Pero tiene sus ventajas: me permite llevar a cabo mi campaña mientras dejo el reino relativamente abierto al este y concentro las guarniciones contra Épiro.

—Si actúas rápido, todo saldrá bien.

—Oh, sí. Actuaré rápido, mi amor. Y partiré mañana. Lo que me deja una labor pendiente antes de salir y que no ha de ser presurosa. —Llevó las manos a los pechos de su esposa y hundió el rostro entre ellos. Desaparecieron los pensamientos y preocupaciones que le atenazaban dada su posición, y se centró enteramente en lo que tenía delante.

—¿A cuántos nos enfrentamos, Magas? —preguntó Antípatro, concentrado y con el ceño fruncido, mientras intentaba, con su vista de anciano, estimar el número de tropas del ejército griego rebelde que defendía el paso de las

Termópilas con los pendones al viento y los escudos dispuestos.

—Al menos treinta mil —repuso Magas, marido de su sobrina y segundo al mando, a caballo y a su derecha, protegiéndose los ojos del sol con la mano.

Rondaba la cuarentena, y tenía el aspecto barbudo y montaraz de las tierras altas de Macedonia. Él y Nicanor habían sido sus principales asesores militares durante toda la regencia. Antípatro escupió al suelo.

—Casi cinco mil más que nosotros.

—Pero son griegos —dijo Yolas con la arrogancia que da la juventud.

Antípatro se giró hacia su hijo pequeño, que estaba a su izquierda, junto a Nicanor.

—Nunca subestimes a tu enemigo. Cierto, puede que sean griegos, pero muchos de ellos son experimentados mercenarios que han luchado para Alejandro y, antes de eso, para los persas.

—Pero disponemos de una buena cantidad de caballería —observó Nicanor señalando a la multitud de jinetes tesalios que formaban, en una colina, a la derecha del ejército macedonio envueltos en una nube de polvo—. Ellos tienen pocos.

Gracias a Ares por los tesalios, había pensado Antípatro desde que se reunieran con la caballería tesalia y sus tropas ligeras de apoyo, tal y como había sido convenido, cinco días antes en el río Peneo, en la frontera entre Macedonia y Tesalia. Aquellos eran jinetes salvajes armados con jabalinas, nacidos a lomos de un caballo. Eran cinco millares, con sus gorros de cuero y ala ancha y sus túnicas pardas sin mangas, a juego con el pellejo de sus monturas. No solo habían servido para aumentar el número de sus tropas, sino para subir la moral de los hombres dadas su chulería y prodigiosa habilidad con los caballos, pues ambas cosas inspiraban confianza. Y fue pleno de confianza que Antípatro llevó a su ejército al sur, a través de Tesalia, y luego al oeste, por la costa, con la flota acompañándolos a su izquierda, dejando atrás la ciudad de Lamia y directo a las Termópilas.

Pero ahora, nueve días después de haber abandonado Pella a marchas forzadas, Antípatro había alcanzado su primer objetivo solo para comprobar que ya estaba defendido por el enemigo. *Necesitaremos a los tesalios si queremos derrotar a este ejército.* Miró al sol, que descendía a su derecha, y les habló a Magas y a Nicanor:

—Quedan cuatro horas hasta la puesta de sol. En cuanto estemos en formación de batalla, dadles a los hombres algo de comer y beber y acabemos

con esto.

—¿Tus órdenes, señor? —preguntó Magas.

—Nada especial. Tenemos el mar a la izquierda y colinas a la derecha. Hazte cargo de la falange, Magas, y avanza con arqueros, honderos y lanzadores de jabalinas para que te cubran. Dispón a los peltastas en la elevación de la izquierda para proteger el flanco. —Miró hacia el mar, a la flota desplegada ante las naves de Atenas, también listas para la batalla—. Confiemos en que nuestros muchachos puedan evitar que su flota nos rodee por la espalda. —Volvió a centrar la atención en el ejército—. Los otros mil peltastas tomarán posiciones entre el flanco derecho de la falange y los tesalios. Nicanor, prepara a la caballería pesada en formaciones de cuña tras ellos y espera mi señal de carga para romper sus líneas. Mantendré a los mercenarios griegos en reserva; no quiero poner a prueba su lealtad si no es completamente necesario.

El rostro de Nicanor se nubló.

—Si llegáramos a necesitarlos, no creo que pudiéramos contar con ellos en absoluto.

Antípatro valoró sus palabras.

—Tienes razón. En ese caso, haced que vuelvan por el camino y que esperen a dos millas de distancia. Constituirán un buen punto de reunión en caso de que sea necesario.

Yolas, atónito, abrió los ojos al máximo.

—¿De verdad crees que podría ser necesario, padre?

Antípatro suspiró con el cansancio de quien quiere descansar pero cuya sencilla ambición no deja de ser frustrada.

—Tengo setenta y ocho años, hijo mío; he visto la mayoría de las situaciones que pueden darse en la guerra, y lo que he aprendido es que no se puede predecir el resultado de una batalla; por eso intento tener en cuenta todas las posibilidades.

—¿Eso incluye la rendición del enemigo? —preguntó Magas mientras señalaba al frente.

Antípatro siguió la dirección del dedo de Magas hasta las líneas griegas que se abrían para dejar paso a tres jinetes. Uno de ellos llevaba una rama de la paz.

—Bueno, no creo que hayan venido hasta aquí para rendirse. Vayamos a ver qué es lo que tienen que decir.

—Mi nombre es Leóstenes —anunció el líder del grupo cuando ambas legaciones se encontraron a mitad de camino entre los dos ejércitos—. General del ejército griego libre.

Antípatro le dedicó una ligera sonrisa.

—Es un modo diferente de llamar a un ejército de mercenarios; jamás he oído hablar de unos mercenarios luchando sin pedir nada a cambio.

Leóstenes soltó una carcajada genuina y contagiosa. Sus ojos negros brillaron divertidos. A pesar del castigo de muchas campañas y de los rigores del tiempo, su rostro barbudo seguía siendo bello en un sentido áspero.

—Muy bien, viejo. En eso tienes razón. Aunque sí hay algunos ciudadanos atenienses y cuatro mil etolios entre nosotros. Admito que a la mayoría de mis hombres les importa un bledo la libertad de los griegos, siempre y cuando tengan dinero para «sembrar» y beber vino a placer, estarán contentos.

—Hombres de principios. Admirable.

Leóstenes se encogió de hombros.

—Hombres de negocios, en cualquier caso. Y, ahora, su negocio pasa por evitar que paséis. Algo que, a juzgar por las posiciones, supongo que un hombre de tu experiencia considerará bastante factible. Así que lo que te propongo, Antípatro, regente de Macedonia, es lo siguiente: vuelve con tu ejército al norte y deja que las ciudades griegas se gobiernen a sí mismas. Ya he derrotado a tus únicos aliados, los beocios, hace tres días, así que no encontrarás amigos más al sur, salvo un puñado de guarniciones macedonias aisladas en ciudadelas y sitiadas. Si te marchas ahora, entonces Hipérides y la asamblea ateniense garantizarán que esas guarniciones puedan llegar a casa sanas y salvas. Si luchas, morirán todos, incluso en el caso poco probable de que te alces con el triunfo en este campo de batalla. ¿Qué me dices?

Antípatro miró hacia el ejército rebelde y luego a lo largo de sus propias líneas, como si estuviera contando tropas.

—Creo, Leóstenes, que dispongo de más caballería que tú. De mucha más, de hecho, en especial dado que veo que apenas tienes. Eso, sumado a la calidad superior de mi infantería, me confiere la ventaja.

El rostro de Leóstenes se iluminó como si le agradase que se le recordase algo que casi se le había olvidado.

—Ah, sí. Estaba a punto de abordar ese tema.

El griego le hizo una señal a uno de sus acompañantes y este hizo sonar una serie de notas ascendentes con un cuerno.

Hubo movimiento a la derecha de Antípatro y, entonces, se escuchó el tintineo de miles de arreos, resoplidos equinos y tronar de cascos. La caballería tesalia avanzaba.

Leóstenes miró a Antípatro, la imagen misma de la sorpresa y la inocencia.

—Vaya, ¿cómo ha ocurrido eso? Parece que ahora la superioridad en caballería la tengo yo.

Antígono aún tardó un instante en percatarse de lo que estaba ocurriendo y volvió iracundo hacia Leóstenes.

—¡Maldito cabrón traicionero! —espetó mientras la caballería tesalia cruzaba el campo seguida de las tropas ligeras de apoyo.

Leóstenes fingió estar afectado.

—Vamos, vamos, Antípatro. No es mi traición la que estás presenciando, seguro que te haces cargo. Son los tesalios. Son ellos los que están cambiando de bando, no yo. Yo solo he negociado con su general, Menón, y él parece haber apreciado la lógica de mis argumentos. Estoy seguro de que te agradará saber que, de no haber tomado el paso a tiempo para detener tu avance, se habrían mantenido leales a tu causa. O eso dicen. Pero, bueno, es lo que tienen los tesalios. Si quieres lealtad, ten un perro: es lo que digo siempre. Sea como sea, las cosas son así. Llevo siendo mercenario desde que maté a mi padre por levantarme la mano una vez de más cuando tenía quince años. Pero ya hemos hablado bastante de naderías; volvamos al asunto que nos ocupa: si tu ejército sigue estando aquí dentro de una hora, ordenaré el ataque. —Y con un alegre gesto, volvió grupas y emprendió el trote hacia sus líneas con la mano en la cadera.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Magas a Antípatro mientras daban media vuelta sumidos en el silencio—. El muy cabrón nos tiene cogidos por las pelotas y está empezando a retorcerlas con fuerza.

—Atacar —insistió Yolas—, con o sin la caballería.

—No. No lo haremos —dijo Nicanor mirando a su alrededor—. Los tesalios nos envolverían por los flancos y atacarían a la falange por la espalda. Y ese sería el fin.

Antípatro dejó escapar el suspiro más sentido de la jornada. *Sí, soy demasiado viejo para esto. Todo lo que quiero es yacer con mi esposa sobre unas pieles, ante una hoguera y disfrutando de una jarra de vino mientras sé que nos están preparando una estupenda cena. Y, en vez de eso, ¿a qué me enfrento? A una crisis.*

—¿Qué podemos hacer? Estamos a cinco días de marcha de Macedonia por

un territorio que ahora es hostil, y luego cuatro días más nos separan de la seguridad de Pella. No tenemos caballería de apoyo, y ahora ellos disponen de cinco millares de jinetes con los que acosarnos durante todo el camino. Perderemos cientos, puede que miles, y nuestra retirada será una catástrofe y una humillación. Y entonces, en algún momento, Leóstenes nos obligará a luchar, cansados y superados en número. No, es impensable.

—¿Qué hay de la flota? —preguntó Magas.

—Las naves atenienses evitarán que embarquemos. No, esa no es una opción.

Magas hizo un gesto de contrariedad al imaginar el desastre.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Una retirada ordenada, paso a paso, luchando si es necesario. Dejé a un grupo de hombres leales en Lamia, a tres leguas de distancia. Como digo, hay que estar preparados para cualquier eventualidad. Sin embargo, he de admitir que no creí que fuera a necesitar espías para que se me abrieran las puertas de Lamia: tan solo fue una de las posibilidades que se me ocurrieron.

—¿Volvemos a Lamia? ¿Para qué?

—Para apretarnos los cinturones y aguantar un asedio hasta que llegue la primavera. Esto me va a costar muchas hijas. Será mejor que me ponga a escribir cartas. Tendrán que salir antes de que quedemos completamente aislados.



EUMENES, EL ASTUTO

—Recuérdame de nuevo cuál fue la respuesta de Antígono a Pérdicas —dijo Leonato.

El griego y él estaban en las murallas del puerto de Lámpsaco, mirando hacia la costa europea de la Propóntide. A sus pies, un trirreme se acercaba al puerto con los remos batiendo las aguas acompasados como las alas lentas y majestuosas de un cisne. La sal impregnaba el aire, las gaviotas volaban en círculos sobre la costa y se abalanzaban sobre cualquier cosa de la que se desprendieran la docena de naves que había atracadas en el puerto.

Eumenes dejó de forzar la vista intentando divisar la ciudad de Cardia, su tierra natal, en algún lugar al otro lado del inquieto mar azul moteado de naves mercantes. *Si cree que me va a molestar con una actitud tan infantil, entonces goza de más belleza que cerebro.* Observó al engreído general, cuyo gesto era de burlona preocupación.

—Ah, Leonato, no me digas que ya empiezas a perder la memoria. Creo que ya te dije sus palabras exactas cuando comenzamos esta conversación.

—Puede que sí, pero es que tengo otras cosas en la cabeza.

—¿Quieres decir que no me has prestado toda tu atención, Leonato? En Cardia, de donde vengo, al otro lado del mar, eso se considera una falta de educación. Bien es cierto que Cardia está bastante lejos de Macedonia. Creo que su respuesta fue: «Por los cojones».

Leonato se llevó la mano al ala de su sombrero y la ajustó buscando el ángulo óptimo.

—¿Y qué te hace pensar que mi respuesta será diferente a esa?

—Bueno, para empezar, me imagino los cojones de Antígono bastante peludos, y sudorosos, muy apropiados para la crianza de ladillas. Los tuyos, en cambio, seguro que son suaves y que huelen bien, por lo que no estarían a la altura de un insulto como el de Antígono.

—No intentes hacerte…

—¿… el gracioso? Te aseguro, Leonato, que no lo estaba intentando. —Eumenes señaló a la playa, a la izquierda del puerto, donde su escolta montada empezaba a preparar el campamento. Las líneas rectas de caballos y tiendas confirmaban la profesionalidad de las tropas—. No tengo más que un contingente de quinientos jinetes, muy lejos de lo necesario para someter un lugar tan amplio como Capadocia. Y ahora ¿vas a ayudarme a arrebatarle la satrapía a Ariarates, tal y cómo Pérdicas ha solicitado?

—Ordenado.

—De acuerdo, ordenado, pero con educación. ¿O vas a ignorar la amable orden, tal y como ha hecho Antígono?

—Él no la ignoró: dijo «Por los cojones». Yo a eso no lo llamo ignorar algo. ¿Tú sí? Yo diría que se ha negado.

Tengo que admitir que es una puntualización razonable. Eumenes tomó aire para sofocar su creciente frustración con el petulante aristócrata.

—Sabes muy bien a lo que me refiero, Leonato.

—¿Ah, sí?

Leonato volvió a mirar al mar y aparentó disfrutar de la leve brisa a pesar de que, se percató Eumenes, esta le estuviera revolviendo el peinado de forma catastrófica. El trirreme aflojó la marcha cuando pasó el rompeolas que protegía el puerto de la furia de los mares invernales.

Eumenes decidió tomar un camino diferente.

—Desde que Alejandro murió, ¿crees que has sido tratado con justicia? Quiero decir, en un primer momento fuiste nombrado uno de los cuatro regentes y luego, por capricho de Pérdicas, se te relegó de ese puesto para que pudiera serlo Meleagro. Ahora Meleagro está muerto y a ti no te han devuelto el puesto.

—Por eso tengo intención de decirle «por los cojones» a Pérdicas. ¿Quién es él para creerse que puede ir por ahí dándome órdenes? A mí, que tengo más sangre real en el cuerpo que él en un dedo.

—Lo has dicho al revés… Sea como sea, eso no es del todo cierto, Leonato, ¿verdad? Los dos gozáis de una razonable ascendencia real, y eso es,

exactamente, lo que quiero decir. Te está dando órdenes. Pero dejemos eso de lado por el momento y pensemos en la razón por la que se cree con el derecho a hacerlo. —Eumenes esperó unos instantes a que Leonato valorase la cuestión antes de darle la respuesta—. Porque considera que, al recibir el anillo de manos de Alejandro, él es el líder natural. Por eso. El problema es que los líderes necesitan ganarse el respeto de aquellos a los que lidera, algo que Pérdicas no ha conseguido ni por asomo. No hay más que ver la respuesta de Antígono. Así que ¿cómo consigue respeto un soldado macedonio, Leonato? Ilumíname acerca de la mente militar.

Leonato bajó la mirada para comprobar que el pequeño griego no se estaba burlando de él y vio en Eumenes un gesto de interés genuino y sin reservas.

—Obteniendo victorias.

—¡Ah! Ahí lo tienes: obteniendo victorias. Ahora dime: ¿vas a obtener victorias aquí sentado sobre tus cojones limpios y fragrantes mientras disfrutas de las vistas al mar?

El silencio de Leonato resultó elocuente.

Le tengo.

—Yo, por mi parte, estaría encantado de servir como tu segundo al mando y unir mis escasos quinientos jinetes a tu ejército si decidieses llevarlo a Capadocia. De ese modo, cuando al final le presentes al esfínter de Ariarates la estaca puntiaguda que le tenemos reservada, la gloria será toda tuya. Y entonces, juntos, aunque contigo firmemente al mando, por supuesto, podremos marchar sobre Armenia, y así conseguirás dos grandes victorias en el espacio de un año, mientras que Pérdicas no habrá obtenido ninguna. Puede que entonces puedas empezar a dar tú las órdenes. De lo contrario, quién sabe si será Pérdicas el que se alce con esas victorias y quién sabe si eso le dará el respeto que necesita para seguir emitiendo órdenes.

Eumenes pudo ver cómo el pensamiento vagaba por el agraciado rostro mientras contaba hacia atrás desde diez.

—Muy bien, Eumenes, me has convencido. Llevaré a mis hombres a pacificar tu satrapía. Yo ostento el mando absoluto y tú me lo consultarás todo. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo.

—Y hay otra condición.

—Lo que sea.

—En el futuro me ayudarás en todos mis proyectos.

—¿Y qué proyectos son esos?

—No te lo puedo decir ahora mismo, pero digamos que, si llegara a tener éxito, y tengo razones para creer que así será, entonces todos aquellos que me hayan servido bien tendrán razones para estar agradecidos.

Tiene intención de hacerse con el trono, el muy necio. ¿Cómo puede esperar conseguirlo siendo un pariente tan lejano de Alejandro?

—Por supuesto, Leonato: tendré todas las razones del mundo para estarte agradecido, y, por supuesto, te apoyaré en todos tus «proyectos».

—Bebamos para celebrarlo; acabo de recibir un cargamento de vino de mis tierras a las afueras de Pella.

Eumenes no dejaba de sonreír.

—¡Ah! Lo mejor del vino de Macedonia, qué maravilla.

—He hecho que lo enfríen —le informó Leonato a Eumenes cuando un esclavo le llenó el cuenco.

Estaban sentados frente a un gran fuego, ya que, a pesar del aire relativamente cálido de principios del invierno, en el interior de piedra del palacio ya hacía algo de frío. Eumenes hizo lo posible por no afear la cara cuando dio el primer trago: ya se había resignado a sufrir una terrible resaca a la mañana siguiente.

—Delicioso, Leonato. Qué extraordinario paladar debes de tener para producir un vino de tal calidad.

—Eso me gusta pensar.

Sin embargo, las ulteriores opiniones de Leonato sobre su paladar quedaron interrumpidas por un griterío en el pasillo.

—¡No me importa que esté reunido! He cruzado el mar desde Cardia para verle, y aunque no lo parezca con estas ropas de viaje, soy rey, y no estoy acostumbrado a que me impida el paso gente de baja estofa como tú!

Vaya, esto sí que va a ser interesante. Tendré que ocultar mi desprecio, pensó Eumenes mientras se preparaba para la entrada en la estancia de un viejo conocido.

Media docena de latidos después, un hombre de barba espesa, alto como una torre y de hombros anchos, irrumpió en el lugar.

—¡Tú! —exclamó sorprendido al ver a Eumenes—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Creo que debería ser yo el que te hiciera esa pregunta, Hecateo, dado que

yo estaba aquí primero. Sin embargo, ese muchacho de baja cuna con el que te has mostrado tan educado tiene razón: estoy reunido con Leonato. Ah, y, por cierto: Cardia no tiene un rey, sino un tirano, así que no controla esos aires de grandeza.

Hecateo se abalanzó sobre Eumenes y este dio un salto hacia atrás interponiendo el diván entre él y su atacante.

—¡Basta! —gritó Leonato al tiempo que tiraba su cuenco al suelo y se ponía en pie de un salto—. ¡No sé quién eres, pero este no es modo de tratar a mi invitado!

Hecateo resopló.

—¿Invitado? ¿Desde cuándo las comadrejas traicioneras son tratadas como invitados?

—¿Desde que los tiranos asesinos empezaron a fingir ser reyes? —sugirió Eumenes en tono servicial.

Hecateo miró a su paisano, al que sacaba dos cabezas, con odio envenenado, y le escupió a los pies.

—Yo también me alegro de verte, Hecateo —dijo Eumenes una vez que consideró que era seguro volver a su diván—. Creo que la última vez fue hace catorce años.

Leonato levantó las manos.

—No sé lo que hay entre vosotros dos, y tampoco quiero saberlo, dado que tiene toda la pinta de ser algo personal y desagradable. —Miró a Hecateo a los ojos—. Y ahora, hazme el favor de presentarte formalmente y de decir lo que te trae aquí antes de volver a atacar a mi invitado.

El corpulento sujeto dio una profunda bocanada de aire.

—Mis disculpas, noble Leonato. Me llamo Hecateo. Soy re… Soy gobernante de Cardia y traigo un mensaje de Antípatro.

—De Antípatro. —Leonato reflexionó un instante antes de señalar con el mentón el diván que había libre—. Siéntate, Hecateo; sírvete un cuenco de vino. Es de mis tierras, y espero que sirva para calmarte los nervios.

Lo que vas a hacer es azuzar más a la bestia.

—Y ahora, dame el mensaje —dijo Leonato cuando Hecateo dio un par de sorbos. Leonato no se percató de la expresión de asco que esbozó con el primero dado que al mismo tiempo se retiraba el flequillo, descontrolado después del estallido.

Hecateo hizo un gesto con la cabeza hacia Eumenes.

—Puedes hablar delante de él: es uno de mis hombres de confianza.

Vaya, eso es nuevo.

—Muy bien —dijo Hecateo; daba la impresión de que quería decir exactamente lo contrario—. Antípatro quiere que sepas que, debido a la traición de su caballería tesalia, ha sufrido un contratiempo contra los griegos que se han levantado, y ahora está siendo asediado en Lamia. Saber que uno de los mejores generales de Macedonia está tan cerca le da ánimos, y te ruega, por todos los dioses, que vayas en su auxilio. A cambio te ofrece a una de sus hijas para que ambos estéis unidos y seáis familia.

Hecateo hizo un gesto hacia el pasillo. Dos esclavos entraron en la habitación cargando entre los dos, aunque a duras penas, con un cofre. Lo dejaron en el suelo y Hecateo abrió la tapa. Estaba repleto de oro, plata y joyas.

—Antípatro te envía esto para cubrir tus gastos. Confía en que puedas estar a la vista de las murallas de Lamia antes del equinoccio de primavera, ya que para entonces se le estarán agotando los suministros.

Satisfecho consigo mismo tras una exposición tan diligente de su mensaje, Hecateo se sentó y, sin pensar, le dio un largo trago al vino que acabó en un amago de ahogo.

Leonato no se dio cuenta del mal rato que había pasado su invitado, ya que estaba completamente sumido en sus pensamientos.

El muy cabrón va a aceptar la oferta, pensó Eumenes alarmado, completamente ajeno a los esfuerzos que hacía Hecateo por respirar. Tengo que hacer algo.

—¿Cómo puedes estar seguro de que esta petición de ayuda es genuina, Leonato? Podría ser una estratagema de Antígono para asegurarse de que no es el único en desobedecer las órdenes de Pérdicas.

Dioses, qué argumento más endeble. No puedo detenerle. Salvar Macedonia es mucho más prestigioso que someter Capadocia. Quedo derrotado por mis propios argumentos. Qué inoportuno. Y lo peor de todo es que lo tenga que desbaratar todo este viejo asesino. Seguro que le entregaron dos cofres.

—¿Hmmm? —Leonato le dedicó a Eumenes una somera mirada: era evidente que su argumento no le provocó interés alguno, antes de girarse otra vez hacia Hecateo, que ya empezaba a recuperarse—. ¿Una hija, dice? ¿Cuál?

Hecateo, aún resollando, parecía perdido.

—No… ha… sido… espe… espe… específico.

—¿No ha sido específico? Mmmm. Bueno, supongo que tampoco importa mucho. Pero dime: si está asediado, ¿cómo es que ha logrado enviar el

mensaje?

—Su hijo Yolas salió de la ciudad antes de que fuera rodeada por completo. Sin embargo, aguarda tu respuesta en Cardia, ya que Antípatro quería que fuese yo el que entregara el mensaje. Sentía que yo le daría más peso que un simple niño.

O quizá sea que el simple niño tenía otros mensajes que llevar a toda prisa. No creo que el viejo Antípatro vaya a ofrecer a la misma hija por ahí para que le rescaten. El viejo necio… Bueno, es lo que pasa cuando confías en los tesalios.

Leonato miró el contenido del cofre.

—Bonita suma. —Le dio otro trago al vino y lo paladeó con el rostro firme, convertido en una máscara de heroica determinación—. Muy bien; iré en auxilio de Macedonia, dado que soy el único que puede evitar la derrota a manos de hombres de baja extracción. —Le puso la mano a Hecateo en el hombro y le miró a los ojos—. Dile a Yolas que puede informar a su padre de que Leonato acudirá. —Se atusó bien la melena, para asegurarse de que tenía buen aspecto al hacer su proclamación—. Y llevaré conmigo tanto al ejército de Macedonia como su ira.

Pues te aseguro que a mí no me vas a llevar. Me escabulliré tan pronto como me sea posible, con suerte acompañado por el contenido de ese cofre.

—Eumenes, ¿me acompañarás?

—Será un honor, Leonato. Aunque, primero, me gustaría hablar contigo en privado.

—¿Qué ocurre? Puedes hablar delante de Hecateo sin problema: es parte de esta gloriosa aventura.

He ahí otra razón por la que no te acompañaré: me rebanaría el cuello en cuanto tuviera la menor ocasión.

—Está relacionado con la política en Macedonia.

Leonato frunció el ceño y asintió.

—Muy bien. Hecateo, ¿te importaría darnos unos instantes, por favor? Únete a nosotros para cenar, una hora antes de la puesta de sol, ¿te parece bien?

—Será un placer.

Hecateo miró a Eumenes con odio y salió de la estancia apartando de un manotazo a los dos esclavos que le esperaban más allá de la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leonato mientras las pisadas de Hecateo se desvanecían.

—¿Se te ha ocurrido que Antípatro pueda estar ofreciendo a sus hijas por ahí

a cualquiera que tenga a su mando un contingente de más de diez mil hombres?

Leonato valoró la cuestión.

—¿Y qué pasa si lo está haciendo?

—Haz las cuentas. Ahora mismo tiene a tres o cuatro hijas en edad casadera, yo he perdido la cuenta, igual que él seguramente, además de una sobrina-nieta, Berenice, que acaba de enviudar, y un par de ellas están a punto de madurar. Eso significa que, potencialmente, puede hacerse con todos los parientes que quiera. Supongamos ahora que le ofrece una a todos aquellos que están geográficamente cerca: tú, Crátero, Lisímaco y Antígono. ¿Dónde quedaríais todos?

—Eso, pequeño Eumenes, es irrelevante.

—Pues yo creo que es la consideración más relevante de todo el asunto, a juzgar por tus «proyectos». Luego les podría dar una a Pérdicas y otra a Ptolomeo. ¿Por qué no? Seamos generosos y considerémoslos a todos por igual.

La suficiencia que rezumaba el gesto de Leonato se le antojó a Eumenes nauseabunda.

—No si no tienes intención alguna de tomar a una de sus potras. No. Mi motivación sería ir en auxilio de Antípatro, salvar Macedonia, aplastar a los rebeldes y obtener bastante más gloria de la que obtendría con tus minucias, que habrían servido de no ser por esta gran tarea que se me plantea. Salvar Macedonia, junto con lo que se me ha ofrecido, servirá para alcanzar mis proyectos, y harías bien en ayudarme. Necesito una mente como la tuya, alguien que sea bueno con las cuentas. —Señaló al cofre—. ¿Cuánto estimas que hay ahí, por ejemplo?

A Eumenes no le hizo falta calcularlo: ya lo había sopesado en su cabeza.

—Dos talentos y medio, más o menos.

—¿Lo ves? Yo no habría tenido ni idea.

Eso es porque eres todo belleza, pero te falta cabeza.

—Haz un inventario esta noche y dame la cifra exacta mañana.

Gracias por darme la razón: eres un idiota. Gracias.

—Por supuesto, Leonato. Pero sí me gustaría saber una cosa: ¿qué se te ha prometido que tan útil te va a resultar en tus proyectos?

—¡Ah! —Leonato miró a su alrededor, comprobando, de forma ridícula, que nadie hubiese entrado en la estancia desde que Hecateo se fuera. Bajó la voz

—. Recibí una carta hace unos días. —Volvió a mirar a un lado y a otro—. De Olimpia.

Eumenes sabía qué venía a continuación. *Si eso fuera cierto, podría convertirle en el favorito a la hora de reclamar el trono con total legitimidad. Pérdicas estaría en deuda eterna conmigo si le diera la noticia. Me toca ir a Babilonia en compañía de ese cofre.*

Leonato bajó la voz aún más:

—Olimpia me ha ofrecido la mano de la hermana de Alejandro, Cleopatra. Ya le he escrito aceptando la propuesta.



OLIMPIA, LA MADRE

—¡Leonato! —La voz de Cleopatra sonó estridente y perturbada—. ¿Cuándo hiciste eso, madre?

—Al comenzar el mes —dijo Olimpia sin precisar.

—¿Y por qué, habiendo obviado informarme antes de poner en marcha un plan descabellado, te ha llevado tanto tiempo informarme de ello? —Con un pisotón en el suelo, Cleopatra se dejó caer en una silla de campaña con las manos entrelazadas sobre el regazo. Ardía una lámpara a su lado cuyo humo olía a incienso, y era la única luz que había dentro de la tienda de campaña de cuero.

—Por favor, no grites tanto: te va a oír todo el ejército.

Olimpia se acercó a la entrada de la tienda y cerró las lonas para conseguir un mínimo de privacidad. Se volvió hacia su hija sin quitar las manos de las lonas, a su espalda.

—La razón por la que no te lo dije fue porque sabía que esta sería tu reacción. Pero piensa en ello, Cleopatra. Aún eres joven y fértil, eres la única que podría dar a luz un heredero con el que todas las casas nobles estarían de acuerdo. Un heredero sin sangre oriental, siempre y cuando quien lo engendre sea de sangre noble. No hay nadie, fuera de nuestra familia inmediata, con más sangre argéada en sus venas que Leonato. Es perfecto.

—¿Perfecto para quién, madre?

—Baja la voz.

—No, no lo haré hasta que me des una razón válida de por qué debería aceptar a ese engreído y petulante chulo en mi cama y permitir que siembre un

hijo en mí.

—Hijos.

—¿Más de uno? ¡Peor aún! Puede que sea un valiente soldado, y el hecho de haber sobrevivido a estos diez años y de haber vuelto cubierto de gloria sirve en cierto modo para probarlo, ¿pero cómo puede un hombre obsesionado con su apariencia ser un hombre de verdad? Y, créeme, madre, yo necesito un hombre de verdad.

—Creo que comprobarás que ha cambiado en estos diez años. Que le guste imitar el estilo de Alejandro con el cabello y que se ponga cremas en la piel para mantenerla suave no quiere decir que no sea firme donde de verdad importa. —Olimpia soltó las lonas y se aproximó a su hija, con las manos abiertas y los ojos centrados exclusivamente en Cleopatra—. Olvídate de lo físico y piensa en lo dinástico. Piensa en lo que sabemos: la zorra oriental ha tenido un hijo. Sí, es mi nieto, y sí, apoyo su derecho al trono, pero ¿qué probabilidades de éxito puede tener un mestizo? ¡Prácticamente las mismas que el idiota que ha usurpado el nombre de mi esposo Filipo! Debería haber usado una dosis más fuerte con su madre y haber acabado con ambos.

Cleopatra conocía a su madre muy bien como para sentirse conmocionada.

—¿Así que fue eso lo que ocurrió?

—Por supuesto. No creerás que iba a permitir que una bailarina tesalia diera a luz a un heredero si podía evitarlo, ¿no? Por desgracia, el niño de la muy zorra sobrevivió a la dosis, aunque no así sus entendederas. Pero olvídate de él y piensa en ti. Eres la única hermana de padre y madre de Alejandro.

—¿Y qué hay de sus medios hermanos y hermanas? Sabemos de Filipo, y Europa y Carano ya no son un problema gracias a ti.

—Fue Alejandro quien mató a Carano.

—Madre, no me voy a poner a discutir sobre un nimio asesinato dinástico. Lo que quiero decir es que aún tiene dos medias hermanas: Tesalónica y Cinane.

El rostro de Olimpia se nubló.

—Tesalónica jamás haría nada para obstaculizar mis ambiciones, hace lo que le digo. Fue por mi buen corazón que permití que viviera cuando murió su madre, y la crie como si fuera mía. —*Es útil disponer de una hija de repuesto, aunque no sea de mi sangre. Puede que algún día me sirva para obtener algo de valor*—. En cuanto a esa monstruosidad iliria de Cinane, ha vuelto a casa, al norte, para criar a su asquerosa hija según las bárbaras tradiciones ilirias. Jamás volveremos

a saber de ellas. Eres todo lo que queda de sangre pura. Cásate con Leonato: compartes bisabuela con él, y juntos tenéis más legitimidad que cualquiera para acceder al trono, porque vuestros descendientes podrían ofrecer verdadera estabilidad. Más aún, podría ser una unión rápida, ya que ahora se encuentra en su satrapía de la Frigia helespóntica.

—Mientras tú intentas ejercer el poder a la sombra del trono.

¿Acaso no lo merezco después de todo cuanto he hecho?

—Estaré ahí para guiaros.

Cleopatra miró a los ojos suplicantes de su madre. Se puso en pie y pasó junto a Olimpia. Abrió las lonas de la tienda y vio el ejército epirota acampado sobre la colina. A diez millas de distancia estaba la frontera con Macedonia. Las sombras de las montañas occidentales se alargaban. El humo de un millar de hogueras, las voces rudas de diez mil gargantas y el resoplar y relinchar de un número parecido de monturas y mulas le llenaron los sentidos.

—¿Y cómo pretendes que le explique a mi potencial marido macedonio la presencia de un ejército epirota amenazando la frontera occidental de Macedonia mientras Antípatro, con su ejército principal, está siendo asediado en Lamia?

Olimpia sonrió con dulzura.

—Le sugerí a Leonato en mi carta que se encontrara contigo en Pella, dado que Antípatro está inmovilizado en Lamia. El ejército ha venido a acompañarte hasta la frontera.

—¿Y si rechaza la oferta?

—No la ha rechazado —dijo Olimpia, triunfal, al tiempo que sacaba una misiva de entre los pliegues de sus ropas—. Esto ha llegado hoy para mí, y es la razón por la que te lo he contado. Escribe diciendo que acepta la propuesta de matrimonio y que viajará con una pequeña escolta a Pella tan pronto como le sea posible.

—¿Y si cambia de opinión cuando llegue allí?

—No creo que lo haga con un ejército en la frontera y una rebelión en el sur.

—Y si no tienes una necesidad personal para la invasión, ¿cómo convencerás a Eácides para que su ejército dé media vuelta?

—Viajaré a Pella contigo. Debería estar a salvo con Antípatro y Nicanor atrapados en Lamia. Antes de irme le diré a ese imbécil que si da un paso hacia Macedonia, lo primero que harás como reina será organizar un cambio de gobernante en Épiro.

Cleopatra no pudo evitar sonreír ante las maquinaciones de su madre, por mucho que supiera desde siempre que era así.

—Lo tienes todo pensado.

La tengo.

—¿Te casarás con él?

—Y daré a luz a un heredero de Alejandro. Sí, madre; ahora veo cómo nos conviene a las dos.

—En ese caso, saldremos por la mañana. Si Leonato viaja por mar, deberíamos llegar a Pella a la vez.

—Pella es extremadamente provinciana. Lo digo después de haber pasado diez años lejos —le dijo Leonato a Olimpia mientras comprobaba que su melena estaba en su sitio y contemplaban la ciudad desde el palacio.

La sonrisa de Olimpia era tan gélida como sus ojos.

—Para la gente de Macedonia sigue siendo el centro del mundo.

—Salvo para aquellos que han visto las maravillas de Oriente.

¡Dioniso, es peor de lo que recordaba!

—Eres afortunado de haber tenido esa oportunidad, Leonato. Mi hijo nunca me dio permiso para viajar. —*Aunque, a decir verdad, yo no hubiera querido dejar al sapo de Antípatro sin supervisar ni por un momento.*

Leonato la miró de reojo.

—¿Y dónde está Cleopatra? Llevo aquí dos horas y aún no he conocido a mi futura esposa. Tenemos mucho de lo que hablar. Quiero que nuestra boda sea tan magnífica como merecen dos personas de nuestra altura. Llevará meses de preparación. El pueblo necesita vernos y asombrarse.

Olimpia se sintió contrariada ante tal idea.

—Convendrás conmigo en que la boda debería tener lugar cuanto antes.

Leonato parecía estar pensando en otra cosa.

—¿Qué? Ah, no, no, no. De ninguna de las maneras. En los diez días que han pasado desde que recibí tu oferta he tenido tiempo para valorar mis prioridades. Para empezar, tengo que esperar a que lleguen mis tropas, y luego debo reclutar más aquí, caballería sobre todo. Tengo una acuciante necesidad de caballería. Y luego…

—Leonato —ronroneó Cleopatra, que había aparecido de pronto en el balcón—. Llevo esperando este momento desde que me hiciste el honor de

proponerme matrimonio.

Si Leonato sintió sorpresa por la reescritura del modo en que se había concertado el enlace, tuvo el buen gusto de no mostrarlo.

—El placer es todo mío, Cleopatra. Camina conmigo, querida. Tenemos que planear algunas cosas.

Leonato le ofreció el brazo y ella se lo cogió con gesto inocente mientras le miraba, coqueta, aleteando las pestañas. Con una mirada temerosa a su madre, se unió a su futuro esposo y se alejaron paseando lentamente.

Cuidado, chiquilla, no sobreactúes. Sabe perfectamente que no eres virgen, que tienes dos criaturas y un sano apetito que lo prueba.

—¿No hacen una pareja de lo más elegante, querida Olimpia?

Olimpia se dio la vuelta y vio a la esposa de Antípatro, que le sonreía.

—Mi queridísima Hiperia, qué maravillosa sorpresa. —*Aunque no sea tal sorpresa para ti, zorra regente. A juzgar por tus ropas, joyas, peinado y maquillaje, estás vestida para el combate*—. No esperaba encontrarte aquí; pensaba que estarías con tu marido.

—Ojalá estuviera compartiendo con él sus privaciones, sé que podría reconfortarle. Es importante poder servir de consuelo a un hombre, para mí al menos. Seguro que recuerdas lo que es.

Has hecho la primera sangre.

—Oh, sí, querida Hiperia. Filipo siempre fue un hombre activo, incluso en sus últimos años, cuando rondaba la cuarentena. Seguro que lamentas no haberte casado con tu marido antes de que cumpliera los sesenta.

—Por suerte, aún goza de la energía de hombres mucho más jóvenes. —Hiperia se atusó las ropas con la mano para mostrar la protuberancia de su vientre—. Como ves, querida, vuelvo a estar embarazada.

Olimpia esbozó un gesto de absoluto asombro.

—Los dioses sean loados. Otro bebé para que lo cuiden todas las hijas a las que no has casado. Por cierto, ¿cómo están, querida? Espero que no demasiado hartas de Pella, por mucho que tenga de bueno.

—Oh, no permanecerán aquí mucho más tiempo, pero gracias por preguntar. Hay mucha gente interesada en ellas últimamente. Ptolomeo, desde Egipto, ha escrito solicitando el honor de casarse con una de ellas. Pérdicas también. Sigo en contacto con mi marido a pesar de sus… dificultades actuales.

De su humillación.

—Hemos decidido ofrecerle a Crátero la mano de Fila…

—Pues había oído que ya se la había cogido él… ¿O acaso estaba confundiendo esa extremidad con otra parte de su anatomía?

La sonrisa de Hiperia se amplió aún más, de modo que Olimpia pudo verle hasta las muelas.

—Los esperamos en Pella para los esponsales.

—¡Qué maravilla! Pero dime: ¿a cuál de tus hijas tenías en mente para Leonato? Supongo que la pobre debe de estar muy disgustada.

—En un principio a Eurídice, pero dada la negativa de Leonato hemos decidido casarla con Ptolomeo, y a Nicea con Pérdicas.

—Qué amargo es el rechazo.

Hiperia adoptó un gesto de pesar mezclado con uno de triunfo.

Ese es su gesto de entrar a matar; debo de haber caído de lleno en su trampa.

—Ay, sí. Pero en este caso el rechazo ha tenido el atenuante de una honorable oferta: Leonato llevará a su ejército al sur para romper el cerco de Lamia.

Olimpia sintió la fuerza despiadada del golpe, tal y como Hiperia esperaba. *Pero seguro que Leonato quiere que Antípatro fracase y muera en el asedio. ¿Cómo puede ser tan estúpido?* Y entonces un segundo golpe estuvo a punto de arrancarle el aire de los pulmones cuando entendió lo que pretendía Leonato. *Nunca vuelvas a subestimarle; el muy cabrón ha aceptado a Cleopatra en lugar de a Eurídice porque ella es la clave del trono. Una vez hecho eso, hará un pacto con Antípatro para que este le apoye en su reivindicación si Leonato rompe el cerco de Lamia.*

Hiperia le dedicó un asentimiento y medio guiño cuando comprobó que Olimpia entendía lo que significaba el acuerdo.

—Me alegro mucho por ti y por las felices noticias del compromiso entre Cleopatra y Leonato, querida. Ahora tengo que irme: hay mucho que organizar para mis hijas.

Olimpia, horrorizada, la vio alejarse. *Puede que mi hija llegue a ser reina de Macedonia, pero yo no tendré influencia alguna, porque Antípatro seguirá ostentando todo el poder. Y cancelar la boda no solo no serviría de nada, sino que también correría el riesgo de enemistarme con Cleopatra, que es, al fin y al cabo, mi ruta directa al poder. Tengo que parar esto como sea.* Valoró sus opciones mientras se mordía el interior de la mejilla. *Un momento; Leonato ha dicho que estaba muy escaso de caballería. Vaya, vaya, quizá pueda conseguírsela.*



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

¿Acaso no tenían fin las dificultades que le acorralaban?

Pérdicas se miró el anillo. Cuántas veces se había hecho esa misma pregunta desde que lo recibiera de las manos moribundas de Alejandro. Pérdicas observó las últimas noticias procedentes de los confines de un imperio que se estremecía. Miró al comerciante de ojos cansados y avispados. Sus ropas largas y su turbante elaborado resultaban aún más estrafalarios que cualquier atuendo persa.

—¿Estás seguro, Babrak?

—Sí, buen señor; cuando mi caravana entró escoltada en Alejandría Oxiana, el mensajero esperaba para informar a Filo. Lo primero que hizo al oír la noticia fue convocar una asamblea de la guarnición en la que se votó que abandonarían sus puestos y volverían a casa. Parecían estar obsesionados con volver a ver el mar.

Pérdicas suspiró y se pasó una mano por la nuca. *Bueno, no los culpo por ello. Empiezo a anhelar lo mismo, más aún después de la noticia de la ejecución de Cleómenes y de la casi total declaración de independencia de Ptolomeo al acuñar esas deleznables monedas. ¿Por qué me ha venido eso a la mente? Luego está la incertidumbre sobre Crátero. Sí, el mar sería un buen lugar en el que estar ahora.*

—¿Pero no habían dejado sus puestos cuando volviste a emprender el camino?

—Algunos sí, buen señor. Lo último que supe fue que habían cerrado acuerdos con casi todas las guarniciones de Sogdiana y la mayoría de las de Bactria. Aquellos que pudieron ir a Alejandría Oxiana antes de que empeorara

el tiempo lo han hecho. El lugar se llama así porque está en el Oxo…

—Sí, todos sabemos dónde está Alejandría Oxiana —interrumpió Alcetas—: estábamos allí cuando fue fundada por Alejandro. No podría haber escogido un lugar más yermo para levantar una ciudad.

Pérdicas le lanzó una rápida mirada a Casandro, que en aquella ocasión aún estaba en Macedonia, y, viendo el acierto de lleno que provocaba el bien atinado insulto y el gesto de mofa de Seleuco y Aristonoo, deseó que al menos hubiera unidad entre sus hombres más cercanos.

—Continúa.

Babrak se inclinó y se llevó los dedos a la frente.

—Por supuesto, mis buenos señores. Lamento haberos ofendido con una referencia geográfica básica. Pues bien, bastantes de las guarniciones habían llegado cuando concluí mis negocios, y estaba listo para partir. Diría que había en torno a cinco millares de hombres, tanto en la ciudad como en campamentos dispuestos alrededor, y no hacían más que llegar más hombres. La concentración supuso un auténtico impulso a las ventas, y por eso no tuve necesidad de quedarme allí más tiempo.

Pérdicas miró a Seleuco como invitándole a dar su opinión.

—Esta vez están siendo sensatos —dijo Seleuco al tiempo que se recostaba en su silla, alargaba las piernas y las cruzaba—. La última vez, cuando creyeron que Alejandro había muerto por un impacto de flecha en la India, salieron en pequeños grupos y fueron masacrados. Bien es cierto que algunos volvieron, aunque fueron más los que acabaron muertos, lo que desalentó al resto. En cambio en esta ocasión…

Seleuco no tuvo que acabar su frase. todos sabían lo que estaba en juego. Pérdicas cerró los ojos para pensar. *La existencia misma del Imperio oriental. Si las guarniciones del este desertan, no habrá nadie que pueda evitar que los sátrapas renieguen de mí. Eso, a su vez, llevará a los masagetas y a los sacas, y a otras tribus del norte, a tantear las fronteras en busca de nuevas tierras.* Gruñó en alto a medida que las complicaciones se multiplicaban en su mente. *Y luego están los reinos indios; cómo les gustaría recuperar lo que Alejandro les arrebató.*

—¿Hay algo más, Babrak?

—No, mi buen señor, eso es todo cuanto sé.

—Gracias, has sido muy útil. —Pérdicas le lanzó una bolsa de oro y le indicó que podía retirarse.

—Sí me gustaría pedir algo antes de ausentarme de tu poderosa presencia,

buen señor.

—Lo que quieras.

—Cuando concluya aquí mis negocios me dirigiré a Sardes, en…

—Todos sabemos dónde está Sardes —volvió a interrumpir Alcetas—, lo conquistamos.

Babrak hizo una reverencia y volvió a llevarse la mano a la frente.

—Mis buenos señores, mi educación está muy por debajo de vuestros conocimientos geográficos. No soy digno. ¿Dónde no habéis estado? —Se volvió a Pérdicas—. ¿Sería posible que me facilitarais cartas de recomendación para Menandro, el sátrapa de la región, y para Crátero, que, según tengo entendido, y si los rumores son ciertos, en Cilicia, que está…? Ruego mil disculpas, buenos señores. Todos sabéis perfectamente bien que está de camino, dado que lo conquistasteis.

Pérdicas le hizo otro gesto con la mano para que se retirara.

—Sí, sí. Ahora vete; tenemos importantes asuntos que tratar. Ve a ver a mi secretario: él las redactará, y luego yo las firmaré. —Una vez más fue Seleuco al que miró mientras Babrak caminaba de espaldas haciendo una reverencia tras otra y sin dejar de llevarse la mano a la frente.

—Una gran revuelta merece una contundente respuesta —dijo Seleuco con su habitual franqueza—. Necesitamos saber cómo controlar el extremo oriental del Imperio, y creo que el miedo y la sorpresa, en igual medida, son las herramientas adecuadas.

—Así que hay matarlos a todos antes de que emprendan camino en primavera.

—¿Y cómo sabrás que estás matando a los hombres correctos? Si haces eso, tendrás que matar a todos los griegos de la ciudad y de todas las guarniciones, planearan desertar o no. Eso no serviría de mucho. No. Esperaremos a que salgan, a que se hayan agrupado del todo, y entonces los mataremos, a todos ellos. Incluidos las mujeres y los niños. Así enviaremos un mensaje inequívoco a todas las satrapías orientales, y sabrán quién está al mando.

—Peitón es el hombre adecuado para el trabajo —dijo Aristonoo pasados unos momentos y después de haber valorado la masacre que tendría lugar si a sus antiguos compañeros de armas les era negado su sueño de volver al mar—. Tendrán que pasar por Media, su satrapía.

—Pero podrían sumar más de quince mil hombres —señaló Seleuco—, puede que veinte mil. El ejército de su satrapía cuenta con menos de quince

mil. Para asegurarse la victoria por completo, y, dada la situación, hay que asegurarla, necesitará un contingente de veinticinco mil.

—En ese caso, tendré que prestarle las tropas —dijo Pérdicas.

Pero fue Casandro quien puso en palabras lo que todos estaban pensando.

—Si le das a un hombre veinticinco mil hombres para destruir a un ejército de mercenarios de veinte mil, ¿cómo puedes estar seguro de que no acabará con un ejército de cuarenta y cinco mil? Después de todo, cuando veinte mil mercenarios ven a un ejército de veinticinco mil, y son antiguos compañeros, no van a cargar, se van a rendir, con lo que acabarán por unirse al ejército que se había enviado a detenerlos. Aunque solo sea para sobrevivir y esperar otra oportunidad de volver a casa.

Dioses, ¿por qué tiene que ser todo tan difícil? ¿Por qué no puedo tener el Imperio de Alejandro tal y como lo tenía él? Pérdicas miró alrededor, a los rostros expectantes de sus compañeros. *Tengo que ser visto tomando decisiones con la facilidad con la que lo hacía él.*

—Casandro, haz que Peitón venga a Babilonia tan pronto como le sea posible; son algo menos de cien leguas hasta su residencia de Ecbatana. Con el sistema de relevos, le llegará el mensaje en dos días, y podría estar aquí en cinco. Alcetas, encárgate de que los mercenarios griegos que hay en Babilonia reciban su paga: no quiero que estén descontentos cuando oigan lo que está ocurriendo en el este. —Pérdicas se dirigió a Seleuco cuando Alcetas salió de la estancia siguiendo a Casandro—. Empieza a pensar de dónde podemos sacar las tropas necesarias para dárselas a Peitón y que detenga esto.

Seleuco se puso en pie.

—¿Dejándote las tropas suficientes para abordar cualquier otro problema que pueda surgir?

Pérdicas frunció el ceño, incapaz de comprender.

—¿Otro problema? ¿Dónde?

—Bueno, tal y como están las cosas, podría ser en cualquier parte. Ptolomeo, Antígono, incluso Crátero, de quien no hemos tenido noticias durante meses. Quién sabe lo que piensa hacer con sus diez mil veteranos. Cualquiera de tus potenciales enemigos podría aprovechar la ventaja de verte escaso de tropas.

Debería haber sido yo el que hubiera dicho eso. Debo pensar más rápido; no quiero que la gente empiece a plantearse que estoy desbordado. Si yo no puedo liderarlos, ¿quién puede?

—Por supuesto, deja suficientes por si hay que encargarse de otra cosa. Creía que estabas diciendo que ya teníamos otro problema.

—Por supuesto, señor —dijo Seleuco, con el rostro rígido como una máscara, antes de dar media vuelta e irse.

—Si quieres mantener la lealtad de ese joven ambicioso y capaz —dijo Aristonoo cuando estuvieron solos—, te recomiendo que no finjas haber pensado ya en algo que él sugiera o puntualice.

—Pues claro, ¡ya había pensado en ello! —espetó Pérdicas—. Seleuco no es el único con cabeza.

—No, no lo es —convino Aristonoo mientras se ponía en pie—. Yo también tengo algo, y si quieres seguir contando con mi consejo, te recomiendo que no vuelvas a gritarme, en particular cuando estés mintiendo.

Con el gesto exhausto y una sensación de entumecimiento en todo su ser, Pérdicas vio cómo su partidario más leal se marchaba a grandes zancadas. Intentó levantarse y ofrecer una disculpa, pero las palabras se negaron a salir, y, en su lugar, se hundió en su silla y se restregó los ojos con los nudillos. *Quizá debería ser yo el que marchase al este a encargarme de los desertores; al menos entonces estaría haciendo algo que sí sé: luchar. Algo para lo que sé que valgo*. Le llevó un par de latidos percatarse de la estupidez de esa idea. *Si fuera al este, no me quedaría un oeste al que volver. ¿Qué puedo hacer?*

Era en momentos como aquel, cuando la depresión, sumada a una sensación de inminente fracaso, pesaba en él, que Pérdicas se iba al lugar en el que todos sus desvelos parecían merecer la pena. Con el alma algo recuperada entró en la sala del trono, bulliciosa de meticulosa actividad, y contempló el catafalco de Alejandro, ya construido y a falta de los elementos decorativos.

—Has hecho muchos progresos desde la última vez que estuve aquí, Arrideo —dijo Pérdicas, radiante de satisfacción al ver lo que se había convertido en un orgullo para él.

—Sí, señor. Como puedes ver, la cubierta ya está puesta —respondió Arrideo después de consultar el boceto que tenía delante—. Era la última parte de la estructura, y hoy empezaremos con la decoración, que nos llevará todo el año que viene y algo más. He dado orden de que los escultores empiecen con su labor. En cuanto acaben, será el turno de los pintores y, por último, de los orfebres con el oro y la plata.

Pérdicas sintió que su depresión se desvanecía mientras observaba el vehículo, a la cabeza del cual volvería triunfal a Macedonia como el custodio del cadáver de un dios y regente de los dos reyes que eran sus herederos. Eso era lo que apuntalaría su posición.

—Muy bien. Muy bien, Arrideo. Entonces ¿seguimos teniendo la salida prevista para la primavera del año posterior al siguiente?

—Siempre y cuando las mulas hayan sido entrenadas a tiempo, sí. Confío en poder estar listo para partir en el equinoccio.

—¿Y cuándo llegaríamos a Macedonia?

Arrideo se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo; estaríamos en Siria un mes después de haber dejado Babilonia, y luego, desde allí, es difícil de estimar, dado el estado de los caminos.

—Bien, bien. Pondré a alguien a trabajar en ese problema. Necesito saber exactamente cuándo salir con la idea de llegar a tiempo para su entrada en Macedonia. No puedo perderme ese momento.

—En primer lugar, vas a tener que sacar esa cosa de aquí —dijo una voz a su espalda.

Pérdicas dio media vuelta y se topó con Eumenes, cubierto del polvo del camino.

—¿Qué estás…?

—¿… haciendo aquí? He venido a verte, porque, una vez más, necesitas mi ayuda. Y, a cambio, yo necesito la tuya.

—¿Por qué necesito tu ayuda?

Eumenes señaló a la doble puerta principal de la sala.

—Para empezar, necesitas que alguien te diga que vas a necesitar ensanchar eso.

Pérdicas miró a las bellas puertas de cedro encerado que medían tres veces lo que un hombre. A él le parecían lo bastante altas.

—¿Por qué?

—Si quieres encabezar triunfalmente el cortejo funerario de Alejandro cuando vuelvas a casa, primero vas a tener que sacar el catafalco de aquí.

Pérdicas volvió a mirar a las puertas y luego al catafalco y empezó a sentirse indispuesto. *Ni siquiera puedo hacer eso bien. He ordenado que construyan aquí el catafalco, en un recinto en la que las puertas son demasiado pequeñas como para sacarlo. ¡Qué idiota! Pero ¿por qué no se ha dado cuenta nadie más? Seleuco, Aristonoo, mucha gente lo ha visto; Arrideo lo tiene delante todos los días. ¿Acaso se han dado cuenta todos pero no han dicho nada para reírse a mi costa? ¿Se ríen todos de mí a mis espaldas?*

—¡Arrideo!

El aludido levantó la mirada de sus bocetos, conmocionado por la rabia que

desprendía el grito.

—¿Sí, señor?

Pérdicas se acercó a él amenazante.

—¿Por qué no me dijiste que el catafalco sería demasiado grande como para caber por las puertas?

Arrideo se irguió y echó hacia atrás los hombros.

—Lo intenté, Pérdicas. Dije que en mi opinión no debíamos construirlo aquí, pero no quisiste escucharme.

—Pero yo no sabía que iba a ser tan grande.

—Porque no me diste la oportunidad de advertirte.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Eso es problema tuyo. Fuiste tú quien insistió en construirlo aquí. Yo lo construyo y tú lo sacas. Y ahora, señor, si no te importa, debo seguir con mi trabajo.

Con exagerada firmeza, Arrideo volvió a centrarse en sus garabatos.

Pérdicas dio un paso hacia él, pero se detuvo. *Quieto; ya has perdido bastante dignidad.*

—Sabia decisión —dijo Eumenes a su espalda—. Sería absurdo alienarlo aún más, sobre todo teniendo en cuenta que tú fuiste el idiota que insistió en construirlo aquí. Podría acabar diciéndote algo como «por los cojones». La frase parece haberse puesto de moda estos días.

Pérdicas se dio la vuelta para encararse con el pequeño griego.

—Estoy harto del sonido de tu voz y de tu arrogancia.

—Vaya, es una lástima, Pérdicas, porque estaba a punto de contarte algo muy interesante que deberías saber. Sin embargo, para no herir sensibilidades, permaneceré callado. Aunque sí soy de la opinión de que deberías escucharme; si hubieras escuchado a Arrideo, ahora no serías el hazmerreír. Pero, bueno, es decisión tuya.

Dio media vuelta y empezó a caminar hacia la puerta trasera de la sala.

Este pequeño cabrón tiene razón. Sería un idiota si no escuchara lo que tiene que decir después de haber hecho un viaje tan largo para decírmelo. Tragándose lo que le quedaba de orgullo, Pérdicas caminó a toda prisa para alcanzarle.

—Lo lamento, Eumenes.

—¿Lo lamentas? ¿En serio? Dioses, puede que tenga que buscar un lugar para sentarme. No creo que haya oído jamás a un macedonio pidiendo perdón. ¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas tomar asiento tú también?

—Muy gracioso. Dime lo que has venido a decirme.

—Salgamos al exterior, donde no pueda oírnos nadie.

—¿Estás seguro? —dijo Pérdicas mientras recorrían el gran patio del complejo palaciego—. ¿Leonato se va a casar con Cleopatra?

—Me lo dijo él mismo.

—¿Y ella ha aceptado?

—Fue al revés: ella, o, mejor dicho, Olimpia, le hizo la oferta y Leonato la aceptó. Creo que de ese modo apelaban mejor a su vanidad.

Pérdicas no estaba de humor para frivolidades.

—Pero esto es un asunto serio… Si hace eso, podrá reivindicar prevalencia sobre mí.

—Claro que sí, porque sería rey.

—¿Rey?

—Por supuesto. El ejército de Macedonia, junto con el ejército de su satrapía, el mismo que va a utilizar para salvar a Antípatro, le proclamarían rey en cuanto levantase el asedio de Lamia y la revuelta griega en Occidente fuera aplastada.

—Pero ¿qué hago?

Eumenes se sentó en la base de la fuente que había en el centro del patio.

—Defenderte de un posible ataque sin mostrarte provocador.

—¿Crees que Leonato me atacaría? Lo más seguro es que Antípatro le disuadiera, dado que estoy prometido a una de sus hijas.

—¿Pero te has casado ya? En estos momentos no tienes ningún lazo familiar con él, con lo que no sentiría la necesidad de contener a Leonato si decidiera invadir. Seamos francos, Pérdicas: la guerra es inevitable. Siempre y cuando quieras preservar tu posición, claro. Y tu vida, ahora que lo pienso.

Pérdicas se sentó junto a Eumenes y valoró sus palabras, asintiendo lentamente.

—Antígono, Ptolomeo y ahora Leonato. Tienes razón, Eumenes, la guerra es inevitable, así que más me vale prepararme para ella.

Frunció el ceño. *¿Es este el peligro del que estaba hablando Seleuco? ¿Acaso ya preveía el conflicto entre nosotros, que fuimos hermanos? ¿Por qué no se limitaron a aceptarme como líder? Después de todo, tengo el anillo.*

—Así que me recomiendas que me prepare para un posible ataque, pero sin

mostrarme provocador.

—¡Ah! Me estabas escuchando.

Pérdicas le dedicó al griego una mirada que le llevó a inclinar la cabeza y a levantar una mano a modo de disculpa.

—Pues dime.

—Yo lo veo así —dijo Eumenes, tomándose tiempo para formular el argumento en su cabeza—. Puedes olvidarte de Ptolomeo, ya que ahora está ocupado afianzando su posición en Egipto. En cuanto a Crátero, nadie sabe lo que va a hacer, con lo que es una variable aritmética. Sin embargo, de lo que sí puedes estar seguro es de que, si Leonato invade, con o sin Antípatro, cruzaría el Helesponto hacia su satrapía y luego se dirigiría al sur para unirse con Antígono. Este último no te tiene ninguna simpatía, a juzgar por su última misiva.

—Por los cojones, sí. Preferiría que nos olvidáramos de eso. Pero sí, tienes razón. ¿Qué hago?

—Llevar un ejército hasta allí y esperarlos.

—Pero eso sería provocar; dirían que fui yo el que empezó la guerra.

—Si ese ejército está haciendo otra cosa, no. Algo que no tuviera pinta de estar concebido para repeler una invasión.

—¿Como qué?

—Como someter Capadocia. —Eumenes levantó la mano para detener la protesta de Pérdicas—. Piénsalo: Capadocia linda tanto con la Frigia de Antígono como con la Frigia helespóntica de Leonato. El Camino Real atraviesa la región, por tanto, mientras estás derrotando a Ariarates, si llegas a saber que la invasión es inminente, podrás moverte con presteza por el camino hacia donde te sea necesario estar. Sin embargo, durante todo ese tiempo,¡ parecerá que estás pacificando una satrapía en vez de planeando una guerra civil. Y, para asegurar el tiro, puedes enviar un ejército que zanje la cuestión armenia: está al lado de Capadocia y podría reforzar tu contingente principal en caso de necesidad.

Pérdicas valoró el asunto.

—Sí; Neoptólemo podría encargarse de eso.

—Yo había pensado en alguien con cierto grado de competencia.

Pérdicas negó con la cabeza.

—Necesito asegurar su lealtad dándole la posibilidad de obtener algo de gloria. Lo hará bien.

—No. No lo hará bien.

Pérdicas ignoró la puntualización y se limitó a pensar en la hermosura de la estratagema. *Volvería a hacer algo para lo que de verdad valgo, volvería a estar en el campo de batalla liderando tropas. Volvería a recuperar mi autoestima y el respeto que me deben mis pares. Sí, este griego astuto tiene razón. ¿Y qué si sale ganando algo con el trato? Lo importante es que yo me sentiré mejor conmigo mismo. Y, si le asiento en Capadocia, y con Armenia pacificada, tendré a alguien en el norte cuidando de mis intereses si en algún momento debo dirigirme al sur para enfrentarme a Ptolomeo. Y, además, ¿qué más puedo hacer mientras espero a que concluya la construcción del catafalco?*

Pérdicas sonrió y dio una palmada a Eumenes en el hombro.

—Eres el más retorcido de todos los griegos.

—Vaya, gracias, Pérdicas.

—Y también el más astuto. Lo haré. Llevaré a mi ejército a Capadocia para ti.



Antípatro, el regente

—¡Magas! —aulló Antípatro intentando hacerse oír por encima del violento choque provocado por un inaudito asalto a las murallas de Lamia—. ¡Magas! ¡Lleva hombres a la Puerta Oeste! ¡Es una distracción, están avanzando con el ariete! Dispón aceite y artillería allí. ¡Ahora!

El segundo al mando de Antípatro levantó la mano para indicar que había comprendido justo cuando otra escala chocaba contra el parapeto. Dejando la amenaza en manos del quiliarca que comandaba las tropas de esa sección de la muralla sur, Magas echó a correr. Bajó las escaleras a toda prisa hasta la calle y luego siguió adelante, cruzando la ciudad hasta la muralla oeste.

Satisfecho de que el asalto a las puertas sería debidamente atendido, Antípatro proyectó su lanza contra un hoplita ateniense que subía por una de las muchas escalas apoyadas contra el muro sur de la ciudad. Volvió a dar un empellón con su arma y gruñó por el esfuerzo cuando la punta impactó una y otra vez contra la defensa del hoplita, que la sostenía sobre la cabeza mientras trepaba y que solo disponía de su mano derecha para mantener el equilibrio. La escala se combó ante la presión del ataque de Antípatro y por el peso de los hombres que venían detrás. Pero el ateniense seguía trepando, invulnerable bajo su escudo, decorado este con la terrible cara de Medusa, con la lengua roja, los ojos grandes y la melena de serpientes retorciéndose.

A ambos lados de Antípatro, los hombres luchaban contra los griegos, sedientos de sangre, que trepaban por las escalas. Les lanzaban ladrillos, estocadas con las picas o las lanzas e intentaban empujar aquellas escalas que aún no estaban repletas de tropas de asalto. Llevaban horas así, sin descanso,

desde que sonaran los cuernos llamando al ataque poco después del amanecer y antes de que la mayoría de los defensores hubieran desayunado, por lo que muchos luchaban con el estómago vacío —bien era cierto que desde hacía tiempo no llegaban a estar llenos del todo—. Con el asedio en su cuarto mes y el precio de la carne de gato, de perro y de rata en niveles desorbitados, el desayuno era, muchas veces, más un lejano recuerdo que otra cosa.

Dioses, me comería un perro entero, pensó Antípatro cuando sintió que le rugía el estómago, y emitió un eructo de sabor amargo. *Soy demasiado viejo para luchar con el estómago vacío. ¿Cómo puede ser que este hombre no se dé por vencido?* Una vez más, golpeó el escudo del ateniense con la pica, solo que esta vez sintió que la punta se hundía en la madera recubierta de cuero. Empujó con todas sus fuerzas, y obligó al hoplita a detener su escalada. Una flecha pasó volando junto a su cabeza mientras Antípatro empujaba su arma intentando apartar el hoplón de la cabeza del ateniense.

—¡Abatidle! —le gritó al hombre que tenía a la izquierda.

Este le lanzó una gran piedra sobre la cabeza que impactó en el penacho de crin de caballo que adornaba el casco ático del ateniense. Con un grito que apenas fue audible en medio del caos del asalto, el hoplita cayó de la escala golpeando al hombre que tenía debajo y dejando libre la pica de Antípatro. Con una rápida estocada le sacó un ojo al soldado que había quedado repentinamente expuesto mientras que el hombre que tenía a su derecha, armado con una horca, empujaba la escala. Esta se inclinó hacia atrás con facilidad ahora que ya no tenía tanto peso. Cayó con estrépito sobre los escudos alzados de las tropas que esperaban su turno para unirse al asalto, cientos de ellos, con más hombres en reserva desplegados en la tierra de nadie que se extendía entre las murallas y las líneas de asedio. Pero en cuanto fue repelida, la escala fue recuperada por manos ansiosas y levantada de nuevo bajo una lluvia de jabalinas proveniente de una de las unidades de peltastas que Antípatro había intercalado, a lo largo de la muralla, con la infantería.

Dioses, ¿por qué no desisten? Al fin y al cabo, no son más que un grupo de distracción. ¿De verdad quieren morir convertidos en mera distracción?

Arriesgó una fugaz mirada al oeste para ver que el ariete, con su cubierta de cuero a dos aguas, había desaparecido por la esquina en su lento avance hacia las puertas principales.

—¡Toma el mando de este sector! —le gritó Antípatro al quiliarca.

Arrugó la cara cuando un proyectil de honda le impactó en el yelmo

emitiendo un ensordecedor tintineo. Se agachó y se dirigió a las escaleras que llevaban a la base de la muralla.

—Relévalos en cuanto amaine el combate —le ordenó Antípatro al barbudo oficial al mando de la reserva que esperaba junto a las escaleras—. Supongo que se retirarán pronto, porque están a punto de conseguir que el ariete llegue a las puertas.

Con un seco asentimiento, Antípatro aceptó el saludo del oficial y señaló a dos hombres para que le escoltaran. Luego recorrió a toda prisa las estrechas calles de Lamia hacia las puertas principales.

A pesar de que la ciudad estuviera siendo asediada y de que, en ese momento, estuviera siendo asaltada, la vida seguía, en la medida de lo posible, como siempre. Los artesanos comerciaban en sus establecimientos vendiendo lo que habían almacenado precisamente para un momento como aquel. Los zapateros remendaban sandalias, los herreros martilleaban sus yunques y las lavanderas lavaban la ropa sobre tablones rugosos; todo ello provocaba en Antípatro una sensación de irrealidad mientras pasaba junto a ellos después de haber estado matando hombres a menos de doscientos pasos de allí. También pensó que los habitantes de Lamia debían de estar muy acostumbrados a la guerra dada su posición geográfica, precisamente en el camino que un ejército debía recorrer, se dirigiese al sur o al norte. *Me pregunto cuántos de ellos dispondrán de reservas de comida. Nos estamos acercando a un punto en el que no tendré más opción que empezar a registrar casas para dar de comer a mis hombres.*

Con este pesaroso sentimiento, e ignorando los insultos antimacedonios que le espetaban hombres sin rostro ocultos entre la multitud, Antípatro se encaminó al ágora, lleno de vida, con puestos de mercado donde podía encontrarse de todo menos comida, al menos abiertamente, ya que a pesar de que hubiera ordenado que todo alimento debía ser distribuido por sus servicios de intendencia, Antípatro sabía que podía conseguirse carne y trigo de estraperlo en el ágora.

—No, no quiero comprar uno de tus sombreros —le gruñó Antípatro al inoportuno hijo de un vendedor mientras apartaba la mano que intentaba agarrarle del hombro y le propinaba una colleja.

—¡Salvaje macedonio! —gritó el niño, y corrió a confundirse con la muchedumbre.

—¡Bárbaro grosero! —gritó otra voz sin cuerpo, y a esta le siguió otro chaparrón de gritos parecidos que reflejaban el desprecio que sentían los

griegos hacia sus señores del norte.

Inquieto al pensar que el populacho de Lamia no tardaría en asesinar a todo macedonio en su cama si no fuera porque un ejército sitiado era fuente de negocio, Antípatro se sacudió a otro par de comerciantes y se abrió paso entre la estruendosa muchedumbre hasta la amplia calle que llevaba del ágora a las puertas principales.

—¿Cómo va? ¿Aguantan? —le preguntó Antípatro a Magas cuando llegó a las torres y al son intermitente del ariete con cabeza de hierro que golpeaba la madera.

—Aguantarán un tiempo —repuso Magas mientras señalaba a las barras de metal que reforzaban la puerta—, el suficiente como para freír desde lo alto de las almenas a un puñado de esos cabrones. ¡Moved el culo! —le gritó a un grupo de hombres que llevaban guantes gruesos y cargaban con ocho marmitas humeantes repletas de aceite hirviendo—. ¡Corred, no caminéis! —Volvió a dirigirse a Antípatro—. Los arqueros no pueden penetrar la cubierta de cuero, así que voy a intentar incendiar el artilugio y abrasar a esos hijos de puta.

—Con eso valdrá. Me asombra que Leóstenes haya ordenado un ataque a gran escala cuando lleva meses sentado e intentando rendirnos por hambre recurriendo a poco más que un ataque de vez en cuando, para mantener las apariencias y para que sus hombres no se adormilen.

—Puede que esté ya aburrido y lo haya hecho para pasar el rato.

Antípatro afeó el gesto cuando otro impacto retumbó en las puertas. Le alivió ver que estas se mantenían firmes.

—Es un modo bastante poco eficiente de pasar el rato. Sus bajas ya se cuentan por centenares.

—Menos hombres a los que pagar. Después de todo, la mayoría son mercenarios, ¿no?

—La mayoría sí. Pero está usando ciudadanos atenienses como distracción, y son ellos los que están sufriendo la mayor parte de las bajas.

Magas se encogió de hombros y, juntos, ascendieron las escaleras por las que debían subir los soldados cargados con el aceite hirviendo.

—Puede que los políticos le hayan ordenado que acabe con este asunto.

—Eso mismo me estaba planteando, y lo único que se me ocurre que podría azuzarlos a ello sería que supieran que o bien Leonato o bien Crátero están de camino para levantar el asedio.

—O los dos.

—Exacto.

La torre que coronaba las puertas estaba atestada de arqueros, mercenarios cretenses en su mayoría, que llevaban años a sueldo de Antípatro. Un par de escorpiones ligeros ocupaban los laterales.

—¡Moveos! ¡Moveos! —gritó Magas al tiempo que se abría paso a empujones—. Aceite hirviendo. Suben aceite hirviendo. ¡Aceite hirviendo, malditas babosas! —Se encaramó con ímpetu al parapeto—. Ordena a tus hombres que retrocedan —le dijo al oficial cretense—. Luego disparad a discreción cuando empiecen a huir. ¡Y eso también va por los artilleros!

Antípatro cogió un escudo abandonado y, con él protegiéndose la cabeza, se inclinó para mirar el ariete desde las almenas. Era enorme. El tronco era el de un árbol viejo, alto y grueso. La cabeza de hierro se hacía visible cada vez que emergía de la cubierta de cuero para impactar contra las puertas.

Proyectiles de honda repiquetearon en el escudo de Antípatro y este se apartó del borde para dejar paso a las marmitas.

—No va a servir de nada, Magas. La dotación está perfectamente a salvo bajo la cubierta. El aceite resbalará hacia los lados.

—Y con eso basta. ¡Vamos! ¡Echadlo!

Volcaron las cuatro primeras marmitas y descargaron aceite humeante que abrasaría la carne de cualquiera que entrase en contacto con él. Solo que, tal y como había predicho Antípatro, no llegó a tocar a nadie. Tal era la resistencia de la cubierta de cuero.

—¡Ahora las otras cuatro! —gritó Magas.

Con una creciente sensación de urgencia, a medida que la cadencia de los golpes del ariete aumentaba, descargaron las últimas marmitas de aceite sobre el ariete. Antípatro arriesgó otro vistazo al tiempo que el oficial cretense ordenaba que sus hombres se desplegaran en el parapeto ahora que había sido desalojado. La cubierta de cuero estaba cubierta de aceite, los hombres que había debajo estaban indemnes; sin embargo, la inclinación que llevaba a las puertas estaba obligando al aceite a recorrer toda la superficie de la máquina.

Adustos bajo sus gorros de cuero y ala ancha, los cretenses tensaron las flechas y esperaron a la orden mientras varios hombres con antorchas corrían hacia ellos.

—¡Ahora! —gritó Magas.

Lanzaron media docena de antorchas ardiendo hacia las faldas de la muralla

y, en cuestión de instantes, Antípatro percibió con deleite el olor a fuego rabioso cuando el aceite se convirtió en un infierno repentino que envolvió la cubierta y cayó por los lados como una cortina de llamas. Al momento, los primeros integrantes de la dotación salieron a toda prisa por la parte trasera. Chascaron las cuerdas cuando los cretenses, expertos en el manejo de su arma, abatían, uno a uno, a los hombres que huían de las llamas. Ascendieron los gritos de los hombres de la dotación que estaban en la parte frontal y que se veían obligados a probar suerte saliendo por los laterales convertidos en una cascada de llamas. El aceite se les adhería a las túnicas, al pelo y a la piel desnuda provocando ampollas y quemaduras mientras, desde lo alto, las flechas acertaban en ellos con impecable puntería. Para más de uno de los que se revolvían en el suelo, consumidos por las llamas, el impacto de una saeta en el pecho era todo un acto de clemencia. Antípatro comprobó con agrado que los arqueros nunca dejaban sufrir a un hombre que ardía, dado que todos los que habían tomado parte en un asedio conocían el miedo que provocaba el fuego que caía desde lo alto y habían sido testigos de la agonía de aquellos que morían calcinados: una muerte que no merecía un guerrero, ni siquiera un enemigo, y menos aún un compañero mercenario.

—¡Ya nos hemos librado de esos hijos de puta! —gritó Magas con ojos enloquecidos por la emoción de la victoria mientras los cretenses seguían abatiendo a cualquiera que estuviera dentro de su alcance.

Antípatro estudió el campo de batalla entre la humareda que desprendía el ariete. Entre las puertas y las líneas de asedio, las unidades griegas que esperaban a irrumpir por las puertas cuando fueran derribadas ahora retrocedían. El estruendo proveniente del intento de escalada en la muralla sur se atenuó. Justo cuando estaba a punto de dar media vuelta y de alejarse, pensando ya en un trago reconfortante de vino amargo y en una frugal ración de pan horneado, se oyó el retumbar de un cuerno de caballería. Ante las puertas, a doscientos pasos de las líneas de asedio, apareció un jinete inclinado sobre su montura. A la izquierda de Antípatro estaba el origen de la llamada del cuerno: con las capas ondeando a sus espaldas, una unidad de dos docenas de soldados montados perseguían al solitario jinete.

—¡Cubridle! —les ordenó Antípatro a los cretenses y a los artilleros.

Fueron los artilleros, debido a su mayor alcance, los que dispararon primero. Los proyectiles, la mitad de altos que un hombre, sisearon por los aires hacia los perseguidores al tiempo que el jinete azuzaba a su montura hasta el límite

entre dos unidades de hoplitas en retirada. Tal era su velocidad, y tal fue la sorpresa que ninguno de los infantes se interpuso en su camino.

—Preparaos para abrir la poterna —le ordenó Antípatro al capitán de la guardia.

De miembros musculosos, las dotaciones artilleras tiraron de los brazos de torsión de sus máquinas y cargaron las armas. Se soltaron los seguros y los brazos de los artefactos se propulsaron hacia delante hasta los topes, lanzando así los proyectiles. Antípatro se protegió los ojos del sol con la mano y siguió la trayectoria, maravillado ante la puntería de las dotaciones contra un objetivo en movimiento. Uno de los proyectiles se clavó en el suelo, en medio del contingente de perseguidores, hasta provocar el tropiezo de uno de los caballos, que, a su vez, derribó a otro. El segundo se incrustó en las ancas de otro que iba al galope. El animal sufrió la sacudida y levantó las patas delanteras, que patearon al aire mientras el jinete intentaba, sin éxito, aferrarse a su cuello.

Pero los jinetes no se daban por vencidos en su objetivo de evitar que llegase a la ciudad el primer hombre en burlar el asedio desde que la circunvalación quedara completada. Una vez más, las dotaciones cargaron sus máquinas, mientras los cretenses tensaban flechas ahora que la caballería griega se ponía a su alcance.

Tras otros dos sordos chasquidos, los grandes proyectiles volaron, uno por encima de los griegos que se aproximaban, el otro descabalgando a uno de los jinetes. Se trataba de una montura blanca, según se percató Antípatro, parecida a la que montaba Leóstenes el día que parlamentaron. Los cretenses empezaron a disparar flecha tras flecha contra la caballería, que no tardó en volver grupas al tiempo que otros dos proyectiles de la artillería se clavaban en el suelo a su espalda sin causar daño.

Antípatro aguzó la vista cuando los jinetes en retirada se detuvieron junto al cuerpo de su compañero caído, y se atrevió a soñar con que, si el hombre abatido era Leóstenes, habría tenido mucha suerte. Emocionado, casi se olvidó del jinete que se acercaba.

—¡Abrid la puerta! —dijo, y apartó los ojos de lo que, estaba seguro, era el cuerpo del general mercenario, postrado e inmóvil en el suelo, a unos ciento veinte pasos de distancia.

Abajo, la poterna chirrió al abrirse, y el jinete accedió a la ciudad. El caballo resoplaba después del intenso galope. El jinete desmotó de un salto y, mientras

se retiraba el casco, miró a Antípatro.

—Hola, padre —dijo Yolas—. Tengo buenas y malas noticias.

—Son buenas noticias —dijo Antípatro mientras mordía, pensativo, una manzana arrugada, uno de los pocos tesoros que su hijo había logrado traer con él en su pequeño zurrón de viaje. Miró el mapa rudimentario que se extendía sobre la mesa de su despacho—. Así que podemos esperarle en los diez próximos días si tenemos en cuenta el estado de los caminos a estas alturas del año.

—Me temo que también están las malas noticias, padre.

Antípatro miró a su hijo pequeño con resignación en la mirada.

—En mi experiencia siempre las hay. Adelante.

—El ejército de Leonato sigue en la Frigia helespóntica, y no se espera que cruce a Europa hasta poco antes del equinoccio de primavera. Además, el cruce llevará más de lo habitual, dado que hay muy pocas naves disponibles…

—Porque Crátero ha requisado todas las embarcaciones disponibles a lo largo del Egeo oriental para la flota que Alejandro quería, y ahora se las ha quedado él. —En sus tiempos de juventud, Antípatro habría estallado al oír la noticia, pero ahora solía aceptar las cosas de forma más natural.

Bueno, es lo que hay, supongo. Al menos Leonato está de camino y podré levantar la moral a la tropa con la noticia. Miró a Magas y a Nicanor: ambos disfrutaban también de una manzana arrugada.

—Así que un par de meses más resistiendo… Podemos hacerlo, ¿verdad?

Nicanor mordisqueaba el corazón de la manzana.

—Yo diría que sí, padre. Y saber que hay ayuda en camino lo hará más sencillo, incluso si tenemos que recurrir a comernos el cuero de las botas.

—El cuero de las botas y la corteza de los árboles —elaboró Magas.

Antípatro valoró la situación mientras se acababa su manzana, corazón incluido.

—Dad la orden de registrar las casas en busca de comida, Magas, y traedla aquí bajo escolta. No quiero a nadie acaparando comida en los dos próximos meses, y necesitaré que mis hombres estén en condiciones de luchar para romper el asedio en cuanto aparezca el ejército de Leonato. —Se volvió a Yolas—. ¿Es esa la única mala noticia?

Yolas esbozó un gesto de disgusto y negó con la cabeza.

—Me temo que no, padre. Leonato ha rechazado la oferta de matrimonio.

Antípatro no comprendió.

—¿Entonces por qué viene en mi auxilio si no desea una alianza formal para convertirse en familiar mío?

—No está en condiciones de aceptar la propuesta porque ya ha accedido a una oferta de matrimonio de Cleopatra.

Antípatro estuvo a punto de atragantarse con la manzana. Una llovizna de fruta a medio masticar cayó sobre el mapa.

—¡Eso es cosa de esa zorra! —Dio un golpe en la mesa con la palma de la mano—. Puedo percibir el hedor que desprende desde aquí. Comprendo perfectamente lo que ha hecho Olimpia, y no pienso permitir que tenga éxito. Está intentando hacer reina a Cleopatra y que Leonato usurpe mi lugar. Supongo que su precio por romper el cerco será que le apoye para que sea proclamado rey. La exigencia llegará en cualquier momento.

Yolas sacó una carta de su zurrón.

—Imagino que debe de ser esta, padre. Leonato me la entregó cuando salí de Pella.

Antípatro leyó el documento antes de arrugarlo y lanzarlo a una esquina.

—¡Es chantaje!

Yolas recogió la carta y leyó el contenido.

—Yo diría que es política pragmática, padre.

—¿Y qué sabes tú de pragmatismo político a tu edad?

Yolas le entregó la misiva a Nicanor.

—Solo que, si yo tengo algo que tú necesitas, como un ejército, por poner un ejemplo, entonces sería un necio si te lo facilitara sin pedir nada a cambio, máxime cuando mi ejército es el único disponible.

—¡Ah! Pero no lo es —dijo Nicanor después de dejar el documento en la mesa—. Está el de Crátero, y él tiene, además de un ejército, una flota. ¿Llegaste a verle?

Yolas asintió.

—Sí. Estuve con él un tiempo mientras valoró tu petición, padre.

Antípatro mostró interés.

—¿Y?

—Y no tomó ninguna decisión.

Esta vez Antípatro fue incapaz de contenerse.

—¿Qué? ¿Está sentado en Cilicia con más de diez mil veteranos y con una

de mis hijas cuidándole como si fuera un rey y no puede tomar la decisión de auxiliar a su futuro suegro?

—Sí, me temo que es eso.

—¿Entonces qué está haciendo?

—Eso solo lo sabe Crátero.



CRÁTERO, EL GENERAL

—Cuarenta y dos trirremes, puede que más, general —le informó Clito el Blanco a Crátero mientras contemplaban, desde el palacio del sátrapa, el puerto de río atestado de Tarso.

—Setenta y tres birremes, treinta y cinco *lembi* para labores de mensajería y reconocimiento y ciento veintitrés barcos de transporte, cuarenta de los cuales han sido convertidos en transportes para caballos que podrán albergar sesenta y cuatro animales cada uno, lo suficiente como para cruzar el Helesponto con la caballería en un viaje.

Crátero contempló admirado la flota amarrada, de tres en tres y de cuatro en cuatro, junto a los embarcaderos construidos a lo largo del río Cidno a su paso por la gran ciudad de Tarso en su camino al mar, a cuatro leguas de distancia.

—Muy bien, Clito, pero ¿quién ha dicho que voy a querer transportar a mi ejército al otro lado del Helesponto?

—Nadie, general, pero, si así lo deseases, tendrías los barcos para hacerlo.

—¿Y si no?

—Y si no, pues seguirías teniendo los barcos para hacerlo.

Crátero sofocó una sonrisa. *Este es precisamente el tipo de soldado que necesito a mi servicio. Soy afortunado de contar con él, por mucho que sienta la necesidad de vestirse de Poseidón y de agitar un tridente.*

—¿Tú qué dices, Poliperconte? ¿Debería aceptar a Fila como pago, tal y como ofrece Antípatro, y dirigirme al norte con los barcos para transportar caballos de Clito y conquistar Europa, o me quedo con mi Amastris y, dado que mi esposa es persa, me hago con Asia?

El avispado soldado miró a su comandante con gesto perspicaz.

—Creo que esa pregunta sería mejor hacérsela a las damas involucradas, general: solo ellas serán capaces de tocar todos los puntos necesarios en favor de sus respectivas causas.

Crátero rio. Fue una risa genuina y honesta. Acto seguido, dio una palmada a su segundo al mando en la espalda.

—No son los puntos más delicados de las causas de las damas los que me preocupan, amigo mío: sé bien que ninguna de las dos teme que entre en detalle y hasta el fondo. La cuestión es cuál de las dos tierras está lo bastante madura como para arrancar del árbol, si Europa o Asia. Es un hecho que no queremos pudrirnos en Cilicia, y ahora que hemos librado la costa de la amenaza pirata, no hay mucho de qué ocuparse. Y todos sabemos lo que le pasa a un ejército que se aburre, ¿no es así, caballeros?

Miró a los cielos; las pesadas nubes de los últimos días habían empezado a blanquear y a dispersarse. Se hacía evidente que el frío empezaba a remitir después de haber sacudido la costa durante los meses de invierno.

—Llega la primavera y, con ella, la temporada de campaña. Hay tronos que conseguir, amigos míos. Y yo me he ganado el derecho a uno. Pero la cuestión es: ¿cuál?

Ese, precisamente, era el problema que había estado rondándole la cabeza desde que le llegara la noticia de la muerte de Alejandro: ¿hacia dónde ir? Ambas direcciones tenían sus pros y sus contras, y disponía de una mujer para ayudarle en aquella que decidiera emprender.

Fila, la hija de Antípatro, le facilitaría el apoyo del viejo, que aún seguía sitiado en Lamia. Si sus fuentes estaban en lo cierto, y no había razón para pensar lo contrario, ya que encajaba con la arrogancia del hombre, Antípatro vería con buenos ojos un aliado contra Leonato, quien, probablemente, haría uso de sus nuevas conexiones reales para coronarse rey. Eso era algo que todos aquellos que habían estado próximos a Alejandro querrían evitar. Aquel chulo arrogante, que con su peinado pretendía imitar al gran hombre, no llegaría a ser un rey consensuado, ya que serían pocos los que soportarían a un sujeto así como señor absoluto. Además, tampoco podía decirse que gozara de la más brillante mente militar.

Y luego estaba Amastris, su esposa persa, con la que Alejandro le había obligado a casarse en las bodas de Susa. Era prima de Estatira, la esposa de Alejandro, y sería útil para ganarse a la nobleza persa si decidía marchar al este

y derrocar a Pérdicas. Claro que esto último significaría ir contra aquello por lo que había discutido con Alejandro y que resultó ser la razón última de que fuera enviado de vuelta a Macedonia para, oficialmente, relevar a Antípatro: la fusión entre sangre macedonia y oriental. Sin embargo, Oriente era el gran premio, de eso Crátero no tenía duda, porque había visto sus riquezas con sus propios ojos.

Fue Poliperconte quien rompió el silencio.

—Puede que Macedonia no sea tan rica como Oriente, pero es mucho más segura. Los griegos volverán a ser derrotados. Épiro lleva un siglo sin constituir una amenaza real. Los ilirios se pasan el tiempo luchando entre ellos, como los tracios. Eso cuando Lisímaco no hace alguna incursión. Yo creo que la elección es evidente: divórciate de Amastris, cásate con Fila, hazte yerno de Antípatro, y luego todo lo que tienes que hacer es aplastar a Leonato entre tú y él, y no tendrá más opción que hacerte heredero.

—Pero eso significaría macedonios luchando contra macedonios, y eso no puede ocurrir jamás. Además, ¿qué hay de Casandro?

—¿Qué poder ostenta Casandro? ¿El mando de los jóvenes Escudos de Plata que han reemplazado a los tres mil veteranos que están aquí contigo? ¿De qué van a servir? Está a leguas de Macedonia, es débil y, lo que es más importante, no es uno de los nuestros. Alejandro le dejó en casa. Casandro jamás se haría con Macedonia, ya fuera contra ti o contra cualquiera. No tiene experiencia, jamás ha liderado un ejército. De hecho, apenas ha combatido.

Clito gruñó para mostrarse de acuerdo, aunque Crátero pensó que se trataba más del deseo personal de volver a casa que de cualquier análisis estratégico de la situación. Era en momentos como esos en los que Crátero sabía que solo había una persona a la que podía pedir una opinión imparcial, aunque fuese en contra de sus propios intereses.

—Mi padre estará resentido con Leonato por obligarle a apoyar su reivindicación del trono por levantar el sitio de Lamia —dijo Fila mientras Crátero y ella se relajaban en un baño caliente repleto de pétalos de rosa traídos del sur. Un esclavo tocaba una dulce melodía con el arpa en una esquina de la estancia, oculto tras una mampara de madera—. Y tampoco le gustará que Cleopatra se convierta en reina, porque entonces Olimpia volvería a estar en el centro del poder, así que será tu aliado tanto si ayudas a Leonato a

levantar el asedio como si no.

Crátero inclinó la cabeza hacia atrás, la posó sobre la repisa y extendió los brazos a ambos lados. Luego miró a lo alto, a los techos ricamente coloreados de motivos geométricos. Cerró los ojos y disfrutó del calor del agua y de la posición de su pulgar.

—Entonces lo que estás diciendo, Fila, es que moverse con presteza haría inevitable el enfrentamiento con Leonato.

—Sí. Ahora mismo Leonato es fuerte, así que, si logra levantar el asedio de Lamia sin sufrir demasiadas bajas, cualquier intento de evitar que se haga con Macedonia llevaría a una guerra civil, algo que debes evitar a toda costa.

Crátero se mordió el labio y valoró sus palabras.

—Entonces, si decido ir al oeste, no hay prisa.

—Exacto. No desperdicies a tus hombres haciendo algo que Leonato puede hacer por sí solo. Deja que sufra las bajas y entonces, con suerte, quedará debilitado y será más receptivo a las negociaciones.

—¿Y si fracasa y tu padre queda atrapado en Lamia?

—Ese sería el mejor resultado posible. El prestigio de Leonato se desplomaría y ninguna de las casas nobles le aceptarían como rey, tampoco el ejército. Entonces te tocaría a ti, y no fracasarás.

Jamás he fracasado.

—Y podría exigirle a Leonato que me dejara lo que quedara de su ejército para salvar el honor de Macedonia ante los griegos rebeldes. Movió el pulgar del pie y, como recompensa, recibió una risa seguida de un leve suspiro. A pesar de la ardorosa tarde en sus aposentos, Crátero jamás se cansaba de Fila, ya fuera de su cuerpo o de su mente. Su intelecto era del mayor de los calibres que hubiese conocido en una mujer, y, de hecho, había pocos hombres que pudieran decirse sus iguales. Se decía que su padre solía consultarle desde una edad muy temprana, antes incluso de que hubiera florecido su feminidad; tal era su capacidad analítica.

—¿Y si libera a tu padre sin perder fuerza?

—Entonces mi padre renegará de su palabra y no apoyará el intento de Leonato de hacerse con la corona. Entonces solicitará tu apoyo.

—Y le dejará así a Leonato la opción de dar un paso atrás o de convertirse en un villano por ser el primero en buscar el enfrentamiento con un compatriota macedonio.

—Exacto.

Crátero sonrió.

—En ese caso, no seré yo quien rompa el acuerdo cuando Antípatro se vuelva contra Leonato. Pesará exclusivamente, sobre la conciencia de tu padre. Yo solo estaré haciendo lo que considero mejor para Macedonia.

Fila sonrió, con la melena castaña pegada a la piel pálida de sus mejillas. Sus ojos verdes brillaban, traviesos, mientras con los pies también ella se puso a jugar.

—Oh, estoy segura de que lo superará, aunque jamás ha roto su palabra, ni siquiera cuando se trataba de Olimpia. Leonato se llevará toda una sorpresa.

—Sí, se le va a estropear el peinado. Estoy deseando verle la cara cuando sepa lo que ha hecho tu padre. —Intentó llevar a cabo otro par de maniobras con el pulgar—. ¿Estás segura de que estará dispuesto a romper su palabra?

—¿Mmmmm?

La concentración de Fila empezaba a flaquear, así que Crátero repitió la pregunta.

—Hmmmm. Bueno, si no lo hace, Leonato tendrá que matarle, porque Olimpia insistirá en ello.

—Así que a Occidente, cuando sea el momento, ¿aunque sea el trono más pobre?

—En este momento solo hay un punto en el sur que me interesa.

Crátero retiró el pulgar.

—¡Eh!

—¿Me dirijo al oeste aunque sea el trono más pobre?

—Ya sabes lo que opino de lo que significa gobernar Oriente, y no ha cambiado en los siete últimos meses. Nadie puede dominarlo por completo, de modo que siempre habrá guerra. Hazte con el menor de los premios y vive en paz y con honor de modo que nadie pueda decir que fue Crátero el que dio comienzo a la guerra entre macedonios.

—¿Me recomiendas eso aunque sepas que podría suponer un conflicto directo con tu hermano Casandro?

—Me has pedido opinión acerca de un asunto concreto, no sobre mis sentimientos personales. De todos modos, es mi medio hermano, y no es que me caiga muy bien. —Le cogió el pie y volvió a colocarlo donde había estado antes—. Además, no tiene poder, y es poco probable que lo consiga, de modo que no supone ninguna amenaza.

Crátero cedió a su petición de placer y disfrutó de las caricias de los pies de

la mujer mientras, de una vez por todas, descansaba la mente y apartaba de sí cualquier anhelo de convertirse en heredero de Alejandro. Que fueran hombres de menor valía los que se enfrentaran: él se haría con Macedonia. Ahora era una cuestión de calcular bien los tiempos. ¿Cuál sería el momento correcto?

La primera parte de la respuesta llegó desde el norte y en forma de barco.

—Ha tardado tres días en llegar hasta aquí —les dijo Clito a Crátero y a Poliperconte después de presentarles al trierarca de un pequeño y esbelto *lembi* recién llegado a Tarso aquella mañana, con el amanecer.

—¿Así que el ejército de Leonato empezó a cruzar la mañana que saliste, Acacio?

—Sí, general. Clito me envió a patrullar el Helesponto y me ordenó que volviera a toda prisa en cuanto se pusieran en marcha. Les llevará tiempo, dado que tienen muy pocos barcos disponibles, dos docenas a lo sumo.

Crátero hizo una serie de cálculos mentales y luego asintió para sí.

—En ese caso, probablemente habrán cruzado todos esta noche o, a más tardar, mañana al mediodía.

—Eso significa que estarán en Pella dentro de cinco días —dijo Poliperconte sin necesidad de pensar en el trayecto.

—Dado el tiempo necesario para aprovisionarse de cara a la campaña, Leonato debería estar en condiciones de marchar allá por el equinoccio de primavera. —Crátero le lanzó una pesada bolsita a Acacio—. Buen trabajo; págales a tus hombres con vino y mujeres antes de volver a hacerte a la mar.

El rostro del trierarca se iluminó, y quedaron al desnudo unos dientes de los que la mayoría de las mujeres habrían huido a falta de un considerable incentivo monetario.

—Que los dioses te guarden, general.

—Envía más naves a patrullar la costa de Tesalia, Clito —dijo Crátero cuando Acacio se retiraba—. Quiero saber el momento exacto en el que Leonato empiece a moverse hacia el sur.

—Sí, general. ¿Debería preparar al resto de la flota para zarpar?

—No. Todavía no.

Poliperconte frunció el ceño.

—¿A qué estamos esperando?

—A dos cosas. Clito, ¿sabemos algo de nuestras patrullas en Samos y en el Pireo?

—Solo que los atenienses aún tienen un par de escuadrones patrullando la costa de Lamia para evitar que la flota de Antípatro rodee al ejército. Sin embargo, la flota principal aún está amarrada, general. En cuanto se haga a la mar sabremos hacia dónde se dirigen.

—Muy bien. En cuanto sepa eso solo habrá una cosa de la que preocuparse: Pérdicas.



EUMENES, EL ASTUTO

Eumenes siempre había disfrutado de una buena confrontación, y aquella era una de las mejores que había presenciado, debido a que ninguno de los contendientes podía alcanzar un compromiso porque no había soluciones intermedias; todo se reducía a una pugna entre dos voluntades. *Si fuera jugador, apostaría por Pérdicas,* pensó Eumenes, apoyado contra la ventana abierta de las dependencias de Roxana mientras observaba al ejército de Babilonia reuniéndose en el patio del palacio preparado para marchar al norte, a Capadocia.

—Si el rey ha de acompañar al ejército —dijo Roxana casi gritando; tal era su indignación—, entonces el idiota se queda aquí.

—¡El idiota, como tú le llamas, también es rey! —La exasperación de Pérdicas se manifestó en su voz, que subió una octava—. Y cuando el ejército parte en campaña, lo hace con los dos reyes; parte como Ejército Real para gozar de legitimidad absoluta.

—Mi hijo es toda la legitimidad que necesita el ejército, ya que es el único y verdadero rey.

—Filipo tiene el mismo rango que tu hijo, Roxana, y eres perfectamente consciente de ello.

—Yo no soy consciente de nada. Soy la reina, y he dado a luz al hijo de Alejandro el Grande, su verdadero hijo. La sangre de Alejandro corre por sus venas. Dime, Pérdicas: ¿qué sangre es la que corre por las venas del idiota? Dímelo.

¿Cómo vas a salir de esta, Pérdicas? Eumenes se volvió para asimilar por

completo la respuesta de Pérdicas y su expresión mientras replicaba.

—Filipo tiene la sangre de la dinastía argéada, que es todo lo que necesita para ser elegido rey por el ejército, y así se hizo, Roxana, ¿recuerdas? A los reyes de Macedonia los elige el ejército, no una zorra oriental que resultó ser follada por Alejandro porque Hefestión ya no estaba por ahí.

Cierto.

—¡Yo era su esposa! ¡Había llegado el momento de que me dispensara sus atenciones!

Pérdicas se agachó para esquivar el jarrón que Roxana le arrojó con asombrosa puntería. Estalló contra la pared a dos pasos de Eumenes.

—Hefestión pasaba demasiado tiempo con Alejandro y no podía darle hijos.

Y no será porque no se entregaran por completo, eso está claro. Eumenes frunció el ceño y se llevó el pulgar y el dedo corazón a la frente, sumido de pronto en sus pensamientos. *¿Qué acaba de decir?*

—Roxana —dijo Pérdicas para zanjar el asunto—, no voy a perder más tiempo con esto. Tanto el rey Alejandro como el rey Filipo viajarán con el ejército. La única pregunta es si quieres venir tú también.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Exactamente lo que he dicho: ¿quieres acompañar a tu hijo cuando viaje con el Ejército Real o prefieres quedarte aquí? La elección es tuya, pero, francamente, me alegraría mucho que decidieras quedarte.

Los ojos de Roxana, la única parte visible de su cara tras el velo, miraron a Pérdicas con incredulidad.

—¿Serías capaz de separar a un bebé de su madre?

—No me vengas con esas. Ni le das el pecho, ni le cambias ni le duermes. De hecho, no haces nada por él. Dudo mucho que vaya a echarte en falta cuando envíe a los soldados a recogerlo. —Pérdicas se agachó grácilmente para evitar otro jarrón.

—¡No tienes ningún derecho!

—Soy su regente: yo decido lo que es mejor para él, y considero que lo mejor para él es viajar con el ejército. —Dio media vuelta para irse y le indicó a Eumenes, con un movimiento de cabeza, que le siguiera.

—¡Lo mataré antes de permitir que lo separes de mí!

Eumenes esbozó una leve sonrisa comprensiva.

—No, no lo harás, Roxana, porque sabes que eso significaría también tu muerte. Pero harás lo que ordena Pérdicas o este hará público que fuiste tú

quien envenenó a Hefestión.

Pérdicas miró a Eumenes, confundido.

—¿Eso haré?

—¡Mentiroso! —gritó Roxana.

Eumenes esquivó una zapatilla.

—¿Lo soy, Roxana? Acabas de delatarte. Todos sabemos ya cómo envenenaste a Estatira y a Parisátide: Pérdicas tiene a una interesante testigo, bien a salvo por si fuera necesaria en un futuro…

—Fue Pérdicas el que accedió a que lo hiciera. Fue él quien las convocó a Babilonia.

Pérdicas descartó la acusación con un gesto de la mano.

—Tonterías.

—¡Lo hiciste! —La segunda zapatilla voló de su mano y le dio en el pecho.

—Lo que Pérdicas haya hecho o dejado de hacer es irrelevante —insistió Eumenes—. El hecho es que sabemos que las envenenaste, y, dado que eres una consumada artista en la materia, no es difícil adivinar que envenenaste también al que era tu rival en lo que a las atenciones de Alejandro se refería. Y prácticamente lo acabas de admitir, Roxana. Cuando Pérdicas ha dicho algo así como: «Un rey de Macedonia es elegido por el ejército, no por una zorra oriental que resultó ser follada por Alejandro porque Hefestión ya no estaba por ahí», y entonces tú has replicado: «¡Yo era su esposa! Había llegado el momento de que me dispensara sus atenciones», dando a entender que fuiste tú la que decidió que ya era hora de conseguir las atenciones de Alejandro y que, para hacerlo, necesitabas matar a tu rival. Envenenaste a Hefestión, y puedes negarlo tanto como quieras, pero encaja. —Hizo una pausa para dedicarle a Roxana una falsa sonrisa—. Haremos que esto quede entre nosotros, ¿te parece? Siempre y cuando hagas lo que se te dice, por supuesto. De lo contrario, Roxana, le haremos saber al ejército lo que hiciste. Hefestión caía muy bien, y me temo que ser la madre del heredero de Alejandro no te servirá de mucho cuando se enteren, más aún teniendo en cuenta que pretendías cambiarlo por otro niño de haber sido una niña. No te olvides de que aún tenemos a la esclava que puede dar testimonio de este acto de traición tan oriental. —Su sonrisa se amplió—. Partimos mañana, al amanecer. Vamos, Pérdicas.

Después de esquivar un peine de marfil, Eumenes dio media vuelta y abandonó la habitación con un perplejo Pérdicas que se rascaba la nuca a la

zaga.

Cuando las puertas de las dependencias de Roxana se cerraron a sus espaldas, Pérdicas miró a Eumenes.

—¿Cómo…?

—¿… sabía que Roxana envenenó a Hefestión? No lo sabía, ha sido mera intuición por el modo en que ha dicho «Había llegado el momento de que me dispensara sus atenciones». Parece que he dado en la diana. Supongo que se unirá a nosotros mañana fingiendo que entraba dentro de sus planes desde un principio.

Los músculos de la mandíbula de Pérdicas se tensaron de rabia.

—La muy puta… Debería ejecutarla por eso.

—Yo no lo haría, podría sernos de utilidad. Aparte de ser una experta lanzadora de lo que sea que tenga a mano.

—No es gracioso, Eumenes.

—No he dicho que lo sea.

—Podría decirse que es la causante de todo este desaguisado…

—¿Porque de no haber muerto Hefestión Alejandro habría tenido una razón para vivir? Lo dudo. Aún le quedaba medio mundo por conquistar. Creo que ese era motivo suficiente para él.

—¿Crees que…?

—¿… mató a Alejandro? No: sería más poderosa ahora si hubiera vivido. Si crees que ahora es retorcida, imagina cómo podría haber sido parapetada tras el trono de Alejandro. Sea como sea, especular sobre lo que podría haber sido es una pérdida de tiempo. Ahora toca centrarse en la realidad. ¿Has sabido algo de Peitón?

—Lo último que he sabido es que ha llevado a las tropas que le entregué de vuelta a Media y que está esperando en Ecbatana a que Filo empiece a moverse. Tiene espías vigilando los caminos, y dice haber estado en contacto con algunos de los desertores que están dispuestos a pensárselo dos veces. A cambio de un precio, naturalmente.

—Naturalmente. ¿Y nuestro seguro para que Peitón haga lo correcto y no aumente su ejército al doble?

—Seleuco está de camino, y seguirá los pasos del ejército de Peitón sin que él lo sepa. Aunque no creo que Peitón tenga arrestos para rebelarse.

—No me preocupa solo Peitón. ¿Qué pasa si a su ejército le seduce la idea de volver a casa y cree que esos griegos no van mal encaminados?

Pérdicas miró a Eumenes horrorizado.

—Dioses, no había pensado en eso.

Pues claro que no, por eso necesitas siempre mi ayuda. Lo que sí me encantaría sería que lo admitieses, aunque fuera una vez.

—Un ejército de entre cuarenta y cincuenta mil desertores crecería muy rápido en su camino hacia Occidente. Seleuco se encargará de que el resultado sea el esperado. Cuando hayamos sometido Capadocia, no tendrás que preocuparte ni de Peitón ni de ese Filo.



FILO, EL VAGABUNDO

El equinoccio se aproximaba, las nieves se habían derretido en los valles del este, pero aún resistían en las cumbres circundantes. Miró hacia el oeste desde una ventana alta, hacia las tierras que tendrían que atravesar si deseaban alcanzar el mar, yermas y marrones después de un invierno bajo la nieve. Aquella tierra se le antojó inhóspita como nunca, pero ese día, por vez primera, no sintió resentimiento, ya que ese día sería el último que se sentiría atrapado en aquel erial sin fin que se extendía hasta más allá de lo que podía imaginarse. Ese día comenzarían su marcha hacia el mar.

Filo sintió la emoción del momento en las tripas, y tuvo que apoyar las manos firmemente en la repisa de la ventana para dejar de temblar: tal era la tensión. Del exterior llegaba el murmullo de voces entusiasmadas, miles de ellas, ahora que los mercenarios griegos de las guarniciones del este se reunían en el patio de armas de Alejandría Oxiana. Formaban en *taxeis,* unidades de entre quinientos y mil hombres, después de haber cargado sus pertenencias en una larga fila de carretas que esperaban a ambos lados del puente que cruzaba el Oxo, junto con los civiles y aquellas familias que volverían con ellos.

Debe de haber entre cinco y seis mil civiles, calculó Filo cuando intentó estimar el número de bocas inútiles a las que tendrían que alimentar durante el viaje. *Tendría que haber prohibido que los trajeran.* Pero justo cuando le vino esa idea a la mente, supo que habría sido imposible hacer cumplir la orden. ¿Cómo los habría detenido? ¿Ordenando a sus hombres que atacaran a cualquiera que siguiera a la columna? ¿Que asesinaran a sus propias mujeres e hijos? Claro que no habrían obedecido, y habría perdido respeto y autoridad. Así que tendrían

que cargar con ellos, y no cabía duda de que ralentizarían la marcha. Decidió apartar el problema de la mente, dado que no podía hacer nada al respecto.

Filo se volvió y miró su habitación por última vez. Estaba prácticamente vacía, salvo por el armazón de la cama, una mesa con una bacinilla de arcilla y una silla: todo lo que dejaba atrás. *¿Quién será el siguiente en utilizarlos? ¿O saquearán la ciudad gentes que no tienen necesidad de tales cosas?* Después de decidir que no le importaba lo que le ocurriera a Alejandría Oxiana cuando se hubiera ido, cogió su zurrón de cuero, el escudo y el casco y salió de la habitación dejando la puerta abierta de par en par y sin mirar atrás.

—Ya casi estamos, señor —dijo Letodoro cuando Filo apareció en el patio de armas—. Disponemos de dieciocho *taxeis* con un total de poco menos de doce mil hombres.

—¿Han vuelto todos los mensajeros?

—Casi todos. Traen promesas de otros siete u ocho mil hombres que se unirán a nosotros en el camino. Ahora que conocen nuestra ruta, no deberían tener problemas para encontrarnos.

—Esas son muy buenas noticias, Letodoro. Cuantos más seamos, más probabilidades de éxito tendremos. Haría falta un hombre muy valiente para atacar a un contingente de veinte mil mercenarios veteranos que intentan volver a casa. Con suerte nos verán pasar y darán gracias si sus hombres no intentan unirse a nosotros.

Letodoro no parecía tan convencido.

—Confiemos en que sea eso lo que hagan, aunque yo apuesto a que tendremos que luchar en algún momento.

Filo suspiró, dejó caer su zurrón al suelo y apoyó el cuerpo sobre el escudo.

—¿De verdad crees que estarían dispuestos a perder a cientos de hombres, puede que a miles, solo para detenernos?

—Los macedonios se van a encabronar con nosotros, y sé por experiencia que cuando los macedonios se encabronan suelen liarse a palos sin tener en cuenta lo que pueda costarles, aunque solo sea porque eso les hace sentir mejor.

Filo valoró la cuestión un instante.

—Bien, no hay nada que podamos hacer al respecto, salvo estar preparados para esa eventualidad y asegurarnos de que mantenemos suficientes exploradores alrededor de la columna para evitar sorpresas desagradables.

—Muy bien, señor.

—Me dirigiré a los hombres antes de partir —dijo Filo mientras se subía a la tarima que había en el centro del patio con el casco bajo el brazo.

Permaneció allí un instante, observando los rostros barbudos y expectantes que esperaban que les dirigiera unas palabras. Sintió el peso del liderazgo sobre los hombros. Había liderado a hombres en combate muchas veces, pero nunca en un viaje desesperado a lo largo de tres mil millas de lo que debía considerarse territorio hostil. Sabía que no podrían confiar en nadie salvo en sí mismos y en aquellos que se les unieran por el camino. *Pero si lo conseguimos, entonces eclipsaremos a Jenofonte y a sus miserables diez mil, que apenas recorrieron un tercio de esa distancia.*

—Amigos —declamó cuando el silencio se hizo manifiesto—, o quizá debiera decir hermanos, porque seremos hermanos en los meses que siguen, apoyándonos los unos a los otros, confiando solo en nosotros mismos y en nadie más. Y así es como debe ser si hemos de alcanzar nuestro objetivo de llegar al mar.

Al mencionar su objetivo último, el patio de armas estalló en vítores, se agitaron los yelmos en el aire, el bronce destelló bajo el sol naciente y los penachos de crin de caballo, blancos, negros y dorados, se mecieron con la brisa.

Filo dejó que gritaran un rato antes de alzar las manos pidiendo silencio.

—Puede que nos permitan volver sin interponerse en nuestro camino: seremos suficientes como para que cualquiera se lo piense dos veces antes de intentar detenernos. Sin embargo, no voy a mentiros, hermanos: existe la posibilidad de que tengamos que luchar para abrirnos paso hasta el mar.

Una vez más, al oír la mención al mar, volvieron a estallar los vítores y a agitarse los cascos.

—Pero una cosa os puedo prometer —continuó Filo en cuanto supo que le oirían—: que si nos vemos obligados a luchar, entonces lo haremos, sin importar a quién envíen contra nosotros, ni siquiera si sabemos que los ojos que nos miran desde esos escudos son hermanos de otro tiempo, porque ya no serán nuestros hermanos si se oponen a que sigamos nuestro camino. Nadie podrá detenernos si nos mantenemos unidos en nuestro propósito. Saldremos de este páramo al que fuimos condenados por el crimen de querer volver a casa. Pero ahora, el monstruo que nos condenó, a pesar de los servicios que le prestamos, está muerto. Y bien muerto está, ya que volvemos a ser libres. Seguidme, hermanos, seguidme hasta el mar.

Ante un rugido masivo, Filo cogió su casco, diseñado para cubrirle casi toda la cara, con agujeros para los ojos y guarda nasal corta, con carrilleras y un bello y alto penacho, y se lo caló con un gesto de exagerada fanfarronería. Bajó de la tarima y, después de coger su zurrón, caminó con firmeza entre la masa de mercenarios que le jaleaban hacia la Puerta Oeste de la ciudad.

Pasó junto a las carretas y luego cruzó el puente de piedra que salvaba el parsimonioso Oxo, con sus hombres siguiéndole, hasta que se encontró encabezando la columna. Allí se detuvo, echó su zurrón a la primera carreta, levantó el puño y lo abrió y cerró tres veces.

Acompañado por el vítor más estruendoso del día, bajó el brazo para señalar hacia Occidente, y con ese gesto dio el primer paso hacia el mar. Los *taxeis* le siguieron, marchando junto a las carretas hasta que solo quedó la retaguardia a la zaga, que marcharía detrás del bagaje.

La marcha hacia el oeste era infinita y agotadora. El camino era más bien un sendero creado por los mensajeros y caravanas que viajaban desde y hacia la India y hacia las tierras veladas y de ensueño que se extendían más allá. Pronto el camino giraba al sur, hacia Zariaspa, y a pesar del cambio de dirección, cada paso seguía siendo un paso hacia la libertad, y la dureza del terreno que atravesaba el camino se antojaba menos al pensar en ella.

Al segundo día de marcha alcanzaron Zariaspa, donde otros tres mil quinientos mercenarios los esperaban llorando lágrimas de alegría y esperanza. Filo y sus hombres saludaron a sus nuevos hermanos, hombres como ellos, duros guerreros que habían conocido poco más que una vida en el campo de batalla desde que cumplieran la mayoría de edad. Hombres de todas las edades les jalearon al unirse a la columna; algunos de ellos ya habían entrado en su séptima década de vida, y lucían cincuenta años de cicatrices ganadas luchando por Persia y por Macedonia; marchaban al paso de hombres más jóvenes que habían venido a Oriente, y a los que no les había gustado lo que habían encontrado allí. Una vez que aquellos que se acababan de incorporar tomaron posiciones, Filo volvió a mirar al oeste. Abandonó el camino seguido de la columna, ya que este serpenteaba hacia el sur y luego hacia el este cruzando los altos pasos de los Montes Parapanisos, y luego descendía hacia Aracosia, donde, una vez más, viraba al oeste antes de dirigirse al norte, hacia Aria, y de allí a Partia. Era en Partia, al sur de la ciudad de Susia, donde Filo tenía pensado retomar el camino después de haber atravesado con sus hombres las cien leguas de tierras salvajes que constituían el corazón de Bactria. Luego

cruzarían el río Margo por Alejandría Margiana y después el río Oco en Siraca.

La comida y el agua eran más escasas cuanto más se alejaban de las zonas más habitadas, y las tribus bactrianas, que llamaban a esa tierra salvaje su casa, no tenían el hábito de compartir. Sin embargo, dada la envergadura del contingente, las tribus dejaban a Filo y a sus seguidores tranquilos. Se contentaban con seguirlos desde la lejanía y atacar a los grupos de exploradores o forrajeadores que se atrevían a alejarse demasiado de la columna principal.

Siguieron adelante, bajo el sol, el viento y la lluvia. De vez en cuando se unían a ellos grupos más pequeños de mercenarios, desertores de las guarniciones de la frontera norte que habían decidido apostar por una vida mejor, lejos de las planicies monótonas, de las montañas, los desiertos, de los ataques constantes de los dahes y los masagetas, jinetes estos últimos sedientos de sangre y que odiaban a todo el mundo salvo a ellos mismos.

A los pocos días el tiempo mejoró, aunque aún era demasiado pronto en esa época del año para que el sol del mediodía resultara preocupante, de modo que marchaban desde el amanecer hasta el ocaso sin descansar siquiera para almorzar el pan seco y el queso duro que comían a pie. Eran pocos los que se rezagaban, y aquellos que lo hacían eran recogidos por las carretas del bagaje, ya que nadie estaba dispuesto a dejar a un hermano a merced de las crueldades, reales o imaginarias, de los bactrianos.

Filo agradecía a los dioses cada día que el tiempo mejorara, ya que, a pesar de que no lloviera mucho en aquellas tierras yermas, tampoco el calor era tan excesivo como para hacer de la sed una maldición.

Cruzaron pequeños ríos que secaban a su paso después de rellenar odres y de dar de beber a las bestias de carga. Tenían que recorrer varias leguas contando con unas reservas escasas del preciado líquido hasta que daban con el siguiente arroyo.

Así viajaban: una columna de casi una legua de largo, pero diminuta en medio de la inmensidad del terreno coronado por un cielo inmisericorde. Miles de hombres que parecían poco más que una pequeña culebra serpenteando por el suelo del desierto dada la magnitud de lo que los rodeaba.

Fue con gran alivio que Filo divisó las murallas de Alejandría Margiana, construida para custodiar el puente sobre el río Margo, cercano al límite

occidental de Bactria. Allí esperaban otros cuatro mil mercenarios con los zurrones llenos y sus puestos abandonados. Ahora tenían a más de la mitad de las guarniciones del este y el norte con ellos. Aquellos que no se habían unido a la columna ahora quedaban atrás, y, por lo tanto, ya no constituían una amenaza.

—Dos días, Letodoro —dijo Filo cuando los mercenarios levantaron el campamento en la margen oeste del puente de Margiana—. Descansaremos aquí dos días y luego probaremos suerte con la siguiente etapa.

Letodoro sonrió. Tenía la piel y la barba cubiertas del polvo del camino, por lo que el blanco de los ojos parecía brillarle más de lo normal.

—Si he de ser sincero, señor, no creía que fuéramos a llegar tan lejos, sin contratiempos y con tantos de nuestros muchachos aún en pie. Me dicen que solo un par de cientos han cogido sus cosas del bagaje para quedarse aquí una vez que nos hayamos marchado.

Filo suspiró al pensar en el destino que esperaba a aquellos incapaces de continuar.

—Pobres diablos. Deja todo el dinero que puedas a los sufetes de la ciudad: puede que así podamos comprar algo de compasión y evitar que los masacren y les roben.

—Lo dudo.

Filo cogió aire con los dientes apretados.

—Sí, me temo que yo también lo dudo. Pero ¿qué podemos hacer? Si esperamos a que se recuperen, entonces habrá otros que caigan enfermos. Partimos dentro de dos días, pase lo que pase.

Al amanecer del segundo día levantaron el campamento, la columna formó y el viaje hacia el oeste y hacia el mar continuó. No tardaron en cruzar de Bactria a Partia. El terreno empezó a ascender y descender y la vegetación, a ser más frondosa. Buscar alimento se volvió más fácil dada la abundancia de caza y frutos y la falta de tribus hostiles que pudieran querer divertirse con las partidas de forrajeadores.

Siguieron adelante, y recorrieron colinas cada vez más altas antes de descender sobre el valle verde del río Oco, con la ciudad de Siraca a horcajadas del cauce. No se detuvieron, ya que el viaje desde Alejandría Margiana tan solo había durado cinco días.

Después de pagar una pequeña parte del colosal tributo exigido por los ancianos del lugar, que fueron advertidos de que eran afortunados de seguir

teniendo una ciudad en la que ser ancianos, Filo llevó a sus hombres a la orilla oeste del Oco. Durante los dos días siguientes el terreno ascendió poco a poco hasta que la planicie aluvial que había entre el Oco y la cadena montañosa que dejaban a su derecha distaron menos de un tercio de legua.

Fue allí donde Filo recordó, de su viaje hacia el este con el ejército de Alejandro, que el camino recorría las montañas desde el sur y luego giraba al oeste, hacia el mar, por las Puertas Caspias.

Y allí estaba, en el lugar que recordaba. Sus hombres hicieron celebraciones aquella noche, ya que de ahí en adelante el camino sería más fácil. Ya no recorrerían terreno accidentado, sino que irían por una calzada que llevaba existiendo casi dos siglos, desde que Ciro el Grande ordenó su construcción.

—Ahora sí podemos permitirnos enviar exploradores a más distancia —le dijo Filo a Letodoro mientras comían un guiso de conejo y ajo silvestre en su tienda de campaña. Era la primera noche que pasaban en la calzada—. Deberían estar bastante a salvo aquí, en Partia, pero asegúrate de que viajan en grupos de no menos de veinte. Que vayan a un par de leguas por los flancos y tan lejos como se atrevan a ir por la calzada.

—Saldrán al amanecer, señor —dijo Letodoro mientras se chupaba los dedos para luego limpiárselos en el quitón—. Les diré que vayan hasta la frontera con Media.

—Sí, hazlo. ¿A cuánto crees que queda eso?

—A unas cien leguas. Nuestros exploradores podrían cubrir la distancia en cinco días y volver en tres, siempre y cuando mantengamos este ritmo.

—Lo haremos, Letodoro. Nunca he visto a un grupo de hombres marchar de tan buena gana.

Fue exactamente ocho días después, tal y como Letodoro había predicho, que los exploradores entraron en el campamento recién levantado para pasar la noche.

—No hay nada en nuestro camino, señor —informó el jefe de la partida mientras bebía con placer el mejor vino que Filo había podido encontrar—. Pasamos junto a Hecatompilos y luego nos dirigimos hacia la frontera. No vimos nada, señor. Así que dividí a los hombres y envié a diez a que se adentraran en Media y volví con el resto.

Filo dio una palmada al explorador en el hombro para mostrar su aprobación.

—Bien hecho. Descansa esta noche y luego vuelve a salir por la mañana para

relevar a los hombres que mandaste en cabeza.

Tres días después el oficial de exploradores volvió, y con voz triste y premonitoria informó a Filo:

—Peitón ha traído un ejército al este, son casi veinticinco mil hombres. O eso calculo. Ha elegido el terreno: nos está esperando más allá de las Puertas Caspias.



Antípatro, el regente

—Las pasarelas están listas —dijo Magas mientras Antípatro inspeccionaba los trabajos en el ágora de Lamia—. Doscientas en total, tal y como pediste, señor.

Antípatro examinó los montones de estructuras planas de madera, de diez pasos de ancho por dos pasos de largo, apiladas de diez en diez en el centro del ágora. Habían desaparecido los puestos del mercado, confiscados para montar lo que Antípatro creía que era el modo de sacar a su ejército de la ciudad, el modo de salvar las líneas defensivas de los sitiadores. De hecho, la mayor parte de la madera de la ciudad había sido utilizada para crear los puentes: puertas y contraventanas fueron arrancadas, y apenas quedaron muebles dignos de ese nombre. Casi todos los habitantes de Lamia ahora dormían y comían, si es que comían, en el suelo. Incluso los tejados habían sido desmantelados para despojarlos de sus valiosas vigas. La madera que no era considerada lo bastante robusta para la construcción de los puentes había ardido para mantener a raya los estragos del invierno tesalio.

Pero ahora, poco después del equinoccio, el tiempo había mejorado, y cada día Antípatro sabía que el momento de huir se acercaba, ya que los caminos volverían a ser transitables.

—Muy bien, Magas. Ahora todo lo que hace falta es que aparezca Leonato.

—Será mejor que se apresure. Ayer recibí noticia de los primeros ciudadanos muriendo de hambre.

Antípatro se frotó la tripa deshinchada. *En cuanto empiezan a caer los primeros, la cosa suele ir rápida.*

—¿Cuántos murieron ayer?

—Tres.

—¿Y hoy?

—Cinco.

Mañana caerán ocho, y para cuando acabe el mes serán cincuenta al día o más, y entonces empezarán a caer soldados. El hambre le había estado royendo las entrañas durante días, pero eran sus hombres los que le preocupaban, no él. En la situación en la que se encontraba no había nada que él, personalmente, pudiera hacer. Si habían de romper el cerco, sería mediante la fuerza de sus hombres, de tantos como fuera posible. Así que él y sus oficiales se habían reducido las raciones incluso por debajo de las que correspondían a los soldados ordinarios. Los habitantes de la ciudad no recibían ración alguna, pero ahora estaban demasiado débiles como para rebelarse contra la guarnición asediada, que había confiscado toda la comida que pudo encontrar. Ya empezaban a correr oscuros rumores de asesinatos y canibalismo. Antípatro, por su parte, tenía pruebas de ello.

—Llevad todas las pasarelas a la Puerta Norte, Magas —dijo Antípatro mientras intentaba apartar de la mente la imagen de una pierna humana siendo asada y troceada.

Los dos hombres que habían sido sorprendidos intentando vender esa carne por una pequeña fortuna habían sido crucificados en el ágora. Las otras partes del cuerpo, sin embargo, no se encontraron, y Antípatro sospechaba que jamás aparecerían. Alguien se había hecho rico.

—Nos abriremos paso en esa dirección y nos dirigiremos a terreno escarpado cuando llegue el momento. Apuesto a que esperan que salgamos por la Puerta Este y que sigamos la calzada, pero no le daré esa satisfacción a la caballería tesalia.

—El terreno también será escarpado para nosotros, señor. Y a la falange le costará mantener la formación cerrada.

Ese es precisamente el riesgo que debo correr si deseo volver a disfrutar de una cena agradable con mi esposa. Dioses, soy demasiado viejo para esto. Debería estar calentándome los pies al fuego con un cuenco de vino especiado y un nieto en mi regazo, y sin embargo… Miró alrededor, a la desolación en que se había convertido Lamia, y, después de suspirar, negó con la cabeza. Qué triste era todo aquello. *Y sin embargo, tengo que romper el cerco y luego tengo que hacer que los rebeldes paguen por lo que han hecho; de lo contrario jamás encontraré paz en mi hogar.*

—Lo conseguiremos, Magas. Siempre lo hemos conseguido. Que los

hombres que has seleccionado sigan entrenando con las pasarelas y que los centinelas estén alerta al norte y al este.

Rascándose la barba infestada de piojos, Magas se giró para dar la orden de llevar las pasarelas al lugar indicado mientras Antípatro se alejaba con las manos entrelazadas a la espalda, encorvado y agotado, con la rabia carcomiéndole mientras pensaba en los más de seis meses que llevaba en aquel lugar. Y, sin embargo, seguía vivo, algo que solo podía explicarse gracias a la suerte. La muerte de Leóstenes, el día en que Yolas había burlado el cerco, los había salvado, pues Antífilo, su reemplazo, no estaba a la altura y prefería no hacer nada, salvo dejar que sus hombres murieran de enfermedades, en vez de forzar el fin al asedio.

En eso, precisamente, radicaban las esperanzas de Antípatro, ya que muchos de los contingentes de las ciudades rebeldes habían vuelto a casa, hartos del largo sitio invernal y preocupados por el estado de sus granjas. Los mercenarios se habían quedado en su mayoría, pero el hecho era que el ejército rebelde se había visto reducido a un tercio del original. Y mientras los cuernos sonaban desde las torres de vigilancia, al día siguiente, anunciando que ya se divisaban las tropas de Leonato que venían en su auxilio, Antípatro tuvo, por primera vez en meses, un destello de esperanza. Pronto estaría en casa con su esposa. Pronto podría descansar y recuperar fuerzas para someter Grecia de modo que jamás tuviera que sufrir algo parecido en los pocos años que le quedaban de vida.

—¿Cuántos crees que son, Nicanor? —preguntó Antípatro mientras Magas, sus dos hijos y él observaban al ejército de Leonato, que se desplegaba de columna a línea a medida que iba llegando por la calzada de la costa.

Nicanor hizo visera con la mano sobre los ojos.

—Lo único que veo es que no tiene suficiente caballería; dudo que disponga de más de quince centenares, aunque sí parecen ser jinetes pesados con lanzas.

—Bueno, al menos tiene algo, porque no podríamos hacer esto solo con infantería. Mil quinientos deberían de bastar para evitar que la caballería ligera tesalia pueda rodear a la falange por los flancos. A esos cabrones nunca les gustó demasiado acercarse a la punta de una lanza.

Antípatro se giró para mirar hacia la ciudad, donde sus hombres formaban en columnas erizadas de picas a lo largo de las calles más amplias. Fila tras fila, demacrados, con los ojos hundidos y las melenas y las barbas repletas de piojos. Pero estaban vivos. *¡Están vivos! Loados sean los dioses por ello. Confiemos en*

que aún tengan la energía suficiente para desatar el odio que se ha ido acumulando en ellos a lo largo del invierno.

—¡Se mueven! —gritó Magas, lo que hizo que Antípatro volviera a centrar su atención en los acontecimientos que estaban teniendo lugar más allá de las murallas.

Antípatro se dio un golpe en la palma de la mano con el puño.

—Sabía que tendrían que hacerlo. No pueden arriesgarse a no hacer uso de toda su fuerza contra Leonato ahora que son tantos los que los han abandonado. —Miró a sus tres acompañantes con fuego en los ojos, y una sonrisa iluminó su rostro de color gris por primera vez desde que el hambre empezara a apretar, lunas atrás—. Bien, caballeros, toca decirle adiós a Lamia. Magas, tu y yo lideraremos a las tropas desde el frente: yo con los pioneros y tú con la falange. Nicanor y Yolas, vosotros encargaos de los peltastas y los arqueros y asegurad el flanco norte de la falange.

Las puertas se abrieron. Al no haber sido usadas durante todo el asedio, hizo falta la fuerza de muchos hombres para que, lentamente, se movieran, chirriantes. La velocidad era ahora esencial, y Antípatro se enfurecía con el retraso.

—¡Poned el alma en esto, muchachos! Necesitamos llegar al otro extremo de las líneas de circunvalación en relativo orden antes de que los muy cabrones se den cuenta de lo que está pasando y envíen su caballería contra nosotros.

Con un coro de gruñidos y gemidos, las dos grandes puertas se abrieron poco a poco, hasta que la salida se hizo tan ancha como era posible.

—¡Abrid paso, muchachos! —les gritó Antípatro a los hombres de las puertas. Estos se apartaron a ambos lados dejando a la vista lo que Antípatro esperaba que fuera su ruta de salida de Lamia. Alzó la espada al aire.

—¡Ahora! —les gritó a los hombres escogidos que llevaban las pasarelas.

Sin esperar a ver si le seguían, Antípatro se volvió y corrió, con sus piernas cansadas, por la puerta y hacia la tierra de nadie que se extendía ante él. El suelo se mostraba desigual y lleno de surcos después de incontables ataques, pero, por suerte, estaba seco. Con los músculos ardiendo y los pulmones extenuados, Antípatro llevó a sus hombres a recorrer los doscientos pasos de terreno desierto sin oposición. Jadeaba y le dolía un costado hasta el punto de pensar que no sería capaz de seguir adelante. Llegó a la primera línea de defensas: un foso seguido de una empalizada de la altura de dos hombres.

Una única flecha impactó contra su escudo cuando saltó al foso,

sorprendiéndole, pero no hubo más amenazas de las que preocuparse, ya que las escasas tropas que defendían las líneas huyeron al ver que los superaban en número ampliamente. Más aún cuando las pasarelas, llevadas cada una por ocho hombres sobre cuatro travesaños, se dispersaron a derecha e izquierda, de modo que un centenar de ellas se levantaron en línea mientras otro centenar llegaba tras estas hasta las defensas de la circunvalación. Los hombres que iban delante saltaban al foso y cargaban con las estructuras sobre la cabeza para asentar el extremo de estas al otro lado. Luego las fijaban con estacas de madera. Una vez firmes en ambos extremos, los equipos que venían detrás recorrían los diez pasos que los separaban de la empalizada y usaban las pasarelas a modo de ariete contra las estacas, rítmicamente, gritando con cada embestida mientras los arqueros de Yolas y los peltastas, al mando de Nicanor, formaban tras ellos. Para entonces, el resto del ejército salía en tromba de la ciudad.

Se oyó un vítor cuando empezaron a ceder las primeras estacas, que se inclinaban un poco con cada sacudida.

—¡Seguid, muchachos! —gritaba Antípatro una y otra vez mientras recorría la línea de un lado a otro.

Si logramos echar abajo la empalizada antes de que el ejército rebelde lo sepa, entonces, por los dioses, tendremos la ocasión de formar antes de que los tesalios reciban la orden de masacrarnos.

Antípatro vio con gran alivio cómo empezaban a aparecer las primeras brechas en la empalizada que los había tenido encerrados todos esos meses. Caían las estacas, y, cuando lo hacían, los hombres las pisaban para que se hundieran en la tierra. Corrieron los pioneros, y Antípatro con ellos, hacia el siguiente foso, a unos pasos de distancia. Los arqueros venían detrás, con las flechas listas, para disparar contra cualquiera que opusiera resistencia en la segunda línea de defensas, con los peltastas preparados para asaltarlas si era necesario. No hubo nada parecido, así que las pasarelas que habían hecho las veces de ariete cayeron sobre el foso, y no tardaron en quedar sólidamente asentadas.

Y así, el ejército de Macedonia, prisionero durante tanto tiempo en la ciudad de Lamia, se abrió paso por las líneas de circunvalación y salvó los fosos que había a ambos lados. Cada vez más y más infantería macedonia irrumpía por las pasarelas atendiendo a los gritos de los oficiales, que los instaban a formar una vez superado el escollo. Unidad a unidad, la falange empezó a tomar

forma y a crecer a medida que fila tras fila se iba uniendo a ella sobre el terreno baldío que se abría más allá de las defensas quebradas.

—Esto ya me gusta más —le rugió Antípatro a Magas—. Esto es lo que queremos, amigo mío: una falange enfrentándose a un ejército rebelde y nosotros formando a su espalda. Esto no les va a gustar ni un poco.

Magas sonrió y dejó al descubierto lo que le quedaba de dentadura, ahora prácticamente podrida debido a la desnutrición.

—Es una oportunidad magnífica. Saquémosle partido.

Con el corazón palpitante y sintiéndose más vivo aún que la última vez que compartiera lecho con su esposa, Antípatro ordenó avance en cuanto su falange estuvo completamente formada.

Con un aullido emitido por miles de gargantas, el ejército de Macedonia avanzó para aplastar a los rebeldes griegos.

Antípatro podía ver ahora, a media legua de distancia, a los dos contingentes enfrentándose, la falange armada con picas de Leonato contra las lanzas largas de los hoplitas griegos. Los escaramuzadores avanzaban y retrocedían entre los ejércitos y disparaban con arcos, hondas y jabalinas, provocando pocos daños, salvo por los causados a los escaramuzadores enemigos.

Escaso de caballería, Leonato había ubicado su flanco sur cerca de la costa, y a sus mil quinientos jinetes, con él y sus pendones en cabeza, a la derecha, donde la tierra se hendía y formaba una depresión antes de volver a ascender hacia las colinas de la costa. La caballería ligera tesalia formaba ante ellos.

Con el reconfortante pensamiento de que volvía a ser dueño de su futuro, Antípatro tomó su puesto junto a Magas en primera línea y en el centro de la falange cuando esta empezaba a avanzar lentamente, con las líneas de circunvalación protegiendo su flanco derecho. Los peltastas y arqueros, en formación dispersa y al mando de sus hijos, avanzaban por el terreno elevado que se extendía por su flanco norte. Su objeto era evitar que los tesalios los flanquearan si estos volvían su atención hacia el ejército que los amenazaba por la espalda.

Pero los tesalios no mostraban intención de flanquear a ninguno de sus enemigos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Antípatro cuando un cuerno sonó entre los tesalios, que se desgajaron de los griegos, se dirigieron al norte, descendieron por la depresión y remontaron la colina.

—No tengo ni la menor idea —repuso Magas, igual de confundido.

—Sea lo que sea, no parecen estar amenazándonos, ni a nosotros ni a Leonato.

—¿Crees que…?

Menón es capaz de cualquier cosa, así que, ¿por qué no cambiar de bando ahora que la marea se vuelve contra los griegos después de que hayamos roto el sitio?

—Pues empiezo a pensar que sí. Menudo cabrón traicionero.

—Bueno, solo es traición cuando es contra nosotros. Si vuelve con nosotros, se llama lealtad, aunque sea una cuestión de conveniencia por su parte.

—Aun así, haré que pague por habernos abandonado en un principio. Él es el culpable de que lleve meses sin ver a mi esposa.

—Bueno, acaba de llevar a sus hombres a lo alto de la colina y ha dejado el flanco de los griegos expuesto a la caballería de Leonato.

Y así era. Antípatro podía verlo. Los tesalios se habían retirado dejando al descubierto el flanco norte de la formación griega. *Pero si decide atacar, aún se enfrenta al peligro de que los tesalios carguen colina abajo sobre su flanco.* Y entonces Antípatro pensó que la maniobra encajaba con la situación, dado que había sufrido al traicionero Menón en carne propia. *A no ser que esto haya sido planeado con anterioridad y que Leonato ya haya negociado con Menón y le haya comprado como hizo Leóstenes. Debe de ser así, porque Leonato no caería en una trampa tan obvia… Seguro que no.*

Entonces, cuando Leonato avanzaba con su caballería para amenazar el flanco griego, quedando expuesto a su vez a una carga por parte de los tesalios, Antípatro se convenció de que ese, precisamente, era el caso.

—¡Toca paso ligero!

Sonaron los cuernos. Los oficiales gritaron y la pesada formación emprendió la marcha ligera con las picas aún en vertical.

Algo no va bien, pensó Antípatro cuando vio que los griegos no hacían ninguna maniobra para responder ni al ataque de Leonato ni al suyo.

¿Por qué no dan media vuelta la mitad de ellos para enfrentarse a nosotros?

Fueron los alaridos y gritos de guerra de una carga de caballería los que le dieron la respuesta a Antípatro. Los tesalios, cerca de cinco millares de ellos, galoparon colina abajo, echándose hacia atrás en sus sillas de montar para contrarrestar el desnivel. Veinte mil cascos tronadores levantaron el polvo a su paso, directos a Leonato y a su Caballería de los Compañeros.

—¿Es una traición o es que Leonato es estúpido? —preguntó Magas cuando la caballería macedonia se percató del inminente peligro e intentó volver

grupas.

—¡Alto! —gritó Antípatro.

Sonaron los cuernos y, en poco más de veinte pasos, la falange se detuvo.

—¡Variación izquierda!

La falange obedeció la orden en cascada, desde el centro a los extremos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Magas cuando llegaron hasta ellos los primeros gritos de muerte de la batalla que se libraba entre jinetes a poco más de un tercio de legua de distancia.

—Incluso aunque lograsen salir de esa trampa, acabarían tan maltrechos que ya no nos servirían de nada. —Antípatro señaló a la ciudad y luego a lo alto de la colina—. De modo que, a no ser que queramos retroceder a la seguridad de la ciudad sitiada, necesitamos hacernos con el punto más alto del campo de batalla y esperar a ver qué ocurre.

Ascendieron, con las filas desordenadas debido a lo escarpado del terreno, repleto de piedras, arbustos y traicioneros surcos, pero ascendieron. Todos los hombres sabían cuáles eran las alternativas: la muerte o la retirada hacia el infierno en vida que habían sufrido. Pero fue la infantería pesada la que remontó la elevación: los arqueros y peltastas, mejor dotados para ese tipo de terreno dado su orden disperso, crearon una pantalla entre ellos y los tesalios. Y cuando se encontraron a unos doscientos pasos por encima de los dos ejércitos que luchaban en la llanura, Antípatro ordenó que se detuvieran y que formaran mirando a la pendiente que acababan de subir, con los escaramuzadores delante y los peltastas divididos a ambos flancos.

—Parece que Leonato va a conseguir salir del embrollo —dijo Antípatro en cuanto tuvo ocasión de comprobar el progreso de la batalla—, pero ha dejado muchos muertos en esa hondonada.

—Parece terreno cenagoso —dijo Magas—. Mira cómo les cuesta moverse a los caballos.

Antípatro entrecerró los ojos. *Le han preparado bien la trampa, y Leonato ha caído. ¿Cómo ha podido ser tan necio?*

Los tesalios barrieron a las últimas unidades de macedonios que se retiraban con una lluvia de jabalinas, derribando a muchos a medida que se acercaban a la seguridad de sus líneas. Era una formación caótica la que se reorganizó detrás de la falange; al menos un tercio de los hombres había caído, y no había ni rastro de los estandartes de Leonato.

—No se atreven a atacar sin el apoyo de la caballería —dijo Magas.

El silencio se apoderó del campo de batalla mientras ambos bandos valoraban sus opciones.

Va siendo hora de que intentemos salir de aquí.

—Podrían pasarse así el resto del día. De hecho, espero que lo hagan. Mientras se miran los unos a los otros podemos bordear el campo y aparecer por detrás de Leonato; entonces podrá usarnos de línea de retirada y podremos volver a casa juntos, aunque sea arrastrándonos.

Mientras sus tropas descendían por la colina, Antípatro pensó que era un espectáculo sobrecogedor: dos ejércitos enfrentados y observándose en silencio, el mar rompiendo al sur y al este bajo el sol primaveral y una ciudad hambrienta al oeste. Hacia el norte el cielo empezaba a oscurecerse. A Antípatro no le sorprendió que, con un grito gutural emitido por miles de hombres, los hoplitas avanzaran. *Deben de estar muy seguros para atacar tropas armadas con picas. No he visto eso desde Queronea, hace ya quince años.*

Pero la falange retrocedió cuando los tesalios volvieron a tantear el flanco. Incluso con la caballería ya reorganizada haciendo lo posible por protegerlo, el riesgo de permanecer allí y recibir la carga era demasiado grande. Así que, paso a paso, el ejército de Leonato retrocedió mientras, más allá de las líneas de circunvalación, un barco zarpaba del pequeño puerto de Lamia en dirección a Atenas.

Las noticias de la derrota de Leonato y de mi huida habrán llegado a Atenas mañana. Eso les dará bastantes más motivos para preocuparse que para festejarlo, aunque seguro que disfrutarán de su pequeña victoria. ¿Qué puede haber llevado a alguien de la experiencia de Leonato a hacer algo tan estúpido?

—Olimpia —susurró Leonato.

Apenas tuvo las fuerzas necesarias para decir la palabra, tumbado como estaba en su cama de campaña, en una tienda empapada de agua de lluvia, a media legua del campo de batalla. Su ejército y el de Antípatro habían logrado volver a unirse en una colina poco después de que la amenazante tormenta se materializara y obligara a los griegos a suspender su avance. Sin embargo los griegos habían quedado en posesión del campo de batalla, y, con toda legitimidad, podían considerarse victoriosos.

—¿Olimpia?

Por alguna razón, a Antípatro no le sorprendió. Aquella bruja era capaz de

cualquier cosa. Miró a lo que quedaba del brazo derecho de Leonato, amputado a la altura del codo y envuelto en vendas ensangrentadas. También ensangrentadas estaban las vendas que tenía en la cabeza, pues le habían arrancado la mitad de la cabellera. *Aunque los médicos pudieran salvarle, jamás querría vivir así, vanidoso como es.*

Leonato le miró con el ojo que le quedaba.

—Sí, confié en ella.

En ese caso, te mereces exactamente lo que te ha pasado, idiota.

—Continúa…

—Necesitaba caballería y ella dijo que me la proporcionaría. La creí porque iba a casarme con su hija.

—¿Y te dijo que había convencido a Menón para cambiar de bando?

—Sí.

—¿Y te dijo que Menón ya había cambiado de bando antes?

Leonato cerró su ojo.

—No.

—¿Y acaso no sabías el modo en que acabé encerrado en Lamia?

Si lo sabías, hiciste caso omiso, y creíste que el viejo había sido un necio, maldito bastardo arrogante.

—Yo… eh… no lo sabía.

Antípatro pudo ver que el joven se estaba apagando rápidamente. Había perdido mucha sangre cuando sus hombres le trajeron hasta allí, magullado después de la carnicería en la depresión cenagosa. Los médicos no tenían muchas esperanzas.

—Y cuando viste retroceder a Menón colina arriba ¿no se te ocurrió pensar que podría traicionarte?

—Le envié oro.

—¡Oro! Puedes enviarle todo el oro que quieras, que no dejará de ser un tesalio, y lo acabas de comprobar con una dura lección.

—Y ha supuesto mi muerte. ¿Me…? ¿Tú me…?

Su voz apenas era un susurro, y Antípatro tuvo que acercarse e inclinarse.

—¿… vengarías? —Volvió a mirarle; su ojo brillaba suplicante.

Antípatro le puso una mano en el hombro y se lo apretó.

—Lo haré, o bien yo o uno de mis hijos si yo no sobrevivo. Pero si te hace sentir mejor en tu camino hacia el barquero, que sepas que esto no lo ha hecho contra ti. La muy puta lo ha hecho para evitar que me salvaras. Lo último que

quiere es verme en Macedonia. Si hubiera logrado casarte con Cleopatra, habrías sido rey.

Leonato estaba demasiado débil para responder, pero esbozó una expresión comprensiva antes de relajarse hacia la muerte con un suspiro.

La muy puta… Esta vez acabaré con ella. Al menos tengo caballería suficiente para volver a casa relativamente entero. Esto sí que va a suponer todo un golpe para ella.

—¡Magas!

—Sí, señor —dijo Magas al tiempo que se levantaba de una silla en la penumbra de la tienda.

—Magas, partimos por la mañana. Nos retiraremos y lucharemos protegidos por la caballería. Los heridos irán en las carretas, aunque dudo que vayan a intentar nada si el tiempo sigue así. No quiero que las noticias de la muerte de Leonato o de nuestra retirada lleguen a Pella antes que nosotros. De hecho, no quiero que nos adelante noticia alguna de nuestro avance. Quiero llegar a Pella y darle a Olimpia la mayor sorpresa de su vida.



Olimpia, la madre

—Dioniso, dios del gozo, yo te convoco. Primigenio, voluble, tres veces nacido, señor báquico, salvaje, inefable, secreto, el de los dos cuerpos y las dos formas, cubierto de marfil, rostro de toro, guerrero, puro; tú ,que aúllas envuelto en verdes hojas, rodeado de racimos de uva. Ingenioso Eubuleo, dios inmortal engendrado por Zeus cuando yació con Perséfone en despreciable unión. Escucha mi voz, oh, dios glorioso, y acompañado de tus ninfas respira sobre mí el espíritu de la perfección. —Era el canto de Olimpia, de pie junto a un toro blanco, en el momento en el que el festival de Dioniso alcanzaba su clímax, a medianoche, en una colina boscosa al norte de Pella.

Los fieles del culto, tanto hombres como mujeres, en diversos estados de embriaguez, estaban reunidos en torno a ella en la oscuridad. Portaban antorchas y se bamboleaban al ritmo que marcaba un tambor, oculto entre las sombras de los árboles que había más allá del claro. La cadencia era cada vez más rápida. Las mujeres sostenían enormes falos hechos de madera de higuera, brillantes merced al uso reciente. Los hombres blandían tirsos, varitas de hinojo cubiertas de hiedra y coronadas por piñas, que ensartaban al aire al ritmo del tambor.

Un hacha de doble filo destelló en manos de un hombre gigante envuelto en hiedra. Tenía la barriga pegajosa de vino y lucía una prodigiosa erección. La hoja cayó de repente y atravesó el cuello de un toro, destrozando la columna vertebral del animal y haciendo que estallara la sangre, oscura a la luz de las antorchas. Sus cuatro patas se doblaron al tiempo y un temblor recorrió el cuerpo de la bestia. Cayó con los ojos enloquecidos y en blanco. Se colocó un

barreño bajo el corte para recoger el precioso fruto del sacrificio.

—*¡Euoi! ¡Euoi!* —cantaban los congregados una y otra vez, mientras los iniciados al culto eran invitados a tomar parte en la última fase de una iniciación que había durado tres días.

Los hombres, después de representar la vida de Dioniso, su muerte y resurrección, habían sido llevados, simbólicamente, al Hades para sufrir tormento en las cuevas que había a las faldas de la colina, un tormento del que ninguno de ellos debía hablar nunca. Se les dieron cuencos con vino mezclados con la sangre del toro. Una vez bebido el brebaje, se les entregaban unos tirsos y se les permitía unirse al grupo principal de fieles.

Las iniciadas femeninas eran presentadas vestidas como Ariadna, la esposa de Dioniso. Fueron flageladas ritualmente. Olimpia blandía uno de los látigos, y causó más daño del estrictamente necesario. Hecho esto, recibían un cuenco de vino mezclado con sangre, muchas de ellas con lágrimas de dolor recorriéndoles las mejillas y con surcos rojos en espalda y nalgas. Bebieron rápidamente y con ansia, vaciaron el contenido de los cuencos y recibieron de Olimpia sus falos de madera de higuera.

El clímax orgiástico de la ceremonia podía dar comienzo con la lapidación hasta la muerte del hombre que había llevado a cabo el sacrificio, una práctica que hundía sus raíces en la antigüedad más remota. Sonaban las estridentes flautas, y la cadencia del tambor se tornó frenética mientras los fieles trasegaban vino en grandes cantidades.

Olimpia bebió hasta no poder más, con la mente centrada en los misterios del ritual, se sumió en un frenesí de pasión religiosa. Con la melena revuelta daba pisotones en el suelo al compás desigual del tambor. Todas sus preocupaciones y desvelos quedaron en suspenso mientras estaba concentrada exclusivamente en las erecciones de los hombres presentes.

Llevaron a una cabra ante la multitud; el animal coceaba y se movía aterrado. Bajó la cabeza con intención de salir de allí a cornadas. Gritando y sedientos de sangre, los fieles se abalanzaron sobre la bestia y la empujaron al suelo. Le arrancaron la carne a dentelladas y le cortaron los miembros del cuerpo mientras sus chillidos animales se alzaban a un cielo inmisericorde.

Después de arrancar un trozo de carne fresca del animal abatido, Olimpia se lo metió en la boca y masticó como una demente. Bailaba con una mano libre y la otra sosteniendo su falo. Le entregaron vino, y Olimpia tragó con su ayuda la carne mientras el sonido de las flautas se hacía más intenso y el batir del

tambor se tornaba difuso. Alguien la hizo inclinarse y, sin aviso previo, la penetró. Se bamboleó y retorció sobre el miembro que había invadido sus entrañas. Sus gritos fueron ascendiendo con religioso fervor hasta concluir en un estallido de orgásmico deleite que sacudió sus sentidos y le provocó destellos en los ojos. Sintió una explosión de simiente en su interior, potente y llena de vida. Acto seguido, sintió también la retirada del miembro, solo para ser montada de nuevo un instante después, como si tras ella hubiera una cola de hombres esperando turno. Se restregó para disfrutar de la bendición de una penetración forzada mientras contemplaba a otras parejas que se entregaban. Otros bailaban alrededor de las cópulas, bebiendo de odres repletos de vino y arrancando carne cruda a dentelladas, aún cubierta de pelo, aún goteando sangre.

Siguió restregándose, hacia atrás, hacia atrás, con más fuerza cada vez que un nuevo pene o falo blandido por una mujer le proporcionaba placer, hasta que no pudo aguantar más. Aulló su éxtasis al dios que le había concedido el gran don de la sensualidad. Una y otra vez hasta que, con un último grito, perdió el sentido.

—Tienes un aspecto terrible —dijo Cleopatra cuando entró en la habitación de Olimpia.

Olimpia levantó la cabeza y miró a su alrededor, pero el dolor fue demasiado intenso, y se dejó caer otra vez sobre la almohada. Se pasó las manos por el cuerpo.

—¿Quién me ha vestido?

—Yo. Alguien tenía que hacerlo. Te trajeron desnuda, con sangre entre las piernas y semen en el pelo.

Olimpia se llevó los dedos a la cabeza.

—Aún está ahí.

—Por supuesto que aún está ahí. No tenía intención de hacer más que lo esencial. Te revolvías y gritabas como una arpía hasta cuando te estaba limpiando la sangre. Te arrancaste tres túnicas antes de que pudiera vestirte para meterte en la cama. Así que pensé que no, que el esperma te lo dejaba a ti, ya que te sienta tan bien. ¿Y aún te preguntas por qué me niego a unirme a tu culto, madre? —Cleopatra le acercó un espejo de bronce a la cara—. Mírate, y mírame, y pregúntate quién hace gala de mayor dignidad, la que tiene la piel

limpia y el cabello peinado, sin moratones y con una túnica inmaculada, o la que está bañada en semen.

—Se hace por la gloria y en alabanza de nuestro señor Dioniso, Cleopatra. En agradecimiento por la dicha que dan el vino y el resto de dones que nos concedió.

Cleopatra lanzó el espejo al suelo, y el objeto cayó con gran estrépito.

—Bueno, si el hecho de que te folle la mitad de Pella es para mayor gloria de Dioniso, entonces me parece que puede estar orgulloso.

Olimpia hizo un gesto de hastío y se cubrió los ojos con las manos.

—Sí, lo que tú quieras, pero, por favor, no grites, y deja de tirar cosas por ahí. ¿Cómo volví?

—¡Ni lo sé ni me importa! Ocurre lo mismo todos los años con la primera luna llena después del equinoccio de primavera. Durante tres días te conviertes en una vergüenza, y luego apareces en este estado. Los esclavos apenas pueden contener la risa…

—¡Le arrancaré la lengua al que sorprenda riéndose de mí!

—Todos se ríen de ti, pero se cuidan de hacerlo abiertamente. Recuérdalo la próxima vez que sientas la necesidad de alabar a Dioniso.

Olimpia hizo un perezoso gesto con la mano.

—Ya basta, soy tu madre. Debemos arreglarnos. ¿Cuánto falta que se reúna el consejo de regencia?

—Se reunió ayer.

—¿Ayer? ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Has estado inconsciente durante un día y dos noches.

—¿Y el consejo?

—El consejo se reunió sin ti y decidió aprobar mi enlace con Leonato.

—¿Y qué hay de su intención de hacerse coronar?

—Eso no lo hablaron.

—¿No lo hablaron? ¿Por qué no? Si yo hubiera estado allí, lo habrían hablado.

—No te habrían dejado entrar.

—Por supuesto que sí, soy la reina.

—Aun así, no te habrían dejado entrar. A mí no me lo permitieron, y cuando dije que no tenían derecho a excluirme, me dijeron que tenían todo el derecho, dado que era un consejo de regentes, ni tuyo ni mío, y que si insistía en tomar un asiento, entonces todos se irían y volverían a sus estados.

—Pues convócalos de nuevo, y yo les demostraré quién manda.

—Han vuelto todos a sus estados, y no volverán hasta que regrese Antípatro.

—Pues entonces la espera se les va a hacer larga.

—Yo no diría que dos días es mucho tiempo.

Olimpia miró a su hija, intentando averiguar si estaba bromeando.

—Así es, madre. Dos días.

No puede ser cierto.

—Ha logrado romper el cerco de Lamia.

—Pero se suponía que no debía lograrlo. Se suponía que Leonato…

—Leonato ha muerto.

—¿Muerto?

—Muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Los espías que tenías en el ejército de Leonato llegaron anoche, y, dado que no estabas en condiciones para recibirlos, lo hice yo.

—Puede que no sea cierto.

—Por supuesto que es cierto. Esa es la razón por la que Antípatro no envió un mensaje a Pella: quería sorprenderte, es evidente. Si Leonato hubiera sobrevivido, habría sido él quien habría enviado noticias de su gloriosa victoria antes de llegar. Él era así. No, Leonato está muerto, es evidente.

—¿Pero cómo puede ser?

—La caballería tesalia los atrapó a él y a sus compañeros en el flanco. ¿Cómo se puede ser tan estúpido?

—Pero se suponía que Menón debía…

—¿El qué, madre? ¿Qué se suponía que debía hacer Menón? ¿Qué has estado maquinando?

—Se suponía que Menón debía fingir cambiar de bando y luego atacar a la falange por el flanco para obligarlos a retirarse y así evitar que rescatasen a Antípatro. Entonces Leonato habría tenido que retirarse a Pella dejando a Antípatro exactamente donde yo le quería.

—Pues bien, madre, no ha salido como esperabas. Antípatro burló el asedio y Menón atacó a la caballería, matando a mi futuro marido y echando a perder nuestros planes. Y cuando Antípatro vuelva…

—¿Sabe lo que he hecho?

—No lo sé, madre. Lo que sí sé es que habló con Leonato antes de morir.

—Entonces lo sabe.

—¿Por qué? ¿Acaso hiciste partícipe a Leonato de tus planes? ¿Por qué harías tal cosa?

—Porque no podía convencerle de que no socorriera a Antípatro, así que opté por sabotear el intento. Leonato necesitaba caballería, así que le conseguí esa caballería pactando con Menón. Le dije a Leonato que Menón se pasaría a su bando con sus cinco mil jinetes tesalios. En cuanto lo supo, se dispuso a marchar al sur. Evidentemente, tuve que hacerle creer que Menón cambiaría de bando. Le dije a Leonato que le enviara tres talentos de oro de camino a la ciudad, ya que ese era el precio del tesalio.

—Estoy convencida de que Leonato se lo contó a Antípatro antes de morir.

—Esa es la razón de que Antípatro quiera sorprenderme. Pero no lo hará. Nos vamos, Cleopatra.

—¿A dónde? ¿De vuelta a Épiro?

—No. Allí no podemos ejercer influencia alguna. Habrá que buscar otro lugar. Zarparemos hacia Asia de inmediato.

—¿Y qué hay de mis hijos?

—Enviaré a Tesalónica de vuelta a Épiro para que pueda cuidar de ellos hasta que volvamos.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer?

—Si no puedes casarte con Leonato, aprovechemos esta mala situación para casarte bien con el hombre que goza del respeto del ejército o con aquel que controla a ambos reyes.

Cleopatra valoró las palabras de su madre un instante.

—Sí, tienes razón, madre. Antípatro no va a ceder su control sobre Macedonia, así que los únicos que pueden obligarle a hacerlo son Pérdicas o Crátero.



CRÁTERO, EL GENERAL

—¿Y todo eso lo viste con tus propios ojos, Acacio? —preguntó Crátero mientras caminaba junto a Clito por los muelles del puerto de Tarso.

Una recia brisa mecía los aparejos de la flota que atestaba los embarcaderos mientras grupos de esclavos cargaban vituallas en las naves. Los marineros limpiaban, calafateaban y se afanaban en otras reparaciones de las naves para dejarlas listas para zarpar. Los trierarcas ladraban órdenes e instaban a las tripulaciones a que se dieran prisa, ya que todos sabían que la partida era inminente. Poliperconte había marchado al norte con el grueso del ejército, a excepción de los Escudos de Plata de Antígenes, hacía nueve días. Fueron las noticias del avance de Leonato sobre Lamia junto con la nueva de la marcha de Pérdicas desde Babilonia lo que hizo que Crátero tomara una decisión. Pero ahora había más noticias.

—No vi el cuerpo de Leonato con mis propios ojos, pero hablé con un hombre que sí —repuso el trierarca mientras pasaba la pierna por encima de una cuerda—, y también vi a la flota ateniense dirigiéndose al norte cuando pasábamos por el estrecho de Eubea. Tuvimos suerte de que no nos vieran.

—¿Ciento cincuenta naves en total?

—Sí, general. En su mayor parte birremes y trirremes, ninguna mayor.

—¿Y eso fue tres días después de que Antípatro empezara su retirada hacia el norte?

—Sí, general, y hemos tardado tres días en llegar hasta aquí.

—Y Antífilo, el nuevo general griego, ¿no ha salido en persecución de Antípatro?

—No, general. Sigue en Tesalia.

—Así que la flota ateniense se ha adelantado, lo que significa que no están trabajando juntos.

—Se dirigen al Helesponto —dijo Clito después de golpear con su tridente a un esclavo que cargaba con un pesado saco para que se apartara de su camino.

Crátero asintió.

—Eso mismo pensaba yo. Quieren evitar que lleguen refuerzos a Europa. Es lo que yo haría. Ver a un ejército macedonio en retirada por primera vez en años, junto con la noticia de la muerte de Leonato, dará ánimos a las ciudades griegas, y también a los epirotas y a los ilirios. Apuesto a que ahora mismo hay embajadores dirigiéndose a parlamentar con todo aquel que tenga razones para odiar a Macedonia con la intención de crear una alianza que invada nuestra tierra. —Pensó en ello en silencio mientras seguían caminando por el bullicioso muelle—. ¿Dentro de cuánto tiempo podremos zarpar, Clito?

—Si los Escudos de Plata embarcan esta noche, podríamos salir mañana.

—Bien. Son tres días hasta el Helesponto, siempre y cuando tengamos tiempo favorable. Poliperconte debería llegar con el ejército a Abido dentro de siete días. Eso nos deja cuatro para derrotar a la flota ateniense y despejar el estrecho para poder cruzar a Europa.

—Tiempo más que suficiente, general —dijo Clito con los ojos brillantes ante la inminencia de más acción después de la victoria sobre los piratas—. Lo que tiene el Helesponto es que es muy estrecho, con lo que, aunque sea fácil de bloquear, también hace que sea fácil dar con la flota que lo bloquea, ya que no tendrán espacio para maniobrar.

Crátero dio una palmada a Clito en el hombro.

—Muy bien, mi Poseidón particular. Le daré a Antígenes la orden de empezar a embarcar cuando se ponga el sol.

—Los muchachos se niegan a ir, general —repuso Antígenes al oír la orden de Crátero.

El general miró a Antígenes con la boca abierta, incrédulo.

—¿Se niegan? No pueden negarse. Macedonia está en juego.

—Me temo que es así, general —dijo Antígenes a modo de disculpa.

—Pero ¿por qué?

—La mayoría de ellos ya han pasado los sesenta años, algunos hasta tienen

setenta, y sienten que son demasiado viejos como para volver a Macedonia y empezar a formar una familia. Quieren quedarse.

—¿Y hacer qué?

—Quieren unirse a Pérdicas. Creen que hiciste mal en negarte a asistirle en Capadocia.

—No fue una petición de asistencia, fue una orden, y él no tiene ningún derecho a ordenarme nada. Además, la propia Macedonia está amenazada, de modo que hice bien en negarme.

—Pues los muchachos quieren unirse a él.

Y no hay nada que pueda hacer para evitarlo, porque he mandado al resto de tropas hacia el norte con Poliperconte. Tendré que hacer lo que pueda.

—Muy bien, Antígenes; llévaselos a Pérdicas y ve con mi bendición. Si quieres hacer algo que haga que la situación política se calme y así evitar lo inevitable, dile a Pérdicas que fui yo quien os envió en atención a sus órdenes.

Antígenes sonrió al comprender el significado de la mentira.

—Así lo haré, general. Te deseo todo el éxito contra la flota ateniense.

—¡Mástiles a la vista! —gritó el vigía hacia la cubierta cuando la flota macedonia sorteó el primer promontorio del Helesponto y divisaron el puerto de Abido a menos de una legua de distancia.

—¿Cuántos? —preguntó Clito desde su posición en la popa, junto a los timones.

Hubo una pausa mientras el vigía, aferrado al mástil y sobre una vela panzuda de aire, se hizo sombra en los ojos con la mano y observó el estrecho. Colinas pardas y ocres recortaban la franja azul que era el mar, de tan solo una legua de ancho en aquel punto. Los campos de Ilión quedaban a estribor.

—Entre setenta y cien.

—Es solo la mitad de la flota —le dijo Clito a Crátero.

—Si estos son los que están bloqueando Abido, ¿dónde está el resto?

—Puede que estén bloqueando Cícico, en la Propóntide.

—Puede.

Crátero sintió que la preocupación empezaba a mordisquearle las tripas. Se volvió para mirar al oeste.

—O puede que estén a nuestra espalda, preparados para atraparnos en el estrecho.

Clito imitó el gesto de preocupación de Crátero.

—En ese caso, será mejor que acabemos con esa sección de la flota cuanto antes. ¡Directos a por ellos, muchachos! —rugió mientras sacudía su tridente en el aire—. Tenemos el viento a favor. ¡Poseidón entra en batalla!

La tripulación vitoreó a su Poseidón. Los marineros se apresuraron a ocupar sus puestos y la infantería de marina y los arqueros tomaron posiciones en la proa del trirreme. Abajo, los remeros corrían a sus bancadas y preparaban los remos para el momento en que la vela fuera arriada y la nave dependiera de músculos humanos.

—Haced señales para que todos los comandantes de escuadrón me sigan —le ordenó Clito a su segundo al mando. Se rasgó la túnica y se dirigió a la proa del barco, desnudo salvo por sus sandalias, y allí se plantó, con algas en el pelo, con su tridente apuntando a la flota ateniense, que justo en ese momento se percataba de la magnitud de la flota que bordeaba el promontorio.

Crátero permaneció con los timoneles, consciente de que era poco o nada lo que podría hacer en la batalla que se avecinaba. Era un general de tierra, no de mar. Se quitó la *kausia* y escurrió el agua de la lana empapada. Luego devolvió el gorro a su estado original y miró a babor y a estribor. El estrecho canal cobraba vida, repleto como estaba de trirremes, birremes, *lembi* y transportes. Una flota de doscientas cuarenta naves en total, todas con las velas desplegadas, difuminadas en el aire salado pero preñadas de viento. Cuando la señal de Clito pasó de nave en nave, los escuadrones frontales, diez naves en cada uno, maniobraron para dar lugar a formaciones triangulares con el escuadrón de Clito como punta de lanza. Tras estos, una segunda línea de ocho escuadrones, en reserva, se mantenían a mil pasos de distancia.

Avanzaron con el viento en las velas, cortando los mares con los espolones que se proyectaban desde las proas y dejando estelas de agua blanca y espuma a su paso. Las gaviotas describían círculos y se zambullían en picado emitiendo lastimeros chillidos, entusiasmadas con la aparición de tal cantidad de naves y la promesa de comida. Una plasta de un blanco grisáceo cayó cerca del pie de Crátero, y el general se preguntó si era buena o mala suerte que un pájaro le cagara encima.

Un chorro de espuma voló junto a Crátero cuando la nave ascendió con una ola y volvió a caer golpeando la superficie al otro extremo de la cresta. El ritmo era lento, pero emocionante, a medida que las naves de guerra dejaban atrás a los lentos y pesados transportes.

Recorrieron otro tercio de legua. La flota ateniense ya estaba en formación para entrar en acción. Los remos se desplegaron como alas para girar y entrar en el estrecho desde Abido. Desde la distancia, Crátero no podía calcular cuántas líneas de fondo tenían, pero lo que sí sabía era que la flota ateniense había sido la mejor del mundo un siglo antes, y le rogó a Poseidón, al de verdad, que, a pesar de la superioridad numérica de los macedonios, aquel no siguiera siendo el caso.

Con poco más de media legua de distancia entre las dos flotas, los atenienses ya se habían desplegado. De nuevo, los remos emergieron y se hundieron en el agua para comenzar con la tarea de ganar velocidad contra el viento.

Con las velas desplegadas y llenas, muchas de ellas decoradas con el sol de dieciséis puntas de Macedonia, los macedonios avanzaban. Los remeros descansaban y bebían agua fresca de los odres mientras se preparaban para el agotamiento que les esperaba y que pondría a prueba sus pulmones. La tripulación de cubierta tensaba las velas y fijaba los acolladores para recoger hasta la última brizna de propulsión que el viento enviado por los dioses pudiera darles, en pos del enemigo, con un imitador de Poseidón desnudo, blandiendo un tridente y cubierto de algas en cabeza.

El físico de Clito estaba esculpido como el del mismísimo dios del mar. Aquel se contoneaba y hacía poses con su tridente en la proa de la nave, rugiendo, desafiante, a la flota enemiga y jurando mandar a todos y cada uno de ellos al fondo de su oscuro y húmedo reino. Tras él, los infantes de marina y los arqueros comprobaban sus armas por última vez y rogaban a sus dioses preferidos.

Con menos de un tercio de legua separando en ese momento a las dos formaciones, Clito se volvió y ordenó que se arriaran las velas y se sacaran los remos. Los marineros treparon por el mástil y recorrieron la verga para soltar la vela de sus enganches. Cayó la gran sábana mientras otras manos tiraban de ella para evitar que aleteara al viento. En cuanto el resto de la primera línea de la flota vio lo que hacía Clito, todos le imitaron, desde el centro hacia los flancos. Las velas desaparecieron y las naves desplegaron sus alas. Chillaron las flautas que marcaban la cadencia de la boga, siguiendo el ejemplo de la nave capitana. Los remos se hundieron como uno y un ubicuo gruñido de esfuerzo masculino surgió de cada una de las naves. Sin perder velocidad, la flota siguió adelante.

Usando su tridente para marcar el paso, lanzando estocadas al aire a un ritmo

lento y deliberado, Clito valoró la distancia, cada vez más reducida, entre las flotas. Ahora Crátero podía distinguir rostros en las cubiertas de las naves atenienses: marineros, infantes con cascos de bronce cuyos rasgos quedaban ocultos bajos las carrilleras y las guardas nasales y que lucían altos penachos. Eran hombres musculosos, dispuestos con sus jabalinas y parapetados tras sus redondos escudos. Los arqueros, de pie a ambos lados de los infantes, tensaban las flechas y alzaban dedos humedecidos para juzgar la dirección y velocidad del viento. *Gracias a que tenemos el viento en cola, gozamos de una pequeña ventaja,* se dijo Crátero a sí mismo con el despegado interés de un mero observador. Habiendo sido testigo de pequeños enfrentamientos contra uno o dos barcos piratas, y sin haber tomado parte jamás en un choque naval a gran escala, se sintió fascinado por el espectáculo. *Nunca se sabe, pero incluso puede que aprendas algo nuevo a estas alturas de tu vida.*

A cuatrocientos pasos, Clito aumentó el ritmo al que movía el tridente y la nave cobró aún más velocidad al ritmo marcado por la chillona flauta a boga de combate. Toda la línea imitó a la capitana y los trierarcas empezaron a seleccionar barcos enemigos como objetivo.

A Crátero le resultó evidente que Clito no tenía ningún otro plan que «A por ellos». Cada nave tendría que arreglarse por sí sola cuando las dos formaciones chocaran.

Ante ellos había un trirreme con el casco pintado de rojo y sendos ojos a cada lado de la proa. El espolón, visible de forma intermitente, estaba coronado en bronce y el mascarón lucía una imagen en madera de Atenea, alta y orgullosa, blandiendo lanza y escudo. Clito rugió con deleite y, señalando al enemigo, se volvió para gritarle al trierarca, Paris, un avezado veterano y la antítesis de su tocayo mitológico:

—¡Esa para nosotros, Paris! ¡Embístela como mejor puedas! ¡Poseidón está a punto de follarse a Atenea!

Dejándole a Paris que se encargara de los detalles del ataque, Clito volvió a mirar al enemigo que se aproximaba y aumentó la cadencia para que la nave, y con ella el resto de la flota, alcanzara velocidad de ariete.

Y volaron las flechas desde las cubiertas de ambas flotas como bandadas de gorriones emprendiendo el vuelo. Alcanzaron su punto álgido y volvieron a caer esparciendo el miedo y la muerte entre el enemigo. El viento desempeñó su papel, y la primera descarga ateniense se quedó corta, matando, como mucho, a algún pez. En cambio, los arqueros macedonios tuvieron más éxito,

ya que sus saetas, empujadas por la brisa, llovieron sobre las embarcaciones enemigas. Los primeros gritos de dolor flotaron sobre las aguas. Una vez más chascaron las cuerdas de los arcos y cientos de flechas sisearon en el aire. Los arqueros soltaron descarga tras descarga hasta que, al fin, los atenienses dieron con la distancia correcta y una lluvia de puntas de hierro empezó a chocar contra las cubiertas macedonias.

Crátero, con el escudo levantado, hizo lo posible por ignorar el peligro que caía del cielo. Se subieron de la bodega varios calderos llameantes y se colocaron ante los arqueros, que, por el momento, seguían disparando en parábola.

Los pitidos de las flautas habían alcanzado el ritmo más rápido posible para los remeros, que no dejaban de propulsar la nave. Solo quedaban medio centenar de pasos para el impacto. Los arqueros encendieron las flechas ahora que, a menor distancia, corrían menos riesgo de extinguirse. Varias hebras de humo surcaron los cielos uniendo a ambas flotas como si se tratasen de cuerdas que tirasen del enemigo. Empezaron a aparecer llamas y se distribuyeron calderos mientras, en las cubiertas, todos se mantenían alerta de cara al inminente combate. Pero, a falta de una treintena de pasos, cualquier intención de luchar contra el fuego o de seguir disparando flechas se disipó cuando, quien más quien menos, buscó donde agarrarse en preparación para el impacto.

Con el trirreme ateniense a menos de veinticinco pasos, Crátero, de forma involuntaria, cerró los ojos aferrado a la regala cuando Paris gritó:

—¡Ahora!

Los timoneles tiraron de los timones hacia babor y la enorme nave respondió de inmediato girando a estribor y cruzándose en el camino de la nave ateniense, ahora con llamas en la parte central de la embarcación.

—¡Otra vez! —gritó el trierarca, y los timoneles empujaron en dirección opuesta para que el trirreme recuperara su trayectoria inicial, solo que ahora directo al costado de babor del ateniense.

—¡Remos de babor dentro! —les gritó Paris a los remeros.

La reacción fue instantánea, ya que todos eran conscientes de lo que le esperaba a un remero que no guardase su pala a tiempo. Pero el trierarca ateniense no respondió con la misma presteza, y, con Clito entonando para sí un canto de victoria, la proa barrió los remos enemigos empujándolos contra los pechos y los rostros de los remeros, destrozando costillas y pulverizando

cabezas, que se partían como ramas secas para hacer leña. Los gritos de los heridos surgieron de las entrañas de la nave mientras arqueros e infantes lanzaban sus proyectiles contra la cubierta atestada. Flechas y jabalinas llegaron como respuesta, impactando sobre hombres que caían al suelo retorciéndose.

Ajeno a las flechas que siseaban a su alrededor, Clito aferró un rezón y, después de hacerlo girar sobre su cabeza, lo lanzó hacia el trancanil de la embarcación enemiga. Una vez enganchado el rezón, y con manos prestas, ató el extremo de la cuerda a una abrazadera mientras los remos seguían partiéndose y el humo que ardía en la cubierta envolvía a ambos trirremes. Con un repentino tirón, la cuerda se tensó, deteniendo el progreso de la nave y acercando a los barcos en liza hasta que las maderas de ambos chirriaron al entrar en contacto.

Los infantes de marina se abalanzaron sobre la regala, con los escudos arriba y las lanzas sobre el hombro, dando estocadas, mientras los arqueros castigaban con una lluvia constante de saetas la cubierta enemiga hasta que la proximidad de sus compañeros y del enemigo los obligó a buscar otros objetivos.

Con una cacofonía de gritos de guerra chocaron los dos grupos de infantes de marina. Los escudos chocaron contra los escudos mientras las lanzas descendían dando mortíferas estocadas. Comenzaron a oírse chillidos, caían los heridos y los muertos. Crátero valoró la posibilidad de unirse al combate por pura curiosidad, mientras Clito, aún desnudo pero protegido con un escudo, saltaba a la nave ateniense y, abriéndose paso en medio de la lucha, alcanzó al trierarca en el cuello con el tridente. Cuando los macedonios empezaban a desplazar a los atenienses con una incesante ráfaga de estocadas, Crátero decidió no unirse. *Lo único que lograré hacer será estorbar. Esto es para jóvenes. Además, parece que se arreglan bastante bien sin mí.*

Miró alrededor. El humo barría la cubierta. A menos de veinte pasos a estribor, otras dos naves se enzarzaban en un duelo mortal. Y luego más, y más, a ambos lados, colisionaban, se rozaban, se embestían con repentino estruendo de crujir de madera y de golpes magnificados por los interiores huecos de las embarcaciones alcanzadas en rápida y ascendente sucesión.

A un choque le seguía otro a medida que las líneas frontales de las dos grandes flotas entraban en contacto y se entrelazaban. Algunas naves ardían y escupían fuego. Cada combate existía dentro de un mundo propio.

Pero no todas las naves atenienses habían entrado en liza; de hecho, nunca

había sido intención de su comandante que así lo hicieran, ya que, habiendo sido advertido por sus exploradores sobre la gran flota que se dirigía al norte, había tomado la decisión de atraparla y destruirla a pesar de ser bastante superior numéricamente. Así fue como, mientras volvía la mirada a la segunda línea, Crátero vio más allá al resto de la flota ateniense que ganaba velocidad, con las velas desplegadas, y que bordeaba el promontorio cerrando así la trampa.

Allí donde les resultaba posible, los atenienses se abrían paso por la primera línea de la flota macedonia para enfrentarse a las reservas que llegaban a la zaga a toda velocidad, con la intención de que se vieran obligadas a luchar en dos direcciones.

Crátero se percató de la maniobra y comprendió el plan de inmediato. *Entretener a nuestra primera línea mientras destrozan la reserva, entonces las fuerzas estarán más parejas. Este comandante ateniense sin duda es digno de sus antepasados.*

Y así, fueron muchas las naves atenienses que rebasaron la primera línea, aunque al coste de dejar a otras a merced de las maniobras de los macedonios. En el mar empezaba a haber olas de sangre y de hombres que daban desesperados manotazos intentando mantenerse a flote. A través del humo y la confusión, una segunda ola de naves atenienses se materializó a lo lejos cuando el trirreme de Crátero y el ateniense, aún enzarzados en mortal abrazo, empezaron a rotar.

—¡Paris! —gritó Crátero mientras señalaba al birreme que avanzaba contra ellos ahora que le ofrecían el costado.

—¡Remos de estribor! —les gritó el trierarca a los remeros al entender al instante el peligro que había identificado Crátero.

En cuestión de latidos la flauta emitió un pitido y los sesenta remos de estribor, dispuestos en dos hileras, entraron en la nave como uno. Las palas superiores, más largas y propulsadas por dos hombres, así como las inferiores, manejadas por uno solo, abandonaron el agua. Los remeros hicieron uso de todas sus fuerzas para tirar, pues veían, a través de las aperturas, la amenaza que se cernía sobre ellos.

El birreme avanzaba a toda prisa, cayendo sobre una presa que, el trierarca sabía bien, estaba indefensa. A velocidad de ariete, voló sobre las olas. El pánico cundió entre los remeros macedonios al ver la espuma que producía el espolón del birreme que se dirigía a ellos inexorablemente. Los remos repiquetearon en la bodega al ser abandonados y los hombres se abalanzaron

sobre las pasarelas que llevaban a cubierta y a la luz del sol.

Crátero observó, mórbidamente fascinado, cómo se aproximaba el ateniense a una velocidad que se le antojó imposible para una nave. En el último momento se agachó. El barco se inclinó y fue empujado contra el trirreme al que estaba enganchado mientras el espolón se abría paso entre los tablones y hasta las entrañas de la nave dando lugar a un estruendoso estallido de madera quebrada. El birreme no se detuvo; su espolón siguió adentrándose en las tripas del macedonio, haciendo saltar tablones astillados que mataban y mutilaban, hasta que la proa golpeó el costado y el birreme se detuvo de súbito. Las tres naves estaban ahora unidas, y se bambolearon a la vez, de modo que nadie fue capaz de mantener el equilibrio. Crátero rodo por la cubierta, primero hacia un lado, luego hacia el otro, merced al brutal impacto.

Aún pasaron unos instantes hasta que todo dejó de moverse. Crátero, tambaleante, se puso en pie mientras los remeros emergían de la bodega con las túnicas empapadas y heridas sangrantes que hablaban de la destrucción causada por el espolón.

—¡No permanecerá mucho tiempo a flote! —gritó Paris.

—¡Al trirreme! —ordenó Crátero a los tripulantes que tenía alrededor mientras recuperaban el aliento y se percataban del peligro.

El birreme empezó a batir los remos hacia atrás para desvincularse de tan antinatural unión.

Consciente de que, para sobrevivir, el liderazgo era esencial, Crátero corrió hacia la regala de babor y, desenvainando la espada, libró de un salto el espacio que le separaba del trirreme ateniense. La cubierta, envuelta en humo, estaba resbaladiza de sangre. Los hombres que habían caído por efecto de la reciente colisión rodaban y se agarraban los unos a los otros en combates a muerte individuales. Con una estocada descendente directa, Crátero atravesó a un infante ateniense cuando este le intentaba sacar los ojos a un macedonio. A su espalda, tanto remeros como marineros abandonaban el barco alcanzado.

—¡Haceos con los remos! —les gritó Crátero a los primeros remeros que cruzaron.

Conscientes de la importancia de la labor encomendada, buscaron por el suelo armas desechadas, cuchillos, espadas o jabalinas, y cargaron escaleras abajo para enfrentarse a sus iguales, ya muy mermados en número.

En medio de la carnicería, Crátero encontró a Clito junto al mástil. Le estaba rebanando el cuello a un arquero y había perdido el tridente.

—¡Necesitamos este barco! —le gritó Crátero a la oreja—. ¡El nuestro se hunde!

Clito miró a su alrededor, con la mirada perdida.

—¿Qué has dicho?

Crátero repitió su afirmación, y logró despertar a Clito del frenesí sangriento del combate. Miró a su alrededor.

—¡Macedonios, conmigo!

Los infantes y arqueros supervivientes formaron en torno al general, listos para hacer un último esfuerzo. Más marinos y remeros, junto con el trierarca, abandonaban el barco que se iba a pique; ahora su cubierta estaba claramente más baja que la del ateniense. Un pequeño grupo de atenienses se reunieron en la popa; estaban cubiertos de sangre y parecían agotados. Desde la bodega llegaban los espeluznantes gritos de los remeros atenienses siendo pasados a cuchillo, ahora superados en número por los macedonios que descendían a la penumbra desde cubierta.

Aún les llevó a los atenienses unos instantes percatarse de la gravedad de su situación, y, casi al tiempo, dejaron caer las armas y se arrodillaron.

—Atadlos —ordenó Clito al tiempo que cogía una espada y se dirigía al rezón, que cortó de un tajo. Los dos barcos se separaron. La popa del macedonio se hundía en el agua.

—¡Yo me encargo de organizar a los remeros! —gritó Crátero mientras Paris le ladraba a su tripulación que apagaran las llamas y se deshicieran de cuerpos y otros restos.

El suelo de la umbrosa bodega estaba repleto de cadáveres.

—Tirad a los muertos por la borda y ved cuántos remos podéis salvar de babor —le ordenó Crátero al jefe de los remeros.

—¿Qué hacemos con los heridos, general? —preguntó este señalando a los muchos remeros que había con el pecho destrozado y los rostros desfigurados y que se lamentaban bajo las bancadas.

Crátero pudo ver que poco se podía hacer por la mayor parte de ellos.

—Cortadles el cuello y tiradlos al mar. ¡Ahora!

El jefe de los remeros no necesitaba que nadie le dijera que serían vulnerables hasta que fueran capaces de maniobrar, así que se giró y empezó a ladrar órdenes. Se rebanaron cuellos, los cuerpos fueron arrojados al mar y los remos fueron distribuidos.

Crátero volvió corriendo a cubierta y vio cómo se elevaba la popa del que

había sido su barco y cómo, con un silbido de aire expulsado, la nave se deslizaba bajo las aguas dejando en la superficie la espuma y las burbujas que marcaban su fin.

Los pequeños incendios estaban ahora controlados, y Clito, habiendo recuperado su tridente, iba de un lado a otro animando y distribuyendo a sus hombres en los diversos puestos mientras Paris y los timoneles aguardaban noticias de la bodega. Crátero respiró profundamente y miró a un lado y a otro. Tan solo se veían barcos: luchando, ardiendo, hundiéndose, huyendo o, simplemente, a merced de las olas entre el humo y los escombros. Volvió a mirar al oeste. Muchas de las naves atenienses, después de romper la primera línea macedonia, bogaban directas hacia la línea de reserva mientras la otra mitad de la flota ateniense lo hacía por la espalda.

Consciente de la magnitud del combate y de las consecuencias si los atenienses acababan alzándose con la victoria, Crátero corrió hacia Clito.

—Tenemos que unirnos a la reserva y aguantar la posición para que pueda cruzar a Europa con mi ejército.

Clito asintió y miró alrededor. Contó los barcos que aún estaban en condiciones de luchar a lo largo de la línea frontal, ahora fracturada. Muchos aún estaban combatiendo, ya fuera abordando otras naves, ya fuera rechazando a los atenienses que los abordaban. Un grupo de al menos una docena de naves entrelazadas de un modo u otro formaba una pequeña isla sobre la que se estaba llevando a cabo una imitación de un combate en tierra, aunque debido al humo era difícil saber cuál sería el desenlace.

—¡Todo listo abajo! —informó a gritos el jefe de los remeros.

—Justo a tiempo —dijo Clito casi para sí. Apuntó el tridente hacia el oeste, hacia las reservas, cuando los primeros atenienses chocaban contra ellos—. Paris, ponnos en marcha y da orden de que nos siga quien pueda.

Contra el viento y con pocos remos disponibles, al enorme trirreme le costó ponerse en marcha. Se oían los gruñidos de esfuerzo de los remeros a cada lenta palada.

Dejando atrás a las naves enganchadas y en liza, el trirreme capturado empezó a avanzar lentamente acompañado por las naves macedonias que no estaban combatiendo, un total de tres o cuatro docenas. *¿Será suficiente?*

Crátero calculó que los separaban unos cuatrocientos o quinientos pasos del lugar en el que las reservas estaban recibiendo la embestida de los atenienses que habían roto la línea. Lo que no sabía era cómo de lejos se encontraba la

otra mitad de la flota enemiga.

El trirreme siguió adelante, con Clito una vez más en la proa a medida que iba ganando velocidad entre las olas cubiertas de tablones. El sonido de la flauta que marcaba el ritmo casi quedaba ahogado por los gruñidos de los remeros, que recurrían a sus últimas fuerzas, conscientes de que el destino de sus compañeros dependía de la velocidad a la que pudieran acudir en su auxilio.

Con los nudillos blancos, aferrado a la regala y con Clito entonando de nuevo el himno a Poseidón a su lado, Crátero vio cómo menguaba la distancia entre las dos líneas. *Si perdemos aquí, no podré cruzar con mi ejército a Grecia, y si perdemos Grecia, ¿qué será lo siguiente? Oriente, sin duda. Y entonces empezaremos a luchar entre nosotros.*

Crátero negó con la cabeza ante lo que, poco antes, habría sido impensable pero que cada vez se hacía más probable con cada nave que perdían.

Cuatrocientos, trescientos pasos. La distancia se reducía. Ahora Crátero podía oír los aullidos y los gritos de los combates, traídos por el viento, que soplaba de cara. Al aproximarse a las naves enemigas se dio cuenta de que esta vez había una diferencia fundamental: los atacarían por la espalda, dado que ya estaban enganchados de frente o de lado y eran incapaces de virar para enfrentarse a la nueva amenaza.

Con el espolón en ángulo, dirigido hacia la popa del ateniense que tenía delante, Paris mantenía a los timoneles en rumbo mientras los arqueros empezaban a descargar flechas, alertando así a los atenienses del peligro que se cernía sobre ellos por la espalda.

Pero no había nada que pudieran hacer, dado que ya estaban envueltos en combate con su enemigo y muchos habían abandonado la nave.

La cadencia de la flauta aumentó cuando Clito ordenó, al compás de su tridente, que todas las naves aceleraran a velocidad de ariete para librar los últimos cincuenta pasos.

Con un sonido que hubiera dejado sepultado el más estruendoso de los truenos de un Zeus iracundo golpearon a los atenienses. Y no fue un solo estallido atronador, sino una sucesión de ellos, destructivos, a medida que los espolones rompían, astillaban y partían los muros de madera de Atenas. Crátero perdió el equilibrio cuando el espolón se abrió paso por la popa de la nave, en ángulo, de modo que no se desviase. Penetró y, con él, hubo una gran explosión de agua que anegó la pequeña cabina del capitán, barriendo las

delgadas paredes y dejando expuestas las bancadas de los remos.

—¡Atrás! ¡Atrás! —le gritó Clito a Paris—. ¡Está acabada, no tiene sentido perder vidas en un abordaje!

Fue así como muchos macedonios se encontraron en la misma situación, bogando para retroceder y retirar los espolones de las heridas abiertas, que se anegaban de agua.

Crátero afianzó los pies mientras el trirreme se apartaba de su víctima, que ahora escupía marineros ansiosos por abandonar una nave que se hundía a toda velocidad. Los arqueros, por mera diversión, siguieron disparando. Las saetas se clavaban en hombres que caían retorciéndose al agua seguidos de una estela de sangre que manaba de heridas innecesarias. Y, cuantas más naves macedonias se retiraban, más grande se hacía el hueco por el que pasaban las naves macedonias de la reserva dejando atrás sus duelos poco antes de que la segunda flota ateniense los alcanzara. Algunos cayeron, sufriendo el mismo destino que sus oponentes, con boquetes en la popa o embestidos por la espalda, pero fueron más los que lograron huir a la relativa seguridad que prometían las naves de Clito, mientras los restos de los naufragios entorpecían el avance de los recién llegados atenienses.

El trirreme de Clito, y muchos otros, siguieron retrocediendo para enfrentarse a los atenienses mientras la reserva formaba en torno a ellos y viraban para luchar contra sus perseguidores dando lugar a una larga y formidable línea de batalla que no se veía entorpecida por los naufragios.

Se hizo el silencio cuando ambas flotas se encontraron cara a cara. Solo se oía el silbar del viento en ráfagas y el aleteo de los aparejos sueltos, así como la respiración agotada de todos.

Fueron los atenienses los primeros en parpadear.

—¡Esos griegos blanditos ya han tenido suficiente! —gritó Clito cuando las primeras naves emprendieron la huida—. Pero tranquilos, muchachos: hoy dejaremos que se escabullan.

Cuando el último ateniense dio media vuelta y bogó hacia el oeste, Clito ordenó virar a su flota para dirigirse a Abido. De camino a la ciudad pasaron junto a muchas embarcaciones destrozadas.

—A juzgar por los informes de los trierarcas, calculo que hemos debido de hundir más de medio centenar —le dijo Clito a Crátero mientras agitaba un

rollo de papiro. Ambos estaban sentados, una hora más tarde, en unas escaleras del muelle. Tenían los pies en el agua—. Y hemos capturado un par de docenas más. Si comparamos eso con nuestras pérdidas, veintiséis hundidos y ocho hechos trizas, me atrevo a decir que ha sido un buen día de trabajo.

Crátero estaba demasiado cansado como para hacer otra cosa que no fuera bostezar.

—¿Crátero? —dijo una voz desde lo alto de las escaleras.

Se giró y vio a Poliperconte a lomos de su caballo.

—Poliperconte, ¿ha llegado el ejército?

—Llegará dentro de dos días. Yo me he adelantado porque oí que los atenienses habían bloqueado el puerto y quería ver la situación por mí mismo.

—Bien hecho.

—Así que nada; vista la situación, puedo concluir que es bastante favorable.

Crátero sonrió ante el eufemismo y se dirigió a Clito.

—Zarpa cuanto antes en persecución del resto de la flota ateniense. Déjame aquí los barcos de transporte y organizaré el cruce del ejército en cuanto esté aquí. Nos reuniremos en Eno, en la costa tracia, dentro de cuatro o cinco días. Desde allí nos dirigiremos al oeste juntos y, con Antípatro, aplastaremos la rebelión de los griegos.



FILO, EL VAGABUNDO

Y, en ese momento, la rebelión griega en el este se enfrentaba a su mayor reto ahora que Filo lideraba a sus hombres por el estrecho paso que se abría al sur del mar Caspio, a través del cual todos los ejércitos tenían que pasar si no deseaban enfrentarse al calor inmisericorde y a la sed que prometía el desierto que se extendía al sur. Habían viajado durante diez días, sabiendo que Peitón guarnecía el paso para evitar su avance. Se habían enviado mensajeros al sátrapa de Media ofreciendo oro a cambio de permitir que pasaran, pero la respuesta había sido negativa.

—Dice que solo negociará con nosotros si volvemos a nuestros puestos, y que se negociará nuestro perdón, no nuestra vuelta —le informó Letodoro a Filo cuando volvió del campamento de Peitón al otro lado del paso.

A lo lejos se veía la silueta de la imponente entrada al sol del atardecer. A ambos lados se extendían las colinas escarpadas que oprimían la apertura que desembocaba en las fértiles planicies de Media, a cuatro leguas de distancia.

—Lo he intentado todo: lisonjas, amenazas, soborno, incluso he apelado a su sentido de la justicia. Pero, claro, es muy macedonio, así que no tiene tiempo para las quejas de un griego.

Filo valoró sus opciones. Eran limitadas.

—Entonces, o bien volvemos al este o bien usamos la ruta del sur, y a ver cuántos sobrevivimos.

—De entre las mujeres y los niños lo lograrían pocos, eso es seguro.

—Y cuando saliéramos del desierto, debilitados y menguados, ¿quién nos garantiza que no vaya a haber un ejército esperando para acabar con lo que

quede de nosotros?

Si yo fuese Peitón, estaría deseando que nos dirigiéramos al sur: así perdería menos hombres cuando nos enfrentemos.

Letodoro negó con la cabeza y esbozó un gesto adusto.

—Así lo veo yo también, así que solo tenemos dos opciones: o luchamos o volvemos.

—Si les digo a los hombres que volvemos, más me vale suicidarme.

—A mí también.

—A ti también, amigo mío. ¿Conseguiste hacerte una idea de su número?

—Es difícil saberlo, pero diría que tiene menos que nosotros; quince mil infantes a lo sumo.

—Eso es esperanzador, pero puede elegir dónde lucha cuando atravesemos el paso, y, si es competente en lo militar, que lo es, entonces nuestra superioridad numérica no servirá de nada.

—Sí, también yo lo veo así.

No puedo hacer nada para cambiar las cosas; debo concentrarme en los hechos y no desear lo que ni tengo ni puedo obtener.

—Entonces sea.

—¿Luchamos, Filo?

—Sí.

—Le dije a Peitón que lo haríamos.

—¿Y?

—Ha lamentado que tenga que ser así, y ha dicho que detesta la idea de echar a perder las vidas de tantos buenos hombres. Luego me ha preguntado si estaríamos dispuestos a unirnos a él.

—¿Unirnos a él? ¿Contra quién?

—Contra quien sea que tenga intención de combatir. Parece que, al haber estado tan aislados desde la muerte de Alejandro, nos hemos perdido mucho de lo que ha estado ocurriendo. A juzgar por las palabras de Peitón, el Imperio no aguantará unido mucho tiempo.

—¿Y piensa que podría cercenar y quedarse con una pequeña parte del este?

—Algo así.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que los hombres quieren ir a casa, al mar, no cambiar un señor por otro. Nadie quiere quedarse aquí. Luego me ofreció plata, pero le dije que no era cuestión de plata, que la cuestión es el mar.

—¿Y lo ha comprendido?

—Por supuesto que no.

—Así que nos espera.

—Sí.

—En ese caso, no le defraudaremos. Reúne a los hombres antes del amanecer: habremos cruzado cuando aún queden un par de horas de luz si avanzamos con celeridad, más que suficiente para aplastar a Peitón.

El desfiladero era sobrecogedor. Ascendía flanqueado por un paisaje impenetrable de crestas, farallones y barrancos. *¿Cuántas docenas de ejércitos habrán pasado por aquí a lo largo de los siglos?,* consideró Filo mientras se maravillaba ante el nombre imponente del lugar: las Puertas Caspias. Ahora el paso volvía a ser esencial en un pasaje más de la Historia. Marchaban en una columna de diez hombres de ancho, que era la distancia más estrecha del desfiladero. De ese modo evitarían crear cuellos de botella.

El tintineo metálico del equipo de los hombres recorría las rocas y hacía eco en los altos acantilados rugosos, incesante, como si fuera un rebaño interminable de cabras con cencerros las que atravesaran el lugar. Eran pocos los que hablaban, poseídos por crecientes pensamientos de malos presagios y sintiéndose observados. Los hombres miraban hacia las alturas con ojos nerviosos, temerosos de que en cualquier momento una andanada de flechas o un desprendimiento de rocas cayera de las cimas, fruto del ataque de un enemigo invisible que, no tardaron en convencerse, aguardaba oculto la oportunidad de atacar. El camino resultaba tan escarpado que era poco lo que podía conseguirse mediante la exploración del terreno.

El sol ascendió y no tardó en castigar con fuerza a la columna. No había brisa; el aire en el desfiladero era cada vez más sofocante, el sudor recorría las espaldas de los hombres y brillaba en sus frentes bronceadas. Un hedor a túnicas sin lavar envolvía la columna y daba lugar a una sensación aún mayor de hacinamiento y opresión que todos sufrían.

Filo dio un largo trago de agua de su odre y miró al cielo ardiente cuando el sol pasaba de su cénit. Los pájaros carroñeros describían círculos sin urgencia. Parecían seguros de que tan gran procesión de vida dejaría un rastro de muerte con el que darse un festín.

El desánimo aumentaba con cada paso después de haber recorrido la mitad

del camino. Filo no se atrevió a ordenar un descanso en la marcha por miedo a no llegar al otro lado a tiempo de enfrentarse y derrotar a las fuerzas de Peitón.

—Pasar la noche en el desfiladero supondría quedarnos a merced de un ataque nocturno —le dijo a la legación que había sido enviada a la cabeza de la columna para suplicar que ordenara el alto y sugerir seguir adelante al día siguiente—. Para ganar necesitaremos abrirnos paso esta tarde. Si no lo hacemos así, todo el sufrimiento habrá sido para nada. Tened fe, hermanos, y llegaremos al mar.

La legación volvió a sus puestos en la columna después de prometer que sofocarían cualquier disensión que pudiera surgir entre la tropa.

Poco después de que la legación se fuera, aparecieron hombres a caballo, brillantes en la bruma que tenían delante.

—Tráemelos a mí directamente, Letodoro —ordenó Filo cuando los exploradores llegaron al galope—. Estoy preparado para la peor de las noticias.

—Sabe que estamos de camino y que llegaremos al atardecer —le dijo a Filo el jefe de los exploradores—. Ha desplegado su ejército y ha tomado posiciones. Ahora está dando de comer a sus hombres y dejando que descansen para que estén en perfectas condiciones cuando lleguemos.

El gesto del explorador no dejaba lugar a dudas: opinaba que seguir adelante ese día era la mayor idiotez del mundo. Lo ignoró.

—¿Conseguisteis haceros una idea de su despliegue?

El hombre pensó un momento para organizar sus ideas.

—Su falange, de unos ocho o diez mil hombres, está en terreno llano, algo que no es de sorprender. Ocupan el espacio que está directamente delante de la boca del desfiladero. Ante ellos hay una pantalla de arqueros y honderos. El grueso de su caballería, lanceros, ocupan el flanco derecho, cuentan con peltastas de apoyo y algunas levas locales para aumentar su número, aunque estos están en retaguardia para no estorbar. El resto de sus peltastas y arqueros a caballo ocupan el flanco izquierdo junto con infantería ligera armada con jabalinas a modo de pantalla.

—¿Arqueros a caballo? ¿Cuántos?

—Algo menos de un millar, calculo. Pero lo extraño es que a la izquierda de estos hay una pequeña colina que no parece haber ocupado. Si pudiéramos…

—Si pudiéramos tomarla, entonces tendríamos controlada la mitad del campo. —Filo sintió florecer la emoción que da la esperanza.

—Yo lo haré, señor —se ofreció Letodoro—. Escogeré a tres mil de mis

hombres, recorreremos el desfiladero a paso ligero y estaremos sobre esa colina antes de que Peitón se dé cuenta de lo que está pasando. Los arqueros a caballo no cargarán, se limitarán a disparar, y a eso ya estamos acostumbrados de tanto escoltar caravanas. Los peltastas y la infantería ligera no deberían suponer un problema. La tomaremos.

Filo pudo ver el desenlace con el ojo de la mente.

—Sí, Letodoro, creo que lo conseguirás. Y servirá para alentar al resto de los hombres cuando te vean allí. Hazlo. Y hazlo rápido.

Letodoro esbozó una ligera sonrisa y apretó el hombro de Filo.

—Lo haré, y cuando salgas del paso no creerás lo que están viendo tus ojos.

El calor se desvanecía a medida que el sol caía hacia el oeste. Filo vio a las últimas unidades de Letodoro desaparecer a paso ligero hacia la derecha, de camino al final del desfiladero. Miró a su espalda y levantó el puño al aire. Sus hombres, todos los cuales habían estado llevando a cabo la puesta a punto de su equipo en preparación para la batalla, se organizaron y respiraron profundamente. Aquello iba a doler, lo sabían.

Filo dejó caer el puño y corrió en cabeza de la primera compañía. Luego, una a una, sus unidades se pusieron en marcha también, a paso ligero, para seguir a su general hacia la salida de las Puertas Caspias para enfrentarse a un enemigo mucho más preparado de lo que jamás fueran a estarlo ellos.

Llenando los pulmones de aire mientras corría con la panoplia al completo, Filo dejó atrás el desfiladero solo para ver al poderoso ejército de Macedonia desplegado ante él. La falange, oscura, amenazadora, compuesta por miles lanzas de dieciséis pies de largo y puntas de hierro brillantes, ocupaba la mayor parte de su rango de visión, tal era su tamaño. A su izquierda pudo ver las formaciones en cuña de la caballería pesada, con sus puntas de lanza doradas y sus siluetas recortadas contra el sol moribundo. Pidió a los dioses que no cargaran mientras intentaba desplegar a sus hombres. Los olímpicos respondieron a sus súplicas y Filo corrió con sus tropas a la zaga para establecer la posición de la primera unidad en el extremo del flanco izquierdo. No fue hasta que hubo alcanzado la posición y los oficiales se hicieron con el mando que Filo se volvió para ver qué tal le estaba yendo a Letodoro. El corazón le dio un brinco cuando vio que su segundo, efectivamente, se había hecho con la colina. La habían arrollado y ahora controlaban todo aquel sector

del campo, ya que, para tener éxito allí, Peitón tendría que luchar en un sangriento combate para desplazarlos.

Con una sensación de confianza que le recorrió el cuerpo, Filo volvió fijar la atención en su despliegue. Luego, con un terrible presentimiento que le revolvió las tripas, giró la cabeza para mirar una vez más hacia la colina. Estuvo a punto de atragantarse cuando vio la disposición de los hombres de Letodoro: estaban mirando a sus propias tropas, no a las de Peitón.

La traición acababa de decidir la jornada.

El significado de la evidente traición de Letodoro recorrió todo el ejército sin descanso. El despliegue se fue ralentizando hasta detenerse por completo.

—¡Camaradas! ¡Camaradas! —El grito provenía de las líneas macedonias.

Un jinete montado en un caballo blanco cabalgó hasta encontrarse entre los dos contingentes.

—Soy Peitón, uno de los compañeros de Alejandro. Muchos me conocéis. —Hizo una pausa para acercarse algo más hacia los griegos para que todos pudieran ver que, efectivamente, era quien decía ser. Cuando se aproximaba al lugar en el que estaba Filo, aminoró el paso y le señaló—. ¡Filo! Tú me conoces.

Se acabó, no tengo nada que ganar enfrentándome a él.

—Te conozco, sí. ¿Qué quieres?

—Nada que vosotros, griegos, no podáis concederme: os quiero a vosotros, y os quiero vivos.

—¿Vivos para qué?

—Vivos y agradecidos de que se os haya perdonado la vida. Mira a tu alrededor, Filo: no puedes retirarte, os masacraríamos si intentarais huir por el desfiladero, y no podéis seguir adelante sin luchar. Un combate que, dado el buen juicio de Letodoro y sus hombres, no tenéis esperanza de poder ganar. ¿Qué ha de ser, griegos? ¿Vida o muerte?

No había necesidad de debatir el asunto, porque todos sabían que Peitón había juzgado la situación a la perfección. *Si pretendo mantener mi autoridad sobre mis hombres, necesito encabezar esto.* Filo caminó a su encuentro, exagerando sus movimientos para que todos pudieran verle. Dejó caer su escudo y su lanza, y luego desenvainó la espada y la soltó a sus pies.

Un poderoso vítor surgió del ejército rebelde cuando los hombres supieron que vivirían y que el sueño de alcanzar el mar no estaba del todo muerto. Habían estado mirando a la muerte, pero ahora sabían que aquel no sería su

último día. Lanzas y espadas fueron descartadas, y todos se dirigieron al frente para unirse al hasta entonces ejército enemigo, a muchos de cuyos hombres conocían de campañas pasadas. Fue con espíritu festivo que ambos ejércitos se unieron y fundieron en abrazos y se dieron palmadas en los hombros mientras se enzarzaban en charlas sobre las dificultades, las batallas y los recuerdos de compañeros que ya no estaban vivos.

—Ven conmigo, Filo —dijo Peitón en un tono que no admitía réplica.

El campo macedonio se sumió en la borrachera cuando cayó la noche, y ambos bandos celebraron su nueva amistad. Las risas y los gritos colmaron el aire. Aun dentro de la tienda de cuero de Peitón se antojaban estruendosos.

Filo miró a Letodoro con asco mientras esperaban al general macedonio.

—¿Por qué lo has hecho?

Letodoro se encogió de hombros.

—Las razones habituales: avaricia y deseo de supervivencia.

Filo escupió.

—Creí que éramos amigos. Creí que te importaba volver a casa.

—Y me importa, lo que pasa es que al ver al ejército de Peitón me he dado cuenta de que no sería capaz de llegar a casa con tanta gente. Siempre habrá ejércitos esperándonos, incluso si acabábamos derrotando a este. Sin embargo, un grupo pequeño, de media docena de hombres con dinero, tendrían más probabilidades, y ahora tengo ese dinero gracias a la generosidad de Peitón.

—Querrás decir que gracias a tu traición.

Letodoro pareció sentirse dolido cuando cogió su cáliz y le dio un trago al vino.

—Eso no es justo. Os he salvado la vida a todos. La mayor parte de los muchachos volverán al este con Peitón como benefactor: él se encargará de pagar sus soldadas y ellos se convertirán en sus hombres.

—¿Y tú?

—Yo disfrutaré de lo que me queda de vida… junto al mar.

—Hijo de puta.

Filo se llevó la mano a la espada solo para recordar que la había entregado al rendirse.

Letodoro negó con la cabeza y dio una palmada a su propia espada con la mano. A él le habían permitido conservarla como muestra de confianza de

Peitón.

—De verdad, Filo, ¿Qué esperarías sacar con eso?

—Me haría sentir mucho mejor.

—Y Peitón te ejecutaría. ¿Verdad, Peitón?

—¿Qué? —dijo Peitón, que en ese momento hacia su aparición junto con el ruido del jolgorio.

Letodoro repitió lo que había dicho.

—No me lo pensaría dos veces, Filo. Eres griego. Pero preferiría que me sirvieses.

—¿Haciendo qué? —preguntó Filo sin apartar la mirada de Letodoro.

El barullo del campamento se hizo aún más estridente cuando gritos y aullidos de peleas entre borrachos empezaron a menoscabar la alegría reinante. Peitón inclinó la cabeza para escuchar un instante y luego ignoró el ruido.

—Tengo intención de conquistar el este, y con tus hombres podré mantenerlo.

—¿Y qué pasa si no queremos quedarnos allí?

—En ese caso, moriréis aquí.

Filo valoró sus opciones. El ruido en el exterior parecía estar volviéndose más caldeado.

—¿Cuánto nos pagarás?

—La suma habitual más vuestras vidas. Te juegas mucho con tu respuesta.

Se oyeron gritos cerca. Peitón volvió a inclinar la cabeza y esta vez se decidió a investigar. Filo y Letodoro le siguieron hacia el campamento, repleto de antorchas y hogueras a cuya luz cientos de siluetas peleaban. Los ojos de Filo aún tardaron un instante en ajustarse a la oscuridad, y su rostro palideció cuando la masacre resultó ser evidente.

—¡Detenlos, Peitón! ¡Esto es asesinato!

Peitón, conmocionado, contemplaba cómo sus tropas macedonias se abalanzaban sobre los griegos indefensos con cualquier arma que tuvieran a mano. Espadas, cuchillos, lanzas o jabalinas. No les importaba: todas ellas mataban igualmente, y matar era lo que querían.

—Yo no he ordenado esto. ¿Qué gano con ello?

La mirada de Peitón bastó para que Filo le creyera. Observó horrorizado cómo se rebanaban gargantas y se atravesaban tripas. Un veterano chilló cuando le cercenaron ambas manos mientras las alzaba intentando evitar un tajo en la cara. Otro estaba sentado en el suelo contemplando con horror sus

viscosos intestinos, que sostenía con las manos, hasta que el barrido de una hoja lanzó su cabeza por los aires, soltando negras gotas de sangre a la luz de las llamas. Aquí y allá había pequeños grupos de griegos que se unían para ofrecer resistencia, pero, dado que todos estaban desarmados, cualquier intento estaba condenado al fracaso, y fueron abatidos sin piedad, alanceados y apuñalados por los mismos hombres con los que habían compartido comida y bebida hacía tan solo un rato.

En medio de aquella masacre un grupo de hombres entró en escena, todos fuertemente armados y haciendo uso de sus escudos para proteger a un oficial que caminaba entre ellos con gallardía y lucía un casco con un alto penacho y una rica túnica. Estos se dirigieron a la tienda de Peitón, apartando a cualquiera que se interpusiese en su camino.

—Seleuco —dijo Peitón casi en un susurro cuando el oficial se acercó a él.

—Sí, Peitón —dijo Seleuco con una cautivadora sonrisa—. Soy yo; ¿no te alegras muchísimo de verme?

—¿Has ordenado tú esto?

Seleuco miró a su alrededor como si intentara comprender a qué se refería Peitón.

—¡Ah! Te refieres a impartir justicia entre los desertores. No, Peitón, no lo he ordenado. Tan solo les recordé a algunos oficiales su deber para con Pérdicas y los reyes. Creo que han debido de ser ellos los que lo han ordenado. Y está bien que lo hayan hecho, porque me habría molestado mucho que hubieras cometido el irrevocable error de reclutar a toda esta morralla en tu ejército.

—Yo…

—No intentes negarlo, Peitón. No tienes el intelecto necesario para mentir de forma convincente, eres un orador sencillo. Siempre lo has sido y siempre lo serás. Bien, este es el trato: matamos a todos y cada uno de ellos… —Hizo una pausa para mirar a Filo y a Letodoro—. Salvo, quizá, a estos dos de aquí. Supongo que Pérdicas querrá hablar con ellos en privado. A partir de ahí, tú serás quien se encargue de reforzar las guarniciones orientales con tus hombres y luego llevarás al resto de tu ejército de vuelta a Ecbatana. Yo volveré con las tropas que Pérdicas te prestó y las llevaré a Capadocia. Entonces tú te quedarás en Ecbatana y te portarás bien, haciendo todo lo que Pérdicas te diga que hagas. Y si eres un chico muy bueno, entonces puede que algún día Pérdicas te perdone que hayas intentado robarle Oriente. No niegues

que eso era lo que estabas planeando. —Se volvió hacia Letodoro e hizo un marcado gesto de esfuerzo, como si estuviera intentando recordar su nombre —. ¡Letodoro! ¿Verdad? ¿Es Letodoro?

Letodoro estaba ansioso por mostrarse servicial ante el nuevo dueño de la situación.

—Sí, Seleuco; nos dijo que quería quedarse con Oriente.

—¿Y cuánto estaba dispuesto a pagaros?

—Eso tendrás que preguntárselo a Filo, porque es él quien estaba negociando. Yo ya había rechazado la oferta categóricamente.

—¡Maldito hijo de puta mentiroso! —gritó Filo.

Su puño salió despedido hacia el rostro de su antiguo segundo al mando y le rompió la nariz. Tal era su ira ante la traición y asesinato de sus hombres, que incluso en ese momento seguía teniendo lugar a su alrededor. Se abalanzó sobre Leonato; con una mano le aferró de la garganta, y la otra la alargó hacia la empuñadura de su espada. La fuerza de la embestida acabó con ambos en el suelo convertidos en un nudo de miembros. Mientras apretaba con fuerza la garganta de Letodoro, Filo desenvainó la espada y, con un rápido movimiento, hundió la hoja entre las costillas de Letodoro. La sangre empezó a manar de la boca de este y un gesto de dolor y sorpresa le afeó la cara.

Fue lo último que vio Filo.



Crátero, el general

Crátero levantó el velo de su nueva esposa, retirándoselo por encima de la cabeza y, después de entonar las palabras preceptivas, completó el traspaso de Fila a su tutela desde la de la familia de Antípatro, asistida la novia por sus hermanas Eurídice y Nicea, así como por su prima Berenice.

El viejo regente y su esposa fueron los primeros en darle la enhorabuena a Crátero cuando este le mostró su esposa a la muchedumbre de dignatarios que estaban siendo testigos del enlace en el gran salón del palacio real de Pella.

—Espero que le hagas muchos hijos —le dijo Antípatro a su yerno con una pícara sonrisa—. Si sale a su madre, es tierra fértil.

—¡Padre! —exclamó Fila con las mejillas sonrosadas—. ¡No hables así delante de nuestros invitados!

—Bueno, no es que seas virgen —murmuró Eurídice, lo que provocó en Nicea una risilla que tuvo que sofocar cubriéndose la boca para que no se convirtiese en carcajada.

—Debería darte vergüenza, esposo —le regañó Hiperia fingiendo no haber oído el comentario de su segunda hija—. Esas cosas no se dicen en una boda.

Antípatro dio un palmada con fuerza en las nalgas de su esposa y esta dejó escapar un indignado chillido, aunque no sin dedicarle a su esposo un guiño del que Crátero se percató.

—Tonterías, querida: así es precisamente como se debe hablar en una boda. Todo tiene que ver con la procreación y con lo que disfrutamos haciéndolo. De hecho, de tanto hablar de ello empiezo a tener ganas, así que prepárate para después del banquete.

Crátero no pudo evitar reírse, y recibió un codazo de Fila en las costillas. Tuvo que forzar un gesto de sobria dignidad.

—Confío en que nuestra alianza sea igual de beneficiosa para nuestras dos familias.

—Seguro que lo será —repuso Antípatro, que no dejaba de mirar de reojo a los pechos de su esposa.

—Como muestra de la confianza mutua que ahora existe entre nosotros, y también como muestra de respeto de un hijo hacia su padre, pongo mi ejército y mi flota, cuando Clito regrese, a tu mando en la inminente campaña contra los rebeldes griegos. Y también te ofrezco mis servicios como segundo al mando.

Las palabras de Crátero lograron acaparar la atención de Antípatro, que olvidó por un momento los pechos de su esposa y miró a su yerno con agradecimiento.

—Tú, al menos, comprendes que trabajar juntos funciona mejor cuando hay una jerarquía y no un comité. Tu gesto es muy generoso, y hará que sea mucho más sencillo para ambos darles a los griegos una lección.

Evita la guerra civil y me hará comandante de tu ejército y de lo que quede del de Leonato cuando mueras, viejo, de aquí a un par de años, piense lo que piense tu hijo Casandro.

—Tal es mi deseo.

—Orden es lo que hace falta, y una nítida cadena de mando.

—Estoy de acuerdo. Por eso te hago esta oferta. El principal problema que tiene Pérdicas es que la mayoría de nuestros pares se niegan a plegarse a sus deseos. Por tanto, confío en que, al ponerme a tu servicio, enviaremos un mensaje al resto de comandantes demostrando que no hay vergüenza en servir a hombres dignos, y puede que atraigamos a muchos de ellos a nuestra causa.

Antípatro comprendió las consecuencias al instante.

—¿Cimentar una alianza contra Pérdicas? Pero estoy a punto de enviarle a Nicea para que se case con él…

—Algo que le pondrá en mi misma posición. Y mira lo que acabo de hacer.

—Pero él jamás pondría sus fuerzas bajo mi mando.

—Puede que no, pero al ver el respeto que te tengo y al darse cuenta de que estoy dispuesto a someterme a ti pero no a él, puede que otros hagan lo mismo si sigue empeñado en convertirse en un nuevo Alejandro.

—En otras palabras: habrá menos riesgo de guerra si se limita a casarse con mi hija y a ocuparse de sus asuntos.

Crátero inclinó la cabeza.

—Exacto. Creo que la mayoría de nosotros podemos ver que jamás volverá a haber un imperio unido y que lo máximo que podemos esperar es que se divida en partes con el menor derramamiento de sangre posible. Solo así tendremos ocasión de mantener lo que tenemos y de defendernos de las incursiones de las tribus del norte y del este.

—¿Entonces yo me quedo con Macedonia y tú te conviertes en heredero?

—Suegro, hablemos de eso durante el banquete de bodas.

Los invitados masculinos estaban entusiasmados. Nicanor y Yolas volvieron a brindar por la potencia sexual del novio y, a pesar de saber que no era el caso, por la pureza de la novia. Los esclavos iban y venían entre las mesas rellenando cálices y sacando aún más platos en bandejas y cuencos ricamente decorados con imágenes de atletas, dioses y guerreros.

Crátero, por primera vez desde que abandonara Cilicia, se permitió el lujo de emborracharse, sin preocuparse del efecto que hacerlo pudiera tener en la noche de bodas. Con Fila segregada en un salón diferente con el resto de las mujeres, no había nadie que pudiera llevarle la contraria. Además, a esas alturas, ella ya conocía bien sus capacidades.

Hacía casi un año desde que la muerte de Alejandro sacudiera el mundo, y Crátero se sentía aliviado de haberse tragado el orgullo y de haberse unido a Antípatro, un hombre de probada habilidad política que sería un útil aliado contra Pérdicas. Con Leonato fuera del mapa, un golpe de suerte que jamás se habría esperado, Crátero era la elección obvia para convertirse en regente de Europa una vez que muriera Antípatro. Y, al contrario de lo que ocurría con la realeza, la regencia no era hereditaria. Casandro no tendría derecho alguno a reclamar la posición de su padre. *Sí, en general todo esto ha sido una hábil maniobra. ¿Qué importa una pequeña muesca en el orgullo si me estoy posicionando para alcanzar el objetivo, aunque sea a largo plazo, de controlar Occidente? Que Pérdicas se quede con Babilonia y con Oriente, Eumenes es más que bienvenido a quedarse con Capadocia, y nadie conseguirá jamás desplazar a Ptolomeo de Egipto. No, yo me conformo con esto.*

Alzó el cáliz y bebió brindando consigo mismo, saboreando ya la proyectada campaña y la oportunidad de volver a hacer cosas de soldados apartado de la política, ya que ahora Antípatro le protegería de las maquinaciones. *Más aún: lucharé contra griegos, no contra los míos.*

—Cuando nos dirijamos al sur, dejaremos aquí a Poliperconte, en Pella, como regente en funciones, con Nicanor al mando de la guarnición —balbució Antípatro—; entre ellos tienen la habilidad necesaria para rechazar a Eácides si el pequeño cabrón decide probar el músculo de Épiro de nuevo. Aunque ahora que esa bruja de Olimpia ha desaparecido, dudo que haya nadie más que pueda ponerle la polla dura.

—¿Se sabe a dónde ha huido? —preguntó Crátero mientras dejaba que le rellenaran el cáliz.

—No tengo ni idea. En lo que a mí respecta, puede permanecer perdida el tiempo que quiera; un problema menos con el que lidiar.

Crátero alzó su cáliz.

—Brindo por la ausencia de problemas. —Trasegó el vino de una vez y el resto de los presentes le imitaron.

No obstante, seguía teniendo un problema. Ahora que había reclamado la Frigia helespóntica después de la muerte de Leonato, deseaba conocer la opinión de Antígono y Menandro, cuyas satrapías lindaban con ella. Lisímaco, el sátrapa de la tercera, había permitido que su ejército pasara por su territorio de Tracia sin cobrar demasiado por el forraje necesario. Incluso había cenado con él mientras esperaba al norte del Helesponto a que su ejército fuera transportado. Allí le había parecido que el sátrapa de Tracia no tenía intención de expandir su territorio hacia el sur, sino que estaba centrando sus esfuerzos en someter a las salvajes tribus tracias del norte. Se habían hecho entrega de regalos para cimentar su amistad, aunque Crátero no se había engañado: sabía que si Lisímaco acababa teniendo éxito, dispondría de un potencial y gigantesco ejército de salvajes y nuevos súbditos. Era un hombre al que mantener vigilado en el futuro.

Pero ¿qué había de Antígono y Menandro? Y, por supuesto, de Asandro en Caria. ¿Se molestarían por el modo en que, sin hacer demasiado ruido, aumentaba su poder? ¿Se percatarían de cuál era su objetivo a largo plazo ahora que se había ganado el favor de Antípatro? No tenía dudas de que así sería; la cuestión era si pasarían a la acción.

Sus cavilaciones sobre las complejidades del poder fueron interrumpidas por un jaleo en la puerta cuando se brindaba de nuevo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

Crátero conocía muy bien esa voz, y cuando las tres puntas del tridente asomaron por la puerta, se oyó el vítor de todos los presentes.

—¡Crátero! —gritó Clito desde el otro extremo de la estancia—. He venido a traerte el mejor de los regalos de boda. —Hizo una pausa para adoptar lo que consideraba una pose divina, con el tridente sobre la cabeza y una mano en la cintura—. Hace dos días derroté a la flota ateniense en Amorgo, en las Cícladas, cuando intentaban hacerse con el estrecho. Todas sus naves fueron destruidas o capturadas. No hay ningún obstáculo entre nosotros y el Pireo.

El informe provocó el mayor clamor del día: eran las noticias que todos habían estado esperando.

Antípatro se volvió hacia Crátero y los cálices de ambos se rellenaron.

—Creo que vas a tener el tiempo justo para dejar preñada a mi hija antes de marchar al sur.

—Así es, pero primero bebamos más vino —dijo Crátero alzando su cáliz—. Por la flota y por Clito.

La flota siguió al ejército a lo largo de la costa tesalia, moteando el mar azul del verano, con las velas hinchadas de brisa del norte y acompañada por escuadrones de gaviotas que se daban verdaderos banquetes con la estela de restos que iba dejando a su paso. Sin embargo, y al contrario de lo que ocurriera la última vez que el ejército macedonio marchara al sur, no había nada que temer del mar. La presencia de la flota tan solo era necesaria para mantener abastecidos a los cincuenta mil soldados, principalmente de infantería, para que estos no se vieran retrasados por una larga columna de bagaje con pertrechos. La velocidad era ahora la clave; velocidad para sorprender a los rebeldes antes de que supieran que Antípatro se había puesto en marcha.

Y la velocidad probó ser una gran aliada cuando Crátero, Antípatro y Magas escucharon al comandante de la caballería ligera que acababa de volver de explorar el interior.

—Un pozo de mierda al que llaman Cranón, señor. Está a unas seis leguas de aquí, hacia el oeste. Allí viven un par de docenas de viejos y algunas brujas. Entre todos, y sumando a la cabra comunal que se turnan, no tienen ni seis dientes. Todos los jóvenes están con los rebeldes, y las muchachas les hacen «servicios». Ya se sabe lo mucho que gustan los hombres de por aquí de sus primas y hermanas.

—Sí, sí —dijo Antípatro mientras agitaba la mano. No tenía interés alguno

en las observaciones del explorador acerca de las costumbres locales—. ¿Entonces qué tiene Cranón para que estén allí Antífilo y Menón?

El explorador, de rostro cuarteado y bronceado y aliento a cebolla cruda y ajo, se quitó el sombrero de ala ancha con el que se protegía del sol y se rascó la calva llena de costras.

—Bueno, no es por los productos agrícolas, eso seguro. La mayor parte de las granjas están descuidadas debido a la guerra. Sin embargo, el terreno nos es favorable. Salvo por la colina en la que acampan, es todo llano.

—¿Llano?

—Sí, señor. Llano.

Antípatro le lanzó una moneda al explorador y le indicó que podía retirarse.

—Los hemos cazado en campo abierto —dijo Crátero cuando el explorador salió de la tienda de campaña.

Antípatro no estaba tan seguro.

—¿Tú crees? También puede que estén intentando hacernos creer precisamente eso.

—En cualquier caso, si podemos llegar allí mañana a media tarde, podríamos enfrentarnos a ellos y acabar con este asunto de una vez por todas.

—Si es que bajan de su colina —dijo Magas—. A la tropa no le gusta luchar colina arriba si puede evitarlo.

Crátero negó con la cabeza.

—Si los sorprendemos en esa colina, tendrán dos opciones: intentar retirarse en buen orden, en cuyo caso los acosaremos hasta las Termópilas y quedarán atrapados allí, o bajar y luchar, porque si se quedan ahí arriba morirán de hambre; de eso nos encargaríamos nosotros.

Antípatro se sentó y suspiró.

—El terreno llano será perfecto para su caballería.

—La mayoría de sus jinetes son tesalios con armamento ligero, solo una cuarta parte es caballería pesada y todos ellos están armados con jabalinas, no tienen lanceros. Incluso si aún cuentan con los cinco mil que desertaron, no son rival para nuestros dos mil lanceros pesados y mil jinetes ligeros. Si podemos tentarlos para que tomen una decisión apresurada y los neutralizamos, entonces será un enfrentamiento entre infanterías, del tipo que les gusta a los chicos.

—Eso espero. De todos modos, ¿tenemos elección al respecto? Si no nos enfrentamos a ellos ahora, puede que la campaña se alargue hasta la cosecha y

entonces los hombres empezarán a quejarse. —Antípatro hizo un pausa al venirle algo a la mente—. Bien es cierto que los suyos también, y ellos tienen aún más razones para, simplemente, volver a casa.

—No te arriesgues a eso. Recuerda que muchos son mercenarios, sin granjas y sin cosecha a la que volver.

Antípatro se puso en pie y se dio una palmada en el muslo; había tomado una decisión.

—Tienes razón. Magas, que se repartan entre los hombres raciones para dos días. Emprenderemos la marcha cuando falte una hora para el amanecer, y lo haremos sin descanso y con rapidez. Crátero, quiero que lideres a la caballería; yo me encargaré de la infantería. Nos desharemos de ellos rápidamente.

Pero no resultó ser tan fácil, y Crátero empezó a impacientarse. Las únicas órdenes que le había dado a la caballería que estaba a su mando a lo largo de los once días previos eran para que formaran por la mañana, con los lanceros ocupando el flanco derecho de la falange y la caballería ligera un tanto avanzada en el izquierdo. Solo para, seis horas después, ordenar que volvieran al campamento, pues los rebeldes, una vez más, se negaban a abandonar su colina y a dar la batalla.

—No los culpo —dijo Antípatro, una vez más, cuando sus oficiales se reunieron en su tienda después de otro día de inacción en el llano esperando a que los rebeldes dejaran su campamento y se enfrentaran a ellos—. Tenemos quince mil hombres más que ellos, si nuestros espías están en lo cierto. De ser ellos, yo tampoco lo haría.

—Tendrán que hacerlo pronto —dijo Crátero mientras se retiraba el polvo de la cara con una toalla—. A nosotros nos aprovisiona la flota, pero ellos no tienen nada. Hemos cortado sus líneas de suministro, y es evidente que ninguno de los mensajes que enviaron solicitando refuerzos están siendo atendidos. Nadie va a venir a ayudarlos, y cuanto más dure la situación, más hombres desertarán.

—Entonces, ¿por qué no se rinden? —preguntó Magas mientras se dejaba caer en una silla.

—¿Lo harías tú sin luchar?

Antípatro se frotó las sienes.

—Intentaremos hacerlos luchar una vez más mañana.

—¿Y si vuelven a negarse?

—Si se niegan, no tendré más opción que avanzar colina arriba. Les estaremos dando ventaja, pero podrán elegir entre resistir o retirarse.

Y los rebeldes se decantaron por resistir. Su falange de hoplitas, ampliamente superada en número, esperó al amanecer a que la caballería tesalia de Menón intentara dejar expuesto el flanco derecho de la falange macedonia mientras se desplegaba. La formación macedonia se detuvo a tan solo mil quinientos pasos de la falda de la colina.

Crátero se estiró y buscó una postura cómoda en la silla de montar, con los muslos apretados a los flancos de su montura y los pies colgando. Sintió el peso de la lanza en la mano derecha y disfrutó del brillo del sol que se reflejaba en la punta mientras contemplaba el campo de batalla desde detrás de la falange. Ante él había una primera línea de peltastas, enviados en cabeza para cubrir el flanco derecho de la formación de infantería. Miró hacia atrás y vio con satisfacción que toda su caballería, en columna y un poco retrasada con respecto a la falange, había cumplido su última orden.

—Manteneos cerca de mí —le dijo al hombre encargado de hacer las señales —. Hará falta coordinación.

Con las tropas reorganizadas después del despliegue inicial, Antípatro dio la orden para que la falange macedonia, de casi media legua de frente, avanzara. Sonaron las tubas a lo largo de la línea y, como una gran bestia recién despertada de un letargo, la inmensa masa de hombres empezó a moverse lentamente, aunque no del todo al unísono. La formación se alargó y se contrajo hasta que todo el mundo alcanzó el paso firme de la marcha.

Crátero se mantuvo inmóvil con sus hombres para seguir el plan establecido con Antípatro esa mañana, después de un desayuno de pan y aceitunas. El objetivo era emerger victoriosos del enfrentamiento sufriendo el menor número de bajas posible.

—Si no tenemos razones para la venganza —le había dicho Antípatro—, entonces podré ofrecerles a las ciudades términos más razonables.

—¿Por qué querrías hacer eso? —le había preguntado Crátero.

—Lo verás cuando toque negociar con la legación ateniense.

El regente le había guiñado un ojo con ademán conspirador, lo que no había servido para sacarle de la duda.

Pero a Crátero le traían sin cuidado las sutilezas de la diplomacia de posguerra. Él estaba centrado en la lucha presente, y aquella era la primera batalla terrestre, digna de tal nombre, que libraba en cuatro años, desde que Alejandro derrotara a Poros, el rey indio, en la batalla del río Hidaspes. Haría lo que Antípatro había ordenado y mantendría a sus hombres rezagados dejando expuesto, a sabiendas, el flanco de la falange para tentar a los tesalios y provocar que se precipitaran. No obstante, cuando diera la orden de avanzar, no tenía intención de pedir contención. Lo iba a pasar bien, y esperaba que sus hombres también lo disfrutaran.

Y la gran bestia seguía avanzando sobre un terreno llano y perfecto para su progreso. El unísono pisar de pies envueltos en cuero se convirtió prácticamente en un fenómeno físico que ascendía del llano y hacía retumbar la tierra. Los oficiales encargados de organizar la retaguardia trabajaban sin descanso para mantener la formación en línea y al paso mientras los oficiales de fila, todos ellos veteranos, mantenían la vista los unos en los otros para asegurarse de que nadie rompía el paso.

Crátero tiró de las riendas para tranquilizar a su montura, nerviosa al presenciar el movimiento de tantos hombres y de la caballería enemiga que formaba a tan solo mil pasos de distancia, al otro extremo del campo de batalla. Entonces, para su sorpresa, vio que la falange rebelde empezaba a descender de la colina en una maniobra que comprendió al instante y por la que dio gracias. *Han picado. Deben de estar descendiendo para apoyar a su caballería, aunque yo me habría mantenido al menos a veinte pasos colina arriba y habría ordenado a los chicos que mearan colina abajo para que estuviera resbaladizo para los atacantes. De ese modo aún habrían estado lo bastante cerca como para ofrecer un punto seguro a la caballería.* Entrecerró los ojos para comprobar que, efectivamente, no había nada que no pareciera lo que era. *Habrá que tener cuidado: uno no renuncia a esa ventaja sin tener una buena razón para ello.*

La falange macedonia se unía ahora a los peltastas de primera línea. Juntos siguieron adelante, los peltastas con su paso desgarbado habitual en ellos y la falange en rígido compás. Más allá, los tesalios, cubiertos por una masa de arqueros y honderos a la carrera, emprendieron el trote como si se dispusieran a cargar frontalmente contra los peltastas. Crátero se secó la frente; el sudor empezaba a caerle de la *kausia* ahora que el sol del verano ganaba fuerza. *Va a ser un día tórrido; la batalla podría decidirse dependiendo de quién haya bebido más agua durante el desayuno. No habrá aguadores una vez que trabemos combate.* Descartó ese

pensamiento y esperó al momento oportuno para ordenar el despliegue de su caballería.

Un cuerno estridente se alzó sobre las pisadas de la falange, y los arqueros y honderos rebeldes emprendieron la carrera junto con la caballería tesalia intentando mantener el ritmo de esta última. Con tan solo ciento veinte pasos de distancia entre las dos líneas, los escaramuzadores dispararon saetas y piedras que silbaron hasta caer sobre la formación de peltastas. Cayeron algunos, el resto siguió adelante con sus escudos de media luna levantados y las jabalinas dispuestas, esperando el momento en que tuvieran alcance. Los proyectiles siguieron cayendo sobre los peltastas, repiqueteando sobre escudos y yelmos aunque provocando pocos daños.

Y entonces, cuando quedaban cien pasos para que ambas formaciones entraran en contacto, otra serie de notas de cuerno surcaron los aires. Los tesalios emprendieron el trote, penetrando entre las líneas de escaramuzadores, y luego el galope en dirección a los peltastas. Aquel era el momento que Crátero había estado esperando. Se retiró la *kausia* y la levantó al aire. A una señal repetida, que hizo eco a lo largo de la formación, la caballería trotó en columna detrás de la sombra de la falange y, una vez sorteada esta, giró para dar forma a una línea ahora a unos quinientos pasos de la espalda de los peltastas.

Los tesalios seguían adelante, reduciendo el espacio que los separaba de las primeras líneas macedonias. Noventa, ochenta, setenta pasos. Los peltastas lanzaron su primera andanada. Las jabalinas describieron una parábola y, en ese instante, los tesalios, haciendo gala de una prodigiosa habilidad que pocos lograban alcanzar, viraron como uno a la izquierda, para cabalgar a lo largo del frente de peltastas, de modo que las jabalinas se quedaron cortas.

Crátero sonrió para sí y dio otra orden. Sonaron los cuernos; aquello era lo que había esperado que ocurriera. *No nos han visto, y están intentando sortear a los peltastas para atacar a la falange por el flanco. Se van a llevar una desagradable sorpresa.* Miró a lo largo de sus líneas mientras estas formaban en cuña, como los dientes en las fauces de un lobo gigante.

Con una segunda jabalina en las manos, los peltastas cogieron la carrerilla perceptiva, curvaron las espaldas, extendieron los brazos derechos hacia atrás y volvieron a disparar, catapultando los proyectiles desde el mango de cuero que las astas tenían en el centro.

En cuanto aquellas jabalinas salieron despedidas, los tesalios volvieron a

cambiar de dirección y cargaron de frente, aullando y espoleando a sus monturas al límite de la capacidad de sus pulmones, pues su objetivo era galopar bajo la parábola descrita por las saetas. La mayoría de ellos lo lograron, aunque las filas traseras sufrieron algunos impactos. No obstante, aquellos que caían no tenían a nadie detrás a quien estorbar. Y siguieron adelante, casi indemnes y sin mostrar fisuras, directos a por los peltastas, que ya empezaban a vacilar. Eran muchos los que miraban a su espalda mientras manoseaban su tercera jabalina.

Crátero comprendió enseguida lo que aquella maniobra significaba. *Están desesperados, por eso están dispuestos a sufrir bajas innecesarias intentando quebrar a los peltastas para que su desbandada desmoralice a la falange antes de golpear el flanco.* El corazón de Crátero empezó a latir a mayor velocidad. *Nos vamos a ver obligados a cargar entre tropas desordenadas y en desbandada.*

La falange no se detenía, sino que se aproximaba a sus antagonistas, mientras la carga tesalia se acercaba a su objetivo. Los peltastas, desorientados, no sabían qué hacer; algunos se arrodillaron detrás de sus escudos, aquellos que llevaban lanzas las afianzaron al suelo, otros lanzaron su última jabalina y dieron media vuelta para huir, mientras que otros muchos se quedaron pasmados viendo cómo la pesadilla de todo infante se abalanzaba sobre ellos.

El momento de Crátero había llegado.

Fue cuando el primer peltasta resultó arrollado por las pezuñas de los primeros caballos, a doscientos pasos de distancia, que Crátero se giró.

—Ordena carga.

Se oyeron las notas y, al son de un vítor, de resoplidos equinos y de tintineo de arreos, dos mil de los más excelsos jinetes de Macedonia emprendieron la marcha al paso. Crátero hizo otra señal y volvió a sonar el cuerno. Los lanceros aceleraron al trote. En ese momento los tesalios barrían a los peltastas, que habían decidido mantenerse firmes y no ceder terreno. Tras ellos quedaba una estela de hombres muertos y heridos mientras daban caza a aquellos que huían. Sin embargo, el hecho de ver que una caballería superior en calidad ahora se dirigía hacia ellos no era lo que habían esperado. Habían esperado tener la oportunidad de chocar contra el costado blando de la falange y sembrar el caos entre infantes indefensos mientras estos veían que sus camaradas huían y eran abatidos y masacrados a escasos pasos de ellos.

Crátero bajó la lanza de su posición vertical y se la apoyó en el hombro para poder lanzar una estocada contra el primer enemigo que alcanzara. El cuerno

ordenó galope, y ocho mil pezuñas castigaron el suelo al coro de unos gritos de guerra que habían recorrido el mundo conocido durante años. La Caballería de los Compañeros entró en galope tendido con un solo objetivo: sangre tesalia.

Y, estando a menos de cien pasos de distancia, los tesalios volvieron grupas y huyeron.

Con el viento en la cara, un grito en la garganta y una lanza en el puño, Crátero espoleó a su caballo desde el vértice frontal de la cuña para liderar a su caballería hacia la matanza. Sin tiempo ni ocasión para maniobrar, chocaron contra los peltastas que se retiraban y pisotearon a los heridos con sus cascos tronadores. Con los ojos en blanco merced a la fiebre de la batalla, con las fosas nasales abiertas y las bocas de labio lacio soltando espumarajos, las grandes bestias de guerra trituraban la tierra en persecución de su presa que ahora estaba a menos de cincuenta pasos de ellos, envueltos en el polvo que levantaban con su apresurada retirada.

Adelante y sin descanso. Crátero guiaba a sus hombres y acortaba distancias con el enemigo al tiempo que lo alejaba del flanco de la falange cuando esta chocaba con los rebeldes y sus largas picas encontraban hueco fácilmente entre las lanzas de los hoplitas para empujar y dar estocadas.

Crátero proyectó su arma para alancear a un tesalio rezagado en los riñones. Este arqueó la espalda y chilló para, acto seguido, caer de cabeza y desaparecer bajo un torrente de polvo y pisotones. Y volvió a lanzar otra estocada cuando las cuñas que le seguían a ambos lados también entraban en contacto, cogiendo entre sus dientes a los tesalios que huían y machacándolos hasta dejarlos convertidos en un amasijo de despojos sanguinolentos.

Sin embargo, al mirar a su izquierda, Crátero vio que la matanza no podía seguir: habían esperado demasiado. La falange rebelde, después del primer contacto, había comenzado una retirada ordenada colina arriba, y Antípatro no parecía tener la tentación de seguirlos, sino que ordenó el alto en vez de arriesgarse a luchar contra un enemigo que dominaba las alturas. La reacción de Crátero fue instantánea.

—¡Retirada! ¡Retirada!

Sonó la señal, y esta recorrió la línea. La mayor parte de los jinetes la oyeron y detuvieron sus monturas, pero para algunos la sed de sangre resultaba tan embriagadora que siguieron adelante alanzando las espaldas expuestas del enemigo. Fueron pocos los que volvieron con sus compañeros mientras se

reagrupaban al abrigo de la falange, ahora inmóvil a la falda de la colina, desafiando a los rebeldes para que volvieran a probar suerte.

—Ya era hora —dijo Antípatro cuando, un par de horas después del mediodía, unos heraldos descendieron por la colina.

Crátero esperaba con él, habiendo dejado a sus jinetes que se encargaran de sus caballos. A su espalda, la falange se había retirado quinientos pasos, pero seguía en formación, comiendo pan y carne seca traída del campamento.

Crátero comprobó con interés, bajo un toldo en el campo de la victoria, que ni Menón ni Antífilo habían decidido acudir en persona. Aunque no hubiera sido un combate concluyente, tan solo unos quinientos rebeldes yacían muertos comparados con poco más de un centenar de macedonios, en su mayoría peltastas desafortunados. El encuentro había sido decisivo: los comandantes rebeldes sabían que sus tropas se negarían a luchar de nuevo.

Era el momento de negociar.

—Por supuesto que no —dijo Antípatro con la sonrisa y la voz sosegada de un hombre razonable y paciente—. No puedo tratar a todas las ciudades rebeldes por igual, algunas son más culpables que otras. Lamia, por ejemplo, solo se unió a la rebelión después de que lograra sacar a mi ejército de allí. Y lo hizo, quiero creer, porque no tuvo elección dado que las huestes rebeldes la tenían sitiada. —Miró a los dos heraldos con un ademán preocupado y confundido—. Decidme, caballeros, ¿debería tratar a Lamia igual que a Atenas, siendo esta última la que inició la revuelta? ¿Sería justo para Lamia? ¿O debería tratar a Atenas como merece ser tratada Lamia? ¿Sería justo para Lamia que Atenas, la causa de todo este desaguisado, recibiera un castigo tan liviano? ¿Es eso justicia? Creo que no. No. Volved con vuestros comandantes y decidles que cada ciudad será tratada de acuerdo con su culpabilidad. Decidle a Menón de Tesalia que estoy dispuesto a pasar por alto su traición si él y sus hombres se unen a mí ahora, o de lo contrario empezaré a destruir las ciudades tesalias más cercanas, y seguiré haciéndolo hasta que entre en razón. Y haced saber a los mercenarios que podrán encontrar empleo en mi ejército si bajan de la colina antes del ocaso. Los contingentes de las diferentes ciudades permanecerán en vuestro campamento hasta que hayamos concluido las negociaciones.

El heraldo más veterano, un hombre con un fuerte acento ateniense, pareció

ponerse nervioso ante la declaración de Antípatro.

—¿Y qué hay de Atenas?

Antípatro fingió estar confundido.

—¿Atenas? ¿A qué te refieres con «qué hay de Atenas»?

—¿Qué le harás a Atenas?

—¿Hacerle? ¿Qué esperas que haga con Atenas? ¿Qué hizo Alejandro con Tebas cuando esta encabezó una rebelión?

El heraldo tragó saliva.

—La arrasó hasta los cimientos y vendió a sus ciudadanos como esclavos.

Esta vez Antípatro fingió afectada sorpresa.

—¿Eso hizo? ¿A todos?

—Eso creo.

—Eso crees. —Antípatro valoró el comentario—. Así que te gustaría, como supongo que le gustaría a todo ciudadano de Atenas, que no le hiciera a la ciudad lo que Alejandro le hizo a Tebas con toda la razón del mundo, ¿estoy en lo cierto?

El heraldo volvió a tragar saliva.

—Sí, señor.

Crátero observó con disimulada diversión el modo en que Antípatro estallaba en un arrebato de indignada ira. No se sintió decepcionado cuando el regente se puso en pie de un salto y señaló con el índice al heraldo.

—¡En ese caso, será mejor que les digas a tus comandantes que vengan aquí a suplicármelo! ¡Me pasé el invierno encerrado en Lamia comiendo ratas y hierba podrida, y aquello que se me pegaba entre los dedos de los pies por culpa de Atenas. No pude acostarme con mi mujer en seis meses por culpa de Atenas. ¡Seis meses! ¿Puedes imaginar cómo me sentí? ¡Seis putos meses enteros! Ahora, si Atenas quiere que muestre un poco de compasión, entonces quiero sentarme con Foción y con Demades, y quiero que me cuenten lo que opinan de la actitud de Atenas y de Hipérides, y de Demóstenes. Y lo harán, cuando estén listos para ello, entre las ruinas del ágora de lo que queda de Tebas. Puede que eso les aclare las ideas. ¡Ahora, que os jodan!

Crátero observó cómo los sobresaltados heraldos hacían una reverencia y salían de allí a toda prisa. No habló hasta que estuvo seguro de que no podrían oírle estallar en carcajadas.

—Acabas de convertirte en el hombre más odiado del Ática. No hay nada que un ateniense odie más que alguien que le diga lo que tiene que hacer.

—¿Y no era el más odiado antes?

—Creo que Alejandro aún tenía ese honor, aunque hubiera muerto, por aquello del Decreto de los Exiliados que obligó a Atenas a devolver Samos a sus legítimos dueños.

—Puede ser, pero me alegra recoger el testigo y darles a esos jodidos griegos una lección.

—Eso será si acuden a Tebas a parlamentar.

—Claro que vendrán, me aseguraré de ello.

—¿Cómo?

—En cuanto me haya arreglado con Menón y con Antífilo, voy a cruzar el paso de las Termópilas y voy a amenazarlos con arrasar toda ciudad rebelde con la que me tope. Aquellos que se rindan no sufrirán daño alguno, y tendrán que aceptar una guarnición macedonia. Aquellos que no… —Se giró hacia Crátero y sonrió—. Digamos que les recordaremos a los atenienses exactamente lo que le ocurrió a Tebas.

Crátero siguió riendo.

—Nos parecemos mucho, padre. Alejandro conocía el poder de la coacción sobre los más poderosos mediante el castigo de los que no lo eran tanto. Al fin y al cabo, ahorra vidas macedonias. Confiemos en que aprendan la lección, porque jamás he sido partidario de los asedios.



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

—Se levantará el asedio solo, y repito, solo —dijo Pérdicas enfatizando cada palabra como si le estuviera hablando a un viejo sordo—, cuando Ariarates abra las puertas, salga, se ponga de rodillas y suplique el perdón de los dos reyes.

El heraldo capadocio de barba puntiaguda mantenía la nariz hundida en el polvo, postrado como estaba a los pies de Pérdicas, bajo un toldo desde el que se divisaba la ciudad de Mazaca, lugar que el sátrapa rebelde, Ariarates, había elegido como su capital, en el centro de Capadocia.

—Pero, señor, el rey Ariarates te ruega que te hagas cargo de su avanzada edad, tiene…

—Ochenta y dos años, y las rodillas hinchadas —intervino Eumenes, que estaba de pie tras la silla de Pérdicas—. Lo sabemos, ya lo has dicho antes. También se te ha dicho ya que Ariarates no es rey, y acabas de referirte a él como tal. Me sorprende que un hombre tenga tantas ganas de que se le arranque la lengua. —Le hizo un gesto al soldado que estaba al lado del heraldo y este desenvainó un cuchillo.

—Mis disculpas, grandes señores; debería cuidar mi lengua. —Alarmado, el heraldo no se percató de lo cómico que resultaba lo que acababa de decir.

Pérdicas y Eumenes se miraron y estallaron en carcajadas. El hombre alzó los ojos levemente para ver cuál era la razón de tal júbilo.

Pérdicas dio un golpe en el brazo de la silla con la mano y volvió a adoptar un semblante serio. Le hizo otro gesto al soldado para que envainara el arma.

—No es necesario.

—Sí —convino Eumenes, que aún seguía riéndose—, sería una lástima silenciar para siempre a alguien con tanto talento cómico.

Pérdicas observó al hombre desde su altura y este, al instante, evitó mirarle a los ojos.

—Y ahora, levántate y lleva mi mensaje al traidor.

Eumenes miró a la ciudad asediada. Era mucho el humo que surgía de las líneas de circunvalación ahora que las tropas macedonias preparaban el almuerzo.

—Y da gracias de que, gracias a tu hábil juego de palabras, aún tienes una lengua con la que hacerlo y que no tienes que recurrir a los gestos. Aunque, con un talento como el tuyo, estoy convencido de que serías capaz de ello. La gente se reiría mucho.

—Parece que la respuesta es no —dijo Eumenes poco después cuando vio que el cuerpo del heraldo se retorcía en una estaca sobre las almenas de la ciudad.

Pérdicas se dio un golpe en la palma de la mano con el puño.

—¿Por qué me desafía todo el mundo?

—No te desafían a ti, Pérdicas. No es algo personal. Al menos no es algo personal en el caso de Ariarates. Solo es orgullo. ¿Irías tú a postrarte ante él si la situación fuese la misma pero al revés?

—Claro que no. Un macedonio no se arrodilla ante nadie.

—Ah, es verdad, se me había olvidado. Qué tonto soy. Bueno, en ese caso, es absurdo intentar explicártelo. Pues nada, tendremos que entrar ahí y matar a todo el mundo por culpa del orgullo de un viejo y por tu incapacidad para entender ese orgullo. Aunque, antes de hacer eso, voy a ver si como algo.

Pérdicas vio al pequeño griego alejarse y frunció el ceño. *¿Por qué tiene que ser siempre tan enervante uno de los pocos hombres en los que confío?* Suspiró y volvió a mirar a la ciudad. Pensó en sus opciones. Aquel era el clímax de su veloz campaña en Capadocia.

Y sí, había sido veloz. Gratificantemente veloz. Habiendo salido de Babilonia con una gran flota de transportes fluviales al mando de su cuñado Atalo, un mes antes de que las nieves se derritiesen en las tierras más bajas de Capadocia, Pérdicas había logrado llegar a Tápsaco, en la frontera siria. De allí, volver sobre los pasos de Alejandro hasta el mar, luego hacia el norte hasta Cilicia por la llanura costera de Issos, el lugar de la segunda gran victoria sobre los persas,

y hasta Tarso. Allí supo que Crátero había abandonado la ciudad recientemente con la mayor parte de sus tropas.

La decepción de Pérdicas fue compensada por Antígenes y por los Escudos de Plata, que se unieron a su causa a petición de Crátero; una bienvenida muestra de respeto. Al recibir la noticia de que Crátero se había llevado toda su flota al norte, y luego a Europa, con la intención de unirse a la guerra que libraba Antípatro contra los griegos en el oeste, y que había sellado la alianza casándose con Fila, Pérdicas decidió escribirle una vez más al anciano regente pidiendo la mano de una de sus hijas.

No fue hasta que remontaron el río Carinalas hasta las entrañas de Capadocia y hasta que dio comienzo la ofensiva de primavera contra el sátrapa rebelde, que Pérdicas recibió una oferta diferente. Una oferta en forma de carta de Olimpia, que ahora, para sorpresa de Pérdicas, estaba en Sardes. Había hecho ejecutar al mensajero para que la reina no supiera si había recibido la carta o no, y así ganar tiempo y poder pensar en la respuesta.

Mientras había perseguido a Ariarates por un territorio escarpado, derrotándole en dos grandes enfrentamientos, Pérdicas había considerado las consecuencias de renunciar a su propuesta de casarse con la hija de Antípatro y aceptar, en su lugar, la propuesta de Olimpia de contraer matrimonio con Cleopatra. Ahora, en Mazaca, a la sombra del gran monte Argeo, con el sometimiento de Capadocia a punto de ser absoluto y con Neoptólemo encargándose de Armenia, al este, llegaba el momento de que Pérdicas siguiera hacia el oeste para sofocar la rebelión de Pisidia, junto a Lidia y a su capital: Sardes.

Ahora que tenía acorralado a Ariarates en su capital, la decisión no podía esperar mucho más.

Pero pronto lo tendré que hablar con Eumenes. Sería un necio si no le pidiera consejo en una decisión como esta. El astuto griego tiene la desagradable costumbre de tener razón; esa es otra de las razones por las que me enerva tanto.

Decidió dejar la cuestión en suspenso hasta que Ariarates estuviera empalado en una estaca y convocó a todos sus oficiales para que se unieran a él en su tienda de campaña.

—¡Y almorzaré aquí! —le dijo al mensajero cuando este se retiraba.

—No necesitamos escalar los muros ni intentar derribar las puertas —informó

Eumenes durante la reunión cuando Pérdicas pidió sugerencias sobre cómo llevar a cabo precisamente esas dos cosas.

Pérdicas miró al griego, sorprendido.

—¿No, Eumenes? ¿Entonces cómo vamos a entrar en la ciudad? ¿Volando?

Eumenes valoró un instante la sugerencia.

—Podríamos, supongo, pero dado que ni siquiera los mejores ingenieros han logrado inventar un modo de hacerlo, y que nos llevaría años de experimentos alcanzar un sistema viable… Mira Ícaro y los problemas que tuvo. No, yo no lo aconsejaría, en particular si queremos tomar la ciudad mañana.

—¿Mañana? —exclamó Alcetas.

Eumenes le dedicó una sonrisa al hermano pequeño de Pérdicas con el gesto altivo que solía reservar para macedonios de menor rango e intelecto.

—O esta noche si así lo prefieres, Pérdicas.

¡Dioses, cómo me enerva este hombre!

—Si se puede hacer esta noche, ¿por qué no lo hicimos la noche anterior?

—En primer lugar, porque aún estabas negociando. En segundo lugar, porque no lo preguntaste. Y en tercer lugar, y esta, caballeros, es la cuestión crucial —hizo una pausa para mirar a la media docena de oficiales macedonios que estaban pendientes de sus palabras—, porque yo no estaba preparado. —Se dirigió a Pérdicas—. Pero ahora lo estoy.

—¿Preparado para hacer qué?

—Para entrar en la ciudad, por supuesto, tal y como acabas de pedir.

—¿Cómo lo harás?

—Bueno, yo no voy a hacerlo personalmente. ¿Para qué arriesgarse cuando hay otros dispuestos a hacerlo por uno? No, no. Tengo a otra gente para abrir las puertas.

Pérdicas hizo un esfuerzo por controlar su creciente mal humor.

—¿La puerta?

—Sí, pensé que ese sería el modo más sencillo de entrar en la ciudad. Es un método que siempre ha funcionado.

—¿Quién va a abrirnos las puertas?

—Deja que sea yo quien se ocupe de las traiciones. Es un arte en el que, al no ser macedonio, puedo brillar. Vosotros, los macedonios, podéis empezar a preparar a vuestros hombres para entrar allí en cuanto logre que abran la puerta. A partir de ahí, podéis encargaros de lo que se os da bien: masacrar a todo el mundo. Mira por dónde, esta noche pude que brillemos todos.

Una sombra se acercó a él. Pérdicas cerró el puño en torno a la empuñadura de la espada. Se tensó, pero decidió no desnudar la hoja para evitar que destellase siquiera un leve reflejo de las antorchas que ardían sobre las puertas de Mazaca, a tan solo cincuenta pasos de distancia. Tras él, dos centenares de hombres escogidos entre los Escudos de Plata al mando de Antígenes esperaban inmóviles en la noche sin luna. Se habían deshecho del pesado equipo y se habían atado trapos en torno a las sandalias. Pérdicas estaba decidido a no renunciar a la ventaja de la sorpresa.

La sombra se acercó y, poco a poco, fue tomando forma humana hasta que se arrodilló junto a él.

—¿Y bien, Alcetas? —preguntó Pérdicas en un susurro.

—Eumenes me ha asegurado que las puertas se abrirían. Solo tenemos que ser pacientes.

—¿Pacientes? Llevo siendo paciente media noche ya; ¿cuánta paciencia más quiere que tengamos?

—Hasta que se abra la puerta, supongo.

Pérdicas miró a su hermano pequeño. *Pequeño cabrón impertinente*. Agachado, intentó poner en práctica la virtud que Eumenes había pedido. Mientras tanto, pensó en cómo habría logrado el pequeño griego establecer contacto con quienquiera que fuera a traicionar la ciudad. Más aún teniendo en cuenta que las puertas llevaban firmemente selladas desde que el ejército macedonio acampara ante ellas.

No estaba más cerca de resolver el acertijo cuando un chillido breve y abortado le sacó de sus ensoñaciones. Las antorchas de las almenas se apagaron una a una. Otro chillido, solitario en la noche, surgió de las puertas, antes de que se oyera el raspar de madera con madera que anunciaba la retirada de la pesada viga que las mantenía cerradas.

Pérdicas se dirigió a Antígenes.

—¿Preparado?

El veterano comandante asintió. Vieron movimiento ahora que la luz más intensa había sido extinguida.

Fue con el primer chirriar de los goznes que Pérdicas desenvainó su espada, alzó el escudo y corrió hacia la muralla. Tras él, los hombres seleccionados, agachados, sombras negras en la negra noche, le siguieron haciendo el mínimo ruido posible.

Se oyó otro grito, y luego otro más, rasgando el aire mientras las puertas se

abrían. Pérdicas apretó el paso para recorrer el espacio que le separaba de la ciudad. La silueta de las puertas, recortadas por la luz de las antorchas, abría sus fauces. Se veían siluetas desdibujadas pugnando más allá.

Pérdicas corrió aún más rápido. Una vez dentro, ya no se preocupó por no hacer ruido. Lideró a sus hombres a la carrera hacia Mazaca y chocó contra los centinelas, despertados de su sueño por los gritos de muerte de los compañeros que habían estado de guardia. Sorprendidos por tan repentina aparición del enemigo, los defensores ni siquiera habían tenido tiempo de vestirse con sus armaduras y de calarse los yelmos, y solo unos pocos afortunados habían conseguido hacerse con un escudo. Cayeron ante la avalancha macedonia, más rápido de lo que podían ser reforzados.

Pérdicas pasó bajo la arcada y entró en la plaza del mercado, en la que desembocaban tres calles. Oyó gritos a su espalda; el grupo principal de asaltantes cargaba ahora tras sus hombres. Golpeó con el escudo el rostro barbudo de un defensor desconcertado, golpeó con la espada la lanza levantada de otro soldado cortándole tres dedos y la parte superior del pulgar cuando la hoja se deslizó por el asta. Aquel cayó gritando mientras manaban de él cuatro chorros de sangre. El estruendo de pasos a la carrera hizo eco a lo largo de la calle que llevaba del mercado al corazón de la ciudad.

—¡Formad! ¡Formad! —gritó Pérdicas cuando sus hombres se fueron uniendo a él—. ¡Antígenes! ¡Haz que formen! —Señaló calle abajo, hacia las tropas de refuerzo que acudían a la zona—. Nos destrozarán si no ofrecemos un frente común.

El veterano comandante se dirigió a gritos a sus oficiales para que infundieran disciplina en sus hombres, y empezó a dar patadas y empujones a sus Escudos de Plata para que formaran en línea mientras las flechas surcaban la noche para repiquetear sobre la madera recubierta de metal plateado y rebotar en las paredes de piedra.

Con cincuenta hombres de frente por cuatro de fondo, los Escudos de Plata ocuparon la plaza del mercado mientras la guarnición persa emergía por la calle principal disparando flechas en su carrera. Tras aquellos llegaba el tintineo de la columna macedonia que entraba a toda prisa por las puertas. Pérdicas sintió alivio al saber que ahora su número de tropas iría en aumento.

—¡Adelante! —gritó desde el centro de la primera fila apuntado al enemigo con la espada al tiempo que una sarta de flechas se incrustaba en su escudo en rápida sucesión.

Los Escudos Plateados, hombres en torno a la sesentena y veteranos de innumerables combates, avanzaron hacia los persas. Se oyeron más gritos de guerra en las calles que corrían paralelas al mercado. Pérdicas miró a la izquierda, luego a la derecha. Grupos de siluetas sombrías se abalanzaban sobre ellos desde las dos calles laterales.

—¡Los que vienen detrás se encargarán de ellos! —les gritó a sus hombres en su camino hacia delante—. ¡Nos concentraremos en los hijos de puta que tenemos enfrente!

Con las lanzas listas sobre los hombros, los macedonios redujeron distancia con el enemigo al tiempo que las flechas seguían cayendo y abatían a un par de viejos soldados cuya suerte se había agotado.

Apoyando todo su peso en la pierna izquierda cuando ambas fuerzas chocaron, Pérdicas descargó su primera estocada, bajo su escudo, y obtuvo como recompensa la sacudida del metal abriendo carne. Hizo más fuerza aún y giró el arma con la muñeca, primero a la derecha y luego a la izquierda, para luego retirarla de la succión ejercida por la herida y provocar el derramamiento de las tripas de su adversario. La sangre le salpicó la mano y se extendió por el suelo.

Una lluvia de estocadas de lanza cayó sobre la línea persa mientras estos, a su vez, golpeaban con sus armas el muro de escudos macedonio. Ambas formaciones se empujaron envueltas en un coro de gritos, gruñidos y tintineo metálico.

Sumido en su microcosmos de violencia, Pérdicas no podía más que apoyarse en su defensa y hacer tientos con su hoja mientras sus fosas nasales eran invadidas por el hedor de la orina, la sangre y las heces. El estruendo de la batalla penetraba por sus oídos y reverberaba en su cabeza. A ambos lados, sus compañeros de armas estaban sumidos en sus propias luchas individuales, cuyo éxito era esencial para la seguridad de la unidad al completo. Con una sensación de triunfo Pérdicas logró dar un paso al frente cuando la presión sobre su defensa dejó de ser tal. Sintió cómo la línea avanzaba con él y cómo los persas retrocedían.

—¡Los tenemos, muchachos! —rugió mientras hundía la punta de la espada en un escudo y lo apartaba a un lado. Una lanza de la segunda línea, sobre su hombro, le abrió el pecho expuesto al persa.

Pero la euforia que estaba desbordándole murió súbitamente al oír cascos de caballo castigando la calle de piedra. Alzó la mirada, pero no pudo ver nada

más allá de los rostros barbudos del enemigo, que luchaba en la penumbra y que volvía a mostrarse firme ahora que sabían que la caballería llegaba en su auxilio. Se oyeron gritos a la derecha que hacían presagiar no sabía el qué, pero que, por su cadencia, parecían gritos macedonios de angustia y no de triunfo.

Maldiciendo a los dioses por lo caprichoso de sus favores, Pérdicas redobló sus esfuerzos mientras les gritaba a sus hombres que hicieran lo mismo. *Si flaqueamos ahora, somos hombres muertos.* ¿Por qué cuando estaba tan cerca de las cosas el destino parecía propinarle una bofetada? Apretó los dientes y siguió dando tajos y estocadas con el brazo derecho mientras empujaba hacia delante con el escudo. El estruendo de la caballería se oía cada vez más cercano, cada vez más audible sobre la batahola del enfrentamiento de la infantería. Pérdicas se preparó para el inevitable choque en el flanco de su unidad y para la desintegración de esta cuando las poderosas bestias chocaran contra sus líneas. Con una mueca de esfuerzo, volvió a dar una estocada, y se preguntó si aquella sería la última que daría en su vida. Pero al tiempo que su hoja era desviada por la de un enemigo, un temblor recorrió la formación persa, seguido de un lamento y de chillidos de angustia que surgieron del flanco izquierdo. Pérdicas levantó la cabeza y vio que los caballos se abrían paso entre el enemigo mientras sus jinetes barbudos y con pantalones descargaban sus espadas y jabalinas desde lo alto sobre hombres que, como ellos, eran persas.

Penetró la caballería repartiendo muerte allá donde les venía en gana, mientras los macedonios daban unos pasos atrás para permitir que sus insólitos aliados hicieran su trabajo por ellos. Pérdicas observó con creciente asombro la habilidad de los jinetes, que maniobraban con sus monturas entre las compactas líneas de una infantería que, ahora, emprendía la huida.

Y entonces, el hombre que lideraba la carga llamó la atención del macedonio. Tuvo que volver a mirarle, ya que le conocía bien, pero jamás se hubiera imaginado verle así. Quien encabezaba a la caballería era un pequeño griego, y a él, supo Pérdicas, le debía la vida: Eumenes.

—En realidad son capadocios, no persas —le informó Eumenes a Pérdicas cuando emprendieron el camino de regreso al campamento macedonio, mientras Alcetas y Antígenes se encargaban de las últimas bolsas de resistencia en Mazaca y emprendían la caza de Ariarates—. Fueron ellos los que me abrieron las puertas.

—Nos abrieron —corrigió Pérdicas. Los primeros rayos del amanecer brillaban rosáceos sobre la nieve que coronaba las montañas al este. Su aliento podía verse en el frío de la mañana.

—Por supuesto. En cualquier caso, sostienen que son la mejor unidad de caballería de la satrapía, y, por lo que he visto, bien podrían estar en lo cierto. Y para responder a la pregunta que estás a punto de formular, ha sido porque sabían que los días de Ariarates estaban contados y que yo soy el próximo hombre fuerte de Capadocia. Llegaron a la conclusión de que sería mejor vivir sirviéndome a mí que morir sirviendo a Ariarates. Tengo que admitir que la lógica resulta irrefutable, así que acepté con mucho gusto su oferta de traicionar a su antiguo señor.

Pérdicas le devolvió el saludo al capitán de la guardia a la altura de las puertas del campamento.

—¿Y cuánto tiempo crees que pasará hasta que decidan traicionarte a ti en beneficio de otro?

Eumenes no necesitaba pensar en esa cuestión.

—Ocurrirá al día siguiente de perder mi primera batalla, supongo. —Se volvió para cruzar miradas con los ojos inquisitivos de Pérdicas—. ¿Crees que estoy en lo cierto?

Por Ares, cómo me enerva. Sea como sea, debo pedirle consejo.

—Cleopatra, sin duda alguna —dijo Eumenes después de que Pérdicas expusiese los hechos durante el desayuno de fruta seca y pan fresco, junto al pebetero de su tienda de campaña—. Ella te dará poder y legitimidad. Con Nicea lo único que consigues es hacerte aliado de un viejo.

—Pero elegir a Cleopatra me enemistará con ese viejo.

Eumenes escupió el hueso de un dátil.

—¿Y qué? ¿Qué va a hacer? ¿Invadir Asia y hacerle la guerra al regente de dos reyes que, además, está casado con la hermana de Alejandro? Yo creo que no, Pérdicas: carecería de legitimidad para hacer eso y, más aún, tendría que cargar con la culpa de haber empezado una guerra civil. Antípatro es lo bastante viejo y lo bastante sabio como para darse cuenta de que tomas esta decisión por cuestiones dinásticas, no para insultarle. Dejará pasar el desaire y concentrará sus esfuerzos en apuntalar su posición en Europa. Que lo haga, hasta que llegue el momento en el que consideremos que esta debe ser

incorporada al resto del imperio, claro.

Pérdicas reflexionó sobre la opinión de Eumenes mientras masticaba lentamente un trozo de pan.

—Y otra cosa —dijo Eumenes—: Antípatro ya le ha dado Fila a Crátero, y, si los rumores son ciertos, le ha prometido Eurídice a Ptolomeo, lo que te convierte en uno de tres. Cleopatra es exclusiva.

—Alcetas dice que debería seguir adelante con Nicea.

—Tu hermano es un necio, y es evidente que ni tú ni él sois conscientes de ello, o de lo contrario él no te daría consejos y tú no se los pedirías, y menos aún le harías caso. Respóndeme a esto: si te casas con Nicea, ¿quién se casará con Cleopatra?

—Podría casarme con las dos; después de todo Alejandro tuvo tres esposas.

—Tú no eres Alejandro.

Lo sé, pero podría serlo, y debería serlo, dado que tengo su anillo.

—Eso es lo de menos.

Eumenes señaló a Pérdicas con el dedo.

—Escúchame; llevo intentando ayudarte desde que murió, y te aseguro que no ha sido tarea fácil, pero si solo me vas a hacer caso en una cosa, recuerda esto: si te casas con Cleopatra y con Nicea, la segunda morirá antes de que te la puedas follar.

—¿Morir? ¿Cómo?

—Supongo que con veneno. Es el arma favorita de Olimpia, según tengo entendido. No va a permitir que una hija de Antípatro comparta poder con su hija y, por lo tanto, con ella. Y si Nicea muere en esas circunstancias, entonces sí que te enfrentarás a la amenaza de una invasión legítima por el viejo, que buscaría venganza. Y, créeme, serían muchos los que simpatizarían con su causa y se unirían a él. Así que olvídate de ello. Y responde a la pregunta: ¿con quién se casaría Cleopatra si no se casa contigo?

Pérdicas parecía tan perdido como lo estaba su mente.

—¿Lisímaco para compartir el júbilo de mantener a raya a las tribus del norte? —sugirió Eumenes en tono condescendiente—. ¿Peucestas con sus pantalones para poder aprender persa? ¿Peitón, dado su prodigioso intelecto?

Pérdicas se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Bien, pues no será ninguno de ellos, eso puedo asegurártelo. Tampoco seré yo, a pesar de que me llevo muy bien con ella y de que a su madre le

oyeron decir una vez algo no del todo malo sobre mí. No, no se casará con nadie: se quedará en Sardes como premio para quien tenga los arrestos de lanzarse a por el Imperio. Casandro, por ejemplo.

—¡Nunca se casaría con un hijo de Antípatro!

Eumenes contempló un albaricoque antes de metérselo en la boca.

—¿De verdad? Pues yo creo que sería la solución más sencilla a todo el asunto. Aunque, claro, tú no estarías ahí para verlo porque habrías muerto.

El muy cabrón vuelve a tener razón. Debería casarme con Cleopatra, pero no me atrevo a repudiar a Nicea. Tiene que haber un modo de hacer esto en el que nadie haya reparado.

Un hombre alto y cubierto de polvo y suciedad, envuelto en una capa de viaje, pasó junto al centinela que había apostado a la entrada de la tienda y detuvo los pensamientos de Pérdicas.

—Seleuco.

—Mira, él es otra posibilidad para Cleopatra —dijo Eumenes, y no precisamente para sí.

—Está hecho —anunció Seleuco mientras se quitaba la capa y la lanzaba hacia el respaldo de una silla—. Más de veinte mil mercenarios ejecutados. Asesinados, más bien. Fue tal y como me temía… como nos temíamos: Peitón hizo un trato con ellos e iba a acogerlos en su ejército.

Eumenes levantó una ceja.

—¿Peitón demostrando iniciativa? Vaya, vaya, vaya.

Pérdicas ignoró el comentario.

—¿Qué hiciste con él?

Seleuco se sirvió vino y se sentó.

—Nada. Le dije que les diera un digno funeral a los caídos y que no volviera a ser un niño malo. Se quedará en su satrapía hasta que le convoques. Envié a sus tropas a reforzar las guarniciones del este hasta que podamos reclutar más mercenarios para suplir las bajas, y me he traído a las tropas que le prestaste.

Pérdicas suspiró y negó con la cabeza.

—¿No hay nadie en quien pueda confiar?

—Puedes confiar en mí —repuso Seleuco, y luego miró a Eumenes—. Quizá incluso puedas confiar en este pequeño griego astuto, aunque yo no lo haría. Sí te voy a decir, no obstante, en quién has confiado sin tener que hacerlo. Se trata de Neoptólemo: lo ha jodido todo en Armenia. Atravesé la satrapía cuando recorrí el Camino Real de vuelta de Media.

—No diré que te lo dije —susurró Eumenes.

Pérdicas miró al griego con el ceño fruncido y luego volvió a dirigirse a Seleuco.

—¿Qué ha hecho?

Seleuco arrancó un trozo de pan.

—Ha conseguido encabronar a los chicos porque no les paga, y se niegan a luchar por él. Ahora él se niega a pagarles si no luchan. No me preguntes por qué; no lo sé. Todo lo que sé es que hay un ejército macedonio en Armenia sin hacer nada mientras los potentadillos locales van y vienen sin preocupaciones. He tenido que sobornar a todo el mundo de camino hacia aquí.

Pérdicas dio un golpe en la mesa con el puño que volcó los tres cálices.

—Entonces será mejor que vuelvas y que lo soluciones.

—Y una mierda.

—¿Y una mierda? ¿Te estás negando a cumplir una orden?

—Acabo de llegar del este después de meses y no pienso irme ahora a Armenia a arreglar el desaguisado de otro.

—Iré yo —dijo Eumenes a toda prisa.

Pérdicas y Seleuco miraron al griego, sorprendidos.

—¿Tú? —dijeron a la vez.

—Sí, yo. Yo y mi caballería capadocia. Nos dará la oportunidad de conocernos mejor.

Seleuco sacudió la mano con desprecio.

—Mejor tú que yo.

—Sí, eso creo —convino Eumenes mientras miraba a Pérdicas.

Bien, al menos eso me saca de una situación peliaguda. Supongo que debería mostrarme agradecido con este pequeño insolente.

—Muy bien, Eumenes —dijo Pérdicas al tiempo que un soldado entraba en la tienda de campaña—. Llévatelos al este mientras yo me encargo de Pisidia. —Miró al soldado—. ¿Qué ocurre?

—Traen a Ariarates, señor.

—¡Ah! Al fin buenas noticias. Convoca a los reyes.

—¿De verdad puedo ordenar que le ejecuten? —preguntó el rey Filipo con emoción en la voz y babas en el mentón.

—Baja la voz, majestad —dijo Pérdicas por las comisuras de los labios cuando la silueta alta e imponente de Ariarates fue llevada ante el ejército

reunido—. Si hace lo que le pides, entonces deberás mostrarte misericordioso.

—¿Misericordioso? —Era evidente que aquel término no significaba mucho para el rey.

—Ábrele las tripas y ríe mientras sufre —siseó Roxana con su hijo en brazos.

Pérdicas la ignoró, del mismo modo que había ignorado el hecho de que hubiera venido a pesar de que ordenara que solo el niño y su ama de cría estuvieran presentes.

—Ariarates —declamó Pérdicas cuando el rebelde fue llevado ante él y junto a una estaca que había clavada en el suelo—. El ejército del rey Filipo y del rey Alejandro te ha derrotado en el campo de batalla. Sin embargo, los reyes son magnánimos. —Le hizo un gesto a Filipo—. ¿Majestad?

Filipo temblaba de impaciencia cuando pronunció la frase que debía decir.

—¡Arrodíllate! —gritó, demasiado alto para su regia dignidad.

Ariarates escupió al suelo y luego soltó una carcajada profunda y vacua. Miró a Pérdicas.

—¿Qué es eso? ¿A eso llaman los macedonios un rey? ¿A eso y a un niño de teta? —Volvió a escupir—. Yo no me arrodillo ante nadie así.

—¡Ábrele las tripas! —chilló Roxana.

—¡Calla, mujer! —dijo Pérdicas sin volverse hacia ella—. Te arrodillarás o morirás, Ariarates.

—Lo sé, Pérdicas. Precisamente por eso he decidido no suicidarme. Quería mostrarte el desprecio que siento por ese idiota baboso y ese bebé mamón. ¿Herederos de Alejandro? ¡Bah! —Ariarates miró a la estaca—. Me quedo con la más desagradable de las muertes.

Este cabrón me está haciendo parecer un estúpido incluso ante la muerte. Pero ahora no puedo ceder. ¿Por qué es todo siempre tan difícil?

—Muy bien —les dijo a los guardias—, empaladle.

Ariarates no se resistió mientras le arrancaban las ropas, y no hizo ni un ruido cuando le levantaron en el aire y le sentaron con el ano en la estaca de modo que los dedos de sus pies no tocaran el suelo. Los guardias le soltaron y Ariarates no hizo esfuerzo alguno por intentar sostener su peso cuando la punta se internó en él y sus pies tocaron el suelo, pero sí volvió a escupir hacia la comitiva regia. Luego se impulsó hacia abajo de modo que la estaca le atravesó las entrañas y el corazón. Cuando la punta de madera le asomó por el hombro, ya estaba muerto.

—Bueno, pues parece que ha ido bien —le dijo Eumenes a Pérdicas

mientras se alejaban del cuerpo empalado—. Al final ha quedado como un héroe por negarse a ser gobernado por un idiota y un bebé. Muy inteligente. Confiemos en que tengas más suerte con Pisidia.

—Cierra esa boca impertinente y lárgate a Armenia —espetó Pérdicas, que no estaba de humor para las observaciones de Eumenes—. Antígenes ordena que se levante el campamento.

—Sí, señor.

—Y envía un mensajero a Menandro a Lidia y a Antígono a Frigia: diles que vengan a mi encuentro en Pisidia dentro de un mes con tres mil hombres cada uno.

Eumenes miró a Pérdicas, horrorizado.

—¿Antígono? No puedes estar hablando en serio.

Pérdicas frunció el ceño.

—¿Por qué no? Le estoy dando la oportunidad de redimirse por desobedecer mi orden de apoyarte en Capadocia y de mostrar su lealtad hacia los reyes.

—También le estás dando la oportunidad de darte la misma respuesta de la otra vez. ¿Qué harás entonces?

¿Que qué haré entonces? Pues entonces daremos un paso más hacia la guerra.



Antípatro, el regente

—La última vez te fuiste porque no podías soportar la idea de una rendición incondicional. —Antípatro miró a Foción y a Demades, e ignoró por completo al tercer hombre de la legación ateniense, el viejo filósofo y antiguo amigo del recientemente fallecido Aristóteles: Jenócrates—. En honor al tiempo que nos conocemos y a nuestro mutuo respeto, Foción, te haré el favor de no marchar con mi ejército al Ática para que tu pueblo no cargue con el peso de alimentarlo. Pero recuerda que puedo reconsiderar mi decisión en cualquier momento.

Los tres atenienses estaban sentados en un banco bajo delante de Antípatro y Crátero. Estos últimos ocupaban cómodas sillas. A su alrededor, reclamadas por la maleza y las malas hierbas y ahogadas por las enredaderas, se extendían las ruinas de Tebas, ahora casa de dos manadas rivales de perros salvajes. El lugar servía como recordatorio de la crueldad de Macedonia con los enemigos derrotados.

Foción, de edad pareja a la de Antípatro, arrugado bajo su copiosa barba blanca, pero con los ojos brillantes de un hombre de menos edad, miró a Demades, veinte años más joven que él, de constitución robusta, bien afeitado, con el pelo brillante de aceites y los dedos enjoyados. Los dos hombres se miraron un instante y, después de haber alcanzado un silencioso acuerdo, se volvieron hacia Antípatro.

—Ha sido un gran gesto por tu parte, Antípatro —dijo Foción—, y confiamos en que no cambies de parecer.

Jenócrates se aclaró la garganta y se puso en pie como si pretendiera dar un

discurso.

—Exijo que…

—¡Siéntate! —le espetó Antípatro—. Estoy hablando con Foción.

—Pero exijo que…

Antípatro alzó la voz.

—Cuando estaba atrapado en Lamia, Foción, tu general, Leóstenes, no quiso escucharme cuando quise llegar a un acuerdo. De hecho, dijo que es el vencedor quien establece los términos, y, aunque a regañadientes, debo admitir que tenía razón. Así que, ahora que habéis vuelto de Atenas para informar de nuestra primera reunión, supongo que estaréis dispuestos a escuchar mis términos. Los términos del vencedor.

Jenócrates estalló, rojo de indignación:

—¡Bárbaro! Exijo que…

—¡Basta! —dijo Antípatro ignorando el insulto, y siguió adelante con la mirada fija en Foción—. Primero, Atenas deberá reducir el número de personas a las que se les permite tomar parte en su democracia. De ahora en adelante solo los hombres que cuenten con un patrimonio superior a los dos mil dracmas tendrán derecho a voto.

Foción se irguió.

—Pero eso…

—Convertirá a la ciudad en una oligarquía, lo sé. Es más fácil controlar una oligarquía. La gente que dispone de menos propiedades tiene menos que perder y, por lo tanto, es más propensa a votar a favor de políticas apresuradas y destructivas.

—Pero yo exijo que…

—Se establecerá una guarnición macedonia de quinientos hombres en el fuerte de Muniquia, en el Pireo. Por último, Atenas pagará los costes incurridos por Macedonia durante el transcurso de la guerra, además de una sanción del cincuenta por ciento de esos costes. Esos son mis términos.

Foción y Demades volvieron a compartir mirada mientras Jenócrates empezaba a balbucir una lista de exigencias que todos ignoraban.

—La guarnición —dijo Foción hablando por encima de Jenócrates—. ¿Se trata de una necesidad absoluta? Macedonia siempre ha dispensado a Atenas tal humillación en el pasado.

—Foción, estoy dispuesto a concederte cualquier cosa, salvo aquello que pueda destruirnos a ambos. Si Atenas se quedara sin guarnición y se rebelase

de nuevo, tú serías su enemigo tanto como yo, ya que eres tú quien está negociando conmigo, y no Hipérides ni Demóstenes.

—Me temo que en eso tienes razón, viejo amigo.

—En cuanto a Hipérides y Demóstenes, enviaré al cazador de exiliados a por ellos. Él y sus amigos tracios adoran este tipo de encargos, y no puedo pensar en una razón para negarles ese placer. ¿Cuántas vidas se han perdido por culpa de su demagogia?

—Demasiadas, y no voy a solicitar clemencia para ellos, pero sí querría pedir un favor. —Se giró para mirar a Jenócrates, que seguía declamando—. ¿Quieres callarte? Estamos intentando hablar.

Jenócrates calló y miró a Foción.

—Pero exijo que…

—Puedes exigir lo que te venga en gana —dijo Antípatro—, pero nadie va a escucharte.

Jenócrates, de pie, miró a Antípatro.

—Estás tratando a Atenas con lo que sería demasiada generosidad para un esclavo y demasiada crueldad para un hombre libre. Que Atenas, centro de la civilización, sea tratada de este modo por bárbaros casi analfabetos, oriundos de las colinas, es intolerable.

Antípatro puso los ojos en blanco, harto de la petulancia ateniense.

—Tu opinión es tuya, pero guárdatela y, por favor, no vuelvas a importunarme con ella. Veamos, Foción, ¿qué favor es ese?

—Que Atenas pueda mantener Samos.

Antípatro negó con la cabeza.

—El Decreto de los Exiliados de Alejandro seguirá en vigor, y retiraréis a los colonos de la isla para que puedan volver tanto sus habitantes originales como sus descendientes. —Se puso en pie para indicar que la reunión había concluido—. Pero sí les concederé tierras en Tracia a todos aquellos que no tengan adónde ir y a aquellos que pierdan sus derechos y no deseen permanecer en una ciudad en la que no tienen nada que decir ni hacer. Creo que es más que justo.

—Es mucho más que justo —dijo Crátero cuando Antípatro y él pasaron por lo que había sido una de las puertas de la ciudad. Más allá esperaba un grupo de hombres de aspecto montaraz—. Yo habría establecido un gobernador

macedonio y habría acabado con los votos.

—Pero tú llevas en Asia más de una década, Crátero, y te has olvidado de que las cosas en Europa funcionan de forma diferente. Necesito que Atenas tenga una pátina de libertad para dar esperanza al resto de ciudades. Si los tratamos como esclavos, entonces no tendrán nada que perder, y, francamente, estoy un poco harto de sofocar revueltas. Lo único que quiero es volver a casa y estar con mi esposa.

—¿Me has hecho llamar, Antípatro? —dijo el cabecilla del grupo de hombres que esperaba. Su rostro era redondo, casi infantil, y tenía ojos cómicos y frondosos tirabuzones negros.

—Sí, Arquias. Tengo tres cosas que encargarte a ti y a tus… esto… asociados. —Antípatro examinó los rostros de aquella media docena de hombres de barba roja vestidos con gorros de piel de zorro, botas altas y túnicas y capas hediondas. Cada uno de ellos llevaba a la espalda una espada curva y de mango largo, del tipo que preferían los tracios, la *rhomphaia,* temida por todo aquel que tenía que enfrentarse a ella.

—Estoy a tus órdenes —sonrió Arquias, dejando al descubierto una sonrisa sorprendentemente blanca: bien era cierto que había sido un actor de tragedias y sabía lo importante que resultaba el aspecto, según pensó Antípatro.

—Hipérides y Demóstenes deben morir. Os daré un talento de oro cuando volváis a Macedonia con la noticia de sus muertes.

—¿Dónde los encontraré?

—No hay duda de que se habrán exiliado y, dado que eres un cazador de exiliados, eso te lo dejo a ti. Puedes navegar hasta Atenas con la guarnición que voy a enviar allí. Luego pondré a vuestra disposición a una de las naves para que vayáis en su busca.

Arquias inclinó la cabeza.

—Te traeré sus lenguas, creo que son las que más problemas han causado. ¿Y la tercera tarea?

—Tengo unos asuntos que atender en Corinto, y luego volveré a Macedonia. Cuando vuelva a Pella quiero que acompañes a mi hijo Yolas. Escoltará a mi hija Nicea a Asia para su enlace con Pérdicas.

El cazador de exiliados frunció el ceño y miró a Antípatro inquisitivamente.

—¿Pérdicas? ¿Por qué querrías casar a una hija con él, un simple regente como tú, cuando podría casarse con un rey? Espero que no te moleste que te lo pregunte.

Antípatro, por un instante, se quedó mudo ante la impertinente pregunta.

—No creo que eso sea asunto tuyo, Arquias.

—Por supuesto, señor. Tan solo quería comentar que ahí fuera hay un rey sin casar, y, como muy bien dijo Sófocles en *Fedra:* «La fortuna no está del lado de los pusilánimes». Me da la sensación de que apuntas demasiado bajo y… —Descartó la idea con un chasquido de los dedos—. Pero haz lo que consideres mejor. Volveré a Pella dentro de diez días.

—No está desencaminado —dijo Crátero mientras veían alejarse al cazador de exiliados y a sus hombres—. Pérdicas es regente de Filipo. Su hijo nunca podría ser rey, como tampoco pueden serlo ni los tuyos ni los míos. ¿Por qué no casarla con Filipo? Podría dar a luz a un heredero argéada que volvería a unir, tarde o temprano, todo el Imperio.

—Ese hombre es bobo. No voy a permitir que le babee a mi hija encima.

—Bueno, acabará babeando sobre alguien algún día, y ese alguien estará en buena disposición de hacer prosperar a su familia.

—Pérdicas es mejor elección. Contigo, él y Ptolomeo casados con tres hermanas, tenemos una oportunidad de evitar la guerra. Solo una idiota se casaría con un idiota.



ADEA, LA GUERRERA

Las hojas tintinearon al chocar. Con un grácil movimiento, Adea lanzó una estocada con el cuchillo que tenía en la mano izquierda para bloquear el de su oponente mientras empujaban con las espadas que blandían con la derecha, ahora trabadas por la guarda. Dio un salto a la derecha y le propinó una patada en las tripas a su contrincante. El sujeto, un hombre que le doblaba la edad, aunque no más corpulento, se apartó de ella y la espada de esta, brillante en el aire, detuvo otra estocada del cuchillo que había estado intentando alcanzarla desde el principio del combate. El sudor se le metía en los ojos. Resistió la tentación de secárselo y volvió al ataque dando tajos con su arma y obligando a su oponente a retroceder una y otra vez, hacia donde estaba Cinane, su madre, sentada y observando la lucha con sumo interés.

Otro veloz salto, esta vez a la derecha, llevó a Adea a un costado de su oponente. Este lanzó otra rápida estocada con su daga que Adea detuvo con la espada, obligándole a abrir el brazo para, acto seguido, abalanzarse sobre él con toda su fuerza al tiempo que se agachaba para evitar un tajo de la espada y lanzar una estocada con su cuchillo de punta roma directo al pecho del hombre, por encima del corazón.

—¡Muerto, Barzid!

—Así es, señora —dijo Barzid sin aliento, merced al frenético combate—. Muy bien hecho. Una estocada digna de una princesa. Es la décima vez consecutiva que me ganas. Ya no tengo más que enseñarte.

Adea miró a su madre, y esta le dedicó una sonrisa de aprobación.

—Barzid tiene razón —dijo Cinane mientras se ponía en pie para dirigirse hacia su hija.

La mujer era alta, ancha de hombros, de cejas gruesas y nariz bulbosa. No podía decirse que fuera una belleza convencional. Sin embargo, había algo en el poder casi musculoso de su cuerpo que atraía a los hombres. Desde que Alejandro matara a su marido, Amintas —primo de él y una amenaza directa cuando llegó al trono—, no le habían faltado pretendientes. Sin embargo, ella tenía gustos diferentes, y los había rechazado a todos para dedicarse a criar a su hija en la tradición iliria de la guerra.

Y Adea, a sus quince años, podía considerarse una guerrera. Era más alta que su madre por el ancho de un pulgar, e igual de alta que la mayoría de los hombres, aunque no tan ancha. Adea sabía matar, y había llegado el momento de que fuese a la guerra.

Cinane enmarcó el rostro de Adea con sus manos, lo llevó hacia delante y le besó la frente.

—¿Sigues dispuesta a hacer lo que está planeado?

Adea miró a su madre a los ojos y asintió lentamente.

—Sí, madre. Aunque sigo creyendo que sería mejor que lo hicieras tú. Aún puedes tener hijos, y el rey solo es tu medio hermano. Eres, después de todo, la hermana mayor de Alejandro, y eso haría que fuera más fácil que te escucharan, aunque seas mujer.

Cinane sonrió y volvió a besar a su hija.

—Ya hemos hablado de eso. Eres la descendiente de una princesa macedonia y de un noble macedonio, primo de Alejandro, que tenía tanto derecho al trono como él. Por eso lo mató. Tú, mi querida hija, eres más que digna para desposarte con un rey tarado. Si hubieses sido niño, te habrían aupado al trono, y no a un bebé o a un idiota.

Adea respiró profundamente, e hizo por prepararse para lo que le aguardaba. *¿Cómo encontraré las fuerzas para hacer esto cuando sé que todo en Filipo me va a causar náuseas?*

Cinane pudo leer los pensamientos de su hija.

—Solo tendrás que dejar que lo haga una o dos veces, Adea. Barzid ya te ha cubierto, así que sabes lo que es. No supondrá sorpresa alguna para ti.

—No es eso, madre. Barzid ha sido muy amable al enseñarme lo que los hombres hacen con las mujeres: eso ni me molesta ni me interesa. Al igual que tú, prefiero a las mujeres. Lo que temo es que solo verle me dé asco. Le recuerdo cuando era una niña; débil, babeante, con la túnica empapada en orines. Temo vomitar mientras me cubra.

—Me aseguraré de estar en la habitación contigua, mi dulce niña, y tendré un delicioso bocado para tu disfrute cuando haya acabado. No te preocupes, Adea: siempre estaré ahí para ti.

Y Adea sabía que era verdad, ya que su madre nunca se había apartado de ella en sus quince años de vida. Habían sido inseparables; habían comido, entrenado y dormido juntas, incluso cuando Cinane había llevado a una amante a la cama. Más tarde, cuando Adea siguió el ejemplo de su madre, se hizo con una joven esclava a la que dominar. Su vida juntas se había basado en transmitir Cinane a su hija todo lo que sabía para convertirla en una princesa guerrera según la tradición iliria. Allí, rodeadas por las sólidas montañas de la región, a salvo de las pociones venenosas de Olimpia, Adea se había convertido en todo lo que su madre había deseado. Y ahora, juntas, se preparaban para asaltar el poder.

Había sido idea de Adea en un principio, un año después de la muerte de Alejandro. Cinane había estado despotricando sobre los planes de Olimpia para volver a hacerse con el poder mediante el matrimonio de su hija, Cleopatra, con Leonato, y a Adea se le había pasado por la cabeza que, por una vez, el objetivo de Olimpia no había resultado ser tan ambicioso como podría haberlo sido. ¿Por qué tener como meta a uno de los compañeros de Alejandro cuando su medio hermano y heredero no estaba casado? Jamás había pensado que sería ella la que desposaría a Filipo cuando se lo sugirió a su madre, ya que apenas se había convertido en una mujer y los hombres no le suscitaban interés alguno. Pero se había sometido a los deseos de su madre y había aceptado tomar el lugar que esta había sugerido que debía ocupar Cinane. Aceptó no sin reticencia, ya que temía entrar en el mundo de los hombres. Barzid era uno de los pocos con los que había entrado en contacto y, a petición suya, este le había mostrado lo que era ser cubierta. Habría preferido que las cosas hubiesen quedado ahí.

Fue con dolor de corazón que Adea, al fin, se resignó a los hechos y a la aventura en la que estaba a punto de embarcarse. Tomó las manos de su madre con las suyas propias.

—¿Cuándo partimos, madre?

—En cuanto Barzid haya organizado una escolta digna de una reina. Ha convocado a un centenar de los más bravos guerreros de las tribus ilirias del sur, todos montados y con caballos de refresco. Tendremos que viajar deprisa y dar un rodeo, ya que serán muchos lo que intenten detenernos. Por eso

necesitaremos evitar Macedonia y tomar el camino del norte para descender hacia el Helesponto por Tracia. Deberemos llegar antes del otoño si queremos que seas la siguiente reina de Macedonia antes de que acabe el año.



Antípatro, el regente

—Al fin algo de paz —dijo Antípatro cuando, sudoroso, se retiró de su esposa con el corazón palpitante, merced al esfuerzo—. Con la rebelión griega en el oeste solucionada, puedo descansar de las preocupaciones de defender el reino una o dos horas.

Se tumbó de espaldas con un brazo tras la cabeza y otro envolviendo a su esposa. Miró al techo intentando dejar la mente en blanco.

—¿Tan terrible ha sido? —preguntó Hiperia con la mejilla en su hombro y mientras le recorría el pecho con un dedo.

—A mi edad debería tomarme las cosas con calma y dejar de luchar en guerras y de imponer términos punitivos a los vencidos.

—¿Y por qué no renuncias a la regencia?

—¿Y quién me sustituiría?

—¿Crátero?

—Lo he valorado, pero aún no. Ha pasado tanto tiempo fuera de Europa que se ha olvidado de la política que reina aquí. Puede que dentro de un par de años esté preparado. Hasta entonces tendré que seguir yo.

—¿Y qué hay de Casandro?

—¿Casandro? Si estás pensando en él, es que no conoces el carácter de tu hijastro, mujer: es avaricioso y está sediento de poder, la peor de las combinaciones. Y sumado a eso está el hecho de que Alejandro no le llevó consigo, algo que, por otro lado, considero acertado. Todo ello le convertiría en un gobernante injusto, y pondría en peligro todo por lo que he trabajado a lo largo de estos doce años.

—¿Por qué hablas así de tu propio hijo?

Antípatro valoró la pregunta, cerró los ojos y acarició el hombro de Hiperia.

—Lo cierto es que nunca me ha caído bien. Era un niño mentiroso y arrogante por encima de su posición. Creo que es un cobarde. No ha matado a un solo jabalí cuando ha salido de caza, así que sigue sin tener derecho a tumbarse a la mesa y debe permanecer sentado, pero, a pesar de ello, no siente vergüenza alguna. En realidad, me alegra que esté con Pérdicas en Babilonia en un puesto importante, suficiente para satisfacer su vanidad y para mantenerlo alejado de mí. No, querida, no puedo dejar la regencia en este momento. No hasta que no encuentre a alguien lo bastante fuerte como para evitar que Casandro la reclame para sí.

—Entonces morirás como regente, porque no hay un hombre más fuerte que tú en toda Macedonia.

Antípatro sonrió y sintió una oleada de afecto por su esposa ahora que la urgente necesidad de acostarse con ella había quedado satisfecha. De hecho, se había dirigido a sus dependencias nada más llegar a Pella, hacía tan solo una hora, a pesar de que Arquias, el cazador de exiliados, había vuelto de su encargo en el sur y deseaba verle. Se giró, la besó y se preparó para hacerle la pregunta que ambos sabían que habría de llegar.

—¿Estás preparada para decirles adiós a Nicea y a Eurídice, Hiperia? Ha llegado el momento de que se vayan con sus futuros maridos, y pasarán años antes de que vuelvas a verlas, si es que vuelves a verlas algún día.

—No me preocupa mi persona, me preocupas tú. Porque eres tú quien puede que no vaya a volver a verlas. Yo, al menos, tengo la ventaja de la juventud.

Es verdad; sin embargo, tengo que hacerlo si lo que quiero es la paz.

—Tendremos el consuelo de que Fila se queda aquí. Y es probable que volvamos a ver a Nicea. Pero a Eurídice en Egipto… A ella lo dudo.

—Yo también, y por eso he organizado algo sin que tú lo supieras.

Antípatro miró a su esposa con curiosidad.

—Sé que Eurídice estará completamente aislada de su familia, así que lo he organizado todo para que su prima, Berenice, viaje con ella a Egipto como dama de compañía.

Antípatro, aprobador, apretó el hombro de Hiperia.

—Qué buena idea. ¿Y Berenice quiere ir?

—Sí; ahora que su finado marido, Filipo, la ha dejado viuda y con tres niños

pequeños, parece avivar en ella cierto espíritu aventurero. Su madre, Antígona, y yo estamos de acuerdo en que es lo mejor para ella.

—¿Y qué piensa Magas al respecto?

—Berenice siempre ha respetado a su padre, pero ahora que el hombre que Magas eligió para ella está muerto, siente que su vida es cosa suya.

—Siempre ha sido una muchacha testaruda, como Antígona.

—Sabe lo que quiere, y piensa que no lo va encontrar aquí. A decir verdad, fue Berenice la que lo sugirió, ¿y quién era yo para negarme cuando puede suponer todo un apoyo para Eurídice?

—Y dado que Yolas acompañará a Nicea, ambas muchachas se sentirán menos alejadas de su familia.

—Pero te echaré mucho de menos, padre —dijo Nicea mientras se le abrazaba al cuello y le daba un beso en la mejilla.

—Yo también, padre —dijo Eurídice con una lágrima en un ojo después de besarle en la otra mejilla bajo la atenta mirada de Yolas.

Antípatro las abrazó a las dos y, por la ventana, vio la flota que habría de llevarse a sus hijas dispuesta para zarpar en el puerto, al sur de la ciudad.

—Y yo también os echaré de menos, pero todos debemos cumplir con nuestro deber sin reparar en cuestiones personales. Tu matrimonio con Pérdicas, Nicea, y el tuyo con Ptolomeo, Eurídice, servirán para garantizar la paz a lo largo de nuestras vidas y en el futuro, siempre y cuando les deis hijos. Son tiempos frágiles, hijas mías, y las alianzas familiares como estas ahorrarán mucho sufrimiento. Ahora, preparaos para mañana: será entonces cuando nos digamos adiós para lo que será mucho tiempo. —Les acarició las mejillas y sonrió con ojos tristes. Luego hizo un gesto para indicar que podían retirarse.

Se volvió cuando Nicea y Eurídice salieron de su despacho. Antípatro cogió un rollo de papiro de su mesa y se lo entregó a Yolas.

—Cuando llegues a Babilonia, dale esto a Casandro.

—¿Qué dice?

—Dado que lo leerás igualmente, te lo voy a decir. Quiero que se quede en Babilonia y que cuide de su medio hermana. No me gustaría que sufriera un accidente. Puede que Pérdicas se case con ella, pero sería necio si confiara en él plenamente, máxime cuando le haya dado un heredero.

Yolas miró a su padre, sorprendido.

—No creerás que Pérdicas haría…

—Solo tengo la sensación de que es mejor si Casandro permanece en Babilonia y, mmm…, que haga sentir su presencia, por decirlo así. —*Y para que esté alejado de mí aquí, en el norte*—. Servirá para que Pérdicas no olvide sus lazos con nuestra familia. Ahora ve y prepárate para el viaje. Haz que pase Arquias cuando salgas.

Arquias depositó dos pequeñas cajas sobre la mesa y sonrió.

—La sangre de un hombre es oscura y mortal. Una vez que moja la tierra, ¿qué canción puede resucitarle?

—¿Qué?

—*Agamenón,* de Esquilo.

—Por supuesto. —Antípatro afeó la cara al percibir la hediondez a descomposición que manaba de las cajas. No quería abrirlas, pero sabía lo que el cazador de exiliados esperaba de él. Si pagaba a un hombre para matar, lo menos que podía hacer era comprobar esas muertes.

—Ese es Hipérides —dijo Arquias cuando Antípatro abrió la primera caja para descubrir una lengua humana cercenada y encogida por el calor—. Era el más pequeño de los dos. Intentó buscar asilo en el santuario de Éaco, en Egina. —Arquias soltó una desagradable carcajada—. Como si un semidiós muerto hace siglos pudiera evitar que le alcanzara la justicia. Dejé su cuerpo como pasto de los pájaros.

Antípatro asintió y abrió la segunda caja. Jadeó. La lengua estaba hinchada y era de color púrpura.

—Veneno —informó Arquias—. El viejo demagogo prefirió hacerlo él mismo. Había buscado santuario en el templo de Poseidón, en Calauria. Ni mis hombres ni yo nos atrevíamos a cruzar el umbral, menos aún con tanto mar que recorrer en los meses siguientes.

—Sí, lo comprendo —dijo Antígono, ensimismado con aquella parte del cuerpo que tanta violencia había provocado.

Esa lengua empezó dos guerras, y jamás llegó a pedir disculpas por ninguna de ellas.

—Al percatarse de que habíamos rodeado el lugar, tuvo que elegir entre morir de hambre, caer abatido por una *rhomphaia* o envenenarse. Eligió lo último.

Antípatro cerró la tapa.

—Tus hombres y tú habéis hecho un buen trabajo, Arquias.

—¿Mi dinero?

Antípatro cogió una pequeña pero pesada bolsa que tenía en la mesa y se la lanzó al cazador de exiliados.

—Eso es por las lenguas. Te pagaré la mitad de lo hablado por escoltar a Nicea y a Yolas hasta Babilonia ahora, y Casandro te dará la otra mitad cuando llegues allí.

—¿Casandro? No conozco a nadie que tenga razones para confiar en él.

Antípatro comprendió al cazarrecompensas.

—Pagará. Le he escrito con una orden expresa para que lo haga: está en la carta que lleva Yolas. Vuelve cuando hayas acabado. Voy a tener mucho trabajo para ti estos meses.

—En ese caso, será mejor que nos pongamos en marcha.

—La flota zarpará mañana, al amanecer.

—¿Qué quieres decir con que la flota de Asia se quedará en Oriente? —exclamó Crátero, sorprendido, cuando Antípatro y él llegaron al puerto a la mañana siguiente.

—Exactamente lo que he dicho, Crátero. La flota macedonia permanecerá aquí, en el norte, junto con las naves que fueron capturadas de los atenienses. La flota que reuniste en Asia volverá allí con Clito el Blanco. La mitad fondeará en Tarso y la otra mitad seguirá hasta Alejandría.

—Pero es mi flota.

—No, no lo es. Es la flota de Alejandro. Fue él quien te ordenó que la reunieras. Ahora está muerto y pertenece al Imperio. E incluso si fuera tuya, la has puesto bajo mi autoridad, al igual que a tus tropas.

—Pero eso es… eso…

—Política, Crátero, política. Si me quedo aquí con toda la flota, pareceré yo el agresor. —Antípatro se volvió a Crátero y le cogió de los hombros—. Debemos evitar la guerra. Debemos evitarla a toda costa. Y el mejor modo de hacerlo es darles a Pérdicas y a Ptolomeo la mitad de la flota de Asia a cada uno como dote por sus matrimonios con Nicea y Eurídice, respectivamente. De ese modo, todos estaremos en las mismas condiciones.

—Pero Clito es mi hombre.

Antípatro sonrió y dio una palmada a Crátero en el hombro.

—Así es, y se va a quedar en Tarso para servir a Pérdicas, aunque no me sorprendería que siguiera siéndote leal.

Crátero comprendió.

—Viejo zorro. Clito se uniría a nosotros si Pérdicas intentara usar la flota en nuestra contra.

—O podría dirigirse al sur para atacar a Ptolomeo.

—Con lo que nos aseguramos la gratitud y la lealtad de Ptolomeo. —Crátero sonrió y negó con la cabeza asombrado—. Entonces a Pérdicas no le estás dando nada.

—No exactamente, amigo mío. Le estoy dando, a él y a Ptolomeo, unas dotes muy generosas por mis hijas.

Antípatro fue incapaz de contener las lágrimas en el muelle del puerto de Pella cuando, acompañado por Hiperia, Fila y Crátero, vio zarpar al trirreme que se llevaba a sus hijas hacia un incierto futuro. Nicea, Eurídice y Berenice viajarían juntas hasta Tarso, y allí desembarcaría Nicea con Yolas y su escolta, para viajar por tierra hasta Babilonia durante los meses frescos del invierno. Eurídice, con sus acompañantes, y Berenice, con sus tres hijos, completarían entonces el trayecto hasta la nueva ciudad de Alejandría, en el territorio de Ptolomeo.

¿Bastará con este «gasto» en hijas? ¿Me lo agradecerá la Historia o seré visto como un romántico idiota que pensó que los lazos familiares evitarían el desmembramiento del mayor imperio que haya visto el mundo?

Fila lloró tanto como su madre, apoyadas la una en la otra de un modo que parecía que nunca fueran a erguirse de nuevo.

Las despedidas de Berenice con su padre y su madre, Magas y Antígona, también habían estado envueltos en llanto, aunque los tres hijos, Magas, Antígona y Teoxena, eran demasiado jóvenes como para comprender lo que ese viaje significaba. Teoxena, de hecho, aún era un bebé.

Un puñado de ciudadanos se acercaron para desearles un buen viaje a las mujeres, aunque no fueron tantos como habría sido habitual para la importante ocasión. Eran pocos los habitantes de Pella que comprendían lo que estaba en juego en lo político y lo que representaba aquel acto o las probables consecuencias que podría tener de resultar insuficiente.

Con una silenciosa oración a Zeus pidiendo que las protegiera de un mundo incierto Antípatro apartó la cara del barco que se alejaba. Aunque la oración

fue un tanto tibia, ya que había vivido lo suficiente como para saber que era el caos el que gobernaba, no las deidades. Al ver a Poliperconte caminando hacia él a toda prisa con la palabra «desastre» escrita en el rostro, Antípatro detuvo su petición a Zeus a media oración. Era evidente que la deidad ni siquiera había empezado a escucharle.

—¿Y bien?

—Tengo noticias del norte por dos fuentes diferentes. —Poliperconte tragó saliva mientras buscaba las palabras con las que enmarcar la noticia—. La bruja, Cinane, y su hija han abandonado Iliria y viajan por el norte, más allá de nuestras fronteras. Se dirigen a Tracia, y, de allí, viajarán a Asia.

Los ojos de Antípatro se abrieron al máximo.

—¿Adónde van? ¿Con quién tienen pensado casarse? —Volvió a mirar al barco, que ahora se adentraba en el canal que conectaba el puerto con el mar.

—Seguro que ni con Pérdicas ni con Ptolomeo.

Poliperconte negó con la cabeza.

—De algún modo sería preferible que se tratara de cualquiera de ellos, o de ambos, pero es mucho peor. Cinane tiene intención de casar a su hija con el tarado, Filipo.

Antípatro se llevó una mano a la frente.

Un niño de esa unión —si es que es posible, y bien podría serlo— causaría años de incertidumbre, y Adea, casada con Filipo, podría hablar con su voz. Eso no debe ocurrir.

—Envía un mensaje a Lisímaco, y que les dé caza cuando atraviesen su territorio. ¿Cuántos hombres componen su escolta?

—Un centenar de jinetes, más o menos.

—Dile que con doscientos bastará, pero asegúrate de que no las maten: lo que tienen que lograr es que regresen. Matar a la hermana mayor de Alejandro y a su regia hija sería peligroso.



ADEA, LA GUERRERA

Llevaban dos días siguiendo el cauce río Estrimón, siguiendo la llanura aluvial en su orilla oeste. Allí, el río, de seis pasos de ancho, giraba hacia el sur y el mar. En los doce días que llevaban viajando desde Iliria, a través de las tierras de los agrianos, al norte de Macedonia, pasando junto a Filipópolis y luego hacia el sur por el monte Hemus y hacia Tracia, habían visto a muy poca gente. Adea empezaba a soñar con que pudieran abandonar Europa sin llamar la atención.

Cinane y Barzid habían llevado a la columna montada al paso más veloz posible por terreno desigual. Cada hombre cambiaba de montura cuatro o cinco veces al día para sacar el máximo rendimiento de ellas. Habían hecho grandes rodeos para evitar poblaciones que fueran más grandes que un puñado de chozas, y aquellos que se cruzaban en su camino, cazadores en su mayoría, mostraban más miedo que curiosidad y desaparecían tan rápido como podían. Estaban ya próximos a concluir la primera etapa del viaje.

—¿Qué haremos cuando alcancemos el mar, madre? —preguntó Adea mientras se frotaba las doloridas posaderas cuando cambió de montura por segunda vez en el día.

—He traído dinero. Mucho dinero. Barzid lo ha distribuido entre los hombres para que lo lleven. Eso, junto con el dinero que obtengamos por los caballos, valdrá para conseguir un barco.

—¿A dónde?

Cinane no respondió a la pregunta de su hija. En su lugar se cubrió los ojos del sol del mediodía y miró hacia el sur.

—¡Barzid! Dime lo que ves.

Adea se subió a su segundo caballo al tiempo que Barzid entrecerraba los ojos y miraba hacia el sur. Había siluetas, de eso no cabía duda. Siluetas a caballo, aunque era imposible calcular su número.

—Caballería, señora —dijo Barzid—. Más que los nuestros. Yo diría que el doble. Están al otro lado del río y vienen hacia aquí.

Adea no podía distinguirlos, aunque sí podía ver sus sombras oscuras a esa distancia.

—¿Vienen a por nosotros, madre?

Cinane se encogió de hombros.

—Eso no podemos saberlo, pero debemos suponer que sí. A estas alturas Antípatro ya sabrá que hemos abandonado Iliria y querrá detenernos. A nosotras en particular.

Un destello de una de las cabezas de los jinetes que lideraban la columna confirmó lo que todos pensaban.

—Lleva un casco —murmuró Barzid—. Vienen vestidos para la batalla.

Cinane alargó la mano y desenganchó el yelmo que colgaba de la silla.

—En ese caso será mejor que sigamos su ejemplo. Huir no es una opción.

—¡No hemos venido a luchar! —gritó el jefe de la caballería contraria cuando se encontró cerca. Había cruzado el río con sus hombres y ahora estaba en la orilla oeste, a poco más de doscientos pasos de distancia—. Os traemos un mensaje de Antípatro, regente de Macedonia, y de Lisímaco, en cuya satrapía os encontráis. Es el siguiente: «Cinane: Dad media vuelta, volved a Iliria y no sufriréis daño alguno. Seguid adelante y tanto tu hija como tú seréis apresadas, los hombres que os escoltan serán ejecutados y ambas seréis llevadas como prisioneras a Pella, donde seréis tratadas como corresponde a vuestro rango pero de donde no podréis salir jamás. Esas son vuestras opciones».

—Se ha olvidado de una —susurró Cinane.

—Cargar contra ellos y matar a tantos como nos sea posible —sugirió Barzid.

—Preferiblemente a todos ellos.

Adea miró a su madre, sorprendida con su confianza en sí misma.

—Pero nos doblan en número.

—En ese caso, tendremos que matar a dos cada uno, pongamos tres, para tomar en cuenta nuestras propias bajas. —Miró a su alrededor y se le iluminó

el rostro—. Nuestros caballos de refresco pueden hacer su parte. —Se giró sobre su silla y se dirigió a los hombres que la seguían—. Aquellos hombres desean evitar que lleguemos a la costa. ¡Nos ordenan que volvamos a Iliria! ¿Acaso se acobardan los ilirios y huyen a casa cuando se lo ordena un macedonio?

Una batahola desaprobatoria provocada por sus hombres dejó claro que no.

—Dicen que, si no les obedecemos, os matarán a todos y que a mi hija y a mí nos harán prisioneras. ¿Vais a dejar que ocurra eso?

La respuesta fue una inequívoca negativa.

—¿Entonces luchamos?

Esta vez la repuesta fue positiva.

Después de desenvainar tres jabalinas cortas de la funda que colgaba de la silla de montar, las alzó al aire y señaló al enemigo con la otra mano.

—¡Estas son para esos hombres! ¡Haced que cada una de ellas cuente y yacerán todos muertos antes de que el sol alcance su cénit! —Otro vítor rasgó el aire—. Cabalgad con vuestras monturas de refresco al lado y estad atentos a mi brazo. Cuando lo baje, soltad a los caballos de refresco y retened a los vuestros para que aquellos cabalguen en cabeza. ¿Estáis listos, hombres de Iliria?

Sacando las jabalinas de sus fundas mientras intentaban controlar a sus inquietas monturas, los ilirios hicieron saber que estaban listos con un grito dirigido a su reina. El caballo de esta piafó y rascó el aire con las patas delanteras. Con un tirón de las riendas, Cinane logró controlar a su montura hasta espolearla para llevarla al trote, consciente de que la excitación anegaba a sus seguidores. Con alaridos y vítores, los ilirios azuzaron a sus monturas con los animales de refresco a su lado, hacia las tropas de Lisímaco, dos veces su número, que también emprendían la carga.

El cuerpo de Adea palpitaba de emoción. Entrecerró los ojos para protegerlos del viento cuando su caballo pasó del trote al galope. Se inclinó hacia delante sobre el cuello del animal y apretó con fuerza los muslos. Aferró las riendas con la mano izquierda y con la derecha las jabalinas y los arreos de su caballo de refresco. La distancia entre ambos contingentes se reducía rápidamente.

Con un centenar de pasos entre ellos, los dos bandos galopaban a toda velocidad, castigando el suelo y haciéndolo temblar a su paso. El eco de sus cascos retumbaba en el aire, como una masa de tambores a destiempo.

Crecía el frenesí en Adea cuando vio que su madre bajaba el brazo. Soltó a su otro caballo y le golpeó el anca con el plano de las jabalinas, provocando que saliera disparado mientras ella tiraba un poco de las riendas para que su caballo volviera a avanzar al trote.

Los animales sin jinete, con los ojos en blanco y las orejas gachas, siguieron adelante, sumidos en la inercia de la manada mientras sobre sus cabezas siseaba la primera descarga de jabalinas ilirias que buscaba hacer carne en la caballería de Lisímaco.

Pero la salva no recibió respuesta del enemigo, que, aterrado por el muro de carne equina incontrolada que se abalanzaba sobre ellos, descargaron sus proyectiles sobre estos haciendo que muchos se desplomaran en el suelo y abatiendo a otros, dando lugar a un caos de bestias y relinchos.

A toda prisa y al tiempo, los ilirios arrojaron la segunda oleada de jabalinas, que llovió sobre el enemigo derribando hombres e hiriendo caballos instantes antes de ser embestidos por la masa equina desbocada. Muchos de los animales sin jinete piafaron y cocearon poseídos, quebrando miembros y dejando hombres inconscientes. Adea, Cinane y sus hombres cargaron. Soltaron sus últimas jabalinas contra cualquier cosa que aún pudiera estar en pie y desenvainaron sus espadas mientras espoleaban a sus reticentes monturas. Adentrándose en el desorden de las filas de Lisímaco, Adea descargó un tajo sobre un jinete abriéndole el hombro y haciendo que cayera al suelo. Los gritos de hombres y bestias se arremolinaban en torno a ella, le ardía fuego en los ojos mientras, una y otra vez, daba tajos y estocadas, ahora prácticamente inmóvil, ya que la inercia de la carga había quedado anulada por la espesa congestión. Pero seguían avanzando. Ahora su ventaja era absoluta, y la caballería de Lisímaco luchaba por escapar del torbellino que imposibilitaba su huida.

Volvió a matar y volvió a aullar a los cielos de júbilo, ya que no sentía miedo en el fragor del combate, tan solo la emoción de practicar todo lo aprendido tras largos años de instrucción.

Todo acabó de forma igual de abrupta a como había empezado. Poco a poco, los hombres volvieron del lado oscuro que se habita en compañía de la muerte. Adea regresó con ellos, lentamente al principio, pero no tardó en poder ver más allá del confinado espacio en el que había luchado y se sintió conmocionada ante lo que vieron sus ojos: a su alrededor todo eran hombres y caballos, muertos y moribundos, recubiertos por una capa desigual de sangre y

vísceras mezcladas con barro. De entre ellos surgían disonantes lamentos de dolor. Su madre y Barzid iban sorteando cuerpos en busca de algo, aunque Adea no sabía qué.

—¡Está aquí! —gritó Barzid.

Cinane alzó la cabeza y espoleó su montura salpicada de sangre hacia él. Adea, curiosa, los siguió.

Era el comandante de la caballería de Lisímaco, postrado en el suelo, con ambas piernas en un ángulo imposible mientras de sus tripas manaban sus vísceras. Barzid desmontó de un salto junto a él, y le levantó la cabeza. Los ojos del caído parpadearon, pero no lograban enfocar.

Cinane miró al hombre moribundo.

—¿Puedes oírme?

Los ojos buscaron la voz, y su mirada se posó en Cinane.

—Pérdicas. ¿Qué noticias hay de Pérdicas?

La boca del sujeto se movió, pero no emitió sonido alguno.

—Pérdicas —le instó Barzid al oído—. Pérdicas. ¿Dónde está?

—P…P… Pisidia —fue la débil respuesta.

—Pisidia —repitió Cinane al tiempo que atravesaba la garganta del moribundo con la hoja ensangrentada en un acto de compasión. Se giró hacia Adea—. Tu futuro marido está con Pérdicas en Pisidia. Vamos, Barzid, prepara a los hombres. Necesitamos alcanzar la costa y buscar una nave que nos lleve a Tarso.



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

Las murallas de ladrillo no eran rival para la artillería desplegada contra Perge, la última ciudad de Pisidia que resistía ante el poder de Macedonia. Las piedras volaban describiendo una parábola hasta sus defensas convirtiéndolas en polvo y escombros.

Pérdicas dio una profunda bocanada de aire otoñal y saboreó la vida ahora que se disponía a dispensar la misma justicia que en Termeso; esta se había negado a rendirse después de su avance relámpago hacia el corazón del territorio rebelde en el oeste, y Pérdicas había ordenado la ejecución de todos los hombres mayores de doce años y la esclavitud del resto. Mientras, Menandro traía a sus hombres hacia el sur desde Sardes. Había sido un mes y medio provechoso, más aún después de la silenciosa negativa de Antígono de unirse a la campaña. *Esta vez no puedo ignorar la insubordinación de Antígono; o bien ataco Frigia y me convierto en agresor o…*

Volvió a concentrarse en la situación presente y observó las líneas de los Escudos de Plata, armados para el asalto con lanzas, espadas y escudos. Les dedicó varias sonrisas a algunos de los veteranos, que cruzaron miradas con él. Luego se dirigió a su comandante, de pie junto a él.

—Los chicos van a disfrutar esto, Antígenes. Termeso les abrió el apetito, y esta ciudad es prácticamente el doble de grande.

—Sí, habrá para todos —convino Antígenes mientras veían cómo se desplomaba parte de la muralla, dejando a la vista, a través del polvo, los tejados de las casas.

En vez de disiparse poco a poco merced al viento, el polvo pareció hacerse

más denso y arremolinarse sobre los edificios hasta que, con un repentino destello, las llamas empezaron a aparecer sobre las viviendas.

—Están incendiando el lugar —observó Pérdicas con el tono neutral de un observador desinteresado.

—Quizá prefieran, dado que van a perder sus casas, asegurarse de que nadie más se hace con ellas. No los culpo.

Pérdicas no pudo más que estar de acuerdo.

—Sea como sea, deberíamos intentar salvar tantos barrios de la ciudad como nos sea posible. Estaría bien asentar a algunos de los muchachos aquí una vez que la hayan saqueado. Al menos tres de las brechas son viables. Antígenes, avanza.

Con un saludo, Antígenes se reunió con sus hombres y, en cuestión de instantes, se oyó el sonido de los cuernos llamando al asalto. Sin embargo, cuando murió el estruendo, surgió de Perge un terrible y agudo lamento. Eran los aullidos de mucha gente sumida en el dolor. A medida que el lamento iba aumentando en intensidad, lo hacían las llamas.

Pérdicas escuchó un momento y entonces, sorprendido, echó a correr. *Están quemando a sus mujeres y niños, me van a hacer perder una fortuna.*

—¡Antígenes! ¡Rápido, los muy cabrones se están suicidando!

Pero Antígenes se había percatado de lo que estaba ocurriendo y ya había ordenado a sus hombres que marcharan a paso ligero hacia las murallas. Aquellos que llevaban escalas las sostenían en alto. A su espalda, la artillería apuntó más alto, hacia las almenas, confiando en mantener agachados a los defensores. Pero a un hombre que sabe que, ocurra lo que ocurra, va a morir, le importa poco que le arranque la cabeza una piedra, en particular si ello significa ganar tiempo para que muera su familia, salvándola así de una vida de penurias. En cuanto los Escudos de Plata estuvieron a su alcance, las murallas se vieron pobladas de arqueros y honderos, de dos a tres hombres de fondo. Sus salvas oscurecieron el cielo, ya ennegrecido por el humo, cuando un nuevo elemento asaltó los sentidos: el hedor a carne chamuscada. Con las defensas sobre las cabezas, los Escudos de Plata emprendieron la carrera, furiosos ahora que eran conscientes de que se les estaba privando de su botín. Sortearon la tormenta de flechas y piedras. Sus escudos tronaban al recibir los impactos. A pesar de las bajas sufridas, los defensores no dejaban de disparar. Con terrible cadencia, las piedras lanzadas por la artillería barrían las filas de defensores. Estallaban los pechos y las cabezas, convertidas en nieblas de sangre, pero no

retrocedían. Los gritos de muerte de sus seres queridos, que ahora serían libres para siempre, les llenaban de valor.

Entonces los Escudos de Plata alcanzaron la muralla. Tal era su ira que nada podría detenerlos. Subieron las escalas al tiempo que recibían una lluvia de escombros, producto de los destrozos provocados por la artillería, que derribó a algunos y que rebotó sobre los escudos de otros, mientras intentaban ganar las brechas, a tan solo ocho pies sobre sus cabezas y ahora repletas de defensores.

Al igual que perros salvajes, los habitantes de la ciudad luchaban para retrasar lo inevitable, pues sabían que la ciudad caería sin remedio, ya que nada, ni las murallas de Tiro, habían logrado resistir el poder militar de Macedonia. Uno a uno, los veteranos macedonios treparon por las escalas, y Pérdicas corrió a unirse a ellos. Su ira crecía al ritmo del infierno que se extendía intramuros, donde las llamas y el humo buscaban un camino hacia el cielo.

Ganadas las brechas, las líneas de defensores ya eran más delgadas, y Pérdicas no tardaría en abrirse paso hacia la ciudad. De pie sobre la muralla contempló un espectáculo que jamás había visto antes, y comprendió por qué la defensa se había tornado de desesperada en inexistente en cuestión de latidos: conscientes de que sus familias ahora no eran más que cuerpos chamuscados, los hombres se habían abalanzado a la muerte. Sin dudarlo, saltaban a las llamas mientras un puñado de guerreros escogidos luchaban contra los macedonios que venían en cabeza con la intención de detener aquella inmolación en masa. Saltaban, de uno en uno, en parejas o en largas cadenas de cuerpos, todos al tiempo, aullando mientras se abalanzaban sobre las llamas. Los aullidos se convertían en gritos de agonía cuando sus cuerpos ardían en aquel infierno.

—Es el acto más estúpido y más valeroso que he presenciado nunca —dijo Pérdicas cuando se detuvo junto a Antígenes, que observaba, con la boca abierta, el horror que se presentaba ante sus ojos—. Nosotros les habríamos dado una muerte limpia.

—Empalar no es lo que yo llamo limpio —murmuró Antígenes, incapaz de apartar la mirada cuando un padre y su hijo adolescente, abrazados, entraron a la carrera en una casa en la que ardía la techumbre. Esta no tardó en desplomarse y provocar una fuente de pavesas y llamas—. Además, incluso si hubiesen sabido que los íbamos a ejecutar con relativa clemencia, me temo que su retorcido sentido del humor los habría llevado a compartir el destino que

les han impuesto a sus mujeres e hijos. Yo lo habría hecho.

Pérdicas respiró por la boca y entre dientes, y negó la cabeza, incrédulo.

—Pues ahora ya está hecho. Podemos ir pensando en volver a Babilonia a pasar el invierno. Suspende el ataque: no merece la pena arriesgar más vidas si esos cabrones se precipitan al fuego. Que todos los oficiales superiores vengan a mi tienda en cuanto puedan.

Después de negar con la cabeza una vez más, Pérdicas dio media vuelta y se dirigió al campamento.

—Alcetas, quiero que vayas a Tarso a esperar a Nicea —dijo Pérdicas mientras iba de un lado a otro de la tienda de campaña con las manos enlazadas a la espalda.

—¿Y tú? —preguntó Alcetas mientras se calentaba las manos en un pebetero junto a Seleuco y Menandro.

—¿Yo? Yo vuelvo a Babilonia para poder recibirla como merece. Viajaré utilizando el sistema de postas. Seleuco y Antígenes me seguirán con el ejército y usarán la flota de Atalo. Tú acude lo más rápido que puedas en cuanto tengas a Nicea.

—¿Y qué vas a hacer con Antígono? —preguntó Seleuco mientras se frotaba las manos.

—Voy a convocarle a Babilonia para que sea juzgado ante el ejército.

Seleuco rio.

—¿Convocar a Antígono? Te dirá que por los cojones y te ignorará.

—Sí, lo sé. No acudió las dos últimas veces, así que no tengo razones para creer que vaya a hacerlo esta tercera. Pero al menos yo lo habré hecho todo correctamente, y, si debo enfrentarme a él el año que viene, gozaré de superioridad moral.

La risa se congeló en el rostro de Seleuco.

—No puedes dejar que la situación llegue a eso, ¿no crees?

—Preferiría no hacerlo, pero al desobedecerme también desobedece al anillo de Alejandro y, por tanto, a Alejandro mismo. No puede quedar sin castigo.

—También tendrás a todo aquel que importa de tu lado —dijo Menandro, sátrapa de Lidia; rondaba la cincuentena, se estaba quedando calvo y empezaba a mostrar signos de obesidad. Era el que menos aspecto marcial tenía de todos ellos. Prefería los lujos de su palacio de Sardes a las emociones de las tiendas

de campaña.

—Tu futuro suegro, Antípatro, te apoyará, yo te apoyaré, y también Lisímaco desde Tracia y Eumenes desde Capadocia. Ptolomeo está demasiado lejos como para preocuparnos. Antígono es un idiota y un hombre muerto.

Pérdicas no pudo ocultar su satisfacción ante tal exposición.

—Sí, me temo que lo es. —Hizo una pausa y miró a Menandro como si le estuviera sopesando con la mirada—. Voy a hacer cambios en Lidia, Menandro, y creo que entenderás por qué.

—¿Ah, sí?

—Sí, estoy convencido de ello. Verás, ahora que Cleopatra reside allí, considero que, dado que es la única hermana de padre y madre de Alejandro, debería ser honrada con algo, y tengo intención de hacerla sátrapa.

—¿Sátrapa? —estalló Menandro—. ¿Por encima de mí? ¿Es así como me recompensas? ¿Sustituyéndome poniendo a una mujer en mi palacio? ¿Una mujer? ¡Una mujer no puede ser sátrapa!

—No es una mujer cualquiera. Es Cleopatra.

—Pero sigue siendo una mujer. ¿Pretendes que reciba órdenes de una mujer? ¿Lo harías tú? ¿Lo haría alguien?

Pérdicas miró a su hermano y a Seleuco; ninguno de ellos parecía estar de acuerdo con la decisión.

—No tendrás que recibir órdenes de ella. Te voy a hacer sátrapa de la Frigia helespóntica.

—¿La Frigia helespóntica? ¡Pero es de Crátero!

—No lo es. Era de Leonato, y, como sabes, está muerto.

—Y Crátero la reclamó para sí cuando pasó por allí a principios de año.

—Pero es que no tenía derecho a reclamarla.

—Eso díselo tú.

Pérdicas alzó la mano.

—Yo soy quien tiene el anillo, y fue en virtud de la autoridad que este concede que distribuí las satrapías después de la muerte de Alejandro. Es también en virtud de esa autoridad que te hago sátrapa de la Frigia helespóntica. Sigues siendo sátrapa. Sigues teniendo poder.

—Pero yo estoy contento donde estoy, Pérdicas. Y, seamos sinceros, tampoco puedes hacer nada para obligarme.

—Ya le he escrito a Cleopatra informándola sobre mi decisión.

—¿De verdad que no lo ves, Pérdicas? —dijo Seleuco—. ¿De verdad no

comprendes que el anillo en sí no te confiere la autoridad de Alejandro? No puedes actuar de un modo tan arrogante, dando órdenes a tus iguales. Tal y como dijo Ptolomeo, no fuiste más que casi elegido.

Ese apodo me va a perseguir toda la vida si no hago esto. Tengo que hacer que ocurra si quiero que Cleopatra acepte que debo casarme con Nicea para que Antípatro me sea leal antes de desposarme con ella. Volver a Macedonia con el cadáver de Alejandro y con Cleopatra como esposa sí me hará parecer como el heredero elegido por Alejandro.

—Pues está hecho. Y no puede deshacerse.

—Yo no lo acepto —dijo Menandro con firmeza—. Me quedaré en Sardes, y ella puede pensar lo que quiera.

—Lo aceptes o no, es mi decisión y se mantiene. Redactaré los documentos al efecto.

—Eres un necio, Pérdicas —espetó Menandro antes de salir de la tienda de campaña.

—Bien hecho, Pérdicas —dijo Seleuco—. De un solo plumazo vas a enemistarte con Menandro y con Crátero, y vas a insultar a todos los macedonios concediéndole a una mujer un poder semejante. ¿Cuánto tiempo crees que permanecerás con vida?

Pérdicas no tenía tiempo para discusiones.

—Salgo de inmediato para Babilonia: tengo que ver cómo progresa el catafalco de Alejandro. Podéis retiraros. —Les dio la espalda.

—No, tú no me das permiso para retirarme, me voy yo. —Y, con un exagerado asentimiento, Seleuco se marchó.

—Alcetas —dijo Pérdicas cuando Seleuco y su hermano dejaban la tienda.

—¿Sí? —repuso Alcetas asomando la cabeza por entre las lonas.

—¿Crees que he hecho lo correcto?

Alcetas volvió a entrar y se encogió de hombros.

—Ahora está hecho. Lo que me pregunto es por qué lo has hecho. Y creo que sé la respuesta.

—Adelante.

—Quieres que Cleopatra esté en deuda contigo.

—Puede ser.

—Piensas casarte con ella aunque te cases con Nicea, ¿verdad?

—Cleopatra me hará rey.

—En ese caso, despósala ahora.

—Eso me convertiría en enemigo de Antípatro.

—¿Y casarte con su hija para luego repudiarla no?

—Casarme con su hija, dejarla preñada y luego tomar una segunda esposa me asegurará el trono y su neutralidad.

—Parece una de esas maquinaciones de Eumenes.

—Pues no lo es, es mía. Y sé bien que no es algo que ese pequeño griego astuto fuera a aprobar. Pero, dado que está en Armenia, no se enterará hasta que esté hecho.



EUMENES, EL ASTUTO

Lo que más había sorprendido a Eumenes había sido lo mucho que había disfrutado de la campaña. Los años de servicio como secretario, primero de Filipo y luego de Alejandro, le habían mantenido alejado del campo, y no fue hasta el último año de Alejandro que a Eumenes se le dio un mando, aunque este no había sido más que para acciones de apoyo y a pequeña escala. Ahora, sin embargo, actuaba de forma independiente, y todas las decisiones tácticas eran suyas, y eso, precisamente, era lo que más le había gustado, ya que parecía tener un talento natural para la guerra.

—Parmida —dijo Eumenes mientras el comandante de sus jinetes capadocios y él contemplaban Carana, una pequeña ciudad amurallada cerca del nacimiento del Éufrates, a tan solo cinco millas de aquel—, coge a la mitad de los hombres, cruza el río y da un rodeo a la ciudad, hacia el norte. Yo haré lo mismo, pero por el sur. Enviaremos patrullas en cabeza para evitar emboscadas. Te veré al otro lado. Si no hay indicio de actividad armada, aceptaremos la rendición de la ciudad y nos dirigiremos río abajo con la tranquilidad de no haber dejado una amenaza a nuestra espalda. Luego volveremos a Capadocia.

—Si así lo deseas, general, así se hará —repuso Parmida en griego, con sumo respeto y con un marcado acento.

—Así lo deseo, y voy a disfrutarlo el doble porque sé que Neoptólemo estará babeando de rabia y celos dado que he conseguido en tres meses lo que él no logró en seis.

Y con esa agradable sensación Eumenes condujo a doscientos cincuenta de

sus jinetes en labor de reconocimiento a lo largo del sur de la ciudad. Aquella era la última comunidad que había expresado hostilidad hacia la hegemonía macedonia, pero acababa de ofrecer su rendición incondicional. Una a una, las ciudades se habían rendido a Eumenes en un viaje relámpago por Armenia, en compañía de sus capadocios, que a todos había cogido por sorpresa. El progreso había resultado ser más fácil dado que los armenios no habían mostrado unidad. Esas tierras eran una amalgama de pequeños territorios gobernados por nobles que siempre estaban enemistados entre sí y con los que podía lidiar uno a uno. Los pocos hombres que tenía al mando resultaron ser suficientes. No pudo obtener más tropas, porque Neoptólemo se había negado categóricamente a entregárselas, y permanecía agazapado en Amida, una ciudad cercana al Camino Real, al sur del país, mientras maldecía a sus tropas impagadas, amotinadas y que se negaban a luchar por él.

Pero a Eumenes no le habían hecho falta refuerzos, ya que la velocidad compensó su escasez de hombres, y los celos de Neoptólemo habían ido creciendo con cada uno de sus éxitos. Ahora, su plan de ponerle las cosas difíciles negándole esas tropas se estaba volviendo en su contra. Armenia volvía a estar dentro de la esfera de influencia macedonia, con un sátrapa armenio designado por Alejandro: Mitranes, de la casa real oróntida, instalado en la capital, Armavir.

Cabalgar por el accidentado territorio había sido todo un placer para Eumenes, y, mientras bordeaba el extremo sur de Carana, a la sombra de las cumbres nevadas del monte Abo, casi lamentó que la campaña estuviera llegando a su fin. Pronto volvería a las labores administrativas en su satrapía. Completado el semicírculo, Eumenes reunió a sus hombres frente la Puerta Oeste de Carana justo cuando Parmida y sus jinetes iban a su encuentro chapoteando por el Éufrates, que, en ese punto, no superaba los diez pasos de ancho.

—¡¿Alguna novedad, Parmida?! —gritó Eumenes, admirando, como siempre, a sus hombres de casco puntiagudo, magníficos con sus túnicas y sus pantalones bordados, con sus botas de cuero suave y sus fundas de jabalinas bellamente decoradas que colgaban de las sillas de montar.

—Nada, general. Creo que podemos confiar en su palabra de que no hay tropas en la zona.

Eumenes señaló a las puertas de la ciudad.

—En ese caso, ve y ordena que abran.

Eumenes, jubiloso, entró en la ciudad seguido por su caballería para aceptar la rendición y el juramento de lealtad a Mitranes. Las gentes abarrotaban las calles, saludaban y lanzaban vítores como si nunca hubiesen apoyado al señor rebelde, Arakha, cuyo cuerpo empalado estaba orgullosamente exhibido delante del que había sido su palacio. Sus muchas esposas e hijos habían compartido su suerte. Los cuerpos de estos describían un círculo en torno a él.

El mensajero llegó poco después de que Eumenes concluyera un discurso de loa a los habitantes de Carana por la heroica y generosa ejecución del rebelde y de aquellas mujeres y niños inocentes.

Eumenes se excusó ante los dignatarios locales y se alejó del desagradable conjunto de cuerpos. Miró el sello, y volvió a mirarlo. ¡*Olimpia! Me pregunto qué quiere*. Rompió el sello, desenrolló el papiro y leyó:

«Eumenes, eres una de las pocas personas en las que puedo confiar, ya que siempre le fuiste leal a mi hijo, y a su padre antes que a él. La oferta de matrimonio de mi hija Cleopatra a Pérdicas, hecha después de haber llegado a Sardes, ha sido recibida con escaso entusiasmo, y ahora tengo noticia de que Nicea, la hija de ese sapo de Antípatro, ha llegado a Tarso y ha comenzado un viaje por tierra hacia el Éufrates que la llevará hasta Babilonia, donde ha de casarse con él. Pérdicas ha hecho a Cleopatra sátrapa de Lidia, para disgusto de Menandro, como señal de favor hacia ella, y, sin embargo, sigue con la intención de casarse con la hija de un simple regente. Si estos esponsales llegaran a llevarse a cabo, entonces mi oferta a Pérdicas quedará anulada, porque no voy a tolerar la vergüenza de que mi hija sea una segunda esposa. Tampoco permitiré que Cleopatra le acepte si repudia a Nicea; un hombre que hace eso una vez bien puede hacerlo una segunda según sople el viento. Te estaría muy agradecida, mi querido Eumenes, y lo consideraría un favor personal, si viajases a Babilonia y le explicaras mi posición cara a cara. Si él y Cleopatra han de reclamar el trono de Macedonia juntos, ha de ser ahora o no lo será nunca.

Hay otro acontecimiento muy interesante del que creo que deberías estar al corriente: mis espías me informan de que poco después de que Nicea llegara a Tarso y de que su hermana Eurídice zarpase rumbo a Alejandría, en Egipto, otra nave llegó del norte. En ella viajaban dos mujeres y en torno a setenta guerreros ilirios; vendieron el barco, usaron el dinero para comprar caballos y contrataron a un guía para llevarlos por tierra a Babilonia en cuanto supieron que Pérdicas había vuelto al sur. Se cree que esas mujeres son la medio hermana de Cleopatra y Alejandro, Cinane, y la hija de esta, Adea. Se cree que viajan a Babilonia para que Adea se despose con el idiota al que ahora se conoce por el nombre de Filipo, el tercero de su nombre. Me temo que esto último es cierto, dado que es lo que yo hubiera hecho de estar en la situación de Cinane. Debes evitar ese enlace. No me importa cómo lo hagas. Olimpia».

Eumenes miró al cielo. *No es habitual que vea las cosas como Olimpia.* Respiró profundamente y releyó la misiva.

—¡Parmida! —gritó cuando hubo concluido.

—¿Qué ocurre, general? —preguntó Parmida mientras se acercaba a él.

—Ordena a los hombres que monten. Saldremos de inmediato.

—¿Hacia dónde?

—Río abajo hasta que sea navegable. Necesito hacerme con un barco y llegar a Babilonia lo antes posible.

«Lo antes posible» resultó ser ocho días de navegación a remo y a vela, día y noche, a pesar de haber requisado la nave más veloz que pudiera encontrarse en Melitene, la ciudad que protegía el Camino Real en el punto en que lindaban Armenia y Capadocia. Sin embargo, confiaba en que ocho jornadas hubiesen resultado ser lo bastante rápido cuando divisó las murallas azules de la gran ciudad, a horcajadas sobre el Éufrates, cada vez más cercana. Sabía que no llegaría mucho después de que lo hiciera Nicea, y sí bastante antes que Cinane y Adea, ya que estas últimas, según Olimpia, viajarían por tierra todo el camino.

La nave de Eumenes penetró por las puertas del puerto deslizándose sobre las aguas, diminuta bajo las imponentes murallas de siglos de antigüedad, mientras dejaba atrás el cauce principal del río. Después de una breve sugerencia al capataz del muelle sobre dónde ir a cobrar la tasa de amarre, Eumenes se abrió paso entre el bullicio del puerto y las calles colindantes hacia el complejo palaciego. Su repentina aparición provocó una expresión de sorpresa en el capitán de la guardia.

—No me han dicho que te esperaran, señor.

—¿Dónde está Pérdicas? —exigió saber Eumenes, sin importarle lo que le hubieran dicho o no al sujeto.

—En la sala del trono.

Después de un breve asentimiento, Eumenes recorrió el amplio patio central a toda la velocidad que le permitían sus cortas piernas pero sin emprender una carrera indigna. También resistió la tentación de detenerse a contemplar el glorioso catafalco, estacionado bajo un gigantesco toldo, que estaba preparado para llevar los restos momificados de Alejandro de vuelta a Macedonia.

Cuando Eumenes entró en la sala del trono, por unas puertas que habían

sido ampliadas, percibió un ambiente sombrío. Aunque el lugar estuviese atestado, eran pocos los que se movían, ya que toda su atención estaba centrada en la solemne ceremonia que tenía lugar. En ese preciso instante Pérdicas, junto a Alcetas y a un petulante Casandro, le retiraba el velo a Nicea y la besaba, dando por concluida la ceremonia matrimonial que ahora Eumenes contemplaba con sus propios ojos.

—¡Idiota! —rugió, quebrando la solemnidad que reinaba en la sala—. ¡Eres un idiota descomunal, Pérdicas! ¡Ahora sí que has echado a perder cualquier esperanza de mantener unido el Imperio!

Pérdicas alzó la mirada, desconcertado ante el estallido de cólera, y vio al pequeño griego, al que creía a cientos de leguas de distancia.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Intentar evitar que hagas lo que acabas de hacer y prevenirte de un peligro aún mayor que se cierne sobre ti.

—¿Qué peligro?

—Delante de toda esta gente no, Pérdicas. Fuera.

—¿Cinane? —Pérdicas entrecerró los ojos, confundido—. Pero yo creía que había vuelto a la Iliria natal de su madre.

Eumenes hizo un esfuerzo por mantener la voz calmada cuando salieron al patio del palacio.

—Las cosas cambian, Pérdicas: hasta tú debes de haberte dado cuenta de ello a estas alturas. Cinane ha venido a Asia y está de camino hacia aquí para desposar a su hija con el rey Filipo.

—Pues no voy a permitírselo.

—¿No? ¿Ni siquiera cuando el ejército exija que el medio hermano de Alejandro tome a su medio sobrina por esposa y garantice así un heredero argéada? Eso suponiendo que la unión dé frutos, claro.

—Hablaré con ellos y los convenceré de que eso no es lo mejor para el Imperio.

—¿Crees que el soldado común comprendería que el matrimonio entre Adea y Filipo daría como resultado otro rival tanto para ti como para Antípatro haciendo la guerra más probable? No, Pérdicas, no lo entenderán. Tan solo verán que la línea de Alejandro saldrá fortalecida, y, créeme, les seducirá la idea, porque desean que algún día nazca un segundo Alejandro.

Pérdicas valoró sus palabras mientras se acercaban al catafalco.

—En ese caso, tendré que evitar que lleguen aquí. Matándolas, supongo.

Ah, la mente militar en estado puro.

—Pérdicas, haz un esfuerzo por pensar estupideces una sola vez al día. Me temo que ya has agotado tu cuota de hoy casándote con la mujer equivocada. No puedes ir por ahí matando a los familiares de Alejandro sin que el ejército te despedace con las manos desnudas. Dame algunos hombres y yo iré a su encuentro; la llevaré de vuelta a Tarso y la montaré en un barco.

Pérdicas negó con la cabeza.

—No, Alcetas puede hacer eso. Necesito que tú vayas a Sardes.

—Es demasiado tarde, Pérdicas. Cleopatra ya no tiene intención de casarse contigo.

—Tiene que hacerlo para mantener unido el legado de Alejandro.

—Lo sé, créeme, y eso es precisamente lo que yo quiero, por eso te recomendé que la desposaras a ella primero. Olimpia me escribió para decir que, si te casabas con Nicea, su oferta quedaba invalidada.

Pérdicas pareció sorprenderse.

—Cleopatra me ha escrito lo mismo.

Eumenes no podía creer lo que acababa de oír.

—Si lo sabías, ¿qué te ha poseído para seguir adelante con el enlace con Nicea?

Pérdicas miró a Eumenes como si este fuera incapaz de entender lo obvio.

—Necesito a Antípatro tanto como necesito a Cleopatra si pretendo unir el Imperio.

Es inútil discutir con alguien tan estúpido; todo lo que puedo hacer, en honor a Alejandro, es intentar arreglar lo que este idiota ha roto.

—Muy bien, Pérdicas: envía a Alcetas a que obligue a Cinane a dar media vuelta y yo viajaré a Sardes para ver si puedo hacer cambiar de opinión a Olimpia y a Cleopatra.

Pérdicas dio una palmada en el hombro de Eumenes.

—Si alguien puede hacerlo es mi pequeño griego astuto.

—Déjate de «pequeño», Pérdicas. Menos «pequeño» y más «astuto» —farfulló Eumenes antes de detenerse a contemplar el catafalco de Alejandro.

—Comienza su viaje mañana —dijo Pérdicas con inconfundible orgullo en la voz—. Irá por tierra a lo largo del Éufrates. Se separará del río a la altura de Tápsaco y seguirá hacia el mar. Confío que esté allí para la primavera. Desde

allí recorrerá la costa hasta Tarso, luego a Sardes y, después, al Helesponto, donde tengo intención de unirme a él en compañía de mis dos esposas para llegar triunfante a Macedonia a finales del verano. Allí reclamaré la regencia sobre todo el Imperio, y espero que se me ofrezca la corona.

Se ha vuelto loco.

—Veré cómo abandona Babilonia y emprenderé viaje río arriba para ver si puedo arreglar el desaguisado que has organizado.

A la mañana siguiente, a la segunda hora del día, la población de Babilonia al completo salió para ver cómo el cuerpo de Alejandro abandonaba la ciudad. Eran decenas de miles las personas que abarrotaban las amplias calles, flanqueadas por las casas de los ricos, que llevaban del palacio a la Puerta Norte. Las sesenta y cuatro mulas tiraban del elaborado vehículo envueltas en el tintineo de cientos de campanas. Los animales protestaban al ser azuzados por sus cuidadores con palos puntiagudos.

En cabeza de la procesión cabalgaba Pérdicas, acompañado por el rey Filipo y por Arrideo, el hombre que había diseñado el catafalco y el encargado de acompañar a Alejandro hasta Macedonia. A este le acompañaban dos *ilias* de doscientos cincuenta jinetes de la Caballería de los Compañeros.

Eumenes, que cabalgaba detrás de Pérdicas junto con Alcetas, Casandro, Seleuco, Atalo y Antígenes, tenía que admitir, aunque a regañadientes, que Pérdicas había hecho un bellísimo trabajo al crear el catafalco. En el interior yacía el cuerpo de Alejandro, dentro de un sarcófago de tapa curvada hecho con pequeños trozos de cristal soldados con plomo, gracias a lo cual resultaba visible a todo aquel que quisiera maravillarse ante el espectáculo. Tendido sobre un lecho de hierbas y especias para conservar el cuerpo, parecía estar plácidamente dormido. No podía evitarse susurrar en su presencia por miedo a despertarle. Su coraza de guerra, de cuero endurecido, con sendos caballos de plata piafando, uno sobre cada pectoral, habían sido pulidos hasta resplandecer, y con las manos aferraba la espada, que tenía posada en el pecho. Eumenes acabó llorando al contemplar al hombre que había conseguido más que nadie y al que nadie, jamás, superaría. Se besó las puntas de los dedos y los posó en el cristal, sobre la frente de Alejandro.

Y así comenzó Alejandro su último viaje. Cuando la procesión dejó atrás Babilonia y mientras la veían desaparecer en la distancia, Eumenes se giró

hacia Pérdicas.

—¿Cómo sabrás cuándo llega al Helesponto?

—Le he dicho a Arrideo que envíe mensajeros cada diez días para informarme sobre el progreso. Será lento, pero llegará.

Eumenes contempló la fortuna de oro y plata que se alejaba por la polvorienta calzada y se preguntó si él la habría dotado de una guardia de más de cinco centenares de hombres.

—Deberías ponerte en marcha —dijo Pérdicas, irrumpiendo en los pensamientos de Eumenes—. Necesito el consentimiento de Cleopatra cuanto antes.

Eumenes suspiró ante la práctica imposibilidad del reto y de la necesidad política de llevarlo a buen término.

—Muy bien, Pérdicas; espero que tengas noticias mías dentro de un mes, más o menos. Mientras tanto, no permitas que Alcetas haga ninguna estupidez con Cinane y Adea.



ADEA, LA GUERRERA

Los días se habían difuminado en la infinita sucesión de tierra baldía moteada de aldeas de ladrillo de barro cocido por la que el guía había llevado a Adea, a Cinane y a su escolta montada a través del desierto desde la costa y hasta el Éufrates. Ahora que seguían el curso del río, la vegetación reverdecía a pesar de que el invierno ya se cernía sobre ellos. En aquellos climas sureños, el invierno no entrañaba riesgo alguno para el viajero; de hecho, podía considerársele un amigo. Incluso pasado el solsticio de invierno, el sol castigaba la cabeza de Adea, y el sudor empapaba su túnica a medida que la columna avanzaba hacia el mediodía lentamente, para no desperdiciar la energía de los caballos, ya que no habían dispuesto de dinero suficiente como para comprar animales de refresco, y tampoco lo bastante como para que setenta personas se embarcaran en naves fluviales.

Viajaban por el día y acampaban por la noche a orillas del Éufrates, en cuyas aguas hundían sus miembros cansados mientras los caballos bebían hasta hartarse. Pero, por lento que fuera el progreso, cada día estaban más cerca. Acababan de dejar atrás la satrapía de Asiria y ahora penetraban en Babilonia. Estaban a diez leguas del puerto fluvial de Is, y a tan solo cincuenta de la gran urbe. Fue allí, pasada la frontera, cuando Adea vio cómo se materializaba su mayor temor.

—¿Cuántos son esta vez, Barzid? —preguntó Cinane con la mano convertida en visera mientras miraba el contingente de caballería que les bloqueaba el camino mil pasos más allá.

—Los mismos que la otra vez. Dos centenares, puede que doscientos cincuenta.

—Y en esta ocasión solo somos setenta y no disponemos de los caballos de refresco. —Cinane se volvió hacia su hija—. La muerte es mejor opción que dar la vuelta aquí. Creo que será mejor que apelemos a las tropas de macedonia y que intentemos hacernos con sus corazones.

Adea sintió que el estómago se le encogía al pensar en hablar en público. Sabía que sus habilidades eran físicas, y no tanto retóricas.

Cinane sonrió al ver el gesto de incomodidad de su hija.

—Hablaré yo; tú permanece a mi lado y desempeña tu papel de futura reina.

—¿Cómo hago eso?

—Eres una argéada, de la casa real de Macedonia: no le temes a nadie ni a nada. Muéstrate impasible.

Sintiéndose mucho menos que impasible, Adea cabalgó junto a su madre hacia la caballería macedonia que les cortaba el paso. Barzid lideraba la escolta en la distancia, a su espalda, para dar a entender que las mujeres acudían en son de paz y que no esperaban violencia.

Detuvieron sus monturas a tan solo diez pasos del comandante de la unidad y Cinane y Adea, con el gesto neutro, contemplaron la formación de cuatro jinetes de fondo, sin escudos, armados con lanzas, tocados con yelmos de bronce de altas plumas y protegidos por corazas de cuero endurecido. Tenían las lanzas prestas para el combate.

—¿Quién les impide el paso a Cinane, hija de Filipo, el segundo de su nombre y rey de Macedonia, y a su hija Adea? —dijo Cinane con firme y aguda voz para que todos pudieran oírla.

—Yo —dijo el comandante, expresando una obviedad.

El murmullo de voces sorprendidas y la avalancha de miradas curiosas por parte de los hombres a las dos mujeres produjeron alivio en Adea. *No sabían a quién habían sido enviados a interceptar; las palabras de mi madre han causado conmoción.*

—Me refería a cuál es tu nombre.

El comandante miró a un lado y al otro, con el ceño fruncido, cuando se oyeron risillas entre las filas.

—Alcetas, hijo de Orontes y hermano de Pérdicas, que ordena que no sigáis adelante.

Cinane alzó el mentón y miró a Alcetas con la nariz arrugada de desprecio.

—Yo voy a donde quiero en el imperio de mi hermano Alejandro.

Fue la mención de aquel nombre mágico y el recuerdo de lo cercana que, por sangre, Cinane estaba de él lo que cambió por completo el sentir reinante.

Adea percibía ahora que los hombres estaban de acuerdo con la afirmación de Cinane de que debía serle permitido el paso sin más.

Alcetas también se percató del cambio de parecer entre los hombres; prueba de ello fue que muchos pusieron sus lanzas en posición vertical.

—Pérdicas tiene el anillo de Alejandro y ha ordenado, en nombre de Alejandro, que no avancéis más y que volváis al lugar del que venís.

Cinane negó con la cabeza y desmontó. Dio unos pasos hacia las filas de jinetes al tiempo dejaba atrás a Alcetas, se irguió y respiró profundamente.

—Hombres de Macedonia, sabéis quién soy. Soy la hija mayor de Filipo, y, de haber nacido hombre, yo sería vuestro rey. Pero los dioses me dieron un cuerpo de mujer, y debo aceptar mi papel como tal siendo mi cometido dar a luz. —Señaló a Adea—. Y aquella es mi hija, engendrada por Amintas, también de la dinastía argéada. Se llama Adea y por sus venas corre una sangre casi idéntica a la de Alejandro. —Hizo una pausa para permitir que la magnitud de lo que afirmaba calara en los hombres. Los murmullos crecieron en intensidad—. Ella ha venido a poner fin a la incertidumbre en torno a la sucesión. Ha dejado su hogar en el norte para viajar al sur, a Babilonia, y desposarse con mi medio hermano, su medio tío, el nuevo rey Filipo. Su unión dará un argéada puro sin rastro de sangre oriental. Un heredero para todo el ejército, para toda Macedonia incluso, para que todos podamos unirnos tras él. Será un heredero que alejará al fantasma de la guerra, porque será el heredero indiscutible del trono de Alejandro. Venimos a daros un heredero macedonio y nos cerráis el paso. ¿Qué significa esto, soldados de Macedonia? ¿Por qué intentáis detener una misión de paz?

Con una mano en la cadera y la otra en el pomo de la espada, Cinane recorrió las caras con la mirada, preguntando con los ojos qué llevaba a cada uno de ellos a permitir tal atropello. La mayoría de los soldados evitaron sus ojos, algunos mirando al suelo, otros a Alcetas, confiando en que este les diera una razón para hacer algo que, evidentemente, atentaba contra el bien común de los macedonios.

Adea permaneció impasible, aunque en su interior sonreía. *Los tiene. Nuestros captores se convertirán en escoltas y Alcetas tendrá que aceptarlo o morir.*

Cinane empezó a avanzar con zancadas medidas y firmes. Estaba a punto de pasar entre las cabezas de dos caballos cuando los jinetes de estos se hicieron a un lado. A su espalda sus compañeros imitaron el gesto dando lugar a un pasillo en medio de la formación.

—¡Cerrad filas! —rugió Alcetas cuando Cinane desapareció entre los dos primeros caballos. Repitió la orden, pero nadie le hizo caso. Indignado, tiró de las riendas y galopó alrededor de la formación.

Adea espoleó a su caballo para seguir a su madre a través de los macedonios y recibió respetuosos asentimientos y destellos de sonrisas que ablandaron unos rostros adustos.

Cinane había llegado al final de la formación cuando Alcetas llevó a su montura ante ella, y el animal se detuvo provocando una leve nube de polvo. Giró a su caballo para encararse con la mujer y bajó la lanza de modo que la punta de esta le apuntara al corazón.

—No vas a pasar —dijo el comandante macedonio. Sus ojos desprendían determinación.

—Voy a donde me place, Alcetas —dijo Cinane sin dejar de avanzar.

—Da media vuelta, te advierto.

—Y yo te advierto a ti, Alcetas. Ábrele paso a la hermana de Alejandro. —Continuó adelante hasta que la punta de la lanza le tocó el pecho, justo por debajo del seno izquierdo. Siguió adelante, contra el arma, y la sangre brotó en su túnica.

—¡Detente, te lo ordeno! —gritó Alcetas con desesperación en la voz y la lanza contra ella.

Sin embargo, Cinane siguió adelante. La afilada punta se abrió paso entre sus costillas y ella avanzó aún más. Alcetas se mantenía firme, y Adea observaba horrorizada.

Está dispuesta a sacrificarse por mí.

—¡Madre, no! ¡Detente!

Pero sus gritos alcanzaron oídos sordos. Cinane alzó la cabeza, miró a Alcetas y volvió a dar un empellón hacia delante. Afeó el gesto cuando el hierro le atravesó carne y músculo. Alcetas bajo la mirada horrorizado, pero mantuvo el brazo firme. Sus hombres habían girado sobre sus sillas y contemplaban boquiabiertos la confrontación.

Otro empujón y la hoja penetró aún más. Ya no podía volverse atrás, Cinane lo sabía, así que aferró el asta con ambas manos.

—¡Alcetas, déjame… pasar!

Los músculos de sus brazos se tensaron y, agarrando la lanza con firmeza, avanzó hacia delante de modo que el hierro le hizo estallar el corazón. Un último latido esparció la sangre desde la herida hacia el asta. El cuerpo de la

mujer sufrió un espasmo y los músculos de sus piernas se volvieron rígidos. Con una tos gutural, le empezó a salir sangre por la boca y, una vez más, su cuerpo sufrió un espasmo.

Adea gritó mientras Alcetas, con el terror dibujado en la cara, soltó la lanza como si esta, de repente, estuviera al rojo vivo. Cinane se desplomó cuando sus piernas perdieron fuerza. Cayó de lado con la lanza clavada en el pecho y la túnica teñida de carmesí.

Adea desmontó de un salto. Alcetas observaba el cuerpo, horrorizado, mientras un profundo gruñido surgía de sus hombres.

Arrodillada, Adea cogió la cabeza de su madre con las manos y le giró la cara para que la mirara.

—¡Madre! ¡Madre! —Rompió a llorar, impotente, cada lamento más desgarrador que el anterior, antes de besar a Cinane en la mejilla y acercar la boca su oído—. Madre, me prometiste que siempre estarías ahí para mí.

Pero Cinane no oyó el susurro de su hija.

Adea alzó la cabeza y miró a Alcetas; sus ojos anegados en lágrimas desprendían odio.

—La has matado. Has matado a mi madre.

Alcetas resolló cuando vio que sus hombres se acercaban y que le rodeaban tanto a él como a Adea, que aún tenía la cabeza de su madre entre las manos.

—¡Volved a formar! —Pero la orden fue ignorada, y vio un puñado de puntas de lanza apuntándole a la garganta—. ¡Volved a formar! —Pero seguían avanzando hacia su comandante.

Fue entonces cuando Adea se dio cuenta de que, gracias a su dolor, podía beneficiarse del sacrificio que acababa de hacer su madre. Necesitaba actuar como una reina y no como una niña angustiada. Se puso en pie y alzó las manos sobre la cabeza para pedir silencio. *Esta es mi oportunidad para afianzar mi posición y obtener al tiempo una escolta macedonia.*

Los hombres detuvieron a los caballos y observaron a la adolescente a cuyos pies yacía el cadáver de su madre.

Adea señaló a Alcetas olvidando la desazón que le producía hablar en público.

—Ese hombre ha asesinado a una hermana de Alejandro, a la mujer que me dio la vida. Percibo vuestra ira; la mía es poderosa. Sin embargo, no debemos dejarnos llevar por los sentimientos, sino actuar con honor en su memoria. Asesinar a Alcetas sería rebajarse a su nivel. —Adea hizo una pausa. El

corazón le latía con fuerza sujeto a una mezcolanza de emociones: el dolor, la rabia, el odio y la emoción soplaban como un torbellino en torno a ella. Respiró profundamente antes de continuar—. Que sea Alcetas el que lleve el cuerpo de mi madre ante el ejército en Babilonia y que sea él quien explique por qué la ha matado. Que sea él quien pida perdón mientras la tropa llora la pérdida de la hermana de Alejandro. Prendedle y atadle, pero no le hagáis ningún daño. Construid un catafalco para mi madre y llevaremos el cadáver hasta Babilonia con Alcetas atado a él para que pueda contemplar durante todo el trayecto el cuerpo de la mujer argéada, de la casa real de Macedonia, a la que le ha robado la vida. Y vosotros, valientes hombres de Macedonia, me protegeréis de cualquier otro intento de entorpecer mi propósito de daros un heredero de sangre pura digno del legado de Alejandro.

Los hombres la vitorearon con fervor al tiempo que Alcetas era descabalgado mientras protestaba recordando su parentesco con Pérdicas antes de ser amordazado y atado. Recibieron a Barzid y a sus hombres como hermanos y, juntos, convirtieron una de las carretas de suministros macedonias en un catafalco. Allí tendieron el cuerpo de Cinane.

Y así fue como Adea, acompañada ahora por trescientos veinte guerreros montados, continuó hacia Babilonia en cabeza de la comitiva, con Alcetas caminando tras la carreta convertido en el blanco constante de insultos y escupitajos.

Cuando pasaron junto al gran catafalco de Alejandro, que iba en sentido opuesto, Adea ofreció una plegaria por ambos hermanos muertos y pidió que su unión con el nuevo rey Filipo diera fruto.



ROXANA, LA GATA SALVAJE

Roxana sintió calor en el vientre cuando oyó el furor que estallaba en palacio. Lamentos de dolor rasgaron la noche y se oyeron multitud de pisadas haciendo eco en las altas paredes, techos y pasillos. De hecho, Roxana se sentía aún mejor que cuando había acabado con las vidas de sus dos rivales persas.

Había sido necesaria una profunda planificación y no pocas bolsas de oro para asegurar el método y el acceso, pero, al final, lo había conseguido. Encontrar un veneno que pudiera pasar desapercibido por el paladar del catador había sido el primer problema, ya que los más insípidos provocaban síntomas instantáneos y muertes rápidas. Al final, había dado con una poción que haría la labor lentamente si se aplicaba una dosis durante tres días consecutivos.

Bien era cierto que administrar una dosis en tres comidas diferentes había sido complicado. Había tenido que recurrir a una de sus mujeres para que sedujera y amenazara a un esclavo de las dependencias de la víctima y el asunto estaba zanjado. Hoy era la noche del tercer día, y el esclavo ya yacía en una tumba poco profunda, con el cuello rebanado, para que jamás pudiera desvelar quién había matado a Filipo, el tercero de su nombre.

Con una sonrisa en los labios Roxana imaginó la agonía del rey idiota. Una dulce música sonaba en su habitación, aunque no lograba silenciar el jaleo que había fuera.

Ahora ya no quedaba más que el bastardo Heracles, el aborto en forma de hijo de la muy zorra de Barsine, pero a este sería fácil alcanzarle. *Y de paso tendré que acabar con esa perra.*

Aquel pensamiento también resultó agradable, y la sonrisa de Roxana se amplió junto con la sensación de placer. Había dejado al bastardo para lo último, pues temía que, de haberle envenenado antes que a Filipo, Pérdicas habría sospechado al instante que su siguiente objetivo sería el rey y las medidas de seguridad en torno al baboso se habrían reforzado.

Un asesinato más y todos sus rivales estarían fuera de escena y ya no habría nadie que pudiera detenerla a la hora de ejercer el poder a través de su hijo, ahora un niño revoltoso de dos años y cuatro meses de edad. Claro que tendría que esperar pacientemente a que la pequeña bestia creciese, y tendría que soportar la insolencia de Pérdicas, que seguiría negándose a reconocer su posición como la reina de Alejandro y, por tanto, la persona más importante del mundo después de su hijo; una vez que Filipo le dijera adiós a la vida, claro.

Cogió un melocotón del cuenco que tenía en la mesa y supuso que moriría en algún momento entre aquella tarde y dentro de días, siempre y cuando los galenos no adivinaran qué era lo que le estaba matando. Solo entonces, en el poco probable caso de que alguno de ellos conociera el antídoto, podría salvarse la vida de Filipo.

No, es hombre muerto. Podré dormir tranquila esta noche.

El estruendo de las puertas al ser abiertas de una patada sobresaltó a Roxana. El melocotón, al que solo había dado un mordisco, cayó al suelo y los músicos que estaban en una esquina de la habitación chillaron y dejaron de tocar.

Pérdicas se acercó a ella a grandes zancadas y sin decir nada, aunque la expresión de su rostro resultaba elocuente. Seleuco y Aristonoo entraron tras él con las espadas desenvainadas.

—¿Qué estáis haciendo? —siseó Roxana—. ¿Cómo os atrevéis a entrar en mis dependencias de este modo? ¡No es de recibo importunar a una reina!

—La reina puede irse a la mierda —dijo Pérdicas con los dientes apretados. La cogió del brazo y la sacó a rastras del diván—. Aunque antes de eso le administrará el antídoto de lo que sea que le ha dado a Filipo.

—No sé de qué estás hablando…

Una repentina bofetada en la mejilla puso fin a sus protestas.

—No me tomes por idiota, Roxana. Filipo ha sido envenenado y tú eres una envenenadora, además de ser quien más ganaría con su muerte, o al menos así lo creías. —Se volvió hacia Seleuco y Aristonoo—. Coged al niño y llevadle a mis habitaciones. —Con una desagradable sonrisa volvió a abofetear a Roxana —. Eso es para aclararte las ideas y para que comprendas exactamente con qué

te estoy amenazando. Te asegurarás de que Filipo sobrevive y de que no sale de esta peor de lo que ya estaba. Si lo haces, puede, aunque solo puede, que no le diga al ejército que ha habido un atentado contra su vida y que tú eres la responsable. Si no le salvas, el ejército será informado de que la trágica dolencia que se ha llevado al rey de mayor edad ha recorrido el palacio y se ha cebado también con el más joven, y que, en su dolor, la pobre madre del chiquillo, la bella y dulce Roxana, se ha colgado. Y para probarlo mostraré las marcas de la cuerda que habrá en tu cadáver. ¿Me has comprendido bien?

—No puedes hacer esto.

—Puedo hacerlo, y lo estoy haciendo —repuso Pérdicas mientras Alejandro, el tercero de su nombre, chillaba y se revolvía al ser sacado de las dependencias por Aristonoo y Seleuco, que se abrían paso entre una nube de mujeres golpeándolas con el plano de la espada. Un par de ellas cayeron al suelo inconscientes.

Roxana chilló al verle y luego le escupió a Pérdicas en la cara.

—Si me niego y matas a mi hijo, te quedarás sin reyes. ¡Ja! Te tengo.

Pérdicas apretó la mano en torno al delicado brazo de la mujer mientras con la otra mano se secaba el escupitajo.

—Te equivocas, zorra. Aún tendría a Heracles. Puede que sea un hijo bastardo, pero es el bastardo de Alejandro.

¡Heracles! Quizá tendría que haber acabado antes con él. Lo sabré para la próxima vez.

—O, quién sabe, puede que haya decidido que no necesito a un pariente masculino de Alejandro. Lo que sí está claro es que tú y tu hijo moriréis si Filipo no se salva. ¿Qué vas a hacer, Roxana? Apresúrate y decide, porque se me ha agotado la paciencia y me encantaría colgarte ahora mismo.

Roxana relajó el cuerpo como prueba de rendición.

—Llévame a él, pero primero necesito ir a por el antídoto.

Roxana agitó el frasco, opaco y turquesa, brillante a la leve luz de la lámpara, y lo acercó a la boca del rey moribundo. Filipo gruñó con los ojos cerrados. El hecho de que fuera obligada a deshacer lo que tanto trabajo había costado y que la amenazaran con la vida de su hijo era intolerable. Pérdicas era intolerable. Su situación era intolerable. ¿Acaso no era ella la reina, después de todo? Y, sin embargo, allí estaba, salvándole la vida a un idiota baboso para el que la muerte habría sido una liberación.

Apartó el frasco y oyó el llanto de un niño a su espalda. Se giró y vio a Pérdicas, de pie, con la mano en torno al cuello de su hijo y con los nudillos blancos. Era demasiado joven como para comprender lo que estaba ocurriendo, pero Alejandro percibía la tensión de la situación y sabía que su vida corría peligro. Las lágrimas le recorrían las mejillas, y miró a un lado y a otro en busca del consuelo de sus ausentes cuidadoras.

—¡Hazlo! —ordenó Pérdicas.

Roxana alargó la mano con el frasco hacia él.

—Hazlo tú.

A modo de respuesta, Pérdicas apretó aún más el cuello de Alejandro.

—Lo haré yo —dijo Ticón con desesperación en la voz; era el médico personal de Filipo y su inseparable compañero. Con ambas manos estaba sosteniendo las del rey.

Roxana le siseó al griego. *No tengo más opción. La próxima vez tendré que planearlo mejor y acabar también con Pérdicas.*

Resignada, apretó el frasco contra los labios lánguidos y, con mimo, vertió el contenido en la boca del rey.

Filipo babeó, pero el líquido permaneció dentro. Tragó.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Pérdicas mientras, acercándose al lecho y mirando al rey.

—Le tengo que dar el antídoto durante tres días consecutivos.

—¿Tres días?

—Sí, así es como le di el veneno. —Roxana se adelantó a la siguiente pregunta—. No, el esclavo que lo hizo está muerto. No sería tan necia como para dejar con vida a un cómplice, ¿no crees?

Pérdicas gruñó.

—Entonces te quedarás aquí, Roxana, hasta que Filipo se recupere.

—No puedes obligarme.

Pérdicas fijó la mirada en ella.

—¿Cuándo se te va a meter en la cabeza que puedo hacer contigo lo que me plazca? No significas nada para mí. Te quedas aquí, habrá guardias armados a la puerta. Yo me llevaré al chico para asegurarme de que sigues teniendo interés en aplicar el tratamiento.

Roxana arrugó la nariz por el hedor a orina que surgía del lecho de Filipo. Las

contraventanas seguían cerradas para proteger la estancia del calor de media tarde que castigaba el patio que quedaba más allá. Miró a su antigua víctima y con una mezcla de alivio y rabia observó cómo los ojos de Filipo se abrían lentamente una hora después de haberle dado la última dosis; miraron a su alrededor y se detuvieron en Ticón, quien no se había apartado de su lado a lo largo de los tres días de tratamiento.

—Ticón —dijo Filipo con voz débil—. ¿Me voy a poner bien?

Para sorpresa de Roxana, Ticón tenía lágrimas en los ojos.

—Sí, mi señor, vas a ponerte bien. Todo va a salir bien.

¿Cómo puede importarle a alguien una monstruosidad como esta que apesta a orines? Sin querer presenciar más de aquel vomitivo espectáculo, Roxana se puso en pie justo en el instante en que Pérdicas entraba por la puerta.

Filipo giró la cabeza hacia él.

—Pérdicas, voy a ponerme bien. Todo va a salir bien. Me lo ha dicho Ticón.

Pérdicas se acercó al lecho, le cogió la cara al rey con una mano y le examinó los ojos.

—Parece que estás recuperado.

—Oh, sí, estoy bien, Pérdicas —le aseguró Filipo al tiempo que un griterío estallaba en el patio—. Quiero un filete y mi elefante.

Pero la petición de Filipo fue ignorada por Pérdicas, incomodado por el ruido. Se acercó al fondo de la estancia y abrió las contraventanas. Se quedó helado.

—Dioses del inframundo —susurró, aunque Roxana pudo oírle—. Alcetas, ¿qué has hecho?

Pérdicas dio media vuelta y salió a toda prisa de la estancia.

Roxana le miró alarmada antes de acercarse ella misma a la ventana y mirar hacia abajo. Mientras lo hacía, una muchacha, de pie sobre una carreta y con un cadáver a los pies, rodeada por una inmensa multitud de soldados, tanto a caballo como a pie, alzaba las manos al aire pidiendo silencio.

—Soldados de Macedonia. —La voz de la joven le sorprendió a Roxana, tanto por su fuerza como por su masculinidad. La muchacha señaló a un hombre atado y de rodillas que iba detrás de la carreta—. Este hombre, Alcetas, desea explicaros por qué ha matado a mi madre, Cinane, hermana de Alejandro.

Roxana rio para sí, feliz al saber de la muerte de otro familiar de Alejandro. *Y a manos de Alcetas, también. A esos cerdos macedonios no les va a hacer gracia.* Su

sonrisa se hizo más amplia cuando vio que Alcetas empezaba a recibir patadas y puñetazos. Los gritos se tornaron de indignados a rabiosos.

La muchacha volvió a pedir calma cuando Alcetas quedó postrado y ensangrentado.

—Mi madre me traía para vosotros, soldados de Macedonia…

—¡Espera!

Roxana miró a un lado y vio a Pérdicas abriéndose paso entre la muchedumbre seguido de dos oficiales. *Con un poco de suerte le despedazarán a él y a su hermano.* Roxana empezaba a estar de muy buen humor.

—¡Espera! —gritó Pérdicas sin aliento después de haber empujado hombres a un lado y a otro para llegar hasta ella—. ¿Qué estás haciendo con mi hermano? —Señaló a los hombres que rodeaban la carreta—. ¡Atrás! ¡Todos atrás! Dócimo, Polemón, apartadlos.

—¡Ha matado a Cinane! —repusieron varias voces. La muchacha, con los brazos en jarras, no se apartaba del cuerpo, y tampoco dijo nada cuando los dos oficiales abrieron un camino para Pérdicas.

—Tocadnos y sois hombres muertos —gritó Dócimo, el más mayor de los dos, con voz amenazante mientras Polemón y él se abrían paso entre la masa.

Eso solo va servir para empeorar las cosas. Los ojos fríos de Roxana sonrieron.

Pérdicas alcanzó la carreta y miró a la muchacha.

—Créeme, Adea. Le ordené que ninguna de las dos debíais sufrir daño alguno.

Adea miró desde la altura al cuerpo de su madre y lo señaló con la palma abierta de la mano.

—¡Y, sin embargo, aquí yace!

Manos rudas volvieron a aferrar a Alcetas y le pusieron en pie. Una lluvia de puñetazos le impactaron contra la cara y las costillas. Se dobló cuando Dócimo y Polemón intentaron alcanzarlo.

Un rugido de rabia surgió entre la muchedumbre. Había miles, y cada vez eran más los hombres que entraban por las puertas ahora que la noticia del asesinato de la hermana de Alejandro se extendía por la ciudad.

—¡Apartad las manos de mi hermano! —Esta vez la voz era femenina. Roxana barrió la muchedumbre con la mirada para dar con el origen.

Vio a una mujer alta en su treintena, dotada de belleza y confianza. *¡Atalanta! Esto no hace más que mejorar. Que maten a la hermana junto a los dos hermanos sería mucho más de lo que atrevería a pedir.*

—¿Quién eres tú para tratar a mi hermano así, mocosa?

Adea fijó la mirada en la recién llegada.

—Soy la hija de una madre asesinada y la nieta del padre de Alejandro, Filipo, y exijo justicia.

—Puedes exigir lo que te plazca, pero si alguien le vuelve a poner una mano encima a mi hermano, entonces seré yo la que exija que se haga justicia contigo. Y ahora, deja que se vaya. —Atalanta caminó hacia Alcetas, y los hombres, a pesar de estar enfurecidos, se apartaron a su paso. La mujer alargó los brazos y le puso en pie, le desató las cuerdas y le guio a través de la muchedumbre—. Abrid paso.

Nadie estorbó a los hermanos, aunque la tropa siguiera gruñendo airada.

Una vez más Adea pidió silencio mientras Atalanta llevaba a su hermano a un lugar seguro.

—He venido aquí con un solo propósito, Pérdicas. Si quieres mi perdón, si quieres que interceda ante los soldados de Macedonia y les pida que respeten la vida de tu hermano cuando no esté bajo la protección de tu hermana, no te interpondrás en mi camino. Exijo justicia.

Pérdicas miró a su alrededor y percibió el malestar que lo envolvía.

—Muy bien, Adea, se hará justicia. ¿Qué quieres?

Estalló un vítor ente los congregados, se lanzaron cascos al aire y se agitaron armas sobre las cabezas.

Roxana sintió el mordisco de los celos al contemplar cómo una mujer recibía una bienvenida con la que ella no podía ni soñar. Estaba confundida en cuanto a la causa de tal entusiasmo.

Pero no tuvo que esperar demasiado para saberlo. Adea volvió a calmar a la tropa.

—Soldados de Macedonia, he venido a desposarme con el nuevo rey Filipo.

Roxana sintió como si recibiera un puñetazo en el vientre. Se volvió para mirar al hombre al que había intentado envenenar y que luego la habían obligado a curar. Esbozaba un gesto de pueril asombro.

La voz de Adea le hizo volver a prestar atención a lo que estaba ocurriendo en el patio.

—He venido a ser vuestra reina. Tomaré el nombre real de Eurídice y os daré un verdadero heredero de sangre pura argéada.

Con bilis en la garganta, Roxana se apartó de la ventana. *Por encima de mi cadáver, pequeña zorra.*



ANTÍGONO, EL TUERTO

—¿Y estás seguro de que está muerta? —preguntó Antígono.

Su único ojo saltó de Babrak, el comerciante, que estaba ante su escritorio, a Filotas y a Demetrio, que estaban sentados junto a la ventana, por la que penetraba un sol intenso que se reflejaba en el paisaje nevado.

Babrak se encogió de hombros y abrió las manos.

—Bueno, es evidente que yo no vi el cuerpo, gran señor; ocurrió a cien leguas Éufrates abajo, en la frontera con Babilonia. Pero es lo que me dijo Arrideo cuando me topé con el catafalco de Alejandro en mi viaje desde Egipto. Los dos cortejos funerarios se cruzaron y él sí la vio. Dijo que la había matado Alcetas.

Antígono miró a Filotas.

—Es de suponer que por orden de Pérdicas. Alcetas jamás tuvo las agallas de hacer nada por sí mismo. ¿Y Pérdicas espera que yo aparezca ante el ejército en Babilonia cuando ordena la ejecución de familiares de Alejandro sin pestañear? ¡Por los cojones! ¡Por mis cojones peludos y húmedos! De ninguna manera. —Miró la orden de Pérdicas que le convocaba a la ciudad. Esta llevaba en su escritorio cuatro meses, y aún no había recibido respuesta—. Bien, eso me deja ahora más tranquilo. Podré enviarle la misma respuesta que cuando intentó darme una orden. —Cogió la misiva y la hizo pedazos—. Lamento decir que, si Pérdicas sigue actuando así, la guerra es inevitable.

—¿Y en qué posición nos deja eso? —preguntó Demetrio.

Antígono se secó una lágrima de su ojo ausente.

—Esa es una buena pregunta.

Le lanzó a Babrak una pequeña bolsa.

—Gracias, viejo amigo. Te veré la próxima vez que nuestros caminos se crucen.

Babrak se puso en pie y se llevó la mano a la frente.

—El mundo será diferente la próxima vez que nos veamos, gran señor. Presiento que el viento va a cambiar a peor, como cuando un joven pierde la luz de la juventud para convertirse en hombre.

—¿Qué? Ah, sí. Comprendo. Puede que tengas razón, Babrak. Puede que tengas razón.

—Pero la guerra trae oportunidades de negocio, así que no voy a quejarme.

Después de hacer una reverencia, Babrak salió de la habitación.

Antígono un instante pensó en lo que había dicho y se dirigió a Filotas.

—¿Y bien? ¿Dónde nos deja eso?

Filotas no necesitaba valorar la pregunta.

—Todo depende de la postura que Eumenes adopte en Capadocia. Pérdicas puede confiar en el apoyo de Peitón en Media después de aquel asunto de los mercenarios. Y con el apoyo de Peucestas en Persia, pero con nadie más, salvo, quizá, con el del pequeño griego astuto. Si Eumenes se declara a favor de Pérdicas, habrá que luchar. Si se une a nosotros, entonces Pérdicas es hombre muerto.

Antígono se rascó la barba y miró a Filotas.

—Tienes razón, viejo amigo: tenemos que hablar con Eumenes, aunque me negara a ayudarle en Capadocia. —Miró por la ventana al manto de nieve que cubría las montañas de Capadocia en la distancia—. ¿A quién le apetece viajar a Capadocia a estas alturas del año?

—En estos momentos no está en Capadocia, padre —informó Demetrio—. Cuando llegué a Tarso, acababa de pasar por allí procedente de Babilonia.

—¿Pasar por allí? ¿Adónde va?

—A Sardes, según se rumorea. Eso dice Babrak.

El ojo sano de Antígono se abrió al máximo al comprender lo que eso significaba.

—¿Sardes? Bueno, es evidente que no va allí a verse con Menandro, porque Menandro debería estar en la Frigia helespóntica y no en Sardes, por lo que seguramente vaya a ver a Cleopatra. Y, si viene de Babilonia, lo hace a petición de Pérdicas. —La magnitud de las implicaciones golpearon a Antígono como un proyectil de honda—. ¡El pequeño griego astuto va a negociar un segundo

enlace para Pérdicas! Ha matado a Cinane y ahora quiere romper con Antípatro, repudiar a Nicea y casarse con Cleopatra. ¡El muy cabrón quiere la corona! ¿El rey Pérdicas? ¡Por los cojones! Cuando Antípatro lo sepa, se verá obligado a marchar contra Pérdicas. —Sonrió y su único ojo brilló—. Muy bien, caballeros; me importa un huevo el tiempo. Necesito que Antípatro ponga las cosas en movimiento. Filotas, tú te quedarás aquí para reunir tantas tropas como puedas. Demetrio, tú le ayudarás. Necesito encontrar un barco que pueda navegar en invierno. Al final ha llegado: tenemos una guerra que luchar.

Falange contra falange. Dioses…, esto va a estar bien. Muchos de los muchachos van a morir por ello, pero pienso disfrutar de esto al máximo.

El único ojo de Antígono titilaba mientras miraba a Antípatro.

—Entonces tendrás que pactar con ellos el fin de las hostilidades y volver a reunir al ejército en Pella para cruzar el Helesponto en cuanto cambie el tiempo. —Dio un golpe en el mapa para subrayar sus palabras.

Antípatro se ajustó la capa de piel de oveja a los hombros y se quedó mirando a las llamas del pebetero. Tenía los ojos cansados y parecía avergonzado.

—Apenas he tenido tiempo de dejar embarazada a mi esposa de nuevo antes de que los etolios decidieran volver a azuzar las brasas de la rebelión entre los griegos, y he tenido que venir al sur otra vez, a este… a este… —Señaló, a través de la apertura de la tienda, a las amargas cumbres cubiertas de nieve de Etolia, al sudeste de Tesalia y a la colina sobre la que se alzaba la ciudad que sufría aquel asedio invernal—. Y ahora que me quedan dos meses para rendir por hambre a esos cabrones, me dices que tengo que darles palmaditas en la espalda y decirles que no vuelvan a ser tan traviesos y que, en vez de volver a la calidez de mi esposa, tengo que librar una guerra que podría robarme dos años…, a mi edad. ¿De verdad es eso lo que me estás pidiendo?

—Eso es exactamente lo que te estoy pidiendo.

Antígono miró a Crátero y a Nicanor, y ambos asintieron apoyándole.

—Que los jodan a los etolios, padre —dijo Nicanor—. Podemos encargarnos de un ejército de cabreros en cualquier momento. Pérdicas quiere hacerse con la corona. Está a punto de humillar públicamente a nuestra familia casándose con Cleopatra, o bien repudiando a Nicea, o relegándola a un

puesto de segunda esposa. Además, ha ordenado el asesinato de un miembro de la casa real…

—A quien odio.

—Los sentimientos personales no tienen nada que ver con esto —le espetó Antígono, y, acto seguido, alzó la mano a modo de disculpa por su tono brusco—. Tú me lo enseñaste hace más de cuarenta años, cuando yo tenía veinte.

Antípatro suspiró.

—¿Tanto hace? Filipo ni siquiera era rey entonces, yo casi tenía los cuarenta y empezaba a pensar que debía tomarme la vida con más calma. —Negó con la cabeza—. Y ahora, cuarenta años después, ¿quieres que comience la guerra más grande de toda mi vida?

—Tienes que hacerlo —dijo Crátero con toda la comprensión que fue capaz de transmitir—. Pérdicas no descansará hasta que nos tenga a todos sometidos. Se cree que puede arrebatarme la Frigia helespóntica y dársela a Menandro. ¡Por Ares! ¿Quién se cree que es? Agradezco al dios de la guerra que Menandro sea un hombre honorable. Pero el asesinato de Cinane es imperdonable.

—No sabemos si le ordenó a Alcetas que la matara.

—Poco importa si el idiota de su hermano lo hizo por error o porque le fue ordenado: sigue siendo responsabilidad de Pérdicas. Pero lo más peligroso es su coqueteo con Cleopatra. Si se casa con ella, podrá reclamar la corona, y entonces ¿quién volvería a ostentar el poder?

Antípatro se dio un golpe en la frente con la palma de la mano.

—Olimpia.

Nicanor se sopló en las manos y las frotó.

—Sí, y nuestra familia estará muerta. Todos nosotros.

Antípatro miró a su hijo con ojos cansados.

—¿Habrá paz alguna vez?

—¿Para quién? ¿Para ti personalmente o para el Imperio? —preguntó Antígono.

Antípatro volvió a suspirar.

—Bien, supongo que no tengo elección al respecto. No puedo dejar que esa bruja de Olimpia vuelva a Macedonia. Su venganza será un baño de sangre. —Alzó la mirada de las llamas y la fuerza pareció volver a sus ojos. La decisión estaba tomada—. Muy bien, caballeros; llevaremos al ejército a Asia para

derrotar a Pérdicas y a quienquiera que se una a él.

Se puso en pie y dejó caer la capa, dejando al descubierto la armadura completa que llevaba debajo, caminó hasta la entrada de la tienda y, después de observar la ciudad sitiada, dio una bocanada de aire helado. El aliento surgió de su boca al hablar.

—Pactaré con esa plaga parapetada en la ciudad. No cabe duda de que lo tomarán como una victoria porque me retiro sin haber capturado sus asquerosas cabañitas. Pero sea, aunque sé que algún día me arrepentiré. —Se volvió para entrar de nuevo en la tienda—. Antígono, vuelve a Asia y empieza a recabar apoyos. Menandro y Asandro estarán con nosotros. Recuérdale a Clito dónde descansa su lealtad e intenta persuadir a Neoptólemo y a Eumenes de que sean sensatos. Crátero, tú y yo prepararemos al ejército para una larga campaña; cruzaremos a Asia en cuanto el tiempo mejore, dentro de un mes, más o menos. Dejaré a Poliperconte en Pella como delegado, y tú, Nicanor, te quedarás con él, con tropas suficientes para defender Macedonia de un posible ataque de Épiro. Estoy seguro de que, en cuanto la bruja sepa que me dirijo al este, desaparecerá de Sardes y empezará a intrigar con Eácides para convencerle de que nos conquiste unas cuantas ciudades. —Sonrió, severo y decidido—. Le escribiré a Ptolomeo para preguntarle si tiene a bien convertirse en un incordio. Hagámosle a Pérdicas las cosas tan difíciles como nos sea posible.



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

—Marchamos al norte de inmediato —sentenció Pérdicas. Luego miró, uno a uno, a sus oficiales, sentados en torno a una mesa redonda en la sala del trono —. El ejército al completo, al norte, ahora. Si la información es correcta, y confío plenamente en Eumenes y en sus espías, entonces tenemos que llegar al Helesponto y evitar que Antípatro y Crátero invadan Asia. —Se dirigió a Arconte, el sátrapa de Babilonia—. Reúne en el puerto a todos los barcos que sean lo bastante grandes como para llevar tropas. Antígenes y Seleuco, convocad al ejército, y que esté preparado para la marcha. —Señaló a dos oficiales de mediana edad—. Dócimo, quiero que vayas a ver a Peitón. Polemón, tú ve a ver a Peucestas. Decidles que acudan con sus ejércitos a Tarso. Nos encontraremos allí y, juntos, nos dirigiremos al norte. Aristonoo, quiero que vayas a Tiro a toda prisa y que te unas a Nearco. Hazte con el mando de todas las naves que haya podido reunir y toma Chipre. No quiero que esa isla sea usada como base naval desde la que puedan lanzarse operaciones en nuestro camino hacia el norte. —Miró al otro lado de la mesa, a su cuñado Atalo—. Llévate a Alcetas y mantenle fuera de todo peligro; Atalanta puede ir contigo. Viaja hacia el norte tan rápido como puedas hasta Tarso y envía mensajeros a Eumenes y a Neoptólemo para que lleven a sus ejércitos hacia el Helesponto: allí apoyarán a Clito y a la flota. Después lleva cualquier nave que aún permanezca en Tarso hacia el sur, a Aristonoo, mientras Alcetas reúne al ejército de Cilicia, y espera a que llegue yo con el grueso de las tropas. Si llega el catafalco de Alejandro, dile a Arrideo que espere: entonces podrá viajar hacia el norte con nosotros. No se atreverán a

enfrentarse a nosotros si lo estamos escoltando. —Luego le habló a Casandro —. Quiero que te quedes en Babilonia y que cuides de esto en mi ausencia.

Casandro frunció el ceño.

—¿En calidad de rehén? Al fin y al cabo marchas contra mi padre.

—Por eso mismo considero que será mejor que te mantengas al margen. No eres un rehén: serás el comandante de la guarnición de Babilonia.

—¿A cuál de mis oficiales le darás la orden de que me ejecute si mi padre te derrota? —Señaló a Arconte con el mentón—. ¿O será el sátrapa fantasma el que al final tenga un cometido de cierta responsabilidad en vez de estar en la sombra?

—Jamás llegará a eso.

—¿Quieres decir que se te ha pasado por la cabeza?

Por supuesto que sí, y tú harías exactamente lo mismo.

—Estás al mando del ejército en Babilonia.

Casandro bufó.

Pérdicas se secó el sudor de la frente e intentó calmarse. Desde que le llegara el mensaje de Eumenes hacía menos de una hora por mensajería de relevos, informando de que Antípatro había alcanzado una paz desventajosa con los etolios y había vuelto con sus tropas a Pella con la intención de preparar la invasión de Asia, Pérdicas se había sumido en un estado de nerviosa excitación. Si todos sus esfuerzos por evitar la guerra habían quedado en nada y su autoridad como portador del anillo de Alejandro no dejaba de ser puesta en duda, que así fuera. Sabía que iban de farol y que se retractarían, porque, al fin y al cabo, era él quien tenía el Gran Anillo de Macedonia. Incluso le venía bien. Él no era el agresor: estaba defendiendo fielmente el legado de Alejandro y los derechos de los dos reyes. Marcharía contra sus conciudadanos con la conciencia tranquila y sabiendo que la verdad estaba de su parte. Eumenes, Clito y Neoptólemo defenderían el Helesponto contra Antípatro y Crátero, y, en cuanto llegara con el catafalco de Alejandro, sería él quien cruzaría el estrecho. *Veamos si se atreven a hacerle la guerra al cadáver de Alejandro. Acabarán suplicando perdón, y les será concedido siempre y cuando me juren lealtad sobre los restos de Alejandro.*

Sí, se lo estaban sirviendo en bandeja. Aquella acción de Antípatro era una estupidez, pero ¿por qué lo hacía? Él, Pérdicas, después de todo, era el yerno del viejo; incluso si el regente sabía que estaba intrigando con Cleopatra, el matrimonio no había llegado a término. De hecho, Eumenes le había escrito

unos días antes expresando su decepción por haber sido incapaz de hacerla cambiar de parecer y de persuadirla para que le tomara como esposo. *Pero eso cambiará ahora: cuando vea que existe una posibilidad cierta de que estalle la guerra, se dará cuenta de que el único modo de evitarla es casándose conmigo y, juntos, dándoles a Macedonia y al Imperio un rey y una reina legítimos.*

—¿Qué hacemos con los dos reyes y con las dos zorras gruñonas? —preguntó Seleuco, usando el término que todos usaban ahora para referirse a las parejas reales desde el matrimonio de Adea, o de la reina Eurídice, como ahora se la conocía, con Filipo. La unión había hecho estallar una guerra entre la nueva reina y Roxana que había servido de entretenimiento a lo largo de los dos últimos meses.

Pérdicas afeó el gesto y pensó en lo que tendría que hacer para asegurarse de que no se mataban la una a la otra durante la campaña.

—Bien, no puedo separarlas y dejar a una aquí mientras me llevo a la otra, ya que las dos tendrán que venir a Pella con el cadáver de Alejandro, así que tendrán que venir con nosotros para poder vigilarlas.

Hasta el momento en que no me hagan falta; entonces le dejaré vía libre a Roxana con sus rivales y después… ¡Ah! ¡Cómo lo voy a disfrutar!

—¿Hay alguna otra pregunta?

—Solo dos —dijo Seleuco—. ¿Y Ptolomeo? ¿Qué hay de Ptolomeo?

—¿Qué pasa con él?

—Se me ocurre que si todo el ejército de Asia se enfrenta a todo el ejército de Europa, entonces todo el ejército de África tendrá libertad para hacer lo que le plazca.

Pérdicas descartó aquella posibilidad con un gesto de la mano.

—Tonterías. Ptolomeo está muy bien en Egipto; no va a hacer nada para llamar mi atención o para enemistarse conmigo. Se mantendrá al margen de todo esto. ¿Y la otra pregunta?

—¿Qué hay de los griegos? ¿No aprovecharán la oportunidad que les brinda una guerra civil entre macedonios?

Pérdicas sonrió, triunfal, y levantó en el aire una misiva.

—Esa sería una apreciación acertada si no fuera porque Demades me ha escrito desde Atenas pidiéndome que derroque a Antípatro. Aún les duelen los términos que les impuso. Ellos tampoco harán nada mientras me encargo de él.

Seleuco asintió y juntó las manos.

—Me he dado cuenta de que no haces más que decir «yo», «mi» y «mí».

—Es evidente que quiero decir «nosotros» y «nuestro, por supuesto.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que sí. Y ahora, si no hay nada más, caballeros, sugiero que nos pongamos en marcha hacia el norte. Con un poco de suerte alcanzaremos el catafalco cerca de Tarso.

—¡Damasco! —exclamó Pérdicas, incapaz de creer la respuesta de su hermano a su pregunta cuando desembarcó del trirreme con el que había viajado, con Seleuco y hasta Tarso, días antes de que llegara el grueso del ejército—. ¿Quién le ha dicho a Arrideo que lleve el catafalco a Damasco? Está en la dirección opuesta.

Alcetas parecía ausente; su mirada saltaba de un barco a otro de los fondeados en el puerto fluvial, como si pudiera obtener inspiración de alguno de ellos.

—No lo sé. Supuse que se lo habías ordenado tú.

Pérdicas agarró a su hermano del cuello de la túnica.

—¿Supusiste? ¿Por qué ibas a suponer que yo le he ordenado a Arrideo que lleve el catafalco al sur cuando todos sabemos que debe ir al norte, hacia Macedonia? ¡Incluso te dije que le esperaras en Tarso? ¿O no? Entonces ¿por qué, cuando supiste que se dirigía al sur, no enviaste tropas para ver qué mierda estaba pasando?

Alcetas cogió a Pérdicas de la muñeca y se la apretó para quitárselo de encima.

—Porque, hermano, nunca me dices nada. Lo único que haces es dar órdenes, órdenes y más órdenes. Y si llego a Tarso y me dicen que lo último que se sabe del catafalco es que se dirige a Damasco, lo que se me pasa por la cabeza es que has vuelto a cambiar de opinión sin decírmelo y yo sigo adelante con las últimas órdenes que me diste de reunir al ejército y de asegurarme de que Eumenes, Clito y Neoptólemo están custodiando el Helesponto. Y todo eso se ha hecho, pero ¿acaso oigo alguna palabra de agradecimiento? No, todo lo que recibo es una reprimenda porque el catafalco se dirige a Damasco.

—Ya ha dejado Damasco atrás —señaló Seleuco—. Eso es lo que acabas de decir, ¿no es así? Has dicho que cuando llegaste aquí oíste que estaba pasando por Damasco, lo que significa que aún se dirige al sur.

Pérdicas enlazó con el pensamiento de Seleuco.

—¿Hace cuánto que oíste eso, Alcetas?

—Cuando llegué aquí, hace ocho días.

—Entonces ahora podría estar ya en Hierosolima… —Seleuco dejó la frase inacabada.

Pérdicas se volvió lentamente hacia Seleuco. Su rostro palideció.

—¿Significa eso lo que creo que significa?

Seleuco asintió.

Pérdicas se tambaleó como si hubiese recibido un puñetazo en las tripas.

—¡Ptolomeo! El bastardo. No puede ser.

—Me temo que es lo que parece. ¿Adónde, si no, podría estar dirigiéndose?

—Pero ¿cómo lo ha hecho?

Seleuco miró a Pérdicas con sorpresa.

—¿Crees que Arrideo disfrutó del modo en que le trataste? Le culpaste de levantar el catafalco en una estancia en la que las puertas eran demasiado pequeñas como para sacarlo. ¿Crees que se ha olvidado de eso? Dada la brusquedad con que le has tratado, ¿acaso crees que se dijo a sí mismo: «Bah, es que el bueno de Pérdicas es así y tiene sus cosas»? ¿Crees que el primer hombre que le abordó con una oferta proponiendo secuestrar el catafalco de Alejandro recibió una negativa directa, o crees que a Arrideo la idea pudo seducirle porque estaba harto de ti hasta la náusea?

Pérdicas miró a Seleuco horrorizado, luego a Alcetas y luego otra vez a Seleuco.

—¿Me estáis culpando a mí?

Seleuco negó con la cabeza y esbozó una adusta sonrisa.

—No es cuestión de culpas, es una exposición honesta de los hechos. Ahora la cuestión no es el por qué ha ocurrido, sino qué podemos hacer al respecto.

Pérdicas hundió la cabeza entre las manos como si sintiera un punzante dolor. *Sin el cuerpo de Alejandro no puedo cruzar a Europa, parecería una invasión. Todo depende de tener el catafalco y a Cleopatra. Le escribiré de nuevo y le pediré que reconsidere la propuesta, y le pediré a Eumenes que vuelva a verla para hablar en mi favor. Neoptólemo y Clito pueden defender el Helesponto juntos.*

—Esto debe mantenerse en secreto. No le digáis una palabra a nadie, ¿entendido?

Seleuco asintió.

—Por supuesto. Si esto se supiera, nuestra causa perdería fuerza.

—Exacto. Debemos confiar en que nuestras fuerzas del norte puedan defender el Helesponto mientras nosotros llevamos al ejército al sur. Peitón y Peucestas pueden seguirnos. Juntos recuperaremos el catafalco y, antes de volver a Macedonia, acabaremos con Ptolomeo de una vez por todas.



PTOLOMEO, EL BASTARDO

Menfis era una ciudad que Ptolomeo solo podía soportar durante los meses de invierno. En su opinión, durante el resto de las estaciones, la antigua capital de Egipto era una caldera supurante en la que solo podían vivir perros locos y nativos. Pero esta vez había hecho una excepción y había llevado a su muy bella y nueva esposa, Eurídice, y a su deliciosa prima, Berenice, al sur para alejarlas de las frías brisas marinas que barrían una Alejandría a medio construir y llevarlas a aquella tórrida fragua situada en la base del delta del Nilo. También se había llevado a Thais, ya que, a pesar de los placeres de la vida de recién casado, había cosas que solo Thais podía hacer con el entusiasmo necesario para que el placer fuera completo. Especialmente con aquel calor. Pero el viaje también tenía una razón de peso, porque estaba a punto de ser testigo de la llegada de aquello que le daría legitimidad y de lo que carecían sus pares: estaba a punto de convertirse en custodio del cuerpo momificado de Alejandro.

Sonrió para sí mientras caminaban en procesión a lo largo de la Vía Sacra, que llevaba desde el corazón del palacio, pasando por los templos de Ptah y Amón, custodiados por altas estatuas sentadas de los dioses, hacia la Escalinata Alta, desde la que daría la bienvenida a su antiguo rey. Orgulloso como un gallo, con su casco de penacho alto y una capa púrpura, y en compañía de bellas mujeres, Ptolomeo tenía buenas vibraciones con respecto a su nuevo reino. Le encajaba a la perfección; siempre había sabido que así sería. *Que me den otros dos años o así y creo que podré ir pensando en proclamarme faraón. Me encantaría ver la cara de Pérdicas cuando le llegue la noticia. Seguro que superará la que puso cuando*

supo que mi caballería había interceptado el catafalco en Damasco.

A pesar de la dignidad de su progreso, se permitió una fugaz carcajada cuando pensó en lo fácil que había resultado todo. Arrideo había hecho honor a su palabra y había aceptado el oro de Ptolomeo; había llevado el catafalco al sur, a Damasco, y, allí, las tropas de Ptolomeo se habían unido a la procesión y habían distribuido más oro entre la escolta. De allí lo llevaron al puerto de Tiro. Después de comprar la voluntad de Nearco, el sátrapa, con un suculento soborno, cinco naves cargaron con el catafalco, las mulas y todos aquellos que quisieran servir a Ptolomeo en Egipto. No hubo un solo hombre que permaneciera en tierra.

—Pareces satisfecho contigo mismo, esposo —dijo Eurídice a su espalda, por encima de su hombro derecho.

—Tengo razones para estarlo, Eurídice, aunque me temo que el marido de tu hermana no estaría muy de acuerdo.

—¿El de cuál de ellas? ¿El de Fila o el de Nicea?

Ptolomeo pensó un instante.

—Esa es una buena pregunta. Me estaba refiriendo a Nicea, aunque puede que Crátero tampoco apruebe mis acciones. Bien es cierto que Antípatro me preguntó por escrito si sería tan amable de incordiar de algún modo a Pérdicas en el sur. Creo estar en disposición de afirmar que mi suegro debe de estar muy orgulloso de mí.

Y ahora me toca a mí sentirme orgulloso, convertir este asunto en una cuestión de Estado, crear una crisis y luego solucionarla para acabar siendo un héroe y propugnarme como el elegido por los terribles dioses de Egipto para gobernar el reino. Si de verdad soy el bastardo de Filipo, él también estaría orgulloso.

El aplauso que recibió Ptolomeo cuando apareció en la cima de la Escalinata Alta fue extático. Ante él se extendía una gran explanada creada por un antiguo faraón y diseñada para los ejercicios de un ejército que, en aquellos tiempos, combatían en carros. Era ancha y amplia, y estaba repleta de soldados macedonios y de sus compañeros nativos, reclutados estos últimos como parte de los esfuerzos de Alejandro por integrar a todas las naciones bajo su mando. Cuando Ptolomeo llegó a Egipto, este proyecto ya estaba encaminado, así que no podía más que agradecerle todos los días a Alejandro que hubiese dotado a Egipto de un ejército tan poderoso. Ante él había veinte mil hombres, tan solo un tercio de las tropas de las que disponía y, debido a lo que había hecho, estaba seguro de que no tardaría en necesitarlas.

Más allá de las tropas se agolpaba el pueblo llano de Egipto, los campesinos y comerciantes que mantenían los campos productivos y los mercados llenos. Allí estaban hoy, en actitud festiva, para ser testigos del retorno a su tierra del hombre más grande de todos los tiempos. Y lanzaban vítores con todo su corazón al hombre que lo había hecho posible, ya que el retorno de Alejandro bien podía considerarse un milagro decretado por los mismos dioses. Ptolomeo había hecho saber que sus actos eran producto de la inspiración divina. Había hecho circular el rumor de que en Babilonia había acudido a consultar el oráculo de Bel-Marduk, el dios principal de la urbe, sobre dónde debía ser sepultado el rey; el oráculo había respondido: «Hay una ciudad en Egipto llamada Menfis; sea enterrado allí».

Los egipcios, gentes devotas, aceptaron sin reservas aquel acto religioso y lo consideraron no solo voluntad de Bel-Marduk, sino de todos los dioses de Egipto. Ptolomeo había adoptado el papel de fiel servidor de los dioses, y lo estaba representando a la perfección.

Las puertas del complejo se abrieron para desvelar el magnífico catafalco de Alejandro, y Ptolomeo, con deleite, se preparó para la siguiente escena. Los barcos que habían transportado aquel tesoro desde Tiro en tan solo tres días estaban amarrados en los muelles que ocupaban las orillas del Nilo. Al este, relucientes y recortados por el sol del mediodía, botes de pesca con velas triangulares desempeñaban su labor río arriba y río abajo, sobre las aguas que constituían la sangre vital de Egipto.

Se oyeron cuernos y tambores y avanzaron las sesenta y cuatro mulas que tiraban de la preciada carga por un pasillo creado por soldados, hacia las faldas de la Escalinata Alta, ahora repleta de sacerdotes y sacerdotisas provenientes de todos los templos de la ciudad. Todos vestían sus mejores galas, tanto hombres como mujeres: tocados altos y bajos, túnicas largas y cortas; algunos descalzos, algunos ricamente calzados; unos maquillados, otros con el rostro limpio. Fuera cual fuera su aspecto, todos hacían lo mismo: cantar el himno a Alejandro, compuesto específicamente para ese día, que se alzaba desde sus gargantas; un lento cántico mortuorio de gran belleza, digno del lamento por alguien tan excelso en su retorno a la ciudad que había liberado del odiado yugo persa.

A medida que avanzaba el catafalco, más lastimero se volvía el cántico y más sacerdotes se unían a los ya presentes, sumando sus voces a la melodía. Las notas agudas de las mujeres, escalofriantes y tristes, quedaban aupadas por las

de masas de niños ubicados a ambos lados de la Escalinata Alta, mientras que las voces graves de los hombres provocaban las lágrimas de muchos y un nudo en la garganta a todos.

Cuando el catafalco estuvo cerca de las faldas de la Escalinata Alta, Ptolomeo dio unos pasos al frente, se retiró el yelmo y empezó a descender simbólicamente para presentar sus respetos a Alejandro, como si este le hubiese llamado y sin que pareciera que era él quien lo recibía. Los sacerdotes y las sacerdotisas se apartaron para permitir el paso de Ptolomeo, que bajaba las escaleras lentamente, de acuerdo con la solemnidad del momento. Llegó a la base de la escalinata cuando las mulas se detenían junto a la entrada del templo, con las ruedas alineadas con la escalinata. Ptolomeo se encaramó al catafalco con la cabeza inclinada. Los sacerdotes y sacerdotisas interrumpieron el himno, y la multitud se sumió en el silencio.

Todos aguardaban mientras Ptolomeo hablaba con Alejandro en nombre de Egipto.

Ardían cuatro candelabros en el interior dispuestos en las esquinas, cada uno de ellos frente a un espejo de bronce, que aumentaban la luz diurna que atravesaba el toldo de oro que descansaba sobre las columnas doradas que sostenían el techo. Ptolomeo cerró los ojos con fuerza y luego los abrió lentamente, un par de veces, para acostumbrarse a la relativa sombra. Con la vista clara, Ptolomeo, sin pretenderlo, respiró profundamente y miró a su alrededor, al interior dorado del vehículo, con asombro. *No solo tengo a Alejandro, sino también la mitad de las riquezas de Babilonia.* Porque, aunque el exterior supusiera una auténtica fortuna en oro, el interior era igual de rico y aún más refinado, además de estar moteado de piedras preciosas de todos los colores. Dos leones de oro, con garras de marfil, guardaban el sarcófago. Tenían rubíes por ojos y diamantes por dientes. La riqueza brillaba a su alrededor hasta el punto de que Ptolomeo llegó a olvidarse de la razón por la que había entrado. Ahogó un gemido al mirar a través de la cubierta opaca del sarcófago y ver el rostro dormido de Alejandro. *He de reconocer que Pérdicas ha hecho un magnífico trabajo: Alejandro está radiante. Sí que va a sentirse dolido. Será mejor que movilice a las tropas de inmediato: si yo fuera él, no perdería el tiempo evitando que Antípatro y Crátero crucen a Asia; tendrá tiempo más que suficiente de encargarse de ellos una vez que se haya encargado de mí.* Se fijó aún más en el rostro vivo de Alejandro. *Eso es lo que harías tú, ¿verdad, viejo amigo? Una campaña relámpago para luego dirigirte hacia el segundo frente a una velocidad a la que tus enemigos considerarían imposible. Como*

cuando aplastaste a los tracios y luego llegaste ante las puertas de Tebas tan rápido que todos pensaron que se trataba de Antípatro y no de ti. Ptolomeo sonrió al recordarlo y acarició el cristal a la altura de la cara de Alejandro con la punta de los dedos. *¿Por qué tuviste que morir tan joven y dejar tal caos?*

Ptolomeo sacudió la cabeza para salir de su ensimismamiento y volver al presente. Aquella representación teatral tenía un propósito, y tocaba actuar. Dio media vuelta, salió del catafalco y, rodeado de un silencio absoluto preñado de expectación, remontó la Escalinata Alta.

—Alejandro ha venido al sitio que eligió como lugar de reposo, y está satisfecho —proclamó sin preámbulo alguno cuando llegó a lo alto y se dirigió a la muchedumbre. Los heraldos repitieron sus palabras entre las gentes tanto en griego como en egipcio. El aullido de frenesí se extendió como un fuego azuzado por el viento.

Con las manos extendidas como si pretendiera abrazarlos a todos, Ptolomeo celebró con su pueblo el retorno del rey. Expresaron su dicha a gritos durante mucho tiempo, y fue entonces cuando Ptolomeo sintió que estaban listos para escuchar lo que había ido a decirles. Pidió silencio con gestos tan dignos como le fue posible, y no tardó en tener a la muchedumbre bajo control.

—Hemos hecho lo que tanto los dioses como Alejandro deseaban, ni más ni menos —declamó cuando volvió a reinar el silencio. Con un brusco movimiento de la mano detuvo cualquier vítor que pudiera seguir a esas palabras—. Sin embargo, al hacerlo, hemos causado la ira de los humanos, de hombres que desean hacerle mal a Egipto. Por tanto, hermanos, debemos actuar para evitar que tengan éxito. Debemos actuar para salvar a Egipto y a Alejandro. Debemos hacer honor a la voluntad de los dioses y mantener el cuerpo aquí. Debemos llevar al ejército al norte para defender el paso del delta en Pelusio. En resumen, debemos evitar la invasión de nuestra sagrada tierra de Egipto.

La muchedumbre estalló en rugidos de aprobación ante la retórica de su nuevo gobernante. Le vitorearon, agitaron las manos y los soldados alzaron sus escudos al aire.

—Religión y orgullo nacional —les dijo Ptolomeo a sus mujeres, que aplaudían a su espalda—. Un vino embriagador, en el mejor de los casos. Creo que he abierto el barril en el momento adecuado.

Se volvió hacia la multitud para agradecer unos clamores que pronto se convirtieron en una especie de cántico:

—¡Sóter! ¡Sóter! —repetían una y otra vez, algo que provocó una sonrisa en los labios de Ptolomeo.

—Te están llamando «salvador» —dijo Thais cuando la palabra resultó inconfundible.

—Así que piensan que soy su salvador. Ptolomeo Sóter. Me va bien. Un salvador no puede hacer ningún mal. Cuando saque a Alejandro de esta caldera, me lo lleve a su mausoleo de Alejandría y haga de esa ciudad mi capital, no se opondrán a mi deseo.

Volvió a mirar al gentío y, con los brazos abiertos de nuevo, intentó aparentar ser todo lo pío que le fue posible. *Pero primero hay que enfrentarse a Pérdicas.*



OLIMPIA, LA MADRE

—Pérdicas sigue siendo el camino hacia el poder —declaró Olimpia.

—¿Tu camino o el mío, madre? —susurró Cleopatra, aunque no del todo para sí, mientras unos dedos ágiles le ajustaban al cabello una horquilla con piedras preciosas y trabajaban para fijar la última trenza.

—Te he oído.

—Me alegro, porque no deja de ser una pregunta pertinente.

—Vas a ser tú la que se case con él.

—En ese caso, debería ser yo la que tomara la decisión, no tú.

Dioniso, qué difícil es esta hija mía.

—Tan solo te ofrezco consejo.

—Consejo basado en tu deseo de vengarte de todas y cada una de las familias nobles de Macedonia por cualquier mínima afrenta, real o imaginaria, que ocurriera en el pasado. Y ahora, por favor, madre, Eumenes llegará pronto y necesito ordenar mi mente.

—Pero…

—¡Pero nada! —le espetó Cleopatra mientras una esclava le presentaba un espejo de plata para que pudiera examinar su peinado. Se tocó ambos lados de la cabeza para asegurarse de que el elaborado trabajo estaba firme, hizo el más breve de los asentimientos y alargó las muñecas para que le pusieran perfume —. Necesito saber qué ha cambiado tanto para que Eumenes vuelva tan solo dos meses después de haber abogado por ese idiota de Pérdicas. Así que haz algo útil y ayúdame, madre. Pero ayúdame a mí, y no pienses en ti. ¿Lo comprendes?

—Pienso en nosotras.

Cleopatra se frotó una muñeca contra la otra y se las olió.

—De acuerdo, piensa en nosotras. Pero ayúdame, ¿de acuerdo? ¿Qué ha hecho que las cosas cambien para que Pérdicas esté tan desesperado? ¿Qué sabemos?

—Esa zorra de Cinane está muerta y su cachorra se ha casado con el idiota. Ahora Adea, o la reina Eurídice, como gusta llamarse, tiene más razones para reclamar el trono que Pérdicas, siempre y cuando este no se case contigo. Ella constituye una amenaza real para él.

—Y, por tanto, es alguien que debería morir si decido cambiar de opinión.

—Debe morir independiente de lo que decidas, créeme. Y estoy en ello.

—No lo dudo. —Cleopatra se puso en pie y dejó que las esclavas se ocuparan de la caída de su vestido y de colocarle bien las perlas que le colgaban del cuello—. ¿Y qué más?

—Antípatro y Crátero marchan hacia el Helesponto. Es probable que a estas alturas estén ya a mitad de camino después de haberse asegurado el paso por Tracia pactando con Lisímaco. Los pormenores del pacto son secretos. Y un don nadie, Poliperconte, es ahora delegado del regente en Macedonia. ¡Poliperconte! ¿Pero quién es ese?

—Sí, sí, ¿qué más?

Olimpia se tragó su rabia, pero pareció quedarse en blanco.

—No lo sé. Antígono ha vuelto a Asia y Asandro, sátrapa de Caria, se ha unido a él. Menandro sigue aquí, aireando su apoyo a una alianza contra Pérdicas, pero sin hacer nada, ni en un sentido ni en otro. Pérdicas ha sorprendido a todo el mundo marchando con sus tropas al sur, hacia Damasco, y Peitón le va a la zaga. Y esas son todas las noticias que tenemos hasta ahora.

Cleopatra dio un par de giros, hacia la izquierda y luego a la derecha, y admiró el modo en que el vestido flotaba a su espalda con cada uno de sus movimientos.

—Ha ocurrido algo, madre, créeme. Algo importante. De lo contrario, Pérdicas habría venido en persona en lugar de dirigirse al sur y de pedirle a Eumenes que hable por él cuando debería estar vigilando el Helesponto.

Tiene razón, pero no se me ocurre qué puede haber sido. Sí, las cosas están llegando a un punto máximo de tensión. Me temo que ya va siendo hora de que vuelva a Épiro.

—Tienes todo el aspecto de una reina.

—Gracias, madre. Y ahora escucharé lo que Eumenes tiene que decir y decidiré si convierto a Pérdicas en rey.

—Es el único modo de evitar el conflicto —insistió Eumenes alzando la cabeza desde donde estaba sentado, un taburete bajo, para mirar a Cleopatra, sentada en la silla elevada del sátrapa—. Échale un vistazo al Imperio, Cleopatra, y verás que el mundo empieza a sumirse en el caos. Hemos contenido una rebelión griega en el este por los pelos y de momento hemos sofocado otra rebelión griega en el oeste, pero el resentimiento sigue ahí, y cada vez es más fuerte. Antípatro y Crátero marchan hacia Asia, junto con Antígono, Asandro y Menandro como aliados y con el apoyo tácito de Lisímaco. Nuestro mundo, tal y como lo conocemos, estará en guerra si no logramos encontrar un líder fuerte, y tiene que ser ahora. Pérdicas encabezando el catafalco de Alejandro hacia Macedonia, contigo a su lado, sería visto como ese líder. Podría reclamar la corona y la estirpe argéada aún reinaría en Macedonia a través de ti.

—Pero ¿sería lo bastante poderoso como mantener la corona? —preguntó Cleopatra.

—Antípatro tendrá que aceptar su autoridad, a pesar del estúpido insulto que ha supuesto la oferta para Nicea.

No tiene por qué, pensó Olimpia, de pie tras el trono de su hija.

—Digamos que lo hace y que Pérdicas es coronado rey; ¿qué hay del idiota de Filipo y de mi nieto Alejandro? —dijo Olimpia.

Eumenes valoró la cuestión unos instantes.

—No voy a negar que se trata de una situación delicada. Pérdicas es consciente de la marea de descontento que recorrió el Imperio cuando aconteció la tragedia de Cinane. Pero, he de ser franco, no hay lugar para Filipo en todo esto. Por suerte, Roxana ya ha intentado atentar contra su vida, aunque Pérdicas lo ha ocultado. Si Pérdicas fuera coronado rey, entonces el desafortunado Filipo, así como su joven esposa, caería víctima de las pociones de esa zorra oriental. Roxana pagará el precio y tu nieto será un huérfano. ¿Y quién mejor para adoptarlo que su tía y el esposo de esta? Un rey y una reina que ganan un heredero que, además, es hijo de Alejandro. Creo que todo el mundo puede ver que ese es el más estable de los escenarios posibles.

—¿Y qué pasaría si yo deseara tener un hijo propio? —preguntó Cleopatra

—. ¿Qué pasaría si fuera varón? Es probable que Pérdicas prefiriese que el heredero fuera de su sangre.

Eumenes hizo un gesto de impotencia.

—Lo que pueda ocurrir en un futuro lejano no está en nuestras manos. Es el ahora de lo que debemos preocuparnos, de cómo asegurar la estirpe argéada. —Hizo una pausa y miró a las dos mujeres con expresión adusta—. Durante toda mi vida adulta he servido a vuestra familia. Primero a Filipo, que me dio un puesto de influencia aunque yo no fuera macedonio. Luego a Alejandro. Mi lealtad está con la casa real argéada, y solo con ella. Nada ni nadie hará que eso cambie, y lucharé hasta el final para asegurar su supervivencia. Este enlace es el modo que, considero, puede garantizar una solución pacífica así como la continuidad de la estirpe con el derramamiento de muy poca sangre, solo la de un idiota, la de una gata salvaje y la de una zorra. ¿Qué es eso comparado con las muertes de miles de hombres y con un futuro incierto que podría, incluso, llevar a la extinción total de la familia? A veces creo que, dado que soy un extraño, y griego, un griego pequeño y astuto, puedo ver con más claridad lo que hay que hacer: tragarse el insulto que supuso que se casara con Nicea, y desposar a Pérdicas, Cleopatra. Llevar a Alejandro a Macedonia, enterrarlo allí y reclamar la corona entre ambos. Pensad en ello, señoras. Ya he expuesto mis razones en favor de Pérdicas, y no puedo añadir nada salvo lo siguiente. —Cogió una pequeña caja de nogal que tenía a los pies y abrió la tapa—. Tengo aquí la diadema de Alejandro, y voy a dártela a ti para que se la entregues a Pérdicas como regalo de bodas si decides aceptarle.

Los ojos de Olimpia brillaron con sed de poder al ver aquel símbolo de autoridad. Cleopatra asintió lentamente a modo de reconocimiento de lo que Eumenes le ofrecía.

Ambas mujeres contemplaron unos instantes la diadema mientras consideraban los argumentos de Eumenes.

Olimpia miró a su hija. *La está convenciendo. El pequeño griego puede llegar a ser muy convincente. Mi hija, reina; mi nieto, heredero, y un idiota y dos zorras eliminados. Eumenes, no podría pedir más. ¿Dónde está el truco?*

Cleopatra se volvió hacia Olimpia.

—Si hago esto, madre, debes prometer que partirás de inmediato hacia Épiro y que convencerás a Eácides para que su ejército amenace la frontera occidental de Macedonia. De este modo Poliperconte tendrá que dirigirse hacia allí y Antípatro no podrá recibir refuerzos ni tendrá a dónde retirarse.

Eso debería aclararle las ideas y ayudar a que se someta a nosotros.

—Eso era exactamente lo que iba a hacer, decidieses o no casarte con Pérdicas.

—Siempre puedo confiar en ti para que te entrometas en todo. —Cleopatra se puso en pie y se dirigió a Eumenes ofreciéndole ambas manos—. Muy bien, Eumenes, lo haré, pero estas son mis condiciones: primero, Nicea seguirá siendo su esposa para que no haya razones para la venganza por parte de Antípatro o de Casandro y siempre que estos acepten entregarme a Yolas como garantía de lealtad.

Eumenes inclinó la cabeza.

—De acuerdo.

—Segundo, yo estaré presente en todas las negociaciones con Antípatro: creo que serán mucho más cordiales con un poco de influencia femenina.

—Una vez más, de acuerdo.

—Y, por último, debemos hacerlo a la mayor brevedad. Antes de que se derrame sangre y antes de que pasemos un punto del que no haya retorno. A este efecto, sugiero que Pérdicas acuda a Sardes de inmediato con el catafalco de Alejandro. Sea lo que sea que esté haciendo en Damasco no puede ser más importante que garantizar la paz en el norte.

Eumenes aflojó las manos.

—Puede que esto último no sea tan fácil. Pérdicas podría venir, pero… —Miró al suelo, visiblemente incómodo.

Ocultan algo.

Cleopatra frunció el ceño.

—Pérdicas podría venir, pero el catafalco de Alejandro no. ¿Es eso lo que insinúas?

—Sí, pero me han asegurado que la situación será temporal.

Y entonces Olimpia pudo ver con claridad.

Ptolomeo.

—¡Ptolomeo! Ptolomeo se ha hecho con el catafalco. —Sabía que era verdad. *Es lo que habría hecho yo.*

Cleopatra soltó las manos del griego como si de pronto quemaran.

—¿Es eso cierto?

—¿No lo sabías?

—Sabíamos que algo no marchaba bien, pero no podía imaginarme que fuera algo tan catastrófico. Si Ptolomeo tiene a Alejandro, entonces Pérdicas

jamás lo recuperará. Sin su cuerpo solo seremos unos contendientes más por el trono sin más derecho que el resto. No hay trato.



EUMENES, EL ASTUTO

No lo sabían. ¡Por los dioses! ¡Cómo he podido ser tan necio! Pero está hecho, y puede que sea para bien. No se puede ocultar el hecho de que el catafalco ya no está, ni siquiera a Peitón.

—Aún puede que lo recupere. —*Como puede que yo alcance algún día la estatura de Seleuco.*

—Eumenes —dijo Cleopatra con una pesarosa sonrisa—, Pérdicas lo ha hecho casi todo mal desde que recibió el anillo de Alejandro. ¿Qué te hace pensar que esta vez va a poder superar a Ptolomeo en argucias?

Maldito Ptolomeo. Sin embargo, es digno de admiración, ha sido una acción osada. Seguro que ha tenido que ver con Arrideo, y no le culpo.

—¿Al menos lo reconsiderarías si lo lograse?

—En ese caso, sería inútil, porque para entonces la guerra ya habría empezado. Ptolomeo debe de tener el catafalco ya en Egipto. Lo habrá llevado por mar, ya que no necesita que viaje lentamente por tierra para que todos sean testigos de su progreso. De modo que, para recuperarlo, Pérdicas tiene que invadir Egipto. Como ves, es demasiado tarde. Nuestro mundo se precipita a la guerra. Macedonios contra macedonios. Es inevitable.

La verdad de la afirmación golpeó a Eumenes. Sintió un mareo. *Dioses, tiene razón.*

—¿Entonces qué harás?

—¿Yo? Esperaré aquí y me desposaré con quienquiera que emerja victorioso.

Eumenes esbozó una triste sonrisa.

—Algo me dice que puede que la espera se haga larga.

—Eso creo yo también. Y lo lamento por ti, Eumenes, porque sé lo mucho que has hecho y sé que tu corazón está en el lugar correcto. Tu honor quedará intacto. —Volvió a cogerle las manos, le llevó hacia ella y le besó en la mejilla —. Procura mantenerte con vida.

—¡Señora! ¡Señora! —Una matrona rolliza entró en la estancia a toda prisa apartando con el brazo al centinela que había en la puerta.

—Será mejor que tengas una buena razón para entrar aquí de forma tan grosera, Tetima.

—Antígono se ha abierto paso por la Puerta Norte con hombres armados y exige que Eumenes le sea entregado.

Eumenes frunció el ceño al oír el eco de gritos por el palacio.

—Nadie sabe que me encuentro aquí; fui muy claro en ese aspecto.

—¡Menandro! —dijo Cleopatra—. Tiene espías por todas partes en Sardes. Ve a la puerta trasera y utiliza la Puerta Oeste. Tetima te mostrará el camino.

—¿Y mis hombres? Están esperando a la entrada del palacio.

—Es demasiado tarde para ellos. Los salvaré si puedo, pero me temo que ellos van a ser las primeras bajas de esta guerra. Madre, ve con él. Si Antígono te encuentra aquí, podría buscar el favor de Antípatro llevándote cautiva ante él. Ve a Éfeso y vuelve a casa en nuestro barco. Allí es donde puedes serme útil ahora. Puedes dejar a Eumenes con la flota de Clito en el Helesponto de camino.

Olimpia besó a su hija.

—Vete, madre.

—Puede que no volvamos a vernos.

—Lo sé, pero si te quedas y Antígono te captura, esa posibilidad se convertirá en certeza.

Con un beso más, Olimpia dio media vuelta y salió de la estancia siguiendo a Tetima. Eumenes le dedicó un asentimiento a Cleopatra y deseó que hubiese nacido hombre; luego corrió tras las dos mujeres. Sus pasos hicieron eco.

Los cascos de los caballos castigaban el camino. Eumenes y Olimpia galopaban colina abajo hacia el puerto de Éfeso. Diestra como el mejor de los jinetes, Olimpia encabezaba la marcha. Sus faldas blancas estaban mojadas de sudor equino, y llevaba el cabello suelto y salvaje después de una cabalgada de dos días desde Sardes.

Con reticente respeto, Eumenes vio cómo, apenas frunciendo el ceño, los centinelas de la ciudad les permitieron el paso a ella y a su «esclavo» a las antiguas calles que se extendían más allá de las puertas y se quedaron con sus caballos. Se abrieron camino entre la muchedumbre hasta el ágora, pasaron junto a la gran biblioteca, con su frente monolítico pintado en blanco brillante, y accedieron al puerto.

—¡Zarpamos, ahora! —fue todo lo que Olimpia necesitó gritar cuando Eumenes y ella remontaron la pasarela de la nave que las había traído a ella y a Cleopatra desde Macedonia el año anterior.

Con la urgencia transmitida por la sequedad de su orden, el trierarca azuzó a su tripulación a gritos en su jerga náutica.

Los remeros se aprestaron a sus bancadas, los marinos desplegaron la vela, se soltaron las amarras y emergieron los remos. Cuando la esbelta nave se separaba del muelle y se dirigía a la bocana, una docena de jinetes llegaban tronando al muelle en el que había estado amarrado cien latidos antes.

—Por poco —dijo Eumenes, consciente de que estaba diciendo una obviedad.

—Por eso tengo una nave siempre lista y esperando: nunca se sabe cuándo va a ser necesario huir.

Olimpia le dedicó un gesto obsceno a sus perseguidores mientras estos iban de un lado a otro del embarcadero gritando y señalando a la nave que se les escapaba.

—Les llevará un tiempo preparar un barco. Tendremos al menos un par de horas de ventaja sobre ellos. Iremos al sur y los perderemos entre las islas antes de virar al norte.

—¿Crees que Cleopatra estará a salvo?

—No te preocupes por ella: nadie se atrevería a hacerle daño a la hermana de Alejandro.

—¿Y sin embargo su madre ha huido?

Olimpia escupió hacia el mar.

—Esos cabrones no se atreverían a matarme, sus pelotas no son tan grandes, pero sí me encarcelarían si tuvieran la oportunidad. Me encerrarían en algún lugar en el que no pudiera ejercer influencia sobre el curso de los acontecimientos, algo que para mí sería peor que la muerte.

—Y ahora pretendes hacerle la vida difícil a Poliperconte en Macedonia, lo que nos coloca en el mismo bando aunque no exista una alianza formal

mediante el matrimonio.

Olimpia observó al griego un instante.

—¿Sabes, Eumenes? De verdad te creo. No veo maldad en tus ojos. En verdad luchas por mi familia, lo que, efectivamente, nos coloca en un mismo bando, y, por primera vez en mi vida, estoy contenta de tener un aliado en el que poder confiar sin necesidad de sobornos y coerciones. Aunque no sé qué podemos hacer para apoyarnos mutuamente, ya que tú estarás en Oriente y yo en Occidente.

Eumenes sonrió, sorprendido por el afecto que sintió de pronto por una mujer cuya reputación de despiadada y terrible la precedía.

—Puede que nada, o puede que mucho, ya que ninguno de nosotros puede predecir cómo discurrirá esta guerra. Pero sí te prometo una cosa, Olimpia: haré lo que esté en mi mano para mantener a tu hija y a tu nieto a salvo en Oriente.

—Lo sé, pero primero tenemos que llevarte de vuelta al Helesponto.

Sigeo, en la boca del Helesponto, formaba parte de la Frigia helespóntica y, por lo tanto, estaba técnicamente en manos de Crátero, pero este aún tenía que volver a Asia con su ejército. Por eso, Eumenes no sintió temor alguno cuando, tres días después de zarpar de Éfeso, un bote de remos le llevaba a la costa. Arrebujado en una capa con capucha, vio cómo la ciudad se aproximaba mientras el rítmico chapoteo de la boga le producía una sensación de tranquilidad que no experimentaba desde hacía meses. Ahora que había aceptado la inevitabilidad de la guerra, la presión que suponía intentar evitarla se evaporó. Todo lo que podía hacer ahora era luchar del modo más despiadado posible para asegurar la victoria de la casa real. *Pero ¿con qué ejército? He ahí el problema. Tengo a mis jinetes capadocios, a unos tres mil mercenarios griegos, la mitad de los cuales son peltastas y la otra mitad hoplitas, a algunos jinetes tracios, así como infantería, y a un buen puñado de arqueros cretenses, además de los persas que se han presentado voluntarios a servir conmigo y poco más, salvo el cofre con dinero que le cogí prestado a Leonato. Necesito infantería macedonia, pero ¿de dónde? Es poco probable que Neoptólemo me preste la suya —y menos probable aún que acepte mi autoridad—, y, sin embargo, tenemos que evitar que Antípatro cruce. Y para eso debemos trabajar juntos.* Dejó que sus dedos barrieran el agua mientras sopesaba la situación. Poco a poco su rostro se iluminó cuando el camino que debía seguir se materializó

ante él. *Por supuesto: Neoptólemo es el problema; sin Neoptólemo no hay problema.*

Y así, con un firme propósito, Eumenes saltó del bote y se volvió para mirar la nave de Olimpia, a unos quinientos pasos de la costa, y luego salió en busca del comandante de la guarnición de mercenarios griegos de la ciudad para informar de su presencia.

Fue la primera patrulla con la que se cruzó la que le hizo percatarse de que algo no iba bien. Eran soldados macedonios, no mercenarios. Él, Eumenes, no disponía de ninguno, y los de Neoptólemo estaban costa arriba, en Abido. Sus temores crecieron cuando divisó una segunda patrulla. Se caló bien la capucha y, en vez de dirigirse al cuartel general de la guarnición, decidió ir al mercado de ganado, donde, a un precio desorbitado, se hizo con un caballo y unos arreos.

El sol empezaba a ponerse en Occidente, a su espalda, cuando remontó una colina a seis leguas de Sigeo que le brindó una perfecta panorámica de Abido y del Helesponto hasta donde este se abre a la Propóntide. Estaba plagado de barcos, y todos navegaban de norte a sur, todos ellos atestados de hombres. A lo largo de la costa asiática se había levantado una ciudad de tiendas de campañas, suficientes como para albergar un ejército.

Aún tardó unos instantes en digerir la imagen. *Clito, maldito traidor, le has entregado la flota a Antípatro.*



ANTÍPATRO, EL REGENTE

—Aún nos llevará otro par de días a lo sumo, señor —le informó Clito a Antípatro mientras este y Crátero observaban a la flota, con las velas hinchadas de viento del norte, navegar con la majestuosidad que dan los números de Europa a Asia.

—Necesito cuatro cruces más para el ejército y luego unas tres para el bagaje.

¿Por qué es siempre el bagaje? Llevo toda la vida retrasándome por culpa del bagaje. ¿No podría mi última campaña hacerse sin bagaje?

Pero Antípatro sabía que eso no podía ser; sería como anhelar una mujer privada de opiniones.

—Muy bien, Clito —dijo con un suspiro mientras intentaba ignorar el tridente del sujeto—. Debo darte las gracias por decidir servirme a mí; tu flota supone un gran activo para mi causa.

—Nuestra causa —le recordó Crátero.

—¿Qué? Ah, sí, nuestra causa, Clito. Bien hecho.

—Bueno, tampoco es que me haya costado tanto. En cuanto Pérdicas me escribió diciendo que tenía que aceptar la autoridad de un griego, tomé la decisión. Le escribió lo mismo a Neoptólemo, y ya os podéis imaginar lo que pensó ese capullo moloso.

Sí, Antípatro podía imaginárselo, aunque no le hubiera visto en más de doce años, cuando era un joven al que la armadura le quedaba grande. Se dirigió a Crátero.

—¿Cómo es ese Neoptólemo?

—Como la mayoría de los molosos de su casa real: se tiene en más alta estima de lo que debería. Piensa en una versión más joven y masculina de Olimpia, pero sin astucia, y te harás una idea de cómo es el sujeto.

—¿Así de despreciable? Bueno, creo que debemos escribirle a Neoptólemo y ofrecerle la oportunidad de ganar algo de esa gloria que cree merecer.

—Y deberíamos darle a Eumenes una oportunidad más de unirse a nosotros —sugirió Crátero—, a ver si podemos hacer esto sin derramar demasiada sangre.

«Has hecho todo lo que el honor dicta por la causa de Pérdicas, pero ahora se ha llegado al punto en el que todos debemos decidir sobre los perjuicios y beneficios de la cuestión. Pérdicas está intentando reclamar la corona para sí y convertirse en señor de todos nosotros. ¿Lucharás para apoyarle en su propósito o te unirás a nosotros para derrotar al potencial tirano y afianzar así los derechos de los dos reyes? Piénsalo con detenimiento, porque son muchas las vidas que dependen de ello. Si decides unirte a mí, será con absoluta amnistía y respeto por tu rango, y gozarás de la oportunidad de obtener la gloria».

Antípatro dejó la misiva en la mesa y frunció el ceño, pensativo. *Supongo que puedo aducir legítimamente que lucho por los derechos del bebé y del idiota, aunque, francamente, no veo el uso que pueden tener esos dos para el Imperio. Bueno, será mejor hacerlo así y seguir adelante. Dioses, soy muy viejo para esto.*

Le entregó el rollo a su secretario.

—Haz dos copias, y envíale una a Neoptólemo y otra a Eumenes. Y tráemelas para firmarlas en cuanto estén hechas. Quiero que las hayan leído antes de que ambos ejércitos se encuentren cara a cara.

Con el secretario ausente y cumpliendo su cometido, Antípatro se dirigió al hombre que acababa de llegar a su campamento y le sirvió algo de beber.

—Bueno, Antígono, viejo amigo. Así que el pequeño griego astuto se nos ha escapado a ambos.

Antígono tomó el cuenco que se le ofrecía.

—Eso parece. No puedo sino admirar al pequeño cabrón; todavía no sé cómo llegó de Sigeo a Pario burlando a todos los tuyos para unirse con sus tropas, si es que puede dárseles ese nombre.

—Lo cierto es que ahora está allí, y mis exploradores me dicen que Neoptólemo se está replegando hacia él. —Soltó una sibilante carcajada—. O igual lo que acabe haciendo sea marchar contra él, si es que mi carta surte

efecto. Eso servirá para aclararle las ideas a Eumenes. —Alzó su cuenco para brindar—. Por que Neoptólemo y Eumenes entren en razón.

Fue con gran pesar que Antípatro recibió la negativa de Eumenes de abandonar la causa de Pérdicas.

—Ese pequeño cabrón se ofrece de correveidile entre Pérdicas y yo —dijo Crátero después de leer la carta que Eumenes le había enviado a él—. Divide y vencerás es, supongo, su estrategia. Conmigo que no cuente.

Antípatro tiró a un lado la misiva.

—Acabemos con este asunto secundario, y luego nos centraremos en el verdadero problema: Pérdicas. Reúne a la tropa y que se preparen para avanzar.

Incluso después de sesenta años en el campo de batalla, Antípatro seguía sintiendo escalofríos cuando veía un ejército preparado para la batalla. Su formación era ancha y profunda, con dos líneas de piqueros macedonios, ambas de dieciséis escudos de fondo, y de casi una legua de ancho. A cada extremo se veían los oscuros bloques de caballería apoyados por peltastas. Se trataba de un ejército poderoso, y de él surgían tanto nubes de polvo como el pesado caminar de cuarenta mil pares de pies.

El ejército avanzaba por el terreno ondulado, su frente siempre recto pero su cuerpo subiendo y bajando al capricho de las colinas.

—Allí están —dijo Antípatro mientras se protegía los ojos del brillo del sol —. Calculo que a menos de una legua de distancia.

—Y están avanzando —observó Crátero—. ¿De verdad vamos a hacer esto? ¿Falange contra falange? Neoptólemo se enfrenta a nosotros con su infantería mientras Eumenes se mantiene retrasado como el griego cobarde que es.

—Puede que esté esperando a decidir cuál es la mejor ala que ocupar con su caballería capadocia. He oído decir que son buenos.

—No son rivales para una falange de las proporciones de la nuestra. Me pregunto si los muchachos levantarán las picas en el último momento y si esto se convertirá en una lucha a empujones, o si tendrán el cuajo para matar a antiguos compañeros.

Antípatro hizo un gesto de disgusto. *Esa es precisamente la cuestión que lleva tiempo preocupándome: si los hombres se negasen a luchar, ¿cómo solucionaríamos esto?*

—Al menos Eumenes no es macedonio, y Neoptólemo es moloso, con lo

que se puede sostener que esto no es realmente una guerra civil. Puede que eso baste para convencer a los chicos para que luchen. Y cuando los suyos se den cuenta de lo que está pasando, puede que decidan pasarse a nuestras filas antes de que haya derramamiento de sangre.

Cuando más se acercaban, más nítidos se veían los individuos que formaban en las filas, y lo similar de su atuendo resultaba incontestable. Antípatro miró a lo largo de la línea de la falange de Neoptólemo. Era idéntica a la suya en todo. Mientras los observaba, se detuvieron y elevaron las picas dando lugar a un bosque de fresno.

—¡Toca el alto! —ordenó dirigiéndose al músico que marchaba a su lado—. Les daremos una oportunidad más para reconsiderarlo ahora que han visto el tamaño de nuestro ejército comparado con el suyo.

Se oyeron cuernos a lo largo de la línea, y los oficiales aullaron la orden. El inmenso contingente se detuvo en seco y el silencio cayó sobre el campo mientras los dos ejércitos se encaraban a tan solo mil pasos de distancia.

—Podríamos estar así todo el día —dijo Crátero al fin—. Es evidente que no van a cargar ellos, así que tendremos que hacerlo nosotros.

Antípatro se llevó la mano a la oreja.

—¡Escucha!

Al principio no era nada, pero luego, lentamente, Antípatro pudo definir el chirriar de centenares de ruedas y los mugidos de bestias de carga.

—¡Allí! —gritó señalando hacia el flanco derecho de la falange de Neoptólemo—. Allí. Es su bagaje.

Y yo que pensaba que jamás me alegraría de ver un tren de bagaje…

Avanzaba al paso ceremonioso de los bueyes que tiraban de unas carretas cargadas con las posesiones del ejército de Neoptólemo, un ejército que llevaba más de diez años en el campo de batalla, un ejército que había saqueado tierras sin fin. Un ejército obeso de tesoros.

Cuando la última carreta del bagaje dejó atrás las líneas de Neoptólemo con estrépito, la falange de este dio media vuelta y se encaró con el que hasta ahora había sido su aliado. Se oyó un único escalofriante toque de trompeta.

—Bien, Crátero; me parece que podemos quedarnos aquí a mirar, ya que este no es un asunto estrictamente macedonio —dijo Antípatro con alivio en la voz—. Es la orden de avance. Parece que nuestro nuevo amigo, Neoptólemo el moloso, nos va a deleitar despachando a Eumenes el griego.



EUMENES, EL ASTUTO

Primero Clito y ahora ese capullo de Neoptólemo. Muy bien, que los jodan a todos.

El rostro de Eumenes se tronó severo y rígido cuando vio que el ejército de Neoptólemo marchaba contra él. Miró al gigantesco ejército que Antípatro había traído consigo a Asia y resolló. *¡Ni siquiera se mueven! Se van a quedar ahí a mirar. Piensan que no tengo ninguna posibilidad contra Neoptólemo. Que los jodan si piensan que les va a resultar tan fácil.*

—¡Parmida!

—Sí, mi señor —dijo el comandante de la caballería capadocia después de espolear el caballo hacia él.

—Vamos a derrotar a ese arrogante trozo de mierda.

—Sí, mi señor. Pero ¿cómo?

El gesto de Eumenes era de genuina diversión.

—Es muy sencillo: no tenemos infantería suficiente como para detener a esa falange, así que nos retiraremos mientras tú y tus hombres ocupáis el flanco derecho. Estate atento a lo que hago.

Eumenes observó su delgada línea, de tan solo tres escudos de fondo, compuesta por hoplitas mercenarios apoyados por peltastas en tercera fila. Esta apenas alcanzaba el ancho de la falange de Neoptólemo, compuesta por unos diez mil hombres y que avanzaba colina abajo contra él. No había modo factible de plantarle cara. Espoleó a su caballo hacia el frente de su formación y agitó su espada en el aire al tiempo que se dirigía a ellos.

—Muchachos, no tenéis por qué ganar ni tenéis por qué morir en el día de hoy. Todo lo que se requiere de vosotros es que retrocedáis en buen orden y

que atraigáis a la falange. No dejéis que haga contacto, ya que ese sería un combate que no podríamos ganar, así que no se lo ofreceremos. Retroceded lentamente, confiad en mi juicio y la victoria será nuestra sin necesidad de pagar una sola de vuestras vidas por ella.

El vítor que recibió no fue clamoroso. *Al menos no ha sido tibio. Este es el momento que me alzará o me derribará.* Miró hacia la oscura horda que se cernía sobre él: corazas de cuero endurecido, yelmos de bronce ajustados sobre cabezas barbudas, escudos decorados con el sol de dieciséis puntas de Macedonia colgados de sus hombros izquierdos y sobre sus antebrazos para que pudieran blandir las larguísimas sarisas con ambas manos. Cada uno de sus pasos era decidido. A ciento cincuenta pasos de distancia, sus arqueros cretenses soltaron la primera oleada de flechas, que chocaron contra el bosque de picas perdiendo su fuerza. Cien pasos no tardaron en convertirse en cincuenta, y las sarisas de las primeras cinco filas descendieron mientras las flechas seguían cayendo e impactando sobre algunos hombres, aunque no los suficientes como para causar algún quebranto a la formación.

—¡Ahora! —gritó Eumenes cuando ambos ejércitos se encontraban a treinta pasos de distancia.

Sus mercenarios retrocedieron paso a paso, en lenta retirada, con sus hoplones redondos mirando al frente y las largas lanzas sobre los hombros, dispuestas a lanzar estocadas. Pero Eumenes no esperaba ver sangre en esas puntas de lanza dado que aquellos guerreros profesionales, con cascos que les protegían el rostro entero, mantenían la línea en su perfecto retroceso.

Siguieron dando pasos atrás, atrayendo a los macedonios, ya que, tal y como había supuesto Eumenes, Neoptólemo deseaba demostrar su lealtad a sus nuevos amos ofreciéndoles una aplastante victoria. Pero la victoria era imposible contra unas tropas que se negaban a luchar. Y fue con frustración que Neoptólemo azuzó a sus hombres hacia delante, y era precisamente en aquella frustración en la que Eumenes ponía sus esperanzas. Una frustración que significaría la derrota para Neoptólemo.

Retrocedieron quinientos pasos, luego otros quinientos, y fue en ese momento en el que Eumenes espoleó su caballo y ordenó al comandante de su infantería que continuara con la valerosa retirada mientras él galopaba al encuentro de Parmida y sus capadocios.

—¡Seguidme! —gritó, y se apresuró a alcanzar sus líneas frontales—. Envolvamos su flanco.

Con quinientos jinetes aullando a su espalda, Eumenes volvió a sentir la emoción de la carga que tanta excitación le había hecho sentir en Armenia; pero no era en una formación de caballería o infantería en lo que tenía puesta la mirada mientras daba un rodeo por el flanco de la inmensa falange que cada vez avanzaba más y más hacia el este. Se trataba de algo más precioso. Cuando superaban la última fila de las líneas de Neoptólemo, Eumenes vio lo que buscaba.

—¡El bagaje! —les gritó a sus hombres sobre el tronar de los cascos.

Viendo que su objetivo estaba indefenso, el galope se tornó más intenso.

Los capadocios se adentraron entre las filas de carretas inmóviles y mulas de carga, repletas aquellas de botín, repartiendo muerte a todo aquel que se interponía en su camino. Las mujeres gritaban y, aferradas a sus hijos, corrían para salvar la vida. Pero a Eumenes no le interesaban las mujeres. Sabía bien que la soldadesca, ante la duda de salvar a las mujeres o el botín de los diez últimos años, se decantaría por este en nueve de cada diez casos. Una mujer era más fácil de reemplazar que diez años de botín.

La caballería rodeó el tren de bagaje y lo obligó a desplazarse hacia el norte.

—¡Parmida! —gritó Eumenes en cuanto supo que su objetivo estaba asegurado y comprobó que no había intención, por parte de las tropas de Antípatro ni por Neoptólemo, de hacer algo al respecto.

De hecho, la falange de Neoptólemo seguía tan centrada en seguir a su esquivo enemigo que ni siquiera se habían percatado de su desgracia.

—Llévate el bagaje y mantenlo custodiado con la mitad de tus hombres. El resto, que vengan conmigo. —Señaló a la espalda expuesta de la formación enemiga, a mil quinientos pasos de distancia—. Una oportunidad demasiado tentadora como para resistirse.

Fue un sonriente Parmida el que guio el bagaje hacia el norte dejando a Eumenes con doscientos cincuenta jinetes pesados. No necesitó dar la orden de cargar, pues todos sabían cuál era su cometido, y todos ansiaban la oportunidad de cobrarse vidas baratas.

Desplegados mientras cargaban en una sola línea de doscientos cincuenta jinetes, los capadocios crearon un frente de casi ochocientos pasos de ancho. Se dirigieron hacia el punto más débil de la falange, con las jabalinas levantadas y el viento meciendo sus barbas y las crines y colas de sus caballos.

No fue hasta que cayó la primera línea de retaguardia, con jabalinas clavadas en la espalda y las puntas asomándoles por el pecho, que la desventurada

infantería se percató del peligro que corría. La caballería arrolló a las filas segunda y tercera descargando tajos, abriendo cuellos y hombros, cercenando cabezas a medida que las tropas indefensas se dispersaban ante ellos enviando ondas de pánico por toda la formación. Pero Eumenes no tenía en mente causar demasiadas muertes, ya que aquella falange le serviría mejor viva que muerta. Así, cuando los primeros infantes, aterrados, soltaron las armas y cayeron de rodillas en señal de sumisión, tiró de las riendas para detener a su montura.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Los capadocios retrocedieron dejando tras de sí un reguero de cadáveres ensangrentados y de tullidos lamentándose al tiempo que la falange al completo se arrodillaba y pedía clemencia.

Ahora solo tengo que convencerlos de que soy mejor opción que Neoptólemo y, como por arte de magia, dispondré de un ejército de verdad. A veces me sorprendo hasta a mí mismo.

Y así, con el rostro fingiendo enojo y su espada ensangrentada bailando en el aire, Eumenes se acercó al centro de los diez mil hombres arrodillados. Ninguno de ellos osó amenazarle ahora que veían que su bagaje se dirigía al norte y que solo Eumenes podría devolvérselo.

—¡Soldados de Macedonia! —declamó Eumenes desde el punto central de la falange arrodillada—. Soldados de Macedonia, ¿por qué desertáis y os volvéis contra mí? Hace tan solo una hora formábamos hombro con hombro y, después, os habéis dejado convencer por Neoptólemo para convertiros en traidores. Neoptólemo ni siquiera os quiso pagar lo que os correspondía en Armenia, y, por su culpa, trescientos o cuatrocientos de vosotros están muertos y todo lo que habéis obtenido a lo largo de los años está en mis manos. ¿Dónde está Neoptólemo ahora? ¿Podéis verle? No, claro que no. Él ha provocado que caigáis tan bajo y ahora no se digna a compartir vuestro destino. ¿Qué tipo de liderazgo es ese? —Hizo una pausa para calibrar el estado de ánimo de los hombres y obtuvo como recompensa un ofendido murmullo de aprobación—. Os hago, pues, esta oferta: jurad servirme a mí, al rey Filipo y al rey Alejandro, y yo os devolveré vuestras pertenencias, me aseguraré de que recibáis la paga regularmente y os daré además las pagas atrasadas que os debe Neoptólemo. Seguidme y purgaos de la mancha de la traición a la que os ha abocado Neoptólemo. ¡Juradme lealtad y convertíos en mis hombres!

Con una floritura envainó la espada y saltó del caballo. El vítor que se oyó

fue ensordecedor. Los hombres que tenía alrededor se pusieron en pie, algunos con lágrimas en los ojos, y pugnaron entre ellos por tocar a su salvador mientras juraban serle fieles. Los soldados subieron a Eumenes a hombros y, como a un triunfador, le pasearon por las filas de su nuevo ejército al tiempo que ambas formaciones se mezclaban para celebrar su unión.

Eumenes contempló el júbilo desde la altura. *Este es el día de trabajo más rentable desde hace tiempo.* Miró a su espalda, hacia el segundo ejército, aún inmóvil y a una legua de distancia. *Ahora sí que tengo la capacidad para ponerles las cosas difíciles a Antípatro y a Crátero.*



CRÁTERO, EL GENERAL

—A eso le llamo yo habilidad militar, sin duda —dijo Crátero cuando vio al ejército de Eumenes retirarse hacia el río Halis, a unas cuarenta leguas de distancia.

—Ha tenido suerte —insistió Neoptólemo—. Es un secretario, no un soldado. Y griego, además.

—Un secretario griego que acaba de derrotarte —apuntó Antípatro.

Neoptólemo dio un pisotón en el suelo.

—No me ha derrotado, me ha engañado. No se enfrentaban a nosotros, y no hacían más que retroceder.

—Y luego envolvió tu flanco con la caballería, capturó el bagaje y cargó contra tu retaguardia obligando a tu falange a rendirse y a cambiar de bando —le recordó Antígono—. Yo a eso le llamo habilidad militar, y jamás pensé que Eumenes tuviera de eso.

El rostro de Neoptólemo estaba hinchado de rabia y vergüenza.

—¿Por qué no vino ninguno de vosotros en mi auxilio?

—No deberías haber necesitado ayuda ante unas fuerzas tan exiguas —dijo Crátero, que aún observaba la retirada del ejército de Eumenes—. Y cuando resultó evidente que sí, entonces ya estabas demasiado lejos. No habríamos llegado a tiempo. —Se volvió a Antípatro—. Bien, una cosa está clara: ninguno de nosotros volverá a subestimar al pequeño griego astuto. Incluso ahora está haciendo lo correcto retirándose hacia el interior de Capadocia. La cuestión es: ¿le seguimos o nos arriesgamos a que nos amenace por la espalda en nuestro camino hacia el sur?

Antípatro vio desaparecer al ejército tras una colina mientras valoraba la problemática.

—Ninguna de las dos cosas —dijo un instante después—. Dividiremos nuestras fuerzas.

Crátero alzó una ceja, inquisitivo.

—¿En serio?

—Sí. No puedo permitirme retrasos persiguiendo a Eumenes. Tú mismo le darás caza, Crátero, y luego vendrás a mi encuentro en mi camino hacia el sur.

—Yo también voy —dijo Neoptólemo—. Voy a matar a ese mierda.

—Sí, tú eres el que más razones tienes de entre nosotros para querer hacer eso. Cázale pronto, Crátero, y nos encontraremos en Issos. Puede que allí descubramos algo más sobre el paradero de Pérdicas. Antígono, llévate a la mitad de tu ejército frigio hacia Tiro y convence a Nearco para que entre en razón y se una a nosotros. Le enviaré una misiva a Clito para que se encuentre allí contigo. Quiero que tomes Chipre. Si Pérdicas tiene algo de sentido común, habrá enviado a alguien a ocuparlo. Quien controle Chipre controlará la costa, así que hay que asegurarse de que somos nosotros, viejo amigo.

Antígono sonrió al pensarlo, dio una palmada y se frotó las manos.

—Lo disfrutaré, y le daré a Demetrio la oportunidad de aprender algo acerca de las operaciones conjuntas entre la flota y el ejército.

Antípatro sonrió. *Cómo me gustaría gozar de ese entusiasmo sin fin por la guerra.*

—Bien, caballeros, vamos a ello. Cuanto antes lo hagamos, antes podremos volver con nuestras esposas y descansar.

Crátero no había esperado que Eumenes diera media vuelta y le plantara cara. *Pensé que intentaría cruzar el Halis, no dejarse atrapar con el río a la espalda. Puede que Neoptólemo tuviera razón después de todo y fuera solo suerte lo que le dio la victoria al pequeño griego.*

Crátero llevaba diez días persiguiendo a Eumenes por el territorio escarpado que era el interior de Frigia, pasado Ancira, y ahora, con el Halis a la vista, Eumenes había decidido dar media vuelta y luchar. Esto desconcertó a Crátero, ya que no era capaz de ver que el terreno pudiera conferirle al griego ventaja alguna, y tampoco llegaba a entender cómo Eumenes tenía pensado derrotar a sus veinte mil infantes y tres mil jinetes con un ejército que no llegaba ni a la mitad de ese número. Y, sin embargo, allí estaba, formando para

la batalla, pues Crátero le daría lo que quería. El general desplegó a la falange en el centro y a la caballería en las alas.

—Puede que no sea una disposición muy imaginativa —le dijo a Neoptólemo mientras esperaban a que las últimas unidades de la falange alcanzaran las posiciones asignadas—, pero siempre ha sido efectivo.

—De todos modos, en cuanto vean tu sombrero sabrán que eres tú y se negarán a luchar —le aseguró Neoptólemo.

Crátero se quitó la *kausia* y le sacudió el polvo.

—En ese caso, me aseguraré de que sea visible. Parece que Eumenes está ubicando a su caballería capadocia en el ala derecha. Supongo que será allí donde se coloque él.

Neoptólemo se protegió los ojos del sol y contempló el despliegue.

—En ese caso, yo me ocuparé del flanco izquierdo, si te parece bien. Me enfrentaré al muy cabrón en combate cuerpo a cuerpo para que sepa lo que es luchar contra un moloso.

—Sí, hazlo, Neoptólemo. Estoy seguro de que agradecerá la lección. Recuerda las contraseñas del día: Atenea y Alejandro, para identificar a amigos y enemigos; esto podría volverse muy confuso. Te veré cuando todo acabe.

Es una lástima que no hayamos podido llegar a un acuerdo con Eumenes. Siempre me cayó bastante bien.

Crátero se volvió a calar la *kausia* y observó sus líneas de Caballería de los Compañeros: mil quinientos hombres dispuestos en cuatro de fondo con los cascos de bronce y las puntas de las lanzas brillando al sol. *La mejor caballería del mundo, y cada uno de ellos, un experto soldado. Conmigo liderándolos y apoyado por una falange de veteranos, el ejército de Eumenes no tendrá el cuajo de resistir nuestro empuje.* Con una sensación de profundo orgullo, observó la falange, a punto ya de completar su formación. *Ya no falta mucho.*

Con los pendones al viento y las capas meciéndose, acompañados por el tronar de los cuernos, ambos flancos de la formación enemiga hicieron erupción provocando una explosión de jinetes. Capadocios en la derecha mezclados con paflagonios y tracios delante de Crátero. El repentino ataque de Eumenes con ambas alas de su caballería antes de que la infantería estuviera en su sitio resultó ser toda una sorpresa. *El muy astuto se niega a luchar en el centro para que sus macedonios no sepan que se enfrentan a mí. Bien, habrá que luchar contra ellos, no queda más opción.* Alzando la lanza al aire y con gran pesar, Crátero ordenó avance.

La caballería emprendió el camino, al paso primero, antes de llevar a sus resoplantes monturas al trote con cuidado de no romper la formación. Los muslos apretaban los flancos sudorosos, las manos izquierdas tiraban de las riendas para controlar a los animales y las derechas asían las lanzas. Los corazones empezaban a galopar como siempre hacían antes de una carga. Con otro aullido, Crátero espoleó a su caballo para llevarlo a un trote largo mientras la caballería variopinta que se enfrentaba a ellos, ahora a unos escasos cien pasos de distancia, se abalanzaba sobre los macedonios acelerando para alcanzar el galope. No pasaron más que un par de latidos antes de que Crátero aflojara las riendas y sintiera el gran poder de la bestia bajo su cuerpo. Ambos contingentes volaron, dos muros de carne equina en rumbo de colisión al tiempo que una nube de jabalinas surcaba los aires hacia la formación de caballería armada con lanzas sin recibir respuesta. Pero era en el momento del impacto cuando la lanza mostraba su superioridad y cuando las bajas causadas por una volea de jabalinas quedaba en anécdota. Algunos lanzaban estocadas con la lanza descansando en el hombro, otros desde abajo, pero todos buscaban con las puntas afiladas a tracios y paflagonios antes de que estos pudieran alcanzarlos con sus espadas y lanzas cortas.

Los hierros, afilados como cuchillas, se hundían en gargantas, ojos y pechos con precisión mecánica, emitiendo destellos, derribando a hombres que caían gritando de sus sillas de montar solo para golpear el suelo bajo los cascos de los caballos de sus compañeros. Con los reflejos de un viejo veterano de guerra, Crátero tiró de su lanza al tiempo que la giraba para liberarla de unas costillas mientras su rocín piafaba y sus patas delanteras rasgaban el aire. Se inclinó hacia delante, sobre las crines del animal, y le acertó con la lanza en el ojo a un caballo que se dirigía a él y cuya inercia hizo que perdiera el agarre de la lanza. Un instante después tenía la espada en la mano y le abría el muslo de un tajo a un tracio pelirrojo mientras su escolta, a ambos lados, se abría paso hacia delante a espadazos. Hacia delante siguió Crátero, con la espada describiendo arcos de sangre, gruñendo poseído por el fragor del combate al tiempo que su caballo daba coces y mordiscos a todo lo que se le ponía por delante.

Y entonces, la presión de hombres y bestias se tornó extrema; Crátero no podía avanzar, y sus escoltas no lograban llegar hasta él, por mucho que lucharan con desesperación, porque Crátero había avanzado demasiado. Dio tajos a derecha e izquierda. Su hoja se tornó borrosa ahora que los tracios le

acorralaban. Una lanza le perforó la cadera. Su caballo piafó cuando una jabalina se incrustó en el hombro ensangrentado de la bestia, que relinchó y empezó a expulsar espuma roja por el hocico. Un corte en el antebrazo le cercenó los tendones, y las riendas cayeron de su mano. Pero siguió luchando, feroz y sin miedo, cobrándose vidas y con la muerte alrededor. Aulló de dolor y arqueó la espalda cuando una punta de hierro se le clavó en el riñón. Fue entonces cuando vio una espada que barría el aire directa a su *kausia* y, por primera y última vez en su vida, deseó haber llevado un casco. Cuando su cráneo se hundió con un destello de luz blanca, ya no tuvo más deseos.



EUMENES, EL ASTUTO

—¡Eumenes! ¡Eumenes! ¡Maldito trozo de mierda! ¡Ven aquí!

La voz tronó en medio del caótico combate. *¡Neoptólemo!* Eumenes, con el brazo derecho cubierto de sangre, espoleó a su caballo hacia el alarido. Con un tajo descendente desvió una hoja que se dirigía hacia él para, acto seguido, descargar un puñetazo sobre la cara del dueño hundiendo el cartílago de este. Lo único que quería en ese momento era acabar con el asunto de Neoptólemo de un modo u otro.

En su corazón sabía que ganaría, porque Alejandro mismo le había enseñado cómo hacerlo. Había despertado de un sueño en el que dos Alejandros, cada uno con su propia falange, se enfrentaban entre sí. El uno gozaba del favor de Deméter, el otro tenía a Atenea como patrona. Había sido el Alejandro de Deméter el que había emergido victorioso, y la diosa le había tejido a su campeón una corona de espigas de trigo. Al saber por sus espías que Crátero había elegido «Atenea» y «Alejandro» como sus contraseñas del día, Eumenes supo que ganaría. Así, con las contraseñas «Deméter» y «Alejandro» y tallos de trigo atados a las muñecas de sus hombres, había lanzado su ataque cuidándose de ubicar a paflagonios y tracios frente a Crátero después de decirle a su ejército que el hombre que compartía el mando con Neoptólemo era un rey guerrero bárbaro que atendía al estrafalario nombre de Pigres. Con el simple hecho de mantener en posición a sus macedonios en el centro y solo atacar con las tropas asiáticas y tracias, se había asegurado de que el ejército lucharía por él, ya que no habían visto a Crátero con su *kausia*.

Así que no temía el combate cuerpo a cuerpo contra un Neoptólemo más

corpulento. De hecho, ansiaba hacerlo. *Si mato a ese cabrón con mis propias manos, puede que su miserable existencia al final tenga algún propósito.* Con un tajo de revés le abrió la cara a un lancero macedonio y pasó junto a él mientras se desplomaba. Allí, ante él, estaba Neoptólemo, con los dientes desnudos y aullando improperios. Sin detenerse a pensar, Eumenes espoleó a su caballo hacia él con el odio recorriéndole las entrañas.

Eumenes y Neoptólemo chocaron en el instante en que un grito de dolor surgió del ejército de Crátero, cuando se extendieron desde su flanco derecho, y a través de la falange, las noticias de que su amado general estaba de camino hacia el barquero.

Con idéntica furia se acometieron el uno y el otro. Las espadas restallaron con el primer contacto. Eumenes sintió el dolor recorrerle el brazo cuando la fuerza del impacto le hizo echarse hacia atrás. Las hojas se trabaron, e intentaron alcanzarse con las manos izquierdas, buscando agarre, tirando el uno del casco del otro, con los cuerpos rígidos, mientras sus caballos daban coces y dentelladas. Con la tensión en los músculos convertidos en piedra, Eumenes se volvió a echar hacia atrás, tiró de Neoptólemo hacia él y, entonces, pasado el punto del que no hay retorno, cayó de la silla con su enemigo encima. Los cascos de ambos rodaron por el suelo. El estallido provocó que Neoptólemo expulsara el aire que tenía en los pulmones, pero Eumenes mantuvo aferrada la túnica de Neoptólemo con una mano y su propia espada con la otra. Los dos hombres rodaron por el suelo. El resto de duelos a su alrededor cesaron por ambas partes cuando los hombres se dieron cuenta de que la batalla estaba decidida sin necesidad de arriesgar la vida.

Unos dientes se hundieron en el cuello de Eumenes, y este le dio un rodillazo a su oponente en la entrepierna. Ambos se soltaron. Neoptólemo gruñó de agudo dolor. Retorciéndose, pero ágil como una anguila, Eumenes se puso en pie y lanzó una estocada dirigida a la parte trasera del muslo de Neoptólemo. Con un grito, Neoptólemo intentó, aunque sin éxito, ponerse en pie. Intentó alcanzar a Eumenes con un barrido de la espada mientras este caminaba a su alrededor dispuesto a matarle. El caído se puso de rodillas, su cabeza a tan solo un palmo de la de Eumenes. Sin embargo, su habilidad con la espada seguía siendo prodigiosa. Dos veces atacó, y dos veces hizo sangre en los brazos mientras Eumenes se apartaba en el último momento. Hubo un tercer ataque, acompañado de un gruñido de odio producido por un rostro cubierto de barro y sangre. La espada amenazó el muslo de Eumenes y abrió

una brecha cuando el griego se abalanzó sobre el moloso derribándole y cayendo sobre él para, acto seguido golpearle en la cara con el puño con el que blandía la espada rompiéndole los dientes. Poseído por el odio y ciego a todo lo demás, Eumenes volvió a golpearle una y otra vez provocando un surtidor de sangre hasta que reparó en su espada. Con una sonrisa de auténtica incredulidad hundió la punta del arma en el cuello de Neoptólemo, por encima de la coraza, mientras este escupía y gorgoteaba con la boca destrozada. Siguió empujando la espada mientras Neoptólemo se convulsionaba, con los ojos abiertos al máximo. Observaba a Eumenes horrorizado.

—Muerto a manos de un griego, Neoptólemo. De un pequeño griego, además. ¿Qué dirá la gente?

Un último empellón y Neoptólemo vomitó más sangre. Eumenes se desplomó, jadeante, sobre el cuerpo abatido. El silencio se fue extendiendo entre los hombres de ambos bandos, que observaban al moloso muerto, vencido por un exsecretario. Todos se dieron cuenta entonces de que la batalla había llegado a su fin y de que no había ya una razón por la que luchar.

La caballería macedonia retrocedió y se retiró a la línea de su falange.

Después de un breve descanso, Eumenes le desabrochó la coraza a Neoptólemo, reclamando el derecho del vencedor de apropiarse de la armadura del vencido. Lo hizo a horcajadas sobre el pecho del caído, con sus dedos temblorosos tirando del cuero rígido. Sintió una punzada y un agudo dolor y luego un chorro de sangre que le manó por el interior del muslo. El rostro de Neoptólemo esbozó una fantasmagórica sonrisa, sus ojos se abrieron y, con un suspiro, la luz se desvaneció de ellos.

Eumenes miró hacia abajo y vio que su adversario, ahora muerto, aún aferraba su espada, completamente ensangrentada. Se llevó las manos a la entrepierna: la herida no era profunda, pero sangraba profusamente. No obstante, aún había algo que necesitaba hacer antes de preocuparse de sus heridas. Tenía que ganar respeto.

Anegado de cansancio y luchando contra el deseo de cerrar los ojos y quedarse dormido allí mismo, Eumenes se incorporó penosamente con la coraza y, con un pie en el pecho inmóvil de Neoptólemo, alzó su espada.

—Tráeme mi caballo y ven conmigo, Barzid. Deja aquí a tus hombres para asegurarte de que no atacan de nuevo. —Levantó la cabeza y vio que la Caballería de los Compañeros volvía a formar a seiscientos o setecientos pasos de distancia—. Aunque dudo que tengan agallas para ello si Crátero de verdad

ha muerto. Habrá que comprobarlo.

La cabalgada entre las dos falanges opuestas, a mil quinientos pasos de distancia, fue algo sórdido, ya que, a esas alturas, todos habían oído el rumor de que Crátero, el más querido por el ejército macedonio desde hacía años, había caído en un conflicto civil. Todas las miradas se posaron en Eumenes mientras recorría las líneas al trote haciendo gestos a ambos lados para que mantuviesen sus posiciones.

—No atacaremos si os quedáis donde estáis.

La tristeza se apoderó de Eumenes cuando la realidad de la guerra civil le miró a la cara del mismo modo que él miraba al cráneo reventado de Crátero. La sangre y los sesos asomaban por una brecha que le dividía la cabeza en dos. Su *kausia* yacía en dos mitades, una a cada lado. Eumenes se arrodilló junto a Crátero y le tomó la mano fría con las dos suyas.

—Esto no debería haber pasado nunca —murmuró antes de mirar a la Caballería de los Compañeros de Crátero—. No deberíamos haber permitido que las cosas llegaran a este punto.

—Y, sin embargo, aquí está, muerto —dijo el comandante de la unidad con amargura en la voz.

Eumenes le colocó a Crátero las manos en el pecho y se puso en pie.

—En ese caso, asegurémonos de que no mueren más de nuestros compañeros. Uníos a mí. Nuestra fuerza combinada sería suficiente para medirse con Antípatro. Con Pérdicas en el sur y nosotros en el norte, podemos rodearle y obligarle a aceptar la paz. Esta podría ser la última batalla entre los generales de Alejandro, y tú puedes hacerlo posible.

El comandante parecía dubitativo.

Voy a necesitar hacer uso de toda mi capacidad de persuasión.

—¿Cómo te llamas?

—Xenias.

—Bien, Xenias, este es el trato que te ofrezco: no puedo evitar que tus jinetes se vayan si quieren, no tengo los hombres suficientes como para daros caza. Sin embargo, si decides quedarte, serás bienvenido a nuestras filas. Pero si optas por luchar, será un día sangriento y no saldréis bien parados. —Señaló el inmenso bloque de veinte mil infantes que aún no habían entrado en combate—. A la falange no puedo derrotarla, pero sí puedo rodearla y evitar que obtengan comida y agua hasta obligarlos a aceptar una rendición desfavorable. Ve a ellos de mi parte, Xenias, y ofréceles una amnistía si me

juran lealtad. Luego, juntos, enterraremos a nuestros muertos.

Las piras ardieron, luminosas, cuando el sol tocaba las colinas de Occidente. Ardieron más de trescientas, aunque ninguna tan alta como la del centro, porque sobre ella yacían y se consumían los restos del más grande general de Alejandro. Todos los que la contemplaban y habían servido con él lloraron y se preguntaron cómo se había permitido que ocurriera algo así.

—Enviaré una guardia de honor a Macedonia con sus cenizas —le dijo Eumenes a Xenias cuando las piras se extinguían—. Que Fila las entierre allí.

Xenias se secó las lágrimas de los ojos.

—Me gustaría encabezar esa guardia, señor.

Eumenes le miró de reojo.

—¿Sí? ¿Y adónde irías después?

Xenias no tenía dudas.

—Volveré y te serviré. Has demostrado ser un hombre honorable y valiente. Un hombre al que merece la pena seguir. Incluso…

—¿… aunque sea griego?

—No era eso lo que iba a decir, pero sí, incluso aunque seas griego.

—Gracias por el cumplido. —Eumenes se rascó la venda que tenía en el muslo; al menos la hemorragia se había detenido—. ¿Y qué hay de ellos? —preguntó señalando a la falange de Crátero, que presenciaba la pira de su general después de haberle jurado lealtad a Eumenes—. ¿Crees que ellos seguirán conmigo para cuando vuelvas?

Xenias negó con la cabeza.

—Creo que se irán con Antípatro en cuanto tengan la primera oportunidad.

—Y yo seré demasiado débil como para detenerlos. Me temo que tienes razón.

Así que, a pesar de haber obtenido dos victorias aquí, en el norte, en mi carta a Pérdicas tendré que decirle que ya son dos los ejércitos que se me han escapado. Volvió a observar las piras. *¿Cuántas de estas veremos antes de poder unirnos a Pérdicas y los dos reyes? ¿O debería, quizá, replantearme mis lealtades y esperar a ver qué ocurre en el sur? ¿Qué pasaría si, al final, Pérdicas no se alza con la victoria?*



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

Pérdicas hundió la cabeza en las manos cuando el decimoprimer sintagma consecutivo votó por absolver a Ptolomeo. *¿Cómo me he dejado convencer para llevar a cabo esta farsa?* Pero sabía la respuesta, y radicaba en los derechos de la soldadesca de Macedonia: cuanto más se aproximaban a la boca Pelusia del Nilo, el brazo más oriental del delta, en la frontera con Egipto, más ponían en cuestión la necesidad de esa guerra. Había sido Peitón, recién llegado de Oriente con su ejército y sus elefantes, el que le había recomendado convocar una asamblea para juzgar a Ptolomeo por rebelión ante los dos ejércitos combinados. Con lo que no había contado era con los espías de su campamento que habían informado a Ptolomeo, al otro lado del río, del juicio, dándole así la oportunidad de enviar abogados para su defensa. Dado que aún no había sido declarado culpable, Pérdicas no pudo hacer nada para evitar que hablasen. Sentado en una tarima con los dos reyes, el uno revolviéndose en brazos de su madre y el otro blandiendo su elefante de juguete mientras miraba embelesado y babeante a su esposa, Pérdicas tuvo que sofocar el impulso de ejecutar sumariamente a los apologistas de Ptolomeo.

Hablando con lenguas viperinas de seda, habían argumentado que Ptolomeo no era sino un hombre piadoso que estaba cumpliendo con su deber religioso, y que deshacer lo hecho sería atentar contra los dioses de Egipto, Babilonia y Macedonia misma.

Y entonces otro sintagma, seguido de otro, se proclamaron en favor de Ptolomeo. La autoridad de Ptolomeo se desvanecía y sus penurias aumentaban.

—¿Por qué permites que estos campesinos den su opinión? —siseó Roxana detrás de su velo—. No necesitan lenguas para luchar. Arráncaselas.

Pérdicas ignoró el comentario y deseó que aquella mujer se quedara en sus dependencias en vez de insistir en estar presente cada vez que su hijo tenía que presidir un acto. Pero no había nada que pudiera hacer para evitarlo, porque Filipo se había vuelto tan dependiente de Adea, o de la reina Eurídice, que se negaba a ir a ninguna parte sin ella. Y ambas debían ser tratadas de igual modo o, de lo contrario, no habría paz.

—Deja que hable con ellos —insistió Adea—. Siempre me han escuchado.

—Esta es una asamblea del ejército —espetó Pérdicas—, no una convención de lavanderas. No volveré a cometer el error de permitir que vuelvas a dirigir a las tropas.

¡Mujeres! Serán las primeras de las que me encargue cuando tenga a Alejandro y a Cleopatra a salvo en el norte.

—Esto te va a costar mucho dinero —dijo Seleuco cuando otras dos unidades absolvieron a Ptolomeo—. Dinero por delante y la promesa de una proporción más suculenta del botín de la tierra más rica del mundo puede que baste para convencerlos de cruzar el río. Una vez allí, bueno…

Pérdicas gruñó cuando, en tono de disculpa, anunció los votos de sus hombres a favor de Ptolomeo. *Seleuco tiene razón: el dinero tendrá que ser la respuesta. Suele serlo.*

—No lo comprendo —dijo Peitón cuando subía a la tarima, con el ceño fruncido y confuso al escuchar cómo la última unidad de su ejército votaba por la inocencia de Ptolomeo—. Creía que le serían leales a Alejandro.

Pérdicas se volvió a él, satisfecho por tener alguien en quien descargar su furia.

—Y yo pensé que me serías leal a mí y ¿qué has hecho? ¡Has intentado robarme al ejército! ¿Con qué propósito? ¿Eh? No, Peitón: eres la prueba viviente de que no se puede confiar en nadie y de que ninguna lealtad está garantizada.

—Estoy aquí, ¿no es así? Es más de lo que se puede decir de Peucestas. Ayudando a Eudemo, sátrapa de la India, con una rebelión en el este. Y una mierda, me habría enterado.

—Puede que fueras tú el causante de ella. Y ahora, por favor, necesito pensar.

—Dinero —le recordó Seleuco en tono servicial.

—Los muchachos han aceptado la oferta —le informó Antígenes a Pérdicas mucho después de que anocheciera al día siguiente.

Tenía los ojos rojos y profundas ojeras debido a la falta de sueño durante las negociaciones con sus Escudos de Plata desde que Ptolomeo fuera hallado inocente.

—Es la última unidad en aceptar —dijo Pérdicas con evidente alivio—. Ahora, quizá, podamos seguir adelante y recuperar el cuerpo de Alejandro antes de volver al norte y encargarnos de Antípatro.

—¿Y qué te hace pensar que el ejército estará de acuerdo con eso? —preguntó Seleuco.

Pérdicas frunció el ceño, incapaz de comprender.

Seleuco suspiró exasperado.

—Acabas de establecer un peligroso precedente: el ejército no estaba dispuesto a luchar contra otro ejército macedonio hasta que los has sobornado. Los chicos no son tontos; si tienes éxito en Egipto y ellos acaban saliendo de allí convertidos en hombres ricos, ¿para qué arriesgar la vida luchando contra los muchachos de Antípatro salvo por un incentivo aún mayor?

Pérdicas desestimó la idea con un petulante gesto de la mano.

—Peitón ha traído a los elefantes; unos cuantos más descontentos pisoteados hasta la muerte bastará para que el resto entre en razón.

—¿Y por qué no lo has hecho esta vez?

—Porque tú dijiste que el dinero era la respuesta.

Seleuco negó con la cabeza.

—Así es, y esa era la respuesta: ejecutar a los cabecillas esta vez habría supuesto la pérdida del ejército y tu vida. Ahora jugamos con reglas diferentes, Pérdicas. Ahora son macedonios que luchan contra macedonios; los muchachos no van a ser coaccionados solo porque aplastes a unos cientos. No; solo lucharán contra antiguos camaradas si el incentivo es lo bastante suculento, en particular si no les cae demasiado bien su general.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Tómatelo como quieras, Pérdicas. Solo he mencionado un hecho.

Yo te mencionaré otro hecho: eres hombre muerto si sigues hablándome así.

—Los hombres verán las cosas de otro modo después de que hayamos cruzado el río con éxito.

—Pero Ptolomeo ha evitado que Atalo acuda con la flota y no has traído

naves contigo. ¿Cómo vamos a cruzar?

Pérdicas agitó la mano quitándole importancia.

—El Oxo, el Indo y el Hidaspes; estuve en todos ellos con Alejandro. He aprendido del maestro. La clave es la velocidad. Será la velocidad la que nos sirva para cruzar el Nilo. Y empezaremos ahora, cavando un canal desde el Nilo Pelusio para desviar agua del cauce y hacerlo menos profundo para alcanzar más fácilmente la otra orilla.

—Esta vez tampoco ha funcionado —dijo Dócimo, el oficial que supervisaba los trabajos en el canal cuando informó a Pérdicas.

Pérdicas apenas pudo controlar el impulso de golpear al sujeto hasta que perdiera el sentido, y eso a pesar de su inamovible lealtad desde que muriera Alejandro.

—¿Por qué no? Es el tercer día consecutivo.

—Porque Ptolomeo siempre conoce nuestros planes. —Dócimo señaló a la otra orilla del Nilo Pelusio—. Está en aquel lado, y perdemos desertores todas las noches que van a unirse a él. Siempre sabe dónde vamos a cavar antes de que lo hagamos, despliega arqueros en botes para impedir el progreso y, al mismo tiempo, cava otro canal para que el nuestro resulte inútil.

Pérdicas dio un golpe en la mesa con las palmas de ambas manos.

—¡Pero tengo a seis mil hombres preparados para cruzar y establecer una cabeza de puente!

Dócimo se encogió de hombros.

—Y son seis mil hombres que van a oír rumores de otro fracaso —señaló Seleuco—. Seis mil hombres que van a sentirse aún más desilusionados con tu liderazgo.

Pérdicas se giró hacia él bruscamente.

—¿Por qué no puedes ser más positivo?

—Hago lo posible por ver algo positivo en una situación en la que Ptolomeo sabe, exactamente, lo que estamos a punto de hacer y en la que frustra nuestros planes día tras día. Mientras tanto, Antípatro se aproxima, y pronto nos empujará hacia el Nilo, ya que somos incapaces de cruzarlo.

—¿Qué hacemos entonces?

Seleuco no albergaba dudas.

—Dejar de perder el tiempo intentando vaciar el río de agua, encontrar un

vado por el que abrirnos paso y cruzar por allí, de noche, sin que le digas a nadie, ni siquiera a mí, cuál es tu objetivo.

Pérdicas valoró la sugerencia un instante.

—Sí, eso es lo que haré. Enviaré exploradores.

—No, Pérdicas. Si lo haces, Ptolomeo sabrá que planeas cruzar por sorpresa. Convoca a los exploradores y pregúntales cuál es el mejor lugar que han visto; luego toma la decisión y no se lo digas a nadie. Y enciérralos hasta que estemos en la otra orilla.

A lo largo de nueve horas, desde el ocaso, Pérdicas había llevado a su fuerza de asalto de seis mil hombres, incluido Antígenes y sus tres mil Escudos de Plata y treinta elefantes, hacia el sudoeste, siguiendo el curso del río. Avanzaban en silencio, con las armas envueltas en tela para silenciarlas y todo el equipo que necesitarían a la espalda, ya que Pérdicas tenía intención de que la sorpresa fuera completa.

Habían recorrido diez leguas y ya estaban en el punto de cruce elegido. El primer destello de un falso amanecer surgió del este mientras, en la penumbra, filas de hombres se alineaban junto a la orilla del río listos para cruzar en cuanto hubiera luz suficiente para ver.

—La velocidad es la clave —se repitió Pérdicas a sí mismo por centésima vez esa noche—. La velocidad es la clave para cruzar el río y adentrarse en la fortaleza, y, una vez dentro, el camino hacia Egipto estará abierto.

Fue con absoluta confianza que Pérdicas esperó a que el rojo intenso de la aurora se reflejase en las nubes altas del cielo del desierto. Alguien le había hablado de Kamelonteico, una fortaleza abandonada desde hacía cientos de años que custodiaba un vado olvidado tiempo atrás.

—Pero si tú sabes de este lugar, es evidente que Ptolomeo también —le había dicho al hombre que le informó de su paradero.

El sujeto se había encogido de hombros y se había limitado a decir que la última vez que pasó por allí, cuatro días atrás, en el fuerte aún no había ni rastro de presencia humana. Pérdicas hizo que amordazaran al informante y que le cargaran de cadenas para, acto seguido, salir con sus hombres esa misma noche.

El canto de los pájaros al amanecer y el lento chapoteo del agua del gran río era todo lo que se oía en aquellos momentos de quietud cuando nacía el nuevo

día. Pérdicas aguantaba la respiración de vez en cuando y durante largo tiempo mientras esperaba a que cayeran los primeros rayos del sol y dieran forma al agua.

Sin fanfarria y sin una sucesión de órdenes severas se ordenó el avance. Bastó con un gesto de la mano de Pérdicas.

Se adentró en el río cuando la otra orilla se hizo visible, y pudo ver, recortada, la silueta de la fortaleza. Sus pies chapotearon en el lodo del Nilo. El agua le llegó a las rodillas, luego a los muslos, la ingle, la cintura, el pecho y, para alivio de Pérdicas, el nivel del agua permaneció así, justo por debajo de sus hombros. Siguió adelante. La corriente era perezosa en aquel punto del río. Cincuenta pasos, cien, y entonces se halló a mitad de camino, a ciento cincuenta pasos de su objetivo.

Con el corazón palpitante, miró a su espalda para ver a Antígenes en cabeza de sus Escudos de Plata, sombras negras sobre el agua. Algunos portaban escalas sobre las cabezas. Continuó con la penosa marcha ayudándose con los brazos cuando un gritó rasgó el aire del amanecer. Miró hacia el norte y la bilis se le agolpó en la garganta. Allí, a la pálida luz, cientos de jinetes galopaban a toda prisa y, mientras los observaba, vio cómo se adentraban en la fortaleza.

Ptolomeo, maldito cabrón, ¿cómo lo has sabido?



PTOLOMEO, EL BASTARDO

—¡A las murallas! —gritó Ptolomeo cuando tiró de las riendas de su caballo y este se detuvo resbalando sobre las piedras del patio del fuerte.

Descabalgó de un salto, con la lanza aún en la mano, y subió las desgastadas escaleras que llevaban a lo alto del muro. Con los hombres tras él y las panoplias tintineando, alcanzó las almenas y, al mirar hacia el río, suspiró con alivio al comprobar que los enemigos más cercanos aún estaban a treinta pasos de la orilla occidental.

—¡He llegado antes que tú, Pérdicas! —le gritó a su otrora compañero—. Da media vuelta y regresa a Babilonia. Alejandro y Egipto son míos. Jamás te harás ni con el uno ni con el otro. Lo único que vas a conseguir es desperdiciar las vidas de tus hombres.

Pero Pérdicas siguió adelante, gritándoles a sus tropas para que apretaran el paso. A su espalda los elefantes empezaban a adentrarse en las aguas.

Así que al final hemos llegado a esto. Vamos a acabar luchando entre nosotros. ¿Qué pensaría Alejandro? Sonrió al pensarlo. *Claro, esto era lo que él quería. Estoy seguro. De lo contrario, habría dejado claro quién quería que le sucediera en vez de provocar este caos. Nadie te superará ya.* La sonrisa se convirtió en carcajada. *Pero me acercaré, siempre y cuando pueda mantenerte aquí.*

Riéndose del cinismo que el gran hombre había demostrado al garantizar que su nombre fuera siempre el más grande, Ptolomeo recorrió la muralla que daba al río animando a sus hombres mientras formaban y se preparaban para repeler el asalto que habrían de llevar a cabo antiguos camaradas. Todos conocían a los Escudos de Plata.

Las primeras escalas chocaron contra las murallas casi al tiempo. Dispuesto y con su lanza, Ptolomeo esperó a que los hombres que iban en cabeza treparan. Sin otra cosa que soldados de caballería armados con lanzas para dotar las defensas, no habría flechas ni jabalinas que abatieran a los atacantes. La infantería aún estaba a una hora de camino: tal había sido la preocupación de Ptolomeo cuando sus espías volvieron para informar de que Pérdicas se dirigía hacia el sur al abrigo de la noche, y que lo hacía con un pequeño contingente de infantes, algunas escalas y el apoyo de elefantes. El fuerte de Kamelonteico era el objetivo más obvio de aquella expedición, y Ptolomeo se había apresurado en la noche y con su caballería a evitar que Pérdicas se hiciera con él. No se engañaba: si Pérdicas tenía éxito, podría marchar sobre Menfis sin oposición, y el resultado estaba lejos de ser evidente.

Una estocada descendente contra la defensa alzada del primer Escudo de Plata que remontaba la escala fue el primer golpe de Ptolomeo en aquella guerra que enfrentaba a macedonios contra macedonios. Volvió a atacar con la lanza el escudo decorado con el emblema de Macedonia: el sol de dieciséis puntas tallado en el metal. Logró que la defensa se inclinase y, por un instante, el cuello del veterano soldado quedó expuesto. Un pálpito fue todo lo que necesitó Ptolomeo para hundir la punta de la lanza entre la coraza y la clavícula. Con un chillido, el soldado de barba gris, veterano de un sinfín de batallas y escaramuzas, arqueó la espalda cuando Ptolomeo giró el arma. Sus miradas se cruzaron un instante. Se conocían bien. Ptolomeo había compartido no pocos odres de vino con él y sus camaradas ante hogueras a lo largo y ancho de un imperio que ahora se volvía contra sí mismo. Ptolomeo liberó su lanza e intentó olvidar la imagen del moribundo cayendo sobre la masa de hombres que aguardaba a las faldas de la muralla. Ahora que aquella guerra había empezado, no había forma de detenerla. No habría espacio para los sentimientos, aunque hubiera razones para ello. Para ganar, se vería obligado a matar a antiguos compañeros, algunos de los cuales habría conocido personalmente. Incluso puede que tuviera que acabar matando amigos. Tal pensamiento no le produjo júbilo alguno cuando hundió la lanza en el siguiente hombre que trepaba por la escala. *Pero si esto es lo que hace falta para asegurar mi posición en Egipto, que así sea. Fue Pérdicas quien asestó el primer golpe, no yo. La muerte de ese hombre deberá pesar sobre su conciencia, no sobre la mía.*

Y seguían viniendo, emergiendo del Nilo envuelto en penumbra, empapados y cubiertos de barro, una oleada de oscuras sombras dispuestas al asalto,

remontando la orilla del cauce y trepando por las escalas a pesar de la firme y decidida resistencia. Incesante era el lanceo de los hombres de Ptolomeo, hombro con hombro a lo largo de los doscientos pasos de muralla. Descargaban estocada tras estocada, desplazando a los hombres de las escalas, cuya sangre brotaba en chorros negros en la luz grisácea al tiempo que acudían sus refuerzos. Ola tras ola atacaron, corriendo sobre los cuerpos de sus compañeros, pero los defensores se mantuvieron firmes y la marea cambió.

Pero los bestiales barritos que surgieron de la oscura distancia sirvieron para llenar de temor el corazón de Ptolomeo. Fueros estos los que le desvelaron la auténtica razón de que el empuje de la infantería hubiera cesado. Emergieron de la penumbra, sus pieles oscuras brillantes con la humedad del río ahora que la luz cobraba intensidad. Las siluetas se convirtieron en bestias de grandes orejas que aleteaban, de grandes trompas alzadas que emitían barritos tal y como les habían enseñado sus *mahouts* indios, a horcajadas estos últimos de sus cuellos.

En el lomo de cada uno de ellos iba un macedonio armado con una gran pica, de veinte pies de largo, con los tobillos atados a cuerdas que los sujetaban a la tripa del animal. Formaron una línea antes de recorrer el espacio que los separaba del fuerte: un muro de elefantes, cada uno de ellos con una protección de bronce en la cabeza, bestias de guerra en todo su esplendor, aproximándose a los antiquísimos sillares de Kamelonteico, descuidados durante siglos, ruinosos y desconchados. Lo que Pérdicas pretendía era evidente, ya que los elefantes no pueden saltar ni trepar escalas.

—¡A los ojos! ¡A los ojos! —gritó Ptolomeo cuando, con barritos capaces de reventar tímpanos, avanzaron aquellos arietes orgánicos.

Antes de que las lanzas de caballería de los defensores pudieran causar daño, las largas picas de los hombres encaramados a los paquidermos amenazaron sus caras. Los hombres se agachaban y apartaban de las puntas mortíferas que golpeaban y cortaban, que abrían las mejillas y las gargantas de hombres incapaces de defenderse. Hubo algunos que arrojaron sus lanzas como si fueran jabalinas, perdiéndolas sin causar demasiado daño, ya que ninguna de ellas llegó a derribar a un solo *mahout* ni a un solo lancero, sino que acababan desviadas por las pieles rugosas de las bestias. Los piqueros eran rápidos y letales, de modo que nadie fue capaz de alcanzar a los elefantes antes de que, como si fueran uno, sus treinta cabezas de bronce empezaran a golpear el antiguo muro ribereño de Kamelonteico.

Las murallas temblaron como si hubieran sido alcanzadas por el rayo de Zeus.

Los *mahouts* hicieron que sus animales retrocedieran unos pasos solo para volver a avanzar, y, una vez más, los muros temblaron. Ptolomeo se tambaleó y la punta de una pica pasó siseando junto a su cara. Los monstruos volvieron a retroceder una vez más mientras la infantería, tras ellos, jaleaba sus esfuerzos.

Ptolomeo supo que la antigua estructura no aguantaría el envite de aquellas armas modernas cuando empezó a ver grietas bajo sus pies.

Si Pérdicas toma el fuerte y logra cruzar con su ejército, mi posición se volverá precaria, y si estas bestias siguen así, entonces la probabilidad de que ocurra es alta.

Y así, con poco que perder, Ptolomeo se inclinó a un lado, desvió una pica con el antebrazo, la aferró y tiró de ella con un movimiento brusco y brutal con el que arrancó el arma de las manos de su propietario. Con manos ágiles, palmo a palmo, Ptolomeo tiró de la pica hacia arriba y le dio la vuelta. Lanzó una estocada contra el ojo de una de las grandes bestias. Esta, enloquecida de dolor, retrocedió y ofreció un terrible barrito a los cielos. El macedonio que lo montaba, desarmado, cayó al suelo, solo para ser pisoteado por los grandes pies, mientras el *mahout* se aferraba al animal con total tenacidad. Ptolomeo cambió de ángulo y volvió a atacar. Esta vez el arma rebotó de la cabecera de bronce de la bestia, que volvía a embestir contra un muro que se desintegraba por momentos. Una vez más tembló el suelo y el aire se llenó de más vítores de los expectantes Escudos de Plata y, una vez más, Ptolomeo descargó una estocada con la pica. Esta se hundió en el segundo ojo, cegando al paquidermo, que, aterrorizado, se giró hacia la derecha impactando contra el elefante que tenía al lado, sobresaltándolo. El animal retrocedió y volvió grupas, mientras el *mahout* rebuscaba con una mano en la bolsa que le colgaba de la cintura. Empezó a correr en dirección opuesta, golpeando al animal que tenía a la izquierda y provocando el pánico en este mientras, cegado, volvía a cambiar de dirección. El terror se propagó entre las bestias, que perdieron cohesión cuando, una tras otra, se vieron contagiadas por la locura del animal cegado. Inclinados ahora en el parapeto, los defensores usaron sus lanzas más cortas sin miedo a unos piqueros que pugnaban por seguir montados y que era incapaces de blandir sus armas. Con una estocada tras otra, herían a los paquidermos, forzándolos a retroceder. Estos empezaron a dar la vuelta y cargaron contra los Escudos de Plata, que los observaban, obligándolos a huir a la relativa seguridad del Nilo no sin antes aplastar a algunos de ellos,

haciendo estallar tripas y cabezas como si de uvas maduras se trataran.

El ejército de Pérdicas se retiró al otro lado del río mientras los elefantes chapoteaban en la orilla, revolviendo el lodo y convirtiendo las aguas en una masa espesa y marrón. Mientras se calmaban, el *mahout* de la bestia cegada logró sacar una estaca y un martillo de la bolsa. Colocó aquella con firmeza en la nuca del animal y la golpeó con todas sus fuerzas, hundiendo el hierro en el cerebro de la bestia como último acto de clemencia. El *mahout* lo hizo con lágrimas en los ojos, derramadas por el paquidermo con el que llevaba media vida. El elefante se desplomó aplastando a un hombre herido que se revolvía en el suelo. El *mahout* dio un salto y, a la carrera, se unió al resto del ejército, que se retiraba de su intento fallido de cruzar el río.

Recoger los cadáveres de antiguos compañeros fue una tarea lúgubre, y Ptolomeo se aseguró de que fuera hecho con el respeto y la solemnidad que merecían. Las piras se levantaron en la orilla del Nilo, y el ejército de Pérdicas observó desde el lado opuesto cuando fueron encendidas. Con el humo ascendiendo en espiral hacia el cielo del desierto, privado de nubes, los Escudos de Plata alzaron las espadas en honor a sus camaradas muertos y a los hombres que habían mostrado el debido respeto por ellos en su muerte.

Ptolomeo contempló, con una sonrisa en los labios, cómo Pérdicas intentaba hacer que los Escudos de Plata se pusieran en marcha. Sus aullidos se oían desde el otro lado. Pero aquellos no se fueron hasta que la última pira se hubo extinguido, y entonces, con un último saludo, se dirigieron al este, dejando atrás el río.

¿Y ahora qué, viejo amigo? ¿Vas a desperdiciar más vidas o vas a dejarnos en paz, Pérdicas? ¿O debería buscar el modo de darle a esto una solución permanente? Se dirigió a Arrideo, a su lado.

—Creo que va siendo hora de abrir negociaciones con los oficiales de Pérdicas.



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

La derrota era un plato que Pérdicas jamás había saboreado. Y era amargo. Más amargo de lo que hubiese podido imaginar. Ninguno de sus hombres u oficiales podían mirarle a los ojos mientras recorrían el lento y triste camino hacia Oriente, lejos de Ptolomeo.

Después de haber ordenado al resto del ejército, con el que iban los dos reyes, que se uniera a él, Pérdicas hizo que se dispusiera el campamento a una legua del río. Fue con creciente vergüenza que despachó a los hombres y llamó a los oficiales a su tienda para recibir sus informes. Jamás había pensado que pudiera llegar a sufrir un revés, nunca; pero también era cierto que jamás había luchado contra macedonios.

La realidad de la situación fue expresada por Seleuco:

—Cuando un macedonio se enfrenta a un macedonio, siempre hay un perdedor macedonio, y hoy has sido tú. La clave está en no acostumbrarse a ello.

—¿Entonces qué hago? Si vuelvo ahora, después de una derrota, entonces no soy más que un general derrotado carente de autoridad.

—Eso ya lo eres. Y ni siquiera puedes valorar la idea de dar media vuelta. El único modo de sobrevivir es avanzar y obtener una victoria, tomar Menfis y derrotar a Ptolomeo.

—Sí, pero ¿cómo?

—Con rapidez.

—Eso no ayuda.

Pero a Pérdicas le sorprendió la velocidad con la que la solución se presentó

ante él, porque, aun sabiendo que la retirada constituía un suicidio, no tenía más opción que avanzar esa noche por el Nilo Pelusio hacia Menfis. *Es lo que habría hecho Alejandro. Velocidad, siempre la velocidad. Ptolomeo no esperará que me dirija al sur. Veamos lo que trae el amanecer.*

—Es una isla —confirmó Peitón cuando el sol naciente desveló otro brazo del río—, justo en medio del canal, lo bastante grande como para que acampe el ejército al completo.

Seleuco lanzó un palo al río y observó cómo flotaba y cómo ganaba velocidad cuando más se alejaba de la orilla.

—La corriente es más fuerte aquí que cauce abajo, pero podemos cruzar en dos tandas.

Pérdicas miró al norte.

—No hay ni rastro de Ptolomeo, le hemos burlado. Hagamos esto lo más rápido posible. Antígenes, llévate a tus muchachos primero y busca un buen lugar para cruzar al otro lado. Yo te seguiré con el resto de las tropas.

Las primeras unidades de Escudos de Plata penetraron en el río. El agua les llegaba al cuello, pero se prepararon para recibir corrientes aún más fuertes, ya que no había ni una legua hasta el lugar en el que el Nilo alcanzaba sus brazos más estrechos del delta, lo que aumentaba la presión de la corriente. Aquellos hombres, veteranos de muchos cruces, alcanzaron la isla. Algunos fueron arrastrados y su equipo se los llevó al fondo.

—Envía a los elefantes para que hagan una barrera a cien pasos río arriba —le ordenó Pérdicas a Seleuco mientras el resto del ejército formaba en columna —; desviará la corriente mientras Peitón y yo lideramos a los demás.

Seleuco no parecía muy convencido.

—¿Es sensato? Son bestias pesadas, no son caballos.

—¡Hazlo!

Seleuco se encogió de hombros y se fue, sin prisa alguna por cumplir la orden.

Ocupando su lugar a la cabeza de la columna, Pérdicas se adentró en el agua mientras mantenía la mirada fija en el norte. *Aún sin rastro de Ptolomeo; lo conseguiremos.*

Más unidades siguieron a los Escudos de Plata cuando completaron la primera etapa del cruce hasta la isla. Hacia el sur accedían los elefantes, que

formaron una línea desde la orilla hasta la isla que quebró la corriente. Pero las grandes bestias causan grandes efectos, y cuando Pérdicas estaba a mitad de camino, el efecto producido por el tamaño de los elefantes se hizo evidente: hasta el centro del río, donde la parte más profunda del vado alcanzaba el cuello, llegaba un remolino de aguas lodosas de color marrón oscuro que alcanzó a las líneas de hombres. Entonces empezaron a oírse los gritos. Muchos se hundieron, solo para volver a emerger en busca de aire. La tierra removida por los elefantes, barrida corriente abajo, recorría el lecho del río y levantaba el barro, de modo que Pérdicas sintió que el pie se le hundía en lo que poco antes había sido un lecho firme. Entonces perdió todo contacto con el fondo. Las aguas, que le llegaban hasta el cuello, pronto adquirieron una profundidad mortal. El pánico se extendió entre aquellos que aún tenían la cabeza fuera del agua. Algunos siguieron adelante para ganar la isla, otros dieron media vuelta para regresar a la orilla, pero el lodo se hacía cada vez más abundante y la fuerza de la corriente aumentaba.

Pérdicas fue arrastrado, las pesadas aguas le tiraban de las ropas. Agitó los brazos y volvió a la superficie. Dio una larga bocanada de aire y escupió agua por la boca. Viendo que el cruce se había tornado en caos, dio media vuelta, desalentado y desesperado, y se esforzó por volver a la orilla, luchando contra una corriente que instantes antes había sido dócil y ahora se volvía tan fuerte que ni siquiera hacer pie en el lecho garantizaba la supervivencia. Decenas, y luego cientos, fueron arrastrados mientras agitaban los brazos, chillaban y pugnaban por respirar. Sus camaradas, tanto desde la orilla como desde la isla, contemplaban horrorizados su angustia, que ahora atraía una nueva amenaza, una muerte más amarga. Chapoteando y deslizándose por las aguas con monstruosa habilidad, a través de las aguas arremolinadas, acudían los cocodrilos del Nilo dispuestos a darse el banquete que este les ofrecía.

Pérdicas pasó nadando junto a una de esas bestias, y dio gracias de no ser él quien fue arrastrado por unos dientes afilados diseñados para ahogar y comer, aunque no necesariamente en ese orden. Las aguas marrones empezaron a volverse espesas de sangre. Sintió que el pánico se apoderaba de él y sustituía la desesperación a medida que aparecían más y más bestias de lomo nudoso, con bocas abiertas que se cerraban en un instante y colas que azotaban el agua.

Pérdicas hizo un esfuerzo más con los brazos y no tardó en llegar a una zona menos profunda. Al hacer pie avanzó como pudo y alcanzó la orilla. Unas manos fuertes le sacaron del río y cayó desplomado, de bruces en el suelo,

respirando entrecortadamente y haciendo lo posible por sofocar el pánico. Y cuando este le abandonó, regresó la desesperanza, porque, ante todos, había vuelto a fallar.

—Allí está Ptolomeo —dijo Peitón al tiempo que se sentaba a su lado—. Ha llegado justo a tiempo para ver cómo echas a perder las vidas de tus hombres. Y, francamente, después de lo que me hiciste, no me inspiras ninguna simpatía.

Pérdicas alzó la mirada y vio cómo Peitón le sonreía. Abrió la boca para responder, pero luego volvió a cerrarla, ya que no había defensa alguna que pudiera absolverle de haber derrochado a sus hombres. La prueba la tenía a su alrededor: hombres aullando mientras sus miembros eran masticados, luchando contra las aguas revueltas o, simplemente, para quienes lo peor había pasado, flotando boca abajo.

—Sin embargo, Ptolomeo aún muestra respeto —dijo Peitón—. Ya está enviando partidas para que recojan cuerpos de la orilla.

Las piras refulgieron hasta bien entrada la noche, porque había combustible con el que alimentarlas. Su hedor atormentaba a Pérdicas, sentado en su tienda, solo, bebiendo. No había hecho llamar a ninguno de sus oficiales: tal era su humillación.

—¡Exijo que me sea permitido el paso! —les chilló Roxana a los guardias en el exterior—. ¿Cómo te atreves a cortarle el paso a una reina?

—¡Tu no eres la reina! —gritó Adea—. Yo soy la reina, y exijo ver a Pérdicas. Exijo volver a la civilización. El rey empieza a parecer un estúpido sufriendo una derrota tras otra.

—Ese baboso no tiene nada de rey —siseó Roxana—, y tú no eres ninguna reina. ¡Exijo que se me deje entrar!

—No puede entrar nadie —dijo el capitán de la guardia, pues tales eran sus órdenes, dado que Pérdicas no podía enfrentarse a nadie.

—En ese caso, me quedaré aquí hasta que salga.

—¡Yo también!

Pérdicas hundió la cabeza en las manos y esbozó una especie de sonrisa. *Qué irónico resulta que un desastre como este pueda unir a dos rivales acérrimas. Que esperen.*

Vació el cuenco de un trago, luego lo rellenó hasta el borde y contempló el anillo de Alejandro que llevaba en el dedo. *Te maldigo por habérmelo dado a mí, Alejandro. Te maldigo por no haberme nombrado, te maldigo por maldecirme con ese epíteto:*

el casi elegido.



SELEUCO, EL ELEFANTE

—Cientos, incluso puede que miles de buenos muchachos macedonios. Ahogados y devorados. Es una muerte que solo les desearía a mis peores enemigos. —Seleuco miró el brillo de la lámpara de aceite. La llama se mecía al capricho de la leve brisa que entraba por las lonas abiertas de su tienda de campaña. Negó con la cabeza, incrédulo, y luego miró a sus dos compañeros —. ¿Y para qué? ¿Por la ambición de Pérdicas? Una ambición que supera con creces su habilidad. Se lo advertí, le dije que los elefantes eran demasiado grandes, ¿y acaso me prestó oídos? ¿Acaso escucha alguna vez? —Dio un golpe con el puño en la mesa de campaña, y la lámpara, así como una jarra medio llena de vino, saltaron por los aires al tiempo que el frágil mueble se astillaba bajo el peso del golpe—. Todos tenemos la culpa por permitir que esto haya llegado tan lejos y que hermanos luchen contra hermanos. ¿Podemos permitir que llegue más allá? *Pero no seré yo quien sugiera lo que debemos hacer; que sean Antígenes o Peitón los que lo hagan. No seré yo quien abogue por el asesinato.*

Seleuco estudió a sus dos acompañantes, sentados y con la cabeza inclinada, que contemplaban el contenido de sus cuencos. Desde el exterior llegaban las voces airadas de una acalorada discusión. *Por lo que parece, los muchachos se sienten igual que yo. No sería difícil convencerlos. Y entonces… entonces tendré Babilonia al alcance de la mano. Estoy muy cerca. Solo hace falta un poco más de paciencia.*

Era precisamente el arte de la paciencia el que Seleuco había estado practicando desde la muerte de Alejandro, porque, aunque no fuera uno de los siete, sí era un hombre de habilidad militar y de contundencia mental y física. En resumen, sabía que a medida que fueran cayendo sus superiores él

ascendería. Leonato había muerto y Pérdicas no estaba lejos de unirse a él. Se abrían huecos en la cima.

—Hoy han muerto más de cuatrocientos de mis Escudos de Plata —dijo Antígenes con voz lúgubre y el cuenco casi vacío—. ¡Cuatrocientos! Han luchado contra griegos, persas, bactrios, sogdianos, indios…, de todo, y van a acabar muriendo a manos de compatriotas o por la incompetencia de su comandante.

Toca un poco de falsa precaución.

—Pérdicas sigue ostentando la autoridad que le confiere el anillo, aunque no sea ningún Alejandro.

—Tal y como ha demostrado después de meter a los elefantes en el río en contra de tu advertencia —dijo Antígenes sin apartar la mirada del cuenco que tenía en las manos—. Pero un anillo no hace la grandeza de un hombre, y tampoco confiere autoridad. Lo que la da es tomar decisiones rápidas en las que los hombres puedan confiar porque creen en una capacidad estratégica y táctica, no tiene nada que ver con las joyas. Hay una gran diferencia.

—¿Y dónde están las naves? —rugió Peitón—. Para cruzar un río lo que hacen falta son naves, no elefantes.

Bien, si hasta eso ha penetrado en la mollera de Peitón, debe de resultarle obvio a todo el mundo. Una defensa más de Pérdicas y me dejaré convencer.

—Ptolomeo bloqueó el río para que Atalo no pudiera llegar hasta nosotros con la flota.

—Pero sabíamos que debíamos cruzar el Nilo —insistió Antígenes—, y, sin embargo, ni siquiera trajimos pequeñas embarcaciones. ¿Acaso un táctico avezado como Alejandro habría cometido ese error?

Seleuco sonrió con pesar.

—De haber cometido ese error, nos habría hecho construir balsas, como cuando cruzamos el Hidaspes.

—Y ahí está la diferencia —gruñó Peitón antes de vaciar su cuenco.

Bien, parece que queda claro. Ahora tengo que hacer que den con la solución.

—Caballeros.

Seleuco giró la cabeza hacia la entrada, de donde provenía la voz, y vio la silueta de un hombre.

—¿Arrideo?

—Sí, Seleuco. Vengo con un mensaje de Ptolomeo.

Arrideo se recostó cuando acabó de hablar y el silencio se apoderó de la tienda de campaña cuando los presentes comprendieron lo que significaba el mensaje. En el exterior crecía la ira de un ejército derrotado.

Seleuco observó a Antígenes y a Peitón: ninguno de ellos osaba mirarle a los ojos. *Parece que me va a tocar responder a mí.*

—Así que Ptolomeo se quedará con el cuerpo de Alejandro y, a cambio, no le dará nada a Pérdicas. ¿Es eso lo que estás diciendo, Arrideo?

Arrideo inclinó la cabeza.

—Pérdicas no está en posición de exigirle nada a Ptolomeo. Ptolomeo está demostrando mesura al no hacer llamar a su flota para cruzar el río y obligarle a plantar batalla, macedonio contra macedonio. Desea que os diga que hoy mató a un viejo camarada con el que había compartido vino junto a la hoguera, y que no desea repetir esa experiencia. No fue él quien comenzó la lucha. Tan solo cumple con el mandato de los dioses de traer a Alejandro a Egipto. El ataque de Pérdicas ha sido un acto impío.

Seleuco abortó una carcajada.

—Dejemos a un lado las tonterías religiosas, Arrideo. Todos sabemos que el sueño de Ptolomeo era políticamente muy conveniente para él, del mismo modo que a Pérdicas le convenía llevarse a Alejandro a Macedonia. Así que seamos pragmáticos con los términos. Lo que estás diciendo es que Ptolomeo se queda con Alejandro, que nadie podrá reclamarlo, que dejemos de luchar entre nosotros antes de que lleguemos a un punto del que no haya retorno, y que todos volvamos a nuestras satrapías y nos dejemos en paz. ¿Es eso?

—Un perfecto resumen.

Y lo único sensato que se puede hacer, con una pequeña salvedad: que no volveremos todos.

—¿Y si Pérdicas no acepta cuando se lo propongamos?

—Entonces Pérdicas será el único obstáculo hacia la paz.

Por fin lo ha dicho alguien.

—¿Y Ptolomeo estaría de acuerdo con que se retirara ese obstáculo?

—Lo que quiere Ptolomeo es que no se derrame más sangre macedonia. A ese fin, espera mi señal al otro lado del río para venir hasta aquí y sellar la paz con quienquiera que esté al mando. —Levantó la ceja transmitiendo complicidad.

Seleuco volvió a mirar a sus dos compañeros. Esta vez ambos le miraron a los ojos y asintieron levemente. Se volvió a dirigir a Arrideo.

—Muy bien. Hazle la señal a Ptolomeo para que venga. Yo mismo garantizo

su seguridad. Cuando llegue, podrá hablar de paz.

—¿Podrá dirigirse a las tropas?

Seleuco volvió a mirar a Peitón y a Antígenes; ninguno de ellos mostró objeción alguna.

—No veo por qué no.

—Bien. —Arrideo se puso en pie—. Me alegra que nos hayamos entendido, caballeros. Ptolomeo estará aquí muy pronto.

Con un leve asentimiento Arrideo salió de la tienda de campaña.

—Creo que todos sabemos cuál es nuestro deber —dijo Seleuco después de unos instantes reflexivos. Dio una palmada en su espada y se incorporó—. Será mejor que vayamos a ver a Pérdicas a ver si lo comprende.

Rodeados de un ambiente rayano en la ira, caminaron hacia la tienda de campaña de Pérdicas en el centro del campamento. Hicieron falta todos los esfuerzos de su escolta para seguir avanzando: tal era el deseo de los hombres de hacer partícipes de sus quejas a sus comandantes.

—¡Esto se va a resolver muy pronto! —gritaba Seleuco mientras caminaban —. Dejadnos pasar: vamos a hablar con Pérdicas en vuestro nombre.

La multitud se hacía cada vez más densa cuanto más se acercaban a la tienda de Pérdicas. La guardia hacía lo posible por mantener un perímetro formando un muro con sus escudos. Unos agudos chillidos se superponían al barullo masculino. Delante de todos, y pidiendo acceso a la tienda de Pérdicas, Adea y Roxana se encaraban con la guardia. *Unidas por la pérdida de dignidad; una buena indicación de lo mal que están las cosas en el ejército real es que esas dos hacen causa común.*

—¡Seleuco! ¡Necesitamos hablar!

Seleuco se giró y vio a Casandro abriéndose paso entre la multitud. Le hizo un gesto a su escolta para que le dejaran pasar.

—Así que Babilonia te resultaba demasiado cálida en esta época del año, ¿verdad?

Casandro sonrió con el encanto de un perro rabioso.

—Me escapé en cuanto pude. Si Pérdicas se creía que iba a quedarme allí esperando el cuchillo del asesino, es que está enajenado.

—Eso, creo, es algo en lo que todos podemos estar de acuerdo. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Vengo de parte de mi padre. Sugiere que nos sentemos todos a una mesa a

parlamentar.

—Ptolomeo acaba de sugerir lo mismo.

—En ese caso, podemos confiar en que Pérdicas entre en razón. Neoptólemo se ha unido a nosotros y él y Crátero han ido al este a encargarse de Eumenes. Mi padre viene hacia el sur y Crátero se unirá a él en cuanto haya derrotado a Eumenes.

—¿Se sabe cómo va la campaña?

Casandro se encogió de hombros.

—No se sabía nada cuando salí, hace cuatro días, pero solo es cuestión de tiempo que Crátero acorrale al griego y le convenza para que se rinda o bien le aplaste. Su ejército cuenta con el doble de efectivos.

—Y no deja de ser Crátero —añadió Seleuco—. Quédate aquí; quienquiera que salga de esa tienda estará dispuesto a sentarse con tu padre y con Ptolomeo.

—Sugiere como punto de encuentro los parques reales de caza conocidos como los Tres Paraísos, en las colinas al norte de Tiro. La brisa marina nos hará bien a todos.

Seleuco apretó el hombro de Casandro.

—Confío en que así sea.

Seleuco dio media vuelta y se aproximó al capitán de la guardia.

—No le está permitido el paso nadie —dijo el hombre con firmeza.

—Harás una excepción con nosotros. No queremos más muertes innecesarias hoy, ¿a que no?

El hombre bajó la mirada y vio que Seleuco aferraba la empuñadura de su espada y que la desenvainaba una escasa pulgada.

—Pero mis órdenes…

—No son apropiadas. El ejército está al borde del motín y el comandante en jefe se encierra y se niega a hablar con nadie. Hazte a un lado.

Con otra mirada a la espada de Seleuco y luego al rostro decidido e imponente que se cernía sobre él, el capitán se apartó.

Seleuco apartó las lonas de la tienda.



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

Unos chillidos femeninos sacaron a Pérdicas de su ensimismamiento. Se abrieron las lonas de la tienda.

Pérdicas se puso en pie y Seleuco, Peitón y Antígenes se abrieron paso entre la guardia, que corrió, acto seguido, a detener a Roxana y a Adea para que no los siguieran.

—¡He dicho que no quiero que se me moleste!

La sonrisa de Seleuco no se extendió a sus ojos.

—Sí, otra orden inapropiada. Debes de estar harto de darlas.

—¿Qué queréis?

—Casandro acaba de llegar al campamento.

—¿Casandro? Pero se supone…

—Que debería estar en Babilonia, lo sé. Pero huyó con su padre en cuanto te fuiste, como seguramente sabías que haría.

Pérdicas frunció el ceño, confundido.

—Vaya, así que creías que haría lo que ordenaste y que permanecería como rehén en Babilonia. Y yo que pensaba que estaba siendo astuto dándole la oportunidad de escapar para no tener una razón más para la guerra con Antípatro… Qué necio soy. Tan solo estabas siendo el idiota de siempre. Sea como sea, está aquí en nombre de su padre, y este plantea que deberíamos sentarnos a hablar antes de que todo empeore.

Pérdicas se encaró con su segundo al mando.

—Antípatro tiene a Eumenes y a Neoptólemo a la espalda: no puede venir al sur y, por tanto, no está en disposición de exigir nada.

—Error. Neoptólemo ha desertado, tal y como hizo Clito, y se ha unido a Crátero para acabar con Eumenes. Antípatro tiene el camino libre para venir hacia el sur, y él y Ptolomeo pueden aplastarnos entre ambos. ¿Acaso es eso lo que quieres? ¿Más sangre macedonia sobre tu conciencia?

Pérdicas miró a Seleuco y luego a Antígenes y a Peitón, completamente descolocado, mientras jugueteaba con el anillo que llevaba en el dedo. *Creen de verdad que todo esto es culpa mía. Yo, el portador del anillo de Alejandro. La culpa es de los que me han desobedecido, no mía.*

—Se acabó, Pérdicas —espetó Seleuco—. Ptolomeo también ha enviado un mensaje, y está cruzando el río en un bote. —Dio un par de pasos al frente—. ¿Qué te parece, Pérdicas? Un bote. ¿Por qué no trajimos botes con nosotros? En cualquier caso, él también quiere hablar.

—¿De qué? No tengo nada que decirle hasta que no me devuelva el cuerpo de Alejandro.

—No va a devolverte el cuerpo, y tú no vas a ser capaz de arrebatárselo. Olvida a Alejandro. Su lugar de descanso será para siempre Egipto.

La rabia se apoderó de Pérdicas cuando vio cómo todo lo que había luchado por conseguir le estaba siendo arrancado.

—¡Me haré con su cuerpo! No se hablará de nada hasta que me lo devuelva. ¡A mí! ¡A su heredero! Y le enterraré… —Se detuvo abruptamente cuando se percató de lo que estaba diciendo.

Seleuco negó con la cabeza y esbozó una media sonrisa.

—No, Pérdicas, no lo eres. Ninguno de nosotros lo somos, y ese, precisamente, es el problema. Los herederos de Alejandro son un idiota y un bebé, y yo creo que es lo que quería. Ahora Antípatro ofrece parlamentar en los Tres Paraísos. Ptolomeo está al llegar y Casandro está aquí. Viajemos al norte y acordemos la paz.

No permitiré que se me convoque a nada.

—Que vengan ellos. Si quieren hablar de paz, será en mi campamento y ante el catafalco de Alejandro. Esas son mis condiciones.

Antígenes apartó a Seleuco a un lado.

—Pensamos que esa sería tu actitud al respecto. Bien, me temo que salta a la vista que es demasiado tarde para que aprendas.

El puñetazo en las costillas cogió a Pérdicas por sorpresa. Sus ojos se abrieron al máximo y vio cómo una daga se le hundía en el pecho. La sangre afloró en su túnica. Alzó la cabeza y miró a Antígenes a los ojos al tiempo que

Peitón y Seleuco también le apuñalaban. Una estocada cada uno.

—Deberías haber sabido que las cosas acabarían así —dijo Seleuco con voz casi amable—. No naciste para la política, pero jamás llegaste a admitirlo. Piensa en ello mientras te desangras.

Los ojos de Pérdicas bailaron cuando Seleuco, Peitón y Antígenes dieron media vuelta y se fueron. Se tambaleó y sintió que las piernas no le sostenían. Sintió también que la sangre le subía por la garganta y cayó de rodillas, inclinó la cabeza hacia atrás y el peso de esta le hizo desplomarse de espaldas.

Sus ojos se nublaron mientras le latía el corazón en los tímpanos y le envolvía una paz que no había sentido desde que Alejandro le entregara la carga que había acabado convirtiéndose en su ruina.

Oyó unos débiles pasos junto a su cabeza. Intentó mirar, pero todo era blanco, y la distancia entre él y sus pensamientos cada vez era más acusada. Sintió un pequeño tirón en el dedo y, a pesar de la serenidad en la que estaba cayendo, sonrió. Sabía lo que aquello significaba. Era otro el que ahora tomaba el relevo y la carga del legado de Alejandro.

Nota del autor y agradecimientos

El principal problema que tenemos con las guerras de los diádocos, los sucesores de Alejandro, es la cronología. Existen dos posibles cronologías, las llamadas alta y baja. Ambas difieren notablemente entre sí: la alta coloca la muerte de Pérdicas en el 321 a. C. y la baja, en el 320, lo que supone considerables efectos en cadena para la cronología histórica. En esta novela me he decantado por la cronología alta; sin embargo, he procurado no ser demasiado específico con el paso del tiempo al relatar los acontecimientos de aquellos años cruciales.

Casi todos los acontecimientos que tienen lugar en la novela están avalados por alguna de las pocas fuentes primarias. De hecho, no hay razones para inventar acontecimientos, dado que sería difícil superar los hechos: el aplastamiento de los partidarios de Meleagro, o los envenenamientos de las dos rivales de Roxana y el modo en que esta se deshizo de los cuerpos tirándolos a un pozo o el frenético combate cuerpo a cuerpo entre Eumenes y Neoptólemo son difíciles de mejorar. Sí que he añadido, no obstante, algunas cosas a la realidad: por ejemplo, he hecho que el catafalco de Alejandro fuera construido en una estancia cuyas puertas eran demasiado pequeñas para darle a Arrideo un motivo más para traicionar a Pérdicas. El intento de envenenamiento de Filipo por parte de Roxana y que fuese obligada a administrarle el antídoto es ficción, pero estos casos son pocos y están dispersos.

Del mismo modo, casi todos los personajes existieron, incluido Arquias, el cazador de exiliados, quien, efectivamente, había sido actor de tragedias. Babrak, el mercader, y la esposa de Antípatro, Hiperia, son los personajes ficticios más prominentes, aunque es evidente que Antípatro tenía una esposa con la que se mostró muy activo, dado que su hijo menor, Triparadeiso, nació tan solo un año, más o menos, antes de su muerte. Lo que no conocemos es el nombre de ella.

Dado que las fuentes primarias son, en su mayor parte, pocas y fragmentarias, me he basado mucho —y estoy en deuda con ellos— en libros de Historia modernos y biografías: *Ghosts on the Throne,* de James Romm, y

Dividing the Spoils, de Robin Waterfield, han sido mis libros de cabecera, y resultan lecturas altamente recomendables. La biografía de Jeff Champion sobre Antígono, el libro *Rise of the Seleukid Empire,* de John Grainger, y *Wars of Alexander's Successors,* de Bob Bennet y Mike Roberts, también son excelentes formas de explorar el período, y quiero darles las gracias a todos ellos.

También quiero dar las gracias a Will Atkinson y a Sara O'Keeffe, de Atlantic Books, por publicar la nueva serie, y a mi agente, Ian Drury, por persuadirlos de que la compren. También quiero dar las gracias a Susannah Hamilton, Poppy Mostyn-Owen y a todos los integrantes de Atlantic/Corvus por todo el trabajo que implica publicar un libro.

Una vez más, mi amor y mi agradecimiento a mi esposa, Anja, por soportar la distracción que han supuesto los seis meses que me ha llevado escribir esto y por su constante apoyo.

Y, finalmente, gracias a ti, querido lector, por acompañarme en esta aventura. Espero haber conseguido hacerla lo bastante emocionante como para que la hayas seguido hasta el final.

El legado de Alejandro continuará en *Los Tres Paraísos*.

Índice de contenido

1. Mapa del imperio de Alejandro Magno
2. Lista de personajes
3. Prólogo
4. Pérdicas, el casi elegido (1)
5. Antígono, el tuerto (1)
6. Roxana, la gata salvaje (1)
7. Ptolomeo, el bastardo (1)
8. Pérdicas, el casi elegido (2)
9. Antígono, el tuerto (2)
10. Eumenes, el astuto (1)
11. Crátero, el general (1)
12. Antípatro, el regente (1)
13. Eumenes, el astuto (2)
14. Pérdicas, el casi elegido (3)
15. Ptolomeo, el bastardo (2)
16. Olimpia, la madre (1)
17. Filo, el vagabundo (1)
18. Roxana, la gata salvaje (2)
19. Pérdicas, el casi elegido (4)
20. Ptolomeo, el bastardo (3)
21. Antípatro, el regente (2)
22. Eumenes, el astuto (3)
23. Olimpia, la madre (2)
24. Pérdicas, el casi elegido (5)
25. Antípatro, el regente (3)
26. Crátero, el general (2)
27. Eumenes, el astuto (4)
28. Filo, el vagabundo (2)
29. Antípatro, el regente (4)
30. Olimpia, la madre (3)
31. Crátero, el general (3)

32. Filo, el vagabundo (3)
33. Crátero, el general (4)
34. Pérdicas, el casi elegido (6)
35. Antípatro, el regente (5)
36. Adea, la guerrera (1)
37. Antípatro, el regente (6)
38. Adea, la guerrera (2)
39. Pérdicas, el casi elegido (7)
40. Eumenes, el astuto (5)
41. Adea, la guerrera (3)
42. Roxana, la gata salvaje (3)
43. Antígono, el tuerto (3)
44. Pérdicas, el casi elegido (8)
45. Ptolomeo, el bastardo (4)
46. Olimpia, la madre (4)
47. Eumenes, el astuto (6)
48. Antípatro, el regente (7)
49. Eumenes, el astuto (7)
50. Crátero, el general (5)
51. Eumenes, el astuto (8)
52. Pérdicas, el casi elegido (9)
53. Ptolomeo, el bastardo (5)
54. Pérdicas, el casi elegido (10)
55. Seleuco, el elefante (1)
56. Pérdicas, el casi elegido (11)
57. Nota del autor y agradecimientos

Table of Contents

Mapa del imperio de Alejandro Magno
Lista de personajes
Prólogo
Pérdicas, el casi elegido (1)
Antígono, el tuerto (1)
Roxana, la gata salvaje (1)
Ptolomeo, el bastardo (1)
Pérdicas, el casi elegido (2)
Antígono, el tuerto (2)
Eumenes, el astuto (1)
Crátero, el general (1)
Antípatro, el regente (1)
Eumenes, el astuto (2)
Pérdicas, el casi elegido (3)
Ptolomeo, el bastardo (2)
Olimpia, la madre (1)
Filo, el vagabundo (1)
Roxana, la gata salvaje (2)
Pérdicas, el casi elegido (4)
Ptolomeo, el bastardo (3)
Antípatro, el regente (2)
Eumenes, el astuto (3)
Olimpia, la madre (2)
Pérdicas, el casi elegido (5)
Antípatro, el regente (3)
Crátero, el general (2)
Eumenes, el astuto (4)
Filo, el vagabundo (2)
Antípatro, el regente (4)
Olimpia, la madre (3)
Crátero, el general (3)
Filo, el vagabundo (3)

Crátero, el general (4)
Pérdicas, el casi elegido (6)
Antípatro, el regente (5)
Adea, la guerrera (1)
Antípatro, el regente (6)
Adea, la guerrera (2)
Pérdicas, el casi elegido (7)
Eumenes, el astuto (5)
Adea, la guerrera (3)
Roxana, la gata salvaje (3)
Antígono, el tuerto (3)
Pérdicas, el casi elegido (8)
Ptolomeo, el bastardo (4)
Olimpia, la madre (4)
Eumenes, el astuto (6)
Antípatro, el regente (7)
Eumenes, el astuto (7)
Crátero, el general (5)
Eumenes, el astuto (8)
Pérdicas, el casi elegido (9)
Ptolomeo, el bastardo (5)
Pérdicas, el casi elegido (10)
Seleuco, el elefante (1)
Pérdicas, el casi elegido (11)
Nota del autor y agradecimientos